JORGE INOSTROSA C.

ADIOS AL SEPTIMO DE LINEA

"Las Cruces del Desierto"

Este segundo volumen titulado «Las cruces del desierto» relata los primeros enfrentamientos de la guerra del Pacífico, incluyendo la ocupación de Antofagasta por parte de las fuerzas chilenas y el desarrollo de la campaña terrestre, culminando con la Batalla de Tarapacá.

Jorge Inostrosa Cuevas

Adiós al séptimo de línea II: Las cruces del desierto

Adiós al séptimo de línea - 2

ePub r1.0
Titivillus 11.08.2025

Título original: *Adiós al séptimo de línea: Las cruces del desierto*
Jorge Inostrosa Cuevas, 1955
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Digitalización y OCR para Epublibre

1

La misma prisa que impulsaba a los elegantes oficiales del «Esmeralda» a marchar hacia el norte, arrastraba a Alberto Cobo. Pero su ángulo visual era más estrecho. No iba a la guerra movido por el sentimiento patriótico, sino con la sola mira de encontrar en algún lugar del teatro de la lucha, o cercano a ella, a Leonora Latorre.

Con el recuerdo de la joven llenándole el pensamiento, formó aquella tarde en mitad del patio del cuartel.

A las ocho de la noche eran más de ciento cincuenta los que se habían alistado; labriegos de las haciendas y fundos que poseían las familias de los oficiales, en su mayoría; peones de los alrededores de la Pampilla, otros pocos; algunos rotos vagabundos y aventureros que elegían este regimiento, considerando que en él tendrían mejor comida y trato más benigno, y varios falsos de espíritu que se acogían a sus filas con la esperanza de que al «regimiento de los pijes» no lo enviarían jamás a los choques de verdadero peligro.

Cuando el coronel Amengual suspendió el enganche de aquel día, en el libro del rol había inscritos ciento sesenta y dos hombres.

La mayor parte de ellos quedó instalada desde aquel mismo día en el viejo edificio y comenzó su vida militar. Alberto Cobo obtuvo permiso para dormir afuera durante los primeros días y el coronel Amengual se lo concedió, porque no disponía de las camas suficientes para alojar a todos los reclutas, cuyo número aumentaba hora tras hora.

El regimiento «Esmeralda» engrosaba sus cuadros en forma realmente inexplicable. Muchos aseguraban que el ladino coronel Amengual salía por las tardes a conquistar reclutas en los barrios populares. El caso era que, al redoble animoso del tambor de

enganche, iban llegando, día tras día, nuevos aspirantes a soldados. En once días, llenaban el cuartel cerca de ochocientos hombres y la instrucción militar estaba ya en todo su rigor.

El coronel Amengual estaba en todas partes, sin descansar jamás. Su mirada de acero y su terrible voz espoleaban a los hombres a una actividad incesante. Reclutas y oficiales se escurrían apresuradamente cuando oían resonar las zancadas del formidable manco.

—¡Cuidado, que viene el viejo! —era la voz de alerta, y todos corrían a ponerse de cabeza en sus obligaciones.

El 20 de junio el «Esmeralda» comenzaba a tener la apariencia de un regimiento, pero un regimiento sin uniformes. Las fábricas de paño no daban abasto para entregar tela al ejército.

Alberto Cobo lamentaba la pérdida del suyo, el que le consiguiera el cura Gómez en San Felipe, cuando pensó partir con el batallón «Aconcagua», uniforme que quedó destrozado al ser atropellado por la estampida de caballos que lo imposibilitó para marchar al norte. Conversaba de esto un mediodía con dos compañeros, cuando a espaldas suyas se detuvo un oficial del primer batallón.

—Usted es el soldado Alberto Cobo, ¿verdad?

Al oírse mencionar, el mozo giró la cabeza y se puso automáticamente de pie.

—¡A su orden, mi teniente! —exclamó, cuadrándose.

El oficial era un muchacho joven, dos o tres años menor que Cobo; alto, delgado, de facciones muy finas y viriles al mismo tiempo.

—Le traigo una noticia agradable, soldado Cobo.

—¿Cuál es, mi teniente?

El oficial no respondió al momento, sino que se quedó examinándolo con los ojos chispeantes de malicia.

—Es usted el invitado de honor a una fiesta que se da esta noche —le reveló, por fin, acentuando la picardía de su mirada—. Es una celebración especial que realizamos en la casa del teniente Manuel Aguirre Peña y Lillo.

Cobo lo contempló extrañado y con desconfianza. Reparó en que su interlocutor llevaba apenas los galones de subteniente y recordó algunos comentarios oídos sobre las bromas que se gastaban

aquellos «pichones de oficiales».

El subteniente pareció adivinar en la expresión de Alberto su recelo.

—No es broma, amigo. Hace unos días, antes de abrir el cuartel, nos pusimos de acuerdo varios oficiales para festejar el primer baile y decidimos, por unanimidad, invitar como huésped de honor al primer recluta que firmara el libro de enganche. Pero mi coronel Amengual nos ha tenido tan ocupados que ni siquiera había podido mirar en el rol los nombres.

Cobo rió sin ganas, casi molesto. Imaginaba cómo iba a ser aquella fiesta, decorada por las hermanas, primas, novias y amigas de los oficiales. Pero lo que le provocaba un comienzo de irritación era la forma descomedida en que habían dispuesto de él.

—Gracias, mi teniente —respondió fríamente—. No voy a fiestas.

El oficial se quedó mirándolo consternado; comprendió que había cometido una falta de delicadeza.

—¡Hombre, por Dios! —exclamó—. Perdóneme si he sido torpe para expresarme. Pero créame que es una invitación de amistad la que le hacemos. Por favor, no nos haga sentirnos mal.

Se calló un momento, realmente confundido bajo la mirada dura de Alberto. Y sólo cuando éste distendió su rostro se atrevió a insistir.

—No nos arruine usted la fiesta —le rogó cordialmente—. Comencemos por ser amigos desde ahora. Soy el subteniente Alberto del Solar.

—Alberto Cobo —se presentó, a su vez, el soldado, estrechando la diestra que el otro le estiraba, aunque se mantenía todavía dudoso—. No me opongo a que seamos amigos —reflexionó—, pero eso de ser invitado a una fiesta nada más que por ser el primero en haber caído en el libro de enganche…

—Es un gesto patriótico digno de celebrarse —lo atajó el subteniente Del Solar—. Además, las niñas de nuestras familias le han preparado una sorpresa. ¿Sería usted capaz de defraudarlas sólo porque yo no he sido atinado para hacerle la invitación?

—Está bien —aceptó Cobo, riendo conquistado por la simpatía del subteniente.

—¡Ah, menos mal!

Del Solar abrió los brazos satisfecho y atrapó la diestra de Cobo, estrechándosela con cordialidad.

—¡Chóquela, tocayo! —exclamó alegremente—. La casa de los Aguirre Peña y Lillo está en la segunda cuadra de la calle Dieciocho. No hay cómo perderse: donde vea mucha luz y oiga música, allí es. Lo espero esta noche a las ocho y media.

Hacía bastante frío cuando Alberto se retiró del cuartel aquella noche. Gruesas nubes corrían por el cielo ventoso. Los carros de sangre y los tranvías circulaban repletos de gente que se recogía a sus hogares deprimida por la inminencia de la lluvia. Sin embargo, en los «imperiales» de los tranvías, se amontonaban los rostros alegres de los reclutas de los nuevos regimientos santiaguinos y las caritas risueñas y enrojecidas por el frío de las muchachas, que, por gracia de la guerra, adquirían una libertad desconocida.

Confundido con aquella juventud alegre que tomaba la guerra como un juego, regresó Alberto a la casa solitaria y triste de don Antonio Latorre, donde se alojaba, a causa de que su madre y Clementina seguían en San Felipe.

Mientras se vestía cuidadosamente, oyó entrar en la casa al padre de Leonora. Estaba anudándose la corbata plastrón y se quedó quieto, para no hacer ruido. Desde que vivían juntos, inconscientemente, ambos parecían esquivarse.

Pero el caballero había divisado el hilo de luz que se escurría por debajo de la puerta.

—¡Alberto! ¿Estás ahí? —preguntó.

—Sí, don Antonio.

Por el espejo pudo ver la expresión de desencanto que puso el caballero al verlo arreglándose.

—¿Vas a salir? —le preguntó con asombro.

—Sí. Me han invitado a una fiesta y no puedo rehusar. Soy, en cierto modo, el convidado de honor —se excusó Alberto, sintiéndose inconfortable.

—¡Ah! Veo que comienzas a divertirte de nuevo —comentó el padre de Leonora, tratando de dar a sus palabras un tono intrascendente.

—¡Oh, no busco diversión! —exclamó el mozo—. Bien sabe usted que nada me dará verdadera alegría mientras no encuentre a Leonora.

—Pues no será tan fácil hallarla, Alberto.

Latorre estaba más desalentado que nunca. Cobo pensó que más le valdría que reiniciara sus trabajos de corretajes en la Bolsa, ya que una actividad cualquiera le serviría para distraerse. Pero el caballero no tenía otra mira que buscar la pista que le permitiera recuperar a Leonora.

Acababa de visitar una vez más al exministro de Relaciones Exteriores Alejandro Fierro, a quien había pedido que usara sus influencias para encontrar algún rastro de Leonora. Este lo había hecho, impresionado por el aspecto derrumbado de Latorre. Mantuvo una larga conversación con el ministro Santa María, quien le confesó que se le habían cortado los contactos con los chilenos que aún permanecían en los departamentos del sur del Perú; su única comunicación con los que permanecían emboscados en Lima y sus alrededores era la red de espionaje que dirigía un agente que se hacía llamar «El Profesor».

Por último, el ministro Santa María había dado a Fierro un recado para Latorre: «—Dígale al señor Latorre que no piense en su hija hasta que termine la guerra; que vive y el Gobierno se preocupa por ella».

Cobo dejó de peinarse y se volvió bruscamente hacia el padre de Leonora.

—¿Cómo es posible? —exclamó—. Entonces el ministro Santa María sabe dónde está.

—Lo sabe…, seguramente lo sabe —se quejó sordamente el caballero—. El señor Fierro me dijo, a modo de consuelo, que había constancia en el Ministerio de Relaciones Exteriores de que, hasta el 30 de mayo, fecha en que el contralmirante Williams recibió una advertencia enviada por el teniente Luis Uribe, existía en Iquique una mujer del servicio secreto chileno.

«¿Será Leonora?», pensó Cobo, sin atreverse a concebir esperanzas.

—¡En Iquique! —murmuraba acongojado don Antonio—. En un puerto bloqueado…, expuesto a los bombardeos… —Enardecido por su pesar, exclamó en una injusta rebeldía—: ¡Todo por su porfía

en salir en tu búsqueda. Alberto!

Sin poderse contener, abandonó la habitación.

El joven se quedó helado, abrumado por la culpabilidad que echaba sobre sus hombros el irreflexivo caballero. Luego, siguió arreglándose lentamente. Excusaba el estado de ánimo del anciano, pero comprendía que les sería imposible seguir viviendo juntos. Cuando había salido del vestíbulo, había decidido trasladarse al día siguiente al cuartel.

Don Antonio estaba derrumbado en un sillón del vestíbulo, y, al verlo pasar levantó los ojos.

—¿Regresarás tarde? —le preguntó en voz baja—. Puedo darte una llave…

—No es necesario, gracias. Voy a esa fiesta sólo para hacer acto de presencia un corto rato. Buenas noches, don Antonio.

Cobo salió a la calle deprimido. Hubiera querido caminar, caminar sin hablar con nadie. Pero, subconscientemente, sus pasos lo llevaron a la calle Dieciocho, espina dorsal del barrio más aristocrático de la capital, donde se alzaba la casa de los Aguirre Peña y Lillo. Frente a la marquesina de hierro y cristales de la mansión volvió a la realidad. Las luces que brotaban de los grandes ventanales y las que alumbraban la entrada, lo hicieron sentirse disminuido. Sus únicas elegancias eran su porte alto, su rostro moreno y varonil y una leontina de oro que heredara de su padre. Pero vestía un gabán obscuro y un traje negro de mediana calidad.

Durante un rato paseó frente a la mansión sin decidirse a entrar. Por fin, recordando la promesa empeñada al subteniente Del Solar, hizo ánimos y subió la escalinata. En el zaguán, un criado le recibió el sobretodo y lo invitó a entrar al salón principal Éste estaba repleto por una masa bulliciosa; había más de un centenar de invitados, casi todos jóvenes, salvo las señoras de la familia y las mamás que acompañaban a las niñas.

Para Alberto, que traía grabadas las visiones del norte, del desierto, de la sencillez provinciana de San Felipe, aquella fiesta era deslumbrante. Las damas lucían ricas telas de Vichy y de Oxford. Algunas jóvenes más audaces se atrevían a ataviarse con las pesadas sedas asiáticas de colores vigorosos que recién entraban en Europa.

Deslizándose por entre aquella multitud, Cobo consiguió divisar al subteniente Del Solar. Estaba en un ángulo del salón conversando

con una hermosísima muchacha que se envolvía en un tenue y amplio chal argelino. El cabello dorado, adornado de violetas naturales, se le dividía en medio de la frente en crenchas, a la rusa, lo que le daba un aire de virgen antigua, que desdecían sus ojos chispeantes.

Alberto se detuvo junto a ellos en el momento en que un piano y unos violín, comenzaban a tocar una galopa y Del Solar se inclinaba ante su acompañante invitándola a bailar. Entonces un gesto de alegre asombro se pintó en sus ojos y dejó inconclusa su invitación.

—¡Al fin llega usted, mi amigo! —exclamó, y volviéndose hacia la hermosa muchacha le comunicó entusiasmado—: ¡Margarita, aquí lo tienes! ¡Este caballero es el primer soldado de nuestro regimiento!

La joven pasó sobre Cobo sus ojos dorados y altivos y los volvió enseguida hacia Del Solar.

¿El señor… es un soldado? —comentó incrédula.

—Sí, señorita —afirmó Alberto, gravemente—, un soldado raso.

La joven percibió aquel matiz hostil y dejó de sonreír, contemplando al recién llegado con expresión tranquila, aunque curiosa.

Alberto del Solar, demasiado ebullente de vida para reparar en aquellas menudencias psicológicas, reía del asombro de la muchacha.

—¡Qué sorpresa, Margarita, eh! Tú esperabas encontrarte en presencia de un tosco representante de nuestro pueblo y, en cambio… —volvía a reír de buenas ganas.

—Todas nos imaginábamos que sería así —se defendió Margarita—. Ahora resulta que éste es…, es… un compromiso muy grande.

—¿Por qué, señorita? —preguntó Alberto, depuesta ya su tirantez.

—Porque… ¡Oh, ya lo va a saber usted!…

—Bien, permítame que los presente —intervino Del Solar. Pero, en el momento de hacerlo, olvidó el nombre de su invitado y se lo preguntó, tuteándolo:

—Perdóname, pero ¿cuál es tu nombre?

Cobo se inclinó, divertido, y se presentó a sí mismo:

—Alberto Cobo, a los pies de usted, señorita.

—Nuestra querida amiga y casi pariente Margarita Collins —dijo el subteniente, indicando a la joven. Ésta sonrió e hizo una coqueta reverencia a Alberto, como ofreciéndole un trato chancero y amistoso.

—Señor Cobo, es una verdadera sorpresa conocerlo —le dijo—, y le aseguro que todas mis amigas van a sentir lo mismo.

—Mejor si causamos sensación —advirtió alegremente Del Solar, agitando un brazo con la intención de detener a los músicos—. Es nuestro huésped de honor y tenemos que presentarlo. De modo que vas a tener que hacer de tripas corazón, tocayo, y representar el papel de rey de la fiesta.

Los músicos habían dejado de tocar ante las señales del mozo y todos los danzantes se volvían extrañados hacia él.

Alberto del Solar, feliz de atraer la atención, se plantó en mitad del salón, llevando del brazo a Cobo, e imponiendo silencio explicó en voz alta:

—¡Damas y caballeros, ha llegado nuestro invitado: el primer soldado del regimiento «Esmeralda»!

Un confuso revuelo se produjo en el salón. Aunque casi todos adivinaron que el anunciado era el desconocido que estaba junto a Del Solar, muchas voces exclamaban atolondradamente:

—¿Dónde está?… ¿Cuál es?… ¡Que lo hagan adelantarse hasta la mitad del salón!…

Cobo se sentía turbadísimo, pero su turbación aumentó mucho más cuando los bailarines que lo rodeaban se abrieron para dejarlo aislado en el medio. A su lado permaneció solamente el subteniente y Margarita Collins, que se les volvió a juntar.

—¡Aquí está, amigos! —vociferaba Del Solar—. Tengo el gran placer y el honor de presentarles a mi tocayo Alberto Cobo, el primer recluta del «Esmeralda».

Un aplauso cerrado y los más variados comentarios acogieron la presentación. Alberto, rojo hasta la raíz del cabello, se inclinaba en todas direcciones, molesto de sentirse examinado. Todos los ojos estaban clavados en él y varias jovencitas avanzaban sus cabezas para observarlo mejor. Luego, comentaban como pequeñas cotorras entre ellas.

—De acuerdo con el programa —siguió diciendo el subteniente —, nuestro afortunado soldado tiene el privilegio de bailar con

todas las niñas. De modo que pueden aproximarse para que él estampe su nombre en sus respectivos carnets de baile.

Cobo hubiera querido que se abriera el suelo y se lo tragara, sacándolo del torrente de muchachas que se abalanzó sobre él.

—¡A mí primero, señor soldado!…

—¡Mi carnet, tenga la bondad!…

—¡El próximo vals conmigo, señor!…

Del Solar había sacado un lápiz, con ademán de farsa, y lo puso entre los dedos del soldado.

Margarita Collins fue la primera en poner bajo sus ojos su carnet de baile y, sin una palabra le indicó el sitio en que debía escribir su nombre.

Alberto firmó precipitadamente y luego siguió estampando su nombre en uno y otro carnet.

Los hombres, viejos y jóvenes, reían de buena gana al contemplar aquella baraúnda feminil.

Cuando, por fin, Alberto pudo dejar de escribir, estaba mareado y una ligera humedad le cubría el cuerpo.

A la orden de alguien, seguramente del propio Del Solar, los músicos volvieron a tocar y Cobo se encontró frente a Margarita Collins que le extendía sus brazos, sonriente.

—Señorita —alcanzó a explicar el mozo cuando comenzaron a danzar—. Yo apenas recuerdo bailar. He vivido años en el desierto; no…

—Pues, mayor atractivo para… para mis amigas, señor Cobo —musitó la muchacha, clavándole sus ojos color miel, con el rostro muy cercano al suyo—. Hágales ver usted esto mismo a ellas cuando bailen, dígales que viene del desierto, y verá que esta noche obtiene el éxito más completo.

La predicción de Margarita Collins se cumplió exactamente. Durante horas, poniendo a prueba la resistencia de sus piernas. Cobo estuvo bailando. En los cortos lapsos en que la orquesta dejaba de tocar, sus sucesivas compañeras se lo disputaron pare presentarlo a sus madres y a sus parientes.

Serían las doce de la noche cuando la música se interrumpió para dar paso a una colación que se sirvió en el comedor y las salas interiores.

Alberto aprovechó este intervalo para salir a una pérgola que

daba al jardín. Con un suspiro de alivio, respiró hondo y se introdujo los dedos en el cuello de la camisa para dejar entrar el frescor de la noche en su pecho acalorado. Se creía solo, pero una risita socarrona sonó a su espalda. Se volvió y se encontró con la mirada turbadora de Margarita Collins.

—¿Cómo es que lo dejaron en libertad, caballero? —ronroneó aproximándosele.

—Tuve que pedir clemencia —confesó sinceramente Cobo.

Margarita prorrumpió en una carcajada límpida y se apoyó, quizás no tan voluntariamente, en el antebrazo del joven.

—¡Buena jugada le hemos hecho. Alberto! —exclamó, y se cortó, como si se arrepintiera de haberlo tuteado—. Perdóneme —se disculpó—. Tal vez pensará usted que soy una atrevida.

—De ningún modo.

—En compensación lo autorizo para que me llame Margarita.

Lo dijo en forma tan intencionada que traslucía claramente la premeditación de todas sus frases anteriores. Pero Cobo era demasiado ignorante en estas esgrimas sociales y sólo atinó a responder:

—No podría, señorita. No me es fácil falsificar la confianza.

La joven se recogió, herida. Se volvió abochornada e inició un ademán para entrar en la casa.

—Vuelvo con mis amigas —dijo—. ¿Se queda usted aquí?

Cobo rió sin darse cuenta de la inconveniencia que acababa de cometer.

—No me atrevo a entrar. Tango aún unos cuarenta bailes por cumplir.

En ese momento una figura alta y delgada, embutida en el uniforme celeste y negro del antiguo «Carampangue», se interpuso en la puerta de entrada. Era la del capitán José María Pinto, que llegaba seguido por Alberto del Solar.

—Buenas noches, Margarita, excúsame por haber llegado tan retrasado, pero mi padre me retuvo hablándome sobre el regimiento «Esmeralda».

—Ya lo presumía —repuso la muchacha—. Hace tiempo que sólo hablas de tu nuevo regimiento.

—Epa, epa. Margarita, que el mismo dardo me estás clavando a mí —la contuvo Del Solar—. Y ahora perdónanos, porque venimos a

privarte de tu acompañante durante un momento.

—Pues ahí lo tienen ustedes. Yo iré a ver cómo se cumple la última parte del programa.

El capitán Pinto se apartó de la puerta y ella se perdió hacia el interior, con un frufrú de su vestido.

Sólo entonces, al oírla responder tan desabridamente a sus amigos y al verla alejarse con tanta rapidez, Cobo cayó en la cuenta de que algo había molestado a Margarita. Pero no tuvo tiempo de seguir pensando en ello, porque ya los dos oficiales se dirigían a él.

—Capitán —decía Del Solar, indicando a Alberto—, he aquí a nuestro amigo Cobo, el joven que ha tenido la humorada de enrolarse el primero en las filas del «Esmeralda».

—De ningún modo ha sido una humorada, subteniente —le corrigió el aludido.

—¡Oh, naturalmente que lo comprendemos! —intervino conciliador el hijo del presidente de la república—. Es la manera de hablar de este poeta mundano. No le haga usted caso. Me alegro sinceramente de conocerlo, soldado.

—Gracias, mi capitán.

Encendieron cigarrillos y se sentaron en un escaño lateral de la pérgola.

—José María me venía contando que su señor padre está muy preocupado por la suerte de la escuadra —comentó Del Solar.

—Efectivamente —confirmó el capitán—. El Gabinete rechazó la renuncia del contralmirante Williams Rebolledo y le pidió que continuara en su puesto, ofreciéndole mandarle un buen médico para que lo atienda a bordo del *Blanco*. Mi padre le dijo en la carta que le envió rechazándole la renuncia: «Sé que está usted enfermo y que hace un gran sacrificio desempeñando el cargo que se le ha encomendado, pero las circunstancias por que atraviesa el país son tales que debemos permanecer en el puesto que nos corresponde sin fijarnos en las consecuencias que esto pueda ocasionarnos».

En Santiago no se conocía la reacción que había provocado en el contralmirante el rechazo a su renuncia. Se lo suponía enfermo, pero, en realidad, estaba demasiado enfermo.

«—¡Qué fácil es decir: sin fijarnos en las consecuencias que esto pueda ocasionarnos cuando se está en Santiago, disfrutando de todas las comodidades de la ciudad!», había exclamado amargamente el jefe de la escuadra.

El ronquido estertoroso que brotaba de su garganta bastaba a todos sus subalternos para comprender el martirio del contralmirante. La falta de alimentos frescos, el aire neblinoso del invierno, que lo obligaba a estar encerrado en su cámara, estaban destruyendo al jefe de la escuadra.

—¿Que no comprende el Gobierno que me están matando? — dejó escapar el contralmirante Williams aquella misma noche, al comentar con el mayor Salamanca la carta presidencial.

Luego escribió otra nota al presidente Pinto, solicitándole un mes de licencia para ir a recuperarse al centro del país. Pero el Gobierno creía que no había un marino capaz de reemplazarlo siquiera durante un mes. Era un error que tardaría en ser enmendado.

A lo más que trascendió el Gobierno fue a facultarlo para que navegara hasta Antofagasta, con el señor Rafael Sotomayor, a fin de reunirse allí con el ministro Santa María y el general Justo Arteaga y celebrar un consejo de guerra que determinara el plan para la ofensiva por tierra.

Abrumado por las circunstancias que lo forzaban a seguir soportando su martirio, el contralmirante Williams respondió a la orden presidencial con un telegrama:

> *Antofagasta, junio 25.*
> *He recibido las dos cartas que usted se ha servido dirigirme. Por la última veo que el Gobierno no está dispuesto a concederme la licencia que solicito. Lo siento, señor, pues esta negativa me obliga a un sacrificio superior al estado de postración en que me encuentro.*

Las noticias traídas por el capitán José María Pinto disiparon la fugaz alegría que Alberto Cobo había conseguido sentir en el baile de los oficiales del «Esmeralda». Sin despedirse de nadie, se

escabulló por los salones semivacíos, aprovechando que todos cenaban en el interior, recogió su sobretodo y se marchó.

Aquella noche, al acostarse, pensaba en el contralmirante Williams, que pese a su crudelísima enfermedad, se veía obligado a seguir cumpliendo con su deber, vigilando el mar frente a la bahía de Iquique.

Como se lo propusiera después de su conversación con don Antonio Latorre, Alberto hizo los trajines para trasladarse definitivamente al cuartel «Esmeralda». Después del ejercicio de bayoneta de la mañana, se encaminó a la comandancia y expuso al coronel Amengual su intención. El viejo comandante lo escuchó con los labios fruncidos en el gesto taimado que le era característico, y le respondió:

—Bien, desde este momento vive y duerme usted en el cuartel.

—Gracias, mi coronel. Con su permiso, entonces, me retiro.

—¡Atención!… ¡Firme!… ¡No se mueva todavía, soldado!

Cobo permaneció rígido como una estaca.

El coronel se quedó mirándolo con los ojillos grises fruncidos y luego lo apuntó con uno de sus largos dedos.

—De modo que usted ha hecho antes la guerra y no me ha dicho una palabra —le espetó.

—Le han informado mal, mi coronel.

—No, soldado. Reclutas antiguos me han dicho que usted sabe más que ellos y realiza los ejercicios mejor, porque ya luchó en el norte.

—No, mi coronel. Sólo conté a algunos de los reclutas de mi pabellón que estuve en Antofagasta y me vi obligado a luchar contra los soldados bolivianos en la revolución de 1876.

—¿Y acaso luchar contra soldados enemigos no es hacer la guerra? —comento el veterano, enarcando una de sus espesas cejas canas—. Usted es para mí un hombre que maneja el fusil, el sable, la bayoneta, en una palabra, que sabe guerrear; y que además, conoce la lucha en el desierto. ¿Y no disponiendo nosotros de cabos, de sargentos, de suboficiales de ninguna especie, vamos a seguir sin aprovechar sus conocimientos? No, soldado; no tenemos tiempo

para esperar la antigüedad para conferir los grados. De modo que le vamos a coser dos jinetas en el brazo y desde mañana sirve usted en el «Esmeralda» con el grado de sargento.

—¡Caramba, mi coronel!…

—Caramba ¿qué?… ¿Acaso no le parece bien?

—Todo lo contrario, mi coronel. Pero es que usted me concede dos galones y no tengo dónde coserlos.

El viejo Amengual gruñó por lo bajo y se rascó malhumorado la barba caprina.

—Las fábricas de paño de Tomé dicen que apenas pueden entregar 500 metros de paño al mes, y todavía no llegan los barcos con telas y municiones desde Francia —rezongó, buscando una solución al problema—. ¡Cósalos, entretanto, en la manga de su chaqueta de trabajo! Puede retirarse, sargento Cobo.

—¡A su orden, mi coronel…, y gracias!

Dio media vuelta y salió al patio a paso vivo. Iba cruzándolo cuando el subteniente Del Solar lo llamó desde uno de los corredores.

—¡Hola, Del Solar! ¿Sabes que el viejo acaba de ascenderme a sargento? —le participó acercándosele.

—Te felicito, tocayo —le celebró el subteniente, y le agregó, con picardía—: ir felicito doblemente.

—¿Por qué esa doble felicitación, poeta?…

—¡Ah, picaronazo! Conque actuaste de conquistador anoche y no has dicho esta boca es mía, ¿eh?

—No te entiendo, Del Solar.

—Pero yo entendí todo cuando divisé en la puerta del cuartel el fiacre de Margarita Collins.

Alberto se quedó de una pieza. Sin saber por qué, se sintió culpable y avergonzado.

—Habrá venido por algún amigo suyo —balbuceó—. Tal vez por el capitán José María Pinto…

—Oh, no, mi señor zorro —rechazó con burlesca seriedad el subteniente—; mis oídos pecadores oyeron claramente cuando la dulce voz de Margarita decía al sargento de guardia: «Quiero ver al soldado Alberto Cobo. Hágame el favor de llamarlo». De modo que ¡a darse prisa, mi donjuanesco tocayo!

No pudo contener la risa y empujó chacoteramente de los

hombros a Cobo en dirección a la entrada del cuartel.

—¡Oh, qué tonterías las tuyas! —rió Alberto, encaminándose hacia el portón. Pero, a mitad de camino, se volvió y le advirtió—: ¡Ay de ti si me has engañado, tenientito!

Pero Del Solar había dicho la verdad. A un costado de la entrada al cuartel estaba el carruaje verde obscuro de los Collins.

En el momento en que Alberto salió a la calle, Margarita daba pequeños golpes impacientes con el mango de su paraguas sobre el borde de la ventanilla. Pero, al distinguir al soldado que se aproximaba, su gesto se trocó por una expresión amable y un poco estudiada.

—Buenos días, Alberto —lo saludó levemente ruborizada—. No puedo demorarme mucho, mi madre me espera en la Casa Francesa. Pasé solamente para reprocharle que se haya marchado de nuestra fiesta sin dejarnos la oportunidad de realizar cierto propósito que teníamos respecto a usted. Y también para afearle que se retirara sin despedirse.

Cobo la contemplaba afirmado en la portezuela y sentía un inesperado gozo íntimo al ver aquella graciosa carita de cabellos rubios, enmarcada por un pequeño sombrero de fieltro, pendiente de él.

La joven se turbaba aún más ante su muda contemplación.

—Es difícil de explicar —tartamudeó vacilante—. Voy…, voy a tomar alientos y a decírselo de un tirón.

—La escucho —dijo Cobo, divertido con sus dificultades.

Margarita tomó aliento y le recitó sin mirarlo y sin hacer pausa alguna:

—El grupo de amigas que organizamos el baile teníamos decidido regalar un uniforme hecho por nuestras propias manos al primer recluta que se enrolara en el regimiento «Esmeralda».

—¡Ajá! —se limitó a exclamar Alberto, fingiendo una extremada seriedad.

Esta rió muy confusa y terminó por implorar:

—No me mire usted así, por favor. El uniforme está listo y le va a sentar muy bien. Está hecho a su medida.

—¡Conque hecho a mi medida! —reflexionó burlonamente Alberto, pensando en que, hasta la noche anterior, ninguna de las damitas lo conocía. Pero decidió pasar por alto aquella pequeña

mentirilla y no seguir martirizando a Margarita.

—Alberto, no nos defraude —le decía la muchacha—. Acepte el regalo.

—Muchas gracias, señorita —le agradeció sonriendo jovialmente Cobo—. ¿Adonde debo pasar a recogerlo y a qué hora?

—¡Bravo! —exclamó Margarita satisfecha—. Por fin desarruga usted el ceño. Lo esperamos mañana a las nueve en una cena en mi casa. ¡Hasta entonces!

Golpeó suavemente con el paraguas y el coche comenzó a moverse.

—¡Espere! —le dijo Alberto—. Nada de ceremonias, eh. Es una reunión privada, ¿verdad?

—Una cena íntima, Alberto —le prometió picarescamente la señorita Collins, mientras se alejaba—. Unas cuantas amigas y yo, nada más. Lo estaré esperando.

Cobo se quedó inmóvil en tanto el coche comenzaba a cruzar la Pampilla.

«¡Caramba, qué compromiso! —pensaba—. Si está con otras personas, malo. Si está sola, peor».

Esta turbadora inquietud lo persiguió en las horas que siguieron. En la noche, mientras cosía sus galones de sargento, sentía los ojos color miel de Margarita clavados en su nuca; en la mañana siguiente, cuando dirigía por primera vez una escuadra de reclutas en ejercicios de tiro a fogueo, le parecía que en el olor de la pólvora venía mezclada la fragancia tibia de la muchacha; al concluir la jornada, se hizo una concesión: aceptaría el amor de Margarita, superficialmente, durante los pocos días que le faltaban para partir al norte. Era la única manera de combatir la impresión que la muchacha le estaba causando.

Pero no había alcanzado a llegar a su pabellón cuando un corneta tocó desaforadamente a formación.

A la carrera, oficiales y soldados fueron a alinearse a las órdenes del segundo comandante Holley.

Un minuto después el coronel Amengual iba a colocarse frente a las filas.

—¡Regimientoooo, a discreción! —tronó. Luego comenzó a pasearse frente a la primera fila, dominando a todos desde su alta estatura—. Hace catorce días —continuó— advertí a ustedes que

este regimiento tendría que estar listo para marchar a la guerra en veinte días. Pero yo no sé qué clase de remolones me han entregado, puesto que ya estamos llegando al término del plazo y, descontando el hecho de que todavía no hemos completado la dotación, aún no consigo que los reclutas dejen de parecer huasos serranos caminando sobre barbecho. ¡Es vergonzoso, por la condenación de mi alma!

Se detuvo de repente y miró al centro de la formación.

—¿Oí alguna protesta en las filas? —inquirió con un gesto teatral—. ¡Cincuenta varillazos a calzón quitado recibirá el que se atreva a chistar contra la opinión de un superior! El «Esmeralda» será ejemplo de disciplina. ¡Sí, sí, ya sé que van a alegar ustedes que nunca se ha faltado a la disciplina en este cuartel! Pero quiero advertirles que ni hagan el amago de probarlo. Y, sobre todo, que ninguno se atreva a corcovear por la orden que voy a dar en este instante.

Los oficiales más ladinos se sonrieron bajo los bigotes, adivinando que el «viejo» había hecho aquel preámbulo sólo para reforzar alguna orden particularmente desagradable.

Empinándose sobre la punta de los pies, para hacer llegar su voz más lejos, el coronel tronó:

—¡Quedan canceladas totalmente las salidas! ¡Se acabaron las fiestas, señores oficiales! Estamos preparando soldados y no danzarines. El acuartelamiento comienza desde este instante. ¡Atención…, rompan filas!

—¡Viva Chile! —gritaron los soldados, siguiendo la fórmula rutinaria; giraron sobre los talones y se dispersaron por el patio, sin hacer comentarios en voz alta, pues el «viejo» tenía oído de zorzal.

El subteniente Del Solar se juntó a Alberto mascullando entre dientes:

—Buena jugada nos hizo el comandante, tocayo. Teníamos un baile mañana en la casa del subteniente Echeverría. Arturo había invitado hasta a su misterioso primo, el que llaman Montecristo.

—¿Montecristo?

—Sí, hombre, Conde de Montecristo. Tiene unas minas de oro y plata en el norte. Está de novio con la Teresita Blanco Encalada, e imagínate lo rico que será este animal que, cuando concertaron el matrimonio, dio un baile en el palacete que tiene en Morandé con

Moneda, y en la testera del salón escribió el nombre de Teresita alineando brillantes.

—¡Caramba! —comentó Cobo, deslumbrado.

—Figúrate la fiestecita que nos vamos a perder, tocayo.

Cobo sacudió una palmada fraternal en el hombro de su amigo, divertido con su consternación.

—¡Qué le vamos a hacer, poeta!

No se había acordado de la invitación a cenar de Margarita, pero un soldado vino a recordársela.

—A la puerta ha llegado un coche para usted, mi sargento —le comunicó, cuadrándose.

Cobo se dio una palmada en la frente.

—¡Epa, epa! —saltó Del Solar, sospechoso—. ¿Un fiacre verde botella, soldado?

—El mesmito, mi teniente.

Del Solar se dobló, sofocado por la risa al comprobar que la medida ordenada por el coronel alcanzaba también al imperturbable sargento Cobo.

—¡Conque el coche de los Collins viene a buscar al señorito!

—Yo…, yo no lo he pedido —se defendió Alberto.

—Pues, lo hayas pedido o no, te embromas de todos modos. ¡Soldado, diga al cochero que se mande cambiar porque el sargento Cobo está encerrado bajo siete llaves, como las princesas de los cuentos!

Reía a carcajadas, golpeándose las rodillas, mientras exclamaba:

—¡Pobre Margarita!… ¡Pobre inocente Margarita!…

Aquella noche el coronel Amengual, embutido en su capote azul, se presentó ante el presidente de la república.

—Me he enterado por mi hijo José María que el «Esmeralda» progresa prodigiosamente y que pronto será un regimiento soberbio —le celebró don Aníbal Pinto al comenzar la entrevista.

—Si Su Excelencia me permite —carraspeó el veterano manco con su ruda franqueza—, he de decirle que el «Esmeralda» es todavía una camada de gatos.

El mandatario se quedó atónito.

—Sí, señor —prosiguió el coronel—, de gatos blancos a los que les faltan únicamente cintas celestes al cuello.

—¿Es posible? —murmuró don Aníbal, tentado de reírse, pero haciendo un esfuerzo para guardar la compostura que exigía la rígida seriedad del viejo militar—. Yo entendía que realizan ustedes prácticas de guerra muy rigurosas.

—Llevamos catorce días de vida y apenas hemos adiestrado a ochocientos hombres.

—Me parece extraordinario, coronel.

El comandante carraspeó inquieto.

—Excelencia —dijo—, yo me comprometí a tener un regimiento de mil doscientos hombres…, verdaderos soldados, como mis antiguos «séptimos» del 51…, y no lo consigo. ¿Sabe usted por qué? Pues porque Santiago es una ciudad llena de tentaciones, porque los esmeraldinos son todos «buenos mozos» y las niñas los pretieren.

El presidente dejó escapar una carcajada bondadosa y quiso explicar al coronel que aquello era propio de la calidad de los oficiales del «Esmeralda», pero el comandante había seguido hablando.

—Tan pronto los oficiales terminan sus labores, lejos de tenderse en sus literas a descansar los pies, mientras repasan táctica militar…, ¿sabe usted qué hacen? ¡Se comienzan a acicalar y a las ocho se los ve desfilar por la guardia como maniquíes franceses!

El presidente tuvo que agachar la cabeza para que el veterano jefe no sorprendiera la hilaridad que le causaba su problema cuartelero…

—Pero cumplen, ¿no es así?

—Sí, cumplen —aceptó tercamente el coronel—; pero si son capaces de cumplir con el regimiento y con las niñas…, ¡quiere decir que le están robando esa segunda reserva de energías al ejército!

Don Aníbal Pinto no pudo seguir fingiendo seriedad.

—No sea usted tan rígido, coronel —le recomendó amigablemente.

Pero el comandante era irreductible.

—Necesito formar un regimiento de soldados de bronce. Excelencia —insistió—; caballerosos, hábiles, fuertes, que no basten diez enemigos para abatir a uno de ellos.

—Está bien, coronel —lo tranquilizó el mandatario—. ¿Qué desea usted que haga para ayudarlo en tan magnífico propósito?

—Que me autorice a sacar al regimiento de Santiago y llevarlo a un pueblo tranquilo, donde respiren buen aire, coman buena comida, reciban el sol y el frío de frente…, y donde las mocitas sean recatadas, como deben ser las mujeres.

—¿Piensa usted llevarse a sus esmeraldinos a un convento, coronel? —bromeo el señor Pinto.

—No, señor —repuso el militar—. Me los llevaré a San Felipe. El «curita Gómez» formó allí el «Movilizado Aconcagua», que partió hace un mes al norte, dejando su cuartel vacío.

—¿Puede el pueblo mantener a un regimiento?

—Y con honor, Excelencia.

—Está bien —aceptó resignado el presidente—. Mañana recibirá el despacho del Ministerio de la Guerra.

Cuando la puerta del despacho presidencial volvió a cerrarse, don Aníbal Pinto se quedó pensado en que los oficiales del «Esmeralda» no le perdonarían nunca la medida que acababa de acordar con el comandante.

Pero al sentarse a su mesa de trabajo los olvidó, como si pasara un borrador por su cerebro.

El general Justo Arteaga acababa de hacer un giro en sus determinaciones anteriores y, en lugar de sostener el plan de ataque por Iquique, proponía ahora un asalto al territorio peruano por Arica y Tacna. Argumentaba en su última comunicación que Iquique se había convertido en el punto de concentración de mayores fuerzas enemigas y que desembarcando en Arica y extendiendo una línea de tropas hacia el interior conseguiría encerrar a la guarnición enemiga de Iquique entre esa línea y la que ya estaba tendida a lo largo del Loa.

El contralmirante Williams, abúlico por los contrastes sufridos, se avenía a acatar cualquier plan.

Y el ministro Antonio Varas, por su parte, pretendía que la campaña de tierra comenzara por el ataque y ocupación directa de Lima.

El Gobierno se inclinaba por el plan del comandante en jefe, de desembarcar en Arica, pero no se daba prisa alguna en acelerar los preparativos. Había iniciado una gestión en la que cifraba enormes

esperanzas: conseguir firmar la paz separadamente con Bolivia.

Esta operación, manejada con extremo sigilo, había sido puesta en manos de dos exiliados bolivianos de gran influencia en su país. Eran los señores Luis Salinas Vega y Gabriel René Moreno. El primero partió, de riguroso incógnito, a entrevistarse con el presidente boliviano, general Hilarión Daza, para pedirle que accediera a tener una conferencia secreta con don Gabriel René Moreno. El dictador aceptó, pero luego de hacer jurar al señor Salinas ante un crucifijo, le pidió Tacna y Arica y dos buques de la escuadra peruana para Bolivia y una gruesa suma de dinero para él. Su ultima exigencia, antes de que el señor Salinas regresara a Chile, fue que el señor Moreno se presentase ante él provisto de poderes oficiales del Gobierno chileno.

Pese a comprender que el cumplimiento de esa exigencia suponía un peligro, ya que el general Daza podía apoderarse de los documentos y exhibirlos al Perú o a las demás naciones, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Santiago se los extendió al señor Moreno y éste partió hacia Bolivia, por el desierto.

En espera de su regreso, se postergaba toda iniciativa guerrera en Chile. Pero aquella noche en que el presidente Pinto se entrevistó con el comandante del regimiento «Esmeralda», ya había corrido el número de días suficiente como para que el mediador regresara de La Paz. Y la enervante espera era la que mantenía al mandatario tan preocupado.

Sin embargo, cuando se retiró a sus habitaciones privadas del sombrío caserón colonial de La Moneda, volvió a acordarse de la jugada que el coronel Amengual había hecho a los oficiales del «Esmeralda» y lo comentó con su esposa, doña Delfina.

—La del traslado del «Esmeralda» a San Felipe será una de las órdenes que más me costará firmar —concluyó—. ¡Pobres muchachos! Para ellos, hasta ahora, la guerra había sido una cosa de salón.

—¡Pobres niños! —suspiró a su vez doña Delfina—. Supongo que los dejarán despedirse de sus relaciones con alguna fiestecita…

—No, hija, no —aseguró el presidente riendo—; este bárbaro del coronel Amengual los ha acuartelado desde hoy mismo.

Poco antes de las once de la noche, dos sombras se escurrieron por una ventana del pabellón de los oficiales y, deslizándose por el obscuro corredor al que desembocaban las cuadras en que dormían los soldados, llegaron hasta el último patio del cuartel. Corriendo agazapados, lo cruzaban cuando una sombra se les atravesó fusil en ristre:

—¡Alto! ¿Quién vive?

Los dos misteriosos se detuvieron en el acto, y se apresuraron a dar sus nombres.

—Subteniente Arturo Echeverría —dijo uno.

—Subteniente Alberto del Solar —el otro.

—¿Eh? —exclamó el centinela—. Pero… ¿adonde diablos van ustedes?

—¿Quién eres tú? —le preguntó Del Solar, comprendiendo que estaba ante un conocido.

—Subteniente Juan Manuel Orrego —repuso el que estaba de guardia.

El suspiro de alivio de los dos jóvenes oficiales se oyó en todo el patio.

—¡Hombre, Manolito, tú no nos has visto! —le dijo Del Solar, palmoteándole fraternalmente un hombro—. Hagamos cuenta de que tú estás recorriendo el otro extremo del patio, ¿no?…

—Pero…, ¿para dónde se van arrancando ustedes?… —intentó argüir el centinela.

—¡Bah! ¿Te crees que nos vamos a perder la fiesta que se da en la casa de Arturo? —explicó con desparpajo Del Solar—. Si la han organizado en honor nuestro, hombre.

El subteniente Orrego vaciló, inició algunos regaños entre dientes, pero termino por ceder.

—Yo no sé nada… No los he visto, no hemos hablado, ni he sospechado nada, ¿eh? —decidió.

—Gracias, Manolito. Descuida, regresaremos antes de que claree —le agradeció Echeverría.

Antes de que el subteniente de guardia alcanzara a replicar, los dos oficiales habían llegado hasta el eucalipto que se elevaba junto a la tapia y trepaban por su tronco.

A horcajadas sobre el muro, Del Solar refunfuñó:

—¡Qué lástima que no le pude cumplir a Margarita! Pero a Cobo

lo metieron de imaginaria y no hubo forma de llegar hasta él para convencerlo de que se arrancara con nosotros.

—Le pasamos a avisar a su casa, antes de irnos a la mía, y se acaba tu responsabilidad —simplificó el otro y saltó a tierra.

Del Solar lo imitó y ambos se perdieron en la obscuridad.

Una hora más tarde descendían de un coche postino frente a la mansión de los Echeverría, acompañados por la propia Margarita Collins, a quien habían contagiado con su entusiasmo por la fiesta.

Sin embargo, la muchacha se mantuvo triste mientras los demás bailaban y reían. En un momento en que Del Solar volvió a su lado, ella insistió con una pregunta que ya le había hecho:

—¿Por qué no lo trajiste, Alberto?

—Simplemente porque, como ya te dije, estaba de guardia: es decir, era un hombre adherido a un fusil y adosado al marco de una puerta.

—Yo quería verlo —porfió Margarita—. Trabajé tardes enteras cosiendo el uniforme.

—Mira, Margarita, ¿quieres que te dé un consejo? —le propuso el oficial fraternalmente—. No sigas pensando en Cobo. Por tu bien, voy a cometer una infidencia. Escucha: Hace unos días, platicando después del rancho del mediodía, Alberto me confió que está de novio con una muchacha que se llama Leonora.

—¡Leonora!…

—Sí, e incluso me mostró su retrato.

—¿Es…, es bonita?

—¿Para qué mentirte?…

—¿Es fea? —exclamó esperanzada Margarita.

—No, es muy linda; y según Alberto, es también muy inteligente.

—¡Ohhh!…

—Pero consuélate, chiquilla; Alberto me confió que su novia está lejos, perdida en territorio enemigo.

No pudieron seguir hablando porque uno de los tíos del subteniente Echeverría se desplazó hacia el centro del salón y comenzó a perorar, celebrando un artículo que acababa de esbozar junto a él el director de *El Mercurio*, don Manuel Blanco Cuartín. Cuando las voces de la concurrencia se apagaron como para que se oyera al que hablaba. Margarita y Del Solar alcanzaron a entender

sus últimas palabras.

—… una frase que servirá de titular para su editorial de mañana —decía—. Y esa frase es tan inspirada que se merece un brindis nuestro. Ella es: «Chile viejo y Chile nuevo». ¡Señoras y caballeros, brindemos por Chile viejo, donde está plantada la cepa vigorosa que da savia a nuestro pueblo! ¡Y brindemos por Chile nuevo, que así deberá llamarse la región de Atacama, que está siendo regada con la sangre de nuestros valientes!

En medio de los aplausos que arrancara el caballero, alguien abrió el piano y comenzó a tocar una marcha.

Del Solar, al oír la melodía, volvió la cabeza hacia el ángulo del salón de donde brotaba la música y preguntó extrañado a su compañera:

—Pero… ¿cómo es que la Carmelita Correa conoce esa marcha? Es «Adiós al 7.º de Línea»…

—El capitán José María Pinto le trajo la partitura hace unos días y le pidió que la aprendiera, porque va a ser el himno del regimiento «Esmeralda».

—Es verdad —afirmó el subteniente—. ¡El himno de mi regimiento! ¡Qué hermoso es!

—Pues, mientras tú escuchas tu himno, yo voy a hacer un brindis a solas —murmuró Margarita, rencorosa; y alzando su copa dijo—: ¡Brindo porque esa Leonora se pierda para siempre en Chile nuevo!

Luego dejó la copa en una repisa y abandonó el salón, sin que el subteniente embobado en la música, se percatara de su retirada.

2

Aquellos días de la segunda quincena de junio fueron para el presidente Pinto insoportables. Nada se sabía del señor Gabriel René Moreno, que partiera a Bolivia para entrevistarse secretamente con el presidente Hilarión Daza. Y tampoco se había logrado obtener la opinión oficial del jefe de la escuadra chilena, del asesor y secretario de la misma, Rafael Sotomayor, y del general en jefe del ejército y los miembros de su estado mayor sobre los dos planes de campaña que se habían concebido.

Por fin, al término de junio, don Domingo Santa María se coló con el rostro radiante en el despacho presidencial.

—¡Ha regresado el emisario secreto que le enviamos al presidente de Bolivia, Excelencia! —le anunció desde la puerta.

Sin dar tiempo al señor Pinto a reponerse de la impresión, comenzó a ilustrarlo sobre los alentadores resultados de la misión realizada por el señor Gabriel René Moreno.

El emisario había logrado entrevistarse privadamente con el general Daza en Tacna, consiguiendo que el dictador boliviano lo escuchara con profundo interés. Después de dos días de conferencias, el general Daza guardó la documentación exhibida por el señor Moreno, respondiéndole que no le era posible sellar la negociación inmediatamente. Sus palabras textuales, al despedirse del señor Moreno, habían sido: «No puedo hacerlo ahora. Me arrastrarían por las calles de Tacna». Pero dejó al emisario del Gobierno chileno la impresión de que aceptaría entrar en negociaciones de paz en breve plazo posterior.

—Creo que ha llegado el momento de congratularnos, Excelencia —fue el comentario que hizo el ministro Domingo Santa María al presidente Pinto, después de relatarle los detalles de la

misión del señor Moreno.

Pero una segunda fase del asunto no fue conocida por los gobernantes chilenos hasta mucho tiempo después. Tan pronto como el señor Moreno abandonó Tacna, el general Daza montó a caballo y, seguido por su escolta de jinetes rojos, galopó hasta Arica y se presentó en el cuartel donde se albergaba el señor Mariano Ignacio Prado, presidente del Perú.

—¡Vea usted estos papeles, Excelentísimo señor Prado! —exclamó con ademanes teatralmente violentos y desdeñosos—. En ellos se acredita la falacia del Gobierno de Chile; son los testimonios de la negra traición a que querían inducirme, firmando conmigo un pacto secreto para apuñalar por la espalda al Perú.

La sensación que causaba a su colega el presidente Prado valía más para el general Daza que toda mesura, precaución o visión futura. El trascendental papel que desempeñaba entonces halagaba plenamente su vanidad. Con el bicornio, empenachado de largas plumas, en la diestra, contemplaba al mandatario peruano con una sonrisa de triunfo.

—Pero no se imaginaron ni se imaginarán nunca que el general Daza podía burlarlos —exclamó, coronando su bombástica revelación con una carcajada.

El general Mariano Prado no dijo nada al comienzo; en profundo silencio examinó los documentos con que el Gobierno chileno había acreditado a su emisario secreto, y sólo cuando se convenció de su autenticidad se puso de pie para felicitar al general Daza. Sin embargo, cuando agradecía al mandatario boliviano la prueba de lealtad que daba al Perú, no había en su tono un entusiasmado acento de sinceridad.

Su pensamiento trabajaba independientemente, remontándose a prever sucesos. Tan pronto como el general Daza se retiró, el general Prado llamó inmediatamente al jefe de su estado mayor y le dio órdenes que demostraban su aguda penetración.

—El general Daza ha rechazado las proposiciones que le hizo el Gobierno de Chile para que nos traicionara —expresó—. Pero los ofrecimientos pueden renovarse aderezados con mayores tentaciones que tal vez logren romper la frágil lealtad de mi colega boliviano. Anticipándome a esa posibilidad, considero de elemental prudencia enviar hacia el sur, hacia Tarapacá, las divisiones más

fuertes del ejército del Altiplano. Ordene usted, pues, que las divisiones Villamil y Villegas salgan lo antes posible hacia el futuro teatro de guerra.

Simultáneamente con la partida de esas divisiones, el general Prado ordenó que se detuviera a la fragata *Pilcomayo*, que partía hacia el sur escoltando al transporte *Oroya*, que llevaba víveres y elementos militares a Pisagua, dando nuevas instrucciones a su comandante.

Debería seguir navegando hacia el sur, escurrirse sigilosamente frente a Iquique y cañonear Tocopilla y los barcos chilenos que encontrase en su ruta.

—Pero, coronel, la escuadra chilena está en Iquique… —intentó oponer el comandante Ferreyro al emisario que le envió el general Prado.

—La mitad de la escuadra enemiga solamente —aclaró el delegado presidencial—. Nuestros espías en Iquique han informado al general Prado que el blindado *Blanco Encalada* y la corbeta *Magallanes* van en viaje hacia Antofagasta. En Iquique sostienen el bloqueo únicamente el blindado *Cochrane*, las corbetas *Chacabuco* y
O'Higgins
y el *Abtao*, al cual se le están reparando las calderas.

El presidente del Perú no podía volver a sentirse tranquilo mientras no estuviera encabezando las operaciones al almirante Grau, que se retardaba en el Callao, esperando el término de la limpieza de fondos del monitor *Huáscar*. Nerviosamente le telegrafió interrumpir los trabajos de dique y navegar con su acorazado hacia Arica, pues tenía proyectado encomendarle una misión de gran importancia.

Encerradas en una vieja casona, ubicada en el extremo de la abandonada oficina salitrera de Santa Catalina, Leonora Latorre y su criada Elcira asistieron al paso de las cansadas tropas bolivianas que, después de una marcha extenuante desde Tacna llegaban a ocupar posiciones en algún lugar cercano a La Noria.

Como una marea amenazante habían estado desfilando por el

sendero del norte y durante dos noches habían encendido su vivac en los patios de la enorme usina. Pero los soldados venían tan agotados que no tenían ánimos para registrar el caserío que circundaba las barracas centrales.

Sin embargo, las dos mujeres habían vivido aterradas aquellos dos días, sin atreverse siquiera a abrir los postigos de las ventanas. Hasta el ordenanza del general Buendía, que las acompañaba en aquel destierro, había preferido no dejarse ver por los bolivianos.

Leonora y Elcira, encerradas en la habitación que les servía de dormitorio, escuchaban, en tensión, el ruido de las columnas en marcha, los sones de sus cornetas y el rodar de los carros.

Hacía veintitrés días que estaban allí y el tener que mantenerse ahora inmóviles en la obscuridad de la pieza comenzaba a descontrolarlas. Especialmente a Leonora, que, ignorante de la cuantía de las tropas que pasaban, temía que aquellas columnas fueran las avanzadas de un ejército que descendía hacia el sur. Su pensamiento constante era intentar alcanzar la costa para enviar un aviso a las fuerzas chilenas establecidas en Antofagasta. Pero el ordenanza del general Buendía vigilaba siempre, y la oficina de Santa Catalina era una isla remota en un mar de arena.

Antofagasta había adquirido una vida extraordinaria. Diez mil soldados chilenos se alojaban en sus cuarteles y vivaqueaban en los tibios lomajes de los alrededores. Desde el 14 de febrero, en que el primer cuerpo del ejército mandado por el coronel Emilio Sotomayor tomara posesión del puerto, hasta mediados de junio, la fisonomía del caserío había adquirido el colorido de un campamento. Uniformes de todas las armas teñían el panorama de las calles resecas.

Mulas, caballos, cureñas, rebaños de bueyes destinados al rancho, se movían incesantemente. No había calle ni callejuela donde no hubieran surgido cantinas y cocinerías.

El batallón «Atacama», al que estaba incorporado Rafael Torreblanca como subteniente, tenía su tolderío en el primer patio de la «Compañía de Salitres y Ferrocarril».

Torreblanca compartía su tienda con el subteniente Moisés Arce,

muchacho humilde que había sido telegrafista en numerosos pueblos y en Chañarcillo. En este último, seducido por las riquezas argentíferas de la región, decidió hacerse minero. Acababa de descubrir una veta promisoria, cuando estalló la guerra. Despreciando la tentación de la riqueza, se enroló en las filas del «Atacama».

En la tienda vecina convivían los subtenientes Blanco y Wilson, también copiapinos, y en la del frente, el capitán Vallejos, oriundo de Caldera.

La amistad entre aquellos cinco mozos había llegado a ser tan notoria que en el regimiento se los denominaba «los cinco hermanos».

El 27 de junio, en los momentos en que Torreblanca estaba en su tienda escribiendo, se presentó el capitán Vallejos y le comunicó desde la entrada:

Rafael, mi comandante Martínez te acaba de designar oficial de órdenes del ministro de Relaciones Exteriores, don Domingo Santa María, que llega hoy para conferenciar con los jefes del ejército y de la escuadra.

—Voy al momento, mi capitán. Déjame que termine este párrafo.

—No puede ser, hombre; el *Loa*, que trae al ministro, está entrando al puerto. Nuestro batallón, que ha sido escogido para servirle de escolta, va a salir a recibirlo a la playa y tú tienes que estar antes a bordo.

—Bien, Vallejos, salgo a la carrera —repuso Torreblanca.

El comandante Martínez lo instruyó rápidamente.

—Como usted sabe escribir bien y tiene buena letra —le dijo el tosco coronel, que había ascendido desde soldado raso y tenía sincera admiración por los hombres de letras—, seguramente no nos dejará en mal pie ante el ministro Santa María. Dese usted prisa.

En la calle central de Antofagasta reinaba una expectante animación cuando el señor Santa María bajó a tierra.

Marchando junto a él, Torreblanca pudo oír, entre otros comentarios, el de un soldado que le decía a un compañero:

—¡Chitas, hombre! En mi tierra me *habeidan contao* que los *menistros* andaban con un gorro largo *pa* arriba, como los obispos.

El señor Santa María sonreía ante aquellos decires, satisfecho de

la apostura y el ánimo de los soldados que lo escoltaban hasta el cuartel. Aquella impresión de que las tropas estaban en inmejorables condiciones para empezar cualquier campaña lo movió a iniciar lo más aceleradamente posible sus conferencias con los altos jefes militares y navales. Enterado de que el contralmirante Williams había llegado el día anterior en el *Blanco*, acompañado por el señor Rafael Sotomayor, ordenó a Torreblanca que los citara para una primera reunión, al día siguiente, a las nueve de la mañana. Igual citación debía enviarse al comandante en jefe del ejército, general Justo Arteaga, y a su secretario, don José Francisco Vergara, así como al auditor de guerra, don José Alfonso.

—¿No se les explicarán los motivos de la reunión, señor ministro? —le preguntó el subteniente Torreblanca, después de anotar la lista de personajes.

—Simplemente póngales usted que es para discutir el plan definitivo de la campaña terrestre.

El ministro sospechaba que las cosas no iban a marchar sin algunos tropiezos, pero no imaginó nunca que desde la citación que envió Torreblanca, todos sus actos iban a provocar una reacción violenta en los jefes militares.

—¡Una junta de guerra compuesta por civiles! —barbotó exasperado el general Arteaga, haciendo una pelotilla con la citación—. ¿Han visto nada más ridículo? ¿Quiénes van a proponer los planes de la campaña futura? ¿Los generales Villagrán, Baquedano, Erasmo Escala, que están en Antofagasta? ¡No, señores! ¿Los coróneles Velásquez, Lagos, Sotomayor?… ¡Tampoco! Los planes serán obra de cuatro civiles.

Irritado, el general se paseaba de un extremo a otro de su despacho.

—¡Vean ustedes, oficiales! —seguía vociferando—. Ahora los generales no usan uniformes ni hacen la carrera militar. Les basta con afiliarse a cierto partido político para que los conocimientos tácticos les broten como por ensalmo.

Pero aunque su irritación no decayó, decidió asistir a la conferencia.

La reacción del contralmirante fue aún peor. Simplemente no se presentó en la reunión.

Cuando hacía ya más de media hora que todos lo esperaban, el

ministro Santa María ordenó a Torreblanca:

—Teniente, trasládese al *Blanco* y comunique al almirante que, en nombre del Gobierno, reclamo su asistencia. Recuérdele que en este momento actúo como el presidente de la república.

Sin embargo, deseando avanzar algo antes de la llegada del contralmirante Williams, dio comienzo a la conferencia.

Pero a sus primeras frases, el general Arteaga, que había permanecido provocativamente indiferente, se volvió y lo interrumpió:

—Cuanto digamos aquí, señor Santa María, me parece de efectos muy poco positivos. Los planes de la guerra deben ser estudiados por militares.

El ministro Santa María era demasiado avasallador para dejarse detener por el orgullo profesional del general.

—Los estudiaremos ahora, general —insistió con firmeza—. Usted y el contralmirante representarán a las Fuerzas Armadas. Y el secretario de usted, señor Vergara, con el auditor de guerra, señor Alfonso, y el asesor general de la escuadra, señor Sotomayor, actuarán como observadores oficiosos del Gobierno.

—Procedan como les parezca —dijo el general, encogiéndose desdeñosamente de hombros—. Desde luego, mi punto de vista respecto a cómo debe iniciarse la campaña ya la conocen ustedes.

—En líneas generales, sí —admitió el ministro—. Pero le ruego que nos lo explique nuevamente.

—El ataque contra el enemigo debe iniciarse por Tacna y Arica —se limitó a exponer, con desgano, el general.

El ministro Santa María se tragó la bilis que comenzaba a provocarle la actitud descomedida del jefe del ejército, sacrificando su orgullo en aras de la tranquilidad.

—Lamento decir a usted, general, que, por el momento, expedicionar sobre Moquehua no es aceptable para el Gobierno —le manifestó, forzándose a hablar lentamente.

—¿Cómo es esto? —saltó el anciano militar—. El Gobierno estaba de acuerdo con este plan…

—Estaba, sí —le replicó el ministro, siempre conteniéndose—. Pero en estos días el Gobierno gesta un pacto de paz por separado con Bolivia. No podemos atacar Tacna y Arica, en donde están acampadas las fuerzas bolivianas.

El general se adelantó hacia la mesa, en torno a la cual estaban sentados los representantes del Gobierno, y pareció que iba a replicar violentamente. Pero se contuvo. Alzándose de hombros, se redujo a preguntar desdeñosamente:

—Pero ¿lo creen ustedes posible?…

—Estamos en conversaciones con el general Daza y esperamos recibir, en cualquier momento, su respuesta aprobatoria —le expresó el ministro. Y como el general se riera con mordacidad, agregó firmemente—: Y mientras no tengamos motivos para pensar lo contrario, encauzaremos nuestros planes sólo en dos líneas: o desembarcar en Tarapacá o expedicionar sobre Lima.

—Expedicionar sobre Lima es muy difícil, señor ministro —intervino el señor Sotomayor—. Chile no cuenta con transportes para trasladar hasta allí al ejército y sus pertrechos.

—Ni siquiera cuenta con un jefe de escuadra capaz de dirigir esa maniobra —acotó el general Arteaga, con una carcajada agria.

—Concretémonos al estudio de los diversos planes posibles —medió el señor Santa María, dispuesto a no permitir que la conferencia degenerara en discusión. Y sin dar tiempo a que ninguno ofreciera beligerancia al general, pasó a exponer el pensamiento del Gobierno.

El plan proponía el ataque por Tarapacá. Sus razones principales eran: primeo, la cercanía de esa región a la concentración de tropas chilenas; segundo, la mayor facilidad para transportar el ejército, y tercero, que apoderándose de Tarapacá se privaría de los guanos y salitres a las arcas peruanas y el Gobierno de Lima no podría mantener la guerra sin esas fuentes de riquezas. Además, si se lograba derrotar al ejército de línea establecido en diversos puntos de esa zona, se habría eliminado al más poderoso núcleo de tropas enemigas.

Tanto el señor Sotomayor como los señores Vergara y Alfonso estuvieron de acuerdo con los cálculos del Gobierno. Pensaban que Tarapacá era el nervio militar del Perú y que debía atacársele primero.

—Además, ocupado Iquique, la escuadra no tendrá que seguir sosteniendo el bloqueo —agregó don Rafael Sotomayor—, y podrá lanzarse en persecución de los barcos enemigos, quedando, al mismo tiempo, en libertad para escoltar a los transportes militares

chilenos.

El general Arteaga escuchaba a los civiles debatir cuidadosamente la invasión de Tarapacá, sin querer terciar, pero manteniendo en los labios una sonrisilla desdeñosa.

Tratando de no reparar en ella, los delegados seguían estudiando las posibilidades de invasión. Estaban en desacuerdo en cuanto al punto de desembarco. El señor Alfonso proponía la bajada a tierra por Pisagua, en donde existía un ferrocarril hacia el interior que facilitaría el avance rápido de las tropas, permitiéndoles tomar posiciones antes de que los bolivianos descendieran desde la cordillera a incrementar el poderío peruano.

Por su parte, el señor Sotomayor argumentaba que el desembarco debía realizarse en Patillos, desde donde el ejército expedicionario podría internarse velozmente hasta La Noria, para sorprender a las fuerzas enemigas acampadas allí. Esta operación, si se conseguía fuera sorpresiva, desbarataría la resistencia peruana antes de que el general Prado pudiera enviar refuerzos desde Tacna y Arica.

Faltaba solamente escuchar la opinión del señor Vergara, que había sido nombrado secretario del general en jefe para que pudiera actuar como observador del Gobierno. Se disponía el caballero a expresar sus ideas, cuando volvió a presentarse en la sala el subteniente Torreblanca.

—Con el permiso de ustedes, caballeros —se excusó—. El señor almirante Williams Rebolledo acaba de llegar.

El jefe de la escuadra entró con una expresión que traducía claramente el disgusto que le producía verse obligado a presentarse en aquella reunión.

—He venido, señor ministro —advirtió, después de saludar secamente a los presentes—, pero le ruego que me excuse de opinar, cuando menos en esta primera conferencia.

El señor Santa María sintió que se le sublevaba la sangre ante la terquedad de los dos jefes de las fuerzas armadas, pero se mantuvo en su propósito de conservar la paciencia.

—Está bien, señor almirante —le respondió—. Sírvase tomar asiento; luego hablaremos.

El contralmirante se sentó en la silla más alejada de donde estaba el general Arteaga y se quedó inmóvil, con el rostro pétreo e

inescrutable.

Después de un minuto de embarazoso silencio, el ministro Santa María pidió al señor Vergara que emitiera su opinión sobre el plan de campaña.

—Durante los meses que he permanecido en Antofagasta —comenzó diciendo el secretario del general en jefe— he podido hacer un estudio detenido del terreno, de los recursos de las distintas zonas, de las distancias entre sus pozos y aguadas y de las posibilidades de subsistencia de soldados y animales en el desierto.

—¿Y cuál es su conclusión, don José Francisco?

—Que debe atacarse al enemigo comenzando por desembarcar en Pisagua y Junín, tomar enseguida el ferrocarril que va al interior y establecer el núcleo más fuerte de la expedición en la quebrada de Tiliviche, a siete leguas de la costa. Ubicado allí el cuartel general, se abrirá la operación sobre Iquique y sobre las fuerzas acampadas en la ruta de Arica y Tacna.

El general Arteaga dejó escapar una carcajada seca y despectiva.

Todos los rostros se volvieron hacia él, menos el del contralmirante, que se empeñaba en no mirarlo.

—Sería interesante conocer los argumentos que el señor general opone al plan esbozado —sugirió el señor Vergara con las mandíbulas contraídas por la molestia que le causaba la actitud del general.

—Pero ¿cómo no me voy a reír si ustedes deciden con tanta soltura invadir Tarapacá por este o ese otro lugar, como si fuese un territorio deshabitado? —discurrió con aire perdonador el anciano militar—. ¿Se ha detenido alguno de ustedes a pensar que en Tarapacá hay actualmente una fuerza de 13 000 a 14 000 hombres, a los que se pueden sumar rápidamente unos 5000 más? ¿Han pensado en que la artillería, los bagajes y el agua no se transportarán solos al interior de la pampa?

Se había puesto de pie y se disponía a seguir discutiendo; pero, súbitamente, hizo un gesto de fastidio y exclamó:

—¡Bah! ¿A qué discutir algo tan sin sentido? Yo, por mi parte, me limitaré a insistir sobre el ataque a Arica y Tacna. Pero ustedes son el Gobierno. Allí adonde me ordenen llevaré el ejército.

—El general Arteaga afirma que en Tarapacá hay una guarnición de 14 000 hombres, y eso no es efectivo —saltó el señor Vergara,

fuera de sus casillas.

—¡Lo es, señor Vergara! —rugió el general, furioso por ser contradicho.

—¡No, general! —le rebatió el señor Alfonso, plegándose a Vergara—. Según nuestros informes, que son los únicos que se han tomado, en Tarapacá no alcanza a haber 8000 soldados enemigos.

—Y las mismas dificultades que tenemos nosotros para acarrear cañones y bagajes las tienen ellos —agregó el señor Sotomayor rápidamente.

A lo que añadió Vergara:

—Y el transporte no sería tan difícil, puesto que el cuartel general estaría sólo a siete leguas de la costa y…

—Pero ¿cómo?… —vociferó el general Arteaga, frenético—. ¿Se atreven ustedes a contradecirme a mí, que soy el único militar, el único que sabe lo que está hablando?…

—¡Basta, caballeros! ¡Basta! —gritó el ministro Santa María, sobreponiendo su voz a la de los demás—. ¡Se suspende la conferencia! ¡Ésta es una indigna merienda de negros!

Cada uno de los delegados abandonó la sala trémulo de furor.

El ministro Santa María tomó de un brazo al contralmirante Williams, a la pasada, y salió con él a los corredores del cuartel.

—¿Por qué se negó usted a opinar en esta reunión? —le preguntó, cuando estuvo algo más calmado.

—¿Y para qué? —le replicó, disgustado, el jefe de la escuadra—. ¿Cree usted que va a salir algo en claro de esto? ¿Con este general, quiere mover el ejército? ¿No ha notado usted que está demasiado viejo, que parece que no entiende lo que se le dice?…

Por su parte, el general Arteaga llegó enfermo de irritación a su despacho y, topándose con el general Manuel Baquedano, le expresó:

—Aunque el plan preferible sería dar el golpe sobre Lima, tendremos que conformarnos con atacar Arica y Tacna. Porque para ir hasta el Callao es necesario un jefe activo y eficiente en la escuadra y no ese Williams.

Pero el más decepcionado de todos era don Rafael Sotomayor.

—Es inútil cuanto hagamos, caballeros —afirmó a Vergara y Alfonso—. Desgraciadamente, tenemos un ejército sin general y una escuadra sin almirante. Regreso a Santiago y empeñaré todos mis

esfuerzos en conseguir que sean destituidos.

El regreso del ministro Santa María «destapó la olla» y el Gobierno y el pueblo se enteraron de la caótica situación en que se encontraban las fuerzas armadas en la capital de la guerra, que era Antofagasta. Al mismo tiempo, el desembarco definitivo del hombre de confianza del presidente Pinto, don Rafael Sotomayor, y sus declaraciones hicieron pública la pugna existente entre los jefes de la escuadra y del ejército.

La opinión popular, alimentada por los artículos de los corresponsales de guerra, repitió a grito herido la frase lapidaria del señor Sotomayor:

«—¡Tenemos un ejército sin general y una escuadra sin almirante!».

«—¡Están llevando a nuestros soldados a un matadero, guiados por incapaces!».

«—¡Abajo el general en jefe!… ¡Abajo el almirante!»…

En los días 5, 6 y 7 de julio se realizaron ansiosas sesiones del Ministerio. Pero ellas sólo sirvieron para sacar más a luz el desastre que amenazaba a las fuerzas armadas.

Solicitado a opinar, el señor Sotomayor creó una atmósfera de patetismo con sus declaraciones:

—Cuando el *Blanco Encalada* llegó a Antofagasta y pudo ponerse en contacto con la opinión de Chile, y se recibieron los diarios acusando a la escuadra por los traspiés sufridos, la oficialidad se resintió profundamente. De inmediato se formaron dos bandos que alteraron la disciplina: el de los partidarios del Gobierno y el de los adeptos al contralmirante Williams.

—Pero ¿por qué la formación de esos bandos, señor Sotomayor? —inquirió uno de los ministros.

—Porque el señor Williams mantiene una camarilla de incondicionales que, posiblemente, estén movidos por el partido político que quiere llevar al contralmirante a la Presidencia de la República en el próximo período, o antes.

La atrevida afirmación del señor Sotomayor provocó gran alboroto. Pero el orador prosiguió sin detenerse:

—Y esa camarilla carga todos los fracasos de la escuadra a la cuenta del Gobierno. Así, pues, afirman que nuestros blindados no han podido dar caza al *Huáscar* por falta de carbón y que la flota se halla desatendida y abandonada en aguas extranjeras.

—¿Y a quién se atreven a culpar por la tragedia del combate naval de Iquique, eh? —vociferó nítidamente desde su asiento el ministro Santa María.

Un pesado silencio se hizo en el recinto. El presidente Aníbal Pinto levantó la diestra con ademán apaciguador y dijo:

—Señores ministros, olvidemos las pasiones y concretémonos a buscar solución a nuestro problema.

—Excúseme, Excelencia, si pongo un último y doloroso remache a este tema —le suplicó el señor Santa María; y extrayendo un documento de uno de sus bolsillos, se dirigió a sus colegas—: Caballeros, conozcan ustedes la opinión de nuestro embajador en Argentina, don José Manuel Balmaceda, quien, con su fina percepción, capta el pensamiento de aquella nación.

Tomó el pliego y le dio lectura con acento desilusionado. Éste decía en uno de sus párrafos:

> *«Las noticias de la guerra me entristecen. Falta dirección pronta, plan fijo, energía de acción, por más que haya bravos dispuestos al sacrificio. La opinión en Lima y aquí es que la guerra es pésimamente dirigida por Chile».*

El señor Santa María dejó el papel sobre la mesa y miró a sus colegas, uno a uno.

—¿Qué responden ustedes? —les preguntó en forma casi agresiva—. Se callan, ¿verdad? Vuestro silencio está confirmando las expresiones del señor Balmaceda. ¡La guerra está siendo pésimamente dirigida por Chile! —Hizo una pausa y luego gritó, exasperado—: ¿Qué esperamos para cambiar al general en jefe y al almirante?

Los demás ministros saltaron como pinchados; unos defendiendo a los jefes aludidos, otros aprobando clamorosamente su destitución.

El presidente Pinto tuvo que ponerse de pie para acallar a sus secretarios de Estado.

—¡Señores ministros, llamo a ustedes a la cordura y al respeto a

sus cargos! No es éste el momento de cambiar bruscamente a los jefes de las fuerzas armadas.

—¡No sirven, Excelencia! —insistió porfiadamente el señor Santa María.

—¡Silencio, señor ministro!

La alteración del habitualmente sereno presidente sirvió para hacer ver a los ministros hasta qué punto se había dejado contagiar por el clima de exasperación que reinaba en el país.

—No podemos cambiar tan repentinamente a los jefes de nuestras fuerzas armadas —repitió gravemente—. No tenemos con quiénes reemplazarlos al momento, y, ademas, esos jefes, de antiguos y reconocidos méritos, deben tener una última oportunidad de rehabilitarse. Permanecerán en sus puestos. Pero el Gobierno comenzará, desde ahora, a ejercer la autoridad a que tiene derecho, y lo hará directamente en el teatro de operaciones.

El ministro de la Guerra, general Basilio Urrutia, aguzó el oído.

—¿En qué forma se ejercerá esa oportunidad, Excelencia? —preguntó.

—El Gobierno se hará representar en la escuadra, como en el ejército, por delegados premunidos de los más amplios poderes, con facultad para decidir en el momento y lugar que sea preciso, quitando o poniendo hombres, ordenando o negando movimientos de tropas o de barcos. Así, pues, se nombrará un delegado con plena autoridad sobre el general en jefe del ejército. Propongo que sea el ministro don Domingo Santa María.

—Si no he entendido mal, Excelencia, el señor Santa María vendría a ser el supervisor del general en jefe.

—Excelente.

—Pues, entonces debe nombrarse otro que cumpla igual función sobre el almirante.

—Forma parte de mi proyecto, general Urrutia. Incluso he pensado en crear un cargo que no se ha conocido antes en nuestro país, ni aparece consignado en nuestra Constitución.

—¿Cuál sería ese cargo, Excelencia? —se oyó preguntar a otro de los ministros.

—El de comisario general de las fuerzas armadas. Será la autoridad que represente directamente al Gobierno, enlace al ejército con la marina y coordine la operaciones de mar y tierra.

Quiero que este puesto sea desempeñado por don Rafael Sotomayor. Excúsenme ustedes si no lo someto a discusión inmediatamente, pero considero preciso debatirlo antes con el ministro de la Guerra y con el señor Sotomayor. Se levanta, pues, la sesión. La reanudaremos mañana a las diez. Con el permiso de ustedes, voy a pasar a mi despacho con el general Urrutia y el señor Sotomayor.

Con el proyecto de decreto, ya redactado, ante sus ojos, el señor Sotomayor se quedó atónito, abrumado casi por la enorme autoridad que pensaba otorgarle el presidente.

—Del texto del decreto se desprende, señor Sotomayor —comentó el general Urrutia—, que pasa a ser nada menos que…

—Por favor, general Urrutia, no comentemos —lo atajó el presidente—. Atengámonos a los hechos reales. Este decreto debe ser examinado mañana por el Gabinete y aprobado.

Sotomayor volvió a leerlo, sintiendo que el papel le temblaba entre las manos.

> *Al general en jefe del ejército, al almirante de la escuadra, a las autoridades militares, administrativas y judiciales de los territorios del norte —rezaba el rótulo. Y el texto comenzaba diciendo:*
>
> *Teniendo presente:*
>
> *1.º que con arreglo a lo dispuesto en el artículo 81 y en la parte 16 del artículo 82 de la Constitución, la autoridad del Presidente de la República se extiende a todo cuanto tiene por objeto la seguridad exterior de la nación y a él compete disponer de las fuerzas de mar y tierra, organizaría y distribuirla, según lo hallare por conveniente.*
>
> *2.º que la inspección y dirección superior de las operaciones de la guerra que corresponden constitucionalmente al jefe supremo del Estado, sin perjuicio de las facultades que, conforme a las leyes, competen a un General en jefe para la ejecución del pensamiento del Gobierno, no podrían ejercerse cuando aquél no mandara personalmente las fuerzas de mar y tierra y cuando hay que emprender operaciones distantes de la residencia del Ejecutivo, sino por medio de un delegado investido de las atribuciones necesarias para hacerlas efectivas, he acordado y decreto:*

1.° Nómbrese a don Rafael Sotomayor Comisario General del Gobierno para que, cerca del ejército expedicionario y cerca de la armada nacional, ejerza durante la campaña que está para emprenderse, las atribuciones de inspección y dirección superior que corresponden al Ejecutivo, conforme a las instrucciones reservadas que le serán impartidas.

2.º Todas las autoridades del ejército y de la armada y todas las administrativas y judiciales de los territorios ocupados por las fuerzas de la nación, sin excepción alguna, reconocerán a don Rafael Sotomayor en el carácter que le confiere el inciso precedente y darán, en consecuencia, cumplimiento a cuantas órdenes y disposiciones impartiere como si emanaran del Presidente de la República…

El señor Sotomayor bajó el papel, demasiado impresionado para terminar de leerlo.

—Nada escapará a su autoridad en el teatro de operaciones del norte, señor Solomayor —le advertía en ese momento el presidente, como adivinando sus pensamientos.

—Tendrá usted el poder de un presidente de la república, mi amigo don Rafael —le aclaró el ministro de la Guerra, solemnemente.

—Sí —confirmó el señor Pinto—. Será usted el presidente de la república en campaña.

Don Rafael Sotomayor cerró los ojos sintiendo resonar aquellas palabras en su cerebro: «El presidente de la república en campaña».

Lo sacó de sus reflexiones el propio presidente, quien lo tomaba de un brazo para acercarlo a una de las ventanas que daban a la calle Morandé.

—¿Ve usted ese regimiento que pasa? —le dijo el señor Pinto—. Son soldados que se encaminan a la estación para marchar hacia el norte. El país nos está entregando la sangre de sus hijos, amigo Sotomayor. ¿Tenemos derecho a malgastarla en operaciones torpes y precipitadas?

—Si de mí depende, no se malgastará una vida, Excelencia, se lo juro —aseguró dificultosamente Sotomayor.

—Es el regimiento «Esmeralda», caballeros —les advirtió

repentinamente el general Urrutia—. Lo encabeza un héroe de diez batallas.

Los tres se inclinaron para observar mejor. Efectivamente, era el «Esmeralda» que se dirigía a la estación para tomar el tren que lo llevaría a San Felipe. Al frente de la columna, jinete en un caballo de gran alzada, iba el viejo coronel Amengual.

Los soldados aún iban de civil, pero la oficialidad vestía flamantes uniformes azules de infantería y botas a media pierna.

—Entre los oficiales va también mi hijo José María —murmuró emocionado el señor Pinto—. Este regimiento será uno de los primeros que partan al norte por orden suya, don Rafael.

El señor Sotomayor no respondió, pero al contemplar aquellas filas de soldados se estaba haciendo el propósito de tomar la dirección de la campaña tratando de no atropellar la jerarquía militar. Buscaría la forma de encarrilar los planes del Gobierno sin herir a los generales y jefes de la escuadra.

—No expondré vanamente a nuestros hombres, Excelencia —prometió—. Cuando llegue el momento irán directamente a la acción y con la senda trazada y los pasos calculados, de modo que su valor los conduzca a la victoria.

3

Las filas del regimiento «Esmeralda» se habían roto en el interior del recinto de la estación del ferrocarril, asaltadas por la multitud de personas que venían a despedir a los soldados. Los ochocientos y más hombres del cuerpo, con sus sacos de viaje, sus mochilas y sus armamentos, sumados a las mujeres, padres e hijos que estaban allí para decirles adiós, formaban una masa movediza y confusa.

El coronel Amengual surgió de la oficina del jefe de estación y cruzó por entre le muchedumbre, malhumorado por el desorden producido durante los minutos que él demoró en ponerse de acuerdo sobre la hora de partida del convoy.

Parado en el borde del andén, paseó su mirada iracunda en torno suyo y gritó a todo pulmón:

—¡Ayudante! ¿Dónde corchos se ha metido usted?

El capitán Patricio Larraín, que se había distraído unos instantes para despedirse de su madre, corrió al lado de él.

—Dispénseme, mi comandante. Estaba despidiéndome de mi familia.

—Un soldado se despide de su gente dentro de su casa o no se despide. ¡Qué canasto! —bramó el coronel—. Pero no da el espectáculo afeminado de mostrarse abrazando o besando como palomo. Y ahora, diga usted al segundo comandante Holley que ordene al regimiento subir al tren —prosiguió el iracundo veterano —. Y usted grítele una orden a todo soldado que divise abrazado con alguna moza.

—¡A su orden, mi coronel!

El capitán Larraín suspiró aliviado cuando se alejó el viejo fiero. Giró buscando con la mirada al segundo comandante y habiéndolo

divisado se encaminaba hacia él, cuando le interceptó el paso Margarita Collins, que llegaba acompañada por una criada.

—¡Patricio! —lo llamó la muchacha, acercándose sofocada—. ¿Dónde está el sargento Cobo?

El capitán se quedó mirándola extrañado.

—¿El sargento Alberto Cobo?

—Sí, él mismo. ¿Dónde puedo encontrarlo?

Larraín hizo un esfuerzo de memoria.

—¡Ah, tercera compañía del primer batallón! —recordó finalmente—. Debe estar en el vagón que sigue. Perdóname si no te acompaño, pero tengo que ir donde el segundo comandante. Adiós, Margarita.

Se escurrió por entre los soldados, mientras la joven caminaba apresuradamente, apegada al tren.

Margarita, con la ansiedad pintada en el rostro, iba mirando atentamente, ventanilla tras ventanilla, a los soldados que se agitaban dentro de los vagones.

—Ayúdame a encontrarlo —le decía a la criada. Pero recordando que la moza no tenía por qué conocerlo, se lo describía atolondradamente—: Es alto, moreno, de cabellos ondulados, ojos grandes y pestañas muy largas…

Repentinamente lo divisó. Alberto reía a carcajadas, celebrando las chirigotas de un cabo que estaba junto a él, cuando oyó su nombre.

—¡Señorita Collins! —exclamó asombrado, inclinándose fuera del tren.

—¡Uy, por Dios, qué difícil de encontrar es usted! —se lamentó la joven, aunque sonreía.

—Estábamos acuartelados… —se excusó Alberto.

Sentía una emoción indefinible al contemplar a la muchacha. Hubiera preferido no verla; sin embargo, lo impresionaba divisarla allí, mirándolo con ojos de apasionado reproche.

—Hubo algunos que salieron del cuartel —insinuó ella.

—Tendrían motivos poderosos para arriesgarse.

—Seguramente. Y usted no los tenía, es claro.

—No los tenía, señorita —contestó gravemente el soldado, esquivando la mirada.

Una dolorida rebelión se operó en la joven al sentirse rechazada.

—Y tampoco los tiene ahora para bajar y evitarme hablarle a gritos —protestó enojada—. La cortesía impone actos que no se desean.

Alberto comprendió que se había excedido y se apresuró a disculparse.

—Perdóneme, soy un mal educado —reconoció con turbación—. Bajo enseguida.

Mientras Cobo forcejeaba por descender al andén, Margarita tomó un voluminoso paquete que su criada había mantenido en los brazos y ordenó a la mujer que se retirara unos pasos. Pero ésta no se atrevía, atemorizada por las miradas audaces de varios soldados.

—Te he dicho que te apartes —volvió a ordenarle la joven, impaciente.

—Es que hay muchos «sordaos» que me están echando el ojo, señorita —gimoteó la sirvienta.

—Entonces quédate ahí, tonta —la reprendió Margarita, movilizándose hacia la puerta de entrada del vagón.

Casi enseguida, Cobo surgió por entre los soldados que se apretujaban en la plataforma del carro.

—Excúseme, señorita Collins —le dijo respirando aliviado—, pero tenemos prohibición de bajar de los vagones. Estamos por partir ya. Ésa fue la causa de mi descortesía…

—No tiene por qué disculparse —lo atajó la joven, fríamente, aunque sin poder disimular la emoción que le producía estar tan próxima a él—. Además, voy a demorarlo sólo un instante. Tome usted.

Nerviosamente le alargó el paquete que acababa de quitar a la criada.

Alberto se sorprendió un tanto, pero enseguida comprendió. No obstante, turbado por el contacto con la muchacha, cuyas manos oprimió involuntariamente al recibir el paquete, le preguntó:

—¿Qué es esto, señorita?

Margarita levantó la barbilla fina y repitió sin tomar aliento, como quien recita un párrafo estudiado ex profeso:

—La agrupación de señoritas madrinas del regimiento «Esmeralda» se comprometió en regalar al primer recluta que se enrolara en el regimiento un uniforme hecho por nuestras propias…

Pero no pudo terminar. Como si su resistencia cediese de

repente, se calló y bajó la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas.

Alberto se sintió terriblemente culpable; la máscara de indiferencia que se había propuesto simular cayó ante la emoción de la joven.

—Perdóneme, Margarita —le dijo suavemente, sintiendo la irresistible tentación de tomarle la barbilla y levantarle cariñosamente el rostro. Pero no se atrevió a hacerlo—. Nosotros no debemos engañarnos —le dijo—. Está usted con los ojos arrasados de lágrimas y yo no me siento con derecho para atribuírmelas.

—¿Por qué no, Alberto? —saltó impulsivamente Margarita, alzando la cabeza y clavándole de lleno sus ojos apasionados.

Estaban frente a frente. Las voces de los oficiales urgiendo a los últimos soldados a trepar al convoy hacían agolparse a la muchedumbre y esta marea humana los oprimía al uno contra el otro.

Alberto sentía el cuerpo fino de la joven apegado al suyo y veía el rostro hermoso, de grandes ojos dorados, apenas unos centímetros debajo.

—Adiós, Alberto —le susurró la muchacha con honda ternura, y su aliento tibio le rozó la cara. Pudo ver que los labios de ella temblaban, y no supo resistir. Instintivamente la estrechó contra sí.

Margarita respondió el abrazo frenéticamente. Con sus manos engarfiadas en la espalda del soldado, le repetía una y otra vez, dolorosa, inconscientemente:

—¡Oh, Alberto de mi vida, qué pena tan grande!… ¡Qué pena tan grande!

La mejilla de la joven se revolvía contra la del soldado, en una caricia desesperada.

La boca de Alberto resbaló suavemente, buscándole los labios, e iba a besarla, cuando una voz estentórea resonó junto a ellos:

—¡Sargento Cobo, atención…, firm!

Sacudido violentamente por aquella orden, el soldado soltó los brazos que oprimían a la muchacha e instintivamente irguió el cuerpo y estrechó los talones.

Frente a él estaba el capitán Patricio Larraín.

—Perdón. Margarita —dijo el oficial enrojeciendo al identificar a la muchacha— pero son órdenes del comandante.

En ese instante resonó el silbato del conductor del tren.

—¡Arriba, sargento! —ordenó apresuradamente el capitán ayudante a Cobo.

—¡A la orden, mi capitán! —repuso el subalterno. Sentía que un nudo le subía y bajaba en la garganta—. Adiós, Margarita —alcanzó a decir a la muchacha, y tuvo que saltar a la pisadera, justamente en el momento en que, con un pitazo prolongado, el tren se ponía en movimiento.

—¡Adiós, Alberto!

Luchó desesperadamente por abrirse paso a través de la plataforma y luego del pasillo, para llegar hasta el lugar que había ocupado al instalarse en el vagón. Las dos ventanillas correspondientes al asiento

vis-à-vis,

que debía compartir con tres hombres más, estaban obstruidas por los cuerpos de éstos. Agarrando de los fondillos de los pantalones al que tenía más cerca, lo sacó de un tirón.

—¡Déjeme la ventanilla, cabo Cardemil! —le ordenó y pasó el cuerpo sobre él, sin contemplaciones. Los soldados asomaban hasta medio cuerpo fuera de los vagones, tratando de seguir con la vista a sus parientes y amores que iban quedando atrás.

—¡Hasta la vuelta, mamita!…

—¡No llores, mi negra! ¡Volveré, volveré!

—¡Adiós!… ¡Adióoooos!…

Margarita, olvidada de su orgullo, corría apegada a la ventanilla por la cual asomaba Cobo.

—¡Adiós, Alberto! —exclamaba, tratando de hacerse oír—. ¡Adiós, mi amor!…

Pero ya la locomotora asomaba fuera de la bóveda de la estación. E inconteniblemente empezó a dejar atrás a la multitud.

Empequeñeciéndose entre la muchedumbre, Margarita gritó por última vez:

—¡Vuelve, mi vida!… ¡Vuelve!

Agitando un brazo desanimadamente, Alberto la contempló perderse y murmuró en voz baja, con honda congoja:

—¡Adiós, Margarita!

Saliendo de debajo de él, el cabo Cardemil comenzó a cantar con voz chillona y grandes aspavientos:

Nos vamos p'al Perú.
Por el desierto y por los mares,
nos vamos p'al Perú.

Pronto cincuenta voces se unieron a la suya, coreando la vieja canción de los soldados que lucharon contra la Confederación en 1838.

Allá en Antofagasta
flamea el tricolor,
llamando a los sordaos:
venid, en batallón…

Tres horas más tarde, el tren quedaba detenido en la estación donde debía tomar el ramal que lo desviaría hacia San Felipe. En la misma estación, se aquietaba el convoy que venía desde Valparaíso a Santiago.

Durante largos minutos los pasajeros de ambos trenes se contemplaron a través de las ventanillas, pero luego la impaciencia comenzó a agitarlos. ¿Por qué aquella prolongada detención?

La respuesta era simple. En el tren de Valparaíso venía el comandante de la intendencia de Valparaíso, señor Eulogio Altamirano. Al encontrarse los convoyes, se había topado con el coronel Amengual y ambos se habían encerrado en el despacho del jefe de estación. Allí el señor Altamirano había confiado al jefe del «Esmeralda» una desconcertante noticia. La cañonera *Pilcomayo*, la más débil de la escuadra peruana, había burlado a la escuadra chilena, repartida en Iquique y Antofagasta, y enfrentando Tocopilla cañoneó todas las lanchas y las instalaciones del puerto, atrapó a un barco mercante chileno llamado *Duende*, lo incendió y enseguida, cuando se retiraba sin temor, topó en la boca del puerto con el blindado *Blanco Encalada* y la *Chacabuco* que regresaban a Iquique. Condenada irremediablemente a ser capturada o hundida, logró, sin embargo, esquivar a sus adversarios y se perdió hacia el norte.

Los cantos y la alegría se congelaron bruscamente en los rostros

de los soldados del «Esmeralda» cuando se esparció la noticia.

Aquella desagradable impresión no persiguió, sin embargo, durante mucho rato a los soldados del «Esmeralda». Unos tragos de café, ordenados por los capitanes de compañía, y otros de vino, tomados a escondidas, les devolvieron el buen humor. Y cuando el tren se acercaba a las primeras casas de San Felipe, reían y bromeaban como si fueran a una fiesta.

La gran cantidad de luces alineadas en la estación les dio a entender que eran esperados, y el coronel Amengual, con su ayudante el capitán Larraín y el segundo comandante Holley, pasaron por los vagones dando una misma orden:

—Que se asomen a las ventanillas sólo los que tienen uniforme.

La orden provocó una ola de comentarios acres. Más de la mitad de la dotación del regimiento vestía aún de civil y unos cincuenta usaban medio uniforme. Algunos habían conseguido solamente la guerrera o nada más que los pantalones; otros disponían apenas del quepis.

Pero ya se oían los gritos de los ocupantes de los primeros vagones del convoy saludando a los sanfelipeños, cuando se abrió paso por el pasillo el subteniente Del Solar, que venía en representación del capitán Baeza, comandante de la tercera compañía, a vigilar el estricto cumplimiento de la orden.

—¡Ya vamos entrando a la estación! —gritaba a medida que avanzaba por el carro—. ¡A ver, muchachos! ¡Retirarse de las ventanillas los que no estén uniformados!

Se detuvo junto al sargento Cobo, que asomaba medio cuerpo observando a la multitud provista de antorchas que se alineaba en el andén, mientras una banda municipal tocaba desafinadamente una marcha.

—Oye tú, Alberto —le llamó la atención, remeciéndolo de un hombro—. Ya oíste la orden.

Cobo se recogió hacia el interior del vagón y lo miró con expresión de fingida inocencia.

—Pero yo tengo uniforme, mi teniente —le replicó malicioso—. Ya viste que me regaló uno Margarita Collins, cuando salimos de Santiago.

—No lo traes puesto, hombre.

—Mi coronel no habló en ningún momento de traerlo puesto, mi

teniente. Dijo simplemente: «Los que no tengan uniforme retírense de las ventanillas».

El tren se detenía, resoplando, y los sones emitidos por la banda entraban a los vagones mezclados con el griterío de la gente.

Cobo había vuelto a asomarse al exterior y buscaba afanosamente entre la muchedumbre. Pero las luces que portaba la gente lo encandilaban, impidiéndole distinguir los rostros.

El subteniente Del Solar, tentado también por el espectáculo, rechazó al cabo Cardemil y se apoderó de la ventanilla vecina.

En ese momento, una voz cristalina surgida de entre la muchedumbre se alzo llamando a Cobo.

—¡Alberto! ¡Alberto!

A Alberto Del Solar le brillaron los ojos y automáticamente se arregló el cuello de la guerrera, mientras aguzaba la mirada, tratando de ver las facciones de la muchacha que se acercaba al vagón.

—¡Caramba, hombre —se pavoneó contento—, qué pronto comenzamos en San Felipe!

Cobo, que había reconocido ya a Clementina, preguntó socarrón a su amigo:

—¿Por qué lo dices, tocayo?

—Pero ¿es que no la oyes?… ¿No ves a esa chiquilla que se acerca, saludándome?

El sargento lanzó una carcajada.

—¿Conque te saluda a ti, presumido, eh?

Clementina llegaba ya al costado del tren, y, emocionada, se colgaba de las manos de Cobo, ante la mirada azorada del subteniente.

—¡Al fin volviste, Alberto! —exclamaba.

—¡Hola, Clementina! —la saludó afectuosamente el mozo, acariciándole una mejilla—. ¿Cómo está mamá?

—No se siente del todo bien. No pudo venir a esperarte.

El subteniente Del Solar estaba completamente corrido, y cuando Cobo le guiño un ojo con picardía, intentó disculparse.

—Perdón —dijo, carraspeando—, creo que me he…, he… ¡Con permiso, voy a vigilar el desembarco! —Y se perdió por el pasillo del vagón.

Cobo se quedó riendo suavemente, sin que su hermana acertara

a explicarse el porqué.

El alcalde del pueblo les dispensaba en aquel instante su discurso de bienvenida.

—¡Bienvenidos a San Felipe, bravos hijos de la patria! —se le entendió al comienzo, y luego—: En nombre de este pueblo, que ostenta con orgullo su doble título de Villa Muy Heroica, os doy la bienvenida y os acojo como nuestros huéspedes de honor.

Después, la inquietud de los soldados, que llevaban ya demasiadas horas inmóviles, ahogó sus palabras, en medio de la algarabía de la tropa que dejaba el tren.

Habiendo descendido algunos capitanes al andén, se consiguió sofocar un tanto el bochinche de los soldados, y la voz del alcalde pudo volver a oírse:

—… la sociedad de señoras, las de socorros mutuos, los clubes de las colonias extranjeras, unidos en un mismo anhelo, hemos preparado un festejo de recepción a los bizarros oficiales y aguerridos soldados del regimiento «Esmeralda», y hacemos hincapié ante su ilustre comandante, el coronel Amengual, para que otorgue licencia a toda la dotación, a fin de que mañana en la noche podamos darnos el gusto de reír y bailar en compañía de los hijos predilectos de la patria.

La noticia de una fiesta en que todos serían invitados de honor conmovió a los soldados. Con los ojos brillantes abarcaban codiciosamente a la gran cantidad de muchachas y mujeres más entradas en carnes que se distribuían a lo largo del andén.

—¡Chitas, *sordao* Trujillo! —comentó el cabo Cardemil—. Nos van a hacer una fiesta de recibimiento, fijesé.

Una corneta tocó a formación. Todos recogieron apresuradamente sus equipos y bajaron, a empellones, al andén.

—Te veré más tarde, cuando rompamos filas —alcanzó a advertir Alberto a su hermana.

Media hora después, desfilaban por la calle ancha de San Felipe, que conduce hasta el corazón del pueblo.

El alcalde, el cura Gómez, y la sociedad de señoras de San Felipe, habían organizado una recepción clamorosa al «Esmeralda». Sabedoras las damas de que en «el regimiento de los pijes» formaban los hijos de las familias más aristocráticas de la capital, dispusieron que todas las jóvenes solteras de la población

marcharan junto a las filas, eligiendo cada una al oficial que le fuera más atractivo; y las muchachas modestas, por no ser menos, se apegaron también a los suboficiales y soldados.

—Oiga, mi cabo Cardemil —reflexionaba el soldado Trujillo, devorando con ojos hambrientos a la mocita que se había instalado entre los dos—: ¿en *toa* la guerra nos pondrán linduras como ésta para que vayan marchando al *lao* del regimiento?

—¡Silencio en la fila, *sordao* Trujillo! —masculló el cabo, por un colmillo, poco dispuesto a dejarse arrebatar la compañera—. Atráquese
pa'cá,
más mejor, mi *prienda*; mire que ése, *contimás* que es *sordao* raso, es huaso bruto y no tiene estos galones.

Aquella noche, el regimiento alojó como pudo, en el viejo cuartel que había dejado desocupado el «Aconcagua», y la mañana siguiente se ocupó en la instalación del cuerpo. Pero en la tarde, en el descanso de la hora de la siesta, el
capitán-ayudante
se atrevió a apersonarse al coronel para recordarle que las autoridades del pueblo habían solicitado un permiso para la dotación del «Esmeralda», a fin de que pudieran concurrir a la fiesta que les habían preparado.

El comandante se paseó un rato por el despacho, gruñendo en voz baja.

—Está bien, ayudante —aceptó, por fin, en un tono que no hacía presagiar nada bueno—. Concedido el permiso para la fiesta de esta noche. Sólo quedará la guardia en el cuartel.

—Muchas gracias, mi coronel —le expresó el capitán, radiante de contento, y se cuadró para retirarse. Pero el comandante lo retuvo con un gesto.

—No me agradezca tanto, ayudante —le dijo, con un modo tan especial, que a Patricio Larraín le pareció siniestro—; mire que quizás sería preferible para ustedes que se echaran a la cama tempranito.

—¿Por qué, mi coronel? —le preguntó el oficial, sintiendo que se le helaba la sonrisa en los labios.

—Porque mañana, cuando el sol esté más alto, partiremos todos hacia un campo que existe al oriente del pueblo; y, durante toda la

tarde y toda la noche, vamos a hacer práctica de marchas forzadas y vivac de montaña. Y la haremos con equipo completo, como si estuviéramos en plena campaña en el desierto.

El ayudante tragó saliva, comprendiendo qué alcances tenía la advertencia del comandante.

—Y no habrá contemplaciones para nadie, capitán —proseguía el jefe, con aquella voz que no admitía discusión—. Prevenga usted claramente a todo el regimiento. El que se agote, será reanimado a varillazos, porque como en el desierto yo no dejaría a un soldado mío a mitad de camino, voy a empezar a enseñarles a sacar fuerzas hasta de la médula de los huesos.

—¿Toda la tarde y… toda la noche? —inquirió tartamudeando el ayudante.

—Sí, capitán —afirmó el veterano, inflexible—. Y tome usted nota del equipo que llevará cada cual. Uniforme o traje de igual peso, capote con capuchón, manta o rollo, botín de campaña con polainas, revólver con cartuchera para cien tiros, caramayola llena de agua, yatagán, fusil con su correspondiente fornitura llena de balas, y mochila cargada con dieciséis kilos de piedras.

—¿Dieciséis kilos?… —repitió espantado el oficial.

—En campaña, nunca llevarán menos peso —se limitó a responder el coronel, y enseguida, recordando algo, agregó—: Y como ustedes, los oficiales, resolvieron en Santiago que les gustaría usar un sable más grande que el modelo del reglamento les he conseguido los largos sables curvos que se encontraron en el arsenal de la goleta *María Isabel*, cuando fue arrebatada a los españoles.

El capitán Larraín volvió a tragar saliva.

—¿Sable también?… —balbuceó, perdido ya todo ánimo de fiesta.

—Sí, capitán. Ese será el equipo que el «Esmeralda» usará cuando se encuentre combatiendo en el norte —concluyó el fiero veterano—. Comencemos, pues, a acostumbrarnos a andar con él. En las tardes de sol infernal, y en las noches de frío horrible del desierto, ustedes me agradecerán la marcha que vamos a hacer mañana.

El ayudante estaba alelado, sin voluntad para girar sobre sus talones y salir a comunicar al regimiento el programa que se le preparaba.

—Y ahora, ayudante —le dijo el coronel, poniendo término a la entrevista—, puede usted notificar al personal que tiene mi autorización para asistir a la fiesta de esta noche.

4

Arrebujados en sus gruesos capotes, y con una manta sobre los hombros, el general Buendía y el baqueano que lo guiaba por el desierto sentían que el frío de la noche les entraba hasta los huesos. Habían salido de Iquique al mediodía, y, en lugar de seguir la ruta habitual que pasaba por Pozo Almonte, donde estaba el mayor número de tropas aliadas, se lanzaron a través de la Pampa de la Perdiz, en dirección a Huara, para acortar el camino a Pisagua. Pero, a pesar de que montaban caballos escogidos, la travesía del arenal había sido difícil y lenta. Al entrar en la Pampa Negra, la noche cerró sobre ellos. Las bestias marchaban al paso, resoplando por el esfuerzo.

El general Buendía había hecho el recorrido en silencio. Aunque su sacrificado viaje obedecía a una razón militar, el impulso que lo llevó a realizarlo personalmente era su ansiedad por ver a la chilena, a quien había salvado del fusilamiento, escondiéndola en una de las casuchas de la abandonada oficina salitrera de Santa Catalina.

No obstante haberle dado una demostración fehaciente del amor que le profesaba, traicionando a los suyos por salvarla, el viejo militar sentía vergüenza de presentarse ante la joven. Él había sido quien la denunciara como espía chilena ante las autoridades de Iquique, y luego él mismo, incapaz de soportar la idea de perderla, fue quien le facilitó la fuga. Ahora la situación cambiaba radicalmente; él sabía, sin sombra de dudas, que la muchacha era una espía enemiga. Pero no podía arrancársela del pensamiento; la necesitaba; vanamente había luchado por borrar su recuerdo, por olvidar las horas vividas junto a ella, su voz, su rostro, su cuerpo. La pasión que la altiva chilena había despertado en su corazón era

mucho más fuerte que su voluntad, desgastada en sesenta y cinco años de vida mundana.

Marchaba, pues, hacia Santa Catalina, vencido de antemano, y temeroso de afrontar la primera entrevista, en que él, general en jefe del ejército peruano, tendría que rogar desembozadamente a la espía chilena.

—Tras esas dunas está la oficina de Santa Catalina —le advirtió de pronto el guía.

El general le hizo seña de haberle comprendido, y espoleó a su caballo.

En efecto, desde una de las dunas pudieron distinguir vagamente, en la penumbra de la noche estrellada, los galpones y barracas de la antigua oficina salitrera.

—Encienda usted ya la antorcha de señal para que mi ordenanza no dispare —ordenó al sargento, adelantándose hacia el caserío.

No obstante, quienes sintieron primeramente los cascos de los caballos fueron las dos mujeres.

—Vienen hacia acá, señorita Leonora —murmuró alarmada Elcira.

Rápidamente fueron a despertar al ordenanza, que dormía en la habitación vecina.

Con el fusil preparado, el hombre salió al corredor de la casucha. El trote de los caballos se acercaba notoriamente, y de pronto apareció la luz de una antorcha y se aproximó por la callejuela que conducía al albergue de las chilenas.

—¡Es el general Buendía! —exclamó el soldado al reconocer la señal.

—¡El general Buendía! —repitió impresionada Leonora, y entró a toda prisa al dormitorio. Mientras se refrescaba apresuradamente el rostro somnoliento, y se arreglaba los cabellos, sintió llegar al general con su acompañante, y su voz saludando al ordenanza y a Elcira, que se quedó afuera, para impedirle la entrada hasta que su ama le avisara. Luego lo oyó ordenar a los dos soldados que se alejaran un tanto, y enseguida, sus pasos impacientes yendo y volviendo a lo largo del corredor.

Dándose tiempo para recuperar el aplomo, Leonora terminó de vestirse, y, con mano trémula, empujó la puerta y salió al corredor.

El general Buendía se dio vuelta bruscamente al sentir el ruido

de la puerta.

—¡Elena! —murmuró con pasión, tomándole una mano y mirándola a los ojos.

La joven no respondió al saludo, pero no se resistió cuando el general se inclinó sobre su diestra y se la besó suave y largamente.

Durante los segundos que siguieron permanecieron callados, mirándose, sin que ninguno supiera cómo abordar la extraña situación en que se hallaban.

—Elena, por Dios, es inútil que trate de explicarle —exclamó finalmente el militar enervado por el mutismo de la joven—. Usted tiene que entenderme sin necesidad de palabras. Mi actitud puede parecer injustificable a un extraño, pero para nosotros dos tiene que ser comprensible. La amo, eso es todo.

—Arriesga usted demasiado, general —le respondió en voz baja la chilena—. Y se expone con la certidumbre de que no tendrá recompensa, porque yo no lo amo, y creo que no lo amaré nunca.

El general bajó la cabeza atribulado.

—Lo sé —aceptó con tristeza—. Pero no puedo impedir mis sentimientos. No tengo fuerzas para ahogarlos, y he encadenado tan férreamente mi vida a la suya, que seré capaz de los actos más repudiables, con tal de no perderla. Sí, Elena; pero no se alegre usted imaginando que podrá disponer de mí incondicionalmente para sus fines de agente secreta chilena. No; todo lo contrario. Esta pasión incontrolada que ha hecho usted nacer en mí, será su peor carcelera. Ya se lo he dicho, y se lo repito: seré capaz de todo, con tal de no perderla.

Leonora veía brillar sus ojos en la obscuridad, afiebrados y violentos, y sentía sus manos agarrotándole la diestra.

—¡Suélteme! —le reclamó secamente.

El general obedeció al instante, y despreocupándose de la agresividad de la joven, se separó para recoger un paquete que había depositado al pie de uno de los horcones que soportaban el techo del corredor.

—Vea usted, Elena —le dijo, desenvolviéndolo—. Anoche se realizó en Iquique una fiesta para celebrar la llegada de unos torpedos que se instalarán en la bahía. En ella conocí a un contrabandista francés que llegó con los técnicos norteamericanos que emplazarán esas máquinas de guerra, y, mientras bebíamos

unas copas, me llevó aparte a fin de mostrarme una hermosa esclavina guarnecida de perlas. Mi único pensamiento, instantáneo, fue que ninguna otra mujer era más digna de llevarla que usted.

Había terminado de quitar el papel al envoltorio y extendía la esclavina. Las hileras de pequeñas perlas brillaban en el paño negro.

—General, no debe usted seguir preocupándose por mí, que no estoy dispuesta a dejarme conmover por nada de lo que usted haga —insistió tercamente la joven.

El viejo militar movía la cabeza resistiéndose a oírla, y se obstinaba en exhibirle su regalo.

—Mírela —le rogaba humildemente—. Aquí hace mucho frío en las noches. Concédame el placer de obsequiársela.

La chilena alzó los hombros, resignada e indiferente.

—Está bien, general; gracias —aceptó con desgano, cediendo para no prolongar aquella escena.

El general colocó cuidadosamente la capa sobre los hombros de la muchacha, y retrocedió para contemplarla.

—Nadie podría llevarla mejor —opinó embobado, y añadió con vehemencia—: ¡Qué hermosa es usted, Elena!

La agente lo miró, asombrada de la ceguera que quería imponerse el militar. Iba a replicar algo, pero girando sobre sus pies prefirió entrar a la habitación.

El general la siguió mansamente, y se sentó en una de las desvencijadas sillas, que, con una pequeña mesa, formaban el mobiliario del cuarto.

Durante un rato permanecieron callados, y llegó a ser tan tirante aquel silencio, que la criada no pudo soportarlo.

—¿Quiere usted una taza de té, señor? —ofreció al general.

El jefe peruano asintió con la cabeza:

—En verdad tengo frío —dijo.

Se sentía abrumado, aplastado por la inflexible frialdad de la joven. Durante las horas que cabalgó desde Iquique no llegó a imaginar un rechazo tan categórico. La actitud de absoluto despego de la agente, que se mantenía desdeñosamente ausente, no le dejaba ni siquiera la oportunidad de luchar por su propia causa. En un momento en que sintió a la criada salir de la habitación vecina hacia afuera, se inclinó hacia la joven:

—Elena, por favor…

La agente se volvió hacia él, y le clavó sus grandes ojos profundos, limitándose a preguntarle:

—¿Hasta cuándo me tendrá usted prisionera aquí?

—Hasta que pueda llevarla a algún pueblo de la costa sin peligro —le respondió con sinceridad él.

—¿Empiezan a desembarcar los chilenos? —lo interrogó la joven, con impetuosa esperanza.

—No, Elena —contestó el general, sin ufanarse—. El peligro viene ahora de los cañones de nuestra escuadra. Anteayer la *Pilcomayo* bombardeó Tocopilla. Y en pocos días más el *Huáscar* y la *Unión* comienzan su segunda campaña. El almirante Grau regresa de hacer limpiar los fondos de su monitor. Ahora será invencible.

—Un día llegará en que caiga —pronosticó en tono sombrío Leonora—. Los blindados chilenos son mucho más poderosos.

El general no quería contrariarla, pero no pudo evitar rebelarse ante aquel vaticinio.

—Jamás lograrán capturarlo —afirmó rotundamente—. Necesitarían tener un jefe con la genialidad y la experiencia de nuestro almirante Grau. Chile ha demostrado no poseer marinos así.

Se arrepintió inmediatamente de su ímpetu. Como un niño sorprendido en falta, bajó la cabeza y murmuró:

—A él le debo estar en estos momentos junto a usted, Elena.

—¿Porqué? —le preguntó ella con sarcasmo—. ¿El general en jefe del ejército aliado obedece órdenes del almirante?

—Si él me hubiera ordenado esto, le habría obedecido feliz —declaró el militar obligándose a ignorar la pulla despectiva—. Pero no. Fue el presidente Prado quien me telegrafió desde Arica, para recomendarme prestar toda clase de concurso al *Huáscar*, que descendería hasta Iquique para atacar a los barcos chilenos.

—¿Al *Huáscar* se lo espera en Pisagua, entonces?

—Sí. Voy a Pisagua para ponerme en comunicación personal con el almirante Grau.

—¿Para qué me dice usted estas cosas, general? —exclamó, poniéndose violentamente de pie—. ¿Para gozarse con mi exasperación por estar encerrada, sin poder advertir a mis compatriotas?

—Mucho me ha hecho desesperar usted a mí, Elena —replicó mansamente el militar.

—¡Pues, déjeme, entonces! —le espetó rabiosa la chilena—. ¿A qué insiste en seguir viéndome? Yo no le pedí que me salvara, ni le pido que me proteja, manteniéndome en el desierto.

El general la contempló con tristeza, y se puso también de pie. Con movimientos cansados, recuperó su quepis y se lo colocó.

—Adiós, Elena —murmuró, atribulado—. Hubiera querido que usted intentara comprenderme, pasando por sobre las diferencias que provoca la guerra. Pero veo que no le es posible. No obstante, cuando regrese de Pisagua, pasaré nuevamente a verla. Quizás de este viaje mío nazcan noticias tan buenas, que podamos pensar en que la guerra terminará pronto. Entonces, quiero creer, podremos conversar más serenamente.

Leonora aplacó su enojo, impresionada por la emoción con que le hablaba el militar. Sin embargo, le dijo roncamente:

—Adiós, general. Piénselo bien, y no vuelva.

—Volveré. No puedo evitarlo.

—¡No me encontrará, general! Me fugaré como sea de este lugar.

El militar la observó gravemente.

—No podrá hacerlo —le expresó con firmeza—. Hasta la vista. Elena.

Dio media vuelta, y salió a la oscuridad de la noche. Ya en torno a los caballos, dijo a su ordenanza, lo suficientemente alto como para que lo escucharan las dos mujeres:

—Cipriano, continúa vigilándolas. Si intentaran fugarse, dispara al momento sobre ellas.

—Usted ordena, señor general.

Abrumada por su absoluta impotencia para intervenir en los hechos que el general le había pronosticado, Leonora se dejó caer en una silla y se quedó allí, desmadejada, oyendo el sonar de los cascos de los caballos que se alejaban al galope.

«¿Cómo huir de aquella prisión?», pensaba. «¿Cómo llegar hasta la costa para avisar a los chilenos que descendía nuevamente la escuadra peruana, decidida a repetir la matanza del 21 de mayo?».

Como una respuesta a sus íntimas interrogaciones, el ordenanza encargado de vigilarlas había venido a sentarse en el borde del corredor, y la observaba con el fusil cruzado sobre los muslos.

El 9 de julio entraba el *Huáscar* a la bahía de Arica. Venía pintado en tono azul verdoso, mimetizado con el mar, y se deslizaba veloz, semiinvisible. Sus anclas, perfectamente aceitadas, cayeron al agua sin ruido.

El pueblo y las autoridades se volcaron en la playa para aplaudir al barco triunfador, mientras el almirante Grau descendía grave y sereno.

En la orilla del mar, el presidente del Perú lo abrazó conmovido, mientras la banda del fuerte Santa Rosa ponía un fondo marcial a sus parabienes. Pero la conversación entre los dos jefes fue extraordinariamente corta y nerviosa. Minutos más tarde, el almirante volvía a su blindado, y daba orden de zarpar hacia el sur. Rasgando las olas briosamente, el monitor tomó una vez más rumbo hacia la escuadra chilena.

El almirante, encerrado en su alta torre acorazada, oteaba el mar, sonriendo ufano y seguro. Sin embargo, las instrucciones del presidente del Perú eran para tensar los nervios del marino más temerario. Aprovechando que tres días atrás había abandonado Iquique el *Blanco Encalada*, escoltado por la cañonera *Chacabuco*, y que quedaban manteniendo el bloqueo de ese puerto sólo el *Cochrane*, la *Magallanes*, el carbonero *Matías Cousiño* y la corbeta *Abtao*, debía introducirse en la bahía iquiqueña y cañonear a esta última nave.

Se sabía que la *Abtao* estaba realizando reparaciones en sus calderas, lo que la obligaba a mantenerse inmovilizada en mitad de la rada, en tanto que los demás barcos chilenos salían fuera de ella, en las noches, para no exponerse a los torpedo que técnicos norteamericanos estaban instalando en la playa.

El general Prado había preguntado al almirante Grau:

—¿Se atreve usted a meter el *Huáscar* subrepticiamente, en la noche, dentro de la bahía, para hundir a la *Abtao*?

Y el marino le había respondido:

—Es realizable, Excelencia. Lo haré.

—¿Cuándo, almirante?

—Esta misma noche, Excelencia. Mi barco está en perfectas condiciones. Hemos repasado las máquinas y las bodegas vienen llenas de excelente carbón inglés. Zarparé de inmediato y anclaré en Pisagua, para esperar allí la noche. En ese puerto tomaré las últimas

informaciones sobre la ubicación de las naves enemigas en Iquique, y a las dos de la madrugada entraré en la bahía bloqueada, apegándome a la costa norte, buscaré a la *Abtao*, la espolonearé, cañonearé a los barcos que intenten interceptarme la salida y, favorecido por la sorpresa, volveré a refugiarme bajo los fuertes de Arica.

Este era el plan que llenaba la mente del almirante Grau cuando entró en Pisagua. Comenzaba a obscurecer y no quiso demorar allí sino los minutos necesarios para entrevistarse con las autoridades de tierra.

Fue el propio general Buendía quien pudo atender a sus preguntas. Sí. La *Abtao* estaba en el fondeadero de Iquique, esa tarde.

Luego el militar le dibujó un croquis de las posiciones habituales de los barcos chilenos durante las noches.

El almirante lo examinó y afirmó confiadamente, en el momento de guardárselo.

—El *Huáscar* podrá entrar apegado a la costa y salir por la misma rula. Sólo existe un inconveniente para lograr la impunidad en el ataque.

—¿Cuál, señor almirante?

—Las luces del puerto, general Buendía. Sírvase usted comunicar por telégrafo al prefecto de Iquique que haga apagar los faroles del pueblo y del muelle.

Sin aspavientos ni dramáticas despedidas, el almirante peruano dio nuevamente la orden de zarpe, y el *Huáscar*, sigiloso como una sombra, tomó el rumbo de Iquique.

Exactamente a las dos de la madrugada, el monitor asomó su proa furtiva por la punta del brazo norte de la herradura que forma la bahía iquiqueña.

El puerto estaba totalmente a obscuras. Tan sólo hacia el oeste, vigilando la entrada de la ensenada, se veían pasar lentamente los fanales de la *Magallanes*. En mar abierto, muy vagas, se divisaban las luces del *Cochrane*. De los otros dos barcos, el *Matías Cousiño* y la *Abtao*, no se percibía señal alguna.

Lentamente, reduciendo el ruido de las máquinas, el *Huáscar* comenzó a introducirse en la rada.

Los artilleros, inclinados sobre los gruesos cañones, contenían la

respiración; los fusileros crispaban sus dedos en el gatillo de sus armas.

El almirante Grau había hecho una advertencia: pena de muerte para el que hablara, hiciera el menor ruido, provocara una chispa delatora.

Como un barco fantasma el monitor avanzaba hacia el sitio donde debía estar la *Abtao*.

Pero un detalle fortuito se había interpuesto en la senda de victorias del almirante Grau. Cuatro horas antes, a las diez de la noche, cuando, obedeciendo la orden telegrafiada por el general Buendía, el prefecto López Lavalle comenzó a apagar las luces del puerto, el comandante de la *Abtao*, capitán Aureliano Sánchez, había salido al puente de su buque a fumar una pipa y platicar unos momentos con su segundo, y, naturalmente, se extrañó de ver extinguirse los faroles uno tras otro. Al principio ambos pensaron que el bloqueo hacía escasear el combustible, pero al percatarse de que también se apagaban los fanales del muelle y por último el del faro, se miraron uno al otro, inquietos.

—Existe una reglamentación que dispone mantener siempre encendidos los fanales de los muelles y los faros —reflexionó el comandante Sánchez, observando nerviosamente hacia tierra.

—¿Piensa usted que pueden estar obscureciendo Iquique con algún propósito que tenga relación con nosotros? —susurró el segundo.

—Llevamos varios días inmovilizados en este mismo fondeadero —expresó el comandante—. Los observadores de Iquique han tenido que darse cuenta de nuestra situación y pueden haber marcado matemáticamente nuestra posición…

—¡Los torpedos que están instalando en la playa! —exclamó sobresaltado el segundo, anticipándose a completar el pensamiento de su superior.

—En eso pensaba —dijo el comandante—, pero no logro entender la razón de apagar todas las luces. —Inclinó el cuerpo fuera de la balaustrada del puente y se quedó mirando la costa con las cejas muy fruncidas—. No sé qué significa esto —gruñó—, pero este apagón me da mala espina. Esos picaros nos están preparando algo.

—Con mudarnos de fondeadero capeamos la sorpresa,

comandante —opinó el oficial, recordando que las reparaciones habían quedado terminadas aquella tarde y el barco ya podía moverse.

—Eso es lo que vamos a hacer, y al momento, teniente. ¡Ordene que los fogoneros levanten presión rápidamente!

—¡A su orden, señor!

—¡Que las máquinas se muevan muy despacio, que nadie hable, que no se toque silbato y que se apaguen todos los fanales! Las anclas serán levadas apenas lo suficiente para desprenderlas del fondo. Vaya a ordenar la maniobra, que yo tomare el timón y sacaré personalmente el barco.

—¡A su orden, señor!

En un par de minutos la dotación de guardia en el barco se puso en silenciosa actividad.

El comandante Sánchez relevó al timonel en el instante en que el zumbido de las máquinas se acrecentó.

—Vamos a buscar un nuevo fondeadero al sur, junto a la isla del Faro —advirtió el comandante al timonel.

—Tenga cuidado, señor —le previno éste—; por la amura de proa tenemos al *Matías Cousiño*.

El jefe asintió con una inclinación de cabeza. Divisaba su fanal de popa a unos dos cables de distancia.

Silenciosamente la *Abtao* se deslizó entre la costa y el buque carbonero y se perdió en la obscuridad rumbo a la isla del Faro.

El *Huáscar*, entretanto, avanzó como un felino y llegó al punto exacto donde había estado fondeada la *Abtao*.

El almirante Grau se quedó perplejo al no encontrar barco alguno. Desde su imbatible refugio en la acorazada torre de mando escrutaba en todas direcciones, irritándose cada vez más por lo que consideraba un estúpido error del general Buendía.

—Busquemos a ese barco con precauciones —decidió, volviéndose hacia el comandante Otoya—. No puede estar lejos.

Pero antes de que alcanzara a dictar un rumbo al timonel, llegó corriendo el teniente Cáceres, que montaba guardia en proa.

—¡Tenemos un barco por estribor, a medio cable, señor almirante!

El jefe saltó nuevamente hacia las troneras y se inmovilizó observando hacia la amura de estribor. Efectivamente, a la derecha

de la proa comenzaba a emerger la masa de una nave. El almirante observó cuidadosamente y, de pronto, se volvió hacia los subalternos que esperaban ansiosos.

—Esa no es la *Abtao* —exclamó—. Es un transporte; tiene el casco considerable mente más alto y dos chimeneas.

El comandante Otoya miró también.

—Es un transporte —aprobó—. Y me atrevería a afirmar que se trata del *Matías Cousiño*, el carbonero que surte a la escuadra chilena.

El rostro del almirante se iluminó. Hundir o arrebatar a los enemigos aquel barco nuevo y rápido era mucho más efectivo que cañoneara la *Abtao*. Por otra parte, la inmovilidad y silencio en el transporte indicaban que sus vigías estaban desprevenidos. En voz alta dio el rumbo al timonel y se volvió hacia sus acompañantes.

—Lo capturaremos.

Pero el comandante Otoya le objetó prudentemente que las maniobras para rendirlo y el tiempo que se perdería en echarle un calabrote para remolcarlo podrían despertar la alarma en el blindado *Cochrane*, cuyas luces se divisaban a no mucha distancia.

—Tiene usted razón, capitán —aceptó el almirante—. Entonces lo hundiremos. Unas dos andanadas bastarán: y enseguida desapareceremos por la misma ruta que hemos traído.

La enorme torre giratoria que contenía los cañones de grueso calibre rodó suavemente sobre sus bien aceitados cojinetes y las dos anchas bocas enfocaron al *Matías Cousiño*, mientras el monitor se le iba aproximando. Iba ya a emparejarse al transporte, cuando una voz aterrada brotó en la nave dormida.

—¡Barco a babor!… ¡Barco a babor!…

Desde el monitor se oyó perfectamente el alarmado resonar de los silbatos de órdenes.

—Ya no hay para qué mantener precauciones —exclamó el almirante Grau, y tomando una bocina se asomó fuera de la torre de mando—. ¡Comandante del transporte! —gritó cuando los barcos estuvieron uno junto al otro—. ¡Comandante, arríe botes y salve a su gente, que vamos a hundir su barco!

Su voz resonó en el silencio del mar, provocando una alborotada confusión a bordo del *Matías Cousiño*.

—¡Le concedemos un minuto para que arríe los botes y salve a

su tripulación! —volvió a gritar el comandante, y dejando la bocina entró a la torre acorazada, desde donde ordenó tener listas las baterías y esperar la voz de fuego. Luego sacó su reloj y lo colocó sobre la tabla de mapas. Fríamente, sus ojos seguían el movimiento del segundero.

En ese instante la *Magallanes* cruzaba la mitad de la boca de la bahía en su patrullaje de vigilancia y el comandante Juan José Latorre terminaba su última ronda de cubierta, enfrentándose con el guardiamarina apostado en popa.

—Todo en calma, señor —le informaba el oficial, cuando el aire retembló por el primer cañonazo del monitor.

Latorre saltó hacia la borda, por cuyo lado se iluminó el fogonazo que precedió a la detonación, e hizo un cálculo visual inmediato.

—Están cañoneando al *Matías Cousiño* o a la *Abtao* —afirmó—. Y no desde tierra.

Un pensamiento brotó en su cerebro. Sólo había un barco en el Pacífico sur que disparara cañones de tanto estruendo y un solo hombre capaz de meterlo en la bahía desdeñando la vigilancia de la escuadra chilena.

—¡Por todos los demonios del infierno, es el *Huáscar*! —barbotó, echando a correr por la cubierta, gritando órdenes para aprestar a la tripulación.

Todos los hombres de la *Magallanes* se lanzaron a las bordas tratando de avistarlo. Lo divisaron al fulgor de un segundo cañonazo, mientras la *Magallanes* viraba velozmente, poniendo proa hacia él.

Juan José Latorre no vaciló un segundo, pese a la enorme inferioridad de sus medios de combate. La *Magallanes* era una corbeta de madera de apenas 800 toneladas y disponía sólo de dos cañones: uno de 115 libras y otro de 64. Los fusileros del monitor eran dos veces más numerosos que los de la corbeta. Sin embargo, la nave chilena avanzó a toda máquina hacia el interior de la bahía, a defender al *Matías Cousiño*, que ya tenía el casco perforado sobre la línea de flotación.

El almirante Grau vio acercarse sus luces y se engañó: creyó que era el *Cochrane*. Iba a ordenar salir a toda máquina hacia el norte, cuando su segundo lo sacó del error, advirtiéndole que se trataba de

la *Magallanes*.

—¡Caray, qué osadía! —comentó el almirante, y olvidando su propósito de fuga, ordenó al timonel virar en 90.º y ofrecer la proa a la cañonera que llegaba. La *Magallanes* era una presa mucho más valiosa que la *Abtao* o el *Matías Cousiño*.

Como un toro que agacha el testuz y ofrece los cuernos, el monitor esperó a la corbeta chilena. Cuando no los separaban más de cien metros, el almirante Grau gritó:

—¡A toda máquina!

Y el *Huáscar* saltó adelante con su brillante espolón. Pareció que las dos naves se iban a embestir de frente y el jefe peruano alcanzó a alegrarse creyendo cu esa posibilidad. Pero no contaba con la pericia del comandante Latorre. Éste había tomado la rueda del timón y en el momento justo desvió su barco unos pocos grado y el monitor pasó por el costado, rozándolo. Los cañones y fusiles de ambos barcos dispararon al mismo tiempo.

—¡Son hábiles! —comentó el almirante Grau con los ojos brillantes—. Nos esquivaron por unos metros.

Enardecido de coraje, ordenó virar en redondo y preparar una segunda embestida.

Por su parte, el comandante Latorre dio la misma orden, y llamando a su lado a cuatro fusileros los hizo ubicarse en el puente de mando, con la orden específica de disparar exclusivamente sobre la torre blindada del jefe enemigo, buscando terminar con él.

Las dos naves volvieron a lanzarse una contra la otra a toda velocidad, enfrentándose en mitad de la bahía. Pero una vez más, en el instante en que parecía que el espolón del monitor iba a hundirse en el vientre de la corbeta, el comandante Latorre volvió a quitarla a un lado y los artilleros de ambos barcos barrieron las cubiertas con metralla. Pero mientras la *Magallanes* salía indemne, uno de sus proyectiles alcanzó por el medio a la torre giratoria del *Huáscar* y, traspasando el blindaje, abrió una larga grieta en la campana de hierro.

El almirante Gran sonrió enardecido al recibir el informe del daño, reconociendo la habilidad del comandante de la cañonera chilena. Y despreciando el peligro que significaba mantenerse dentro de la bahía, ya que las luces del *Cochrane* se veían agrandarse a medida que avanzaba a toda máquina a intervenir en

el combate, dio orden de proseguir en él. Seis veces lanzó su barco contra el costado de la *Magallanes* y las mismas veces el comandante Latorre giró su cañonera, salvándola de ser partida en dos. Media hora duró aquel toreo magistral en que el *Huáscar* representaba el papel del toro y la *Magallanes* el del torero atrevido y escurridizo.

Pero hubiera sido suicida que el almirante Grau prolongara aún más aquella lucha. Las grandes moles del *Cochrane* y la *Abtao* asomaron repentinamente desde la obscuridad. El monitor podía considerarse perdido. Estaba casi encerrado entre el *Matías Cousiño* y la *Magallanes*, y por el frente le tapaban la salida los dos barcos que asomaban a la lucha.

—¡Cesar el fuego! —ordenó cuando ya todo parecía perdido—. ¡Timonel, cierra a babor! ¡Pega el barco a la costa! ¡Apagar toda la luz, toda chispa! ¡Silencio absoluto!

Como si un capuchón negro hubiera caído sobre el *Huáscar*, toda vida se extinguió en él.

Apegando la boca al tubo acústico que lo comunicaba con la sala de máquinas, el almirante dio una última orden:

—¡La máquina a dos nudos!

El ruido de las turbinas se aquietó bruscamente, convirtiéndose en un ronquido. Como por arte de magia, el monitor se disolvió en la sombra. El jefe descendió de su torrecilla hasta la rueda del timón y destacó a un oficial que, desde la proa, iba cantando las brazas, corriendo la voz en una cadena de susurros: «¡Veinte brazas de fondo!… ¡Veinte brazas!… ¡Veinte brazas!…», hasta que llegaba la voz al almirante.

—Todavía nos sobran tres para no encallar —murmuraba éste, sereno—. Timonel, sigue pegado a la costa y sal por el noroeste.

Como un fantasma caminando en puntillas, el «Huáscar» fue contorneando las escolleras de la costa mientras los barcos de la primera división de la escuadra chilena se revolvían en todos sentidos buscándolo dentro de la bahía.

Las voces exasperadas de sus comandantes se cruzaban en la obscuridad.

—¡No se divisa al monitooooorrrrr!…

—¡Se nos perdió el *Huáscar*!…

Sin que ninguno de los irritados comandantes chilenos pudiera

impedírselo, el almirante Grau coronó su temeraria empresa burlando a toda la primera división de la escuadra chilena. Seguro y orgulloso en su monitor, se desvaneció en la noche, rumbo al norte.

La inconcebible incursión del *Huáscar* hizo enrojecer de vergüenza a los chilenos, pueblo marinero por geografía y tradición. Turbas exaltadas se lanzaron a las calles de la capital exigiendo a gritos el reemplazo de los jefes navales y militares Portando cartelones insultantes para el contralmirante Williams y el general Arteaga, desfilaron frente al palacio de Gobierno. Sus voces irritadas repetían:

—¡Abajo el almirante! ¡Abajo el general en jefe!

Al mismo tiempo que caían al lodo los nombres de los directores de la campana se levantaba como el de un héroe el del comandante Juan José Latorre.

—¡Un blindado para el comandante Latorre! —era el grito que resonaba en todas partes.

En los corrillos improvisados se comentaba:

—¿Porqué no se le entrega el mando del *Cochrane*? Si el comandante Simpson está casi todo el tiempo embriagado, ¿por qué no entregar su barco a Latorre?…

La protesta general traspasó todos los límites de la mesura. El general Arteaga, brutalmente herido por los ataques de que se le hizo víctima, presentó su renuncia indeclinable a la jefatura del ejército. El contralmirante Williams, abrumado, pero terco en su indignación, zarpó velozmente hacia Iquique en el *Blanco Encalada* llevando como escolta a la corbeta *Chacabuco*.

Sombrío y trágico, adelgazado por la enfermedad que le desgarraba la garganta, el jefe de la escuadra se aferraba a la baranda del puente de mando de su buque, fijos los ojos en el nordeste.

Su prestigio se había derrumbado y las condecoraciones ganadas en tantas acciones navales le parecían ahora empañadas por una pátina obscura. Iquique había sido la forja de su deshonra náutica. Allí el bloqueo estéril, la pérdida de la *Esmeralda*, el sacrificio de sus 143 héroes, habían tarjado el nombre esclarecido del

contralmirante. ¿Qué impulso podía guiarlo en aquel 15 de julio a regresar a Iquique? Sólo el afán sentimental de velar personalmente sobre sus naves. El *Huáscar* los había puesto en peligro en la noche del 9 de julio y mientras siguiera merodeando subsistiría la amenaza.

El *Blanco* detuvo su carrera en mitad de la bahía glorificada por la *Esmeralda*, a las ocho de la noche.

Rápidamente los comandantes de las naves bloqueadoras acudieron ante el contralmirante.

El jefe los contempló en pesado silencio, con el gesto agriado por el cansancio, pero con una chispa de ternura en los ojos.

—Mucho se han burlado los enemigos de nosotros y demasiado daño nos han hecho —les declaró—. No tendremos ya más contemplaciones. Seguiremos sosteniendo el bloqueo sólo porque el Gobierno lo exige; por la misma causa mantendremos dividida la escuadra en dos secciones, una para defender Antofagasta y la otra para seguir enmoheciéndose aquí, en Iquique. La primera estará integrada por el *Cochrane*, la *Chacabuco*, el *Matías Cousiño* y el *Loa*, que acaba de ser armado y protegerá el desembarco de las tropas que lleguen de Chile Viejo. La segunda, compuesta por el *Blanco*, la *Magallanes*, la *Abtao* y el *Limarí*, quedará aquí para dar caza a todos los barcos peruanos que se atrevan a aventurarse en estas aguas. ¿Comprendido?

—Comprendido —le respondió el coro grave de sus subalternos.

El contralmirante calló y durante unos instantes agitó la cabeza, como si luchara por encontrar expresiones que ocultaran su borrasca íntima. Pero, finalmente, terminó por arrojar por la borda toda discreción y exclamó con voz áspera:

—Pero inmediatamente oficiaré al presidente Pinto y al comandante general de marina, Eulogio Altamirano, exigiéndoles levantar el bloqueo para poder perseguir hasta el Callao a los buques de Grau. ¡No soy capaz de soportar más, señores comandantes!

Deprimidos por la declaración del jefe, los comandantes regresaron a sus naves. Pronto el *Cochrane* y el *Matías Cousiño* se alejaron rumbo a Antofagasta, seguidos por la *Chacabuco*. En mitad de la bahía hostil quedaron la *Magallanes* y el *Blanco*.

En su cámara, el contralmirante hacía gárgaras de yodo, y la transpiración del sufrimiento le perlaba la frente.

El comandante Latorre, acodado en la borda de la *Magallanes*, dejaba perderse su mirada en las olas obscuras.

De pronto, desde lo alto de una de las cofas del *Blanco*, la voz de un vigía cayó sobre las cubiertas de los dos barcos:

—¡Torpedo a estriborrrr!… ¡Torpedo contra la banda de estriborrrrrr!

El contralmirante Williams, que acababa de salir de su cámara con la garganta envuelta en una gruesa bufanda, saltó hacia la borda de estribor de su nave y tendió la mirada al mar.

—¡Allí, señor! ¡Mire usted! —le indicó el comandante López, que llegaba a la carrera—. ¡Viene pasando junto a la *Magallanes* y nos va a coger por la mitad del casco!

Efectivamente, un bulto largo y aguzado avanzaba vertiginosamente hacia el blindado.

—¡Timonel, cierra a babor! —gritó el contralmirante.

El oficial de guardia corrió repitiendo las órdenes y los dos jefes se quedaron aferrados a la borda, contemplando la huella que abría en las olas el torpedo, a medida que se aproximaba hacia el casco del blindado.

De súbito, quince o veintes fusiles dispararon desde la popa de la *Magallanes*, en un intento de hacer estallar la máquina infernal.

—El comandante Latorre estaba alerta, como siempre —alcanzó a comentar el comandante López, y se alejó para ordenar disparar también. Pero, antes de que se alistaran, el barco saltó hacia adelante. Los ingenieros aceleraban las máquinas y la nave cambiaba de lugar. Pero el casco continuaba interceptando la trayectoria del torpedo…, y éste se hallaba ya a cincuenta metros…

Una vuelta brusca de la rueda del timón torció la ruta y el acorazado giró sobo su eje.

Brillante como aleta de tiburón, el torpedo pasó rozando el casco, perdiéndose en el mar.

—Nos libramos por milagro, señor almirante —musitó temblando el comandante López, pero no se atrevió a seguir hablando al observar a su superior.

El contralmirante estaba pétreo, con las mandíbulas endurecidas y los puños crispados. Con un gesto violento se volvió hacia la costa

y vociferó:

—¡Se acabaron los escrúpulos! ¡No más principios de humanidad que ellos no respetan! ¡Comandante López, transmita por destellos a la *Magallanes* que vamos a bombardear Iquique! ¡Artilleros, a sus puestos!

El comandante López se quedó alelado contemplándolo, mientras los sirvientes de las grandes piezas corrían a quitar las lonas que las cubrían.

—¿Qué me mira, comandante? —le gritó el jefe brutalmente—. ¿No ha oído mi orden? Transmita a la *Magallanes* que comience a disparar sobre el extremo norte del puerto.

El contralmirante se acercó a los cañones de 250 libras.

—¡Baterías uno y dos, apunten sobre el centro del puerto, calculando dar al muelle y la aduana! —les ordenó violento—. ¿Listos?…

—Listos, señor almirante.

—¡Atenciónnnnn…, fuego!…

Los dos fogonazos alumbraron la cubierta del barco, mientras el estruendo se alargaba hacia la costa, donde se repitió amortiguado al hacer impacto.

—¡Prosigan! Una andanada tras otra —les indicó a gritos el jefe, y corrió hacia los otros cañones de la misma banda, ordenando, frenético, a los artilleros:

—¡Fuego a discreción!… ¡Fuego!… ¡Fuego!…

Uno tras otro, o varios al unísono, los gruesos cañones comenzaron a descargar su vómito de metralla. Muy pronto, la *Magallanes* incorporó sus baterías al horrible concierto y la bahía y el puerto se convirtieron en un infierno de explosiones y de llamas, por entre las cuales era posible percibir los aterrados alaridos de los pobladores que huían de aquel caos.

—Si no tomamos represalias feroces, nos harán volar por los aires cualquier noche —rugía el contralmirante Williams—. Es necesario que recuerden que nosotros también tenemos medios de destrucción. ¡Artilleros, atención…, fuegooooo!

Las casas, todas de material ligero, eran aventadas por los grandes proyectiles y sus tabiques caían en fragmentos sobre la gente que corría en busca de los cerros.

Por doquier habían estallado incendios y las sombras que

proyectaban las llamas contribuían a multiplicar el pánico.

El prefecto López Lavalle intentó, en los primeros instantes, mantener el orden, pero no le fue posible. El estruendo del bombardeo y los gritos de las mujeres y los niños ahogaban las voces. Un cuarto de hora después, sólo podía saberse de las tropas que habían descendido a protegerse en las rocas de la playa y el pueblo aparecía aparentemente vacío. La idea de que la población iba a internarse, sin recursos, en la inmensidad fría de la pampa, espantaba al prefecto, impulsándolo a intentar detener el éxodo.

—¡Que la gente no huya hacia la pampa! —gritaba a sus subalternos.

Por último, uno de los proyectiles del *Blanco* arrancó de cuajo la torrecilla de la casa vecina y los guardias de la prefectura huyeron gritando.

El prefecto, aterrado y solo, perdió todo control y emprendió también la fuga.

Únicamente un oficial, subalterno del coronel Belisario Suárez, que acampaba sus tropas en el cerro Molle, consiguió mantener la tranquilidad.

—¡Hay que permanecer en nuestros puestos, qué diablos! —apostrofaba a los soldados sujetándolos en torno suyo—. Los chilenos no van a desembarcar.

Pero aun cuando consiguió retener en la costa a gran parte de la guarnición militar, no le fue posible impedir que los civiles se desbandaran por la pampa. Éstos, cargando a sus hijos, a medio vestir, con el pánico pintado en los rostros, no se contentaron con ponerse a salvo en lo alto de la meseta, sino que, convencidos de que comenzaba el desembarco de los chilenos, echaron a andar por el desierto, orientándose desesperadamente hacia el norte.

Leonora y Elcira los vieron pasar desde poco después del amanecer. El ordenanza había partido con la primera luz del alba hacia Pozo Almonte en busca de víveres. Estaban lavándose cuando el viento de la pampa les trajo las primeras voces. Escondidas en el interior de su morada, vieron pasar a los primeros grupos, y comprendieron de inmediato que era gente que huía.

—Cargan ropas, ollas, petacas, señorita —comentó asombrada Elcira.

—¿Será que han desembarcado nuestros compatriotas? —meditó Leonora.

—Podría ser, señorita, porque todos son iquiqueños. Pude ver entre los que caminaban a una vecina mía.

Leonora volvió a la ventana y atisbo hacia el otro extremo del caserío. Acababa de ocurrírsele una idea.

—Elcira, ¿se han alejado mucho los grupos que iban hacia el norte?

—Dos siguieron de largo, pero el último se quedó en el patio de las oficinas de la salitrera, señorita. Están descansando, pero se preparan para proseguir la marcha.

Leonora se quedó con la frente apoyada en la ventana. Largos segundos permaneció así, en laboriosa meditación. De pronto, se volvió hacia la criada y le dijo:

—Es la oportunidad de que salgamos de este encierro. Agreguémonos a esa poblada que huye, Elcira. Confundidas con esas mujeres, nadie pensará que no venimos de Iquique.

—Pero ¿adonde iremos, señorita?

—Hasta donde vayan esas mujeres. Seguramente se dirigen a Pisagua o a Arica.

La sirvienta se quedó mirándola sin dar crédito a lo que acababa de manifestar su ama. Pero ésta no le dio tiempo a objeciones. Cruzó el cuarto y comenzó a reunir en una manta sus ropas.

—Recoge todos los víveres —ordenó a Elcira, mientras anudaba el lío—, y no te olvides de los dos odres con agua.

La mujer comenzó a obedecerle, pero un pensamiento le bullía en el cerebro. Al cabo de un rato se atrevió a expresarlo:

—¿Tendrá fuerzas la señorita para caminar tantísimo? Vamos a meternos en la pampa, en donde hay un sol tremendo…, y tendremos que dormir muchas noches al sereno, con un frío que trasmina…

—No te preocupes —la tranquilizó apresuradamente la joven— y date prisa, que esa gente ya debe estar por ponerse en marcha.

Elcira se encogió de hombros y terminó de envolver en uno de los dos cobertores todas las provisiones. De un tirón ató las puntas en un nudo y se cargó el bulto a la espalda. Recogió los dos odres,

le pasó uno a su ama y salieron juntas al exterior.

Por el costado abierto del cuadrilátero que formaban los galpones de la salitrera abandonada comenzaban a asomar los hombres y mujeres que huían de Iquique.

Las dos chilenas dejaron su carga en el suelo y, aunque el calor comenzaba a ser sofocante, se envolvieron la cabeza y los hombros en los rebozos, de acuerdo con la usanza de las cholas del pueblo.

—Me voy a ahogar así, Elcira —protestó la joven.

—No tenga miedo, mi niña: así no se llenan los pulmones con la arena de la pampa.

Volvieron a recoger sus atados y avanzaron por la callejuela de Santa Catalina, apegándose a los muros a fin de incorporarse a la caravana sin que las vieran llegar. Entraron en el patio de la oficina y se mezclaron con las mujeres que marchaban en la cola de la columna. Confundidas con éstas, fueron internándose en el arenal reseco que se abría ante los ojos como una ondulada planicie amarillenta.

5

Las victorias del *Huáscar* y las noticias sobre la disparatada conducción de la guerra por parte de los chilenos provocaban contento y júbilo en Arica y Tacna, adonde habían trasladado la sede de sus Gobiernos los presidentes del Perú y Bolivia, respectivamente.

Por las calles y las plazas de ambos pueblos pululaban los oficiales aliados y la sociedad ariqueña y tacneña les abría sus salones, aprovechando la contingencia venturosa que les permitía vivir como en el gran mundo de las capitales, al mismo tiempo que ofrecía a sus jóvenes casaderas la oportunidad de enhebrar un noviazgo ventajoso.

El 17 de julio, en la mansión que se había adjudicado en Tacna el presidente de Bolivia, celebrábase una bulliciosa fiesta en recordación del primer intento de independencia de la nación del Altiplano. El general Hilarión Daza, vestido de gran gala, hacía los honores del sarao al presidente peruano, que había acudido acompañado por su estado mayor y las damas más destacadas de Arica.

A las once de la noche, el general Daza, ligeramente achispado por los repetidos brindis, bailaba ininterrumpidamente, devorando con la mirada a las jóvenes y señoras que, sucesivamente, le servían de pareja.

El general Mariano Ignacio Prado, más serio y circunspecto, permanecía sentado en la testera del salón, conversando con los más altos jefes de la división boliviana.

El almirante Grau había querido observar igual actitud, pero su gloria lo convertía en el foco de todas las miradas y en el objeto de la atención de todas las damas tacneñas. Víctima de la admiración

general, se había visto forzado a bailar con las señoras más distinguidas de Tacna, y se encontraba cumpliendo esta obligación de cortesía, cuando se coló, de súbito, al salón un oficial jadeante. Llegaba a todo galope desde Arica para traer al general Prado dos telegramas.

El almirante cesó al momento de bailar, al ver al presidente peruano abandonar su asiento pálido y desencajado.

La música cesó cuando el general Prado cruzó el recinto, en dirección al jefe de la escuadra.

—Compatriotas…, hermanos bolivianos —fue diciendo patéticamente, mientras avanzaba—, la escuadra chilena ha bombardeado Iquique.

Un sordo clamor llenó el salón y los oficiales aliados rodearon al mandatario peruano. Pero éste atendía solamente al almirante Grau, que llegaba junto a él con las cejas fruncidas.

—Mire estos telegramas, almirante —le decía—; se me informa que ayer a la medianoche los barcos enemigos abrieron fuego sobre Iquique, obligando a la población a refugiarse en los cerros y en la pampa.

El marino cogió los mensajes y les echó una rápida ojeada.

—¿Es posible que el almirante chileno haya olvidado la caballerosidad de la guerra y destruya poblaciones civiles? —comentó sin poder dar crédito a la noticia.

—¡Qué caballerosidad de guerra ni qué diablos! —barbotó frenético el general Prado—. De ahora en adelante, la guerra que haremos será calcada de la que realizan los chilenos. ¡Ellos han bombardeado Iquique…, pues nosotros reduciremos a cenizas cuanto puerto chileno quede al alcance de los cañones de nuestros barcos!

El almirante hizo ademán de pacificarlo, pero no le dejó hablar.

—Esta vez no voy a escucharle, almirante Grau —le declaró autoritario—. Me limitaré a darle una orden y usted deberá cumplirla.

—Bien, Excelencia —aceptó resignado el marino—. ¿Qué ordena usted?

El presidente buscó con la mirada en torno suyo y divisando al capitán Aurelio García y García, comandante de la corbeta *Unión*, le hizo señas de acercarse.

—Ustedes dos, señores, partirán al momento hacia Arica, embarcarán en sus naves y zarparán hacia el sur, en busca del litoral chileno.

—¿Piensa usted aplicar la ley del talión, Excelencia? —interpuso el comandante García, preocupado por la misión que adivinaba les iba a encomendar el presidente.

—Sí, señor comandante, ojo por ojo, diente por diente. Van ustedes a bombardear Antofagasta, en primer lugar. Luego destruirán Chañaral, Carrizal, Pan de Azúcar, Huasco, Caldera…, y todo barco chileno, de guerra o mercante, que se les cruce en el camino. Ya han oído mis órdenes, señores. Partan esta noche misma y no regresen sino después de cumplida la faena que les encomiendo.

Los dos jefes navales hicieron una rígida reverencia y se retiraron. Antes de la madrugada, el *Huáscar* y la *Unión* se hacían a la mar.

El 17 de julio, al atardecer, las dos naves entraban fogosamente a la bahía de Pisagua y se inmovilizaban apenas con un anclote sin apagar los fuegos.

Dos de los fuertes improvisados en mitad del altísimo acantilado que espaldea el puerto les dieron la bienvenida con sendos cañonazos, y la población, muy aumentada por la guarnición militar establecida allí, se abalanzó hacia la playa, deseosa de aclamar a los marinos del *Huáscar* y contemplar, aunque fuera de lejos, al famoso almirante Grau.

Aquel mismo día, desde temprano, habían comenzado a llegar los fugitivos de Iquique, que, exagerando la magnitud del bombardeo, habían huido hacia el norte. Derrotados por la extenuación, la sed y el hambre, fueron reunidos en la plazuela del mercado.

Leonora asomó al borde de la pampa confundida con las mujeres del último grupo. Venía deshecha por la travesía del desierto. Doblegada por el cansancio, con la piel y los labios agrietados por el sol y la arena, se mantenía erguida solo gracias a un esfuerzo de voluntad. Pero nadie hubiera podido reconocer en aquella mujer demacrada y sudorosa, a la seductora «generala Buendía» y menos a la frágil jovencita que partió de Santiago en enero de 1878.

Apoyada en un hombro de Elcira, que había soportado mejor el

cruce de la pampa, llegó hasta el borde del precipicio en que, como cortado por un tajo, terminaba el desierto. Seiscientos metros abajo, en una angosta media luna de playa y rocas, se divisaba el mísero caserío de Pisagua.

Acometida por el vértigo, Leonora fue bajando por uno de los culebreantes senderos, confiada en la compañera que ganara en Iquique.

Pese a la fatiga y a las penurias físicas. Leonora había anotado en su memoria todo el despliegue guerrero que contempló en el desierto, decidida a encontrar en Pisagua un medio que le permitiera trasladarse hasta alguno de los lugares que dominaban los chilenos.

Al terminar el descenso y posar pie en las callejuelas del puerto, comprendió que aquello le sería muy difícil, pero mantuvo su fe en que allí, como en todos los lugares de la costa cercanos a la frontera, debería haber agentes secretos chilenos.

Alimentando estas esperanzas, siguió con la caravana hasta la plazuela del mercado, donde, envueltas en los rebozos obscuros, las dos chilenas esperaron con la misma mansa resignación que las iquiqueñas que las rodeaban.

Poco más tarde regresaron algunos de los hombres acompañados por suboficiales de la guarnición. Entre todos cargaban odres con agua.

Cuando todos hubieron calmado su sed, uno de los suboficiales les comunicó que al día siguiente podrían regresar a Iquique acompañando a un batallón que marcharía a tomar posiciones en Pozo Almonte.

—Podrán hacerlo sin correr ningún peligro —agregó en alta voz —. Hemos sabido que los chilenos no siguieron cañoneando el puerto, y que los cónsules extranjeros protestaron por aquella salvajada y obtuvieron la promesa de que no se volvería a disparar sobre Iquique. Entretanto, las mujeres podrán dormir en la antigua escuela parroquial, que está vacía. Y las que deseen quedarse en Pisagua y trabajar, pueden presentarse en aquellas barracas vecinas al muelle, donde funcionan las cocinerías que dan rancho a las tropas que desembarcan.

Como bestias, atontadas por el castigo, las mujeres se pusieron nuevamente de pie, y marcharon con sus críos hacia la escuela que

les señalara el suboficial como albergue.

Leonora se quedó sentada en un rincón, en tanto que Elcira salía a rondar por las cocinerías.

No había pasado media hora, cuando los disparos de los fuertes, saludando la llegada del *Huáscar* y la *Unión*, pusieron en alarma al mujerío, que imaginó que eran los barcos chilenos bombardeando ahora a Pisagua.

Pero muy pronto las aclamaciones crecientes del pueblo, que se desbordaba en la playa, devolvieron la paz a las fugitivas.

Leonora esperaba inquieta el regreso de su compañera. Por fin, después de dos horas, apareció la figura gruesa de la criada, recortándose contra la claridad exterior.

Sorteando los cuerpos encuclillados, llegó hasta donde descansaba la joven, y le extendió un pan moreno y un trozo de carne seca, a tiempo que le decía:

—Me contraté en una de las cocinerías de soldados. Tendremos cómo comer mientras Dios decide qué haremos.

Leonora masticaba dificultosamente la carne seca y el pan, sin ánimos para responderle.

Elcira se sentó y, bajando la voz, siguió diciéndole:

—El *Huáscar* y la *Unión* están en la bahía, y van a partir esta noche. ¿Sabe usted para dónde dicen que van? Pues, nada menos que a bombardear Antofagasta y los puertos del norte de Chile.

Leonora se volvió hacia su compañera, súbitamente reanimada.

—Hay que avisar a la comandancia de armas de Antofagasta, Elcira —murmuro.

—¿Avisar?… Es imposible, señorita. ¿Cómo podríamos hacerlo?

—Si pasara un vapor de pasajeros de las compañías neutrales, podríamos internar subir a bordo… —reflexionó la agente. Pero la criada la interrumpió:

—¡Está usted loca! ¿Imagina que la guardia del puerto dejaría pasar a dos mujeres andrajosas como nosotras hasta los barcos? Hay un vapor de pasajeros en la bahía. Es un vapor inglés que se llama *Colombia*, pero para nosotras da lo mismo cómo se llame, porque nos es inalcanzable.

Leonora no replicó y siguió comiendo en silencio. Cuando terminó de alimentarse, murmuró en voz queda:

—Mañana cuando esté descansada, iré también a buscar trabajo

en las cocinerías. Así estaré cerca del muelle, y podré descubrir el modo de llegar a los barcos.

Elcira sonrió con amargura.

—Usted no sabe lo que representa ser sirvienta de los soldados en un pozo mugriento como Pisagua. Hasta a mí me dio miedo cuando entré a una de las cocinerías y los vi engullendo y alborotando como puercos. Además, una cara como la suya provocaría una revolución entre estos hombres; la esperarían para asaltarla. No, señorita, déjeme usted a mí; quédese aquí, y trate de reponerse, que yo trabajare para que comamos y, al mismo tiempo, estaré espiando la oportunidad de que salgamos de este hoyo.

Cuando Leonora volvió a quedarse sola, se puso a pensar en que aquella situación no podía prolongarse. Las otras mujeres terminarían por sospechar de ella si se mantenía allí varios días sin hacer nada. Pero no alcanzó a encontrar una respuesta a su pensamiento, porque la venció el cansancio, y se quedó dormida.

Despertó sobresaltada por un estampido. Era de noche, alguien había encendido una fogata afuera de la escuela, y se oían las voces de varios hombres. Una de esas voces comentó:

—Confiemos en que el *Huáscar* y la *Unión* harán pedazos Antofagasta, para que los chilenos sepan lo que nos dolió el bombardeo de Iquique.

«Hay que avisar a los nuestros que el *Huáscar* y la *Unión* van a bombardear Antofagasta», pensó Leonora, y quiso seguir escuchando los comentarios que le llegaban desde afuera, pero no pudo sobreponerse al cansancio. Volvió a quedarse dormida.

Despertó al sentirse suavemente remecida por un hombro. Supuso que había dormido varias horas, porque estaba descansada y lúcida. Arrodillada a su lado, se encontraba Elcira, quien le repetía con la boca apegada a uno de sus oídos:

—Despierte, señorita, despierte.

—¿Qué pasa. Elcira? —respondió la joven, también en secreto.

—Virgen santa, hace cinco minutos que estoy remeciéndola.

—¿Ocurre algo?

—He hallado lo que usted quería, Leonorcita. Cuando se iba a cerrar la cocinería, llegó un gringo borracho como una cuba. Quería comer algo para afirmarse el estómago y seguir bebiendo. Me encargaron atenderlo, le armé conversación, y me enteré de que es

uno de los tripulantes del vapor *Colombia*, que está esperando la alta marea para dejar el puerto.

—Ese marinero puede llevar un mensaje a Antofagasta —saltó Leonora, terminando de despejarse.

—Fue lo que yo pensé, señorita. Y más me afirmó en esa idea el oírlo confesar que las mujeres chilenas eran su locura. Le dije entonces que tenía una amiga chilena que estaba pasando apuros en Pisagua, y que podía salir a buscarlo para que se tomara unas copas con él. Entusiasmado con mi ofrecimiento, me esperó y me vino acompañando hasta el extremo del muelle. Allí lo dejé esperando en compañía de una botella de pisco.

—Has hecho muy bien. Elcira. Pero ¿cómo hago para escribir la carta que quiero enviar?

—No se preocupe, señorita —dijo Elcira, sacando un trozo de papel de debajo del rebozo—; también me ocupé de eso. Y el gringo me prestó lápiz. Tómelo. Salga en la puntilla de los pies, y a la luz de unos restos de fogata que hay afuera podrá escribir su mensaje. Pero apúrese, que el *Colombia* no tardará más de una hora en zarpar.

Las dos mujeres salieron sigilosamente hacia el patio frontero de la escuela. Como lo había asegurado Elcira, unas brasas aún despedían una tenue luz. Arrodillada y manteniendo el papel sobre el muslo. Leonora se puso a trabajar apresuradamente. Primero dividió el pliego en dos mitades, y en una de ellas escribió la palabra «Martillo». Luego cuadriculó la hoja de modo que cada letra de la palabra escrita sirviera de guía a una columna de cuadrados. Por último, por un costado, numeró los renglones de uno a ocho. Terminados estos preparativos, estampó en el cuadriculado su mensaje, colocando las letras en un orden convencional dentro de los pequeños cuadrados. La incomprensible jerigonza resultante la transcribió, por fin, a la otra mitad del papel, con lo que quedó listo el mensaje cifrado. Rompiendo el primer trozo del pliego, arrojó sus pedazos al fuego, y se puso de pie, haciendo señas a Elcira de que ya estaba lista.

Furtivamente, las dos mujeres se escabulleron por el costado de la escuela, y se encaminaron hacia el mar.

La noche estaba extremadamente húmeda y fría, por lo que no se toparon con persona alguna en las callejuelas. En pocos minutos

estuvieron junto al muelle.

Sentado sobre una redonda bita de madera, esperaba el tripulante del *Colombia*. Bebía apaciblemente, canturreando en su idioma, cuando se le acercaron las chilenas. Con grandes aspavientos y entusiasmo, se puso de pie al verlas, pero Elcira no lo dejó prorrumpir en exclamaciones, acallándolo con un ¡chist! imperioso.

En voz baja la antigua lavandera le explicó que aquélla era la compañera chilena de quien le había hablado, y, acto seguido, se retiró hasta la esquina, dejándolos solos. Desde su observatorio, atisbo a las dos figuras que hablaban en el muelle. Imaginaba las dificultades de la joven para contener al marinero ebrio sin frustrar la posibilidad de que le sirviera de correo secreto. La veía rechazar los intentos de abrazarla que hacía el navegante. En una tregua, observó que Leonora le pasaba la carta cifrada, la que el hombre se guardó en su blusa, mientras exclamaba en voz bastante alta:

—Mí teniendo el estómago lleno de secretos de mujeres, y como no pudiendo botarlos, me apesta el aliento.

Luego volvió a bajar el tono, a pedido de Leonora, y la criada apenas oía el murmullo de sus voces. Considerando que, entregado ya el mensaje, era el momento de rescatar a la muchacha, Elcira comenzó a acercárseles. Las frases y réplicas del marinero y la agente se le fueron haciendo comprensibles.

—El *Huáscar* llevando mucha delantera al *Colombia* —oyó que argumentaba el hombre.

—Los vapores de la Compañía Inglesa son más rápidos que el monitor —respondía Leonora—. Además, seguramente se detendrá a cañonear alguno de los puertos anteriores a Antofagasta.

—En Iquique estando la escuadra chilena…; en Tocopilla existiendo soldados chilenos… —calculaba el inglés—, en…, ¡quizás en Mejillones bombardear!

—Si se detuviera en Mejillones a cañonear la instalación de la bahía, ¿alcanzaría el *Colombia* a llegar antes que él a Antofagasta?

—*I think so* —aprobó el marinero, riendo puerilmente. —Y yo entregar tu cartita al primer marino chileno que suba al *Colombia*. *Right*?

—Gracias, marinero.

—¿Y tú?, *my princess*, pagándome ahora, como lo que yo

haciendo por ti, hum… ¿Así?

Los largos brazos del inglés se cerraron en torno a la cintura de Leonora, y la estrecharon con rudeza. La joven trataba de desasirse, pero era una lucha vana. El hombre la oprimía enardecido contra su pecho, y su boca le perseguía el rostro, buscándole los labios.

En ese instante, la sirena del *Colombia* dejó oír tres pitazos seguidos y breves. Pero el marinero, si los oyó, no les hizo caso; siguió forcejeando por doblegar a la muchacha.

Elcira, espantada e irresoluta, observaba que la joven iba cediendo, incapaz de contener al hombre embrutecido. De pronto, la vio doblar las rodillas y curvarse hacia atrás, mientras el hombre, inclinándose sobre ella y manteniéndola siempre apegada a su cuerpo, la tumbaba lentamente sobre los tablones del muelle.

La sirena del vapor volvió a sonar, llamando a sus últimos tripulantes que aún no embarcaban. Voces lejanas, a no más de un centenar de metros, repetían largamente un nombre.

Elcira pensó al momento que eran los compañeros del marinero, que, al notar su ausencia, lo llamaban desde la lancha, y, aprovechándose de esta contingencia, corrió hacia el muelle.

—Tu barco está por partir, marinero —gritó cuando estuvo junto al hombre que trataba de dominar a la mujer que se debatía en el suelo, y, como éste no le hiciera caso, enardecido por el deseo, lo agarró de los hombros y lo hizo girar sobre un costado de un violento tirón—. Te digo que el *Colombia* va a zarpar —le repitió imperiosamente—. Tus compañeros te llaman desde la lancha.

El marinero de puso de pie, sofocado y jadeante, y, sacudiéndose furioso los pantalones con la gorra, exclamaba:

—Tú no riéndote de mí, chilena…, tú no riéndote. En quince días más mí volviendo…, ¿sabes? Y entonces cobrando mi cuenta por servirte de correo.

A largas zancadas se alejó, respondiendo malhumorado a la llamada de sus compañeros.

Elcira ayudó a levantarse a Leonora, que se mantenía sentada en el suelo, atontada por la humillante escena.

—¡Pobre señorita! —exclamaba, alisándole las faldas revueltas.

—No importa, Elcira, no importa —replicó roncamente Leonora —. Lo principal se ha logrado: mi mensaje llegará a Antofagasta. ¡Vamos! ¡Déjate de condolencias y regresemos al albergue!

Apegadas a los muros y sin cambiar palabras, se perdieron también en la obscuridad de la noche.

Con marcha uniforme, el *Huáscar* navegaba hacia el sur, escoltado por la *Unión*. Protegidas por la noche, las dos naves pasaron frente a Iquique, donde la primera división de la escuadra chilena mantenía el estéril bloqueo. La mañana las sorprendió frente a Pabellón de Pica. Internándose mar adentro, para no ser divisado desde la costa, el monitor siguió hacia el sur. A las dos de la tarde rumbeó otra vez en dirección a tierra, y, una hora más tarde, emergía frente a su proa Punta Angamos.

El oficial de guardia avistó entonces a varios lanchones y una barcaza, aparentemente cargados con salitre, acollerados en un largo rosario, a una milla de la caleta de Mejillones.

El *Huáscar* se orientó a las embarcaciones con el propósito de espolonearlas sin ser advertido desde la playa. Pero dos vigías velaban en el promontorio más alto de Punta Angamos; y cuando el acorazado comenzó a perforar las barcas con el colmillo acerado de su espolón, uno de los centinelas, saltando riscos, llevó a la comandancia militar de Mejillones la alarmante noticia. Acto seguido, un soldado de cazadores, arrastrando otra cabalgadura de repuesto, emprendió un frenético galope hacia Antofagasta. Horas más tarde, entraba en la Comandancia General del ejército expedicionario y revelaba la aparición de los barcos enemigos al ministro Santa María, al incógnito substituto del presidente de la república en campaña, don Rafael Sotomayor, y al recién nombrado general en jefe del ejército, general de brigada Erasmo Escala.

Los tres se quedaron con la respiración contenida de asombro. Su pensamiento inmediato fue que las naves peruanas venían a bombardear Antofagasta, como una represalia por el cañoneo de Iquique.

Mientras el general Escala corría a disponer despliegue de tropas y emplazamiento de artillería en la playa, los «cucalones», como llamaban a los civiles Santa María y Sotomayor, se apresuraron a encaminarse a la torrecilla del resguardo del puerto y treparon a su plataforma más alta.

La noche había cerrado y hacia el mar sólo se veía una impenetrable obscuridad.

—Si el *Huáscar* y la *Unión* aparecen antes que el *Cochrane*, nos cañonearán hasta hartarse —comentó preocupado el ministro Santa María.

—¿Dónde anda nuestro blindado? —preguntó el señor Sotomayor al capitán del puerto, que había subido con ellos.

—Salió a perseguir a la corbeta *Pilcomayo* que asomó en Tocopilla, señor —respondió el interrogado. Y agregó, con acento de reproche—: Pero debía haber regresado hace horas.

Santa María y Sotomayor cambiaron una mirada de inteligencia; el capitán del puerto aludía veladamente a la intemperancia del comandante Simpson que guiaba el *Cochrane*.

—Vamos a tener que pasar la noche en vela —refunfuñó el ministro Santa María.

Hablando apenas y fumando un cigarro tras otro, dejaron pasar el tiempo, atentos al mar. Alrededor de las diez y media de la noche, el frío y la tensión creciente agotaron la paciencia del ministro Santa María.

—¡Oh, ya no aguanto más aquí! —barbotó irritado—. Bajemos, don Rafael, y esperamos en la gobernación del puerto.

Pisaba Sotomayor los primeros escalones de la escalera que descendía a tierra, cuando la voz de uno de los vigías los detuvo.

—¡Un barco entra por el norte, señores! ¡Miren ustedes sus luces!

—¡El *Huáscar*! —exclamó el señor Santa María, regresando junto al ventanal de la torre.

—¿El *Huáscar* entrando a un puerto enemigo con todas sus luces encendidas? —recapacitó el señor Sotomayor—. No, señores, no es posible. El almirante Grau tendría que estar loco.

—Pero ¿qué otro barco podría ser? —reflexionó el ministro.

En ese instante, uno de los cañones emplazados en la playa por orden del general Escala hizo un disparo de advertencia y el barco contuvo inmediatamente su marcha en la entrada de la bahía.

Santa María y Sotomayor bajaron rápidamente a la playa, al lugar en que veían al general Escala discutiendo con las autoridades portuarias y militares. Pero no habían alcanzado a reunírseles, cuando desde la nave sospechosa comenzaron a brotar señales de

luces.

—¿No le decía que no podían ser los peruanos, señor Santa María? —comentó Sotomayor. Y tomando de un brazo al ministro, regresó con él hasta la escalera de la torrecilla. Desde allí preguntó —: ¿Qué dicen esas señales, capitán?

—¡Es el vapor *Colombia*, de la Compañía Inglesa, señores! Pide autorización para entrar en la bahía y la subida del práctico.

—Respóndale que se le concede la autorización —repuso Sotomayor; y dijo enseguida al ministro Santa María—: Iremos al *Colombia* en la lancha del práctico, don Domingo. Quizás el capitán del buque nos dé informes sobre los barcos enemigos.

Pero las esperanzas del señor Sotomayor se vieron frustradas por los tercos principios de neutralidad del capitán inglés. A las airadas exigencias de los chilenos, oponía un invariable argumento:

—Yo siendo capitán de vapor neutral; teniendo instrucciones de no dar informaciones de nada a ninguno de los dos bandos. Yo lamentándolo mucho, caballeros…, *but orders are orders*.

Los dos políticos abandonaron, exasperados, la cámara el capitán. En el momento en que se tomaban del pasamano de la escalerilla para descender, un marinero que se mantenía junto a la borda, inclinándose hacia Sotomayor, con el pretexto de ayudarlo, le deslizó un papel cerrado en varios dobleces.

Rafael Sotomayor lo guardó y, cuando la lancha del práctico los llevaba a tierra, intentó leerlo. Pero como venía en clave, no le fue posible hacerlo.

Una vez en tierra, el ministro Santa María entregó la nota al jefe del servicio secreto destacado en Antofagasta. Más de media hora permanecieron dominados por la impaciencia, antes de que el agente volviera con el mensaje traducido.

—Es un aviso de la agente secreta Leonora Latorre, a quien dábamos por perdida, señores —explicó—. Hace más de un mes que estamos privados de todo contado con ella.

—¿Es la agente que estaba en Iquique con el hombre que recogió herido el *Blanco* y que se encuentra ahora reponiéndose en el hospital? —preguntó el señor Sotomayor con asombro.

—Exactamente. Ambos se trasladaron a Iquique al comenzar la guerra y desde allí informaron sobre los movimientos de tropas y barcos enemigos. Pero fueron sorprendidos. Rodríguez logró

refugiarse, herido, en el *Blanco*, y hasta ahora había mantenido la seguridad de que la señora tenía que haber sido sometida a consejo de guerra.

—Habría sido fusilada —apuntó el ministro Santa María.

—Ese fue nuestro temor —confesó el jefe del servicio secreto de Antofagasta—. Afortunadamente, señores, ha vuelto a aparecer.

—¿Qué dice la nota? —preguntó el señor Sotomayor al director de la red de espionaje.

—Que el *Huáscar* y la *Unión* zarparon de Pisagua ayer 17 y que su destino es bombardear Antofagasta y los puertos chilenos de más al sur.

—Confirman nuestros temores. ¿Y qué más dice?

—Que se encuentra en Pisagua acompañada por otra chilena, pero ambas sin recursos y expuestas a ser descubiertas en cualquier momento.

El ministro Santa María dijo, con decisión:

—Tenemos que disponerlo todo para recibir al *Huáscar* y la *Unión* en la forma más eficaz. Caballeros, vamos a entrevistarnos con el general Escala.

Dio vuelta la espalda y abandonó la habitación a pasos rápidos.

Sotomayor retuvo unos instantes al jefe del espionaje y le ordenó que tomara las medidas tendientes a dar un pronto auxilio a las dos mujeres aisladas en Pisagua.

—Comuníquese usted con el agente Rodríguez, que ya debe haber sido dado de alta —agregó mientras se alejaba en seguimiento del ministro Santa María.

Comenzó la noche del 18 al 19 de julio, sin que persona alguna se atreviera a dormir en Antofagasta. Todos los ojos estaban enfocados sobre el mar.

El ministro Santa María y don Rafael Sotomayor fumaban incansablemente en la torre del resguardo del puerto. El general Escala bebía, una tras otra, innumerables tazas de té. Un solo pensamiento bullía en el cerebro de todos: que el blindado *Cochrane* alcanzara a llegar antes que el *Huáscar*.

Aquella misma tarde, en Santiago, al espacioso cuartel donde se

acomodaban las tropas escogidas del cuerpo «Carabineros de Yungay», jinetes de un metro setenta cinco de estatura mínima, dotados de armamento flamante y de caballada selecta, se presentó un oficial del Ministerio de Guerra y Marina, llevando al comandante del batallón, teniente coronel Manuel Bulnes, la orden de trasladarse con sus carabineros a Valparaíso para embarcarse a la mañana siguiente en los transportes *Rímac* y *Paquete del Maule*, para partir con rumbo a Antofagasta.

—Pero esta orden es inicua —protestó el hijo del glorioso general Bulnes, que venciera a la Confederación Perú-Boliviana en 1839—. Se me exige tomar el tren de las ocho y son las dos de la tarde.

—Dispone usted de seis horas para preparar la partida —se atrevió a observar el oficial del ministerio.

—¿Los soldados no tienen familia, son perros que no tienen a nadie a quien decirle adiós? —bramó enfurecido el coronel Bulnes —. ¡Van a la guerra, qué carajo! Muchos de mis carabineros no regresarán jamás.

—Órdenes son órdenes, mi coronel —se escudó el oficial.

A las ocho de la tarde, en medio de una gran confusión, el cuerpo de jinetes escogidos partía de Santiago y en las primeras horas de la mañana siguiente estaba embarcándose en el *Rímac*. Cuando la capacidad de este vapor se colmó, los últimos reclutas y los caballos de menor valor fueron subidos al antiguo vapor de ruedas *Paquete del Maule*.

Cuando el comandante Manuel Bulnes y su hermano Wenceslao, sargento mayor del mismo cuerpo, subieron al *Rímac*, creyeron enloquecer de rabia. Por la precipitación, los soldados, pertrechos, armas y cabalgaduras se amontonaban en el mayor desconcierto.

El capitán Ignacio Gana, jefe de la guarnición de fusileros a bordo, había intentado ordenar aquel desbarajuste, pero sus intentos se estrellaron contra la tozudez del comandante del barco, el capitán alemán Lautrup.

—En mi barco mando yo —había dicho.

Para colmo de males, poco más tarde subió al transporte el señor Gonzalo Bulnes, también hermano del comandante del «Carabineros de Yungay», y le comunicó que uno de los vagones del tren en que

venía la caballada había descarrilado, debiendo ser sacrificados cinco caballos.

Muy molesto, el coronel Bulnes pidió a su hermano Gonzalo que bajara a tierra y comunicara al comandante general de marina, don Eulogio Altamirano, que los transportes no partirían mientras no se pusiera orden en los barcos.

El señor Gonzalo Bulnes transmitió el mensaje al señor Altamirano, pero éste se limitó a expresarle:

—Poco antes de abandonar el mando del ejército, el general Justo Arteaga, preocupado por los movimientos de tropas bolivianas en el límite fronterizo del desierto, pidió se reforzara el arma de caballería para proteger la «línea del Loa». Su petición no se satisfizo. Hoy nuestros informes nos confirman el temor del general Arteaga: los bolivianos están a punto de avanzar a través de desierto. El batallón «Carabineros de Yungay» debe partir al momento.

—Los transportes van a zarpar sin escolta de barcos de guerra, señor Altamirano —advirtió el señor Gonzalo Bulnes.

—Lo sé. Pero adelante van los transportes *Copiapó* y *Toltén* amparados por la corbeta *Chacabuco*. Y el ministro Santa María, desde Antofagasta, enviará al blindado *Cochrane* a recibir los barcos, los que irán navegando separados para disimularse mejor.

Hasta aquel momento el comandante general de marina se había mantenido frío por la intromisión de un hombre que nada tenía que ver con la armada o el ejército. Pero inesperadamente un oficial de la comandancia le entregó un telegrama. El señor Altamirano se demudó. El mensaje decía:

Que no salgan transportes. Espere aviso.
SANTA MARÍA.

Claramente imaginó el significado de aquel telegrama: la escuadra peruana había vuelto a aparecer en escena. Y él había hecho zarpar ya al *Toltén* y al *Copiapó* protegidos nada más que por la débil corbeta *Chacabuco*.

Las horas comenzaron a correr torturantes para el señor Altamirano. La impaciencia del coronel Bulnes crecía al ver a sus hombres amontonados en los dos barquichuelos. A las 14.45 horas,

el señor Altamirano cursó un telegrama al ministro Santa María solicitándole nuevas informaciones. A las 15.35 recibió una respuesta que lo sumió en mayor obscuridad. El telegrama decía:

Ya he dicho a vuestra señoría que espere aviso.

Transcurrieron todo el día y la mañana del siguiente. Esto agravó el mal humor del coronel Bulnes. Temía que sus espléndidos jinetes y caballos se resintieran con aquel encierro en los dos barcos. Poco después del almuerzo, no pudo contener su irritación y bajó a tierra a resolver el problema como fuera. Pero, cuando enfrentaba el despacho del comandante general de marina, el señor Altamirano le salió al encuentro. Había recibido un telegrama a las 15.15 horas. Decía:

Que salgan mañana.

—¿Mañana?… ¿Por qué mañana? —preguntó molesto el coronel.

—Debe existir alguna razón, coronel Bulnes —argumentó el señor Altamirano—. Sea usted más flexible. Zarpando mañana 20, el 23 estará en Antofagasta y podrá comenzar a lucir su batallón.

—Está bien —gruñó el comandante del «Carabineros de Yungay»—. Aprovecharé estas horas para poner en orden los transportes, aunque tenga que sacudir de las barbas al capitán Lautrup, que manda el *Rímac*.

El 20 de julio, a las 12.30 horas, los dos transportes enfilaron sus proas hacia el mar abierto. La banda de los carabineros atronaba los aires con el Himno de Yungay. La multitud agolpada en la playa y el muelle despedía con vítores al batallón reputado como el mejor cuerpo de caballería de la nación. Pero en muchos rostros había una expresión extraña. Un sargento que subió a bordo a última hora, murmuró a sus compañeros:

—Un diario de Valparaíso acaba de publicar que el *Huáscar* y la *Unión* están dándose vueltas entre Antofagasta y Caldera. ¡Y nosotros vamos
p'allá
sin escolta!

Tres horas más tarde, nerviosos golpes sacudían la puerta

principal de la Comandancia General de Marina. El que llamaba era un sargento del servicio de comunicaciones del ejército. Buscaba al comandante general de marina.

—¡Cómo se le ocurre que va a estar en su oficina en día domingo! —replicó el guardia que le abrió.

—Pero dejaría dicho dónde se le podría encontrar en caso de urgencia.

—No dejó dicho nada. ¿Acaso ocurre algo grave?

El enviado del servicio de comunicaciones exhibió un telegrama con gesto aturdido.

—Acabamos de recibir este telegrama del señor Matta, intendente de Atacama —dijo—. Es preciso que llegue a poder del señor Altamirano lo antes posible. De ello depende la suerte de los transportes que llevan al «Carabineros de Yungay».

—¿Qué dice ese mensaje?

El sargento entregó el papel al guardia. Este leyó, espantado:

El Huáscar *y la* Unión *están frente a Caldera, esperando.*

Cuatro horas se perdieron antes de dar con el comandante general de marina. El señor Gonzalo Bulnes, que también fue advertido, tuvo la inspiración de buscarlo en Viña del Mar, en casa de una familia amiga. Allí estaba.

—¿Cómo no se le ocurrió dejar dicho que iba a venir a pasar el día a este pueblo, don Eulogio? —le reprochó don Gonzalo Bulnes —. Hemos perdido un tiempo precioso.

El comandante general de marina se quedó silencioso. Por fin, dijo en voz baja:

—Sea como fuere, ya el asunto está en manos de la providencia.

—¡Vaya qué conformidad la suya! —estalló el señor Bulnes—. Yo quisiera ver si estaría usted tan calmado si en el *Rímac* fueran dos hermanos suyos, como me ocurre a mí.

—Pero ¿qué podemos hacer ahora, don Gonzalo? —explicó el señor Altamirano, abrumado—. ¡Nada, nada!

—¿Cómo que nada? Mandar al vapor *Amazonas*, que es muy rápido, para que dé alcance a los transportes.

—Lo siento, mi amigo —repuso el comandante general de

marina, acongojado—. Pero el *Amazonas* está con las máquinas desarmadas.

En la bahía de Caldera se balanceaban el *Huáscar*, la *Unión* y el vapor ingles *Colombia*. En la cámara de este último, el almirante Grau y el capitán británico acababan de estrecharse las manos cordialmente, pero se observaban con recelo. El inglés respondía:

—Yo sintiéndolo mucho, amigo Grau, pero no poder ser desleal con Chile; tener instrucciones bien precisas: no decir ninguna información a los comandantes de ambos bandos.

—Recurro a nuestra vieja amistad, capitán —volvió a argumentar el jefe peruano—. Dígame solamente si ha encontrado barcos chilenos en su ruta de regreso de Valparaíso.

El comandante del *Colombia* se quedó un instante silencioso. Luego dijo, mientras una casi imperceptible sonrisa se marcaba en sus labios:

—Yo no poder decirle nada, amigo Grau, pero sí poder proporcionarle buena literatura —y abriendo una gaveta de su escritorio le alargó un ejemplar del diario *El Constituyente* de Copiapó—. Tome, almirante, y que le aproveche su lectura.

El jefe de la escuadra peruana sonrió, comprendiendo:

—Gracias, capitán. Lo leeré con calma. Hasta la vista y buen viaje.

En la lancha que lo conducía al monitor, el almirante Grau fue leyendo el diario. En él se publicaba que el 20 de julio, es decir, dos días atrás, habían zarpado lo transportes chilenos *Rímac* y *Paquete del Maule* conduciendo al batallón de caballería «Carabineros de Yungay».

Luego de reunir a los oficiales de sus dos naves en la cámara principal del *Huáscar*, comentó:

—Nuestra armada no necesita espías, señores; nos informan los propios diarios chilenos.

Y enseguida ordenó al comandante de la *Unión*:

—Comandante García, usted zarpará inmediatamente y esperará frente a Antofagasta, voltejeando a 25 millas de la costa. El

Huáscar irá lentamente detrás y se apostará en la parte sur de la bahía mencionada. Los transportes chilenos salieron de Valparaíso el 20, tendrán que caer en nuestro poder el 22 en la noche… o el 23 al amanecer. Buena suerte, comandante.

Todo se unía y combinaba para ayudar al plan trazado por el marino peruano. Colocado a la retaguardia de la escuadra chilena, con sus dos barcos muy inferiores en poderío a los blindados *Cochrane* y *Blanco*, esperaba con serenidad, valor y certeza absoluta que la presa cayera en sus manos. Ella era el transporte *Rímac*, que navegaba a 30 millas de la costa y que no tocaría en ningún puerto chileno donde podría ser advertido del peligro.

En Valparaíso y Santiago ya sabían el riesgo que corrían los barcos cargados de soldados que navegaban hacia Antofagasta y el ministro del Interior ordenaba que se enviara un telegrama a Coquimbo indicando que el *Copiapó* y el *Toltén* regresaran al momento a Valparaíso.

—¿No podría enviarse la misma orden al *Rímac* y al *Paquete del Maule*, señor Altamirano? —preguntó el encargado de cursar el mensaje.

—Hágala extensiva al *Paquete del Maule* —aceptó el interrogado—. Pero al *Rímac* no podrá enviársele aviso alguno; navega distante de la costa. Sólo le queda una remota esperanza de salvación.

—¿Cuál, señor?

—Que el ministro Santa María haya enviado al blindado *Cochrane* hacia el sur para recibir a los transportes.

Pero las órdenes que el señor Santa María había dado a Simpson, comandante del *Cochrane*, eran distintas. Enterado de que, por falta de combustible para la máquina resacadora de agua, Tocopilla iba a quedar sin bebida para la guarnición militar y para las quinientas mulas acorraladas allí, lo envió a ese puerto con su blindado cargado con carbón. El poderoso acorazado malgastó su poder cumpliendo aquella misión doméstica durante los días 20 y 21 de julio. El 22 debía regresar al sur para salir al encuentro de los transportes que venían de Valparaíso. Pero amaneció ese día sin que los jefes de la campaña radicados en Antofagasta vieran sus humos.

Muy nervioso, pensando que si se perdía el «Carabineros de

Yungay» dejaría un vacío irremplazable en las líneas de caballería, el ministro Santa María decidió enviar al vapor *Itata* en busca del blindado.

La exasperación que causaban al general Escala aquellas órdenes y contraórdenes contribuyó a hacer más enervante la espera.

Rafael Sotomayor, enterado de las destrucciones que había causado el *Huáscar* en Mejillones, Taltal, Caldera y Carrizal, daba por perdidos a los transportes, pero no se atrevía a comunicar su pesimismo a los demás. La aparición sorpresiva del *Cochrane* y el *Itata* navegando, a las tres de la tarde rumbo al sur, le devolvió alguna esperanza.

—¡Menos mal! —exclamó al verlos cruzar frente a Antofagasta —. Parece que podemos considerar salvados a nuestros barcos y soldados, ministro. Créame, temí mucho por ellos.

El señor Santa María concibió una esperanza aún mucho mayor, pensó que quizás era llegada la oportunidad de capturar o hundir las naves enemigas. Alentado por esta idea, se dispuso a enviar una lancha a alcanzar al *Cochrane*, llevando al comandante Simpson los telegramas que indicaban los movimientos del *Huáscar* y la *Unión*, así como las rutas que seguían los transportes con tropas. Pero cuando dictaba la orden a su secretario Máximo Lira, llegó un ordenanza el telégrafo mililar.

—Acabamos de recibir un telegrama del señor intendente de Atacama, don Guillermo Matta, señor ministro —le espetó.

—¿Y qué dice? —inquirió ansiosamente Santa María.

—Que los transportes con tropas regresaron a Valparaíso.

Un fuerte resoplido de alivio distendió el pecho al ministro.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. Ahora ya no hay nada que temer. ¿Oyó, Sotomayor? Los transportes regresaron a Valparaíso.

Mientras se regocijaban con la noticia, la idea primitiva del ministro se afincó más en su mente: capturar las dos naves enemigas que se habían atrevido a filtrarse hasta los puertos chilenos.

—Señor Lira —ordenó a su secretario—, embarque usted en el transporte *Lamar*, alcance al *Cochrane* y al *Itata*, y diga al comandante Simpson que no se preocupe más del *Rímac* y del *Paquete del Maule*, sino que navegue en línea recta hasta Caldera

en busca del *Huáscar* y la *Unión*.

Pero si don Domingo Santa María y el señor Sotomayor hubieran podido escuchar la conversación que, en esos instantes, sostenía el intendente de Atacama, señor Guillermo Matta, con el telegrafista de guardia en la posta de Caldera, habrían rezado un responso por el *Rímac* y el *Paquete del Maule*.

—¿Avisó al ministro Santa María que regresaron a Valparaíso los transportes? —preguntaba el viejo intendente.

—Sí, señor.

—Gracias —suspiró el señor Matta—. Temí mucho por esos transportes. Afortunadamente se pudo avisar al *Toltén* y al *Copiapó*, y han vuelto con la *Chacabuco* a Valparaíso.

¡Eran el *Toltén* y el *Copiapó* los que regresaban a su puerto de partida! ¿Y el *Rímac* y el *Paquete del Maule*?… Seguían navegando hacia Antofagasta, en cuyas proximidades los esperaban el monitor y su compañera.

Ignorantes de este peligro, pero temerosos de navegar sin escolta, el coronel Bulnes y el capitán Gana se mantuvieron alerta durante los tres días del viaje. Cuando estaban a pocas horas de Antofagasta, el barco disminuyó bruscamente su andar.

—Si reduce la velocidad, no alcanzaremos a refugiarnos en la bahía de Antofagasta esta noche —reflexionó el capitán Gana, inquieto.

Juntos buscaron al capitán Lautrup, y le exigieron una explicación de aquella extraña medida.

—He reducido el andar de once a cuatro nudos porque no tengo interés en llegar a puerto esta noche —respondió el alemán con rudeza.

—Cuanto antes desembarquemos, mejor, capitán Lautrup —objetó el coronel Bulnes—. Mientras permanezcamos en el mar no dejaré de temer por la suerte de mis carabineros.

—Tengo instrucciones precisas de no entrar a Antofagasta de noche, señores —replicó el capitán mercante—. La bahía es peligrosa y fondear en ella de noche representa un riesgo al que no quiero exponer mi barco.

—Mantenernos otra noche en mar abierto es peligroso, capitán —interpuso el capitán Gana—. ¿Quién puede asegurarnos que no aparecerán durante la obscuridad el *Huáscar* u otros barcos

peruanos?

El alemán los contempló con mirada desdeñosa.

—¡Oh, ustedes temen al *Huáscar* como si fuera un barco fantasma! —comentó—. Lo siento, señores, pero mientras yo no vea aparecer naves peruanas, seguiré disponiendo de mi barco como representante de la Compañía SudAmericana de Vapores.

El desdén del capitán Lautrup era demasiado hiriente para que lo soportara el altivo coronel Bulnes. Con los ojos relampaguéndole se plantó frente al alemán.

—Escúcheme usted, capitán —comenzó a apostrofarlo—; como vuelva a emplear el tono que está usando, le prometo que…

El capitán Gana lo interrumpió, apartándolo de un brazo.

—No se violente usted, coronel Bulnes —dijo—. El contrato de flete de este vapor a la Compañía SudAmericana de Vapores estipula que la única autoridad a bordo es la del capitán Lautrup. Y sólo en caso de contingencia de guerra, en último momento, éste debe entregarme el mando a mí.

—De modo que tenemos que resignarnos a que mis jinetes y sus caballos pasen otra noche en alta mar.

—Así va a tener que ser, coronel.

—¡Maldito seas, alemán porfiado! —le escupió el comandante de caballería al capitán Lautrup—. Podríamos haber dormido esta noche en Antofagasta.

Apenas cerró la noche, el andar del transporte fue reducido al mínimo. Cabeceando a dos nudos, avanzaba pesadamente hacia su destino.

El capitán Gana mantuvo la primera guardia conversando con los fornidos muchachos del «Carabineros de Yungay». Cuando las estrellas destellaban en el cielo con mayor fulgor, subió a cubierta el coronel Bulnes y se sentó en un rollo de cuerdas, en medio de un grupo de soldados. Hablando de la patria, de la doma y crianza de caballares de estampa regia en los dilatados campos sureños, se les apagó la noche. Una niebla rosada ascendió del fondo del horizonte y el *Rímac* parecía suspendido entre algodones rojizos. Al clarín de diana respondieron los relinchos de la caballada. Los soldados se incorporaban de los duros maderos de la cubierta, recibían al nuevo día con bromas y risas.

—¡Hola, ñato! ¿Cómo dormiste? Yo estaba soñando con una

rubiecita más relinda que el sol, cuando…, ¡tararí!, la diana.

—Este animal del cabo Jarpa me llegaba a despeinar con los ronquidos, mi teniente. No lo aguanto más a mi lado.

Rápidamente cundía la actividad sobre cubierta. Los soldados se diseminaban en busca de sus caballos, llevándoles agua y sacos de pienso.

En contraste con la apariencia vigorosa y dinámica de los hombres del «Carabineros de Yungay», se veían aparecer los rostros turbios de los marineros de planta del barco, que habían pasado la noche en una ininterrumpida borrachera.

La nave aceleró su ritmo y la proa cortó las olas cada vez más velozmente.

El capitán Gana asomó por una escotilla bostezando y, al percatarse de la actividad que había en cubierta, se encaminó al coronel Bulnes. Estaba dándole los «buenos días» cuando un grito, venido de una cofa, se sobrepuso al bullicio:

—¡Barcooooo a proaaaaa!…

A unas dos millas adelante se divisaba la forma vaga de un buque, denunciado por la alta humareda de su chimenea.

—Por la cantidad de humo debe ser un barco grande —reflexionó el coronel Bulnes.

—¡Es el blindado *Cochrane*! —gritó el capitán Lautrup, que había subido a cubierta poco antes.

—¡El *Cochrane*! —vocearon todos alegremente.

El coronel Bulnes estaba igualmente radiante. Afirmado de la borda, alzó la voz para decir a sus hombres:

—Ya que viene uno de nuestros acorazados para dejarnos en tierra donde, sobre nuestros caballos, sabremos defendernos solos, cantemos nuestro himno. ¡Carabineros, atención…, firm! ¡El himno de Yungay!

Con toda el alma, los cuatrocientos jinetes comenzaron a corear la canción que recordaba el triunfo de las armas chilenas en la batalla de Yungay, en 1839.

Cantemos la gloria del triunfo marcial
que el pueblo chileno obtuvo en Yungay.
Del rápido Santa, pisando la arena,
la hueste chilena se avanza a la lid…

El estampido poderoso de una inesperada detonación cortó la estrofa. Los carabineros, con las bocas aún abiertas, se quedaron paralizados mirando hacia la proa, frente a la cual acababa de levantarse un violento penacho de agua.

—¡Nos están cañoneando desde ese barco, coronel Bulnes! —exclamó el capitán Gana, aturdido por la sorpresa.

Efectivamente, era bien visible sobre el casco de la nave que se les acercaba una nube de humo vomitada por el cañón que acababa de hacer fuego.

—¡Nos están cañoneando, por la madre!

Pasado el primer instante de estupor, un arranque de rabia recorrió a los carabineros. Arrastrados por su instinto de lucha, corrieron a los pabellones de fusiles y se armaron.

Entretanto, el capitán Lautrup, desencajado, llegaba hasta donde estaban el coronel Bulnes y el capitán Gana:

—¡No es el *Cochrane*, señores! Tome usted el mando, capitán Gana, y salve la nave hacia el oeste. ¡Ese barco que tenemos al frente es… es la corbeta peruana *Unión*!

—¡La *Unión*! —repitió Bulnes, sordamente.

—¡La *Unión*! —corrió la voz por la cubierta, despertando maldiciones.

—¡Silencio! —tronó el coronel imponiéndose—. Este barco está repleto de municiones, armas y caballos que son vitales para la prosecución de la guerra. No podemos dejarlo caer en manos de los enemigos.

Interrumpiéndolo, el capitán Lautrup habló a sus espaldas, dirigiéndose al capitán Gana:

—Yo me marcho a mi cámara, capitán. Tome usted el mando y hágase responsable.

—¡Váyase a un cuerno, cobarde, y déjenos en paz! —lo insultó violentamente el coronel Bulnes, y se volvió de nuevo hacia sus hombres.

Pero, junto con retirarse el capitán Lautrup, todos los tripulantes alemanes abandonaron la maniobra y se reunieron al pie del palo mayor.

—Si el capitán Lautrup deja el mando, ¿por qué hemos de seguir trabajando nosotros? —gritó uno alzado sobre el propao.

—¿Por qué exponernos a morir a balazos? —agregó otro

semiborracho.

—¡Vamos a la cantina, compañeros! —vocearon todos, echándose a correr sobre la cubierta y embutiéndose a empellones por una escotilla.

Los carabineros, sorprendidos por la rapidez de la rebelión, no atinaron a contenerlos. Pero el capitán Gana reaccionó.

—Coronel Bulnes —dijo—, yo tomaré el timón y trataré de sacar el barco hacia el oeste. Impida usted que esos miserables sigan emborrachándose y sembrando el desconcierto.

—Por supuesto que lo haré —respondió el comandante, ahíto de rabia. Volviéndose a sus hombres, gritó—: Esta es la consigna: ¡bajar a la cantina, dominar a esos canallas, castigarlos y encerrarlos amarrados en la bodega! ¿Comprendido, mis carabineros?

A paso de carga, con las culatas de las carabinas hacia el frente, los carabineros de Yungay descendieron por la escotilla por donde habían desaparecido los tripulantes del *Rímac* y su feroz chivateo se oyó durante largos minutos, mezclado con el estruendo de los golpes, los quejidos de dolor y el quebrarse de muebles y tabiques.

Entretanto, el capitán Gana viraba el transporte en 90.º y trataba de sacarlo a alta mar, pero los hombres de las máquinas también abandonaban sus funciones y el barco iba disminuyendo lentamente su andar.

—No lograremos huir, coronel Bulnes —reconoció el capitán Gana—. Ya se nos acercan demasiado. Un cañonazo que nos acierten y todo se habrá perdido.

—¡Mis caballos! ¡Mis magníficos caballos seleccionados por mí mismo! —clamaba desesperado de impotencia el coronel—. Voy a echarlos al agua. Prefiero que se ahoguen antes de que caigan en manos de los enemigos.

Iba de un lado a otro de la cubierta sin atinar con una medida salvadora. Los carabineros que no habían bajado a castigar a los tripulantes venían hacia él con sus armas en la mano. Ello lo determinó a intentar la defensa del barco. Con órdenes breves los empezó a distribuir detrás de la aleta de babor y en los palos. Pero no empezaban a ocupar sus posiciones, cuando un formidable estampido estremeció la atmósfera frente a proa. Todos se volvieron sobresaltados en esa dirección y se quedaron helados. Frente al

transporte, enfocándole los cañones de su torre giratoria, estaba el *Huáscar*.

Recortado contra el fondo pálido del alba, el monitor se mostraba como la encarnación de la leyenda que lo aureolaba. Surgía a la hora exacta y en el momento preciso. Las dos grandes bocas de fuego de su torre blindada vomitaron su primera andanada y el palo de mesana del *Rímac* cayó tronchado.

El coronel Bulnes comprendió pronto que era infantil oponer resistencia.

Cruzado a cañonazos por proa y babor, el *Rímac* detuvo sus máquinas.

Con dolor del alma el coronel Bulnes hizo que sus carabineros arrojaran al mar su flamante armamento y luego les ordenó formarse en cubierta.

Cuando el almirante Grau subió al transporte, los jinetes escogidos del batallón «Carabineros de Yungay» se alineaban inmóviles a lo largo del barco prisionero.

6

Una simple omisión en el telegrama enviado desde la intendencia de Atacama al ministro Santa María había sido la causa de la pérdida del *Rímac*: se anunciaba que los transportes volvían a Valparaíso, pero no se especificaba que los que volvían eran el *Toltén* y el *Copiapó*. Esta omisión sólo fue conocida bastante después. Durante seis días la suerte del *Rímac* fue una incógnita.

El 23 de julio, el *Paquete del Maule* entró en Antofagasta y hasta el anochecer del 24 nadie se alarmó por el segundo vapor. En Valparaíso lo suponían a salvo en Antofagasta, y en Antofagasta lo creían regresado a Valparaíso. Fue don Gonzalo Bulnes, hermano del comandante del «Carabineros de Yungay», quien abrió el cauce a los temores.

Don Rafael Sotomayor se encontraba en el patio del hospital habilitado en Antofagasta presentando al agente secreto Roberto Rodríguez, que ya convalecía, a un oficial de caballería de extraordinaria estampa y vestimenta. Se trataba del capitán Manuel Rodríguez Ojeda, de quien se decía era nieto del famoso guerrillero del mismo nombre. A su espalda, escondido en su sombra corpulenta, un hombrecillo pequeño, con el rostro moreno afilado como un cuchillo. Era su asistente, el soldado Gaspar Acosta, famoso en las avanzadas del desierto por su gracejo.

—He querido ponerlos en contacto, señores —decía Sotomayor —, porque me preocupa mucho la suerte de esas dos mujeres, agentes nuestras, que se encuentran en Pisagua privadas de recursos y expuestas a ser descubiertas en cualquier momento. El director del servicio de espionaje en Antofagasta me ha indicado como la vía más rápida para auxiliarlas es entregar esta misión al capitán Manuel Rodríguez, jefe de los exploradores del desierto y oficial de

enlace del servicio secreto en esta región.

—Mucho gusto de conocerlo, capitán —dijo el agente, alargándole su diestra—. Le agradezco desde ya el interés que ponga usted en ayudar a mis compañeras, a las que ya creía eliminadas.

—Es un placer conocer al hombre que se nos ha anticipado en territorio enemigo, señor Rodríguez —retribuyó el capitán, estrechándole la mano, y añadió—: Puede ser que hasta seamos parientes, ya que llevamos el mismo apellido.

Reían jovialmente cuando la voz del ministro Santa María sonó en la entrada del patio del hospital.

—¡Señor Sotomayor!… ¡Sotomayor, al fin lo encuentro!

El ministro cruzó el patio casi corriendo y se detuvo jadeante junto al grupo.

—Dispénsenme, señores —exclamó—. Sotomayor, acabamos de recibir un cablegrama desconcertante.

—¿De dónde viene?

—De Valparaíso. Lo envía el señor Gonzalo Bulnes y pregunta… —don Domingo Santa María se detuvo irresoluto—. ¡Oh, no se lo imaginará usted nunca!

—¿Qué es lo que pregunta, don Domingo? —exigió el delegado del Gobierno.

—Preguntan… por el *Rímac*.

Sotomayor se quedó mirando al ministro.

—¿Preguntan por el *Rímac*… desde Valparaíso? —preguntó al cabo de unos segundos, como haciendo un esfuerzo para entender —. Pero ¿no volvió a ese puerto el transporte? ¿No le informó a usted el intendente de Atacama que los transportes…? —cortó la frase y se quedó con la boca abierta; acababa de hacérsele la luz—. ¡Los transportes decía el telegrama, nada más! No especificaba cuáles transportes eran los que regresaban a Valparaíso.

Ahora fue al ministro al que le tocó quedar aturdido de un mazazo.

—Es verdad…, es verdad —repetía en voz baja, atontado. Luego, reaccionando, tomó a Sotomayor de un brazo—. Vamos a poner un telegrama a Caldera para que nos confirmen cuáles transportes eran los aludidos en el mensaje del intendente Matta.

—Con el permiso de ustedes, señores —se excusó Sotomayor

ante el grupo de hombres que estaban con él—. Sigan estudiando el asunto solos, por favor.

—¿Cree usted que se habrá perdido el *Rímac*? —preguntó el agente Rodríguez al capitán de exploradores, después de que desaparecieron los dos políticos.

—Si no volvió a Valparaíso ni fondeó aquí, sin duda cayó en poder del almirante Grau —respondió éste—. Pero aquello no es asunto nuestro, señor Rodríguez. Mi misión es rescatar a las dos agentes chilenas que están en Pisagua, a fin de que puedan seguir prestando servicios a nuestra red de informaciones. Tengo órdenes de llegar hasta Pisagua y sacarlas hacia Arica o Tacna.

—Capitán Rodríguez —rogó entonces el agente—, permítame usted que lo acompañe en esta empresa. Ya estoy repuesto, conozco bien a las dos mujeres que iremos a buscar y he vivido largo tiempo en las poblaciones enemigas a las cuales hay que entrar.

—Muy bien —aceptó cordialmente el jefe de los exploradores—. Esta noche comunicaré al jefe de servicio su proposición, aunque temo que le oponga objeciones por estar usted convaleciente.

—¡Vaya, capitán! —lo atajó con altivez Rodríguez—. Creo que fui agente secreto antes que ninguno de ustedes.

El oficial sonrió y, posando una de sus manos sobre un hombro de su interlocutor le dijo afectuosamente:

—Perdón, no quise disminuir sus méritos, sino hacerle ver que la ruta que seguiremos para entrar en territorio peruano es muy ruda y fatigosa.

—La conozco, capitán —afirmó el agente, demostrándole que no lograría arredrarlo.

El oficial hizo una mueca de complacencia, pero el aspecto enflaquecido de su interlocutor lo movió a hacer una última tentativa de descorazonarlo.

—No basta la fuerza de voluntad, mi amigo —dijo—. Piense usted que para sacar a esas mujeres de Pisagua y llevarlas hasta Arica o Tacna tendremos que realizar otra travesía igualmente penosa. Tendremos que cruzar la quebrada de Tiliviche, internarnos luego en la Pampa de Tana…

Riendo francamente, el señor Rodríguez lo interrumpió:

—Es inútil que trate usted de desanimarme, capitán. Conozco bien esa región e incluso estoy en relaciones todavía con los agentes

secretos establecidos en Arica y Tacna, los que dependen del señor Joaquín Godoy, por intermedio de aquel agente que firma sus informaciones con el seudónimo de El Profesor y que no es otro que mi antiguo amigo… —Iba a lanzar el nombre de Abelardo Núñez, pero se arrepintió.

El capitán Rodríguez sonrió, adivinando su pensamiento, y no hizo cuestión del asunto. En cambio, declaró:

—Veo que usted va a terminar por guiarnos a todos los exploradores del desierto.

—¿Cuándo pensaban salir ustedes, capitán?

—Las mulas están siendo ensilladas ya, don Roberto —declaró el capitán Rodríguez.

—Voy entonces a despedirme del director del hospital —dijo el agente—, y a prevenirle de que saldremos de viaje…, ¿mañana, capitán?

—Mañana al alba, don Roberto. Pasaremos a buscarlo y le proporcionaremos todos los implementos necesarios para el viaje. Hasta mañana entonces.

El ministro Santa María se quedó demudado con la respuesta a su telegrama. Decía:

> *Transportes regresaron Valparaíso fueron* Toltén *y* Copiapó.

Los dos políticos se miraron y doblegaron las cabezas, sin hacer comentarios. Ambos pensaban lo mismo: el *Rímac* se había perdido, había sido apresado o hundido por el *Huáscar* y la *Unión*; y con él se perdían también el magnífico batallón «Carabineros de Yungay», su caballada y armamento.

—¡Dios santo, cuando se sepa esto en Santiago!… —murmuró abrumado el ministro Santa María.

—Va a causar una verdadera revolución —completó Sotomayor, igualmente amargado.

El 29 de julio, a las cuatro de la mañana, entraba a Valparaíso el vapor mercante francés *Marseille*. Tan pronto se afianzaron las anclas, su capitán descendió a tierra. Con la misma prisa se encaminó a la Comandancia General de Marina y pidió al secretario del señor Altamirano ser introducido ante su jefe.

—El señor comandante general de marina está muy ocupado, capitán —dijo el secretario—. ¿Podría decirme a mí el motivo de su visita?

El francés, algo molesto, miró en torno suyo y, como observara que había numeroso auditorio, repuso en voz alta:

—Bien. Diga usted a *monsieur le comandant* que vengo a contarle la captura del *Rímac*.

Las personas que esperaban eran casi lodos periodistas que iban a ser recibidos por el señor Altamirano.

—¿Qué dice usted, capitán? —saltó uno, cogiendo al capitán francés de un brazo.

—¿La captura del *Rímac* ha dicho usted, señor? —exclamó otro.

—*Oui… oui, messieurs*… —repetía el francés—. Vengo a hablar de la captura del *Rímac* por el blindado *Huáscar* presenciada por estos propios ojos.

Uno de los periodistas se dirigió corriendo hacia la puerta.

—¿Adónde va usted, hombre? —le gritó el secretario, tratando de detenerlo—. ¡Esta noticia hay que callarla en bien del país!

—¿Callarla? —respondió el periodista—. Está usted loco.

Y salió al trote en dirección al edificio de su diario.

La pérdida del *Rímac*, publicada por todos los diarios del país, levantó al pueblo en un solo grito de rebeldía: el Gobierno había dejado perderse el transpone, el batallón «Carabineros de Yungay» había caído prisionero por la torpeza del almirante, de los generales y de los cucalones que dirigían la guerra. Todos los malos pasos dados en la campaña, todos los errores que el patriotismo había disimulado subieron en alaridos de rabia a los labios de la muchedumbre. Los políticos gobiernistas eran perseguidos por las calles, las casas gubernativas apedreadas, y bajo los balcones del presidente Pinto una multitud renovada e incrementada gritaba día y noche que fueran destituidos los generales y el contralmirante.

Abatido, el presidente Aníbal Pinto escribía a Rafael Sotomayor:

La noticia de la captura del Rímac *dio lugar aquí a escenas parecidas a las de noviembre, cuando vino Bilbao. La misma chusma movida par los mismos agentes. Imposible imaginar una estupidez igual. La interpelación del senado a las escenas vergonzosas acaecidas con motivo de pérdida* Rímac *me han dejado la convicción que nunca debimos comprometernos en la guerra.*

La reacción popular había de ser aún más violenta. En los momentos en que el ministro de la Guerra, general don Basilio Urrutia, abandonaba La Moneda, fue descubierto por la muchedumbre enfurecida. Primero lo insultaron y, enseguida comenzaron a lanzarle piedras y basuras. Pero hubo algo peor: los guardias del palacio presidencial no se movieron en defensa del ministro; tácitamente se plegaron a la rebelión. El general Urrutia, herido en lo más hondo, tuvo que refugiarse en el Senado, perseguido por centenares de bárbaros que lo apedreaban.

El presidente Aníbal Pinto tomó personalmente las disposiciones necesarias para restablecer la calma; ordenó que la policía saliera a imponer el orden y decidió enfrentar los acontecimientos.

—Que se prepare mi coche para ir al Senado —ordenó a uno de sus edecanes.

—Excelencia, quizás no es cuerdo que salga usted a la calle en estos momentos —intentó oponerle el edecán.

Los gritos de la multitud habían cambiado y ahora se oía a través de las ventanas; «¡Abajo Aníbal Pinto!… ¡Abajo Aníbal Pinto!».

—Los oigo, los oigo, edecán —insistió el presidente—. Con mayor razón debo ir al Senado. Sé que allí se está generando esta rebelión; sé que hay senadores que están convirtiendo las calles en tribunas para incitar al pueblo contra mí y contra los directores de la guerra. ¡Mi coche, edecán! ¡Voy al Senado!

—Van a apedrearlo como al ministro de la Guerra, Excelencia.

—Soportaré las piedras. Pero la patria está primero. Una revolución en estos momentos representa la derrota de Chile.

No lo apedrearon, ni siquiera lo insultaron. Aunque moviéndose como una marea peligrosa en torno al coche, la muchedumbre le permitió pasar hasta el Senado.

Al primero que don Aníbal Pinto vio fue al general Urrutia. Éste le salió al encuentro.

—Presidente, le ruego que acepte mi renuncia —le gritó con los nervios desatados.

—Pero, general Urrutia, si todos van a proceder como usted…

—No, no, es inútil cuanto usted diga. No sigo un momento más en el Gobierno, señor. ¡Esto se acabó! Entregué mi vida y todos mis esfuerzos a la patria en las guerras contra la Confederación y contra los araucanos… Fui considerado un general y un ciudadano ilustre, y mire cómo me pagan mis compatriotas. ¡No, señor, no puedo seguir en el Ministerio de la Guerra!

—General Urrutia, espere usted a que consultemos el asunto con los demás ministros.

—Los demás ministros renuncian también. Excelencia. El Gabinete entero se derrumba.

Así fue. La pérdida del *Rímac* provocó la crisis total del Gabinete. El mal menor, como lo expresó el ministro del Interior, don Antonio Varas.

—¿También me abandona usted, señor Varas? —preguntó el presidente al saber de su renuncia.

Don Antonio Varas le respondió con su serenidad característica:

—Y agradézcamelo, Excelencia. La caída del Ministerio servirá para calmar al pueblo. De lo contrario, insistirían en…, en…

—En cambiar al presidente de la república, ¿no es eso?

El señor Varas asintió.

—Ya lo han gritado en las calles, don Aníbal. El cambio de ministros puede soportarlo el país y aun esperar beneficios de ello, pero… un cambio de presidente ahora…, estando tan desprestigiados Williams Rebolledo y el general Escala, y teniendo tantos enemigos Sotomayor… representaría el desastre para Chile en la guerra.

El presidente bajó la cabeza. Comprendía que el señor Varas estaba en la razón.

—Gracias, don Antonio —dijo—. Llamaré a Santa María y a Sotomayor. Encargaré al primero que me organice un nuevo Ministerio y nombraré ministro de la Guerra al segundo.

Pero la ola levantada por el desastre del *Rímac* no paró allí; alzó también a don Eulogio Altamirano.

—Es un hecho que yo estoy destituido por la opinión de todos —dijo al presidente al entregarle su dimisión—. Siento la súbita pérdida de lo que llamaré mi popularidad. ¡En fin!, hemos tenido mala suerte o no hemos sabido proceder con acierto; tenemos que ceder el lugar a otros para que intenten actuar mejor.

—Pero ¿a quién voy a colocar en su puesto, Altamirano? —exclamó el presidente, aniquilado por tanto trastorno.

—Le sugiero al contralmirante don José Goñi. Creo que estará muy bien en la Comandancia General de la Marina.

El señor Pinto respiró hondo.

—Está bien. Afrontemos la anarquía entonces. Que todo se elimine para levantar otro Gobierno enteramente nuevo.

—Una última información antes de dejar mi cargo, Excelencia. Me han enterado esta mañana que la Compañía Inglesa de Vapores, la única que sigue haciendo regularmente la carrera entre Valparaíso y el Callao, ha dejado de fondear en Iquique.

—¿Y eso qué significa?

—Que la división de la escuadra que mantiene el contralmirante Williams bloqueando aquel puerto queda aislada, sin medios de comunicación con Chile y sin tener a quién comprar víveres frescos, ni a quién recurrir en cualquier contingencia. Es grave, Excelencia; quizás fuera conveniente levantar el bloqueo.

El presidente movió obstinadamente la cabeza.

—Gracias, Altamirano. Pero el bloqueo debe mantenerse.

No pensaba lo mismo el contralmirante Williams Rebolledo. A la desmedrada actitud en que había quedado la escuadra permitiendo que las naves peruanas capturaran al *Rímac*, se sumaba el que el *Cochrane* había tenido que ser remolcado hasta Caldera, cuando intentó encontrar al *Huáscar* en ese puerto. Aquello era mucho más que lo que podía soportar el contralmirante. Mandó un perentorio mensaje al ministro Santa María, proponiéndole levantar el bloqueo de Iquique. Decía:

> *Me hago un deber participar a usted que el bloqueo de este puerto, que lo mantiene la primera división de la escuadra bajo mi mando, se está haciendo insostenible*
>
> *1.º Por la falta de combustible, que está ya al agotarse.*
>
> *2.º Por el uso de los buques, obligados a estar siempre*

en movimiento.

3.º Por el roce continuo de las máquinas, que necesitan descanso para recorrerlas y renovar sus válvulas y empaquetaduras, y

4.º La completa falta de comunicación con usted y demás funcionarios de la república, aparte de otras circunstancias que omito enumerar y que no se ocultaran a la penetración de usted.

Pero tanto el ministro Santa María como don Rafael Sotomayor conocían las razones del presidente de la república para oponerse a la suspensión del bloqueo de Iquique. Ellas eran:

1.º Evitar que se forme en Iquique un puerto fortificado como Arica.

2.º Impedir el comercio del salitre para privar de rentas al Perú, y

3.º Evitar que el enemigo, despreocupado de Iquique, reúna en ese punto tropas bolivianas y peruanas y descienda sobre Antofagasta.

El señor Sotomayor recordó estas razones al ministro Santa María al verlo vacilar entre los puntos de vista del contralmirante y los del primer mandatario.

Un telegrama llegado desde Mejillones vino a sacar al ministro de la incertidumbre en que se hallaba; en él se le participaba que cruzaban hacia el norte tres barcos, uno con bandera francesa y dos con bandera peruana. La reacción inmediata del señor Santa María fue enviar a su secretario, don Isidoro Errázuriz, a bordo del *Itata*, llevando dos mensajes para el contralmirante Williams. Uno, escrito, que decía:

Apreciado contralmirante:
En este momento, diez de la noche, llega aviso por tierra de que pasan frente a Mejillones tres buques, uno con bandera francesa y dos con bandera peruana. Se sabe que el de bandera francesa salió hoy de aquí. Los otros dos deben ser, por las señales, el Huáscar *y la* Pilcomayo. *Persiga al* Huáscar *a todo trance con un blindado. Sale el* Itata *a*

llevar este aviso. Dígame lo que ocurra, porque usted puede calcular cuál sea la alarma aquí y cuál la que puede llegar más lejos. Debemos perseguir al Huáscar *a todo trance, sin descanso, hasta batirlo. Soy su afectísimo amigo,*

DOMINGO SANTA MARÍA.

Y otro mensaje verbal que el señor Errázuriz debía repetir palabra por palabra al contralmirante:

«De orden del ministro Santa María suspenda inmediatamente el bloqueo de Iquique y persiga con todos sus elementos a los buques enemigos».

Los resultados de los dos mensajes no fueron los que imaginó el ministro Santa María. Luego que el señor Isidoro Errázuriz repitió la orden verbal al contralmirante, se quedó abismado de verlo ponerse cárdeno de rabia y lanzarse sobre su escritorio, donde revolvió papeles hasta hallar uno.

—Mire este cablegrama, señor Errázuriz —dijo el marino—. ¿Sabe usted de quién proviene? ¡Pues, del mismísimo presidente de la república! ¿Adivina lo que dice? ¡No, cómo va a suponerlo! Escuche, voy a leérselo:

Imposible levantar bloqueo. Una división mantiene bloqueo e impide desembarco. Otra recorre costa desde Arica a Antofagasta, en la parte que crea conveniente.

ANÍBAL PINTO.

El contralmirante dio un golpe sobre la mesa con la misma mano que sostenía el cablegrama, a tiempo que estallaba, exasperado:

—¿A quién demonios le hago caso, dígame usted? ¿Al presidente o a su delegado en Antofagasta? ¿Levanto el bloqueo o lo mantengo? ¡Respóndame alguien, por todos los diablos!

Antofagasta estaba sumida en una perniciosa inactividad, pese a la vida que le comunicaba la presencia de once mil soldados.

Aprovechando aquellos días de ociosidad, don Rafael Sotomayor

vagaba por entre las tiendas y enramadas de la tropa, conversando con los hombres que conocían la región. Comprendiendo la importancia que tendría el abastecimiento de esa enorme masa de combatientes, cuando fueran distribuidos por el desierto y la costa, se introducía en el cuartel, en los corrales y en las carpas de los exploradores estudiando planes de apertrechamiento de municiones, víveres y agua. Este afán de estar en todo, lo llevó el 1.º de agosto a presenciar la partida del capitán Manuel Rodríguez, que se disponía a introducirse en la pampa acompañado por un destacamento de 25 hombres y el agente secreto Roberto Rodríguez.

—Vamos a tener que alterar nuestra ruta, señor Sotomayor —le dijo el capitán. Mi propósito era marchar directamente hasta Calama, donde toparíamos con el escuadrón de «Cazadores del Desierto» del mayor José María Soto. Ellos son los únicos que pueden franquearnos el paso hacia Pisagua. Pero acabo de recibir una orden que me obliga a pasar por Tocopilla antes de entrar en el desierto, para entrevistarme con el comandante de armas de ese puerto, mayor don Ramón Vidaurre Leal.

—Demorarán sólo un par de días más —reflexionó el delegado presidencial—. Apuren la marcha y podrán recuperarlos. Ustedes son hábiles.

El capitán de exploradores se encogió de hombros y montó en su mula rojiza. El agente Rodríguez ya estaba sobre la suya y el asistente Acosta terminaba de cruzar las alforjas sobre el lomo de uno de los burros de carga.

—¿Cómo? ¿Van ustedes tres solos? —inquirió asombrado el señor Sotomayor al observar que otro oficial había llegado a hacerse cargo del pelotón de granaderos.

—Los granaderos que manda mi general Escala al mayor Soto van a cruzar el desierto en línea recta, señor —explicó el capitán—. Nos reuniremos en cinco días más en Chacance y proseguiremos juntos el viaje hasta Calama. Bien, señor, ¿tiene usted algo especial que ordenarnos?

—Nada, capitán, salvo que sean prudentes.

—Gracias, señor Sotomayor. Hasta la vista —se despidió don Roberto Rodríguez y espoleó a su mula, siguiendo a la del capitán, que ya echaba a andar.

Los tres hombres y su tropilla de mulas enfilaron en dirección a

la pampa.

Todo el día 1.º y el 2 de agosto marcharon las mulas maquinalmente, subiendo y bajando cerros rojizos. Habiendo salido por la Portada de la Chimba, ascendieron el Cerro Moreno, pasaron por Mejillones y terminaron por internarse en el Llano de la Paciencia. Sorteando dunas, cruzando salares, deslizándose por los senderillos que corren por el fondo de las gargantas que dejan entre sí los cerros, fueron acercándose nuevamente a la costa. Comenzaba a anochecer cuando contemplaron desde lo alto el caserío de Tocopilla.

El comandante Vidaurre, requemado por el sol y con una sonrisa enorme asomando por entre una barba enmarañada, los recibió en la comandancia del cuartel de barro y piedras.

—Acomódense y descansen —dijo—, que buena falta les debe hacer.

Los tres hombres traían las piernas tullidas y las posaderas machacadas.

—Bien, mi comandante —dijo el capitán Rodríguez—. Estoy impaciente por saber para qué diablos me mandó usted a llamar.

El grueso militar se dejó caer sobre un cajón y, alzando las manos, exclamó:

—¡Ay, mi capitancito Rodríguez, no sabe usted cuánto lamento encomendarle esta misión! Pero ¿qué le vamos a hacer? El destino del militar es obedecer. De modo que va usted a tener que cargar con un par de sabañones.

Pese a su cansancio, el agente Rodríguez no pudo evitar reírse.

—¿Cargar con un par de sabañones? —inquirió divertido.

—Así los llamo yo, porque me pican como si lo fueran —respondió el comandante.

—¿Quiénes son esos sabañones y qué hay que hacer con ellos? —inquirió el capitán.

El mayor Vidaurre carraspeó unos instantes, y luego se explicó. El general Escala le había enviado en el *Cochrane* a dos agentes del servicio diplomático que tenían que cumplir una misión secreta en Tacna. Pero, para mayor disimulo de su labor, tendrían que ser introducidos en Bolivia primero. Desde allí descenderían a Tacna por la ruta de todos los viajeros bolivianos y haciéndose pasar como tales.

—¿Y a qué van a Tacna? —preguntó involuntariamente el capitán.

—¡Ésta sí que es buena! —exclamó campechanamente el mayor Vidaurre—. Lo único que falta es que yo también comience a divulgar las misiones que llevan los agentes diplomáticos. Como si no fueran bastantes las rabias que he pasado por lo lenguas largas que son esos señores de quienes estamos hablando.

Roberto Rodríguez, sintiendo despertarse su interés, le pidió mayores explicaciones.

—Usted verá —aclaró el comandante—. Cuando llegaron esos señores, les tenía una pieza en una casa de alojados, un lugar disimulado, discreto. Les advertí que les iba a hacer mandar la comida desde el Hotel Inglés, a fin de que no fueran vistos por los espías que pululan por todas partes. Pero no, señores. Ellos se empecinaron en que eran caballeros y tenían que comer en el hotel. Y ahí los tienen ustedes haciendo sobremesa con todos los marinos, mineros y aventureros que juegan y se emborrachan en el hotel.

—¿Quiénes son esos señores? —preguntó don Roberto.

—Me fueron enviados bajo los nombres de Félix Garmendia, el principal, y Tirapegui, su ayudante.

—¿Y usted quiere que yo me haga cargo de ese par de loros y los saque hasta la frontera boliviana? —terció fastidiado el capitán Rodríguez.

El comandante hizo ademán como de lavarse las manos.

—Ya le dije, capitancito —expresó socarrón—: lastimosamente tendrá que llevarlos usted hasta Calama. Allí el mayor José María Soto los pasará a Bolivia.

—Pero esos señores ya habrán dejado entrever quiénes son y adonde van, exponiéndonos a todos los de la expedición —protestó el agente secreto.

—¡Es claro que sí! —reconoció el comandante—. Me vine del hotel precisamente porque, hace un momento, cada vez que Tirapegui abría la boca era para decir alguna fanfarronada que delataba su condición de enviado confidencial del Gobierno chileno.

—Es preciso sacarlos de allí y llevarlos a dormir —decidió el capitán—. Además partiremos al alba.

—Si a usted se le ocurre cómo sacarlos de la tertulia y del traguito, capitán, hágalo —aceptó el jefe militar, riendo.

—¡Bah, no se me va a ocurrir! —exclamó el capitán—. Déjelos por cuenta mía, mi comandante. Vamos, Acosta.

Se dirigió a la puerta, seguido por el enteco ordenanza; pero antes de salir, se volvió al mayor Vidaurre:

—Vamos a traerlos al cuartel, mi comandante. Dé orden de que nos dejen entrar, sea cual fuere la condición en que lleguemos.

El comandante asintió y se quedó riendo hasta que la puerta se cerró tras los dos militares.

—Este capitancito Rodríguez es como su abuelo el guerrillero —comentó, palmeando una rodilla del agente secreto.

Este permaneció unos instantes silencioso y, de pronto, le preguntó:

—¿Cree usted, comandante Vidaurre, que podremos pasar hasta Pisagua?

—Guiados por el capitán, sí, mi amigo. Pero siempre que no baje la división Campero al desierto.

—¿La división boliviana? ¿Y por qué habría de bajar ahora si no lo ha hecho antes?

El comandante lo miró con los ojos entrecerrados y sentenció:

—La división Campero descenderá al desierto y lo cruzará hasta el mar, cuando termine el bloqueo de Iquique. Se unirá con las divisiones peruanas que están allí.

La gravedad con que hizo la afirmación dejó pensativo a don Roberto. Percibiéndolo, el militar se puso de pie y le ofreció un vaso.

—¿Un traguito de pisco mientras esperamos a sus compañeros? —propuso.

Durante media hora bebieron a pequeños sorbos y casi en silencio.

Estaban por terminar la botella, cuando sintieron los cascos de dos mulas que se acercaban y las voces inconfundibles del capitán y su asistente. Ambos se dirigieron a la puerta, y al abrirla los vieron llegar, tirando cada uno una mula.

—Marchemos, compañeros, marchemos a la lid —cantaban al entrar al cuadrilátero de la comandancia.

El comandante vio que sobre las mulas traían dos bultos cubiertos con sus mantas.

—¡Cumplida la misión, mi comandante! —expresó el capitán,

cuadrándose.

De dos zancadas el comandante estuvo entre las mulas. Tomó las mantas y las quitó de golpe.

—¡Demontres! —exclamó.

Cruzados sobre los pellones y desvanecidos estaban los dos agentes diplomáticos. Uno, de barba gris y unos cincuenta y cinco años, era el señor Garmendia. El otro, delgado, rubio, barbilampiño y de unos veintiocho años era el ayudante Tirapegui.

—Dormiditos, con las boquitas cerradas discretamente —comentó con expresión inocente el soldado Acosta.

—Pero ¿qué han hecho ustedes, salvajes? —bramó el comandante.

—Nada, mi comandante —respondió inocentemente el capitán —, solamente cortar por lo sano. Los mandamos llamar y ¡zas, un sopapo a cada uno! Y aquí los tiene usted, durmiendo para que mañana amanezcan bien descansados.

El veterano comandante no pudo contener más la risa.

—Bueno, usted se entenderá mañana con ellos, capitán —dijo riendo alegremente.

—¡Déjelos por mi cuenta, mi comandante! —aceptó el oficial—. Y ahora, a acostarlos, asistente; y enseguida, a preparar nuestras mulas y las de ellos. Don Roberto, mañana comienza la jornada dura.

El comandante y don Roberto Rodríguez volvieron a entrarse a la comandancia, mientras el capitán y su ordenanza conducían las mulas hacia la guardia. En el silencio de la noche se oían alegres sus voces cantando:

Marchemos, compañeros, marchemos a la lid;
pensad que la divisa es vencer o morir.

Aún no sonaba el toque de diana, pero el capitán Rodríguez estaba ya en pie. Soplándose las manos entumecidas, se encaminaba al cuarto que habían destinado a su compañero de viaje. Su ordenanza Gaspar Acosta había alineado ya las mulas y les acomodaba arreos y alforjas.

Don Roberto Rodríguez estaba listo. Vestía los avíos de desierto que le prestara el comandante Vidaurre: pantalón de montar embutido en botas gruesas, atadas con una correa fina bajo la rodilla, chaquetón grueso con faldones hasta medio muslo, fina manta de vicuña en torno al cuello y los hombros y sombrero alón de negro pelo de castor, sable curvo al costado, revólver al cinto y, cruzadas sobre el pecho, dos cananas con balas.

En el patio lo esperaban el baqueano Alvarado y el sargento Silva, guías del cuartel.

Con una sonrisa, el capitán Rodríguez se encaminó a la sala donde habían dejado a los dos enviados diplomáticos. A los pocos minutos, se los vio salir restregándose los ojos. En el bebedero de los caballos se hicieron su aseo matinal, urgidos por el jefe de los exploradores.

—¡Oh, capitán —protestaba el señor Garmendia, con el cabello chorreándole—, como no han traído nuestras valijas desde nuestro alojamiento, no tengo peine para ordenarme el cabello!

Acosta lo miró socarrón por debajo del vientre de una mula a la que acomodaba la cincha.

—Sus «valillas», como las llama usted —advirtió con tono burlesco—, están ya aquí, amarraítas. *Agora*, si su mercé quiere, yo le *pueo emprestar* una peineta de espinitas de pescao.

Los guías del cuartel largaron una carcajada.

—¿Qué es eso, insolente? —se encocoró el diplomático—. Me quejaré al comandante Vidaurre. —Y volviéndose al jefe de los exploradores, declaró—: Prohíbo que nos acompañe este soldado, capitán.

—No le haga caso, señor —dijo éste, conciliador—; es deslenguado, pero de buena índole. Además, es mi asistente, y no lo puedo dejar.

Se interrumpió al observar que el ayudante del diplomático se anudaba una ancha corbata plastrón.

—¡Señor Tirapegui, deje la corbata para otra oportunidad! —dijo en voz alta—. Tenemos que salir antes de la diana. Además, su plastrón, antes de dos horas de marcha, lo va a ahorcar más que la soga del verdugo.

El interpelado se volvió y respondió con tono atiplado:

—¿Pretende usted que me vista como empleado de circo, al

igual que usted? ¡No, señor, yo soy agente diplomático y…!

El capitán lo fulminó con una mirada:

—Señor Tirapegui, mientras yo esté al mando de este destacamento, usted no volverá a cometer la tontería de ir pregonando que es agente diplomático; ¿me oyó?

El comandante Vidaurre, que salió de su cuarto, alcanzó a escuchar al capitán Rodríguez. Se acercó inquiriendo el motivo de la disputa.

—No pasa nada, mi comandante —respondió el capitán—. Nos disponemos a partir.

Pero el señor Tirapegui no estaba dispuesto a dejarse atropellar.

—Sí pasa, señor comandante —dijo—. Estos soldados se creen los dueños del mundo y no respetan rangos ni jerarquías.

El comandante se quedó mirándolo, entre socarrón y compadecido.

—Mire, señor Tirapegui —dijo lentamente—, en el desierto su rango vale menos que la suela de mi zapato; saliendo de este cuartel se desvanece más rápido que este escupo. —Y uniendo la acción a la palabra, lanzó un escupitajo al suelo.

El agente diplomático se puso lívido. Iba a replicar indignado, pero el coman dante no lo permitió:

—Entiendan bien: el que manda hasta que sean ustedes entregados al mayor José María Soto, en Calama, es el capitán Manuel Rodríguez. Y el jefe de un destacamento en el desierto, como el capitán de un barco en el mar, tiene derecho de vida y muerte sobre sus hombres. ¿Listos, hum?…

A un gesto del capitán, todos se apegaron a las mulas en que cabalgarían.

—¡Destacamento, atención…, firm! —ordenó, y todos, hasta los dos diplomáticos, juntaron los talones—. ¡A ca… ballo!… ¡Atenciónnnn…, marcha de camino… aaarrrr!

La tropilla de mulas se puso en marcha, encabezada por las que montaban el baqueano Alvarado y el sargento Silva. Junto al capitán Rodríguez marchaba a pie el comandante Vidaurre, dándole instrucciones:

—Ahora, una última observación, capitán. Si el bloqueo de Iquique se mantiene, no encontrarán ustedes dificultad alguna, el terreno estará completamente despejado de enemigos. Las tropas

bolivianas están distribuidas en la siguiente forma, según nuestros informes: 3000 hombres de la división del general Campero, en Piedras Blancas, en la sierra, más allá del salar de Ascotán, y 3000 avanzados hasta Canchones, o sea, introducidos como una cuña en el desierto.

—Ubico sus posiciones, mi comandante.

—Bien, sabemos que esas tropas se mantendrán inmóviles mientras dure el bloqueo de Iquique, pero si se suspende o termina, el Perú completará su plan de avance hacia Tocopilla y Antofagasta. Para ello llamará a las tropas bolivianas hacia la costa. Juntas ambas fuerzas, avanzarán a través de la Pampa del Tamarugal y arrollarán a cuantos hombres se encuentren entre la cordillera y el mar. ¿Comprendido, capitán?

El jefe de los exploradores rió de buena gana ante la pregunta final.

—No es muy cómica la situación, ¿eh, mi comandante? —reflexionó, divertido.

—Absolutamente nada —reconoció Vidaurre—, y mucho menos si se piensa en que, tan pronto ustedes hayan pasado esos cerros amarillentos, nadie podrá darles aviso de ninguna especie.

Don Roberto Rodríguez intervino, preocupado:

—De modo que si se nos vienen encima las divisiones bolivianas…

—Tendrán que salvarse ustedes como Dios se los dé a entender —declaró el comandante—. O volviendo hacia Tocopilla o haciendo un hoyo en la arena y escondiéndose como topos.

—¡Las cosas que dice mi comandante! —rió el asistente Acosta —. Si nos enterramos cabeza abajo, no quedamos como topos, pus, mi comandante, sino como potos.

Una carcajada general sirvió para disipar la ligera tensión que había provocado la advertencia del comandante. Trasponían ya la entrada del cuartel.

—¡Alto! Hasta aquí llega mi amistad —dijo el mayor Vidaurre, a tiempo que en el cuartel una corneta comenzaba a tocar diana—. Hasta la vuelta, mis amigos. Me gustaría ir con ustedes, porque tengo el pálpito de que van a tener aventuras de esas que me gustan a mí, pero…, ¡en fin!, la suerte del militar es obedecer. Adiós, capitancito. Adiós, señor Tirapegui, y no acepte más trabajos en el

desierto; esto no es para usted.

Sin comprender la intención burlona del comandante, el ayudante admitió con sinceridad:

—Ya lo creo que no. Me volveré por vapor.

La tropilla se puso en movimiento. El capitán Rodríguez se llevó la diestra al borde del cucalón, saludando al comandante por última vez.

El comandante Vidaurre, parado a la entrada del cuartel, murmuraba para sí: «Buenos muchachos… Buenos muchachos estos…».

7

El transporte *Rímac* había sido capturado el 23 de julio por el *Huáscar* y la *Unión*. El 25 entraban los tres barcos a Arica, y una hora más tarde el almirante Grau sostenía una conferencia privada con el presidente Mariano Ignacio Prado y el comandante de la *Unión*, don Aureliano García y García. El jefe del *Huáscar* participó el hallazgo valiosísimo de una carta, entre los papeles encontrados en el barco chileno:

—Aunque el coronel Bulnes destruyó los documentos del *Rímac*, cayeron en nuestro poder el libro de bitácora y los papeles privados del capitán Gana y del capitán Pedro Lautrup. Entre éstos se encontraba la carta en la que se revela que desde Alemania, navega el vapor *Gleneg* con un valioso cargamento de armas para Chile: 16 cañones Krupp, 4000 fusiles y las municiones correspondientes. El viaje lo hará sin escalas, por el estrecho de Magallanes, como el vapor *Zena*, que ya debe haber llegado a Valparaíso, según la misma carta.

El presidente se quedó unos instantes pensativo. Se volvió al comandante de la *Unión* y le preguntó:

—Comandante, ¿está su nave en disposición de navegar hasta el estrecho de Magallanes?

—La *Unión* está en perfectas condiciones, Excelencia —respondió el interrogado—. Me bastará con repletarla de carbón y víveres, y estaré en disposición de zarpar.

—Pues lo hará tan pronto como termine de abastecerla. ¿Puede ser mañana?

—Será mañana. Excelencia.

—Bien, comandante García. Navegue usted hasta el estrecho y apodérese de ese barco alemán, como sea. Tráigalo capturado hasta

Arica, y si no puede hacerlo, húndalo sin pensarlo dos veces.

El comandante de la *Unión* saludó, pidiendo autorización para retirarse.

Después de que se marchó, el presidente Prado se paseó de un extremo a otro de su despacho. Estaba visiblemente nervioso.

—¿Qué ocurre, Excelencia? —preguntó el almirante.

El mandatario cesó en su paseo:

—Hemos vuelto a unir el cable submarino, roto por los chilenos cuando intentaron atacar el Callao, y al restablecer nuestras comunicaciones, se nos ha proporcionado una noticia que es como una brasa ardiente.

—¿De qué se trata, Excelencia?

—El blindado *Cochrane* ha sufrido desperfectos que lo obligaron a entrar a remolque en Caldera, donde está inmovilizado.

El almirante enarcó las cejas y los ojos le brillaron.

—Es la oportunidad que esperábamos, almirante —prosiguió el general Prado—. Todo se conjuga para proporcionarnos los medios en el momento preciso.

—¿Cómo así, Excelencia?

En voz baja, el presidente explicó al jefe del *Huáscar* que ya estaban en Arica los técnicos norteamericanos especialistas en torpedos. Scott y Schetzer eran secundados por un griego, que servía de maquinista de las lanchas torpedos, y un negro de la Comunidad Británica, que preparaba las cargas explosivas. Coordinados con los otros dos norteamericanos que habían estado trabajando en lo mismo en Iquique, habían logrado dejar listas en ese puerto dos lanchas torpedos, las que serían proyectadas contra el blindado *Blanco* o la cañonera *Magallanes* en cualquier momento.

—¿Y cuántas lanchas torpedos tienen preparadas en Arica, Excelencia? —le interrumpió el almirante.

—Dos más; dos de 30 pies de largo, un blindaje de media pulgada y una velocidad de diez nudos.

—¡Hum, creo adivinar sus planes, Excelencia! —declaró sonriendo el marino—. ¿Cuándo quiere usted que zarpe con las dos lanchas torpedos que hay en Arica para destruir al *Cochrane*, en Caldera?

—Espere, espere usted, almirante. —El presidente se atropellaba

al hablar, enardecido por su plan—. En Iquique lanzan los torpedos contra el *Blanco Encalada*… Usted zarpa esta noche a Caldera, donde está el *Cochrane*. Se le acerca de noche y, con la primera luz del alba, le lanza las dos lanchas torpedos, haciéndolo volar. Destruidos los dos acorazados chilenos, somos dueños del mar e impedimos que Chile envíe tropas al norte; en cambio, nosotros hacemos descender las nuestras hasta Iquique, nos reunimos allí con los bolivianos y caemos sobre Antofagasta. ¿Quién puede impedirlo?… ¿Y quién podrá detener después nuestra marcha hacia el sur, hasta Santiago?…

—¡Basta, basta, Excelencia! —lo atajó el almirante—. Las quimeras en la guerra dañan. Estudiemos el asunto desde el principio. Veamos. La *Unión* partirá a Magallanes mañana 26 de julio. Yo zarparé con el *Huáscar* hacia Caldera el 27. Llegaré a ese punto en la noche del 30. Aguardaré hasta el alba del 31 y torpedearé al *Cochrane* inmovilizado. ¿Exacto?

—Exacto.

El almirante Grau se detuvo. Desde ese instante dejaba de exponer las ideas del presidente para exponer el plan que él había madurado en esos minutos.

—Destruido el *Cochrane*, regresaré a Iquique, donde estaré al alba del 2 de agosto. Permaneceré a 30 millas de la costa hasta el crepúsculo. A esa hora, digamos a las 7 en punto de la tarde, los torpedistas norteamericanos deben lanzar sus proyectiles contra el *Blanco Encalada* y la *Magallanes*. Ordénelo usted así por el cable, Excelencia. Yo, al oír las explosiones, lanzaré al *Huáscar* a toda máquina al interior de la bahía y remataré a cañonazos y espolonazos las dos naves enemigas, tomando prisioneros a todos sus jefes.

El general Prado se quedó boquiabierto. Aunque acostumbrado a los golpes de audacia del almirante, éste lo deslumbraba.

—¡Magnífico, almirante! —fue todo lo que atinó a decir—. Ha redondeado usted el plan como no lo habría hecho nadie. Venga, anotemos las fechas y horas.

Se sentó a su escritorio y, tomando la pluma, miró al almirante en espera de que le dictara. Éste expresó:

—El 31 de julio, al alba, torpedearé al *Cochrane* en Caldera, y el

2 de agosto, al crepúsculo, deberán ser perforados el *Blanco* y la *Magallanes* y el *Huáscar* entrará a rematarlos para despejar el puerto de Iquique.

Un error de apreciación alteró el audaz proyecto de Grau: el *Cochrane* no estaba averiado; había entrado a remolque al puerto solamente por falta de carbón. Pero fue rápidamente provisto de combustible y prosiguió viaje hacia Coquimbo.

Cuando al alba del 31 de julio el *Huáscar* asomó en la bahía de Caldera, flotaba allí sólo el transporte *Lamar*. El almirante Grau no quiso malgastar sus torpedos y, violentamente irritado, decidió seguir hasta Coquimbo para encontrar al *Cochrane*. Pero una súbita y formidable tempestad se desencadenó desde el norte y cogiendo al monitor por la popa lo lanzó hacia el sur, amenazando con hundirlo si persistía en seguir navegando en ese rumbo.

—¡Maldita tempestad! —bramaba el almirante—. ¡En qué mal momento ha venido a estallar!

Pronto se hizo notorio que sería imposible mantener el rumbo al sur. La nave encabuzaba de tal manera, que en cualquier momento podría irse de proa al fondo.

—Tampoco podemos virar sin riesgo de dar vuelta de campana, señor —advirtió al almirante el comandante Otoy.

—Prosigamos hacia el sur, en espera de que la tempestad amaine un poco —ordeno Grau—. Tan pronto cedan la marejada y el viento, vire y ponga proa al norte.

Aquel obstáculo imprevisto había bastado para desbaratar el plan del almirante Grau. La tempestad haría derivar al *Huáscar* varios grados hacia el sur, y cuando le fuera posible remontar hacia el norte, no alcanzaría a llegar a Iquique el 2 de agosto, al crepúsculo, momento en que se dispararían sobre el *Blanco* y la *Magallanes* los torpedos norteamericanos.

El 2 de agosto amaneció el mar calmado. El comandante del *Blanco* lo registró así en el libro de bitácora. Pero, al mismo tiempo, anotó: «Hace 19 días que no tenemos comunicación con Antofagasta o con el Gobierno».

El contralmirante Williams estaba frenético. Aquella misma mañana, los comandantes Latorre y Sánchez, de la *Magallanes* y el *Abtao*, respectivamente, fueron citados a la cámara del *Blanco*. Trasbordaron en los momentos en que entraba en la bahía el vapor *Limarí*.

—Después iré a conversar con el comandante del *Limarí* —dijo el contralmirante, y entró inmediatamente en materia—: Los he llamado para una conferencia muy breve. ¿Hicieron el inventario de víveres que les ordené?

Los dos comandantes asintieron.

—¿Cómo anda de provisiones la *Magallanes*, comandante Latorre?

—Reduciendo las raciones, dispondremos de víveres para unos ocho días, señor almirante —contestó Latorre.

—¿Y el *Abtao*, comandante Sánchez?

—A ración de hambre, apenas alcanzaremos a cinco días, señor.

—¿Y el *Blanco*, comandante López? —preguntó el contralmirante, haciendo esfuerzos para contener su exasperación.

—Quince días, señor.

—¡Ocho días!… ¡Cinco días!… ¡Quince días! —No pudiendo contenerse más, el jefe de la escuadra dejó caer ambos puños—: ¡Maldición de Dios! No basta el peligro de los torpedos que están instalando allí esos gringos bellacos, no basta la falta de carbón para movilizar los barcos…, ¡ahora vamos a morirnos de hambre, manteniendo este bloqueo estúpido!

Sus subalternos estaban mudos, observándolo con respetuosa comprensión.

—Repartiéndonos los víveres alcanzaremos a mantenernos ocho días —razonó el contralmirante—. Precisamos dos días para llegar hasta Antofagasta. En consecuencia, nos quedan seis días disponibles para sustentar el bloqueo. Estamos a 2 de agosto. Si el 8 no hemos recibido provisiones o no nos han hecho volar los torpedos, levantaremos el bloqueo.

Es en el día preciso calculado por el almirante Grau para torpedear al *Blanco* y a la *Magallanes* desde la playa. Los técnicos norteamericanos esperaban en una caseta tras la isla del Faro, consultando cada cierto tiempo sus relojes. A las siete en punto debían lanzar las lanchas torpedos.

A la hora de almuerzo, el contralmirante Williams se transbordó al *Limarí* con la esperanza de encontrar allí algún mensaje de su Gobierno o de los conductores del ejército. Pero regresó a su barco sin noticia alguna. A las cuatro de la tarde, el sordo retumbar de una explosión lo hizo levantarse sobresaltado.

«Han torpedeado a alguno de mis buques», pensó, y salió a cubierta lo más rápidamente que pudo.

La oficialidad del *Blanco* estaba a babor, mientras el comandante López se comunicaba, por medio de un megáfono, con el *Abtao*.

—¡Estallaron las máquinas del *Abtao*, señor! —gritó el mayor Salamanca al contralmirante. Una nube de humo blanco se mantenía todavía sobre la chimenea de ese barco.

—¡Eso sólo nos faltaba! —exclamó desesperado el jefe de la escuadra—. Que un barco quedara paralizado. Ahora pueden hacerle impunemente la puntería con los torpedos de la playa.

—Es inútil luchar cuando la adversidad nos pone la proa, señor almirante —dijo roncamente el comandante López.

El jefe de la escuadra miró a los oficiales y vio en sus rostros tales muestras de cansancio y de desesperanza, que concluyó por decidirse.

—Mayor Salamanca —ordenó a su ayudante—, trasládese al *Limarí* y contrate el remolque del *Abtao* hasta Antofagasta.

Los oficiales clavaron sus ojos en él, comprendiendo la magnitud del paso que iba a dar.

—Comandante López —prosiguió—, ordene por señales a la *Magallanes* que levante presión y se disponga a seguir nuestras aguas. Zarpamos hacia el sur.

—¿Ponemos término al bloqueo? —preguntó tartamudeando el comandante.

—Sí, señor —afirmó el contralmirante, vencido—. Regístrelo en el libro de bitácora. Levantamos el bloqueo de Iquique hoy, 2 de agosto. Zarparemos a las seis de la tarde. Y llegando a Antofagasta presentaré mi renuncia indeclinable.

Poco antes de las seis, la primera división de la escuadra chilena se ponía en movimiento, dejando a los torpedistas norteamericanos con sus lanchas explosivas inútilmente preparadas.

El *Huáscar*, alejado por la tempestad del día anterior, no

alcanzó a llegar a la cita. Y en la medianoche del 2 al 3, cuando sus vigías anunciaron las luces de la flota chilena, que se cruzaba rumbo a Antofagasta, el monitor silenció sus máquinas y se deslizó furtivamente hacia el norte.

El almirante Grau probaba por primera vez el acíbar del fracaso.

El comandante Vidaurre miraba hacia el mar a través de unos anteojos de larga vista. No había podido dar crédito al aviso que le llevara uno de los centinelas de la costa, y había acudido a galope tendido hasta aquel elevado observatorio. Frente a Tocopilla cruzaban el *Blanco Encalada*, la *Magallanes* y el *Itata* remolcando al *Abtao*. La primera división de la escuadra chilena había levantado el bloqueo de Iquique.

—¿No es para sacarse la cabeza y patearla en el suelo? —barbotó furioso. Y luego, al recapacitar sobre las consecuencias que aquello tendría para la guerra, permitiendo el avance de las tropas aliadas sobre el desierto, musitó—: ¡Ay, mi capitancito Rodríguez, a usted y su destacamento se les va a poner la situación bien fiera!

Ignorante de la tormenta que desencadenaba, el contralmirante Williams fondeaba en Antofagasta el 4 de agosto e inmediatamente presentaba al ministro Santa María su renuncia:

> *Señor ministro:*
> *El mal estado de mi salud, reagravada últimamente por las malas noches y lo malsano del buque, me inhabilita por completo para continuar al mando de la escuadra. Por otra parte, distribuida ésta en dos divisiones formadas de un blindado y una corbeta, se hace innecesaria mi presencia y la de mi Estado Mayor a bordo, siendo más bien un inconveniente para la dirección y movilización de los buques por los directores de la guerra. Por estas consideraciones, ruego a usted que en virtud de las facultades que tiene, se sirva desembarcarme y poder así*

regresar al departamento a medicinarme. Dios guarde a usted.

JUAN WILLIAMS REBOLLEDO.

El ministro Santa María y el señor Sotomayor se miraron mutuamente.

—Ambos sabíamos que esto tenía que suceder —razonó finalmente el segundo—. Confiemos ahora en que este cambio nos traiga a la dirección de la escuadra a un marino que conduzca nuestros barcos a victorias rápidas.

—Luego…, ¿habrá que aceptarle la renuncia?

—Que lo decida el presidente con su Gabinete. Informemos por telégrafo a don Aníbal Pinto.

La respuesta llegó dos días más tarde, por intermedio del Ministerio de Guerra y Marina:

Señor contralmirante Juan Williams Rebolledo.
Agosto 5 de 1879 (2 P. M.).
En la primera oportunidad se vendrá usted a Santiago para dar explicaciones de sus actos, en especial de la suspensión del bloqueo de Iquique.

Aquello equivalía a una citación para ir a rendir cuentas ante un tribunal militar.

—Se acabó la gloria del contralmirante —resumió el ministro Santa María.

El jefe de la escuadra desembarcó el 16 de agosto en Valparaíso. El 17 se presentó al presidente de la república.

En el puerto de partida había quedado el blindado *Blanco Encalada* en deplorables condiciones, por haber mantenido sus fuegos encendidos durante cinco meses. Por la misma razón, el *Cochrane* navegaba rengueando hacia el golfo de Arauco para escoltar al *Gleneg*, y regresar enseguida a Valparaíso, donde debería ser metido al dique. El *Abtao* estaba con su maquinaria destruida; la
O'Higgins,
con sus fondos muy sucios y las calderas parchadas, y la

Covadonga, mandada siempre por Condell, surcaba los mares magallánicos tratando de llegar al estrecho antes de que la *Unión* sorprendiera al *Gleneg*, que traía armamentos para el ejército chileno. Tan sólo la *Magallanes* estaba en condiciones de luchar. En estas circunstancias, la campaña marítima, fracasada, debía interrumpirse.

8

Sin darse respiro, el destacamento del capitán Manuel Rodríguez se adentraba en el desierto, alejándose de todo socorro. A media tarde del 2 de agosto, los siete hombres almorzaban en el Cerro de la Posada, y asomaban, por fin, sobre el caserío de Quillagua a las diez de la noche.

Los agentes diplomáticos Garmendia y Tirapegui estaban deshechos; también don Roberto Rodríguez soportaba muy mal la travesía. Pero el comisionado Alvarado, el sargento Silva, el ordenanza Acosta y el capitán Rodríguez, habituados al desierto, conservaban todas sus fuerzas.

Después de desensillar las mulas, acomodaron mantas dentro de un cobertizo abandonado.

El comisionado logró encender la leña que había acumulado, y el aliento tibio de las llamas comenzó a hacer más tolerable el cobertizo.

El capitán se acercó al agente Rodríguez, tumbado junto a la hoguera.

—¿Cómo se siente, don Roberto? —le preguntó, solícito.

—Bien, capitán, no se preocupe por mí. Es la falta de entrenamiento. Usted comprende…, un mes en cama…

—Sí, sí. Bien, Acosta y yo vamos a platicar con el sargento a cargo de esta plaza. Es la última guarnición que encontraremos hasta toparnos con las avanzadas del comandante José María Soto, al otro lado de la Pampa del Tamarugal. Necesito que me informe sobre algún lugar donde podamos refugiarnos en el desierto cuando el calor se haga insoportable.

Echándose la manta sobre los hombros salió del cobertizo seguido por su ordenanza. A unos cien metros se divisaba el caserío

que servía de cuartel y poco más allá se adivinaban, diluidas en la noche, las míseras casas de Quillagua.

Pensando en la dura jornada que los esperaba, el capitán Rodríguez entró en la casucha donde tenía su cuartel el sargento que comandaba la guarnición de Quillagua. Era éste un hombre bajo y rechoncho, piel obscura y brillosa, y ojos achinados. Tomaba mate, sentado en un piso bajo, cuando el capitán se identificó.

—¿Dónde podremos encontrar un refugio, en medio de la pampa, durante las horas de mayor calor? —preguntó el jefe de los exploradores, luego de saludarle.

—¿Un paradero con arbolitos…, con una pila de agua como la de la plaza de armas de Santiago? —se burló el sargento, entre inocente y amargo.

Dejando caer hacia atrás la manta con que se envolvía, el capitán Rodríguez irguió su cuerpo fornido:

—Sargento, como me vuelva a hacer una bromita como ésta, lo tumbo de una bofetada —dijo entre dientes y luego le ordenó secamente—: ¡Atención…, firm!

El suboficial se puso de pie y se cuadró, manteniendo el mate en la diestra, mientras sus ojos se clavaban en las presillas del capitán, descubiertas al caer la manta.

—Respóndale ahora correctamente a su superior jerárquico —decía el capitán—. ¿Dónde podremos hacerle el quite al sol en medio del desierto?

—En ninguna parte, mi capitán.

—Pero tiene que haber algún pozo, so bruto.

—La aguada, no más.

—¿Qué aguada?

—La aguada, pus. Así no más se llama. Es un charco de donde se puede sacar, a veces, un poco de agua con barro.

—¿Cuál es la posición de esa aguada? Señálemela en el mapa.

De un bolsillo sacó la carta geográfica de la Pampa del Tamarugal y la extendió en el suelo. Ambos hombres se arrodillaron.

—Aquí está —dijo el sargento—, partiendo derecho de Quillagua hacia la Sierra de Moreno, pero inclinándose un poco hacia el sur. —Y añadió con leve sorna—: No hay cómo perderse, mi capitán.

El capitán frunció las cejas, limitándose a ordenarle:

—Haga que me den pienso para mis mulas y agua para rellenar los odres y caramayolas. Partiré con mi gente al clarear.

—A su orden.

—¿No ha sabido nada del comandante Soto? —preguntó el capitán, poniéndose de pie.

—Nada, mi capitán. Debe andar correteando a las avanzadas de la división Campero.

—¿Cuál es su parecer sobre la división Campero?

El suboficial volvió a encerrarse en sí mismo:

—No tengo *na* parecer, mi capitán. No soy *na* oficial *pa* tener parecer.

La tolerancia del jefe de los exploradores se acabó bruscamente. Cogiendo al sargento por los terciados, lo sacudió con brutalidad.

—Qué te *habís figurao*, roto *porfiao* —gritó, adoptando la manera de hablar del hombre del pueblo—. ¡Rotos como vos son los que traicionan a la patria!

—¡Mentira, mi capitán! —se defendió el sargento, asustado.

—¡O me *dai* ahora mismo los datos que te pido o te reviento la calabaza contra el suelo! —amenazó el explorador, al mismo tiempo que le ordenaba—: ¡Atención…, firm!

El sargento volvió a cuadrarse:

—Yo no traiciono a la patria, mi capitán. Estoy solo aquí, con dos *sordaos*, y lo más bien que me las aguanto. ¿Cómo andaría de humor *usté* si estuviera en mi pellejo?

El capitán, comprendiendo las razones de aquel hombre abandonado en el desierto, en el sitio de mayor peligro, se serenó y dulcificando el tono siguió preguntándole, ahora con cordialidad—: A ver, ñato, ¿qué sabes de las tropas enemigas que andan por el desierto? Ponte a discreción.

El acento fraternal del capitán venció la terquedad del sargento.

—Así sí, mi capitán —aprobó, y, pasando de su actitud negativa a otra de cooperación, le contó cuanto sabía—: *Pa* mí que se está trajinando algo allá arriba, *pasá* las quebrás, por el lado de Guatacondo, mi capitán. Eche una *aguaitá* al mapa.

Volvieron a desplegar la carta geográfica.

—Aquí estamos —indicó el sargento, posando su dedo en mitad de la Pampa del Tamarugal—. Guatacondo queda derecho sobre

nosotros, hacia el norte; es el camino obligado de los bolivianos *pa* cruzar hacia Iquique. ¿Ve? Bajan por aquí. Desde la frontera a los orígenes del Loa, *dei* a Guatacondo, Pica y, por fin, Iquique.

—Ajá. ¿Y qué te hace pensar que hay algo raro en Guatacondo?

—Pillé en el desierto a dos indios,

d'estos

vagabundos que andan robando por aquí y por allá. ¿Y sabe qué tenían? Andaban con calamorros de militar los dos príncipes.

—Te entiendo, calamorros del ejército boliviano. ¿Y de dónde venían esos indios?

—¡Chis! ¿De dónde iba a ser, pus, mi capitán? ¡De Guatacondo!

El capitán estiró la diestra al sargento.

—Te felicito, hombre. Bueno está saber que están llegando nuevos soldados a Guatacondo. Nosotros, que tenemos que llegar hasta Chiu Chiu para encontrarnos con el comandante Soto y regresar remontando el Loa, estaremos obligados a pasar por Guatacondo para tomar el camino de Pica y Pisagua.

El sargento silbó entre dientes, impresionado.

—¡Malhaya, mi capitán! —murmuró—. *Pa* mí que no llegan a Pisagua.

—Eso lo veremos —reflexionó el jefe de exploradores, y mientras se dirigía a la puerta, repitió—: Haz que me lleven la cebada para las mulas y el agua que necesito.

Todavía estaba obscuro cuando el pequeño destacamento se puso en marcha. A medida que ganaban terreno, el sol se iba haciendo más y más insoportable. Al mediodía, el señor Garmendia iba tumbado sobre el lomo de su mula. Su ayudante Tirapegui se quejaba como una parturienta.

Ahogados de calor y enceguecidos por la reflexión del sol en la arena salitrosa, asomaron finalmente, a la aguada, por lo alto de una duna.

—¡El agua!… ¡El agua! —exclamaron todos, y las mulas, sin que nadie las aguijoneara, aceleraron el paso.

—¡El agua por fin! —gritó el señor Tirapegui, cuando estuvieron junto al charco, e intentó abalanzarse sobre él.

Pero el comisionado Alvarado lo retuvo de los brazos.

—¡Suélteme, insolente! —protestaba el diplomático, luchando—. ¿Qué le pasa a usted, roto atrevido?…

—¡Nadie toca el agua hasta que yo lo ordene! —se oyó la voz del capitán—. Hay que sacarla con cuidado, sin moverla, para que no se mezcle con la borra salitrosa que hay en el Fondo. ¡Alvarado, sáquela usted y vaya dándola a beber a quienes yo le indique! ¡Tú, Acosta, clava la tienda al lado del charco!

—¿Podré mojarme un poco la cabeza, capitán? —suplicó el señor Garmendia.

—En un rato más, señor Garmendia. Primero, nos cobijaremos a la sombra de la tienda e iremos bebiendo el agua de a poco. Enseguida, nos refrescaremos y dormiremos hasta que se ponga el sol.

—¿Dormir con este calor?

—Tendremos que aprovechar la fresca de la noche para llegar hasta la Sierra de Moreno, cruzarla por el Portillo del Sarjaso y amanecer en El Pajonal o en Conchi. Por ahí deberemos toparnos con exploradores del comandante Soto.

A las siete de la tarde, el destacamento volvió a ponerse en camino. Después del calor vino el frío taladrante de la noche. Envueltos en las mantas, los expedicionarios se acurrucaban sobre sus mulas y avanzaban en silencio. Faltaban unas dos horas para el amanecer, cuando el comisionado Alvarado detuvo su cabalgadura y exclamó:

—El Pajonal, mi capitán.

Aunque el joven Tirapegui suplicó que se detuvieran allí y encendieran una fogata, el capitán dio orden de proseguir.

—¡Desmóntese y camine, Tirapegui! —dijo—. Así entrará en calor. Amaneceremos en Conchi.

Lentamente el frío fue amenguando y la marcha se hizo más soportable. De repente, uno de los burros de carga, después de unos rebuznos sonoros, intentó abalanzarse más allá de la cabeza de la columna.

El comisionado Alvarado, adelantado siempre, dio un grito desde la cima de un cerrillo cercano:

—¡El Loa, mi capitán!

Las mulas, arrastradas por el instinto, se pusieron a trotar, contorneando el promontorio que había servido de observatorio a Alvarado. Cuando asomaron al otro lado, todos pudieron ver una ancha raya obscura, vaga en el amanecer, que cruzaba por el fondo

de la garganta que dejaban los cerros.

—¡El Loa! ¡Magnífico! Hemos surgido precisamente donde yo esperaba —comentó el capitán, e indicó con la mano un punto imperceptible—. Allá está Conchi. Y unas leguas más al sur, Chiu Chiu, donde mantiene sus avanzadas el comandante Soto.

No terminaba de hablar cuando una detonación y el silbido de una bala les sacudió los nervios a todos. El proyectil dio a una decena de metros, y arrancó esquirlas de cascajo y una nubecilla de polvo amarillento.

—¡Todos al suelo! ¡Parapétense tras las bestias! —gritó el capitán.

Dos disparos más dieron en el cerro y luego se hizo silencio.

—¿Son los enemigos que nos están rodeando? —gimió el joven Tirapegui.

—¡Silencio, déjenme oír y mirar! —ordenó secamente el jefe del grupo.

En ese momento, el sargento Silva, que había quedado en el lugar más alto, gritó:

—¡Allá, mi capitán: un pelotón de jinetes asoma al galope!

En efecto, por el flanco derecho de un montículo alzado antes del río, había brotado un grupo de caballería que se acercaba en línea recta al galope cauteloso.

—¡Son chilenos, mi capitán! —exclamó el ordenanza—. ¡Son del «Cazadores del Desierto»!

Un suspiro de alivio brotó de todos los pechos. El joven Tirapegui se puso de rodillas.

—¡Dios santo, qué suerte! —exclamaba—. ¡Miren qué bien galopan!

—¡Agáchese, tonto! —lo contuvo el capitán—. ¡Comisionado, agite la banderola tricolor en la punta de su lanza!

Minutos más tarde se había establecido el contacto. El capitán Rodríguez, acompañado por don Roberto, se separó unos metros para platicar con el jefe del pelotón de jinetes, que era el propio comandante José María Soto. Alto, anchísimo de pecho, de barba negra y enmarañada, hablaba con el gracejo ladino y paternal del terrateniente autóctono.

—Casi nos damos de cornadas, amigazo Rodríguez —rió al escuchar la versión del capitán sobre la ruta que habían traído—.

Anoche *mesmo* nosotros anduvimos cateando la laucha por la Sierra de Moreno, y si los llegamos a topar en la *escuridá*, les metemos bala como
qui'ay
Dio, pus, mi señor.

—¡Caramba, mi comandante Soto, que anda vivo el ojo usted! Ya ni se para a preguntar quién vive.

—¿Qué hacerle, capitán? Tengo allá arriba al general Campero con 3000 bolivianos —aclaró el comandante, señalando la cordillera próxima—. Y mis cazadores son apenas 300 distribuidos desde Calama hasta aquí. Uno no se puede andar con cortesía, mis amigos. Y el comando en jefe que ni siquiera me manda unos anteojos de larga vista. Fíjense ustedes que…

Un lejano toque de corneta le cortó el rezongo. Sin preocuparse de sus interlocutores, se trepó a la ceja de tierra que había servido de parapeto a los recién llegados.

Un jinete avanzaba a todo correr.

—Un mensajero que viene de nuestro campamento —tranquilizó el comandante.

Un breve rato después, el mensajero informaba que una patrulla había capturado a un indio que insistía en hablar con el comandante de la plaza.

El mayor Soto gruñó una blasfemia y dio orden de montar. Tres cuartos de su pelotón quedó allí para seguir patrullando la sierra y el último cuarto marchó escoltando al comandante hasta Conchi.

Ya en el pequeño poblado, se encargó a un sargento proporcionar alojamiento a los diplomáticos, y el capitán Rodríguez y el agente secreto siguieron al mayor Soto a la casucha habilitada como comandancia de campaña. Allí, custodiado por los cazadores, estaba el indio capturado. El comandante lo midió con una mirada penetrante.

—Suéltenlo y pásenme el rebenque —ordenó a los custodios.

Pero el supuesto indio se le acercó y dijo en voz baja:

—No, comandante Soto: soy chileno también.

—¡Chileno!

—Es preciso que me escuche en privado —siguió diciendo el prisionero.

El comandante hizo una seña a los soldados y cerró la puerta

tras ellos.

—¿Quién es usted, compatriota? —preguntó al enigmático sujeto.

—No puedo revelárselo —respondió éste—. Bástele con saber que soy del servicio secreto.

Don Roberto se adelantó vivamente interesado.

—El capitán Rodríguez y yo también pertenecemos al servicio secreto —dijo desconfiado—. ¿Cómo es que no lo conocemos?

—He actuado en otras regiones —explicó el hombre—. Pero vean estos documentos. —Y hurgándose bajo la camisa sacó dos papeles muy doblados, que alargó al comandante.

Éste se los pasó a don Roberto, sin mirarlos, y siguió preguntándole:

—¿De dónde viene usted?

—De Tacna, comandante. Traigo un mensaje confidencial de mi jefe, El Profesor, para el general en jefe, don Justo Arteaga.

El señor Rodríguez dio un respingo. Acababa de reconocer la letra de don Abelardo Núñez en los documentos cifrados que había entregado el hombre.

—Puede usted confiar en él, comandante —dijo al mayor Soto.

—Bueno, debo advertirle que viene usted atrasado de noticias, amigazo —advirtió el jefe de los «Cazadores del Desierto», al enviado de El Profesor—. El general Arteaga ya no es general en jefe.

—¿No? ¿Pues, quién es, entonces?

—El general Erasmo Escala.

—Da lo mismo. Tengo que llevarle unas informaciones importantísimas. El Profesor y yo realizamos en Lima, Callao, Tacna y Arica una investigación muy prolija sobre el poder militar y naval del Perú y Bolivia. Pero cuando nos disponíamos a embarcarnos hacia Antofagasta, mi jefe fue sorprendido. Milagrosamente logró entregarme los documentos y ordenarme que hiciera la travesía por tierra hasta las líneas chilenas, y enseguida desapareció, con la esperanza de embarcarse hacia el Ecuador.

—¿Lograría salvarse? —preguntó Roberto Rodríguez.

—No lo sé. Lo que sí puedo asegurar es que si no nos damos prisa en desaparecer de este lugar, las informaciones que llevo no llegan a Antofagasta.

—¿Por qué dice usted eso, señor? —saltó el comandante Soto.

—Porque las columnas de tropas bolivianas están atravesando la sierra hacia la costa.

La revelación conmovió a todos.

—¿Está usted seguro? —dijo el capitán Rodríguez.

—Apenas alcancé a pasar, señores —aclaró el agente—, cuando comenzaron a desfilar batallones y batallones de infantes bolivianos. Iban directamente hacia Guatacondo.

—¡La división Campero se decidió a marchar hacia la costa para unirse a las tropas peruanas! —reflexionó roncamente el comandante del «Cazadores del Desierto».

—¡Bajó la división Campero! —repitió el capitán Rodríguez—. Señores, esto significa que la escuadra chilena ha levantado el bloqueo de Iquique. Era lo que esperaban los aliados para concentrar sus tropas en ese puerto y lanzarse sobre Tocopilla y Antofagasta.

En la casucha de cañas donde se celebró la reunión con el agente secreto que llevó la noticia, hubo mucho ajetreo desde aquel momento. Varios exploradores de los «Cazadores del Desierto» salieron a desparramar la alarma entre los pelotones que patrullaban zonas próximas, llevándoles la orden de replegarse sobre Conchi. El comandante Soto se dispuso a enfrentar virilmente los hechos que vinieran.

Hasta los dos agentes diplomáticos encararon los acontecimientos con entereza.

—Yo no soy soldado, comandante —dijo el señor Garmendia al mayor Soto—, pero tengo una misión que cumplir. Debo llegar a Tacna; no sé cómo, pero debo llegar a Tacna.

—Se trata nada menos que de la paz o la guerra con Bolivia, señores —reveló impulsivamente su ayudante.

—¡Señor Tirapegui! —intentó acallarlo el diplomático, pero ya el joven había cometido su infidencia. El señor Garmendia no tuvo más remedio que confesarse—. Es verdad, nuestra comisión es llegar a Tacna y conseguir que el presidente de Bolivia, general Hilarión Daza, dé cumplimiento a las promesas que hizo a nuestro

Gobierno por intermedio de don Gabriel René Moreno, o sea, que acepte la paz por separado.

Para nadie fue una sorpresa, salvo para el agente llegado de Tacna.

—¿Eran ustedes entonces los diplomáticos que esperábamos El Profesor y yo? —exclamó—. ¡Por Dios, señores, cómo pudieron tardar tanto! Ahora es imposible que crucen hasta Tacna.

—¿Es realmente imposible cruzar hacia el norte, comandante Soto? —inquirió ansiosamente don Roberto Rodríguez.

El comandante se revolvió en su asiento.

—¡Imposible!… Imposible es una palabra muy gorda —masculló —. Si la división Campero se está estableciendo en Guatacondo, sus líneas están cortando el desierto en dos. No se puede pasar.

—Pues yo tengo que pasar por alguna parte, comandante — insistió Roberto Rodríguez—. Ya le he contado que dos agentes nuestras, dos mujeres, tienen sus vidas pendientes de que el capitán Rodríguez y yo logremos llegar a Pisagua.

—¿Y volver después a cruzar las líneas de Campero? —comentó asombrado el mayor Soto—. ¡Oh, no!

—Espere usted —prosiguió Rodríguez—. Nuestras instrucciones son…, eran las de subir hasta Arica y ponernos bajo las órdenes de El Profesor.

—El Profesor ha tenido que huir a Guayaquil —intervino el agente recién llegado—, pero regresará a Tacna; regresará sin duda.

El comandante Soto alzó ambas manos para imponer silencio y declaró:

—Caballeros, escúchenme. Hacer subir hacia al norte a los señores Tirapegui y Garmendia, pasándolos por el interior de Bolivia, es realizable; tengo medios para introducirlos en el Altiplano mezclados con indios amigos que los llevarán hasta Oruro, para hacerlos llegar después a Tacna. Pero que usted y sus hombres, capitán Rodríguez, puedan cruzar el desierto hasta Pisagua, me parece una locura.

—¡Tenemos que pasar, comandante! —porfió el señor Rodríguez.

El capitán se acercó al agente llegado de Tacna y le preguntó:

—¿Podría usted indicarme en qué lugar y a qué hora cruzó la división Campero?

—Por supuesto, capitán. Venga usted al mapa.

En uno de los muros había un mapa del desierto, arrebatado a los bolivianos. El espía indicó un punto en la cadena oriental de la cordillera, a la altura del paralelo 21.

—Descendí por las quebradas de Majala y Cautinisca —dijo— y cruzaba la Quebrada Blanca cuando divisé la cabeza de la columna boliviana que asomaba en los picachos del Collahuasi Grande.

—¿Qué altura tiene ese monte, comandante Soto? —preguntó el capitán.

—4200 a 4500 metros.

El capitán se volvió hacia el agente venido de Tacna.

—¿A qué hora divisó a las tropas de Campero? —indagó.

—Serían las seis de la tarde de ayer.

—A las seis estaban en la cumbre —calculó el capitán—. Habrán descendido hasta las siete y media, hora en que obscurece.

—Los guías no marchan de noche por la sierra —aprobó el comandante.

—Alcanzarían a bajar unos dos mil metros —siguió calculando el jefe de los exploradores—. Podemos deducir que acamparon a media montaña. Junto con la aurora de hoy se habrán puesto nuevamente en marcha. ¿Qué hora es?

—Las siete y media —indicó don Roberto.

—Hace dos horas que están marchando —argumentó el capitán —. Les debe faltar muy poco para llegar a la base de las montañas y pronto empezarán a caminar por el desierto hacia Guatacondo. Comandante Soto, dígame usted: ¿cuánto es el mínimo de tiempo que podemos demorar en llegar a Guatacondo en mulas frescas?

—¡Oh, no, no, capitán, no se acrimine usted! —protestó el comandante—. Ellos están a una distancia diez veces menor que ustedes y cruzarían antes por ese pueblo.

—Intentemos pasar por algún punto más cercano a la costa — propuso don Roberto, interviniendo.

—¡Eso es! —aprobó el capitán—. Cruzaremos por el caserío de Challacollo, al sur de Pica. El comandante se rascó la cabeza greñuda.

—¡Es un disparate! —dijo—. Ellos llegarán antes o al mismo tiempo que ustedes.

—Las tropas van a pie y lentamente —razonó el jefe de los

exploradores—; quizás podamos tomarles ventaja y crucemos por Challacollo antes. Si lo conseguimos, nada nos impedirá entrar en Pica y seguir a Huara, Negreiros y Pisagua.

El comandante movía la cabeza, reprobando.

—Hay que intentarlo, comandante —insistió el agente Rodríguez —. Si vemos que los bolivianos se nos han anticipado, ¡qué diablos!, regresamos al sur.

—¿A pie? —exclamó el mayor Soto, y aclaró—: Porque las mulas van a llegar reventadas. ¡No, no, mi amigazo! Si no logran pasar, están fritos.

—Nos arriesgaremos —decidió el capitán Rodríguez.

—Entonces, vengan conmigo. También hay que preparar el viaje de estos dos caballeros al Altiplano; y el repliegue de mis hombres a Calama.

Cuando estuvieron todos los equipos atados sobre las bestias, el comandante intentó por última vez disuadir al capitán.

—Aquí, entre los dos, capitán Rodríguez —le dijo en voz baja—, yo no iría. Van a tener que cruzar la parte más fea del Tamarugal, donde no hay una yerbecita ni para alimentar a un canario.

El capitán se limitó a sonreír y siguió acomodando los aperos de su cabalgadura.

—Está bien —dijo el comandante—. Partan entonces y chicoteen sin parar. Pasen de un salto hasta la aguada de Challipor; descansen allí las mulas, denles un baño, carguen toda el agua que puedan y lárguense al desierto. Tienen que cruzar el Tamarugal en la parte más ancha, en diagonal, hasta Tambillo Alto: una casucha de piedra que está sobre un cerro solitario de 1100 metros de alto.

—¡Ojalá aguanten las mulas! —acotó el capitán.

—Si llegan hasta ahí, todo va bien —prosiguió el comandante—. De Tambillo Alto vuelven a entrar en pleno desierto, hasta la quebrada de Sipuca. De ahí se irán bordeando las quebradas de Pistala de Mani, la Honda y la de Pintados. En ese punto entran al último tramo de desierto y cortan hacia el norte, hasta Challacollo. ¡Y que el dios de la arena los proteja, niños!

—Gracias, mi comandante —respondió el capitán—. Cuando vuelva de Pisagua le voy a traer de regalo una cholita para que no esté tan sombrío en estos peladeros.

—Le cobraré la palabra, capitancito —sonrió el jefe de los

«Cazadores del Desierto»—. Ahora ¡andando y buena suerte!

Obedeciendo las indicaciones del mayor Soto, marcharon todo lo más rápidamente que pudieron, hasta las once de la mañana. A esa hora llegaron a la aguada de Challipor, donde bañaron las mulas y se proveyeron de agua. De común acuerdo, determinaron que el comisionado Alvarado se separara para ir en exploración por los faldeos de la cordillera hasta el cerro Sapunta, desde cuya cima podría observar si los bolivianos estaban cruzando ya el desierto. Los otros tres expedicionarios se metieron al desierto, divergiendo de la ruta del comisionado en un ángulo de 45.º. Entonces la marcha comenzó a ser difícil. Caminaban por una planicie lisa como una mesa, en cuya arena suelta y reseca las mulas hundían sus patas hasta los corvejones. El trabajo que las bestias tenían que realizar para dar cada tranco imprimía a sus jinetes un balanceo endiablado, que afectaba especialmente a don Roberto Rodríguez.

El sol, a plomo sobre las cabezas, rebotaba en el arenal, haciendo el aire irrespirable.

Pasaban junto al cerro Sichal, cuando el capitán se dio cuenta de que el agente Rodríguez cerraba los ojos, en un esfuerzo desesperado.

—¿Se siente bien, señor Rodríguez? —preguntó, alarmado.

El convaleciente abrió los ojos y trató de sonreír.

—Sí, sí —respondió—; no se preocupe por mí, capitán. Voy algo mareado, nada más.

El capitán desmontó y se acercó al agente.

—Vamos a tomar una pequeña precaución, don Roberto. Permítame.

—¿Descansaremos un poco?

—No, señor. Detenernos en mitad de esta pampa sería morir achicharrados. Voy a atarle los pies por debajo de la barriga de la mula para que no se nos caiga, don Roberto. No podremos irnos deteniendo muy a menudo.

—Comprendo —reconoció el afectado—. Quiere usted llegar conmigo hasta el final, aunque vaya desmayado.

El capitán no respondió. Cuando hubo terminado de atar las piernas del señor Rodríguez, volvió a montar.

—Vamos a seguir trotando hasta Tambillo Alto —dijo—; allí descansaremos hasta que se nos junte Alvarado. Calculo que en

unas tres horas llegaremos a ese punto. ¡Arre, rucia, arre!

Don Roberto Rodríguez, zarandeado por el trote de la mula, fue perdiendo la noción de las cosas. Entre las brumas de la inconsciencia, le pareció que la tropilla se detenía y que el capitán le ataba también las manos al cuello del animal.

Promediaba la tarde cuando arribaron a Tambillo Alto. Una casucha de piedras sobrepuestas, construida en una época remota por los «chasquis» de los incas que cruzaron el arenal portando los mensajes imperiales, constituía el Tambillo. Algunos mineros previsores habían colocado tablones y latas de tarros de aceite extendidas sobre los muros, a modo de parasol. En torno a la casucha se inclinaban algunos tamarugos, el arbusto del desierto, sin flor y sin savia.

Comenzaba a obscurecer cuando se les juntó el comisionado Alvarado. Llegó a pie.

—La mula se me rindió en la cruzada desde Sapunta —explicó, sentándose con el dorso apoyado a un muro. Y viendo a don Roberto Rodríguez tendido en el suelo, envuelto en una manta y con los ojos cerrados, preguntó—: ¿Está muerto el caballero?

—No, solamente agotado, enfermo —respondió el capitán, y, después de dejarlo tomar aliento, lo interrogó—. ¿Cuáles son sus informes, comisionado?

—La división Campero está bajando desde Bolivia por la Cuchilla, entre el Salar de Carcote y el Salar de Oyahue. Me aventuré hasta el caserío de Los Orígenes y allí supe por los indios que ya había pasado el grueso de la columna boliviana, la que se estiraba por la Laguna Seca de Seuchis hacia Guatacondo.

—¿Cree usted que alcanzaremos a pasar antes de que ellos ocupen ese lugar?

El baqueano vaciló, se rascó la sucia pelambrera, y terminó por decir:

—Alcanzaríamos… *galopiando* mucho… y si no se nos descarga la ventolera.

El capitán y su asistente prestaron atención al silbido del viento, cada vez más bronco.

—¿Tempestad?… —preguntó el primero.

—Y *pa* mí que va a ser de esas que lo *regüelven too*, mi capitán —afirmó el guía.

El jefe de los exploradores se quedó un momento pensativo.

—¿Cuánto es lo menos que echaremos hasta Challacollo, baqueano? —preguntó, por último.

—*Güeno*…, con las mulas *cansás*…, con el caballero enfermo… —calculó el comisionado—, en unas cuatro horas más podemos ir entrando a Challacollo, mi capitán —concluyó.

El jefe de la expedición se puso de pie.

—Partamos —dijo—. Acosta, vuelve a atar los pies del señor Rodríguez.

—A la orden, mi capitán. Venga, don Roberto, yo lo ayudo.

Con solícito cuidado, el ordenanza apoyó al agente hasta la mula.

Entretanto, el comisionado dijo al jefe, en voz baja:

—Mi capitán, el caballero no nos va a duraren medio de la ventolera. Si se aturde, se ahoga con la arena arremoliná.

—Peor será si nos quedamos aquí —replicó el oficial—. No nos queda más salida que cruzar al norte antes que las tropas bolivianas.

Luego se cercioró de que los otros dos viajeros estaban listos y dio orden de reemprender la marcha.

El ciclón que azotó la Pampa del Tamarugal aquel 3 de agosto de 1879 tuvo desastrosas consecuencias en los territorios de Tarapacá y Atacama. La arena, levantada por remolinos de viento, ascendía en embudos zumbadores que alcanzaban cuarenta o cincuenta metros de altura. El aire era irrespirable por la fuerza del viento y por los cristales de caliche desmenuzado.

La fuerza máxima de la tormenta se descargó cuando bordeaban el Salar de Llámara. El comisionado Alvarado se desmontó y fue atando las mulas mediante largas cuerdas. Luego les cubrió las cabezas con las mantas, las que dejó colgar por delante de los hocicos.

Había obscurecido y dentro de aquella vorágine de viento, arena y caliche las mulas marchaban a ciegas. El cielo invisible se desgarraba en relámpagos fulgurantes que el capitán Rodríguez aprovechaba para consultar su brújula.

Hacía unas dos horas que marchaban, cuando, al observar su brújula, el capitán creyó descubrir algo anormal.

¡Parece que vamos desviándonos hacia el este, Alvarado! —gritó

al guía.

El baqueano le respondió a gritos que iban por la buena senda.

¡Derecho, derecho llegaremos a Challacollo prontito! —agregó.

La sombra contusa de la mula que cargaba al agente secreto distrajo al oficial de su sospecha.

—¡Vigila a don Roberto, Acosta! —recomendó a su ordenanza.

—¡Va *desmayao*, pero no se me muere, mi capi! —respondió éste animosamente—. Lo voy «cateando» a cada rato.

Prosiguieron caminando a ciegas, confiados en el instinto del baqueano y en su conocimiento de la pampa. Pero el capitán miraba cada vez con mayor frecuencia la esfera de su brújula. Pronto comprobó que en lugar de marchar en la dirección norte que marcaba la aguja, derivaban hacia el nordeste.

—¡Comisionado! —gritó al guía—. Juraría que nos vamos desviando hacia el este. Vamos a caer en medio de las tropas bolivianas en Guatacondo.

—¡Vamos bien, mi capitán, vamos bien! —replicó el guía—. Llegaremos a Challacollo. En media hora más estaremos en nuestro destino. ¡Sigamos, no más!

Repechaban una loma, cuando el asistente Acosta aparejó su mula a la del capitán y gritó:

—Mi capitán, ¿no sería *güeno* que nos desmontáramos en alguna quebrada por aquí? Creo que don Roberto no va *na* de bien.

La voz del ordenanza inquietó al oficial. Echó una mirada a la bestia en que venía el agente secreto y vio las manos y los pies del caballero colgando laxos. En ese momento llegaban a lo alto de una loma y ante ellos se abría lo que supuso una quebrada profunda. Pensó dar satisfacción al pedido de su subalterno, pero, suponiendo que Challacollo no podía estar lejos, se negó.

—No podemos detenernos —dijo—. Por aquí, al frente nuestro, a corta distancia debe estar…

Se quedó atónito. Bajo el nivel en que ellos se hallaban, a menos de cincuenta metros, se divisaban unas fogatas, a través de la cortina polvorienta que tendía el viento.

—¡Alvarado! ¿Qué es eso? ¿Casas o un campamento? —alcanzó a decir, cuando vio al guía girar precipitadamente su mula, intentando retroceder.

—¡Estamos frente a Guatacondo, mi capitán!

Una descarga de fusilería lo abatió junto con su bestia.

El capitán y su ordenanza se arrojaron de las monturas y cubriéndose con el cuerpo de sus animales, los cogieron de las bridas y los hicieron girar en redondo.

—¡Metámonos detrás de la quebrada antes de que venga un relámpago y nos alumbre! —ordenó el oficial.

—¡Arre! ¡Muévete, porfiá! —azuzaba Acosta a la mula, mientras tiraba de la que cargaba a don Roberto Rodríguez.

Afortunadamente no se produjeron relámpagos y la obscuridad los cubrió hasta que descendieron la loma. Una nueva sucesión de disparos les avisó que los bolivianos o seguían disparando sobre el comisionado y su bestia caídos o comenzaban a perseguirlos.

—¡Hacia la izquierda! —indicaba el capitán—. Tenemos que bordear este pueblo condenado por el oeste.

—¿Y el comisionado Alvarado, mi capitán?

—Se perdió por testarudo. ¡Vamos, vamos! ¡Corramos hacia el oeste, antes de que nos denuncien los relámpagos!

Saltando junto a las bestias, resbalando en el descenso o hundiéndose en la arena, los dos exploradores lograron sacar la tropilla fuera de la zona de peligro.

Fuera del zumbar de la tormenta, no se oía ruido alguno, lo que les indicó que los bolivianos no se habían atrevido a perseguirlos en medio del ciclón.

Después de una desesperada carrera en torno del campamento de Guatacondo, se detuvieron a tomar alientos.

—Parece que ya dejamos atrás el caserío, mi capitán —dijo jadeando el asistente.

—Sí, sí; así parece —reconoció el oficial, semiahogado por el esfuerzo—. Ahora tenemos que alejarnos lo más que podamos antes de que aclare o cese la tormenta.

Siguieron caminando al lado de las mulas, porque éstas daban muestras de agotamiento. Repentinamente, el ordenanza Acosta tropezó y cayó de rodillas.

—No doy más, mi capitán —confesó el soldado—. Y el señor Rodríguez parece que viene muerto sobre su bestia.

—¡Adelante! ¡Adelante! —lo animó el oficial, ayudándolo a alzarse—. Ya pasamos lo peor. Pero tenemos que alejarnos algo más hacia el norte, para sentirnos seguros.

—Ya no doy más, mi capitancito —suplicó Acosta—. Descansemos un ratito.

—Descansaremos en una hora más. Aún estamos al alcance de los bolivianos. ¡Vamos, en marcha! Camina adelante, y, ¡ay si te detienes, porque te arreo a chicotazos! ¡Adelante, caráspita…, y cantando! Canta el himno de los «Cazadores del Desierto». ¡Ya, cantando!

La tropilla volvió a ponerse en movimiento. Gaspar Acosta, con los dedos engarfiados a los pellones de su mula, siguió andando como un borracho. La voz de su capitán le daba ánimos para seguir:

—Marchemos, compañeros,
marchemos a la lid;
pensad que la
divisa es vencer o morir.

Contagiado por aquella fortaleza; el soldado comenzó a marchar; su voz, temblona por la fatiga, se unió a la de su superior:

—Por sobre los ardientes
senderos de la pampa,
osados y valientes,
los cazadores marchan.

Así, a las dos de la madrugada del 4 de agosto seguían marchando junto a sus animales extenuados. El agente Rodríguez iba atado al lomo de su mula, quizás moribundo. Poco después de las tres comenzó a aflojar el viento, y a las cinco y media salió un sol rojizo. A su luz, los exploradores pudieron divisar una meta. Por entre los remolinos del viento, que soplaba ya sin furia, asomaba la mancha verde obscura de los naranjales de Pica.

Con los belfos resoplantes y los ijares como fuelles, las mulas alcanzaron el oasis; llegaron junto al agua, y allí se derrumbaron, con los hocicos hundidos en el estanque. Capitán y ordenanza cayeron junto a ellas, imitándolas.

Calmada la sed, el capitán soltó las cuerdas que sostenían al agente Rodríguez sobre una mula, y lo dejó deslizarse al suelo. Enseguida lo arrastró hasta el estanque y le sumergió la cabeza en el agua; retirándolo al momento, lo dejó tendido de espaldas. El

caballero se agitó débilmente y se quejó muy quedo. Afirmándole la cabeza en una de sus rodillas, el oficial le fue vaciado sorbos de agua en la boca. Minutos más tarde, el agente volvía en sí.

—¡Dios santo, qué mal me siento! —musitó, antes de abrir los ojos. Al levantar los párpados y reconocer al capitán, intentó incorporarse, sin lograrlo—. Capitán, hemos fracasado, ¿verdad?

—¡Cómo que hemos fracasado! —exclamó Manuel Rodríguez—. Hemos tenido una suerte loca. ¡Ánimo, don Roberto, todo anda maravillosamente bien! Ya verá usted cómo llegamos sin novedad a Pisagua.

9

En aquellos mismos días, las renuncias del contralmirante Williams y del comandante general de marina creaban un grave problema al Gobierno. Aun cuando sus voceros hacían cuanto les era posible por evitar que el pueblo se enterase del desorden producido en la directiva de la guerra, los diarios propalaban alarmados que los barcos *Gleneg* y *Genovese*, que traían armas y vestuario para el ejército, corrían peligro de caer en poder de la escuadra peruana, y que las tropas bolivianas avanzaban por el desierto.

Don Aníbal Pinto se encerraba en su gabinete de trabajo, tratando de huir a la influencia de la agitación exterior. Sin ministros, se apoyaba en la opinión de su hijo José María, capitán del regimiento «Esmeralda».

—Tenemos que hacernos los sordos un corto tiempo, hasta que logremos enderezar nuevamente esta barca —oponía a la nerviosidad con que el joven oficial le advertía que el pueblo comenzaba a cargar contra él—. ¿No comprendes que si yo pierdo también la serenidad, todo se va a abismo?

Había mandado a llamar urgentemente a don Domingo Santa María, para que le organizara un nuevo Ministerio. Entretanto, nombraba nuevo jefe de la escuadra al capitán de navío Galvarino Riveros.

—Debe usted entregar un acorazado al capitán Latorre, padre —insistía su hijo, haciéndose eco de la opinión pública—. Mientras no se dé oportunidad a los jóvenes y capaces, todo será errar.

—Todo por orden, hijo; no hay que precipitarse —oponía el presidente—. Ya he escrito a Rafael Sotomayor, ordenándole que celebre un consejo de guerra con los comandantes de todos los

buques de la escuadra, a fin de someterles la siguiente cuestión: Si conviene reanudar el bloqueo de Iquique, o es preferible que la escuadra salga a perseguir a los buques peruanos.

Mirando el asunto desde el punto de vista militar, José María Pinto opinaba receloso:

—Si no se hace entrar en acción a los soldados, va a venir un levantamiento.

—¿Crees, acaso, que no lo temo? Recapacita sobre esto: tenemos en Antofagasta cerca de once mil hombres; llevan cinco meses en la inmovilidad. Hemos comenzado a repartirlos por la pampa en zonas cercanas al mar. Pero ahora van a comenzar los calores en el norte. ¿Qué efectos pueden surtir sobre tropas acampadas en forma rudimentaria, privadas de comidas frescas, invadidas por las enfermedades venéreas? ¿Y sabes que las arcas fiscales están casi vacías…, que por miseria no podremos mantener un ejército inmovilizado muchos meses más? Y a mí me grita ese pueblo de las calles, exigiéndome acción. ¿No sabré yo que si nuestro ejército no entra pronto en territorio enemigo, se nos muere de hambre en Antofagasta?

Enervado por tan sombrío panorama, el presidente se había puesto de pie y terminó su exposición paseando agitadamente. Su hijo lo contemplaba en respetuoso silencio.

—Perdón, señor —le dijo al cabo de un rato—. Pero…, es que traigo zumbándome en los oídos las interrogantes que se repiten a cada momento en el regimiento «Esmeralda».

—¿No están bien en San Felipe?

—Oh, no es eso. El pueblo entero se desvive por atendernos. Las niñas sanfelipeñas nos tejen calcetines de lana, chombas…, las señoras cosen escapularios para nosotros, y las jovencitas nos los colocan al cuello entre suspiros. No hay oficial que no tenga una novia dispuesta a llorar por él cuando partamos a embarcarnos al norte. Pero ¿cuándo vamos a partir? ¿Cuándo?…

El presidente posó una mano sobre un hombro del capitán.

—Tan pronto sea posible —dijo cariñosamente, y prometió—: Deja que organice el nuevo Gabinete y que lleguen el *Gleneg* y el *Genovese* con fusiles, municiones y uniformes, y te prometo que el primer regimiento que mande al norte será el «Esmeralda».

En Antofagasta, don Rafael Sotomayor, obedeciendo al presidente, había reunido en consejo de guerra a todos los comandantes de naves de la escuadra. Su rostro estaba desencajado cuando subió a bordo de la *Magallanes*, guiado por el capitán Juan José Latorre.

—Lastimosamente, no se ha exagerado, señor Sotomayor —le confirmaba el comandante de la cañonera, mostrándole los barcos en la bahía—, los buques están en un estado calamitoso.

El *Abtao* estaba con sus fuegos apagados y no podría navegar hasta que se le cambiaran las máquinas. La *O'Higgins* había llegado a Valparaíso con sus calderas tan parchadas, que el vapor se le escapaba por centenares de orificios. La *Chacabuco* padecía el mismo mal, y tendría que trasladarse a Valparaíso para entrar al dique.

—Pero los blindados…, los blindados son los que me alarman —insistía el señor Sotomayor—. El Gobierno creía que, cuando menos, el *Blanco*…

—Error profundo, don Rafael —lo desengañó el comandante Latorre—. El *Blanco* está con sus tuberías rotas y tan obstruidas como las del *Cochrane*. Este último no podrá volver desde Valparaíso hasta que lo reparen, y el *Blanco* temo que ni siquiera podrá zarpar de Antofagasta para ir a Valparaíso a entrar al dique. Resumiendo, señor Sotomayor, actualmente sólo disponemos de la *Magallanes*, la *Covadonga*, que mantiene Condell en el sur, y los transportes *Itata*, *Copiapó* y *Amazonas*, artillados a la ligera.

Era imposible practicar cualquiera de los dos planes propuestos por el presidente: reanudar el bloqueo de Iquique, o salir en crucero a cazar al *Huáscar*.

—Mientras nuestros buques no sean reparados, la campaña marítima tendrá que ser meramente defensiva. Y demos gracias al cielo si, durante esta estagnación, Grau y los suyos no se aprovechan para aplastarnos —concluyó el comandante Latorre.

El señor Sotomayor regresó a tierra profundamente deprimido. Pero aquella noche misma, en Antofagasta, en su cerebro comenzó a

tomar cuerpo un pensamiento: si no se podía proseguir la campaña marítima, se iniciaría inmediatamente la campaña terrestre. Había que darse prisa, había que anticiparse al ataque de los aliados, que se sabía inminente.

Efectivamente. El presidente del Perú daba en aquellos días los últimos toques a un plan para aplastar de un solo golpe a los chilenos. Por medio del *Huáscar*, el *Chalaco* y el *Rímac*, capturado hacía unos días, había hecho transportar dos mil soldados de la división Bustamante a Iquique y Arica, al mismo tiempo que impartía el aviso al general boliviano Campero de que cruzara con su división por el desierto en ruta al primer puerto nombrado. Al mismo tiempo, planeaba el más audaz ataque naval. El *Huáscar* entraría de noche en la bahía de Antofagasta y se confundiría con los barcos mercantes al ancla allí, tratando de acercarse cuanto le fuera posible a los blindados chilenos. Al surgir el alba, dispararía sobre el acorazado más cercano todos los torpedos de que ahora disponía, de modo de tener la certeza de hundirlo, e inmediatamente saldría a mar abierto, manteniéndose en vigilancia desde una distancia prudente. Entretanto, el *Oroya*, a su máximo andar, llevaría la noticia a Iquique, desde donde el general Buendía la transmitiría por telégrafo a Arica. Conocida esta información por el general Prado, éste haría salir al momento al acorazado *Manco Cápac*, remolcado por un transporte, ya que sus máquinas no le permitían navegar por sí mismo. Este monitor, pesada tortuga, inerte pero peligrosa por el grueso calibre de sus cañones, respaldaría al *Huáscar* y al *Oroya* en la más definitiva de sus acciones: intimar la rendición de la guarnición de Antofagasta.

—¿Y si no se rinden? —había preguntado el almirante Grau, al exponérsele el plan.

—Bombardeará usted Antofagasta con las baterías de los tres barcos hasta destruir todos los buques enemigos y destrozar las máquinas resacadoras de agua —respondió el presidente del Perú. Y agregó—: Tiene usted carta blanca para proceder, cuidando de hacer el mayor daño posible y dejar el campo despejado para que avancen nuestras tropas desde el desierto y desde Iquique.

El almirante Grau se embarcó sintiendo sobre sus espaldas la responsabilidad de aquella empresa. De su éxito dependía el resultado de toda la campaña. En su mente resonaban las últimas

palabras del general Prado.

—Venza usted en Antofagasta y habremos ganado la guerra. Chile tendrá que doblar las rodillas.

Veinte horas más tarde, el *Huáscar* entraba a Pisagua y se inmovilizaba en la estrecha bahía, manteniendo sus fuegos encendidos. Un cañón de la costa lo saludó con un tiro y poco después una banda militar comenzó a tocar en la playa, rindiéndole homenaje.

Leonora Latorre y Elcira presenciaron el entusiasmo con que el pueblo de Pisagua celebró la aparición del glorioso buque.

Aunque la mayoría de los evacuados de Iquique habían regresado a ese puerto, Leonora y Elcira consiguieron quedarse en la escuelita parroquial en compañía de cuatro familias iquiqueñas que decidieron permanecer en Pisagua. Los hombres y dos de las mujeres salían a trabajar en el puerto. Leonora pudo guardar su incógnito permaneciendo en la escuela con las otras dos mujeres, cuidando de los numerosos niños de las familias.

Pero la tarde en que apareció el *Huáscar*, la agente estaba en la puerta con Elcira; al sentir el cañonazo de saludo y, luego, el vocerío de la multitud en la playa, descuidó la prudencia y marchó con Elcira hasta la orilla del mar. Confundidas con la multitud pudieron ver al *Huáscar*, escoltado por el *Oroya*, y a dos vapores de la Compañía Inglesa, el *Ilo* y el *Colombia*. Absorta en la contemplación del monitor, la agente secreta olvidó el significado que tenía para ella el vapor *Colombia*. Descuidadamente fue introduciéndose entre la pequeña muchedumbre de civiles que se empinaba para observar a la banda militar que tocaba en la playa.

Tal como las dos mujeres, otro grupo de personas que tenían el mismo interés de pasar inadvertidas se enteró de la inesperada aparición del *Huáscar*. Eran el capitán Manuel Rodríguez, su asistente Acosta y Roberto Rodríguez, que habían logrado entrar en Pisagua durante la noche anterior. Refugiados entre los muros de un antiguo pesebre, al pie del contrafuerte rocoso que espaldea el puerto, pudieron descansar durante las últimas horas de la noche y las primeras de la mañana. Y seguramente habrían seguido

tumbados en aquel maloliente lugar, de no haber oídos las demostraciones con que se recibió al monitor. Entonces el capitán Rodríguez se levantó, y encargando a su ordenanza que no abandonara ni un instante al señor Rodríguez, que dormía pesadamente, bajó, cortando las cuatro calles paralelas al mar, que componían el pueblo, hasta la playa. Sucio, con las ropas en lastimoso estado y el cabello apelmazado por la arena y el sudor, podía pasar por uno de los vagabundos arrieros de la pampa. Moviéndose como quien se siente arrastrado a un espectáculo sin tener interés en él, se mezcló con la multitud.

La curiosidad de la gente no duró mucho. Lentamente, comentando entre ellos, los grupos fueron diseminándose. Cuando la multitud perdió cohesión, Leonora pensó en salir rápidamente de allí. Empujando de un brazo a Elcira se deslizó por entre la gente. Pero en ese instante, una voz nasal de extranjero sonó a metros de ellas:

—¡Eh!… *Hey, you…*

Impensadamente, Elcira y Leonora volvieron los ojos hacia donde se oía la voz y se quedaron heladas. Era el marinero inglés del vapor *Colombia* que llevara hacía unas semanas la carta de la agente para las autoridades militares chilenas de Antofagasta. Haciendo grandes aspavientos con los brazos, el marinero pugnaba por acercarse.

Leonora, tirando a su compañera de una manga, musitó:

—¡Agáchate y desaparezcamos por entre la gente!

La idea de que el navegante aparecía con el propósito de cobrarle el servicio que le hiciera, la espantó. Encogida bajo su manto negro, comenzó a escabullirse por entre los grupos, buscando desaparecer por la primera callejuela.

Pero su gesto había sido evidente para el marinero.

—¡Hey, chilena! ¿Dónde vas, chilena? —comenzó a gritar.

Aquella revelación provocó una reacción instantánea en la gente que se movía en el puerto. Arremolinados en torno al inglés, hombres y mujeres quisieron participar en la persecución de la enemiga.

—¡Es de seguro una espía! —gritó alguien.

—¡Hay que hallarla como sea! —vociferó otro.

Unos diez hombres y varias mujeres se pusieron junto al

marinero y marcharon a su lado, siguiendo la dirección en que él las había visto desaparecer.

—Son dos chilenas. Yo sabiéndolo —afirmaba el inglés.

Pronto se hicieron presentes dos suboficiales militares del servicio de la policía provisional del ejército en campaña. Notificados por el marinero de la causa del alboroto, tomaron la dirección de la búsqueda.

Leonora y su acompañante habían logrado abandonar la playa y meterse por una de las calles tendidas entre el mar y los cerros. Elcira había pensado escabullirse había las cocinerías militares, donde trabajaba, pero la agente le hizo ver que lo primero que revelaría el inglés sería que las había conocido allí. Echaron a correr hacia la escuela parroquial, donde se alojaban.

El capitán Rodríguez, que estaba cerca del marinero cuando éste denunció la presencia de las chilenas, comprendió que no podían ser otras que las que había venido a rescatar con Roberto Rodríguez. Con este pensamiento, se mantuvo pegado a los talones del tripulante del *Colombia*, escuchando cuanto decía. Gracias a esto oyó la declaración que hizo a los policías militares de que una de las dos chilenas la había conocido atendiendo una de las cocinerías que había a uno de los costados de la plaza. El grupo de perseguidores se encaminó hacia aquel lugar. Ubicada la fonda en que trabajaba Elcira, no fue difícil determinar su identidad.

—Esa mujer vive en la escuela parroquial y es iquiqueña —afirmó el encargado de la cocinería—. Llegó a Pisagua con la poblada que huyó de Iquique cuando la escuadra enemiga cañoneó ese puerto.

La información sembró la duda en el ánimo de algunos. Pero los policías determinaron proseguir la investigación.

El marinero inglés, pasado el primer arrebato de irritación, no quería seguir mezclándose en un asunto que le podía acarrear una grave complicación con las autoridades de su barco. Su negativa a continuar la cacería con los policías degeneró en una violenta disputa; finalmente tuvo que marchar con ellos.

Los minutos perdidos en la discusión sirvieron al capitán Rodríguez. Desprendiéndose del grupo en cuanto supo que las dos mujeres se alojaban en la escuela parroquial, fue buscándola, preguntando a distintas personas. Jadeando llegó a la modestísima

casa que en otros tiempos sirvió de escuela. En el patio exterior encontró a dos mujeres rodeadas por varios chiquillos zarrapastrosos. El oficial se detuvo vacilante. ¿Serían las agentes? No, no era posible. La edad y la suciedad de las mujeres las descartaban como agentes del servicio secreto. No existía habilidad humana capaz de crear disfraces así. Fingiendo el tono arrastrado de los serranos del desierto, dijo a una de las mujeres:

—Vengo para hablar con una señora de Iquique que trabaja en las cocinas del ejército, pues. ¿Me puedes decir si vive aquí, señora?

—¡Ah, es la señora Elcira, por cierto! —contestó la interrogada, e indicándole una de las habitaciones de la escuela, agregó—: Ahorita no más acaba de entrar allí con su sobrina.

El capitán cruzó el patio, y se detuvo en la puerta de la habitación. Encandilado por la luz externa, no vio nada dentro del cuarto. Pero cuando sus ojos se acomodaron a la penumbra, divisó dos bultos en el rincón más lejano. Desde la puerta preguntó con un sonsonete tonto:

—¿La señora Elcira?…

Nadie respondió, por lo que añadió:

—Soy un amigo.

Uno de los bultos avanzó cautelosamente hasta colocarse a unos cinco pasos del supuesto arriero.

—¿Qué quiere usted? —dijo con hosquedad.

El capitán creyó distinguir en la pregunta de la mujer el típico acento de los chilenos, pese a que afectaba la manera de hablar de los peruanos: aquello lo decidió.

—Busco a la señorita Leonora Latorre —declaró en voz baja—. ¡Rápido, por favor; respóndame dónde está!

La mujer se volvió lentamente hacia el fondo de la sala donde el segundo bulto se había puesto de pie, a tiempo que preguntaba:

—¿Quién es usted?

El rostro de mujer que emergió de la penumbra, aunque sucio y requemado por el sol, no dejaba lugar a dudas.

—Soy un oficial chileno y vengo a sacarlas de aquí —confesó el capitán con alegría.

—¡Un chileno! ¡Gracias a Dios! —exclamó la joven.

—No dé gracias tan anticipadamente, señorita —advirtió el capitán—. Hay que desaparecer de Pisagua. La policía militar y un

marinero inglés, que fue el que las denunció, junto con un grupo de individuos del pueblo, deben estar por llegar aquí. ¿Hay una salida trasera?

—Sí, la puerta falsa —apuntó Elcira.

—Pues salgamos a escape por ella. No recojan nada, no hay tiempo. ¡Vamos!

Apresuradamente cruzaron hasta el ángulo más obscuro de la habitación y salieron a un patiecillo interior que se extendía hasta la calle de atrás de la parroquia.

—Mi asistente y don Roberto Rodríguez, a quien usted conoce, señorita Latorre —explicó el capitán a la agente—, están en un escondite cercano al comienzo del camino que sube a la pampa.

—¡Don Roberto Rodríguez! —exclamó Leonora—. Pero si lo mataron en Iquique.

—No, señorita. Está vivo y nos espera. Yo las acompañaré hasta el camino que sube a la pampa. Enseguida regresaré en busca de mis compañeros y las mulas y les daremos alcance, para huir hasta la quebrada del Tiliviche, donde deliberaremos sobre la ruta que seguiremos.

Las dos chilenas asintieron y aceleraron el paso.

Minutos más tarde, el capitán las dejaba trepando el difícil repecho, y regresaba al pesebre donde estaban sus compañeros. Al entrar se dio cuenta de que ellos también habían tomado conocimiento de la algarabía surgida en la playa, puesto que don Roberto lo esperaba inquieto y Acosta había ensillado las mulas.

—¿Qué ha ocurrido, capitán? —preguntó Rodríguez, ansiosamente—. Pensamos que lo habían descubierto.

En breves palabras el oficial les explicó el hallazgo de las dos chilenas y terminó preguntándole:

—¿Está usted en disposición de emprender otra travesía difícil, don Roberto?

—Vuelvan a atarme por debajo del vientre de la mula, por si me desmayo, y seguiré hasta donde sea preciso.

Sin pérdida de tiempo montaron y enfilaron hacia el camino de subida a la pampa.

Desde las calles del pueblo llegaban voces alborotadas. La certeza de que pronto grupos de investigadores llegarían a cubrir el nacimiento del camino por donde el los debían ascender, y que era

el único que permitía salir del pueblo, los hizo talonear a las bestias, obligándolas a tomar el trote.

Afortunadamente la senda estaba despejada. Alzando la mirada, divisaron arriba, a medio camino, los bultos obscuros de las dos mujeres que ascendían encorvadas.

—Las van a distinguir desde el pueblo si no nos apresuramos a confundirlas entre nosotros, como si formáramos una tropilla de arrieros —afirmó el jefe de exploradores, y volviéndose a don Roberto le recomendó—: Aférrese lo mejor que pueda a las bridas y a las crines de su mula. ¿Listos?

Comenzaron a sacudir rebencazos sobre las ancas de las bestias, hasta alcanzar a las dos mujeres, que se habían detenido extenuadas.

—¡Rápido, rápido! Hay que seguir —ordenó el oficial—. Ya han dado la alarma en el pueblo.

Leonora se apoyó en la mula que montaba su antiguo compañero de misiones de espionaje.

—¡Don Roberto, qué alegría volver a verlo! —exclamó.

El caballero no pudo responderle. Los padecimientos de los últimos días lo mantenían en un estado de hipersensibilidad que no podía controlar.

—Después podrán entregarse a las efusiones, señorita —intervino el capitán—. Ahora hay que desaparecer cuanto antes de esta región. Mientras no nos hundamos en la quebrada de Tiliviche no podremos considerarnos fuera de peligro. ¡Acosta, cede tu mula a las señoras! Tú y yo iremos turnándonos en la mía.

El ordenanza saltó al suelo y tomando a Leonora de la cintura la sentó en los pellones de su bestia.

—*Agora*, usted al anca, suegra —dijo a Elcira, y le puso una de sus rodillas como pisadera.

Quince minutos más tarde, la pequeña caravana llegaba al filo del acantilado que domina Pisagua. Frente a ella estaban el caserío de Hospicio, paradero indispensable para que tomaran alientos los viajeros que ascendían del puerto. Sin detenerse lo bordearon y siguieron avanzando hacia el norte, en busca de la quebrada de Tiliviche.

Sólo entonces el capitán Rodríguez respiró más tranquilo. La pampa, con su infinito entrecruzarse de senderos, quebradas y

dunas, era un laberinto donde difícilmente podrían ser encontrados. Tendrían que defenderse sólo de cuatro enemigos: el cansancio, el sol, la sed y el hambre.

Entretanto, el *Huáscar* cortaba las olas en su marcha hacia el sur. Saliendo de Pisagua se internó en el mar y disminuyendo la velocidad dejó que el *Oroya* se alejara en busca del vapor *Colombia*, que debía esperarlo frente a Paposo.

El almirante Grau, preparándose para la durísima tarea de los días venideros, y para dar tiempo a que los dos oficiales peruanos que viajaban en el *Colombia* levantaran croquis con la posición de los barcos chilenos en Antofagasta, detuvo el andar del monitor a cuarenta millas de la costa y dio descanso a la tripulación, compuesta ahora, en su mayor parte, por marineros ingleses.

Pero el propósito que había nacido en el cerebro de Rafael Sotomayor, de comenzar lo antes posible la campaña terrestre, iba a alterar el plan tan minuciosamente acordado por el almirante peruano y el general Prado.

Aquel mismo día, Sotomayor, de acuerdo con el comandante del *Blanco*, capitán Esteban López, y el comandante de la *Magallanes*, capitán Juan José Latorre, hacían zarpar hacia el norte los dos barcos. Navegando apegadas a tierra, las naves fueron remontando el litoral a paso lerdo para que una comisión seleccionada por Sotomayor pudiera tomar notas de los repliegues y accidentes de la costa. Formaban esa comisión el comandante general de la artillería, coronel Velásquez, el coronel de infantería Luis Arteaga y los jefes del Estado Mayor Baldomero Dublé Almeyda. Emilio Gana y Roberto Souper.

Habían embarcado en el *Blanco* creyendo que se los llevaba a un inoportuno reconocimiento de la costa, de modo que, cuando Sotomayor les reveló que proyectaba una inmediata invasión de Tarapacá, se quedaron desconcertados.

—Pero ¿cómo? No basta proponérselo… Nada se ha hecho — terminó por objetar el general Velásquez.

—Aunque a ustedes les parezca fantasía, señores —expuso serenamente Sotomayor—, la campaña terrestre se ha estado

preparando.

—¿Quién la ha estado preparando? —inquirió, incrédulo, el jefe de la artillería.

—Yo, general Velásquez —confesó el delegado de Gobierno—. Yo, con la cooperación de hombres de mi confianza. Seguro de que el Gobierno tendrá que llegar al convencimiento de que la iniciación del ataque por tierra es nuestra única esperanza, me he apresurado a trazar las líneas indispensables para organizar la invasión. El resto lo harán ustedes, que son los entendidos.

Los jefes militares se miraron unos a otros.

—Perdón, señor Sotomayor —dijo uno de ellos—, pero ¿comprende usted que la campaña por tierra exige el paso de un ejército de 10 000 a 15 000 hombres a través del desierto?

—Lo he pensado.

—¿Y que ese ejército tendrá que llevarlo todo, hasta el agua para beber?

—Ha sido nuestra primera preocupación, coronel —respondió Sotomayor—. Hemos hecho transportar agua hasta desde el sur de Chile. Los transportes que han estado viajando a Antofagasta han traído, en lugar de arena de lastre, agua. Sí, señores, odres con agua, en vez de arena. Y al vapor *Santa Lucía* lo hemos convertido en una máquina de destilación; estará anclado siempre en la caleta más cercana al punto donde acampe el ejército.

El asombro de los jefes iba en aumento.

—Pero esto parece cosa de cuento —comentó el coronel Souper.

Borrada la impresión escéptica del comienzo, Sotomayor pudo explicar las medidas que había tomado. El Gobierno había comprado el vapor *Toro*, el que fue convertido en un «buque-aguador», en algo así como un gran barril lleno de agua dulce, y, para mayor abundamiento, el ingeniero Federico Stuven partió a Valparaíso a comprar una lancha cisterna para auxiliar al *Toro* en aquella labor. Por último, la Comandancia General de Marina había enviado bombas del sistema Northon, que permitían sacar agua de cualquier pozo excavado en terreno húmedo, las que serían transportadas junto con las cocinas del ejército.

—Y para acarrear el agua al interior —concluyó el delegado del Gobierno—, se están preparando carretones estanques y se han

confeccionado odres chicos y grandes, que serán cargados por cuerpos especiales de aguadores que irán tras cada regimiento.

—Pero no sólo agua precisa un ejército para emprender una campaña a lugares lejanos de sus bases —argumentó el coronel Velásquez, no del todo convencido todavía.

—Los víveres serán distribuidos usando el mismo sistema del agua —aclaró Sotomayor—; así como también las municiones. Este asunto está resuelto ya por el delegado de la Intendencia General del Ejército, don Máximo Lira, señores.

Los militares volvieron a mirarse entre sí. Máximo Lira era también un civil.

—¡Caramba! Todo está resuelto, al parecer —comentó el coronel Souper, con leve malicia, y agregó—: Bueno, ya que nos está resultando usted poco menos que un mago, señor Sotomayor, díganos cuáles son sus planes para iniciar la campaña.

El delegado del Gobierno pasó por alto la chispa de ironía que había siempre en el tratamiento que le daban los militares. Manteniéndose apegado a su idea principal, siguió explicando su proyecto.

El punto más intrincado era encontrar el modo más rápido y menos arriesgado para desembarcar en algún punto cercano a Iquique. Tres expertos estaban estudiando el problema. El capitán Patricio Lynch construía una lancha plana, decidido a demostrar que era el medio más rápido. El comandante Domingo Toro Herrera proponía una balsa sustentada sobre cajones, y el teniente coronel Dublé Almeyda proponía, por su parte, una balsa desarmable tendida sobre lanchas.

Los tres métodos encontraron adeptos y contrarios entre los militares que navegaban en el *Blanco*. Sotomayor interrumpió sus discusiones.

—Eso lo resolveremos después, señores, cuando examinemos desembarcos efectuados por los tres medios. El que resulte más rápido y expedito será adoptado. Por el momento, quiero que nos entreguemos en cuerpo y alma a ubicar el lugar para el desembarco definitivo.

Ello dio motivo a una nueva discusión. Por lo que el señor Sotomayor se vio obligado a ponerle término:

—Seguiremos navegando pegados a la costa, señores, y

reconoceremos el litoral próximo a Iquique, Pisagua y Arica, hasta que encontremos una bahía o caleta que, según la opinión de todos, sea la conveniente.

Así, mientras el *Huáscar* reposaba en alta mar, esperando salir al encuentro del *Oroya*, que debía regresar trayendo a uno de los oficiales con los croquis de Antofagasta, el *Blanco* y la *Magallanes* se presentaban sorpresivamente en Iquique y cerraban la bahía, con la esperanza de encontrar algún barco de la escuadra peruana.

Lamentablemente, no fue así. Pero, cuando las naves iban a proseguir su crucero, un vigía avistó un vaporcito que trataba de escapar hacia el norte. Un cañonazo del blindado y la amenaza de la *Magallanes* lo obligaron a detenerse. Cuando los hombres que tripulaban la falúa fueron subidos a bordo del *Blanco* e interrogados, los jefes militares y navales se quedaron helados. Los prisioneros eran dos de los torpedistas norteamericanos al servicio del Perú, Scott y Shester, y su embarcación, una de las lanchas torpedos de más reciente fabricación en los Estados Unidos. La lancha había sufrido una avería y la llevaban a reparar a Pisagua, en el momento de ser aprehendidos.

Los tripulantes del blindado querían colgarlos inmediatamente de la verga más alta y el propio coronel Velásquez los apoyaba. Sotomayor tuvo que usar toda su autoridad para contenerlos, pero no pudo impedir que se los golpeara despiadadamente.

Cuando la calma volvió a la cubierta del *Blanco*, preguntó al comandante López:

—¿Los alcanzó a interrogar usted, comandante?

—Sí, señor.

—¿Declararon algo de importancia?

—Sí. Que en Iquique quedan dos torpedistas más: un irlandés llamado Scott Moore, ingeniero del *Huáscar*, y un mecánico peruano que lo secunda.

Preocupado por vagas informaciones que logró sonsacar posteriormente a los prisioneros y que lo hicieron presumir que el *Huáscar* se movía hacia el sur, Sotomayor decidió interrumpir el reconocimiento de la costa cuando pasaban a la altura de Pisagua y ordenó al comandante López regresar rápidamente a Antofagasta.

Por su parte, el almirante Grau, enervado por la espera del

Oroya, decidió salirle al encuentro. Pero al hallarlo, el siempre victorioso marino peruano comenzó a vislumbrar que no siempre los hechos se acomodarían a su voluntad. El oficial que debía presentarse con los planos de la posición de los barcos chilenos en Antofagasta no apareció; se había quedado en la caleta Coloso, al sur de Antofagasta. Tan extraña indisciplina venía a irritar más al almirante: el *Blanco Encalada* y la *Magallanes* no estaban en ese puerto; habían zarpado hacía unos días con rumbo desconocido. Por precaución, el jefe de la escuadra peruana guió su monitor hacia Iquique al amparo de la noche. Jamás se imaginó que al hacerlo se cruzó en la obscuridad con las dos naves de guerra chilenas.

En Iquique, Grau se enteró de la captura de los dos torpedistas norteamericanos y de la pérdida de la lancha torpedo. Su enojo fue violentísimo. Necesitaba esos elementos para perforar a los buques chilenos surtos en la bahía de Antofagasta; eran insuficientes los dos técnicos que quedaron en Iquique. Consumido por la impaciencia, el almirante se dejó agasajar por las autoridades del litoral peruano, en tanto esperaba el regreso del *Oroya*, que se arriesgó en un segundo viaje destinado a recoger al espía desembarcado en la caleta Coloso.

Mientras corrían esos días de exasperación para el jefe naval del Perú, los políticos chilenos comenzaban a reaccionar ante el peligro y, espoleados por la iniciativa de don Domingo Santa María, olvidaban sus intereses partidistas para facilitar al presidente la tarea de designar un Gabinete idóneo.

Cuando el presidente de la república vio reunidos por primera vez a sus nuevos ministros, les habló con acento patético:

—Caballeros —les dijo—, de más está que recuerde a ustedes el momento crucial por el cual atraviesa nuestra nación. La campaña guerrera está detenida, nuestro honor comprometido ante el pueblo y el destino colocado en contra nuestra, según parece. Si este Ministerio no entrega todos sus esfuerzos a reparar los yerros cometidos anteriormente y a acelerar la máquina de guerra…, creo que vamos a ser derrotados.

—Está usted deprimido hoy, Excelencia —saltó el señor Santa María—. Repararemos nuestros barcos y barreremos a ese condenado *Huáscar* y a su consorte, la *Unión*. Ya están entrando a dique, en Valparaíso, el *Cochrane*, la

O'Higgins
y la *Chacabuco*. Empezaremos por ellos, mientras el *Blanco* monta guardia en Antofagasta con la *Magallanes* y el *Abtao*.

Era una desesperada carrera contra el tiempo.

El almirante Grau, sin enterarse aún de la nueva inyección de dinamismo recibida por el Gobierno chileno, la presentía. Sombrío y enfermo de impaciencia, asistía a los festejos con que lo agasajaban el prefecto señor López Lavalle y las autoridades militares de Iquique.

En la tercera tarde de su forzosa permanencia en ese puerto, esperaba a su lancha, vestido de gran gala, para bajar a tierra a una fiesta que le ofrecía el general Buendía, cuando entró en su cámara el oficial de guardia, teniente Palacios.

—Con su venia, señor almirante —le dijo cuadrándose ante él—. Acaba de entrar a la bahía el *Oroya*.

Los ojos del jefe peruano ardieron al instante y se puso de pie como accionado por un resorte.

—¿Y el oficial que fue a ubicar la posición de los barcos enemigos en Antofagasta?… —preguntó con ansiedad.

—Está ya en el *Huáscar* con los croquis, señor.

En pocos segundos, el almirante puso en conmoción a los oficiales que se aprestaban para bajar a tierra.

—¡Qué música ni fiesta, señores! —gritó cuando los tuvo reunidos en su cámara—. Ahora vamos a combatir.

Nadie se atrevió a chistar y oyeron atentamente las indicaciones que hacía en un plano el oficial que acababa de llegar en el *Oroya*.

—En la parte exterior de la caleta Moreno están los barcos mercantes y numerosos cargueros de salitre y minerales —les explicó éste—. Hacia el norte, junto a la isla Guamán, está fondeado el blindado *Blanco Encalada*. Aquí, en esta cruz, dibujada en el croquis.

—¿Y esta otra cruz, en la boca de la caleta vieja? —consultó el almirante.

—Es el *Abtao*. Está inmovilizado, con sus máquinas afuera. Y esta línea que cruza al exterior de la bahía indica el movimiento de la *Magallanes*, que, por ser el barco más veloz, se mantiene de vigía mar adentro.

Grau se irguió satisfecho. Durante unos instantes permaneció

pensando y luego expuso su plan:

—Navegaremos por alta mar hasta pasar Antofagasta. Regresaremos enseguida, pegados a la costa, hasta confundirnos con los barcos mercantes anclados en la caleta Moreno, dando nuestra proa hacia la isla Guamán, donde se encuentra el *Blanco Encalada*. En la noche, sin una luz, nos iremos acercando al blindado enemigo y, cuando entre él y nosotros no haya ningún obstáculo, le lanzaremos nuestros torpedos.

Los oficiales se quedaron en suspenso ante la audacia de aquel plan. Pero el almirante jamás aceptaba opiniones cuando concebía una idea; prosiguió:

—¿Están los torpedistas a bordo? —preguntó a su ayudante.

—Sí, señor; encerrados, como usted lo ordenó.

—Bien. Comandante Otoya, dé orden de zarpar a Antofagasta.

—Perdón, señor almirante, pero algunos oficiales ya han bajado a tierra a la recepción que…

—¡Zarparemos al momento! —lo interrumpió con acento tajante el jefe—. Los oficiales que han bajado a festejar a tierra se perderán una fiesta mayor.

Sin vacilaciones, fijo en el rumbo, el *Huáscar* navegó hacia el sur.

En el cuartel general de Antofagasta se agitó nervioso el telégrafo, avisando que se avistaba frente a Paposo un vapor no identificado, pero cuyas características eran las de las corbetas *Unión* o *Pilcomayo*. El *Blanco*, mandado por Esteban López, y el *Itata*, por Patricio Lynch, zarparon de Antofagasta velozmente hacia Paposo.

El cielo estaba luminoso aquella noche del 24 de agosto. Cerraba la bahía de Antofagasta un bosque de mástiles y jarcias de los barcos que dormían en la amplia rada comprendida entre el Morro Moreno y la Punta Coloso. En la línea externa, la *Magallanes* cruzaba lentamente, de uno a otro extremo. El *Limarí* y el *Paquete del Maule* se amodorraban al amparo de los cañones de los fuertes de barbeta improvisados en la playa, y el *Abtao* se balanceaba

flojamente, separado del mar abierto por la empalizada que formaban los buques mercantes.

A las tres y media de la madrugada, por la Punta Coloso, asomó la proa del *Huáscar*.

El almirante Grau, de pie en el castillo de proa, observaba cuidadosamente. A su espalda, la tripulación permanecía alerta en los cañones. El jefe del monitor seguía las luces de la *Magallanes* sin perderlas de vista. Contemplando su patrulla hacia el sur, la cañonera viró en redondo y puso proa al norte. Era el momento que esperaba el almirante.

—¡Adelante! —ordenó en voz baja—. ¡A medio vapor!

Mientras la *Magallanes* se alejaba confiadamente hacia el Morro Moreno, el *Huáscar* se introducía en la bahía. Como un hilo por el ojo de una aguja se fue enhebrando el monitor por los huecos que dejaban entre sí los buques mercantes inmóviles, hasta que asomó su nariz de acero al semicírculo despejado de la bahía.

—Señor almirante, ¿cree usted prudente seguir avanzando? —le preguntó atemorizado el comandante Otoya—. En caso de retirada nos será muy difícil salir de aquí.

El almirante no respondió e hizo avanzar hasta su lado al oficial que había levantado los croquis con la posición de los barcos chilenos.

—Capitán, ¿dónde está el acorazado *Blanco Encalada*? —preguntó.

—Pasado este grupo de mercantes, junto a la isla Guamán, señor.

—Bien. Pasaremos por entre aquel pontón y la falúa del fanal verde. ¡Adelante las máquinas!

El *Huáscar* siguió avanzando, mostrándose ahora, temerariamente, a los posibles observadores de los barcos mercantes. Los torpedistas ingleses, cuyas lanchas iban trincadas a ambos lados de la proa del monitor, cerraron los ojos horrorizados, creyendo que serían estrellados contra los cascos vecinos. Pero el *Huáscar* pasó sin una rasmilladura y surgió en mitad de la bahía. Entonces el almirante y el capitán espía clavaron sus anteojos hacia proa.

—¿Cómo? —exclamó el capitán—. Se ve sólo el islote Guamán.

El anteojo del almirante describió un rápido trazo de babor a

estribor.

—¡Aquí no hay ningún blindado, capitán! —bramó sordamente el almirante.

—Señor almirante —trató de explicarse el oficial—, yo le aseguro a usted que ayer estaba el *Blanco Encalada* anclado allí, junto a la isla. Mi croquis no engaña. Ya ve usted. A un costado está el *Abtao*. Bajo los fuertes están el *Limarí* y el *Paquete del Maule*, por estribor se ven pasar los fanales de la *Magallanes*.

—¡Pero era el blindado el que buscábamos, necio! ¿Imagina usted que nos habríamos aventurado para torpedear esquifes como éstos?

—Señor, yo le ruego que no me maltrate con sus cargos —se disculpaba el oficial—. El *Blanco Encalada* estaba allí ayer.

—¡Retírese a su cámara y manténgase arrestado en ella! —ordenó el almirante.

El oficial saludó temblando y se retiró. Nadie se atrevía a acercarse al jefe. Por fin, el comandante Otoya le consultó, vacilante:

—¿Qué hacemos, señor? ¿Ponemos marcha atrás y salimos de la bahía?

—De ningún modo. Si nuestra empresa deja de ser gloriosa, cuando menos justifiquémosla hundiendo algunos barcos enemigos. Que los torpedistas se alisten para lanzar desde aquí sus máquinas contra el *Abtao*, y enseguida contra la *Magallanes*, cuando se acerque a investigar qué ocurre.

La maniobra comenzó a prepararse. Era preciso destrincar las embarcaciones del casco del monitor, a fin de que tuvieran libertad y movimiento para apuntar sus torpedos, y enseguida echar a andar el mecanismo de sus hélices.

Entretanto, un soldado de guardia en el cuartel general chileno entraba desorbitado a las habitaciones de los jefes:

—¡El *Huáscar* está dentro de la bahía!

Desde una goleta pescadora les había llegado el aviso.

El cuartel entero se puso en conmoción. Las cornetas tocaron la alarma y los regimientos alojados en el puerto mismo saltaron de sus lechos, corriendo a alinearse en la playa. Por medio de luces, se dio aviso al *Abtao* y a la *Magallanes*. En el primero, que no podía moverse para esquivar el ataque, la tripulación se encomendó a los

santos de su devoción; pero la cañonera se dispuso para la resistencia, y abandonando la línea de patrulla, entró al palenque, deteniéndose junto a la masa de barcos mercantes, al lado opuesto al que ocupaba el monitor.

El general Escala y el ministro Sotomayor, refugiados entre las rocas, junto a una cañón de 300 libras, esperaban.

—Pero ¿por qué no se mueve? ¿Por qué no hace nada? —exclamaba el ministro.

Los artilleros, con el disparador listo, esperaban tensos. Pero el monitor seguía inmóvil.

Transcurrió cerca de media hora.

—Preferiría que disparara; que se revolviera contra los barcos y que hiciera reventar de una vez este infierno silencioso —exclamó el ministro Sotomayor.

Pero los torpedistas ingleses no podían hacer funcionar el mecanismo propulsor de sus torpedos.

La tripulación del *Huáscar*, tan nerviosa como la guarnición chilena, esperaba también con el alma en suspenso.

El jefe del monitor estaba purpúreo de furor y preguntaba a cada instante, en voz más alta:

—¿Echaron a andar, por fin, esos condenados torpedos?

Finalmente, los ingleses lograron acondicionar las dos máquinas que iban a lanzar contra el *Abtao* y gritaron el «listo».

—¡Oh, al fin! —barbotó el almirante, y gritó la orden decisiva—: ¡Torpedistas, atención, listos a disparar! ¡Fuegoooooo!…

Un zumbido vertiginoso sucedió a sus palabras y el agua se agitó en torno a la proa del monitor. Pero, brusca e inesperadamente, el zumbido de las hélices se transformó en un entrechocar de hierros y latas, al que acompañaron unos gritos aterrados de los ingleses y todo volvió a quedar en silencio.

—¿Qué demonios sucede? —interrogó ferozmente el almirante Grau inclinándose fuera de la borda—. ¡He dado la orden de fuego!

Una voz, aterrada y llena de vergüenza, respondió desde abajo:

—Se han enredado los alambres guías de los torpedos y se rompieron las hélices propulsoras, señor almirante.

El furor del almirante fue indescriptible. Moviendo los brazos como aspas tartajeó:

—¡Estúpidos! ¡Incapaces! ¡Mercenarios inútiles!

Y volviéndose a sus oficiales, ordenó violentamente:

—¡Todo el mundo a sus puestos! ¡Icen esas lanchas! ¡Metan a la barra a los torpedistas! Salgamos de la bahía inmediatamente. ¡A toda máquina, comandante Otoya; hacia el mar!

—Nos va a cañonear la *Magallanes*, señor —se atrevió a advertirle su segundo.

—¡Ojalá nos hundan a todos! ¡Afuera he dicho! ¡Rumbo al sur! ¡Vamos a buscar al *Blanco Encalada* o a bombardear a los puertos chilenos! Será la única forma de borrar la vergüenza de este fracaso.

Bufando como un toro de lidia, el *Huáscar* salió hacia el mar abierto, sin cuidarse de buscar protección entre los barcos mercantes.

El comandante Latorre, que estaba alerta con su *Magallanes*, estupefacto por la repentina fuga del monitor, lo dejó alejarse sin disparar sobre él.

Al día siguiente se recibía un telegrama de Taltal, informando que en la mañana se había presentado el *Huáscar*, acompañado por el *Oroya*. Se apoderó de todas las lanchas y ejercitó a sus artilleros ingleses disparando sobre un pontón anclado frente a la gobernación del puerto.

En la tarde se recibió otro telegrama venido desde la caleta del Cobre; decía:

> Huáscar *se presentó esta mañana y cañoneó instalaciones del muelle.*

Al caer la noche, otro telegrama llegó a traer más alarma al ministro Sotomayor. Venía de la caleta Blanco Encalada y comunicaba que el monitor había hundido allí cinco lanchones pescadores. Realizada su obra, había virado en redondo y puesto proa nuevamente hacia el norte.

—Telegrafíe la alarma a todos los puertos de la costa —ordenó Sotomayor al operador militar que le entregó el telegrama—. Pida ubicar al blindado *Blanco* y transmitirle orden de regresar a Antofagasta a toda marcha.

El *Blanco*, que había puesto proa al sur escoltado por el *Itata* en busca del misterioso barco que se avistó en Paposo, al llegar a ese punto permitió a su comandante descubrir que el buque enigmático

era simplemente el *Toro*, que había sido alquilado por el Gobierno chileno. Viró entonces en redondo y puso proa nuevamente hacia Antofagasta. Navegaba veinticuatro horas detrás del *Huáscar*. Este último se presentó bruscamente frente a Antofagasta el 28 de agosto, a la 1 P. M.

Las autoridades chilenas se mordieron los puños de rabia ante aquel irritante desafío.

—El almirante Grau sabe perfectamente que el *Blanco* navega hacia el sur —comentó acremente el ministro Sotomayor.

—¿Se envió aviso telegráfico a todos los puertos para que fuerce sus máquinas? —preguntó, por su parte, el general Escala.

—Sí, pero si esos avisos no le han llegado ya, pronto no será posible enviarle otros —manifestó el ministro—, porque ese maldito monitor está rastreando el cable submarino y no tardará en cortarlo, dejándonos incomunicados.

Así era en efecto. Al comprenderlo, el general Escala quiso ordenar que las baterías de tierra abrieran fuego sobre el acorazado, pero el ministro lo contuvo.

—Hay que aguantarse, general —dijo—. No tenemos más que un cañón de 300 libras y está mal emplazado; el *Huáscar*, en cambio, dispone de dos cañones de ese mismo calibre, emparejados en su torre giratoria, y de dos baterías menores, todos manejados por artilleros ingleses muy expertos. En unos segundos destruirían al *Abtao*, destrozarían las máquinas resacadoras de agua y dejarían a los regimientos condenados a la sed irremediable. ¡Hay que resignarse a soportar sin responder al desafío!

Pero el comandante Aurelio Sánchez, del *Abtao*, no supo soportar. La provocación le revolucionó la sangre y dio la orden de fuego. El cañonazo del barco inmóvil rebotó en el blindaje de estribor del *Huáscar* y fue la chispa que encendió el polvorín.

Un grito de entusiasmo lo aclamó desde la playa. Aunque el monitor aventara a cañonazos a todos los chilenos, aceptarle el desafío era preferible a estigmatizarse para siempre con el título de cobardes.

Latorre brincó de alegría sobre la cubierta de la *Magallanes* y dio orden de meter su buque dentro del área de fuego.

El *Huáscar* atacó al puerto y a los barcos anclados con tal

precisión que bien claramente se vio que sus artilleros no eran los mismos de antes. Cada uno de sus cañonazos arrancaba trozos de las casas o pulverizaba los conos de roca tras las cuales se guarecían los soldados chilenos.

El capitán Patricio Lynch, ansioso como todos por poder batirse, se apoderó del mando de la batería de 300 libras emplazada en la playa. Con su propia mano apuntó la pieza contra el acorazado enemigo.

—¡Lista la carga y el detonador! —gritó el primer sirviente y esperó su orden.

—¡Fuego! —gritó Lynch y retrocedió tres pasos. Aquello le salvó la vida.

Un horroroso estampido sacudió la pieza y el proyectil salió desviado. La cureña, levantada en el aire por la explosión, rodó desmontada, hiriendo gravemente a dos de los sirvientes e inutilizándose para siempre.

El *Abtao*, por su parte, disparaba sólo con las baterías de estribor, mandadas personalmente por el comandante Sánchez.

—¡No tengan cuidado, muchachos! —gritaba éste a sus artilleros —; mientras ese rajadiablos de Latorre siga toreando al monitor, no nos podrá espolonear ese condenado de Grau. Y si se nos echa encima, ¡qué demonios!, para algo nos dieron pantalones: saltamos al abordaje como Prat y los suyos.

Pero Grau, preocupado de cazar a la *Magallanes*, que giraba en torno al monitor como un tábano, no podía ordenar el ataque al *Abtao*. Esto dio al comandante Sánchez una oportunidad que no habría de presentársele dos veces: en un momento dado, el *Huáscar* le exhibió su flanco netamente descubierto.

—¡Artillero Floridor Culiprán! —gritó a un araucano que servía la pieza mayor—. ¡Métele una bala de 150 a ese tiburón!

El indio se inclinó rápidamente sobre el tubo de su cañón, y apuntó. El proyectil describió una parábola precisa, y, con violento estallido, dio de lleno en la chimenea del monitor, pocos metros detrás del puente de mando donde estaba Grau. Con fuerte estrépito, la chimenea rodó sobre la cubierta, aplastando al teniente Carlos Heros y a un marinero.

Pero este destrozo, lejos de amedrentar al almirante peruano, lo enardeció más. Ordenó proseguir el cañoneo y cargar directamente

contra el *Abtao*.

Una bala de las pequeñas baterías del monitor dio en un costado del puente del barco inmóvil y lo destrozó, escapando ilesos el comandante Sánchez y el capitán Carlos Krugg. Luego, otro proyectil rasante arrancó de cuajo a los seis sirvientes de la pieza que manejaba el teniente Policarpo Toro.

La lucha se empeñaba tan sañuda, que cabía la esperanza de que el *Blanco* alcanzara a llegar. Al mediodía había aparecido frente a Taltal y el capitán del puerto subió a bordo a comunicarle que el ministro Sotomayor telegrafiaba que reventara las calderas, pero llegara a Antofagasta antes de que el monitor se retirara.

El comandante López cerró los ojos y dio la orden, que era casi suicida debido al mal estado de las tuberías:

—¡A todo vapor, adelante!

Entretanto, desde la playa, Sotomayor y Escala presenciaban los daños irreparables que el monitor infligía al *Abtao*. Uno de sus cañonazos había volado al ingeniero 1.º, y otros provocaron numerosos heridos.

—¡Y el *Blanco*, que no llega! —exclamaba desesperado Sotomayor.

Pero la queja del ministro era injusta. El comandante López hacía cuanto podía.

—¡Ah, si yo pudiera! —clamaba exasperado—. Pero ¿es que no saben que este pobre blindado apenas navega a ocho nudos? ¿No comprenden que si lo apuro aún más, revientan las calderas y nos vamos todos al infierno?

El intento de cazar al *Huáscar* estaba frustrado. Bien lo comprendían todos los marinos, y, muy especialmente, el almirante Grau. Pero éste, por precaución, poco antes de las seis, ordenó cesar el fuego.

—¿Nos retiramos, señor almirante? —le preguntó su ayudante esperanzado.

—Sí, teniente. Pronto puede aparecer el *Blanco*. La caña a babor. Salimos de la bahía.

El acorazado comenzó a virar. Pero, repentinamente, se interrumpió su curva; algo sucedía. Muy pronto lo supo el almirante por el teniente Palacios. La rueda del timón no funcionaba.

Por primera vez el almirante giró una mirada inquieta por la

bahía. Si surgía el blindado enemigo en tales circunstancias, podían darse por perdidos.

—Salgamos fuera del alcance de los cañones —ordenó serenándose—. Navegaremos lentamente hasta protegernos tras la Punta Moreno. Allí, amparados por la noche, que no tardará en cerrar, haremos las reparaciones.

Cinco horas duró la reparación del timón. A las once de la noche, aún resonaban los últimos martillazos en la cala. La tripulación descansaba con los fusiles en el regazo o junto a las baterías. El almirante fumaba inmóvil en su torre de hierro.

Poco después de las once asomó en la torre el rostro asustado del teniente Palacios, quien, sin una palabra, indicó hacia el sur. Avanzando desde el sur, y luego cruzando frente al escondrijo del monitor, se divisaban las luces de posición de un gran barco.

—¡Hum! Por la distancia, entre el fanal de proa y el de popa, y por la altura de los fanales de los palos, tiene que ser el *Blanco Encalada* —reflexionó Grau.

—Se han terminado las reparaciones del timón, señor —exclamó ansiosamente un oficial—. Ya podemos irnos.

El almirante lo observó con una leve sonrisa y expresó, palmeándole un hombro:

—Estamos bien aquí, teniente, no se ponga usted nervioso. Desde Antofagasta no nos ven, y seguramente el *Blanco* no saldrá a buscarnos de noche. Zarparemos hacia el norte minutos antes de amanecer.

Así, durante la noche del 28 al 29 de agosto, el *Huáscar* durmió en la caleta Moreno, a tres millas del sitio donde fondeaba su más implacable enemigo, el blindado *Blanco Encalada*. Y al amanecer, cuando el buque insignia chileno zarpó hacia el sur, en busca del monitor, el *Huáscar* había cruzado en la penumbra y navegaba tranquilamente hacia el norte, en ruta a su base.

10

La audaz incursión del *Huáscar* en Antofagasta y la triste actuación del *Blanco Encalada* despertaron una feroz reacción en tierra chilena. Por calles y plazas volvió a resonar el grito de «¡a la guerra!». El Gobierno, empequeñecido en su prudencia, tuvo que contagiarse del frenesí general. Si la campaña marítima fracasaba, era indispensable ir al momento al ataque por tierra.

Dos hechos casi simultáneos terminaron de inclinar la balanza. El primero fue el informe del comandante Simpson al destaparse las máquinas del blindado *Cochrane*, en Valparaíso. De los mil ochocientos tubos de las calderas del barco, mil doscientos estaban completamente obstruidos. El casco, cubierto completamente de crustáceos, pesaba un tercio más de lo normal. Igual o peor debía ser el estado del *Blanco Encalada*. La limpieza de cada acorazado demoraría mínimo un mes.

El otro hecho fue el arribo sorpresivo del vapor *Gleneg*, que llegaba desde Europa con sus bodegas repletas de armas, municiones y uniformes.

El diario *La Época*, de Santiago, fue el primero en anunciar aquella fausta noticia, echando a sonar durante horas una aguda sirena instalada sobre su edificio.

—¡A la guerra, compatriotas, a la guerra, por fin! ¡Que el Gobierno nos entregue armas y vamos todos a rehabilitar el honor de la patria! —gritaban una y cien veces. Y la voz de: «¡al norte, al norte!», iba extendiéndose por todos los pueblos.

Inmediatamente de conocida la noticia en San Felipe, el capitán José María Pinto viajó a Santiago, para recordar a su padre, el presidente, su promesa de que el regimiento «Esmeralda» sería el primero en partir.

—No la he olvidado, hijo —respondió Aníbal Pinto, con tristeza —. Partirán cinco mil hombres perfectamente equipados hacia Antofagasta, y, entre ellos, irán los mil doscientos diecinueve soldados del «Esmeralda».

—Gracias, padre —le dijo el oficial—. Estábamos locos de impaciencia. Los esmeraldinos tenemos confianza ciega en que tan pronto los soldados chilenos pongan pie en el territorio peruano, dejaremos de estar tristes, y las victorias comenzarán a acumularse en torno a nuestras banderas.

—Nuestras banderas —repitió con romántica fruición el mandatario, y volviéndose hacia su hijo, le preguntó—: ¿Tiene estandarte tu regimiento, José María?

—Nada más que el de servicio, señor, pero nos falta un estandarte de guerra, una bandera propia, distintiva del «Esmeralda», que flamee a la cabeza de nuestras columnas cuando nos abalancemos con la bayoneta calada sobre las líneas enemigas.

—Es verdad —musitó el presidente—; un estandarte que no usen otros regimientos, pero que esté cargado de tradición y de honor.

—¿Qué está pensando usted, padre? —inquirió el capitán, impresionado por el tono apasionado del presidente.

—Pienso en la famosa bandera púrpura, con una gran estrella de oro en el centro, que llevó a la victoria en quince batallas a los soldados del antiguo regimiento «7.º de Línea».

El capitán Pinto sintió que un nudo le cerraba la garganta.

—¡Dios santo, padre! —articuló con emoción—. ¿Cree usted que nosotros somos dignos de…?

—¡José María, di a tus compañeros —lo interrumpió el mandatario— que Aníbal Pinto, el ciudadano, no el presidente, les ruega le concedan el honor de proporcionarles el estandarte de guerra!

Aníbal Pinto estaba transformado. Una ola de ardor bélico le hacía brillar los ojos. Desde aquel día su actividad se multiplicó. Hizo distribuir las armas y uniformes a los regimientos que estaban prontos para partir. Por orden suya, el «Cochrane» fue provisto de ametralladoras y grandes focos eléctricos, que le permitirían distinguir los torpedos en la noche. Y tanto empeño gastó en acelerar las reparaciones del blindado que, por fin, lo vio salir del dique con sus calderas repasadas, las máquinas lubricadas y

repuestas las piezas desgastadas. El 12 de septiembre, a la voz de mando de un comandante subrogante, se dio el máximo de presión a sus máquinas, y el acorazado partió raudo como un delfín. Corría ahora a doce millas y media por hora. El *Huáscar* podía darse por perdido.

Mientras el pueblo aclamaba el paso de la nave rejuvenecida, el presidente dio dos órdenes:

—Que el *Cochrane* se traslade a Antofagasta, acompañado por la *Covadonga*. Las dos naves montarán guardia al *Blanco Encalada*, que va a entrar en reparaciones de inmediato en Mejillones. Y, acogiendo las muchas voces que se han levantado pidiendo que se entregue el mando de nuestros acorazados a los comandantes jóvenes que hayan demostrado capacidad, valor y astucia, me honro en hacer pública designación del capitán Juan José Latorre como comandante del blindado *Cochrane*. Y la primera y única instrucción que doy al comandante Latorre es la captura del *Huáscar*.

Pinto regresó a Santiago satisfecho, descargada el alma de temores y malos presentimientos.

En la antesala de sus habitaciones privadas, en La Moneda, lo esperaba el coronel Santiago Amengual. El fiero comandante del «Esmeralda» se irguió recto como un pino cuando entró don Aníbal.

—Excelentísimo señor, a las órdenes de usted, y excúseme por este abuso de confianza —dijo, saludándolo.

—Todo lo contrario, mi estimado coronel —respondió sonriendo el mandatario—; le agradezco el haber venido. Platicar con hombres serenos y fieles, como usted, me sirve de descanso.

Le indicaba un sillón, invitándolo a sentarse, pero el soberbio manco de barbas bíblicas no le atendió, sino que se le acercó con respetuoso ímpetu.

—Ayer mi regimiento recibió las armas que usted tuvo a bien concedernos —comenzó el viejo militar, con voz ronca y algo temblorosa.

—Les correspondía por derecho propio —acotó don Aníbal.

—¡No he dormido, Excelencia! —prosiguió el coronel—. No he dormido, se lo juro. ¡Mil doscientos fusiles Grass, con sus correspondientes bayonetas y municiones! ¡Mil doscientos uniformes de infantería! ¡Mil doscientos pares de botas de campaña!

El presidente lo escuchaba sorprendido.

—Yo, personalmente, les he rendido guardia toda la noche —continuaba el coronel, con creciente emoción—, con la misma fe y unción con que velaban sus armas los caballeros andantes la noche antes de recibir el espaldarazo que los ungía como tales.

—Aún tengo una promesa pendiente con su regimiento, coronel —repuso el presidente—. Yo, en carácter de simple ciudadano, iré a San Felipe y haré entrega a «sus niños», como usted los llama, de un estandarte de guerra que ya están bordando las madres, esposas y novias de los oficiales del «Esmeralda». Seda púrpura, con una gran estrella de oro en relieve al centro. ¿La recuerda, coronel?

Los ojos grises del veterano se abrieron desmesurados, y luego, al cerrarse por la emoción, estrujaron un par de gruesas lágrimas.

—¿Cómo no recordarlo, señor? —confesó—. Es el emblema inolvidable de mi antiguo «7.º de Línea», el que guerreó en torno mío contra la Confederación
Perú-Boliviana,
el año 38; el que luchó al lado mío en Cerro Grande, donde perdí este brazo; el que me acompañó en Loncomilla… ¡Oh, me hace usted lloriquear, Excelencia! —Con la mano izquierda sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó fuertemente. Luego clavó de nuevo sus ojos en el presidente, y le aseguró—: El 18 de septiembre serán bendecidas armas y bandera por el párroco de San Felipe, don Agustín Gómez, que es ahora el capellán de nuestro regimiento.

—¡El 18 de septiembre! —calculó tensamente el mandatario. Se mantuvo callado un instante, enseguida agregó—: Será como una fiesta de despedida, coronel.

El comandante se estremeció, sacudido por una sospecha.

—¿De…, de despedida, dice usted. Excelencia? ¿Acaso…, acaso mi regimiento ha sido considerado ya para…?

—Sí, coronel —respondió Aníbal Pinto—. El «Esmeralda» parte a la guerra el 21 de septiembre.

Después de aquella revelación, el coronel Amengual no pudo prolongar la entrevista. Cuadrándose atolondradamente ante el señor Pinto, le pidió su venia para retirarse.

—Desde el momento que está decidido que mi regimiento debe partir a la guerra, mi deber es estar al lado de mis niños, instruyéndolos sin descanso, terminando de convertirlos en

auténticos soldados de línea.

Calándose el quepis con un movimiento brusco, se retiró a pasos agigantados.

El presidente se quedó aturdido por la reacción del coronel. Había pensado explicarle que el «Esmeralda» debería embarcar en un convoy de transporte que llevaría a cinco mil hombres, y que todos ellos se sumarían a los once mil que ya estaban distribuidos en Antofagasta, Mejillones, Tocopilla y Calama, pero no alcanzó a hacerlo. Tendría que enviarle todas las instrucciones por el correo militar.

Sonriendo, se sentó ante su escritorio privado, y sus ojos cayeron sobre un informe del ministro de Hacienda, Augusto Matte. Traído a la realidad por el pliego extendido bajo sus ojos, comenzó a leerlo:

> *Septiembre 9.*
> *Como la cuestión de rentas es la que tiene más cercana relación con la guerra, quiero manifestarle mi modo de ver la situación —le comunicaba el ministro—. Como usted lo sabe, tenemos ya autorizados doce millones de pesos de emisión fiscal. La circulación del mercado no puede demandar para su servicio una suma mucho mayor que esa cantidad. Cuando lleguemos al agotamiento de los últimos seis millones, será necesario recurrir a otros medios diversos de los que hemos empleado hasta aquí, medios que, por supuesto, serán infinitamente más dolorosos para el país. De aquí la necesidad de dar el más vigoroso impulso a las operaciones de la guerra. A mi juicio es indispensable preparar con la mayor rapidez todos los elementos de movilización del ejército para obrar por tierra inmediatamente, sea que la marina obtenga los resultados que todos esperamos, sea que no los obtenga…*

El presidente apoyó la frente sobre la palma de su diestra. Aquello era definitivo. La razón expresada por el ministro de Hacienda prohibía todo retraso. Don Aníbal volvió los ojos al informe, y continuó leyendo:

> *… Si no llegamos pronto al fin, no tendremos oro, que ya emigró; ni plata, que ya se ha puesto en camino; ni*

papel, que está para agotarse…

Chile estaba entre la espada y la pared. O se lanzaba con todo su empuje a la guerra y obtenía una victoria rápida o estaría forzado a recoger su ejército del norte y declararse vencido por la bancarrota, antes que enfrentar al enemigo.

El presidente dejó caer la cabeza. Largo rato permaneció así, doblegado sobre el escritorio. Cuando alzó el rostro, su mirada estaba dura y decidida.

—¡Avanzaremos rápidamente! —musitó para sí—. ¡Ganaremos la guerra!

La hora de la guerra recién iba a sonar con su verdadero siniestro tañido en los hogares del centro del país. Hasta aquel 18 se septiembre habían partido hacia el norte 11 000 hombres, pero eran de los regimientos de línea, profesionales de la guerra. En cambio, la orden del presidente iba ahora dirigida a los cuerpos movilizados, a los batallones formados por reclutas, a los civiles convertidos en soldados por obra de las circunstancias. Decía esa orden:

> *El 21 de septiembre, al mediodía, zarparán hacia Antofagasta cinco mil hombres, expedición que estará integrada por los regimientos «Esmeralda» y «Santiago», el batallón «Lautaro» y fuerzas de artillería, granaderos y navales. Serán trasladados en los transportes* Amazonas*,* Loa*,* Limarí*,* Matías Cousiño*,* Huanay*,* Paquete del Maule*,* Santa Lucía *y* Toltén*, escoltados por el blindado* Cochrane *y la corbeta* O'Higgins.

Los hijos salían de sus casas y de sus pueblos. Las madres y las esposas comenzaban a sufrir el espanto de la guerra en carne propia. Amasando una falsa alegría, con lágrimas y ansiedad, todas las familias chilenas prepararon la despedida a los reclutas que iban a partir. Hubo bailes, ramadas, festejos públicos, ceremonias religiosas.

En San Felipe, los trenes fueron desembarcando en aquellos días 18, 19 y 20 de septiembre a muchas señoras muy elegantes, caballeros de respetables barbas y hermosas muchachas que parecían flores dentro de los vistosísimos vestidos acrinolinados que imponía la moda de París. Iba a marchar el «Esmeralda», el «regimiento de los pijes».

En la casa municipal se organizó un gran baile para la noche del 19. Lo presidió el propio coronel Amengual, vestido de gran parada. En un momento, cuando la fiesta se deslizaba entre nerviosas risas y melancólicos coqueteos, se plantó en medio del salón e interrumpió la cuadrilla que se bailaba con una voz sonora, propia del cuartel:

—¡Alto la música! ¡Silencio, señores oficiales!

La danza cesó de golpe. Los oficiales quedaron tomados de la mano de sus compañeras, temiendo que el comandante saliera con alguna de sus inesperadas ocurrencias, como la de mandar a todos los oficiales a acostarse. Pero no fue así. Por el contrario, dulcificando un poco el acento, el coronel dijo, dirigiéndose a las jóvenes:

—Señoritas, les ruego que excusen a este viejo soldado poco adentrado en las cortesanías de salón por interrumpirles algunos instantes el baile. Pero es que, para que una fiesta sea completa, debe exhibirse en ella también un poco el corazón.

Nuevos murmullos volvieron a oírse. Cerca del rincón donde estaba Alberto Cobo, un oficial comentó:

—El viejo es capaz de salirnos con una de sus diabluras.

Pero el coronel se veía conmovido.

—No se trata de exhibir el corazón como lo están haciendo ahora algunos de mis oficiales, que están pendientes de las miradas de las lindas niñas… —prosiguió sonriendo, y elevando la voz, exclamó—: ¡Oh, yo también fui teniente y partí a la guerra en 1838!… ¡No, no! No es a eso a lo que me refiero. La muestra de corazón que vamos a dejar en esta fiesta, para muchos inolvidable, es la prueba del afecto de un grupo de soldados hacia un hombre, hacia un soldado de la fe, hacia un guerrero de la cruz. ¡Señor cura don Agustín Gómez, capellán del «Esmeralda»!, ¿quiere usted aproximarse?

El curita Gómez, que conversaba en un costado del salón con la señora del alcalde, dio un respingo de sorpresa.

—¡Vaya, vaya, mi comandante Amengual —dijo—; déjese usted de hacerme notar, que estoy ya muy viejo y muy feo!

—Debiera ser yo quien fuera hasta usted, capellán, pero quiero que todos lo vean.

—Don Santiago, por Dios, si hasta a mí me da pena mirarme al espejo en las mañanas —seguía rezongando picarescamente el cura, consciente de que divertía a los oficiales. En medio de las risillas sofocadas de las muchachas y los mozos, prosiguió—: Y bien, ¿qué quiere usted de este pobre cura?

—¡Ayudante, traiga usted acá «eso»! —ordenó el coronel al capitán Larraín, con acento misterioso.

Patricio Larraín, que esperaba en el hueco de una de las puertas, se acercó prestamente, portando una bandeja sobre la cual se veía una pequeña caja de cuero rojo, la que puso en manos de su coronel. Éste la alzó, cerrada, en su mano izquierda y agitando el brazo impuso silencio.

—Señor cura —dijo enseguida, con gravedad—, en nombre de la oficialidad del regimiento, tengo el honor de hacerle entrega de un humilde obsequio, que representa sólo un reconocimiento por las bondades que ha prodigado usted a nuestros jóvenes soldados. Es un objeto sin valor material, nada más que un reloj, con una frase de recordación en su tapa posterior. Sírvase usted recibirlo, capellán.

El sacerdote se quedó atontado.

—Mi coronel… —tartamudeaba encogido—. ¡Oh Dios santo, ustedes quieren hacerme llorar! Estoy demasiado viejo para estas emociones…

—Lea la dedicatoria que grabaron mis niños para usted, capellán —lo instó cariñosamente el comandante.

El religioso tomó el reloj y le abrió la tapa posterior. Luego, acercándolo mucho a sus ojos miopes, leyó:

> *—Al curita Gómez, padre espiritual del regimiento «Esmeralda». Los oficiales.*

En el silencio que se había hecho en el salón, la vocecilla cascada del viejo párroco sonó como un gemido. Se volvió a derecha e izquierda y sin atreverse a mirar a nadie, agradeció atolondrado:

—Gracias, niños…, gracias, mi coronel. Y perdóneme, pero mejor será que vaya a esconderme a un rincón o me van a pillar llorando.

—¡Siga la fiesta! —dijo entonces en alta voz el coronel. Y volviendo a su tono áspero de jefe de cuartel, advirtió—: Ya saben los señores oficiales que la recogida es a la una. Mañana partimos, señoritas —se excusó ante las muchachas—. Dispénsenlos en atención a esa causa.

La pequeña orquesta, compuesta por algunos músicos de la banda del regimiento, comenzó a tocar un vals, y el coronel, tieso y digno, fue a inclinarse ante la señora del alcalde.

—Señora alcaldesa —pidió galantemente—, conceda usted al comandante del «Esmeralda» el honor de bailar este vals con usted.

—Honradísima, coronel.

Una tras otra, las parejas fueron interviniendo en la danza.

Alberto Cobo estaba acompañado por una joven de San Felipe, de quien sólo sabía su nombre: Lucía. Había sido presentado a ella por Alberto del Solar el día anterior, cuando las señoritas sanfelipeñas repartieron escapularios entre los soldados. Alberto se sentía triste en el momento en que fue presentado.

—¿Qué lo apena, sargento? —le había preguntado entonces la joven, afectuosamente.

—Es que Alberto tiene una novia perdida en el norte —acotó Del Solar.

—¡Una novia! —repitió Lucía con los ojos repentinamente ensombrecidos. Pero reaccionando al momento, reflexionó—: Pero si ahora van ustedes al norte, ¿por qué estar triste? Debiera sentirse alegre, sargento.

Cobo había aprobado con una inclinación de cabeza.

—Ningún soldado debe estar triste en el momento de la partida —había seguido discurriendo la sanfelipeña—. Nosotras no podemos permitirlo. Déjeme que yo intente darle un poco de alegría. ¡A ver, concédame la gracia de colgar de su cuello este santo escapulario; él lo librará de peligros!

Alzándose en la punta de los pies, le pasó por la cabeza el lazo con las dos imágenes de la Virgen del Carmen y enseguida le tomó del brazo.

Caminaron por la plaza lentamente, sintiendo que el frío de la

tarde invernal les traspasaba los vestidos.

Cobo, pensando que cometía una falta a la fidelidad que debía al recuerdo de Leonora, se había vuelto, de pronto, a ella, diciéndole:

—Usted se empeña en ser mi ángel guardián. Lucía. Se lo agradezco mucho, pero quisiera darle a entender…

—Por favor, sargento —lo interrumpió la muchacha—. Yo no trato de destronar a su novia en su corazón, sino simplemente de reemplazarla hoy y mañana, en el baile que las sanfelipeñas dan a los oficiales del «Esmeralda». Yo también sé del dolor de tener un novio ausente.

—¿Dónde está él?

—Partió…, partió ya, Alberto —respondió la muchacha, inclinando la cabeza con pesar—. Se marchó con el «2.º de Línea».

—¡Cuánto lo siento! ¡Está en Antofagasta ahora!

La joven dejó pasar un rato antes de contestar.

—No —dijo simplemente—. Murió en la toma de Calama.

Mientras corrían los compases del vals, Alberto recordaba el sacudón que experimentó al oírle aquella confesión. Aun cuando la muchacha no volvió a hablar sobre ello y se comportó casi alegremente en las horas que siguieron, Cobo no había podido borrar la impresión que le había dejado la confidencia.

—¿Bailemos, Lucía? —le propuso, buscando distraerla.

—Bueno, Alberto, bailemos.

En la ronda del vals, Cobo sentía la mano de la joven un poco crispada dentro de la suya.

—Es usted la que está triste ahora, Lucía —dijo.

—Sí, estoy triste —confesó ella—. Había conseguido consolarme por la pérdida del hombre a quien amé… A él lo despedimos sin fiestas, precipitadamente… —su voz bajó hasta convertirse en un murmullo—: Me había conformado, dejando enfriar mi corazón… Pero ahora…, ¡ahora, Dios mío!… —calló, comprendiendo que sería incapaz de contener los sollozos si continuaba.

—¿Puedo hacer algo para consolarla, Lucía? —preguntó el sargento, afectuosamente.

La muchacha lo miró a los ojos con un ligero espanto y luego agitó la cabeza, negando. Mordiéndose los labios, dijo con un hilo de voz:

—¡No, por Dios; cuanto hiciera usted sería para peor!

Alberto comprendió lo que estaba ocurriendo y no dijo nada. La mano de Lucía, aferrada a la suya, le decía lo que los labios callaban. La joven, a su vez, adivinó el pensamiento del soldado y trató de explicarle, turbada:

—Ha sido algo inesperado… ¡Oh, Alberto…, despedirlo a usted es tan doloroso para mí… como volver a decirle adiós a él!

Alberto la miró francamente al rostro. Los ojos de ella estaban llenos de lágrimas y lo observaba con ansiedad.

—Cuanto lo siento, Lucía —musitó y desvió el rostro. La mano de la muchacha aflojó su presión y fue quedando laxa dentro de la de él.

Cerca de la medianoche, el sargento Ignacio Carrera Pinto, aprovechando uno de los intervalos entre baile y baile, se plantó en un sitio visible y anunció en voz alta:

—Y ahora, con el permiso de ustedes, Alberto del Solar, poeta impenitente, va a amenizar esta fiesta, recitándonos, en melopeya, que acompañará al piano la señorita Clementina Cobo, unos versos que compuso hace unos momentos y que se supone son dedicados por todos los oficiales del «Esmeralda» a todas las señoritas asistentes… y a algunas que están lejos, en Santiago.

Un aplauso acogió el anuncio. El subteniente Del Solar, irreprochable en su uniforme que había mandado a confeccionar al mejor sastre de la capital, galán mundano de grandes ojos claros velados por una eterna sombra de picardía, se acodó románticamente en el piano, ante el cual ya estaba sentada Clementina, y extendió ante él una pequeña hoja de papel.

Comenzó a sonar el piano.

—*Adiós, amada* —anunció como título el subteniente, y comenzó sus versos:

Ya me marcho, dulce amada,
ya me voy a la frontera.
Quizás sentirás que muera
en tan triste soledad.
Sólo el que sabe sufrir
y sólo el que sabe amar
podrá mi pena sentir
y comprender mi dolor.

¡Qué emociones, qué tormentos
sufro, mi vida, al partir!
¿Será que voy a morir
lejos de ti, dulce amor?
Palpitando el corazón
está, porque me separo
de lo que tengo más caro
en esta hermosa ciudad.
Pero en el alma esperanza
llevo de verte otra vez.
¡Adiós, mi vida! ¡Adiós, pues!
¡Adiós, mi amor, mi ideal!

Cuando el subteniente dejó de recitar, casi todas las jóvenes tenían los ojos húmedos y algunas señoras lloraban suavemente. Nadie habló, como si temieran que el sonido de una voz pudiera trizar el clima que se había producido.

La orquesta volvió a tocar, pero ya sólo bailaron dos o tres parejas. El dolor del adiós se había apoderado de todos y fue con verdadero alivio que sintieron sonar el toque de corneta llamándolos desde el cuartel.

—Ya es hora de recogernos… Ya es hora de recogernos… —pasó diciendo el segundo ayudante, teniente Manuel Aguirre Peña y Lillo, y agregaba a los más reacios—: El viejo se marchó hace media hora carraspeando fuerte para que nos diéramos cuenta de que es la hora.

Comenzaron las despedidas. Algunos salieron hasta el pórtico de la municipalidad para decir adiós a sus compañeras sin testigos; otros lo hicieron allí mismo, en el salón. Alberto fue de estos últimos.

—Nos vamos mañana en el tren de las ocho de la noche hacia Valparaíso, Lucía —dijo ante la mirada suplicante de la muchacha —. Hay que preparar todo el bagaje del regimiento y acondicionarlo en los vagones. Tendremos que madrugar.

—¿Lo veré en la partida?

—Por supuesto.

Se estrecharon las manos y la muchacha se le aproximó impulsivamente.

—Alberto, yo quisiera decirle…

Pero en ese momento llego Clementina, que los había estado observando con mirada dura desde el otro costado de la sala.

—Es la hora, hermano —le recordó—. Están llamando en tu cuartel. Perdónelo, señorita.

—Sssí…, comprendo, señorita —se resignó Lucía—. Hasta mañana.

—Hasta mañana —respondió Cobo, y salió con su hermana.

En la puerta los esperaba el subteniente Del Solar y juntos tomaron el camino del cuartel.

—¿Olvidaste a Leonora, hermano? —le preguntó de pronto la muchacha.

—No —respondió Cobo, roncamente—. Voy al norte a buscarla; bien lo sabes.

—Alguien tiene que despedir a los soldados —intervino Del Solar, comprendiendo el juego oculto que había en aquella frase—. Son cosas de la guerra.

—A mí la guerra no me hará cambiar mis sentimientos —insistió con terquedad Clementina—. Sólo quiero a Rafael…, y si lloro es porque él está en el batallón «Atacama» en el desierto.

—Pronto estaremos todos allá —reflexionó Del Solar.

Dejaron a Clementina en su alojamiento y siguieron hasta el cuartel.

En la puerta, junto al centinela, rígido como un poste, estaba el coronel Amengual.

—Buenas noches, niños —saludó, escrutándoles el rostro para cerciorarse de si habían bebido.

—Buenas noches, mi coronel.

Al atardecer del 20 de septiembre partió el «Esmeralda» desde la plaza de San Felipe. Sus hombres marchaban con paso redoblado y rítmico, y sus filas parecían gradas simétricas de una larga escala pintada en rojo y azul. A la cabeza de la columna, sobre un caballo tordillo, iba el coronel Amengual. Tras él, el estandarte de guerra, portado por el abanderado, subteniente Ruperto Montero, y enseguida los dos batallones.

En la estación se había aglomerado una densa muchedumbre.

Hubo abrazos, besos, promesas, lágrimas de los reclutas secadas a hurtadillas.

El tren estaba colocado y la caballada embarcada. A la orden del segundo comandante, don Adolfo Holley, el regimiento subió a los vagones. Se produjo entonces un momento de recogimiento general. La estación se quedó extrañamente silenciosa y las sonrisas se trizaron.

La locomotora jadeaba impaciente.

Clementina estaba junto a la ventanilla en la cual asomaba su hermano. Lucía no se atrevía a acercarse. De pronto, lejos, junto a la locomotora, sonó estridente el pito del jefe de estación. La máquina dio un resoplido y comenzó a vomitar humo en grandes bocanadas.

Clementina se prendió de la mano que Alberto dejaba colgar fuera de la ventanilla.

—Hasta la vuelta, hermanita —le dijo éste cariñosamente—. Cuida de nuestra madre.

—Hasta muy luego, Alberto —respondió la muchacha, caminando junto con el tren—. Tan pronto llegues a Antofagasta busca a Rafael y dile que lo recuerdo siempre, que me escriba más a menudo.

Un pitazo dilatado de la locomotora cubrió por unos instantes las despedidas.

—Escúchame, Alberto —pudo oír éste que le gritaba su hermana marchando apegada a la ventanilla—. En Valparaíso se está creando un servicio de enfermeras que serán enviadas a los frentes de batalla. Si así ocurre, yo iré con ellas.

—¡Estás loca. Clementina! —le reprochó Cobo, alzando la voz para sobrepasar el estruendo de la locomotora.

—Así entiendo yo la fidelidad al amor, hermano —proseguía la muchacha—. Si la guerra se prolonga, iré junto a Rafael como enfermera.

Clementina iba quedándose atrás, al igual que el torrente humano que trotaba paralelo al tren.

—¡No hagas locuras, Clementina! —alcanzó a gritarle Alberto—. ¡La guerra es para los hombres!

La muchacha agitaba un brazo. Entonces surgió a su lado Lucía. Lloraba profusamente y gritaba algo que Cobo recibió en jirones:

—… si algún día regresas…, esperándote… ¡Vuelve!…, olvides…

El humo de la locomotora, aplastado por el viento, envolvió a la gente. La última imagen que alcanzó a captar Alberto fue la de Clementina, que había abrazado a Lucía.

Dentro del vagón, los esmeraldinos comenzaban a cantar el viejo canto de los soldados sanfelipeños:

Clarines y cornetas me obligan a marchar,
de mi adorada prenda me voy a separar.
Por eso ya no quiero amar más en la vida.
¡Adiós, prenda querida, me voy a separar!

En un desvío de líneas de la estación Las Vegas pasó la noche el regimiento, y a media mañana del 21 de septiembre desembarcó del tren en la estación Barón de Valparaíso.

El coronel Amengual había hecho cerrar las puertas del recinto, para que nadie viera a sus «niños» somnolientos y desgreñados por el viaje. Rápidamente los hizo refrescarse y les pasó severa revista en el andén. Cuando hubo comprobado que todos estaban impecables y animosos, hizo abrir la puerta de la estación y, en formación para desfile de parada, con la banda de bronce a la cabeza, los hizo marchar a través de las calles de Valparaíso.

Centenares de niños corrían junto a la briosa columna y algunas señoras de edad se apegaban a las filas y, al pasar, besaban las mejillas de los soldados más jóvenes. Los dos cornetas de órdenes no alcanzaban a sumar entre ambos treinta años. Desde los balcones, miles de dedos finos de muchachas lanzaban besos a los soldados de mejor estampa, entre los cuales sobresalía Cobo, por su estatura y por su rostro viril, que se veía bronceado obscuro bajo el quepis rojo adornado con trencillas doradas.

Frente al muelle de la Bolsa se mecían impacientes los diez barcos del convoy que debía partir. Todos los demás regimientos habían embarcado ya, y los lanchones aguardaban a los esmeraldinos. El comandante Amengual ordenó el alto al borde de la gradería que descendía hasta ellos e hizo girar su tropa, dando la espalda al mar. En el extremo más avanzado del muelle alzó su figura maciza y dominante el tribuno don Benjamín Vicuña Mackenna y su voz rebotó sobre las filas y la multitud:

—¡Soldados del regimiento «Esmeralda», herederos legítimos de la gloria inmarcesible de Arturo Prat y los héroes de la corbeta *Esmeralda*! —comenzó diciendo—. El destino ha querido hacer sonar, al fin, la gran campana que marca vuestra hora de ventura, el comienzo del maravilloso propósito que ha estado germinando en vuestras mentes y forjándose en el yunque de sangre de vuestros corazones: marchar a Iquique y, con el mismo ímpetu con que los pueblos cristianos se lanzaron a la conquista del Santo Sepulcro, conquistar esas playas. Hay un paralelo exacto en esta empresa vuestra, puesto que en aquella tierra requemada por el sol yacen los restos de los héroes que, con el riego de su sangre, hicieron germinar la semilla guerrera de nuestra nación.

¡Soldados del regimiento «Esmeralda», hay en Iquique un destino que os llama! ¡Sois predestinados a la gloria! No dejéis, pues, que ésta se escurra por entre vuestros dedos. Oprimid firme el puño hasta hacerlo sólido como el granito y abrid de un golpe las puertas del territorio enemigo, y clavad enseguida ese magnifico estandarte en la tierra que guarda los restos de Prat, para que su estrella de oro vele el sueño del héroe y demuestre al mundo que los vengadores de la «Esmeralda» supieron cumplir. ¡Buen destino, esmeraldinos!

—¡Regimiento, atención…, firm! —tronó la voz del comandante, y las filas, traspasadas de entusiasmo por la arenga, se pusieron rígidas como una tabla—. ¡Al hombro…, ar! ¡Media… vuelt!… ¡Por compañías…, embarcar!

Una tras otra, las ocho compañías fueron vertiéndose en el vientre de otros tantos lanchones, mientras la banda volvía a tocar el himno del regimiento.

La multitud, avanzando hasta los bordes del muelle, los despedía con vítores y agitar de pañuelos.

Cabeceando bajo el sol de aquel mediodía de septiembre, los diez barcos del convoy enfilaron sus proas hacia el norte. Marchaba adelante el *Cochrane*, rejuvenecido y nuevamente temible, seguido por los transportes *Loa*, *Limarí*, *Matías Cousiño*, *Huanay*, *Paquete del Maule*, *Santa Lucía*, *Toltén*, y, por último, el *Amazonas*, en que viajaba el regimiento «Esmeralda». Cerraba la marcha la corbeta *O'Higgins*,
movediza y ágil.

En las cubiertas, aferrados a las bordas, los soldados cantaban sus himnos, mientras en el fondo del recuerdo acariciaban la imagen más querida, en el último adiós.

El largo convoy, empavesado en los palos mayores con los tricolores patrios, llevaba a proa y popa, en los castillos y en las toldillas, los estandartes de los diferentes batallones y regimientos. En el alcázar del transporte *Amazonas*, agitado por la ventolina del mar, flameaba el estandarte de guerra del regimiento «Esmeralda» y bajo su estrella, bordada en realce por hilos de oro, se amontonaban los oficiales y soldados del flamante cuerpo.

El curita Gómez iba de corrillo en corrillo, riendo con los chistes, coreando las cantatas cuarteleras y distribuyendo coscorrones entre los que se sobrepasaban en el calibre de sus bromas.

—¿Y esa cara de mártir que llevas tú, muchacho? —decía el capellán, plantado con los brazos en jarras ante uno de los cornetas que estaba verde por el mareo—. ¿A ver?, ¿Qué tienes?

—Tengo el estómago que me sube y que me baja, *pairecito* —contestó el niño, pues no cumplía quince años—. Si parece que el buque se me diera vuelta y que… —tuvo que taparse la boca con una mano para no vomitar sobre el capellán, que prudentemente esquivó el cuerpo.

—¡Bah, a eso no hay que darle importancia, chiquillo! —dijo para tranquilizarlo y, volviéndose a los soldados que, tumbados sobre la cubierta, impedían el paso hasta la borda, les ordenó—: A ver, niños; vamos a dejar aquí libre un pasadizo para que puedan llegar rápido hasta la borda los necesitados.

En ese momento asomó por detrás del palo mayor el rostro albino del soldado Trujillo. Haciendo morisquetas misteriosas se acercó al cabo Cardemil.

—¡Eh, mi cabo! ¡Mi cabo, por favorcito!

—¿Qué hay, *sordao*? ¿Es que encontró muchas pulgas en su lecho Luis XV? —le preguntó el suboficial, pestañeando rápido como una vieja miope.

—No, *iñor* —explicó en tono truculento el soldado—. Pero

asujete al *pairecito* para que no vaya *na pa* la tercera compañía.

—¡Chis! ¿Y por qué, *guaina*?

Trujillo infló los carrillos y lanzó su revelación, abarcando con la mirada a sus compañeros:

—¡*Afigúrese*, mi cabo, que pillamos una mujer!

—¡Pffffff!…

Una sola exclamación de asombro sacudió al grupo. Los que estaban tendidos se sentaron; los que estaban sentados se afirmaron en las rodillas.

—¡No me diga, *iñor*! —dijo uno, relamiéndose—. ¿*Onde* está la hembra? Yo soy de allá, *pue*.

—Dejarse de corcovear, ñatos, que la cosa es seria —reclamó Trujillo, enojado por la forma en que era recibida su advertencia—. Les digo que descubrimos que mi sargento Lucas Cerda se trajo una mujer vestía de *sordao* o la china se coló por su cuenta de puro *enamoricá* que está. Pero, imagínese, mi cabo, la que se va a armar si la pilla el curita, *pue*.

—Es verdad —aceptó el cabo Cardemil, poniéndose de pie con ademán ejecutivo—. Hay que *asujetar* a mi capellán. *Sordao* Trujillo, vaya a decirle a mi sargento Cerda que esconda a la *prienda* a la carrera, mar.

—¡Al tiro, mi cabo! Pero *usté, asujete* al *pairecito*, ¿no?

Saltando por sobre sus compañeros, el albino se perdió hacia la proa.

Por su parte, el cabo salió a la zaga del cura Gómez, preguntándole, mientras lo alcanzaba:

—Oiga, mi capellán, ¿será cierto lo que andan contando estos bribonazos?

El sacerdote se volvió, con las blancas cejas fruncidas en un gesto de desconfianza.

—No me vengas con uno de tus «sucedíos», Cardemil, porque ya me tienen mareado a mentiras —le dijo, pero se detuvo a oírlo.

—No, *pairecito*, si esto parece que *juera* cierto —argumentó gravemente el suboficial—. Dicen que el señor cura de Quillota, que fue un día a vernos al cuartel de San Felipe, ¿se recuerda?… *Güeno*. Cuentan que salió una noche con el sacristán a retoña carrera en su burro, *pa* darle la extremaunción a un huaso. Como el huaso se

moría que era un gusto, el *pairecito* iba dale que dale talonazos a su bestia. Llevaba en la mano un santo crucifijo, uno de esos que *usté* debe conocer, que son atornillados por la mitad. Y como el burro no daba más que trote, el *paire* comenzó a chicotearlo duro y parejo. Pero no se fijó *na* que lo chicoteaba con la cruz, *pus*, patrón. Dele que suene, llegaron a la casa del huaso y se metieron a la pieza. El curita, ¡zas! que se arrodilla al *lao* del moribundo y levanta la cruz *pa* darle los santos óleos, que le dicen. ¿Y que no se da cuenta recién que con el chicoteo se le había desatornillado la santa imagen y se le había caído en el camino la parte de la cintura *pa* arriba?… El *pairecito* miró al sacristán… Y entonces, como el moribundo pegó una boquea *reapurao*, el sacristán no atinó más que a decirle al curita: ¡Ayúdelo usted con el culito, *paire*, mientras yo *güelvo* a buscar el resto!

El rostro ascético del cura Gómez se puso púrpura, como si la fuera a dar un ataque de apoplejía.

—¡Mira, sacrilego! —barbotó, exagerando un poco su enojo al ver que todos los soldados se escondían unos detrás de otros para que no los observara reírse—. ¡Yo te voy a enseñar a reírte de las cosas santas! —Y se abalanzó sobre el suboficial con ambas manos levantadas.

Afortunadamente para él, y también para el prestigio del cura, asomó en ese momento el subteniente Del Solar llamando al capellán.

—¿Qué hay, teniente? —le contestó el sacerdote, viendo en esa intervención una salida para su inconfortable situación.

—Venga usted un momento, por favor. Mi comandante Amengual lo necesita en la cámara del capitán.

—Voy al momento, teniente. —El cura se volvió hacia el cabo Cardemil y le clavó una mirada fulminatoria—. No te creas que te me vas a escapar, ¿eh? Ya vamos a platicar los dos más tarde.

Pero la noticia que le reveló el coronel Amengual, en la cámara, lo hizo olvidar instantáneamente la escena anterior. Sólo después de largos segundos pudo exclamar:

—¿Mujeres entre los soldados, mi comandante? ¡Ohhhh!

—Y dos —afirmó el austero veterano—. Una en la tercera compañía del primer batallón, y la otra, en la primera del segundo.

¡Dos mujeres disfrazadas de soldados! ¿Cómo se colaron a bordo? ¡Sépalo el diablo!

El comandante se paseaba nerviosamente, mordisqueándose la guía izquierda del largo bigote blanco, señal inequívoca en él de profunda preocupación.

—¿Y ahora qué hacemos con ellas, padre Gómez? —dijo, parándose frente al capellán—. Esto es de responsabilidad suya.

El religioso le echó una mirada de soslayo, comprendiendo que el comandante quería sacar las castañas con la mano del gato.

—¡Caramba, caramba! —murmuró—. ¡Qué conflicto! ¿Cuál puede ser el sitio para dos mujeres en un barco que lleva mil doscientos hombres?

—¿Las dejamos al cuidado de los hombres con quienes vienen? —consultó el coronel.

—¡Oh, no! ¿Dos mujeres metidas en medio de los batallones? Se despanzurra el barco, mi coronel. A esas damiselas hay que encerrarlas en un cuarto aislado, bajo siete llaves.

—¿Un cuarto aislado? Pero si no hay hueco donde meter una pulga, capellán.

Los ojos del sacerdote se iluminaron de improviso.

—¿Hay soldados en la enfermería? —preguntó.

—Dos o tres, a los que el mareo tiene convertidos en pingajos.

—¡Ah, espléndido! Los pingajos no tienen ánimo para pensar en mujeres —sentenció el sacerdote—. ¡Mi comandante, esas dos entrometidas tendrán que someterse al oficio de enfermeras! ¡Déjelas a mi cuidado!

Al coronel no le gustaba la idea de mantener mujeres en el barco.

—¿No sería mejor desembarcarlas en Caldera? —propuso, tanteando el terreno.

—¿Desembarcarlas? ¿Dejarlas abandonadas en tierras desconocidas para ellas? —El amor del curita Gómez por sus semejantes se rebelaba—. Si han tenido el valor de seguir a sus hombres a la guerra, tienen el derecho de llegar a Antofagasta —afirmó—. ¿No cree usted?

El comandante hizo un ruido con la garganta, como si fuera a protestar, pero se limitó a sacudir su brazo hábil en un gesto ambiguo.

—Bien…, encárguese usted de ubicarlas, capellán —deslindó por fin.

Pero entonces ocurrió algo inesperado. La puerta volvió a abrirse y apareció en ella el capitán Larraín. Cuadrándose, dijo:

—Encontramos…, encontramos otra mujer en la cuarta compañía del segundo batallón, mi comandante.

El coronel dio un salto y se golpeó la frente con el puño. El capellán hundió el rostro entre las manos, ocultando su asombro, su espanto… o su risa.

11

Decidida la invasión del territorio de Tarapacá por el ejército expedicionario, que pronto estaría reunido en Antofagasta, surgió una última vacilación en el Gobierno.

Aun cuando ya la escuadra había recibido orden de reunirse en Antofagasta para navegar enseguida hacia Arica, y el *Cochrane* y la *O'Higgins*,
que escoltaban al convoy de cinco mil reclutas que viajaban hacia el norte, habían recibido idénticas instrucciones, la duda de que los barcos peruanos pudieran haber seguido hacia el Callao trazó la siguiente interrogante: ¿Conviene que la escuadra persiga a la flota enemiga hasta el mismo Callao, abandonando la protección de las costas y del ejército expedicionario?

El dilema fue planteado a un consejo de guerra que reunió Rafael Sotomayor en Antofagasta, de acuerdo con este cuestionario:

«Primero: ¿Sería posible, sin grandes riesgos aún sin estar destruida la escuadra peruana, efectuar la expedición terrestre?

»Segundo: ¿Cuáles serían los medios de darle seguridad para el caso de que los buques peruanos pretendieran atacar el convoy que lleve las tropas desde Antofagasta hasta el lugar de desembarco?

»Tercero: ¿Cuál es la vigilancia que hay que establecer, a fin de que, si dichos buques aparecen en nuestras costas, puedan ser perseguidos por los nuestros, sin descuidar la protección que debe dar al ejército expedicionario?».

Esta encuesta provocó la más grave discusión entre los miembros del consejo de guerra.

Con la oposición del jefe del Estado Mayor, coronel Emilio Sotomayor, y la del capitán de fragata Manuel Thomson y la aprobación de los siete miembros restantes, se acordó comunicar al

Gobierno que el consejo de guerra consideraba:

«Primero: Que no hay riesgo para que el ejército expedicione sobre territorio enemigo, aun cuando no se hayan destruido los buques peruanos, siempre que sea convoyado por toda la escuadra.

»Segundo: La escuadra irá a Arica a buscar a los barcos enemigos, demorándose a lo sumo veinte días, a fin de que pueda estar de regreso a tiempo para convoyar a los transportes que llevarán las tropas del ejército expedicionario, y

»Tercero: La escuadra no irá por el momento hasta el Callao, en caso de que el *Huáscar* y la *Unión* no se encuentren en Arica».

Después de llegar a este acuerdo, el general en jefe del ejército se comprometió a realizar los aprestos de sus tropas en veinte días, a fin de que se pudiera comenzar la invasión al término de ellos.

—La escuadra zarpará mañana mismo hacia Arica —resumió el ministro de la Guerra—, y el ejército comenzará la invasión entre el 10 y el 12 de octubre.

Inmediatamente comenzaron los preparativos para la expedición decisiva, y Antofagasta se convirtió en una fragua bulliciosa. La actividad del ministro Sotomayor era tan intensa que se excusaba de recibir a nadie, salvo a los generales. Sin embargo, en la mañana del 24 de septiembre se presentó en la antesala de su despacho un personaje a quien no sólo no le negó audiencia, sino que lo hizo conducir al momento ante él. Era el capitán de exploradores Manuel Rodríguez, de vuelta de su viaje por el territorio enemigo.

—Nunca podrá ser usted más bien venido que ahora, capitán —le dijo el ministro al estrecharle la mano—. Viene usted de cruzar las tierras enemigas, ¿verdad?

—En todos sentidos, señor. Primero, por la pampa, hasta la zona en que patrulla el comandante Soto; luego, crucé el desierto del Tamarugal, bordeando la sección ocupada por el general boliviano Campero, hasta La Noria y Pisagua, lugar este último donde logramos rescatar a las dos agentes chilenas, Leonora Latorre y Elcira Carrasco.

—¡Las pusieron a salvo! —aprobó el ministro—. Lo felicito, capitán.

—Yo mismo las escolté por entre las líneas enemigas hasta Arica, donde nos separamos. Ellas siguieron con el agente secreto Roberto Rodríguez hacia Tacna, donde tenían la esperanza de

conectarse con la red de espionaje que maneja El Profesor. Y mi asistente y yo regresamos, disfrazados, en un barco inglés de pasajeros.

El ministro le palmeó efusivamente la espalda, volviendo a felicitarlo, y le exigió que le hiciera en el acto un resumen de lo que había visto.

—Le pasaré un informe escrito, señor, pero mientras tanto, puedo anticiparle cuál la situación del ejército enemigo.

Sotomayor tomó rápidamente un lápiz y se dispuso a anotar.

—¿Dónde están sus puntos de concentración de tropas? —interrogó.

—Campamento principal en Iquique y el Molle. Gran concentración en La Noria. La segunda mitad del ejército aliado está en Pozo Almonte y Pisagua. Pero existen pequeños campamentos repartidos en todas las caletas que hay entre Patillos y Arica.

—Tienen protegida toda la costa —reflexionó el ministro—. ¿Hizo usted un cálculo del total de soldados, capitán?

—Lo averigüé, señor —afirmó Manuel Rodríguez—. Diez mil quinientos hombres hasta hace dos días. Pero esa cantidad subió posteriormente en dos mil más: la división Bustamante, transportada a Iquique por el *Huáscar* y la *Unión*.

Al oír el nombre de los dos barcos, el ministro dejó de escribir:

—¿Dice usted que el *Huáscar* y la *Unión* estaban hace dos días en Iquique? preguntó, y se quedó con la respiración contenida.

—Sí, señor; y supe que volvían a Arica enseguida.

El ministro se puso de pie y exclamó exaltadamente:

—¡Están en Arica entonces! ¡Bravo! ¡Nuestra escuadra los sorprenderá allá!

El capitán se apresuró a advertirle:

—Al *Huáscar* solamente, señor, porque la *Unión* debía zarpar al momento hacia el Callao para ir a recoger cinco lanchas torpedos recién llegadas de los Estados Unidos y que se destinan a la defensa de Arica.

La información hizo fruncir el ceño al ministro.

—Y dicen que son unas impresionantes máquinas de guerra, señor —prosiguió el explorador—. Tirándole la lengua a un marinero borracho, pude averiguar que tienen 75 pies de largo, corren a dieciocho millas por hora y sólo se les ve el caparazón

fuera del agua.

—¡Diablos! —exclamó Sotomayor, preocupado—. Si esas lanchas llegan a Arica antes que nuestros barcos, los blindados van a correr peligro.

—Por cierto —confirmó Rodríguez—. Si la escuadra piensa asomarse a Arica ahora, tiene que apurarse y hacerlo antes de que llegue la *Unión* con las lanchitas.

Durante unos segundos, el ministro meditó en silencio. Por último, se dirigió a la puerta del despacho en busca de su secretario. Pero, en el momento en que abría la puerta, éste se presentaba ante él.

Señor —lo interceptó—, se acaba de recibir un telegrama de don Guillermo Matta, intendente de Copiapó, en el que dice que el capitán del vapor *Pacific*, llegado directamente de Arica a Caldera, le advirtió que el *Huáscar* está en el puerto del morro y que la *Unión* navega hacia el Callao.

El ministro miró al capitán Rodríguez y éste le devolvió la mirada con un guiño afirmativo.

—Es la mano del destino la que ordena estas coincidencias —le dijo sonriendo.

Un cañonazo resonó, entonces, en la costa, y otros le respondieron, lejanos, desde el mar.

Los tres hombres saltaron hacia la ventana más próxima. Cruzando la boca de la bahía se divisaban diez barcos empavesados con la bandera de Chile. Al frente de ellos se reconocía claramente la mole del *Cochrane*.

—¡Es el convoy de los cinco mil soldados! —exclamó impresionado el ministro, y añadió—: Todo se junta, todo se armoniza como por obra de magia, capitán, para que podamos lanzar lo antes posible la invasión de Tarapacá.

—¡Y la lanzaremos, señor ministro! —aseguró el explorador—. Ahí vienen los regimientos «Santiago» y «Esmeralda», el batallón «Lautaro», los «Navales», el segundo batallón del «Granaderos»…

El ministro lo contempló estupefacto.

—¡Caramba, capitán Rodríguez! —dijo casi molesto de que, viniendo del norte, aquel hombre pudiera conocer aquel secreto militar—. ¿Hay algo que usted no sepa?

El explorador, sorprendido por el tono del ministro, terminó por

reír.

—Perdón, señor ministro —explicó—, pero basta leer los diarios de Valparaíso y Santiago. Los vapores de pasajeros que van hacia el norte los llevan todos. Por eso es que los peruanos no necesitan tener espías.

—¡Es la calamitosa verdad! —reconoció el ministro, disgustado, y abandonando aquel tema que tantas molestias le daba, se volvió a su secretario y le ordenó—: Comunique al comandante Galvarino Riveros que cumpla la orden de hacer salir la escuadra inmediatamente hacia Arica. Y especifíquele que las principales acciones contra el *Huáscar* debe realizarlas el *Cochrane*, mandado por el comandante Juan José Latorre.

Efectivamente, el *Huáscar* estaba en Arica. El almirante Grau había bajado a tierra para mostrar a su presidente los diarios chilenos que habían servido de fuente de información al capitán Rodríguez:

—Lea usted aquí, Excelencia. Los barcos chilenos zarparon de Valparaíso el 21; luego, han debido desembarcar esos cinco mil hombres en Antofagasta el 24 o el 25 recién pasados.

—Es decir, hace tres días, almirante.

—Estamos a tiempo, Excelencia —reflexionó Grau—. Mis informantes me han hecho saber que en Antofagasta se preparan aceleradamente transportes para trasladar esas tropas a un punto de desembarco en nuestro territorio, el que no puede ser otro que la caleta de Palillos. Ubicada a la mitad de la distancia entre Iquique y Tocopilla, es el sitio ideal. Ellos poseen Tocopilla, nosotros Iquique.

El presidente del Perú estaba alarmado, pero procuraba no dejarlo traslucir.

—Les opondremos el grueso de nuestro ejército, que está en Iquique y La Noria —replicó con entereza.

El almirante movió la cabeza. Su vanidad de marino le hacía dudar de la efectividad de las fuerzas terrestres.

—Hay algo que podemos hacer antes, Excelencia —explicó al cabo de un momento—; una acción de positivos beneficios y de relativo riesgo para un mando experto.

El general Prado comprendió al instante que el jefe del monitor tenía planeada otra de sus temerarias empresas. El almirante agregó:

—Salir con el *Huáscar* al encuentro del convoy con soldados destinados a desembarcar en Patillos y, al amparo de la noche, cañonearlo, desordenar sus unidades y hundirle el mayor número de barcos.

El presidente se quedó mirándolo espantado.

—Ese convoy irá protegido por los blindados y toda la escuadra enemiga —fue lo único que atinó a oponerle.

—No les temo, Excelencia; aún más, ansío con todo el corazón realizar este intento —respondió el marino—. Póngase usted en mi lugar, Excelencia —agregó—. La guerra naval seguramente pasará a un plano secundario al comenzar la campaña de tierra. ¿Puedo resignarme a dar por terminada mi labor sin antes echar a pique a unos cuantos barcos enemigos?

—¡No puedo aceptar su plan, almirante! —protestó el general—. Es muy expuesto. Los blindados chilenos están reparados y…

—Le suplico esta autorización, Excelencia —lo interrumpió el marino—. Y le prometo que, una vez más, el *Huáscar* no dejará mal puesto el honor del Perú.

El presidente agachó la cabeza. Grau siempre había cumplido sus promesas, y siempre con éxito.

—Está bien —aceptó en voz baja—. Lo autorizo para intentar ese ataque, aunque me da pavor que ésta pueda ser la última empresa del *Huáscar*.

—Gracias, Excelencia.

El rostro del almirante se relajó y hasta ensayó una sonrisa.

Yo no sirvo para estar en tierra —explicó, tratando de adoptar un tono más liviano—. Sobre el puente del *Huáscar* recién soy Miguel Grau. Zarparé mañana al alba.

Se inclinó rígidamente ante el mandatario y salió.

Los hilos telegráficos vibraban incesantemente sobre el territorio atacameño, y, desde Antofagasta, se abrían en abanico las columnas de soldados, diseminándose por el desierto y por la costa.

Tan pronto los hombres del «Esmeralda» fueron desembarcados, el coronel Amengual pidió al general en jefe que le permitiera dar a sus «niños» la última instrucción en plena pampa. Y el 26 de septiembre, pasado el rancho del mediodía, sorpresivamente dio la orden de marcha.

Cargados con equipo completo de guerra, los dos batallones se internaron en el desierto en dirección a Salar del Carmen.

Después que dejaron atrás la cuesta que trepa desde Antofagasta y se lanzaron a cruzar la pampa, dos tambores encabezaron la columna marcando un compás de marcha de ciento diez pasos por minuto. Entonces el comandante Amengual trepó con su caballo sobre una pequeña prominencia y alzado sobre los estribos les fue diciendo, a medida que pasaban:

—¡Atención, soldados del «Esmeralda»! Vamos a marchar en una sola jornada hasta Salar del Carmen. ¿Entendido, eh?, ¡en una sola jornada! Cada uno de ustedes lleva una cantimplora llena de agua. No habrá más, ni una gota más, hasta que lleguemos a nuestro destino. El que se tomó el agua antes se fregó. Nadie le convidará un trago, so pena de azote. ¿Comprendido?

—¡Comprendido, mi comandante! —respondió la masa jadeante de soldados.

—Y sepan todos que yo iré detrás de la columna —volvió a bramar la voz del manco soberbio—, que desmontaré y marcharé a pie, como ustedes. ¡Y ay del que se vaya rezagando o se atreva a detenerse a descansar! ¡A puntazos con mi sable le daré nuevos impulsos! ¿Entendido?

—¡Entendido, mi comandante! —volvió a responder el regimiento, hundiendo los pies en la arena hasta la caña de los calamorros.

A las dos de la mañana del 2 de octubre zarpó la escuadra chilena desde Mejillones.

Por su parte, el *Huáscar* y la *Unión* navegaban en aquellas mismas horas rumbo al sur. El encuentro debía ser inevitable…, salvo que la noche o la densidad de la neblina se interpusiera entre las flotas.

A las siete y media de la madrugada del 2 de octubre el vigía establecido en la cima más alta de Punta Angamos, que cierra la bahía de Mejillones por el sur, lanzó su alerta:

—¡Alertaaaaaa!… ¡Dos barcos al oeste!… ¡Dos barcos cruzan hacia el sur!

Repetida por los demás centinelas ubicados en las cumbres, la advertencia llegó rápidamente a la comandancia militar de Mejillones y de ahí fue transmitida a Antofagasta, pero con un agregado. Un pescador de alta mar había visto pasar las dos moles junto a su bote y aseguraba que correspondían al *Huáscar* y a la *Unión*.

La noticia causó profundo desconcierto al ministro Sotomayor y al general Escala.

—Si así fuera —aceptó el ministro—, querría decir que se repite la misma circunstancia que determinó la pérdida de la *Esmeralda* y la muerte de Arturo Prat. Pero ahora el hombre destinado a hundirse con su barco sería el almirante Grau.

Las autoridades marítimas y militares de Antofagasta saltaron, sorprendidas, y se quedaron en espera de que el ministro terminara de exponer su pensamiento.

—Sí, señores —prosiguió éste—, porque si el monitor ha pasado hacia el sur, cuando regrese hacia el norte tendrá que caer en medio de nuestra escuadra, a la que trataremos de poner sobre aviso lo antes posible.

Pero no había forma de avisar a la escuadra que navegaba hacia Arica y sólo cabía esperar que se produjera alguna coyuntura que permitiera comunicarse con el comodoro Riveros.

Dos días transcurrieron en aquella expectación. El 4 de octubre, al crepúsculo, el telegrafista de guardia corrió en busca del ministro Sotomayor, portándole un telegrama urgente. Éste venía firmado por el intendente de Atacama, Guillermo Malta, y decía:

> *Octubre 4, a las 3 de la tarde. Teniente de aduana de Peña Blanca envíame mensajero anunciando* Huáscar *y* Unión *están frente caleta Chépica, conversando con vapor* Chala *del servicio de pasajeros. Exigido confirmación noticia, mismo teniente aduana amplía diciendo que* Huáscar *apoderóse de una goleta en Sarco y pasó el día*

en acecho en Punta de Leones.

El ministro y el general Escala se abalanzaron al mapa. Punta de Leones estaba a pocas millas al sur de Caldera.

La incursión de los barcos enemigos fue notificada telegráficamente al Gobierno de Santiago y se solicitó un plan que permitiera atraparlos a su regreso hacia el norte.

Sucesivamente fueron llegando telegramas que demarcaban casi milla tras milla la ruta que seguían el monitor y su compañera. Finalmente, el 6 de octubre, venía uno directamente desde Los Vilos; había sido expedido a las doce de la noche, y decía:

> Huáscar *llegó este puerto diez de la noche. Fondeó unos minutos, observó y, virando en redondo, regresó rectamente al norte.*

El monitor había puesto fin a su excursión a lo largo de la costa chilena y regresaba. ¿Cuál era la causa? Más tarde se supo. En aquel punto los marinos peruanos abordaron el vapor *Cotopaxi*, de la Compañía Inglesa de Vapores, con el propósito de tomar noticias sobre los movimientos del ejército y de la escuadra chilenos. El oficial encargado de cumplir tal misión interrogó a los pasajeros y uno de ellos, simpatizante de Chile, lo engañó comunicándole que el ejército mandado por el general Erasmo Escala se preparaba a desembarcar sorpresivamente en Iquique.

Esta falsa información alarmó al almirante Grau, determinándolo a regresar a toda máquina hacia el norte. Pero cuando cruzaban a la altura de Coquimbo, una inesperada falla en la maquinaria del monitor lo obligó a tomar altura, internándose en alta mar, para proceder a su reparación y ocultarse de los posibles barcos de cabotaje que navegaban apegados a la costa. Pero su estrella comenzaba a eclipsarse y puso delante de su proa al vapor de pasajeros *Coquimbo*, que, habiendo tomado la misma precaución, navegaba por alta mar. Y para colmo de la mala fortuna de los marinos peruanos, en él viajaba el sargento mayor chileno Belisario Villagrán, quien notificó de tal encuentro al gobernador de Coquimbo, primero, y a Eulogio Altamirano en Valparaíso, tan pronto como desembarcó en ese puerto.

Esta información vibró al momento en el telégrafo y llegó a

conocimiento del ministro de la Guerra y Marina, Sotomayor, el 6 de octubre en la noche.

Ya no cabía duda: el acorazado enemigo regresaba hacia el norte. Los jefes de Antofagasta podían calcular su ruta como si lo estuvieran mirando avanzar.

Cruzará a la altura de Antofagasta mañana 7 en la noche… o en la madrugada del 8 —calculaba el ministro Sotomayor—. ¿Cómo pudiéramos comunicarnos con nuestra escuadra para ordenarle volver?

—No hay caso, ministro —aceptaba con resignación el general Escala—. Usted sabe que las órdenes que se dieron a la escuadra eran las de llegar hasta Arica y, si no encontraban allí al monitor y a la *Unión*, el *Cochrane* y la
O'Higgins
deberían seguir buscándolo hacia el norte, en tanto que sólo el *Blanco* y la *Covadonga* regresarían a Antofagasta.

El ministro y el general se acostaron desencantados aquella noche. Sotomayor se daba vueltas en el lecho sin poder conciliar el sueño. De súbito una mano golpeó impaciente en su puerta. Uno de los operadores del despacho telegráfico le extendía un telegrama:

—Llegó hace una hora, señor. Pero venía con la cifra que usa la escuadra y tuve que traducirlo.

El ministro brincó en su lecho.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿La escuadra telegrafía?

—Sí, señor. El comandante Latorre telegrafía desde Mejillones.

Si una aparición celestial se hubiera presentado ante el ministro no le habría causado mayor conmoción. Arrebató el telegrama de manos del operador.

> *Octubre 6. De orden del comandante en jefe de la escuadra me he dirigido a Mejillones en convoy con los buques* Loa *y*
> O'Higgins
> *para comunicar con usted* —comenzaba diciendo y luego explicaba que el ataque sobre Arica no se llevó a efecto el 5 por cuanto ni el *Huáscar* ni la *Unión* se encontraban en el fondeadero. Ambos buques habían zarpado la noche del 1.º y, en

previsión de que el objeto de su viaje fuese el de sorprender nuestros transportes o puertos del norte, el comodoro Riveros resolvió dejar sin efecto el crucero hacia la costa de más al norte, ordenándole, en cambio, adelantarse, navegando en conserva con el *Loa* y la *O'Higgins*, para ponerse a las órdenes del ministro. El mensaje terminaba con una consulta—*: Espero que sirva decirme usted si permanezco aquí, en Mejillones, o sigo en el acto para Antofagasta.*

LATORRE.

El ministro, cubierto sólo por sus pantalones y un capotón, salió en busca del general Escala.

—¿Y qué espera usted para ordenar a Latorre que se venga a toda máquina hacia este puerto? —lo apremió éste.

Pero el ministro no lo hizo. Había propuesto un plan al Gobierno y esperaba una respuesta telegráfica. Y aquel plan exigía que Latorre permaneciera con el *Cochrane*, el *Loa* y la *O'Higgins* en Mejillones. Por ello, la orden que le envió al jefe del blindado fue:

Octubre 6. Espere órdenes en ese puerto, tomando carbón hasta llenar sus carboneras.

Pero al día siguiente tampoco llegó la respuesta del Gobierno. El general Escala estaba preocupado por no haber seguido recibiendo informaciones costeras sobre el paso de los dos barcos peruanos.

—Es natural —le explicó el ministro, sofocando su impaciencia —. Eso quiere decir que ambos buques se han internado mar adentro y van cruzando distantes de la costa.

—Corremos el riesgo de que se nos escapen —objetó el militar.

—No, general. Ya verá usted que ellos mismos vendrán a meterse en nuestras redes.

—No entiendo por qué habrían de hacerlo…

—Porque viajan sin vapor carbonero que los surta de

combustible, general —explicó Sotomayor—. Tendrán que acercarse a la costa para proveerse de él. Y nosotros sospechamos en qué caleta tienen hombres para ayudarlo.

A mediodía del 7 de octubre la impaciencia del ministro colmó toda medida y se dirigió al telégrafo, decidido a enviar un mensaje conminatorio al Gobierno, urgiéndole la aprobación de su plan. Pero cuando entraba, se acababa de recibir un nuevo telegrama de Mejillones y éste provenía del comandante en jefe de la escuadra, comodoro Riveras. Decía:

> *Octubre 7.* Blanco *y* Covadonga *llegaron a este puerto a las 10 A. M. sin novedad en su derrotero. Se activa en cuanto es posible el embarque de carbón.* Cochrane*,* Loa *y* O'Higgins *podrán salir para Antofagasta mañana muy temprano. Irán con carboneras llenas. Si hay urgencia de esos buques, avise usted y saldrán inmediatamente con el carbón que tengan.* Blanco*,* Cochrane *y* Matías Cousiño *seguirán una vez que completen su carbón y creo que lo harán en la tarde de mañana. Si hubiese urgencia…*

El ministro dejó de leer, contrariado. Aquella disposición trastornaba el plan que había fraguado. Sin pérdida de tiempo, dictó un telegrama para el comodoro Riveros:

> *Octubre 7.* Blanco *y* Covadonga *deben venirse inmediatamente a ésta con* Matías Cousiño*, si no se necesita de éste para los demás buques.* Cochrane*,* O'Higgins *y* Loa *deben estar listos para salir donde se les diga. Usted debe, al venirse hoy con el* Blanco *y la* Covadonga*, pasar afuera de la costa para observar si los buques enemigos regresan al norte.*

Retornando al cuartel, comunicó al general Escala el plan que había estudiado para cazar al *Huáscar* y la *Unión*. Era el siguiente: desplegar en una línea perpendicular a la costa, frente a Mejillones,

al blindado *Cochrane*, al *Loa* y a la
O'Higgins.
Confiaba en que ningún barco podría pasar hacia el norte sin ser avistado por las naves chilenas.

—¿Y por qué no colocar también en esa línea al *Blanco* y la *Covadonga*? —preguntó el general.

—Por dos motivos. Primero, porque deben resguardar Antofagasta de un posible ataque del monitor y su compañera, y, segundo, para que, cuando aparezcan el *Huáscar* y la *Unión*, los empujen hacia la línea de barcos tendida frente a Mejillones, cogiéndolos entre dos fuegos.

Entretanto, Latorre recibía en su blindado *Cochrane* las instrucciones de Sotomayor sobre la acción que debían realizar las tres naves de la división ligera. Eran las 8 de la noche. El jefe del *Cochrane* mandó llamar inmediatamente a los comandantes Jorge Montt, de la
O'Higgins,
y Francisco Javier Molinas, del *Loa*, y les manifestó su parecer sobre el plan del ministro, haciéndoles ver que consideraba improcedente extender los tres barcos en una línea de sesenta millas marinas. Todos sabían que Grau tenía plena confianza en la superioridad del andar del *Huáscar*, por lo que navegaba siempre a una distancia no mayor de veinte millas de la costa.

Montt y Molinas estuvieron de acuerdo con él y se decidió que la línea de barcos tendida desde Punta Baja, al extremo más avanzado de la costa, no sería mayor de 20 millas.

Sotomayor, suponiendo que el comodoro Riveros navegaba ya hacia Antofagasta, había enviado sus instrucciones directamente al comandante Latorre, por lo que éste se apresuró a transbordarse al *Blanco* y las participó a su superior jerárquico.

El comodoro se sintió herido por lo que consideró un desaire inexcusable y hubo de intervenir Eusebio Lillo, secretario general de la escuadra, que estaba a bordo del *Blanco*, para evitar que la rigidez disciplinaria de Riveros provocara una ruptura entre los dos jefes. Por fin consiguió apaciguarlos y puso punto final a la entrevista rogando al comodoro:

—Hagámonos a la mar inmediatamente, comodoro, pues es de

conveniencia que la división pesada esté en Antofagasta cuanto antes. «Démonos un abrazo y vamos a morir por la patria».

Comodoro y comandante se estrecharon las manos y Latorre saltó a su falúa para regresar al *Cochrane*.

A las diez de la noche se ponía en marcha la división pesada, encabezada por el *Blanco*, seguido por la *Covadonga*, que mandaba ahora Manuel José Orella, y por el *Matías Cousiño*, bajo el mando del capitán mercante Augusto Castelton.

A las doce de la noche, navegando a media marcha, dejaba Mejillones la división ligera, compuesta por el *Cochrane*, la *O'Higgins* y el *Loa*. A las dos de la madrugada, los tres barcos se alineaban en el paralelo de Punta Baja sobre una extensión de veinte millas.

La trampa estaba lista. Sólo faltaba la aparición de la presa: el *Huáscar*.

Grau navegaba aquella noche el 7 al 8 de octubre lleno de presentimientos sombríos. Había tenido dos fallas sucesivas en las máquinas de su monitor, la última a las nueve de la noche. Mientras se hacían las reparaciones aprovechó para tomar 300 sacos de carbón desde las bodegas de la *Unión*.

Era la una de la madrugada cuando las dos naves peruanas enfrentaron la bahía de Antofagasta. Mediante su bocina, el almirante ordenó al comandante de la *Unión*, capitán de navío Aurelio García y García, que esperara en alta mar mientras el monitor recorría sigilosamente la rada.

A las tres y cuarto de la madrugada, los fanales del monitor perforaron el telón obscuro de la noche. Del fondo de las sombras, emergió la silueta del acorazado de bordas muy bajas. Entre los fanales de popa y proa sólo un luz indecisa daba vida al casco furtivo: la luz de las lanteas que iluminaban el compás de gobierno. Sobre ella se inclinaban los rostros tensos del almirante Grau y de su ayudante, el teniente Diego Ferré.

—Ojalá encontremos algún barco enemigo desprevenido —murmuró el jefe, tendiendo la vista hacia la costa—, alguno de los

blindados, al ancla.

—Admiro su temple, señor —le confesó su ayudante—. ¿No se agota usted nunca?

El almirante sonrió, pero con tristeza y desánimo.

—Estoy extenuado, teniente —expresó—. Lo único que ansío es obtener una victoria más, una sola. No pido más que hundir uno de los blindados chilenos. ¡Uno de ellos y regresar a la patria satisfecho, a descansar! —Durante unos instantes enmudeció, atento a observar hacia tierra. Luego prosiguió—: Mi esposa sufre mucho en cada uno de mis viajes. ¡Mi pobre Dolores! Prometí a ella y a mis hijos estar de regreso en septiembre y, ya ve usted, estamos en octubre…

En ese momento subía a la torre de mando el segundo comandante, capitán Elias Aguirre, a participarle que estaban ya demasiado cerca de tierra y que no se avistaba a ninguno de los barcos de guerra chilenos.

Está bien —aceptó resignado el almirante—. Caeremos sobre estribor y saldremos de la bahía contorneándola. Frente a Punta Tetas tomaremos altura rectamente hacia el oeste y a diez millas de la costa torceremos rumbo en 90.º para seguir hacia el norte.

Casi enseguida, el *Huáscar* comenzó a virar con lentitud y fue corriendo paralelamente a 500 metros de la costa, en busca de la *Unión*.

Entonces, desde la playa y desde los montículos que rodean la ensenada, miles de ojos pudieron contemplarlo a su sabor. ¡Estaba encerrado en la bahía de Antofagasta!

Hacía unos instantes que uno de los vigías ubicados en Punta Tetas había llegado a la carrera trayendo al ministro Sotomayor la noticia de que el *Blanco* y sus dos acompañantes se encontraban frente a ese lugar.

De pronto, una voz sobrecogedora cayó desde la cofa del trinquete del *Blanco*. Era el maestro de señales Jorge Sibbald que denunciaba la presencia de los dos buques enemigos.

—¡Dos buques a proaaaa!… ¡Dos buques a proaaaaa!…

El buque insignia, abandonando la protección de Punta Tetas, saltó adelante.

Un vigía de la *Unión* dio, a su vez, el alerta a lo lejos:

—¡Aleeertaaaa!… ¡Buques a proa!…

Simultáneamente, desde las cofas del *Huáscar* surgió la misma alarma. La tripulación del monitor se arremolinó en las amuras de babor y estribor. Asombrados, observaban a los tres barcos de la división pesada chilena. Grau enfocó sus anteojos de larga vista sobre las luces que se divisaban sobre proa. Durante largo rato las examinó en silencio. La noche y la distancia le impedían precisar de qué barcos se trataba. Pero por el espacio entre sus fanales de popa y proa calculaba que eran barcos grandes; quizás los dos blindados enemigos y un buque menor o posiblemente tres transportes. De todos modos, no podía arriesgarse a enfrentar a los primeros si venían juntos.

—¡Cierra la caña a babor! —ordenó al timonel, y luego a su ayudante—: ¡A toda máquina, hacia el oeste! Saldremos a mar abierto.

—Nos aproximaremos más a esos barcos, señor —objetó el teniente.

—Si son transportes, los hundiremos; si son los blindados, tenemos sobre ellos la ventaja de la velocidad. ¡Adelante, a toda máquina, teniente Ferré!

El monitor sepultó el espolón en las olas al aumentar bruscamente su velocidad y viró por avante.

El *Blanco* y sus escoltas lo imitaron, tratando de converger sobre él. Pero el mayor andar del *Huáscar* quedó de manifiesto. Describiendo una amplia curva se internó en el mar, cruzó frente a las proas de sus perseguidores y, cuando ya los comenzaba a distanciar, volvió a virar poniendo proa directamente al norte. Estaban a 8000 metros de distancia.

Más de dos horas navegaron los cinco barcos a toda la potencia de sus máquinas. Adelante el *Huáscar*; tras él, la *Unión*, cruzando y recruzando ágilmente sobre la estela, tratando de atraer sobre ella al *Blanco*, que corría empenachado de humo. Por último, la *Covadonga*, que se quedaba ostensiblemente rezagada. El *Matías Cousiño* terminó por abandonar la persecución.

Poco después de las cinco el cielo comenzó a palidecer y, repentinamente, la atmósfera se tiñó de rosa anunciando la aurora. Contra el sol naciente se recortó nítida la imagen del monitor y de los tres barcos restantes.

El comodoro Riveras, presa de la exaltación, gritó por el tubo

hacia la sala de máquinas:

—¡Ingenieros!, ¿no da más nuestra máquina?

—Vamos a nueve nudos —le advirtió el capitán Guillermo Peña, comandante titular del *Blanco*—, y si se intenta aumentarlos podrían reventar las calderas. ¿A qué apurarse? ¿No va todo bien? ¿No corren nuestros enemigos justamente hacia donde los esperan el *Cochrane*, el *Loa* y la *O'Higgins*?…

—Es verdad, es verdad —aceptó temblando de nerviosidad el comodoro—. Pero yo quisiera…, yo también quisiera tomar parte en el combate.

A las seis de la mañana el almirante Grau volvía a sonreír satisfecho. Su perseguidor había quedado diez mil metros atrás. A las siete, bajó a cubierta y dispuso que la mitad de la tripulación descendiera al entrepuente y durmiera. Había pasado el peligro. A las siete y media, se dispuso a imitarlos él también. Pronto cruzarían frente a Mejillones y el *Blanco* era un punto apenas perceptible en el horizonte del sur.

Pero, en el momento en que abría la escotilla para descender a su cámara, el grito de los vigías de los dos palos lo detuvo electrizado.

—¡Humos al norte! —gritaron. Luego se corrigieron—: ¡Tres humos al norteeee!

El almirante trepó a su torre de mando y enristró su catalejo hacia proa. No cabía duda: desde el norte, avanzando en sentido contrario, se les enfrentaban tres barcos. Mientras la tripulación era llamada por el toque de zafarrancho, los fue identificando. Eran el *Cochrane*, el *Loa* y la *O'Higgins*.

Uno de los tripulantes, víctima de sus nervios, gritó:

—¡Estamos encerrados! ¡Tenemos tres enemigos por el norte y dos por el sur!

—¡Silencio la tripulación! —tronó el almirante desde su alto puente—. ¡Todos a sus puestos de combate! ¡Los artilleros ingleses a la colisa de proa! —Y volviéndose a los oficiales, que se habían reunido en torno suyo, les advirtió—: Ninguna voz de alarma, ¿me entienden? Mientras yo gobierne este barco nadie dará muestras de temor.

—¿Qué ordena usted? —preguntó su segundo, sin disimular su ansiedad.

El almirante volvió a alzar el catalejo y calculó la distancia que los separaba de los barcos que venían a su encuentro.

—Están todavía a ocho mil metros —reflexionó y tomó una determinación—: Pasaremos apegados a la costa.

—¿Va usted a intentar pasar entre la costa y el blindado? —le inquirió su segundo, impresionadísimo.

—Sí, capitán. Es nuestra única salida.

—¿Y por qué no virar hacia mar abierto, señor almirante?

El jefe lo contempló con mirada compasiva.

—Capitán Aguirre, ¿sabe usted cuánto carbón nos queda? —le preguntó, y se respondió a sí mismo—: Apenas unas quince toneladas. Además, el *Cochrane* navega ahora a trece nudos. ¿Cuánto demoraría en darnos alcance?

Aguirre comprendió que su superior tenía razón. Rápidamente dio las órdenes correspondientes y el monitor se bandeó sobre estribor. El *Cochrane* venía a toda marcha a cortarle el paso. Pero Grau había tomado en cuenta otro factor: el calado del blindado chileno era el doble que el del *Huáscar*, no podía navegar sobre los bajíos. Además, los cañones de trescientas libras del monitor eran igualmente poderosos que los del acorazado chileno.

Cuadrando los hombros, el almirante se dispuso al combate.

—¿No ansiábamos encontrarnos con los blindados chilenos? —dijo a su ayudante Ferré—. Pues ésta es nuestra hora. ¡A su puesto bajo la torre de mando!

Latorre comprendía también que era llegada su hora. Por fin se cumplía su anhelo de tener al *Huáscar* frente a sus cañones. De pie en la toldilla de popa, esperaba el momento decisivo, atento a la voz del teniente 2.º Policarpo Toro, que iba calculando las distancias que los separaban del monitor.

—Tres mil doscientos metros, señor. Ya están en nuestro campo de tiro.

—No dispararemos todavía. Tendríamos que guiñar sobre las bandas y perderíamos velocidad. Abriremos fuego sólo cuando estemos seguros de que nuestros impactos van a ser definitivos —dispuso Latorre.

—Tres mil metros —anunció el teniente.

—Es bravo el almirante Grau —reconoció Latorre—. Gobierna su buque como si fuera en un crucero de patrullaje, sin medir el riesgo de los arrecifes.

—Es un juego peligroso, señor. Puede quedar ensartado en cualquier escollo.

Cuando los barcos estuvieron a una distancia de dos mil novecientos metros, el jefe del *Huáscar* dio a los artilleros la voz de alistarse.

—Los cañones de la torre apuntar a las baterías de proa para eliminar a sus sirvientes y desmontar las piezas. La batería N.º 3, de popa, apuntar bajo la línea de flotación.

Después de un momento de pausa y aprovechando una calma de las olas, dio la voz de fuego.

Los dos grandes cañones de la torre blindada dispararon al unísono; la pequeña pieza de popa lo hizo un segundo después.

Los proyectiles de 300 libras rasparon la chimenea del blindado chileno y fueron a caer, por la aleta de estribor, a un costado de la estela.

—Bajar las alzas —ordenó el almirante, inmutable, y los sirvientes ingleses se aprestaron para una segunda andanada.

—¡Atención… fuego! —gritó Grau. Uno de los proyectiles dio en el pescante del ancla del *Cochrane* y los otros levantaron turbiones de espuma en el mar.

—¡Prepararse para una tercera andanada! —volvió a gritar el almirante, viendo correr sobre la cubierta enemiga a los sirvientes de los cañones; y dando tiempo apenas para cargar los cañones de la torre blindada, ordenó la descarga.

Esta vez el efecto fue visible. Una gran nube de vapor escapó por un costado del *Cochrane* y el blindado se bandeó notoriamente.

—¡Bravo! ¡Le dimos! —saltó el teniente Ferré, y los artilleros se felicitaron a gritos.

—Le hemos destrozado la máquina —comentó satisfecho el almirante, y acto seguido dio orden de poner proa directamente al norte, confiado en que el blindado chileno ya no podría perseguirlos —. Quizás logremos salir, después de todo —agregó—. ¡A toda máquina al norte!

Pero Latorre no estaba dispuesto a dejarlo escapar. En medio del desconcierto que provocó el impacto del monitor, mantuvo la

serenidad para ordenar que se aprestaran todos los cañones de la banda de estribor, en tanto que el segundo comandante, Miguel Gaona, medía la magnitud de los daños.

—Un proyectil parece que dio en la máquina y otro rebotó en el blindaje de una batería provocando la trepidación del barco —le había dicho antes de descender a la sentina.

Sin preocuparse más de la máquina, absorto por el temor de que el *Huáscar* se le arrancara, el comandante Latorre acudió junto al teniente Juan Simpson, que dirigía una de las baterías de proa.

—Creyendo que nos han inutilizado, van a intentar salir hacia el norte —le dijo apresuradamente—. ¡Obsérvelos! Hay que detenerlos a cañonazos antes de que aumenten la distancia. Disparen contra sus puntos vitales: timón, torre de guerra, puente de mando… ¡Hay que detenerlos! ¿Me comprenden, artilleros?

Los sirvientes de las piezas de proa aprobaron decididos y se inclinaron sobre los tubos de sus cañones.

La orden del teniente Simpson fue precisa:

—¡Apuntar sobre la torre de combate! ¡Atención!… ¡Fuego!

Cuatro cañones dispararon uno detrás del otro. Durante unos segundos se sintió silbar los proyectiles y enseguida una explosión brotada en el *Huáscar* respondió como un eco. Uno de los gruesos proyectiles había dado en la torre de combate, provocando la explosión de una de las balas que tenía en sus brazos un artillero. Los doce hombres que dirigían la torre de combate volaron hechos polvo.

El comandante Latorre ordenó una segunda descarga.

—Apuntar sobre el timón y piezas del gobernalle —advirtió.

En ese instante el segundo comandante Gaona volvía a subir a cubierta para decirle:

Me comuniqué con las máquinas, comandante Latorre. No hay daños. El escape de vapor se debió a la brusca inclinación que sufrió el barco al recibir la descarga.

—¡Magnífico! —aplaudió Latorre—. ¡Timonel, orce hacia el este! Vamos tras la estela del monitor. —Y enseguida terminó la orden a los artilleros—: ¡Fuego!…

Un feroz chivateo de alegría corrió por el *Cochrane* al observarse los efectos de la descarga. El monitor, cogido por la popa, comenzó a girar, visiblemente sin control.

—¡Se fregó el *Huáscar*! —comentó Latorre—. Le dimos en el timón. ¡Artilleros, rápido, volver a cargar las piezas!

A bordo del monitor comenzaba a reinar la inquietud. Uno de los proyectiles había cortado el guardín del timón y la nave estaba sin gobierno.

—Que los ingenieros lo reparen en el acto —dispuso Grau sin perder la calma—. Aún nos distancian mil setecientos metros. ¡Rápido, rápido, teniente! ¿Qué hace usted que no se mueve?

Su ayudante lo contemplaba atónito, paralizado.

—Perdóneme, señor —tartajeó, por fin—, qué serenidad la suya. ¡Nos están despedazando y usted sigue imperturbable!

—¡Basta de tonterías, teniente! —exclamó Grau—. Corra a ordenar la reparación del timón.

En cuanto el teniente hubo desaparecido, el almirante se asomó fuera de su torre de mando y llamó al segundo comandante.

—Escúcheme bien, capitán Aguirre —le dijo—. Los artilleros del *Cochrane* están demostrando una puntería terrible. Nos pueden causar daños irreparables. Aún más, creo difícil que salgamos de esta situación. Pero óigame bien usted, que es quien debe tomar el mando en caso de que yo sea eliminado: este barco no coronará su carrera de triunfos con una rendición. ¿Me ha comprendido? Mientras yo o usted capitaneemos el *Huáscar* no habrá rendición.

El capitán Aguirre afirmó con una inclinación de cabeza, gravemente.

—Bien —prosiguió el almirante—, ¡que los artilleros sigan disparando, de preferencia, contra las baterías enemigas!

Pronto el *Huáscar* estaba envuelto en un concierto horripilante de estampidos. Los cañones de su torre blindada y sus baterías de popa respondían incansablemente el fuego enemigo, mientras los ingenieros luchaban por reponer la cadena del timón.

—Ya está reparado el guardín del timón —comunicó poco después a Grau el teniente Ferré con la voz trémula—. ¿Volvemos a apegarnos a la costa?

—No, ayudante —respondió la voz lejana del jefe—; seguimos a toda máquina hacia el norte. Allá está nuestra patria. Allá nos esperan.

En aquellos mismos instantes, los tres cañones de estribor del *Cochrane* se enfocaban sobre un mismo punto: la torre de mando

del *Huáscar*.

Como adivinándolo, Grau se inclinó hacia la reja sobre la cual asentaba sus pies y llamó al teniente Ferré:

—Ayudante, ¿está usted ahí?

—Sí, señor almirante —respondió el muchacho emocionado.

—Empínese en la punta de los pies y deme su mano, Diego.

El jefe del *Huáscar* se agachaba para meter su mano por entre los barrotes y estrechar la de su ayudante, que estiraba la suya hacia lo alto, cuando sobrevino el terrible impacto de los tres proyectiles del *Cochrane*. Uno entró de lleno en la torre de mando y, con espantoso ruido de fierros destrozados y de esquirlas que chocaban contra la cubierta y contra los mástiles, salió por la otra banda del barco. El almirante Grau, alcanzado por la mitad del cuerpo, reventó pulverizado. El teniente Ferré, sacudido por la conmoción que provocó el estallido del proyectil, quedó muerto en su sitio.

Un impresionante alarido, en el que se mezclaban las voces de los heridos, conmovió al barco.

El capitán Aguirre trepó a la carrera a la torre de mando y se quedó alelado. Dentro de ella no quedaban ni rastros del almirante; sólo una enorme mancha de sangre.

Pero, de pronto, desde la cubierta se alzó un grito desgarrador. El teniente Palacios se inclinaba espantado sobre un cuerpo caído hacia el lado de estribor. Era un pie, sólo un pie calzado por un botín negro. Y en aquel mismo momento, el capitán Aguirre hacía otro descubrimiento pavoroso.

—¡Miren! ¡Miren! —exclamaba, indicando un trozo del tabique que estaba detrás de la torre de mando. Frente a sus dedos se extendía una gran mancha de sangre y en medio de ella, rodeados por trozos de masa encefálica, estaban clavados los dientes del almirante Grau.

Rápidas como el viento, las naves corrieron frente a Punta Angamos, extremo de la bahía de Mejillones. Muy lejos se veía perderse a la corbeta *Unión*, que abandonaba a su compañero de campañas en el momento de peligro. La perseguían el *Loa* y la

O'Higgins,
mientras tras el *Huáscar* se ensañaban, robándole la distancia cable a cable, el *Cochrane* y el *Blanco Encalada*.

Sobre la cubierta del primero de los blindados, la voz del comandante Latorre resonaba clara y potente:

—¡Artilleros, sobre las baterías y sobre la rueda de gobierno, apunten…, fuegooooo!

Los seis cañones de doscientos cincuenta libras del *Cochrane* se descargaban en sucesivas andanadas y barrían la cubierta enemiga.

El capitán Aguirre fue tronchado en dos por uno de esos proyectiles y quedó convertido en una masa sangrienta junto a la torre de combate.

Por sucesión de antigüedad, tomó, entonces, el mando el capitán Melitón Carvajal, quien comenzó a dirigir la defensa desde la cubierta.

—Llame a mi lado al teniente Pedro Garezón —ordenó al ayudante, teniente Palacios, al asumir el mando. Y éste corrió hacia popa, donde el oficial dirigía los tiros de una pieza pequeña de la aleta de babor.

—¡El capitán Carvajal te llama! —le gritó Palacios—. Ha muerto el capitán Aguirre y él ha tomado el mando. Si cae también, a ti te corresponderá seguir defendiendo el *Huáscar*.

—¿Seguiremos defendiendo? —protestó alteradísimo el teniente Garezón—. ¿Acaso no se dan cuenta ustedes de que es imposible esta defensa? Los artilleros del *Cochrane* están tirando al blanco con nosotros. Destrozaron la torre de mando, la torre de combate, la rueda de gobierno, el telégrafo para dar órdenes a las máquinas, los guardines del timón…

—¡Calma, Garezón! —le espetó el ayudante, sacudiéndolo de un brazo.

—¡Calma, calma! —proseguía vociferando—. ¿Por qué no abrir las válvulas y hundirnos todos, honrosamente, con nuestro buque?

—¡Basta, teniente! —gritó entonces el ayudante, plantándosele delante—. No es posible que te dejes arrebatar por los nervios.

—Si la tripulación estuviera formada por peruanos siquiera —siguió clamando Garezón—, podríamos pensar en terminar todos heroicamente; pero la mayor parte de los marinos son ingleses, son mercenarios. ¡Obsérvalos! ¿Qué les importa la honra del Perú?

Cumplen con su deber de guiar el barco y disparar los cañones, pero no cometamos la estupidez de pedirles que rindan la vida en defensa de nuestra bandera.

Un estruendo ensordecedor le cortó la palabra. Varios proyectiles dieron de lleno en la obra muerta del monitor y barrieron los compartimientos de cubierta. Una bala arrancó de cuajo los mamparos de la cámara de oficiales, justamente donde estaba el capitán Carvajal.

Los dos oficiales se volvieron y miraron hacia allí. Luego corrieron alocadamente sobre cubierta. El capitán Carvajal estaba caído, manando sangre por una ancha herida en el costado. Palacios y Garezón se arrodillaron a su lado.

—Una esquirla de las granadas… —murmuró el herido; y haciendo un esfuerzo, alzó los ojos hacia el teniente Garezón—: Tome usted el mando, teniente… No rinda el barco…, no lo rinda…

El ayudante Palacios se volvió hacia su compañero y le clavó una mirada dura:

—El *Huáscar* tiene una trayectoria gloriosa que no admite la rendición. ¿No es verdad, Garezón?

El aludido se irguió, pálido, y asintió, mordiéndose los labios, pero con gesto decidido.

—Descanse tranquilo, capitán Carvajal. ¡Marineros, conduzcan al comandante al entrepuente!

Garezón siguió dirigiendo la defensa del monitor con un estoicismo impresionante. Moviéndose de un extremo a otro del barco, alentaba a los artilleros a contestar el fuego. Pero, mientras mayores daños causaban los disparos chilenos, más inminente era la deserción de los tripulantes ingleses.

Para colmo de males, repentinamente, el barco se cargó sobre estribor y se cruzó sobre el rumbo que traía el *Cochrane*.

—¡Por la Virgen, ya pasa otra vez! —exclamó espantado Garezón—. Es el espolón que quedó torcido desde que hundimos la *Esmeralda*. Cada vez que fallan los aparatos de gobierno, el barco se inclina sobre ese lado. —Y acercándose al teniente Palacios, le recomendó en secreto—: Permanece aquí vigilando a los ingleses, mientras yo corro a la rueda de respeto.

Cruzando la cubierta a saltos se acercó a la rueda del timón que reemplazaba a la que destrozaron los disparos que dieron muerte a

Grau.

Entretanto Latorre, al ver que el *Huáscar* se cruzaba frente a su proa, dio orden de acelerar aún más la marcha para coger al monitor por medio del flanco y espolonearlo.

Pero Garezón, empleando todas sus fuerzas en ayudar al timonel conseguía enderezar su nave justamente cuando el acorazado enemigo les daba alcance. Logró evitar el espolonazo, pero no la descarga a toca penoles de los cañones y los fusileros del *Cochrane*. La mortandad en el *Huáscar* fue pavorosa. Los cuerpos volaron por los aires despedazados o rodaron sobre cubierta.

Fue entonces cuando los ingleses se sublevaron. Uno gritó, abandonando la pieza que servía:

—¡Nos van a matar a todos!… ¡Nosotros siendo ingleses, no tener por qué dejarnos matar!

Aquello bastó para que la totalidad de los artilleros prorrumpieran en protesta y se agruparan en el centro del barco, dejando los cañones.

—¡No seguir peleando! ¿Para qué dejarnos matar?

El teniente Palacios sacó su revólver decidido a dominarlos, pero en aquel momento otros cañonazos, disparados por la banda contraria, sacudieron el buque de proa a popa.

—*Look at left side*! —gritó uno de los artilleros, mostrando hacia popa, por babor. Allí estaba el blindado *Blanco Encalada* que llegaba a sumarse al combate.

—¡Rendirse!… ¡Rendirse!… —clamaron los ingleses a grandes gritos, y varios corrieron hacia el palo de mesana, en cuyo tope ondeaba la bandera del Perú.

—¡Nadie se rinde en este barco! —vociferó el ayudante Palacios, corriendo tras ellos, revólver en mano. Pero una descarga de fusilería proveniente del *Cochrane* lo arrojó de bruces, haciéndolo rodar sobre su cabeza.

Los ingleses cogieron las drizas que sustentaban la bandera y comenzaron a desatar los nudos, mientras el oficial caído balbuceaba desde el suelo:

—¡Nadie arríe nuestra bandera!… ¡Dejadla ahí…, en lo alto!

Como un pájaro fulminado en mitad del vuelo, la bandera bicolor del Perú cayó sobre la toldilla de popa.

A bordo del *Cochrane*, el comandante Latorre gritó a sus

hombres, alzando los brazos:

—¡Se han rendido!… ¡Se han rendido!… ¡Cesar el fuego!…

Un vocerío delirante acogió sus palabras, y los gruesos cañones dejaron de tronar. Durante unos instantes sólo se oyó el griterío de las tripulaciones de los dos blindados chilenos que se asomaban a las bordas para contemplar al monitor vencido. Pero súbitamente, una figura tambaleante se alzó en la cubierta del *Huáscar* y marchó dificultosamente hacia el palo de mesana. Era el teniente Palacios que, haciendo un esfuerzo sobrehumano, acudía a izar nuevamente la bandera de su barco. Cuando la vio flameando y hubo anudado la driza, se abrazó al palo de mesana y resbaló por él hasta el suelo, vomitando sangre.

Desde la toldilla del *Cochrane*, Latorre observó la escena con el ceño fruncido. Luego ordenó al teniente Simpson, con cierta tristeza:

—Dispare todas las baterías contra el casco del monitor. El *Huáscar* merece hundirse honrosamente con su bandera al tope.

El *Blanco* había abierto también sus fuegos y las balas se cruzaban destructoramente sobre la nave fugitiva. Los dos blindados daban alcance a su perseguida y disparaban sobre seguro.

Inesperadamente, el monitor realizó la extraña maniobra que había desconcertado a Latorre hacía un momento: se cargó sobre estribor y se cruzó ante la proa del *Cochrane*.

—¡Caramba! —exclamó el comandante chileno, asombrado—. No lo entiendo.

—¡Al espolón, mi comandante! —gritó entonces el segundo Gaona.

—¡Cierto, capitán! —aprobó Latorre, y voceó—: ¡Adelante la máquina! ¡A todo vapor!

El *Cochrane* se abalanzó recto hacia el monitor, pero cuando estaba apenas a doscientos metros, inexplicablemente, el *Blanco Encalada*, que corría a parejas, desvió su rumbo y se vino encima de su compañero de persecución.

—¡Cuidado, mi comandante! —alcanzó a gritar uno de los vigías —. ¡El *Blanco* se nos viene encima!…

—¡Timonel, cierra a estribor! —vociferó Latorre y se aferró al pasamano de la toldilla, con los ojos fijos en el *Blanco*.

El blindado obedeció al instante al timón y se hizo a un lado, esquivando al *Blanco*.

Latorre se asomó furioso a la borda del *Cochrane* y gritó algo que el ruido del mar cubrió. Luego volvió a su puesto, murmurando:

—Ya hablaré con el comodoro Riveros cuando el combate termine.

Aunque los dos blindados perdieron terreno al esquivarse, se reanudaron los fuegos con mayor intensidad que antes. Abrumado por el doble cañoneo, el *Huáscar* llegaba al término de su carrera. Eran las 10.55 de la mañana y su situación no podía ser más insostenible. Su casco estaba perforado en seis partes, la chimenea parecía una criba, sobre su cubierta rodaban sacudidos por el balanceo sesenta y nueve cadáveres. El teniente Palacios, caído junto al palo de mesana, había recibido diecinueve heridas. La desmoralización introducida por los tripulantes extranjeros llegó a su culminación a esa hora. Saltando sorpresivamente sobre las drizas de la bandera, varios de los ingleses se apresuraron a arriarla y rindieron el barco. Palacios, que estaba caído, logró gritar hacia la sala de máquinas:

—¡Abrir las válvulas!… ¡Abrir las válvulas y hundir la nave!

Retorciéndose de dolor, seguía repitiendo con los ojos llenos de lágrimas de impotencia:

—¡Abrir las válvulas!… ¡Morir con honra!…

Minutos más tarde, el *Huáscar* terminaba su fulgurante carrera. Arriada la bandera, abandonadas las armas, alineados los ciento cuarenta y cuatro sobrevivientes sobre la cubierta, el barco fue abordado por una lancha mandada por el teniente 1.º Juan Simpson, acompañado de ingenieros, médicos y guarnición armada.

Mientras los tripulantes ingleses lo rodeaban implorándole que no los degollaran, pues habían oído decir que los chilenos asesinaban a sus prisioneros, Palacios volvió a hacer un último intento por honrar la memoria de Grau hundiendo su barco. Arrastrándose por una escotilla bajó a la santabárbara y le aplicó una mecha encendida. Cuando los ingenieros chilenos bajaron a cerrar las válvulas que estaban inundando la cala, lo encontraron tumbado en un pasillo y un hombre lo llevó a cubierta, dejándolo sentado, con el dorso apoyado en un tabique. Al verlo desangrarse, el teniente Simpson preguntó a uno de los artilleros ingleses:

—¿Quién es ese oficial herido?

—El teniente Enrique Palacios, señor —respondió el mercenario —, el mismo que ordenó abrir las válvulas y hundir el barco.

—Y el mismo que ha puesto una mecha a la santabárbara — agregó el aludido, irguiendo la cabeza en un penoso esfuerzo.

—¡Vamos a volar por los aires! —exclamaron aterrados los artilleros—. ¡A los botes, a los botes!

Pero Simpson hizo una seña a sus hombres y los fusiles chilenos rodearon a los que intentaban huir:

—¡Quietos todos! —gritó—. Nadie baja a los botes. —Y permaneció con las piernas abiertas, tenso, esperando la explosión.

Palacios la esperaba también con los puños crispados y los ojos cerrados. Diez segundos…, veinte…, treinta…, pero la explosión no se produjo. El teniente Palacios dobló la cabeza sobre el pecho y comenzó a llorar.

—Se apagó la mecha —murmuraba—. ¡Mala suerte! ¡Mala suerte! ¡Perdón, señor almirante Grau!

Simpson se acercó hasta él e inclinándose le dijo caballerosamente:

—Parece usted malherido, teniente. Voy a hacerlo transbordar a mi barco para que lo atiendan.

Segundos más tarde, dos marineros lo embarcaban en la lancha de ordenanza del *Cochrane*.

En aquel momento llegaba a la cubierta del monitor el comandante del *Blanco Encalada*, capitán de corbeta Guillermo Peña, quien venía a tomar posesión del barco a nombre del comodoro Riveros. Enterado de la muerte de Grau, por el teniente Garezón, le pidió lo llevara hasta el sitio en que el bravo marino sucumbiera. Llegado al sitio, se volvió hacia su corneta de órdenes y hacia sus acompañantes y ordenó:

—¡Atención… firm!… ¡Presenten… arm!

Mientras los marinos chilenos rendían honores y la corneta tocaba funerala, el comandante Peña se descubrió y dispuso:

—Los restos del señor almirante Grau serán llevados en el que fue su barco hasta Mejillones con el respeto que se mereció por sus virtudes de marino, de patriota y de caballeroso guerrero.

El *Huáscar*, vencido al fin, entró aquella tarde del 8 de octubre de 1879 a la rada de Mejillones, escoltado por los blindados de la

escuadra chilena. Al día siguiente, en el cementerio de aquel puerto, tan pobre y desolado como el de Iquique, donde fueron sepultados los héroes de la *Esmeralda*, fueron enterrados los tres jefes del *Huáscar*.

Sobre la tumba del almirante peruano se inclinaron el comodoro Riveras y el ministro Sotomayor.

Dijo el primero:

—La muerte del almirante peruano don Miguel Grau ha sido muy sentida en esta escuadra, cuyos jefes y oficiales hacen amplia justicia al patriotismo y al valor del que fuera notable marino. ¡Descansad en paz, almirante Grau!

Y agregó Sotomayor:

«—Vengo de recibir un telegrama del Gobierno de Chile, subscrito por todos los ministros del Gabinete, en el que se me pide que guarde celosamente los restos del gran marino almirante Miguel Grau, para devolverlos a su patria cuando llegue el momento en que su pueblo lo reclame. ¡Almirante Grau, descansad en tierra chilena con la seguridad de que se respetarán vuestros restos y nadie osará empañar vuestra destacada memoria!».

12

Un escalofrío de entusiasmo recorrió la espina dorsal de Chile al conocerse la captura del *Huáscar*. Todo el mundo comprendió que la pérdida de Grau y de su nave representaba para el Perú la derrota marítima y la vuelta de Chile al predominio naval. Desaparecido el monitor, el ejército chileno veía abiertas las puertas del territorio enemigo. Pero ¿cuál de todas esas puertas usar? ¿Meter la estocada directamente al corazón del Perú desembarcando en el Callao? ¿Romper la resistencia de los fortines de Arica? ¿Abrirse paso a través del grueso del ejército aliado acampado en torno a Iquique y La Noria? ¿Irrumpir subrepticiamente en Pisagua y filtrarse a toda prisa, como una cuña, entre las divisiones enemigas? ¿Vaciar, tranquilamente, en Patillos el total del ejército y hacerlo subir desde ahí, arrollando a las tropas que guarnecían Iquique y el desierto?

El presidente Aníbal Pinto, al comienzo, estuvo de acuerdo con su ministro del Interior, Domingo Santa María, en que atacar Lima tendría un efecto aterrador y pondría término inmediato a la guerra. Pero, casi enseguida, se dio cuenta de que Inglaterra y los Estados Unidos, que tenían intereses en territorio peruano, intervendrían al momento y, sea por medio del arbitraje o gracias a un arreglo, conseguirían que Chile retirara sus tropas. Victoriosas, desde luego, pero ¿quién compensaría al erario chileno de los insoportables gastos de guerra que se había visto forzado a hacer?

José Francisco Vergara había dicho al presidente que era forzoso apoderarse de «la prenda» antes de la victoria y de la paz. Y la única prenda que tenía valor para garantizar una indemnización de guerra, era Tarapacá.

—Posesionados de Tarapacá y destruido el ejército que la

custodia, habremos ganado la guerra y cortado de un tajo la alianza perú-boliviana
—dijo el presidente a sus ministros en el consejo que se reunió para decidir el plan que se propondría a los jefes de la guerra que esperaban en Antofagasta.

Determinado definitivamente que el ataque debía comenzar por Tarapacá, faltaba escoger el punto por donde debía procederse a la invasión.

Se comunicó, entonces, al ministro Sotomayor el pensamiento del Gobierno, instándolo a reunir un consejo de guerra, en el que deberían intervenir todos los jefes del ejército y de la armada, para que de su seno naciera la determinación del lugar de desembarco.

—Lo que me indica el Gobierno es de una candidez absoluta —exclamó Sotomayor al recibir el oficio—. Media hora después de terminado el consejo de guerra los peruanos estarían enterados del lugar escogido para desembarcar y acumularían allí todos sus efectivos. No es que dude de la integridad de los oficiales, pero ¿quién ignora que jamás se ha podido guardar un secreto de guerra cuando lo conocen más de dos?

Antes de que fuera capturado el *Huáscar*, Sotomayor tenía la idea de efectuar el desembarco por Patillos, pensando en que, de hacerlo más al norte, dejaría a Iquique en la retaguardia, circunstancia que aprovecharía Grau para interceptar a los convoyes con tropas. Eliminado este riesgo, enfocó la posibilidad de iniciar la invasión por caletas o puertos ubicados más al norte, o sea, más próximos a las arterias vitales del enemigo. Pero ¿cuál bahía usar? Aquello sólo podía determinarse con el asesoramiento de personas que conocieran el litoral y la pampa al dedillo.

Un solo nombre se presentaba en el cerebro del ministro, el del capitán de exploradores Manuel Rodríguez Ojeda. Lo hizo buscar en Antofagasta, pero había partido a recorrer los campamentos militares en la pampa. Un mensajero salió a escape en su busca. Pero, antes de que fuera encontrado, el Gobierno se hizo presente por medio de un cable en el que, junto con preguntar si se había reunido ya el consejo de guerra, advertía a Sotomayor que navegaba hacia Antofagasta Isidoro Errázuriz portado instrucciones secretas.

Rafael Sotomayor, decidido a desobedecer al Gobierno en lo que

se refería a reunir un consejo de guerra, esperó, sin embargo, la llegada de Errázuriz.

Cuando lo tuvo ante él en el puerto, el recién llegado le planteó la necesidad de hablar inmediatamente sobre las instrucciones que traía.

—Voy a explicarme en dos o tres frases, don Rafael —comenzó Errázuriz—. El ministro Gandarillas y yo tuvimos la suerte de ser presentados por don David MacIver a un hombre, un chileno repatriado del Perú, que fue minero de la quebrada de Pisagua.

Al oír la mención de aquel puerto, el ministro prestó atención.

—Un baqueano de la zona —dijo.

—Exactamente. Un hombre que conoce la costa de Pisagua y sus sendas hacia el interior palmo a palmo.

—¡Caramba! Si es justamente lo que yo andaba buscando —exclamó el ministro entusiasmado—. ¿Cómo se llama ese hombre y dónde está?

Se llama Bernardo de la Barra y se encuentra en Valparaíso, esperando las órdenes que usted quiera darle —repuso Errázuriz—. Ha tenido la gentileza de dibujarnos un croquis detallado de la caleta de Junín, que está al sur de Pisagua.

—¿Por qué Junín?

—Porque, según él, es muy peligroso desembarcar en Pisagua y, en cambio, en Junín no existe riesgo alguno.

El ministro comenzó a pasearse por la sala, murmurando:

—Esto parece adivinación del pensamiento. —Repentinamente se detuvo ante Errázuriz y le inquirió—: ¿Cómo pudo ese señor De la Barra coincidir con nosotros en que nuestro desembarco debería efectuarse por uno de esos dos puntos?

—Entiendo que para los conocedores de la costa no caben dudas de que esos lugares son los más viables, señor.

—Tiene usted razón. Bien, explíqueme, por favor, cuáles son las ideas concretas de ese señor De la Barra.

El ministro se sentó y tomó un lápiz y papel.

—El plan de Junín es el siguiente —comenzó Errázuriz—: Amagar simultáneamente por Iquique, Patillos y Pisagua, simulando intentos de desembarco para atraer la atención del enemigo hacia otros puntos, y, repentinamente, lanzar la invasión por la caleta de Junín; hacer trepar al ejército hacia la meseta de la pampa y

envolver por la retaguardia a la guarnición de Pisagua, acampada en el caserío llamado Hospicio. Enseguida, disponiendo de Junín y de Pisagua, será fácil la penetración al interior y el corte de las comunicaciones entre las fuerzas establecidas en Iquique y Arica.

—Completamente de acuerdo —dijo el ministro, poniéndose de pie—. Venga, don Isidoro, vamos a poner un telegrama a ese señor De la Barra llamándolo con toda urgencia.

Entretanto, el mensajero enviado en busca del capitán Manuel Rodríguez seguía su rastro, logrando ubicarlo en el regimiento «Esmeralda», establecido en Salar del Carmen. El explorador montó a caballo y se presentó lo antes que pudo en el despacho del ministro Sotomayor.

—¡Capitán Rodríguez se presenta, señor ministro! —saludó cuadrándose ante el organizador de la campaña.

Don Rafael se quedó mirando asombrado al oficial aún cubierto de polvo.

—¡Oh, buenas tardes, capitán! —le dijo jovialmente—. ¿A qué debo su grata visita?

Ahora fue al capitán a quien le tocó asombrarse.

—Eso me pregunto yo, señor —le replicó levantando las cejas—. Usted me mandó llamar.

Sólo entonces el ministro reparó en su olvido y rió alegremente.

—Es verdad —dijo—. Lo necesité hace dos días, para consultarle algo, pero ya no me hace falta.

—Es una lástima que no pueda servirle; y es lamentable que haya tenido que dejar a los muchachos del «Esmeralda». Estaba haciendo buenas amistades.

—¿Ah, sí? ¿Cómo va la preparación del regimiento? —aprovechó para informarse Sotomayor.

—¡Ah, el coronel usa el antiguo sistema! —rió Rodríguez—. O el soldado aguanta lo que es capaz de aguantar él o simplemente revienta. ¿Sabe usted lo que está haciendo ese viejo endemoniado? Pues nada menos que enseñando a manejar el corvo a «sus niños».

Capitán y ministro lanzaron una carcajada.

—¡Enseñando a manejar el corvo a los hijos de las familias más aristocráticas de Chile! —celebraba don Rafael—. Voy a escribirle a don Aníbal Pinto para que se imagine a su hijo José María corvo al cinto.

—Compadezco a los enemigos que se pongan delante del «Esmeralda» —seguía riendo el capitán—. Los «niños» del manco Amengual son capaces de destripar hasta las piedras, señor.

—Ya que está usted aquí, capitán —dijo el ministro, cuando hubo dejado de reír—, voy a hacerle una consulta. ¿Conoce usted alguna persona que haya vivido en Pisagua y en Junín y que domine su topografía al dedillo?

—¿Alguna persona que haya vivido en Pisagua o en Junín?… —repitió el explorador haciendo memoria. Repentinamente su rostro se iluminó—: ¡Claro que sí, señor! A un cateador de minas de Junín.

—¿Quién es y dónde está?

—Es un repatriado del Perú: Luis Santa Ana. Está enrolado como capitán en el batallón «Lautaro».

El ministro hurgó dentro de su cerebro y lo ubicó al momento.

—El «Lautaro» viene destinado a servir de guarnición en Tocopilla —recordó—. ¿Cuándo pasarán los transportes por Antofagasta? Espere usted…

Se dirigía hacia la puerta para consultarlo con su secretario, pero el capitán lo detuvo:

—No vale la pena que pregunte, señor. El convoy atraca esta noche en Antofagasta.

El ministro se volvió sonriendo. Decididamente para el explorador no existía nada secreto.

—Tráigame sin tardanza al capitán Santa Ana —le dijo—, aunque llegue a cualquier hora de la madrugada.

A las tres de la madrugada el capitán Luis Santa Ana estaba inclinado sobre los pliegos en que se había registrado el plan propuesto por Bernardo de la Barra. A su lado, el ministro Sotomayor y el capitán Manuel Rodríguez bebían humeantes tazas de café.

—Piénselo, piénselo bien antes de responder, capitán Santa Ana —recomendaba el ministro, viendo que no estaba de acuerdo plenamente con el proyecto de desembarco por Junín.

Después de meditar prolongadamente, el oficial del «Lautaro» se puso de pie.

—¡No, señor ministro! ¡El plan que le ha propuesto el señor De la Barra es descabellado!

El ministro hizo una mueca de desencanto.

—Explíquese, capitán Santa Ana —dijo.

—La caleta de Junín tiene una playa de apenas cuarenta o cincuenta metros de ancho, y en ella se precipita el mar con tanta fuerza que se vuelcan casi todas las embarcaciones que intentan atracar en ella. Y la cuesta por la que hay que llegar a la meseta de la pampa es tan empinada y con arena tan suelta que por cada paso que avancen los soldados retrocederán dos. Imagínese usted el desembarco de trece mil soldados, con equipo, cañones, caballos, cocinas…

—Es imposible, desde luego —aceptó el ministro.

—En cambio, la bahía de Pisagua —prosiguió el baqueano— sí que ofrece ventajas. Es amplia, de mar suave, con algunos puntos de la playa totalmente invisibles para los defensores de los dos fuertes que los peruanos están construyendo allí. En estos puntos podría esconderse una división completa, que bastaría para proteger el desembarco del grueso del ejército. A continuación, el ataque al campamento de Hospicio se haría utilizando como parapetos los terraplenes de la línea del ferrocarril que sube en zigzag hasta la pampa.

—Bien, capitán Santa Ana —aceptó el ministro, convencido—. Hágame un croquis como este que le he mostrado y entréguemelo mañana en la mañana. Le haré traer café y aguardiente. Mañana debe estar decidido el lugar de desembarco.

Al día siguiente, antes del mediodía, se tomaba la decisión. Las consecuencias de ello se hicieron sentir inmediatamente en todos los campamentos militares que circundaban Antofagasta.

Los soldados del «Esmeralda», pasado el rancho del mediodía, capeaban el quemante sol de la pampa en las carpas que habían levantado en Salar del Carmen, cuando llegó la instrucción correspondiente.

El subteniente Del Solar y los sargentos Carrera Pinto y Cobo jugaban a la baraja, cuando sonó el toque de corneta llamando a los ayudantes.

—¿Qué le pasará al viejo que hace llamar a esta hora a Patricio Larraín y a Manuel Aguirre? —discurrió Ignacio Carrera.

—¡Hum, seguro que sale con otro inventito para hacernos botar el quilo! —reflexionó Del Solar.

No pudo continuar con el pelambriilo porque la corneta volvió a insistir, pero esta vez en el toque de reunión general.

—Algo está pasando —comentó Cobo, acomodándose el cinturón—. Vamos a formar.

El saludable terror a la disciplina que había sabido inculcarles el coronel Amengual hizo que todos estuvieran en posición firme antes de un minuto después de la llamada.

Caminando lentamente y espiando los rostros uno tras otro, el comandante fue a ubicarse frente al regimiento.

—Soldados del «Esmeralda» —les espetó—, hace un mes que estamos en Salar del Carmen, un mes durante el cual ustedes han tomado contacto con el desierto y deben haber aprendido qué se puede hacer en él y qué no se debe hacer. ¿Eh?… Pues bien, me parece que ya comienza a caérseles la costra de paisanos ineptos y surge de abajo algo con apariencia de soldados. ¡Sí, sí! Y no me miren con esas caras hurañas. ¡Sonreír! ¡Sonreír todos, qué carajo!…

Cuando los vio a todos sonriendo, el comandante se irguió en toda su estatura y cortó el aire con su brazo izquierdo, a tiempo que gritaba:

—¡Soldados, se acabó la chacota! Si es que he logrado meterles en las cabezas los deberes del buen soldado, lo van a demostrar dentro de cinco días más. ¡Partimos esta misma noche de regreso a Antofagasta!

El subteniente Del Solar, impulsivo como siempre, olvidó las rígidas normas de la disciplina:

—¿Partimos ya a territorio enemigo, mi…?

El coronel lo fulminó con un bramido.

—¡Silencio! ¿Desde cuándo se habla en la fila, teniente Del Solar?

—Perdón, mi comandante, es que la noticia…

—La que todos esperábamos, sí, teniente —lo volvió a interrumpir el jefe—. Por eso lo voy a perdonar esta vez. —Hizo una pausa para comprobar el silencio absoluto en que habían quedado las filas y enseguida infló el pecho para declarar—: ¡Soldados! El general en jefe del ejército llama al regimiento

«Esmeralda» para que ocupe el lugar que le corresponde en las columnas que irán a la invasión dentro de tres días. Y en cinco, esas botas que les he enseñado a domesticar estarán pisando territorio enemigo.

Un escalofrío de entusiasmo corrió por las filas.

—¡Tenemos que lucirnos, niños! —prosiguió el coronel—: El «Esmeralda» debe ser el regimiento más aguerrido, más temerario, más rápido. Estableceremos un lema de honor. Éste: «Siempre adelante. Antes morir que retroceder». ¡Muchachos, a levantar el campamento! ¡Regimiento, atención…, rompan filas!

Las cornetas y clarines siguieron llamando a concentración en todos los campamentos vecinos a Antofagasta. Los batallones descendían a paso de carga hacia la costa.

Desde el fondo del desierto, el regimiento «Esmeralda» apuraba la marcha, temeroso de que lo privaran de aquella oportunidad. Alzado sobre los estribos, Amengual dominaba las filas con su voz de trueno:

—¡Ánimo, niños! ¡Más vivo el paso! ¡Más vivo, qué carajo!

Catorce transportes, un velero y cuatro unidades de guerra se balanceaban en la bahía de Antofagasta, esperando a los soldados.

El ministro Sotomayor y el general Escala dirigían aquel formidable ajetreo desde la antigua oficina de la aduana.

—Señor ministro, ya se terminaron de embarcar los barriles de agua en el *Toltén* y el *Loa* —advertía un ayudante.

—Bien. Embarquen ahora las máquinas resacadoras en el *Santa Lucía* —respondía el ministro, haciendo una tarja en una larga lista.

—Coronel Dublé, todos los víveres y las municiones deben quedar embarcados esta tarde —ordenaba el general Escala.

Durante todo aquel día, ambos hombres se dedicaron a organizar el embarque de los elementos más indispensables para la invasión. A media tarde, agotados, despejaron la sala de colaboradores y a solas se pusieron a estudiar los últimos informes recibidos del servicio secreto. Mientras Sotomayor mandaba a buscar al capitán Manuel Rodríguez para que los ayudara en esa tarea, el general Escala le informó que acababa de recibir comunicaciones de los agentes Roberto Rodríguez y Leonora Latorre. Al parecer, éstos habían logrado ponerse en contacto con el jefe de la red de espionaje que operaba en Moquehua, es decir, con

el misterioso Profesor.

—Examinemos primero la nota del agente Rodríguez —sugirió el general.

Roberto Rodríguez se refería a las fuerzas que poseía el ejército aliado en Tarapacá, distribuidas entre la quebrada de Camarones y Patillos, fuerzas que detallaba en la siguiente forma: 9729 infantes, 185 artilleros y 1019 soldados de caballería; o sea, un total de 10 933 hombres. De esta cantidad, 4600 eran bolivianos y 6333 peruanos. Agregaba el informe que en las aguadas, oasis y canchones del desierto existían guardias territoriales en pequeñas cantidades. Todo aquel ejército era aprovisionado por el cónsul argentino en Tarapacá, señor Indalecio Gómez, quien hacía entrar ganado en pie por los boquetes cordilleranos y lo consignaba a la firma «Gómez, Puch y Cía.».

Terminaba la nota informando que general en jefe de la fuerza aliada era el general Juan Buendía, al que servía como ayudante el aristócrata argentino coronel Roque Sáenz Peña, actuando junto a ellos, como jefe del Estado Mayor, el coronel Belisario Suárez.

—10 933 soldados —razonó el ministro— y nosotros embarcamos sólo 9500, puesto que deberemos dejar en Antofagasta 3000 más los 2000 milicianos recientemente reclutados. Si no logramos mantener a nuestro favor la sorpresa, nos veremos en aprietos, general Escala.

—No lo temo, Sotomayor —replicó el general, extendiéndole otra de las notas—. Entérese de esta carta cifrada que nos envió la agente Leonora Latorre y compartirá mi confianza.

El informe decía lo siguiente:

> *Durante mi permanencia forzosa en Pisagua pude adquirir antecedentes que pueden ser de utilidad para los planes futuros del ejército. El departamento de Pisagua está defendido por cuatro divisiones bolivianas comandadas por el general Pedro Villamil. Estas fuerzas están distribuidas en campamentos que se ubican en los siguientes lugares: En Pisagua mismo 600 soldados de la división «Victoria». En Hospicio, campamento sobre los cerros traseros del puerto, 600 soldados de la división «Independencia». En Jazpampa, la aguada de Dolores, la oficina San Francisco y Santa Ana, las otras dos divisiones. Las dos primeras, o*

sea, «Victoria» e «Independencia», son comandadas por el coronel boliviano Juan Granier.

En cuanto terminó de examinar la nota de Leonora. Sotomayor echó sus cálculos: Pisagua estaba defendida por 1200 hombres. A ellos, los jefes aliados podrían agregar, si disponían de algunas horas, otras dos divisiones, obteniendo un total de 2400 soldados.

—Y nosotros desembarcaremos 9500 —volvió a repetir el general Escala.

El capitán Rodríguez se había hecho presente en ese instante.

—¿Qué sabe usted de las defensas de Pisagua, capitán? —lo interrogó el ministro.

—Ese puerto tiene una bahía en forma de herradura bastante cerrada —explicó el interpelado—. Pues bien, en cada extremo de esta herradura existe un fuerte improvisado. Los fuegos de los cañones emplazados en ambos se cruzan sobre la bahía, pudiendo batir hasta el más pequeño lanchón que se arriesgue a entrar en la rada.

—¿Cuántos cañones tienen esos fuertes? —preguntó el general.

—No lo sé, mi general —reconoció el explorador.

—Pues, yo estoy mejor enterado entonces —rió el jefe militar—. Tengo un informe complementario enviado por la misma agente, Sotomayor —explicó al ministro, tendiéndole el pliego.

Este lo leyó en voz alta:

«—Avanzados sobre el mar están los Fuertes del Morro y del Sur, los que poseen, cada uno, un cañón Parrot de 110 libras. Los artilleros de ambas fortificaciones son peruanos y los comanda el teniente coronel Isaac Recabarren. A media ladera del Fuerte del Sur han emplazado una batería liviana. En el centro de la bahía, los zapadores han excavado zanjas y trincheras, paralelas al mar, entre la playa y la línea férrea que sube en zigzag a Hospicio. En Junín hay una guarnición de no más de 30 soldados que no poseen baterías».

—Eliminar los dos cañones Parrot no va a ser ninguna dificultad, disponiendo de las baterías del *Cochrane* y los demás barcos nuestros —opinó Escala.

El capitán Rodríguez terció, opinando respetuosamente:

—La dificultad no va a estar en silenciar los fuertes, señores —

dijo—, sino en escalar el acantilado que media entre Pisagua y Hospicio. Los bolivianos se parapetarán primero en la cadena de rocas que bordea la playa, tornando difícil el desembarco. Vencidos por los fuegos que se les harán desde las lanchas, se replegarán a las zanjas en las faldas del acantilado y, a medida que vayan subiendo, desde arriba, harán carnicería entre los nuestros. Luego se retraerán a trincheras más altas, y, por último, al terraplén por donde pasa la línea del tren. Y habrá que irlos desalojando de cada palmo de terreno, avanzando en descubierto.

—El brío y valor de nuestros soldados serán los factores decisivos, capitán —sentenció el general.

—Eso lo volveremos a estudiar cuando estemos frente a Pisagua —opinó el ministro—. Ahora conviene saber claramente el orden de partida de la expedición. ¿Tiene usted la distribución de los diferentes cuerpos en los transportes, general?

El viejo militar le extendió un pliego con el antecedente pedido.

Al terminar de leer, el ministro miró interrogante al general, al mismo tiempo que el capitán Rodríguez preguntaba:

—¿Cómo?… ¿Y el regimiento «Esmeralda», mi general?…

—Eso iba a consultarle —dijo Sotomayor—. ¿El «Esmeralda» no va?

Escala negó con la cabeza.

—Necesito un cuerpo de confianza, un regimiento aguerrido para que nos proteja la retaguardia —declaró—. Si la invasión por Pisagua y Junín fracasa, debe haber aquí un regimiento que sea capaz de soportar el choque del ejército aliado, que se dejaría caer sobre Antofagasta para cortarnos la retirada.

—¡Uy, Dios, qué golpe para los esmeraldinos, mi general! —silbó el explorador.

—¡Oh, ya tendrán su oportunidad, ya la tendrán! —gruñó el general—. No hemos venido al norte a pasearnos.

El ministro se quedó callado un rato. Hubiera querido abogar por el regimiento postergado.

—Lo siento por el coronel Amengual —comentó—. Se va a sentir menospreciado.

—De ningún modo, señor —salto el general—. El coronel Amengual es un verdadero militar y sabe lo que son la disciplina y el acatamiento a los planes del Estado Mayor.

En ese instante, como una réplica a lo que se discutía, comenzó a oírse una banda tocando el himno del «Esmeralda», el «Adiós al 7.º de Línea».

Los tres hombres se acercaron a la ventana.

—Vienen marchando como en un desfile de parada —comentó el capitán Rodríguez.

Minutos más tarde, el aguerrido cuerpo pasaba bajo la ventana. A la cabeza, jinete en su potro tordillo, venía el coronel Amengual.

—¡Gran soldado el manco ese! —comentó con satisfacción el general Escala.

—Me encantaría servir en las filas del «Esmeralda» —exclamó el capitán Rodríguez.

—Y no van en la expedición —lamentó el ministro.

—No van, señor, no van —afirmó Escala con terquedad—. Ya lo he dicho: los necesito aquí. Y ahora mismo voy a mandar la orden correspondiente al coronel Amengual. Su regimiento formará en la playa, y despedirá al ejército expedicionario con esa hermosa marcha que perteneció al «7.º de Línea».

Se dirigía a su escritorio para cumplir lo expresado, cuando apareció el secretario Máximo Lira.

—Perdón, señores —se disculpó—. Se acaba de recibir un telegrama del ministro del Interior.

—Démelo —dijo rápidamente Sotomayor.

Al cabo de unos minutos, no pudiendo contener su impaciencia Escala le preguntó:

—¿Alguna noticia de importancia, Sotomayor?

El ministro terminó de leer con expresión divertida.

—Es casi cómico, general —respondió—. Santa María me transcribe un mensaje del Profesor, quien comunica que el 2 de noviembre el general Buendía y el Estado Mayor del ejército aliado inaugurarán los dos fuertes de Pisagua con un banquete en la cumbre del morro de Punta Pisagua.

—¡El 2 de noviembre! —repitió el general, y calculó—: Nosotros zarparemos hoy, 28 de octubre, y estaremos frente a Pisagua… ¡justamente al amanecer del 2 de noviembre! —Coronó sus palabras con una carcajada incontenible y exclamó—: ¡Nos comeremos el banquete, mis amigos; nos comeremos el banquete!…

Tal como lo había imaginado Sotomayor, la postergación de que era objeto su regimiento fue un golpe rudo para el coronel Amengual.

La reacción de la oficialidad y la tropa fue unánime. Amurrados y huraños, se dispusieron a mostrar el gesto más torvo al ministro y al general en jefe cuando les tocara despedirlos en la playa.

—¿Te das cuenta, Cobo? —comentaba Del Solar con Alberto—. Nos dejan. ¿Cómo diablos nos hacen una payasada así?

Interrumpió sus regaños la súbita aparición de un oficial que se acercaba al trote por el patio, gritando:

—¡Alberto!… ¡Alberto!…

Los dos esmeraldinos se quedaron mirándolo, sin saber a cuál de los dos llamaba. Hasta que, súbitamente, Cobo reconoció a su entrañable amigo Rafael Torreblanca.

—¡Rafael, por la vida, qué alegría verte! Pero ¿cómo supiste que estábamos aquí, hombre?

—Nos hallábamos embarcando nuestros equipos, cuando oí la marcha «Adiós al 7.º de Línea». ¿Y cómo olvidarla? Pedí permiso a mi comandante y me vine a la carrera a verte. ¿Qué noticias me traes? ¿Cómo está Clementina?

—Bien…, muy bien —repuso Cobo, nostálgico—. Me encargó decirte que no te olvidaba y muchas otras cosas que tú comprenderás que no puedo repetirte.

¡Ah, gracias a Dios! —suspiró Torreblanca—. La recuerdo tanto, vivo pensando cu ella.

Del Solar los observaba con una expresión entre divertida y conmovida; sobre todo a Cobo que, en ese momento, indagaba a su amigo:

—¿Y tú…, tú, que has estado bastante en el norte…, no has sabido nada de Leonora? —Se quedó esperando ansiosamente una respuesta, pero, como Torreblanca no contestara, insistió—: ¿Ninguna…, ninguna noticia?…

—Lo siento, Alberto —se esquivó Torreblanca—. He preguntado, pero nadie sabe nada en este vértigo en que estamos viviendo. Sin embargo, pronto tendremos forma de averiguar su paradero —agregó, al observar el gesto deprimido de su amigo—. Vamos al

norte. Leonora tiene que estar en Iquique, en Pisagua…, en Arica.

—Ustedes van al norte —dijo Cobo, con desaliento.

—¿Acaso ustedes no?…

—No, teniente —respondió Del Solar—. No nos llevan.

—¡Caramba, hombre!

Recién entonces reparó Alberto en el tratamiento que Del Solar había dado a Rafael.

—¿Teniente? —preguntó.

—No, todavía no —repuso sonriendo Torreblanca—. Me han dado sólo el grado de subteniente. Bueno, debo regresar a mi batallón, debe estar formando para embarcar. ¿Me acompañas, Alberto?

Los dos subtenientes se estrecharon las manos y el atacameño y Cobo echaron a andar en dirección a la salida del cuartel.

—Nos dejan aquí —iba lamentándose este último—. He soportado meses, con la esperanza de salir en busca de Leonora. Y ahora nos dejan.

—Yo la buscaré por ti, Alberto —aseguró Torreblanca—. El general en jefe nos ha prometido que el «Atacama» será el primer regimiento que desembarque en territorio peruano. La mayor parte de la oficialidad y la tropa está formada por mineros que tuvieron que sufrir la opresión anterior a la guerra y fueron, finalmente, expulsados de Tarapacá, perdiendo todos sus bienes.

Llegaban a la puerta del cuartel cuando una corneta hizo oír el toque distintivo del «Atacama», seguido por el de llamada a formar.

—Debo irme, Alberto; seguramente ya nos embarcan —dijo Torreblanca y abrazó a su amigo.

—Hasta pronto. Rafael; que tengas mucha suerte. Y si encuentras a Leonora, dile…, bueno, dile que no la olvido y que iré a buscarla tan pronto pueda.

El atacameño se alejó a toda carrera hacia la playa.

Cobo regresó cabizbajo y minutos más tarde tuvo que formar, pues el «Esmeralda» iba a la playa para dar la despedida a la expedición.

El coronel Amengual tenía los ojos duros y los labios apretados, cuando el ministro y el general en jefe entraron en la lancha que los llevaría al buque insignia.

Los esmeraldinos observaban en posición firmes, algunos con los

ojos cuajados de lágrimas de despecho.

Amengual se volvió hacia ellos y alzó la voz, tajante como un latigazo.

—¡Regimiento, atención… presenten… arm!

Con dos golpes secos y simultáneos, los fusiles subieron a la altura del pecho y los hombres se inmovilizaron con la vista fija en la lancha que se alejaba, mientras la banda iniciaba el himno del «Esmeralda».

Lentamente, primero, con empuje después, los diecinueve barcos del convoy viraron hacia el este y enfilaron hacia el mar abierto.

Las chaquetillas rojas y azules de los soldados se apretujaban en las bordas, mientras manos y pañuelos se agitaban en la playa.

Tras las diecinueve estelas del convoy surgieron de pronto, silenciosas, dos fragatas de su majestad británica: la *Turquoise* y la *Thetis*. Testigo la primera del combate naval de Iquique, navegaba ahora acompañada por su gemela, con la esperanza de presenciar otra gesta notable.

Al girar Punta Tetas, el convoy enfiló pausadamente hacia el norte. En la primera hilera de barcos se adelantó levemente entonces el transporte *Amazonas*, destinado a buque insignia, por su gran andar. Sobre su toldilla de popa se reunía el Estado Mayor del ejército expedicionario y desde el puente de mando vigilaba el capitán de fragata Manuel Thomson, jefe provisional de la escuadra. Más atrás, en el *Itata*, navegaba el capitán Patricio Lynch, jefe de los transportes.

Al comenzar a diluirse la costa de Antofagasta, Sotomayor leyó una proclama a las tropas embarcadas en el *Amazonas*, la que fue repartida impresa en los demás barcos. Hablando a nombre del presidente Aníbal Pinto, el ministro despertó anhelos heroicos en el alma de los soldados. Así, cuando cerró la noche, en la cubierta de lodos los barcos se mantuvo como una sorda marejada la plática de los hombres.

Sotomayor tuvo que recurrir a un soporífero para conciliar el sueño. El comandante Thomson veló hasta las dos de la madrugada y cuando se echó a su litera se durmió como un leño. Pero a las cinco, cuando apenas aclaraba, el oficial de guardia entró como una tromba a la cámara y lo sacudió nerviosamente:

—¡Comandante Thomson, se han perdido tres barcos!

El jefe del convoy se levantó de un salto.

—¿Cómo es posible, teniente? —exclamó—. ¿Cuáles barcos se han perdido?

—El *Copiapó*, el *Elvira Álvarez* y el vaporcito *Toro*. El primero llevaba a remolque al segundo, señor, y el vaporcito aguador iba apegado al flanco del velero.

—¡Ah, maldita sea! ¡Vamos a cubierta, teniente!

A la luz pálida del amanecer se distinguía perfectamente el hueco dejado en el convoy por los tres buques desaparecidos. El comandante Thomson, alarmado ante la posibilidad de que la corbeta peruana *Unión* pudiera atrapar a los barcos en que iban el 1.º de Línea «Buin» y el «Granaderos a Caballo» con sus equipos y pertrechos, iba a dar orden de virar en redondo para salir en busca de los extraviados, cuando en el trinquete del *Itata* se elevó, súbitamente, una banderola poco usual. Thomson tuvo que recurrir al cabo de señales para comprender su significado: muerte del comandante.

—¡Dios santo! —exclamó—. Ayer, antes de embarcar, estuve conversando con el capitán Steward y lo encontré tan sano como nosotros. ¡Teniente, pida confirmación por semáforo! Yo iré entretanto a notificar al ministro que tendremos que separarnos del convoy para volver en busca de esos tres condenados barcos.

Aquel trastorno fastidió a Sotomayor. Temía que la demora pudiera frustrar la sorpresa de la que dependía el éxito de la operación. Pero Thomson lo aplacó argumentándole que el *Amazonas*, gracias a su andar de catorce nudos, podía ir y volver sin que el convoy detuviera su marcha. Cuando iba a ser puesta en práctica esta medida, llegó la respuesta del *Itata*. Habíase producido un error al izar la banderola y el muerto no era el capitán del barco, sino el capitán del 3.º de Línea, Silverio Merino.

—¿Cuál fue la causa de su fallecimiento? —preguntó el ministro.

—Sufrió un ataque de apoplejía —respondió el oficial que había hecho la consulta.

Sotomayor sintió una sacudida al oír la palabra apoplejía. Durante aquellos últimos meses, en que había estado tan sobrecargado de trabajo, había sentido cernirse sobre él el fantasma de aquel mal.

A toda la fuerza de sus máquinas navegó el *Amazonas*

zigzagueando entre los rumbos sur y suroeste buscando a los tres barcos desaparecidos. A la medianoche entró en Mejillones y allí los encontró. El velero *Elvira Álvarez* había roto el calabrote con que lo remolcaba el *Copiapó* y en la demora que provocó su reparación, se rezagaron considerablemente de la escuadra. Temerosos de toparse con barcos enemigos, prefirieron refugiarse en Mejillones, donde estaban fondeados el *Angamos* y la *Covadonga* para desembarcar un batallón del «Lautaro» y recoger al regimiento «Chacabuco».

Al amanecer del 30, el *Amazonas* volvía a incorporarse al convoy, que navegaba regulando su velocidad a la de los vapores de ruedas *Paquete del Maule* y *Huanay*.

El 1.º de noviembre, a las diez de la mañana, Thomson ordenó detenerse al *Amazonas*.

—Estamos en el punto de la cita, señor ministro —dijo a Sotomayor—, justamente en el paralelo de Pisagua.

—Comandante, hágame usted el favor de ordenar se ice bandera de reunión de todos los comandantes en este barco. Vamos a dar los últimos toques a nuestro plan —pidió el ministro, quien, volviéndose a su secretario, le ordenó trajera también a la cámara a De la Barra y Santa Ana, propiciadores de los planes de Junín y Pisagua.

En el consejo de guerra que se realizó aquella mañana, se determinaron exactamente los detalles de la invasión.

Escala y Sotomayor estaban sumamente nerviosos y esto los hacía proceder con rudeza. El primero determinó las funciones que habrían de cumplir los jefes más importantes, a fin de que la operación se realizara en fases casi independientes entre sí. Se designó ayudante del general en jefe al capitán Enrique Simpson, quien, al mismo tiempo, debería actuar como jefe de desembarco. El ataque en tierra lo dirigiría el comandante Ortiz. El desembarco en Junín lo comandaría el teniente coronel Diego Dublé Almeyda, actuando a su lado, como jefe de la flotilla de botes, el teniente Emilio Valverde.

La operación de asalto a Tarapacá se realizaría por dos puntos simultáneamente: Pisagua y Junín. Las fuerzas encargadas de estos desembarcos, luego de dominar a los defensores de ambas plazas, deberían unirse en el Alto de Hospicio, sobre Pisagua.

—En Pisagua se desembarcará una división de 4890 hombres de infantería y artillería —prosiguió explicando el coronel Sotomayor —; y en Junín, otra de 2175 soldados. La tercera división, con un efectivo de 2500 hombres, quedará en los barcos, en calidad de reserva.

A continuación, el capitán Enrique Simpson describió minuciosamente el desembarco:

—Los transportes disponen de 28 botes y los barcos de guerra de 14 lanchas —comenzó diciendo—. Hemos calculado que en ellos pueden desembarcar 900 hombres en cada viaje. Al comenzar el ataque, los soldados que van en el *Cochrane*, la *Magallanes*, la *Covadonga* y la
O'Higgins
descenderán a las embarcaciones que estarán apegadas a los transportes, los que se mantendrán en segunda fila, y en ellos esperarán órdenes. Cuando las unidades de guerra cañoneen y silencien las baterías defensoras, se dará la voz de desembarco.

—¿Bajo el fuego de los fusileros bolivianos, amparados en zanjas y terraplenes? —preguntó atolondradamente uno de los jefes militares.

—Por supuesto, coronel —estalló el general en jefe, fastidiado—. ¿O usted cree que vamos a esperar a que los defensores se mueran de viejos para lanzar nuestro ataque?

El general Escala siguió ahora explicando el plan:

—Apagados los fuegos mayores de tierra, lanzamos nuestra flotilla de lanchas. Cuarenta y ocho lanchas con 900 hombres y ¡vuelta a repetir la operación! Los 900 soldados que vayan en la primera lanchada tendrán que soportar solos el contraataque enemigo y sostenerse hasta que llegue la segunda lanchada. De ellos depende el éxito de la empresa. Si ceden, morirán todos, porque no podremos auxiliarlos. Pero resistirán, sí, resistirán, porque los cuerpos que vamos a lanzar son los más aguerridos y en los que alienta más el rencor.

—¿Cuáles, mi general? —preguntó una voz tímidamente.

Primero, el «Atacama», el regimiento de los mineros. Enseguida, el veterano de todas nuestras guerras: el 1.º de Línea «Buin». Y, posteriormente, dos baterías de artillería de montaña. Cuando esos valientes hayan plantado la primera bandera, lanzaré a los

zapadores del comandante Ricardo Santa Cruz, los cuales, gracias a la instrucción que han recibido y a los elementos de que disponen, podrán excavar trincheras y parapetos.

Los atacameños estaban orgullosos y los «buines» también. Pero desde el momento en que los barcos volvieron a ponerse en ruta hacia Pisagua, los capellanes tuvieron una labor ímproba, escuchando confesiones y poniendo en gracia a los soldados del «Atacama» y del «Buin».

El comandante Thomson, calculando que estaban a cincuenta millas de Pisagua, reguló la marcha del convoy a tres millas por hora, a fin de surgir sopresivamente frente al puerto a las cuatro de la mañana, antes de que la luz del día pudiera traicionarlos.

El subteniente Torreblanca dormitaba junto al palo mayor del *Limarí* cuando su ordenanza lo remeció de un hombro:

—Mi comandante Martínez quiere hablar con usted, mi teniente.

El oficial se puso de pie y avanzó hacia la toldilla de popa.

El comandante Juan Martínez, jefe de los atacameños, estaba sentado ante un barril, sobre el cual mantenía una vela y unos papeles.

—Teniente Torreblanca, quiero encomendarle una misión honrosa —le dijo en voz baja.

—Ordene, mi comandante.

—Usted sabe que al «Atacama» se le ha honrado concediéndole ser el primer cuerpo que asalte el territorio enemigo. Pues bien, este transporte tiene cinco lanchas, con capacidad para veinte hombres cada una. Ellas serán las primeras que toquen tierra y sus tripulantes los más expuestos a recibir las balas enemigas…

—Acepto la misión, mi comandante —saltó ansiosamente Torreblanca.

Su jefe lo miró con jovial asombro, como diciéndole: «Pero si usted no sabe cuál es».

—Creo adivinar su deseo, mi comandante —prosiguió Torreblanca—, y si me he equivocado, solicito de usted que me conceda el privilegio de ser quien comande a los veinte soldados que irán en la primera lancha.

—Exacto. Eso iba a pedirle, teniente.

—Concédame otro privilegio, mi comandante. Que en esa lancha vaya conmigo el abanderado del «Atacama», para que nuestro

estandarte arribe a tierra enemiga el primero de todos.

El comandante se inclinó y palmeó un hombro del subteniente.

—¡Concedido! —aceptó—. Elija los veinte soldados que compartirán con usted la honra de comenzar el asalto.

—¡A su orden, mi comandante Martínez!

El oficial se dirigió al lugar de la cubierta que ocupaba la segunda compañía, pero antes pasó por donde se amontonaba la tercera, para despertar al capitán Ramón Vallejos, al teniente Moisés Arce y al subteniente José Vicente Blanco. Juntos, todos se escabulleron hasta el sitio en que estaba la cuarta compañía, a la cual pertenecía el subteniente Andrés Wilson.

Los cinco «hermanos del Atacama», como eran llamados por la amistad que los unía, fueron a sentarse en el alcázar. Con las cabezas muy juntas, conversaron largamente.

A las cuatro de la madrugada, los regimientos estaban formados sobre las cubiertas. El ministro Sotomayor se apoyaba en la borda, traicionado por el agotamiento.

El comandante Manuel Thomson había asegurado:

—Estamos a cincuenta millas exactas de Pisagua. Entraremos en la bahía a las cuatro de la madrugada.

De pronto, desde las cofas, la voz rodó en sordina hasta las cubiertas:

—¡Tierra a proaaa!… ¡Tierra a proaaaa!…

Frente al convoy surgía la configuración áspera y elevada de la costa.

—¡Silencio todo el mundo! —hizo correr la voz el general en jefe, acallando los murmullos que se habían despertado entre la tropa—. ¡Que enmudezcan los vigías! No debemos traicionarnos.

El convoy seguía avanzando sigilosamente.

De súbito, el general Escala volvió la cabeza y observó a Thomson con gesto interrogante.

—¿Dónde están las puntillas que limitan la bahía? —preguntó—. ¿Las lenguas de tierra que terminan en los morros donde se asientan los fuertes?…

—Sí —se adhirió el ministro—. ¿Dónde están las Puntas Pichalo y Pisagua, comandante?

El comandante miró a la costa con marcada preocupación.

—Es extraño —murmuró turbado—, no las diviso. Tenemos que

esperar a que haya algo más de luz. Quizás hayamos derivado un poco hacia el norte de la bahía. Aunque tomé la altitud muchas veces antes de poner proa a la costa.

Al observar las vacilaciones del marino, Sotomayor giró sobre sus talones y paseó la mirada por la cubierta buscando a los baqueanos De la Barra o Santa Ana. Este último estaba a pocos pasos, afirmado en el trinquete. Lo llamó con un violento ademán de su diestra. Pero, cuando lo tuvo a su lado, no alcanzó a interrogarlo, porque el capitán le espetó:

—Ha habido un error de rumbo, señor ministro. No me atrevía a comunicárselo delante de todos, pero ya que usted me ha llamado…

—¿Por qué dice usted eso, capitán? —se interpuso el comandante Thomson, encolerizado.

—Porque no estamos frente a Pisagua, mi comandante Thomson. Esta es la caleta del Topo.

—¿Qué dice usted? —saltaron al unísono y aterrados el general Escala y el ministro.

Que erraron la ruta, señores —prosiguió el baqueano—; estamos a doce millas al norte de Pisagua.

—¿Está usted seguro, capitán Santa Ana? —inquirió el general.

—Conozco esta región como las arrugas de mi cara, mi general. Aquel promontorio que comienza a recortarse es el cerro Topo. Estamos a doce millas de Pisagua.

El ministro se volvió hacia Thomson con una mirada condenatoria.

—Comandante Thomson, ¿mide usted los alcances que puede tener su error?

—No acierto a explicarme cómo pudo ser, señor ministro —se defendió el marino—. Tomé la altura muchas veces. Nuestro punto de reunión estaba a cincuenta millas de la costa.

—Sí, a cincuenta millas de la costa, pero a sesenta y dos de Pisagua —terció Santa Ana—. Las cartas marinas de esta región engañan.

—Pues, este engaño nos lleva al descalabro, señores —sentenció el ministro. Plantándose frente al comandante, le consultó con acento perentorio—: Dígame, Thomson, pero piénselo bien antes de responder: ¿Cuál es la hora más temprana en que podremos llegar a Pisagua?

—Las… seis, señor; tal vez…, las seis y media —confesó el marino.

—¡A plena luz del día! —tronó el general Escala, furioso—. Cuando ya toda la guarnición del puerto esté en pie y nuestros barcos sean visibles desde muchas millas de distancia. ¡Puah, qué torpeza!

Profundamente herido, el comandante Thomson se puso rígido y pálido.

—Mi general Escala —replicó—, yo no podía pensar que las cartas marinas…

—¡Basta, señores! —los atajó el ministro secamente—. Si esta operación fracasa, ya se encargará un consejo de guerra de ventilar dónde radicó la culpa. Por el momento, tratemos de salvar la situación. ¡Comandante, ordene que el convoy descienda a toda máquina hacia Pisagua!

—A su orden, señor.

Minutos más tarde, el cuadro de barcos viraba sobre estribor y comenzaba a descender hacia el sur.

El general Buendía había pasado una mala noche. Aun cuando la oficialidad de la guarnición de Pisagua lo había recibido con todos los honores de su rango, ofreciéndole una magnífica comida en el campamento de Hospicio, nadie lo había visto siquiera sonreír. Su ayudante, el coronel argentino Roque Sáenz Peña, debió hacer todo el gasto de la conversación.

En realidad, desde hacía varias semanas, el carácter del general en jefe del ejército aliado había cambiado profundamente. En las filas peruanas se había corrido una copla burlesca y ya no había soldado que no la repitiera:

El general Juan Buendía
perdió el alma y la cabeza.
De que se fue su chilena
vive muerto de tristeza.

La fiesta en el campamento de Hospicio se prolongó hasta poco antes del amanecer y serían las cinco de la madrugada cuando el

viejo general tomó el culebreante sendero que descendía al puerto, acompañado por el flamante jefe de armas de la plaza de Pisagua, teniente coronel Isaac Recabarren.

Acunado por el vaivén de su caballo, que bajaba al paso, el general se dejaba dominar por los pensamientos pesimistas que lo roían.

El coronel Recabarren, que cabalgaba a su zaga, lo contemplaba con cierta compasiva comprensión; sabía que el mal humor del general no se debía exclusivamente a la pérdida de la mujer que amaba, sino también a la extraña situación en que había encontrado la guarnición de Pisagua al tomar su mando. En la respuesta que le diera cuando él le ofreció una cómoda carpa en el campamento de Hospicio, le había dejado entender la causa de su enfurruñamiento.

—Gracias, coronel Recabarren —le dijo entonces—, pero usted comprenderá que prefiero alojar en una casa del puerto. Estas noches son demasiado heladas y yo estoy viejo como para alojar en carpas. Además, este campamento es boliviano y yo soy peruano, ¿sabe usted?

Esta diferencia de nacionalidades se había hecho sentir en Pisagua, llegando hasta provocar conflictos. Los soldados peruanos y bolivianos no congeniaban. Por otra parte, estos últimos no disponían ni siquiera de vestuario. El coronel Recabarren se había visto obligado a calzarlos y a confeccionarles uniformes.

Al general Buendía le había sido difícil creerlo cuando él se lo informó. Pisagua estaba defendida especialmente por tropas bolivianas, por la segunda división, comandada por el general Pedro Villamil.

—Pero, además de esa división, tenemos aquí soldados peruanos —había objetado con cierta duda el general.

—Sí, señor —fue la respuesta del coronel Recabarren—. Los doscientos cuarenta y cinco artilleros que guarnecen los dos fuertes, bajo el mando del capitán de marina losé Becerra, son peruanos. A ellos debemos sumar dos cuerpos de milicianos recientemente formados en el puerto, compuestos por fleteros y trabajadores del mar. Ambos suman ciento sesenta hombres.

—Doscientos cuarenta y cinco artilleros más ciento sesenta milicianos —sumó el general— arrojan un total de cuatrocientos cinco peruanos. ¿Y la segunda división boliviana cuenta con…?

Dos batallones, señor general. El primero, mandado por el coronel Juan Granier, consta de cuatrocientos noventa y ocho hombres; y el segundo, mandado por el coronel Donato Vásquez, tiene trescientos noventa y siete. O sea, un total de ochocientos noventa y cinco bolivianos.

Sumados peruanos y bolivianos, se alcanzaba a mil trescientos soldados.

—Bastan para defender el puerto de cualquier ataque —razonó el general. Pero Recabarren se vio obligado a revelarle las dudas que tenía sobre la cohesión de aquellas tropas.

—Si las dos guarniciones se llevaran bien, general —le explicó —, esos mil trescientos soldados serían una garantía, pero… Las fuerzas bolivianas que vinieron del norte fueron, en realidad, la primera y segunda división del ejército del Altiplano.

—¿Y la primera división qué se hizo? —inquirió el general, extrañado.

—Se pensó en ponerlas juntas. Pero se vio que era imposible. La primera división está formada por soldados reclutados en Cochabamba, y la segunda, de hombres enrolados en La Paz. La rivalidad entre paceños y cochabambinos es tan honda, que estuvieron a punto de terminar a balazos entre ellos.

La primera división boliviana tuvo que ser separada y acampada en plena pampa; el primero de los batallones, en la oficina de San Francisco, junto al cerro Dolores; y el segundo, en la caleta de Mejillones del Perú, al sur de Junín.

Estos contratiempos habían amargado aún más al general Buendía.

Media hora tomó al general, a su ayudante y al coronel Recabarren descender hasta el puerto y comenzaba a amanecer cuando el coronel Sáenz Peña se detuvo frente a una casa de cañas y barro, ubicada en la calle principal de Pisagua.

—Esta es la vivienda donde hemos reservado alojamiento para usted, señor general —declaró el argentino, con cierto rubor.

El general la contempló con asco.

—Esto es una pocilga, ayudante —protestó.

Sáenz Peña se limitó a encogerse de hombros.

—Es la mejor, general —le concretó—. Todas las casas de Pisagua son de cañas y barro o de planchas viejas de zinc.

El general tuvo que resignarse. Por lo demás, ya venía la aurora y no disponía de muchas horas para dormir.

—Está bien —aceptó—. A las nueve procederemos a bautizar el Fuerte 2 de Mayo. Buenos días, señores.

Desmontó fatigosamente y se dispuso a entrar en la casa. Pero, en el momento en que empujaba la puerta, el estampido de un fusil hizo a los tres volver la cabeza hacia la costa. En la cumbre del fuerte del norte de veía una levísima nube de humo.

—¿Será un alerta? —alcanzó a preguntar el general, cuando se vio que en el mismo sitio agitaban una banderola.

El coronel Recabarren se irguió nerviosamente sobre su montura.

—General Buendía —exclamó—, esa bandera significa «enemigo a la vista». Yo mismo acordé esa señal con los jefes de los fuertes.

—¡Enemigo a la vista! —repitió el general, como si tardara en comprender. Pero cuando lo hizo, volvió velozmente junto a su caballo—. ¿Los chilenos acaso? —indagó—. ¿Los chilenos frente a Pisagua?

—No lo sé…, no lo sé, general —reconoció Recabarren, agitándose sobre su caballo.

—No perdamos tiempo entonces —dictaminó el general, y volviéndose a su ayudante, le ordenó—: Galope cerro arriba y haga tocar generala en el campamento de Hospicio. Que el batallón «Independencia» baje a la carrera a tomar posiciones en la playa y el batallón «Victoria» se distribuya en los terraplenes del ferrocarril.

El coronel Sáenz picó espuelas.

—Usted, coronel Recabarren —dijo el general a su otro acompañante—, encárguese de distribuir la Guardia Nacional y los navales entre las rocas que bordean la playa y en los parapetos de sacos de las calles paralelas al mar.

El coronel partió a escape, mientras el general Buendía galopaba, a su vez, hacia la cumbre del fuerte del norte con el fin de enterarse de la cantidad de enemigos que provocaba la alarma.

El viento de las alturas arrancaba a zarpazos la camanchaca. Cuando el general frenó su caballo, se quedó con los ojos desorbitados. Bajo sus pies, empequeñecidos como hormigas, los barcos chilenos contorneaban la Puntilla de Pisagua. Cerrando levemente las cañas sobre babor, enfrentaron, en pocos minutos, la

boca de la bahía, cuyos colmillos eran los Fuertes Pichalo y Pisagua.

Era la invasión, la temida invasión de los chilenos, no cabía duda. Las cuatro unidades que navegaban al frente eran barcos de guerra y las quince que las seguían no podían ser otra cosa que transportes repletos de soldados.

De un manotazo, el general arrebató el anteojo de larga vista al capitán Ignacio Suárez, comandante del fuerte. Sobre las cubiertas de los barcos se veían claramente los batallones de soldados y las caballadas. Al fondo, a una distancia prudente, se divisaban las naves británicas *Turquoise* y *Thetis*.

Angustiado, el general volvió el anteojo hacia la pampa. Por el sendero que descendía del campamento de Hospicio se veían descolgarse los soldados bolivianos.

—¿Contra los muchos miles de soldados que deben venir en esos transportes y los centenares de cañones de grueso calibre de los barcos de guerra, vamos a oponer nuestros dos cañones de 110 libras y ese puñado de soldados, señor? —oyó que le decía el capitán Suárez.

Buendía clavó su mirada irritada en el comandante del fuerte.

—Escuche, capitán Suárez —dijo—. Si los mil trescientos soldados que componen la guarnición no combaten como fieras e impiden el desembarco de los chilenos, éstos entrarán en Tarapacá y nadie podrá volver a expulsarlos. ¿Me ha comprendido?

—Sí, señor.

—Bien. Entonces enfoque usted su cañón sobre el barco de mayor porte y dispare hasta que la pieza reviente.

Dicho esto, se lanzó al galope hacia el puerto. Su pensamiento era subir hasta Hospicio para impedir que los soldados intentaran retirarse al comprobar la superioridad de los invasores.

Entretanto, las cuatro naves de guerra chilenas se separaban en dos grupos: el *Cochrane* y la
O'Higgins
ponían proa hacia el Fuerte Pichalo, y la *Covadonga* con la *Magallanes* se acercaban al Fuerte Pisagua.

El comandante de este último fuerte vio venir a la *Covadonga* y la escogió como blanco. La cañonera se acercaba audazmente y aprestaba sus cañones, cuando los artilleros peruanos comenzaron a enfocarla con su pieza de 110 libras.

Atención…, ¿cargada la pieza? —preguntaba el capitán Suárez, cuando se produjo la primera andanada de la *Covadonga*. Todos los artilleros peruanos se arrojaron al suelo y las granadas reventaron en el aire.

Pasado el estruendo, Suárez se levantó con prudencia y miró a sus hombres.

—¿No hay bajas? —preguntó.

—No, capitán —respondieron varias voces desde el suelo.

—Bien, todos a sus puestos, entonces. ¡Rápido!

Los sirvientes de la pieza volvieron al lado de ella y la apuntaron nerviosamente obre la cañonera, que giraba para ofrecer sus bocas de fuego de la otra banda.

—¿Apuntada la pieza? —inquirió el comandante.

—Sí, señor capitán.

—Pues, ¡atráquele mecha entonces! ¡Fuego!

El proyectil describió una trayectoria muy larga y fue a levantar un penacho de agua más allá de la cañonera.

Como respuesta casi inmediata, la *Covadonga* descargó dos de sus cañones simultáneamente. Uno de los proyectiles reventó en el centro del fuerte. El capitán Suárez y los sirvientes de la pieza volaron, descuartizados, por los aires, mientras el cañón Parrot rodaba, desmontado, sobre los demás defensores. Los artilleros que salvaron, huyeron enloquecidos hacia la playa de Pisagua Vieja.

Al mismo tiempo, el *Cochrane* colocaba dos de sus grandes proyectiles sobre el Fuerte Pichalo, y reducía a polvo los parapetos, la pieza defensora y a todos sus sirvientes.

Enmudecidos los fuertes, los cuatro barcos volvieron sus bocas de fuego sobre los cañones pequeños que el coronel Recabarren había emplazado en la playa, frente al puerto.

—Van a incendiar el pueblo —clamó desesperado Buendía, que ya había llegado a lo alto del acantilado—. ¡Ayudante Sáenz, ordene que una patrulla de soldados peruanos despeje el camino de ascenso, para que las tropas bolivianas puedan retirarse si se produce el incendio general!

Pero la orden era tardía. Los ingleses y los chinos residentes en Pisagua trepaban por el empinado sendero, huyendo enloquecidos.

El cañoneo se mantuvo durante media hora. El puerto ardió pronto por sus dos costados y el incendio se generalizó.

Súbitamente, llegó junto al general Buendía el coronel Recabarren. Había presenciado la mortandad horrible que los grandes cañones del *Cochrane* causaron en el fuerte del sur.

—Ordene usted que los sobrevivientes se replieguen al pueblo y lo defiendan calle por calle —lo instruyó el general.

—¿No ha mirado al pueblo usted, señor? —replicó el coronel—. Es una hoguera. Hace ya media hora que bajé a los sobrevivientes del fuerte del sur y los diseminé detrás de la estación del ferrocarril, de la casa del salitre y en las trincheras de la playa. Pero a todas partes los han seguido los cañones de esos barcos.

El general Buendía iba a reprender al coronel por el tono con que le había hablado, pero en ese instante, como obedeciendo a una orden, todos los cañones de los barcos enmudecieron y un silencio impresionante, en el que se destacaban los gritos de la multitud que huía, cubrió la región.

—Los barcos atacantes se repliegan hacia los transportes con tropas —murmuró el general, que observaba con todos los músculos en tensión la evolución de las naves.

—Va a comenzar el desembarco —dejó escapar Recabarren, trémulo.

En ese momento, una bandera rojo y negro subió vertiginosamente por el trinquete del blindado *Cochrane* y los quince transportes avanzaron hacia la playa.

—¡Ésa es la orden! —clamó desesperado el general Buendía—. ¡Desembarcan!

Eran las ocho de la mañana del 2 de noviembre cuando flameó la señal que advertía que estaba despejada la playa de desembarco. Los soldados de los diecinueve barcos chilenos se abalanzaron a las bordas, esperando ser elegidos para pisar los primeros tierra peruana. Se produjo un gran desorden, agravado posteriormente debido a que las instrucciones del ministro Sotomayor y del general Escala fueron olvidadas durante el cañoneo del puerto. Los oficiales encargados de preparar las lanchas y botes para el desembarco, absortos en el duelo de artillería, desviaron su deber, recayendo la culpa en el capitán Enrique Simpson, que los comandaba.

La *Covadonga* repitió con su banderola que estaba despejada la playa, pero el desembarco no podía ser iniciado. La flotilla de lanchas y botes se movilizaba en torno a los transportes en un desconcierto incontrolable. Los minutos iban corriendo y el desorden crecía en lugar de disminuir. Los soldados se impacientaban y cada cual, por su cuenta, trataba de encontrar colocación en alguna lancha.

A bordo del *Amazonas*, el general Escala y el ministro perdían la serenidad.

—No sé qué demonios puede haberle pasado a Simpson —vociferaba el general—. Las instrucciones eran precisas y claras: las primeras tropas que desembarcarán serán la primera y tercera compañía del «Atacama», la primera del «Zapadores», la primera del «Buin» y dos baterías de campaña. ¿Por qué no las echa a los botes? ¿Qué lo demora?… Cada minuto representa vidas…, ¡vidas!

El coronel Sotomayor vino a dar la clave de lo que ocurría. Informó al general Escala y al ministro, en privado, que se acababa de producir una áspera disputa entre comandantes de regimientos y el capitán Simpson porque éste se había pronunciado contra el desembarco simultáneo por las dos playas de Pisagua.

Escala se encendió de cólera; habló de insurrección, de arresto, de someter a consejo de guerra a Simpson. Sólo la serenidad del ministro pudo aplacarlo. Pero dio al coronel Sotomayor diez minutos para solucionar el conflicto, bajo la amenaza de, expirado el plazo, encargarse él mismo de reducir al capitán que provocaba el desorden.

Pero en aquel momento, el comandante Latorre, viendo que las tropas bolivianas volvían a descolgarse del acantilado para ocupar las trincheras y los fuertes, avanzó con el *Cochrane* y la *O'Higgins* y reanudó el bombardeo.

La comprobación de que todo el esfuerzo realizado anteriormente por las naves de guerra se había perdido, enfureció aún más al general. Afortunadamente, el coronel Sotomayor regresaba con la información de que había logrado restablecer la armonía entre los comandantes y el jefe del desembarco.

—Simpson estaba algo bebido —confesó en voz baja—, por eso porfiaba que había que desembarcar por Pisagua Viejo o por Junín

primero, a fin de ganar la retaguardia de las fuerzas enemigas.

—Este asunto lo vamos a solventar después con el capitán Simpson —afirmó el general, con tono siniestro—. Ahora lo que importa es saber si estamos en condiciones de proceder al desembarco inmediatamente.

—Habrá que esperar algo, mi general —respondió el coronel Sotomayor—. Sólo se han apegado al *Amazonas* diecisiete lanchas. Es preciso aguardar a las que faltan.

—Si no llegan antes de que termine este bombardeo —afirmó Escala—, se procederá al desembarco del primer escalón de tropas en esas diecisiete lanchas. ¿Me ha comprendido, coronel?

—Perfectamente, mi general. Pero en ellas no cabrán los novecientos soldados que habíamos calculado formarían la avanzada; apenas podrán ir unos quinientos.

—Si fuerzas nuestras no toman la playa lo antes posible —intervino el ministro—, daremos tiempo a que lleguen los otros dos batallones bolivianos acampados en Dolores y Mejillones del norte. El desembarco debe, pues, hacerse inmediatamente.

—Bien, Rafael —dijo el coronel a su hermano—, desembarcaremos tan pronto Latorre termine de limpiar nuevamente la playa y los enrocados.

A las 9.55, el *Cochrane* y la *O'Higgins* acallaron sus cañones y en el trinquete del blindado volvió a flamear la banderola que anunciaba despejada la playa de desembarco.

Las lanchas no llegaron y Escala ordenó comenzar la invasión utilizando las diecisiete de que se disponía. El coronel Sotomayor intentó oponerse por última vez, argumentando que era echar un número muy reducido de hombres sobre la playa.

—Piense usted, mi general —razonó—, en que el primer escalón tendrá que soportar solo el contraataque de los defensores de Pisagua hasta que podamos desembarcar al segundo escalón.

—Pues tendrá que ser así —intervino el ministro—, o no habrá desembarco posible y tendremos que regresar a Antofagasta o ir a invadir por Ilo. ¡Cumple la orden. Emilio! Y encárgate de dirigir tú mismo la maniobra. Búscate un oficial de mérito para que te secunde.

—Llevaré al capitán Simpson. Démosle la oportunidad de rehabilitarse.

Dirigiéndose al portalón del vapor, junto al cual estaba el capitán Simpson, miró hacia el pie de la escalerilla. Allí estaban las diecisiete lanchas. En la mayor, que era de la comandancia del *Cochrane*, esperaban desde hacía una hora el coronel de infantería Luis Arteaga, el comandante Diego Dublé y el práctico terrestre capitán Santa Ana, quienes debían determinar los mejores puntos para desembarcar las tropas.

—Capitán Simpson —dijo entonces con rudeza al marino—, vamos a proceder al desembarco en las diecisiete lanchas. Y usted y yo iremos en la primera de ellas. Tómelo usted como una orden que no admite discusión.

El marino se irguió, y aunque todavía estaba con la mirada un poco turbia, replicó con altivez:

—Jamás pensé en quitarle el cuerpo al peligro, coronel.

Aferrándose al borde del portalón, se inclinó hacia el mar y gritó las instrucciones al segundo comandante del *Loa*, capitán Constantino Bannen, que estaba a cargo de las lanchas. Enseguida bajó a la lancha a vapor del *Cochrane* en pos del coronel Sotomayor.

—Ya creíamos que no venían ustedes, mi coronel —dijo el comandante Dublé al jefe del Estado Mayor.

—Partimos al momento, señores —lo atajó el coronel. Y volviéndose al conductor de la lancha, ordenó—: Patrón, en marcha. Pase lo más cerca de la costa que le sea posible.

Entretanto, aferrados a la borda del *Limarí* los soldados del «Atacama» contemplaban nerviosamente las maniobras que retardaban el momento tan esperado y temido.

La lancha a vapor que conducía al coronel Sotomayor surcaba la bahía bajo una granizada de balas.

Pero la atención de los atacameños fue atraída súbitamente por once lanchas que el capitán Bannen traía hacia el transporte.

—Vienen por nosotros —exclamó el subteniente Torreblanca a sus cuatro amigos, con los cuales formaba la hermandad del «Atacama»—. Bien. ¿Procedemos como lo tramamos anoche?

—Por supuesto, hombre —respondió el capitán Ramón Vallejos —; vamos los cinco. Aunque las dos compañías que han sido

designadas para encabezar el desembarco son a las que pertenecemos tú, Torreblanca, el teniente Moisés Arce y yo, no podemos privar a estos otros dos compañeros del honor de participar en él. En el desorden que se va a producir cuando bajemos a las lanchas será fácil meterlos entre nosotros. ¿No les parece?

—Claro que sí —afirmó Torreblanca—, pero quiero advertirles que la cosa va a ser tremenda allá en tierra, muchachos.

—Mayor razón para que vamos todos —argumentó el subteniente Andrés Wilson.

—¡Los cinco hermanos del «Atacama» juntos! —exclamó el teniente Arce—. Va a ser cosa linda, eh. ¿Aprobado?

—¡Aprobado! —respondieron todos.

—Bueno, amigos —agregó Torreblanca—, mi asistente el cometa Ceferino Román llevará el estandarte de nuestro regimiento. Los cinco lo clavaremos allá arriba, en el borde del acantilado, cuando nos hayamos apoderado de la trinchera más alta. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo!

Una corneta sonó próxima a ellos llamando a formar. Las once lanchas que guiaba el capitán Bannen habían atracado al costado del *Limarí* y el comandante Martínez, del «Atacama», procedía a embarcar a sus hombres.

—¡Primera y tercera compañía a las lanchas! —se oía su ruda voz. Durante unos minutos se produjo una batahola incontenible. Pero pronto el comandante Martínez se impuso sobre los mineros, que pugnaban por lanzarse sobre las lanchas, y, finalmente, descendieron a ellas sólo la primera y la tercera compañía. Aprovechándose del desorden inicial, lograron deslizarse hasta las lanchas los subtenientes José Vicente Blanco y Andrés Wilson.

Cuando las embarcaciones comenzaron a separarse del transporte, las otras seis que conducían a la compañía de zapadores les llevaban un centenar de metros de delantera.

El capitán Bannen, de pie en la proa de la primera lancha con atacameños, daba las ultimas instrucciones:

—¡Atención, soldados! La flotilla se dividirá en dos secciones. La que conduce a los zapadores atracará en la playa del sur, llamada Playa Guata. Esta sección de los atacameños desembarcará en la orilla que tenemos al frente, es decir, en la Playa Blanca. Llegados a

tierra, cada capitán se encargará de guiar a su compañía, amparando a sus hombres en los sitios más protegidos. Luego los lanzará a desalojar a los enemigos de sus posiciones, las que ocuparemos para, desde ellas, sostener el fuego hasta que logre desembarcar el segundo escalón.

—No es suave la tarea, muchachos —comentó el teniente Arce —. Para que llegue el segundo escalón es preciso que las lanchas nos dejen en tierra, regresen a los buques a buscar a los soldados correspondientes y vuelvan con ellos a la playa; o sea, cuarenta minutos, por lo menos.

—¡Nos aguantaremos, pues! —gritó un chusco en la embarcación vecina.

—¡Más fuerza a los remos, niños! —azuzaba Torreblanca en la proa de su lancha—. ¿Acaso vamos a permitir que los zapadores atraquen antes que nosotros?

—¡Renuncia, pues! —replicaron varias voces, y los remeros se inclinaron en las bancadas.

Una lancha a vapor apareció de pronto frente a la flotilla y vino a encabezarla. Conducía al coronel Sotomayor. Tras ella acudía otra embarcación, tripulada por un solo hombre. Era el teniente de artillería José Antonio Errázuriz, quien manejaba una ametralladora pesada en la proa.

—¡Atención, soldados del «Atacama»! —gritaba en esos momentos el coronel Sotomayor—. ¡Atención, zapadores! ¡Vamos a entrar a la zona de tiro de los enemigos! En los quinientos metros que nos quedan hasta la playa estaremos constantemente bajo las balas. Protéjanse como puedan y cubran a los remeros. El teniente Errázuriz irá adelante disparando su ametralladora contra los enemigos parapetados entre las rocas. Síganlo sin desviarse.

No se había apagado el eco de su voz, cuando una ráfaga de fusilería picoteó el mar en torno de las embarcaciones.

—¡Entramos a la zona de fuego! —gritó Sotomayor—. Valor, muchachos, y mucha suerte.

Las olas hervían, acribilladas por las balas que llovían desde las rocas y desde las trincheras abiertas a media ladera del acantilado. Las lanchas comenzaron a quedar agujereadas.

De pie en las bancadas, los soldados disparaban sobre las cabezas apenas visibles de los enemigos parapetados tras muros de

sacos de arena.

Dos de las embarcaciones que transportaban atacameños se habían adelantado y se dirigían hacia la Playa Blanca. A la derecha, una lancha con zapadores se encaminaba hacia la Playa Guata.

Rafael Torreblanca iba en la primera de los atacameños y azuzaba a los bogadores. Había divisado una embarcación en la que iban dos oficiales de marina portando un estandarte con la intención evidente de clavarlo los primeros en la playa. Eran el teniente del *Loa* José Amador Barrientos y el guardiamarina Fuentes.

—¡Más fuerza a los remos, compañeros! —exclamaba Torreblanca—. Nosotros debemos ser los primeros en clavar el tricolor en Pisagua.

Los bogadores se doblaban sobre los remos. Pero uno fue herido en la espalda y luego, casi simultáneamente, dos recibieron heridas en los brazos.

Fue preciso reemplazarlos inmediatamente.

—¡Los heridos debajo de los bancos! —ordenó el oficial de marina que iba a cargo de la embarcación.

A cien metros de la playa, la ametralladora del teniente Errázuriz abrió fuego. Sus ráfagas iban despejando visiblemente la playa y las rocas.

—¡Mire, mi te…, mi teniente —tartamudeó el asistente Ceferino Román, tirando de una manga a Torreblanca—, mire cómo… cómo los voltea como a mos… como a moscas!

—Que no nos mate a los que nos corresponden a nosotros —reclamaba el teniente Arce, disparando por sobre las cabezas de sus compañeros—. Esos que están allí, detrás de morrito, pertenecen a los de esta lancha, pues.

—¡Déjenme unos tres pa mí solo! —gritaba un minero—. *Na* de balas. Yo me los voy a comer a bayonetazo limpio.

—Nos van dejando atrás los zapadores —protestaba Torreblanca —. ¡Más rápido, remeros, más rápido!

—¡A ver, compañeros —propuso un atacameño— démosle de a dos en cada remo!

Varios soldados se terciaron el fusil a la espalda y, cogiendo el cabo de un remo, comenzaron a cooperar con los bogadores. A unos treinta metros de la playa, el casco rozó el fondo.

—¡Calar bayonetas, atacameños! —gritó el teniente Arce, dando el ejemplo—. ¡Vamos a encallar! Habrá que saltar al agua y correr hasta la playa.

Encaramada sobre una ola, la lancha saltó hacia adelante y se depositó sobre la arena. Los zapadores corrían ya agazapados hasta un morrillo de rocas. También había encallado la lancha del teniente Barrientos, y éste, seguido por el guardiamarina Fuentes, avanzaba enarbolando una bandera. Con ellos iban 20 navales del *Loa*.

—¡Adelante, atacameños! —gritó Torreblanca, y saltó a la playa.

Tras él lo hizo su asistente Román, agitando el estandarte del regimiento.

Todos corrían curvados, sin disparar, dejando escapar el chivateo ensordecedor heredado de los guerreros de Arauco.

Los primeros en llegar al objetivo fueron el teniente Barrientos y los suyos. Frenéticos escalaron el morrillo de rocas y desde su cima se dejaron caer sobre los bolivianos con las bayonetas enristradas. Allí quedaron decenas de los defensores clavados a la arena o con los cráneos reventados por los culatazos de las carabinas.

Los atacameños, despechados al ver que el teniente Barrientos ensartaba la primera bandera sobre las rocas, se desviaron hacia un parapeto de sacos de arena desde el cual los fusilaban los milicianos de la Guardia Nacional.

—¡A ellos, muchachos! —los animaba el teniente Arce, corriendo en primera línea—. Si no los desalojamos, nos barren.

—¡Corneta Román, toca «a degüello»! —ordenó Torreblanca a su asistente, mientras avanzaba hacia el parapeto.

Sin dejar de correr, el corneta lanzó el toque de «A la carga» con un *pizzicato* electrizante.

Los mineros, enardecidos, llegaron hasta la muralla de sacos rugiendo como fieras y, poniendo en práctica el sistema de asalto que les enseñara el comandante Martínez, los diez primeros se doblaron por la mitad del cuerpo al pie del parapeto, ofreciendo sus dorsos como caballetes. Los treinta restantes, sin detener la carrera, pisaban sobre sus espaldas y saltaban sobre el muro con los fusiles bajo el brazo izquierdo con la punta de la bayoneta hacia adelante y el corvo relampagueante alzado en la diestra. Llovidos desde lo alto sobre los defensores, los aplastaban con los herrados calamorros, los

cosían al suelo con las bayonetas y los abrían en cruz, con tajos horizontales y verticales de sus corvos temibles.

Los peruanos intentaron resistir. Pero como, tras la primera ola de atacantes, llegara una cincuentena de atacameños, optaron por retirarse a la desbandada, dejando innumerables muertos en la trinchera excavada tras el parapeto. Agazapados en el fondo de ella, revueltos con los cadáveres, los atacameños hicieron una pausa para tomar aliento.

—¿Cuántos de los nuestros habrán caído, hermano Arce? —preguntó Torreblanca al teniente que había luchado continuamente a su lado.

—Unos treinta. Rafael.

—¿Cuántos quedamos en disposición de seguir peleando?

—Dentro de esta trinchera, unos sesenta —calculó Arce.

—¿Cómo les fue a los demás, asistente Román? —gritó Torreblanca a su ordenanza.

El corneta tartamudo tendió la mirada hacia el frente y los costados:

—Los del teniente Barrientos continúan atacando, mi te… mi teniente. Parece que… este que… que quieren tomarse una trinchera que hay al pie del acantilado.

—¿Y los zapadores?

—¡Puff! Esos van tre… van trepando que es un gus… que es un gusto, mi te… mi teniente. Van a llegar a la primera atravesada que hace…, que hace la línea del tren. Y detrasito van los… los otros, mi teniente.

—¿Los otros?… ¿Cuáles otros? —murmuró sorprendido Arce, mirando a Torreblanca. Éste, muy intrigado, miró hacia la franja de ataque de los zapadores. Al principio no pudo identificar a los hombres que corrían gateando detrás de los zapadores pero no tardó en comprender.

—¡Los remeros de las lanchas! —exclamó aterrado.

Contagiados por el ardor de la lucha, éstos se habían apoderado de fusiles y cargaban detrás de los zapadores. Aquella iniciativa descabellada dejaba a los invasores en una situación irremediable. ¿Cómo podría desembarcar el segundo escalón de tropas si los bogadores se habían quedado peleando en tierra?

—¡Oh, esos idiotas han dejado las lanchas en la playa! —

vociferó el capitán Vallejos desde el otro extremo de la zanja—. Por su estupidez nos van a liquidar a todos. Ya no somos más de trescientos cincuenta y los enemigos mil y tantos.

Torreblanca captó la gravedad de la situación.

—¡Muchachos, arriba! —gritó, poniéndose de pie—. Hay que atropellar a los enemigos que tenemos por delante y subir más arriba que nuestros compañeros para hacer volver a los remeros. ¡Primera compañía, desplegados en guerrillas…, adelante!

—¡Tercera compañía, en guerrilla…, adelante, carrera mar! —ordenó a su vez el capitán Vallejos, y todos los atacameños saltaron fuera de la trinchera. Corriendo agazapados, tumbándose y levantándose, buscando amparo en todo lo que sobresaliera del suelo, avanzaron rápidamente bajo las balas que les enviaban los enemigos parapetados a mitad del cerro.

Cerca de una hora duró aquel avance. A las 10.15 de la mañana los atacameños habían flanqueado las casas del pueblo y enfrentaban la escarpada ladera del acantilado. Jadeantes, agotados, con el corazón golpeándoles las sienes, quedaron acurrucados tras un tapial que los protegía del fuego enemigo. Desde ahí veían a los zapadores trepar la ladera del acantilado, ascendiendo tres saltos y resbalando dos, pero sin detenerse, pese a que muchos caían con el pecho agujereado o con la mollera abierta por los proyectiles que les llovían desde arriba.

Tenemos que subir más arriba que los zapadores —repitió Torreblanca—. Vamos a pegar el primer salto hasta el primer terraplén del ferrocarril. Cruza a unos treinta metros sobre esta tapia. Mírenlo bien. Vamos a llegar allá como se pueda. Y deberemos desalojar a bayonetazos a los defensores, que deben ser bastantes más que nosotros.

—¡A mí me dejan cuatro *pa* mí solo! —alardeó un minero, asentando su corvo.

—¿Están listos? —preguntó Torreblanca en voz alta.

—¡Listos, mi teniente!

—Vayan clavando el cuchillo en el suelo para no resbalar. —Poniéndose de pie, gritó al jefe de la tercera compañía que mantenía a su gente a una cincuentena de metros—: ¡Capitán Vallejos, vamos a seguir!

Vallejos le hizo una seña de asentimiento, agitando un brazo.

—¡Adelante, mineros de Atacama! —vociferó Torreblanca, y saltó la tapia.

Sus hombres lo imitaron. Diseminándose por la pendiente del acantilado, comenzaron a trepar rápidamente, afirmándose en los corvos.

En los primeros momentos los defensores del terraplén no hicieron fuego, sorprendidos por la vertiginosidad del avance. Pero, pasado el estupor, los bolivianos comenzaron a descargar sus fusiles.

Cinco…, ocho mineros rodaron por la ladera. Algunos se levantaron y, aunque heridos, volvieron a trepar. Otros quedaron tendidos al pie del acantilado.

—¡Sigan!… ¡Sigan subiendo! —los alentaba Torreblanca, avanzando en primera fila.

—Esos que están arriba son los que se apropiaron de nuestras minas, muchachos —azuzaba el capitán Vallejos—. ¡Adelante, atacameños!

El general Escala los observaba desesperado desde el *Amazonas*. Los soldados de todos los barcos los vivaban delirantemente, sin comprender que mientras no pudieran desembarcar los demás batallones aquellos bravos atacameños y los ágiles zapadores estaban perdidos.

—¡Ah, los botes! ¿Por qué no regresan los botes? —clamaba fuera de sí el general en jefe. El ministro Sotomayor tuvo que sujetarlo:

—¡Desmoraliza a la tropa con sus angustias, general! —le dijo autoritariamente.

—Son mis soldados los que caen allá, ministro —respondió el general, descontrolado. Y, como si se le hubiera ocurrido una idea repentina, se encaminó al portalón del barco y gritó—: ¡Una lancha para el general en jefe! ¡Una lancha para bajar a tierra!

Pero el ministro le había dado alcance y lo sujetaba por un brazo.

—General, deténgase usted —lo conminó—. No puede bajar a tierra.

—Mi deber está al lado de esos soldados que hemos mandado a una muerte heroica, sin tener cómo enviarles refuerzos.

—Es antimilitar que el general en jefe vaya a exponer su vida en

un bote —insistió el ministro—. Su deber es preparar y dirigir las campañas del ejército total.

—¡Mi deber es correr la suerte de los soldados! —protestó el general—. Usted no lo comprende porque no es más que un civil.

Intentó desasirse, pero Sotomayor lo sostuvo mientras le decía con voz autoritaria:

—Usted no bajará. ¡Se lo ordeno en nombre del presidente de la república!

Escala giró la mirada en torno suyo. Varios altos jefes lo observaban anhelantes como pidiéndole que entrara en razón. Vencido, bajó la cabeza.

En ese momento se alzaba en los barcos un grito frenético:

—¡Vencieron!… ¡Vencieron!… ¡Llegaron los atacameños!

El general y el ministro volvieron los ojos hacia tierra. Los atacameños se veían sobre el terraplén, batiendo a los últimos defensores, y encima de ellos, se divisaba a los bolivianos que huían gateando, tratando de ponerse a cubierto en las trincheras extendidas más arriba. De pronto en el punto más alto del terraplén flameó una bandera chilena.

—¡Hurra, mis soldados, hurra! —gritó el general, agitando su quepis.

Pero los defensores de Pisagua no estaban vencidos ni acobardados. El general Buendía y el coronel Recabarren habían comprendido que mientras los botes no regresaran hasta los transportes la masa de atacantes no sería incrementada. Basándose en esto ordenaron un contraataque de varios batallones sobre las posiciones que ocupaban ahora los atacameños y los zapadores. Con grandes precauciones, estas tropas comenzaron a descolgarse desde la meseta de Hospicio.

Torreblanca y Vallejos habían conseguido ponerse en contacto con los remeros de los botes. Comprendiendo su torpe impetuosidad, éstos descendieron a saltos hacia la playa y remaron desesperadamente hacia los transportes, sin preocuparse de los proyectiles que los envolvían.

El desembarco del segundo escalón fue preparado velozmente. Aunque todos se disputaban bajar a tierra. Escala consiguió volverlos al orden y esperó a los botes con la gente lista.

Pero la operación había demorado demasiado. La vanguardia

chilena iba a ser ahogada por los batallones enemigos que descendían sobre ella.

Entonces el comandante Latorre tuvo otra de sus magistrales inspiraciones. Metiendo al *Cochrane* y a la *O'Higgins* tan adentro en la bahía que sus quillas estaban rozando el fondo, ordenó apuntar todos los cañones sobre la masa de enemigos que estaba por caer sobre los atacameños y zapadores. La maniobra era riesgosa. Cualquier error haría que los gruesos proyectiles fueran a destrozar a los propios compatriotas. Los estampidos de la artillería, que se había mantenido muda desde hacía dos horas, estremecieron la atmósfera y su solo ruido bastó para detener a los bolivianos. Luego, el sargento de artillería José Francisco Brito, de la *O'Higgins*, que por la proximidad a la costa no podía graduar el alza de su cañón, hizo que todo un regimiento se trasladara a estribor, para que inclinara el barco. Sus disparos, uno tras otro, cayeron en medio de los batallones bolivianos, destrozándolos y ahuyentando a los sobrevivientes.

Esta operación dio tiempo para el embarco del segundo escalón de tropas y, mientras las lanchas avanzaban hacia la playa, los barcos seguían lanzando granadas incendiarias sobre los reductos enemigos.

Incrustados en el fondo de la zanja, los atacameños escondían la cabeza al sentir los proyectiles que iban a estallar unos metros más arriba.

Torreblanca, que se había arrastrado algunos metros de la trinchera para observar el efecto de los cañonazos, vio llegar a su lado al corneta Román.

—¿Qué viene a hacer aquí? —dijo irritado—. ¿No ordené que se mantuvieran todos en la zanja?

—¡Chis, tenía que venir *pa* saber cuándo hay que tocar «avance», pues, mi teniente!

—El *Cochrane* y la *O'Higgins* no están dejando títere con cabeza —comentó Torreblanca.

—A tiempo no más se metieron en la ro… en la rosca, mi te… mi teniente. Un poquito más que se de… demoren y estos bandidos nos sacan la contu… la contumelia a nosotros, pue.

Repentinamente, los cañones dejaron de tronar.

—Ahora nos toca a nosotros, Ceferino —murmuró Torreblanca, después de una breve espera para cerciorarse de que las baterías navales no seguirían actuando—. Vamos a correr para que no nos ganen los zapadores.

Al oír mencionar a los zapadores, el ordenanza miró hacia el área de ataque de ese cuerpo. Con un gesto de disgusto se volvió hacia su superior.

—Ya están asomando las cabezas en la zanja esos ladinos, mi te… mi teniente. Van a seguir su… subiendo.

Torreblanca miró hacia la patrulla del teniente Arce. Comenzaba a salir de los hoyos en que se había guarecido. Y poco más abajo, los restos de la tercera compañía se aprestaban a seguir el asalto, guiados por el capitán Vallejos.

—Tenemos que pegar otro salto hasta el camino, asistente — determinó Torreblanca—. ¡Toca a la carga, corneta!

Al son vibrante del bronce los ocho atacameños que quedaban se levantaron de un salto y comenzaron a correr cerro arriba, siguiendo al subteniente que ascendía a saltos.

—¡No pierdan tiempo en disparar! —gritaba éste—. ¡A la bayoneta, niños, a la bayoneta!

No habían trepado unos veinte metros, cuando una bala alcanzó en un hombro al ordenanza, quien cayó al suelo como si le hubieran propinado un garrotazo.

—¡Métete en un hoyo, Román, y sigue tocando! —le gritó el subteniente, después de cerciorarse de que no estaba herido de gravedad—. ¡A la carga, corneta!

Sofocando su dolor, el asistente siguió arrancando a su instrumento el toque de «a degüello». Envalentonados, los ocho atacameños corrieron los metros que les faltaban para llegar al reducto enemigo y cayeron dentro de él gruñendo como fieras, a medida que hundían y sacaban las bayonetas tintas en sangre. La patrulla del teniente Arce hacía la misma faena un poco más a la derecha y, en el término de la línea, los restos de la tercera compañía aplastaban y ahuyentaban a los últimos defensores del camino. Sólo faltaba apoderarse de las fortificaciones que el general Buendía había hecho levantar al borde mismo de la meseta de la pampa. Tras ella estaba el campamento de Hospicio.

A las 11 de la mañana desembarcó el segundo escalón de tropas chilenas. En él iban el segundo batallón del «Atacama», el resto de los zapadores, una compañía del «Buin» y cien hombres del «2.º de Línea».

Los refuerzos pudieron desembarcar con cierta libertad, puesto que los defensores habían sido rechazados a lo alto del acantilado por el primer contingente del «Atacama» y de los zapadores, cuyos uniformes rojos y azules se divisaban llegando a la cima.

Entretanto, el *Amazonas*, seguido por el *Itata* y la *Magallanes*, se separaba del convoy y emprendía viaje al sur llevando a la división que debía desembarcar en Junín con la misión de coger por la retaguardia a los enemigos que se concentraban en el campamento de Hospicio.

El segundo y tercer escalón de tropas de desembarco se posesionaron totalmente de Pisagua y prosiguieron su carrera cerro arriba para ir en apoyo de los escasos y agotados combatientes que se mantenían en la primera línea de fuego. Pero éstos no querían ayuda; seguían ascendiendo como cabros en demanda de la cumbre del acantilado.

El general Buendía contemplaba atónito el avance de ese puñado de audaces y comentaba con el coronel boliviano Juan Granier:

—¡Es increíble, abismante! ¿Cómo podremos luchar contra fieras como éstas, si mil trescientos de nuestros soldados no han podido contener a medio millar de ellos?…

El coronel Granier se limitó a decir nerviosamente:

—Seremos copados en estas posiciones, señor general. Los chilenos van a desembarcar otros miles de soldados por la caleta Junín y ésos nos van a cortar la retirada hacia nuestros campamentos de San Francisco y Agua Santa.

—¿No hay noticias de la primera división boliviana, coronel?

—Ninguna, señor.

—Pues, en las horas que dura la batalla habría tenido tiempo sobrado para llegar —razonó exasperado el general Buendía.

—Se le enviaron comunicaciones urgentes, señor —intervino el coronel Sáenz Peña— y en ellas se exigía a los comandantes de los batallones «Aroma» y «Vengadores» que acudieran a participar en la defensa.

—Pues nos seguiremos defendiendo mientras quede un soldado

en estado de cargar un fusil —afirmó tercamente el general. Pero el coronel Granier lo contradijo. ¿Cómo podrían defenderse contra tantos enemigos? En Pisagua había ya más de dos mil y en Junín no tardarían en pisar tierra otros tantos.

El general Buendía, con una visión más amplia de las operaciones, comprendía que ceder era abrir a los chilenos las puertas de Tarapacá.

—No, señor —insistió—, seguiremos defendiéndonos hasta que nos lleguen refuerzos. Si conseguimos contener a los enemigos en las posiciones que ocupan, tendrán que reembarcarse por falta de agua. El agua está aquí arriba, en la aguada de Dolores.

Pero no pudo afirmarse en su determinación. Llegó un telegrama del presidente del Perú, en el que le ordenaba la retirada.

> *Si no tiene usted la seguridad de rechazar el ataque chileno y mantenerse en Hospicio hasta que lo alcance el regimiento «Vanguardia» y los batallones acantonados en Iquique* —decía—*, será preferible que se repliegue y concentre sus fuerzas en la aguada de Dolores.*

—Es lo más acertado, señor —aprobó Granier—. Aquí no podremos resistir y, en cambio, exponemos a nuestras tropas a ser cogidas entre dos fuegos.

Buendía no podía oponerse a esos argumentos. Del regimiento «Vanguardia» nadie sabía nada, se había perdido su paradero en el desierto, y las tropas de Iquique demorarían un día completo, quizás un día y medio, en llegar hasta Hospicio. Desalentado, dio la orden que la guarnición boliviana y la peruana se replegaran sobre Dolores.

Pero la orden no era fácil de cumplir. Era preciso allegarse al extenso parapeto levantado en el borde de la meseta y allí reinaba un caos terrible. Aun cuando los atacantes habían detenido su avance, se esperaba que se lanzaran al choque definitivo en cualquier momento. Pese a tener conciencia clara de este peligro, el coronel Granier desmontó y fue comunicando la orden de replegarse a los comandantes del batallón.

Entretanto, los atacameños se aprestaban para el último esfuerzo. El grupo de Rafael Torreblanca había quedado reducido a siete hombres, incluyéndolo a él mismo. Tumbados en un repliegue

del suelo, tomaban aliento.

—¿Tienen hambre? ¿Sed? —preguntó Torreblanca—. Pues, aguantarse, muchachos. Comeremos y beberemos arriba. Un último salto y llegamos.

Iban a ponerse en pie para proseguir el avance, cuando apegado a la tierra apareció el rostro enjuto del corneta Ceferino Román.

—¡Mi tenientito, aguán… aguántese un poquito! —suplicaba—. No me dejen atrás.

Dos mineros se apresuraron a tomarlo de los brazos y arrastrarlo hasta el refugio.

—¡Estás loco, Ceferino! Tú apenas puedes moverte —le negó Torreblanca—. No podemos llevarte.

—Déjeme que me tome un trago de aguardiente y va a ver cómo quedo nue… nuevo, mi teniente.

Echando mano a la trasera de su cinturón, desprendió una caramayola. Al olor que salió de la cantimplora, cuando el corneta la destapó, los seis mineros se acercaron con los rostros ávidos.

—Más mejor nos tomamos *toos* un trago y nos damos *juerza* —propuso el más sediento.

Otro sacó un cacho de buey trabajado para que sirviera de vaso y se lo alargó al asistente. Pero antes de que éste vertiera en él algo del líquido, un tercer minero sacó una bolsilla y detuvo a Román:

—¡Aguanta! Si vamos a necesitar *juerza pa* pegarnos el último salto, más mejor tomamos una «chupilca del diablo».

Cuatro de los mineros aprobaron, sobándose las manos.

Torreblanca los observó con el ceño fruncido y sin comprender qué se disponían a preparar.

El minero que había hecho la proposición abrió la bolsita y vació un poco de su contenido dentro del cacho. Torreblanca abrió los ojos espantado: era pólvora. No alcanzó a decir nada, porque de inmediato su asistente vació una buena dosis de aguardiente encima. El minero que tenía el cacho lo agitó y de un golpe se vertió en la boca el contenido.

—¡Eso los va a volver locos, muchachos! —exclamó el subteniente.

—Después de esta chupilquita no nos para ni el *mesmísimo* fantasma de Grau, mi teniente —respondió el que acababa de beber.

Entretanto los demás habían colmado nuevamente el cacho de

pólvora y aguardiente y se lo iban pasando de boca en boca. El corneta Román, después de tomarse su trago, se volvió a Torreblanca y le alargó el cacho:

—Perdone, mi te… mi teniente. No me atreví a ofertarle a usted porque…, porque…, ¡*güeno*, usted ya sabe!…

—Dame, Román, también me hace falta —aceptó el oficial, contagiado por la avidez con que había visto beber a sus hombres. Y de un sorbo se tragó lo que quedaba en la vasija. Una ola de fuego le abrasó la garganta—. ¡Esto es infernal! —exclamó, cuando pudo hablar.

—¿Que no siente que le corre una llamarada por las venas, mi teniente, y que le entran unas ganas tremendas de retorcerles el pescuezo a esos carajos que nos han baleado tanto? —dijo uno de los mineros, y, repentinamente, como si perdiera todo control, se puso de pie y gritó con acento feroz, levantando el fusil y el corvo en ambas manos—: ¿Qué esperamos que no vamos a sacarles la mierda a esos de allá arriba?

—Y les plantamos la bandera encima de los *mesmos* montones de muertos que vamos a dejar —saltó otro, poniéndose también de pie.

—¡Así se habla, muchachos! —se oyó vociferar a Torreblanca, y, sin poderse contener, recogió su fusil y salió de la zanja, gritando mientras trepaba—: ¡A la carga, atacameños!… ¡A la carga, carrera, mar!…

Los últimos soldados bolivianos abandonaron la posición cuando aquellos ocho locos saltaron el parapeto. Pensando que eran la primera hilera del total de las fuerzas invasoras, los defensores aceleraron su retirada convirtiéndola en desbande. Pero los ocho atacameños cayeron sobre los últimos, los abatieron a bayonetazos, siguieron persiguiendo a los que corrían algo más adelante, los rasgaron por la espalda con sus corvos, los machacaron a culatazos, hasta que, rendidos por el esfuerzo y por el *shock* nervioso que provoca el aguardiente con pólvora, cayeron sobre las rodillas, acezando.

Torreblanca, que detuvo su avance al apoderarse del último parapeto, trepó sobre una cureña desmontada y amarró en un poste de telégrafo la bandera de Chile. Allí flameando al viento de la altura la vieron el general Escala y el ministro Sotomayor desde el

Amazonas. El ejército chileno había forzado la puerta de Tarapacá.

Cinco horas había costado el triunfo. De la primera compañía del «Atacama» sólo llegaron vivos a la cumbre cuarenta y seis; de la tercera compañía, cincuenta y uno. Sobre la escarpada ladera del acantilado yacían cincuenta y ocho muertos y ciento setenta y tres heridos. Era el precio de la victoria.

En cambio, ¿cuál fue el precio de la derrota para los aliados? ¡Cuántos heridos inermes, cuántos cuerpos destrozados fueron hallando las avanzadas chilenas a medida que se fue completando la posesión de la meseta de Hospicio! Las bajas eran más de ochocientas.

Pero aún hubo algo más grave, que el general Buendía comprobó en su retirada, cuando los sobrevivientes peruanos llegaban a la salitrera más próxima de la costa, llamada San Roberto. El jefe peruano marchaba lamentándose ante su ayudante de haber perdido su equipaje, sus botas, su uniforme de parada, todo lo que trajo para vestir de gala en el bautizo del Fuerte 2 de Mayo.

—Confórmese usted, general, pensando en que pudo haberse perdido también lo que está dentro de sus uniformes, es decir, usted mismo, —le replicó el coronel Sáenz Peña, fastidiado por las quejas del jefe, que en aquellos momentos se preocupaba más de sus adornos que de la suerte del ejército.

Pero el ayudante estaba errado. Buendía se había preocupado, antes de salir de Hospicio, de tomar medidas para resguardar al ejército y para organizar el contraataque de las fuerzas invasoras. Para ello envió un telegrama al jefe de la plaza de Iquique, coronel Belisario Suárez, ordenándole la concentración de todas las tropas acampadas en Iquique, La Noria y Patillos, en Pozo Almonte, terminal de ferrocarril de Iquique a la pampa. Había comprendido los alcances que tenía la posesión por parte de los chilenos de Pisagua y el Alto de Hospicio. Las tropas enemigas se introducirían como una cuña entre los batallones establecidos en Tacna y Arica y los acampados en Iquique y sus alrededores. Si la maniobra lograba realizarse, el ejército acantonado en estos últimos lugares quedaría

irremisiblemente perdido. Aislado del comando en jefe, imposibilitado de recibir víveres y municiones, ya que los aliados no podrían surtirlo por mar, se vería obligado a rendirse por hambre o a entregarse inerme a un ataque enemigo.

Aquella convicción hacía apresurarse al general Buendía, a fin de llegar a Jazpampa para reorganizar allí las tropas que se retiraban desbandadas y sumarlas a los batallones bolivianos «Vengadores» y «Aroma», que estaban en Mejillones del norte y en Agua Santa, respectivamente. Pero el coronel Granier, que se había adelantado para dominar a los fugitivos, regresó con la noticia de que le había sido imposible controlar a los soldados de los batallones bolivianos «Victoria» e «Independencia».

—Han huido, han desertado definitivamente, general —terminó confesándole desolado.

—¿Cómo? ¿No podemos contar más con estos dos batallones, coronel Granier?

—Se han internado en la pampa, cruzándola locamente hacia Bolivia, general.

—Morirá más de la mitad en el desierto —sentenció el coronel Sáenz Peña.

—Ojalá los retueste el sol —dejó escapar el coronel Granier, y agregó abatido—: No he podido juntar más que veinticuatro soldados del «Independencia» y doscientos treinta del «Victoria».

—¿Y los otros dos batallones bolivianos, coronel, el «Aroma» y el «Vengadores»?… —inquirió ansiosamente Buendía.

—El «Vengadores» acaba de entrar en la oficina San Roberto, que está a media legua más allá.

—¿Nos espera allí?

—No, señor —declaró Granier más desalentado—. El comandante del «Vengadores» me ha contestado que no estaba dispuesto a exponer a sus soldados a soportar solos el choque con el ejército chileno, deteniéndose a tan escasa distancia de Pisagua. Dio orden de girar hacia el oriente y se internó con su batallón por la ruta que lleva a Agua Santa, donde está el batallón «Aroma».

La defección de los cuatro batallones bolivianos afectó profundamente al jefe peruano. Pero, confiando en que con la ayuda de las tropas peruanas que vendrían desde Iquique podrían someter a los rebeldes a la disciplina, telegrafió al presidente Prado

advirtiéndole su situación y proponiéndole concentrar todos los efectivos en Agua Santa, para dar allí una batalla definitiva y aplastar a los invasores. Imaginaba que en cuatro días lograría tener reunidos en aquel punto unos trece a catorce mil soldados.

—Pero en cuatro días pueden avanzar los enemigos —le hizo ver el coronel Sáenz Peña, mientras proseguían cabalgando a Jazpampa.

—No es tan fácil, ayudante —le advirtió el general—. Los chilenos tienen que vencer a dos enemigos poderosísimos: la sed de diez mil hombres y el transporte de cañones, caballos, víveres e implementos a través del desierto. Piensen ustedes, señores, que el agua para esas diez mil bocas y para sus caballos tendrán que fabricarla ellos mismos.

La aseveración del general Buendía era exacta. En Pisagua no había agua. Ella había sido traída siempre en

barcos-cisternas

desde Arica o por tren desde la aguada de Dolores. Y esta última estaba en poder de los aliados y los trenes detenidos en la estación terminal, o sea, en Agua Santa.

—¿Cómo van a sobrevivir los chilenos sin agua? —concluyó el general.

Pero a los jefes del Estado Mayor y a los ayudantes que marchaban con él, aquel argumento se les aparecía como una espada de dos filos.

El coronel Sáenz Peña fue el encargado de expresarlo:

—¿Y si, exigidos por la sed, se lanzan a conquistar el agua en la aguada de Dolores…, hoy… o mañana?

Aquella posibilidad no había cruzado por el cerebro del general. Miró al coronel Sáenz Peña desconcertado. Pero éste seguía desenhebrando lentamente su pensamiento.

—¿De agua para cuántos días dispondrán los batallones enemigos desembarcados? —preguntaba a Granier.

—No para más de dos días —respondía éste.

Sáenz Peña miró a su jefe y sentenció:

—Pues, ese mismo plazo será el que tarden en lanzarse sobre Dolores, general Buendía.

El jefe se agitó incómodo sobre el caballo.

—Es usted endemoniadamente pesimista, coronel —replicó, pero

inmediatamente picó espuelas diciendo—: Señores, apuremos la marcha. Debemos reunir cuanto antes todas nuestras fuerzas en Agua Santa para disponer la defensa de Dolores y de todo este sector de la pampa.

Buendía había dado en el clavo al predecir que el enemigo más enconado del ejército chileno sería la sed. Ella se hizo presente en Pisagua en la noche del primer día después del desembarco y se agudizó hasta extremos insoportables durante el segundo día. Los barcos habían llegado con sus bodegas llenas de agua a cuenta de lastre, pero ella fue repartida antes de comenzar el asalto y el escaso resto que quedó fue transportado a tierra a la mañana siguiente por el vaporcito *Toro*. Los soldados, que habían recibido una caramayola llena al comenzar la batalla, sólo recibieron otra dosis al anochecer. Los que vivaquearon en Pisagua mismo tuvieron el privilegio de recibir media caramayola más a la mañana siguiente, mientras que el agua correspondiente a los soldados acampados en el Alto de Hospicio quedaba en dos grandes estanques en la plaza de Pisagua.

Al mediar la tarde, todos los soldados estaban rabiosos de sed. Habían agotado cuantos medios tuvieron a su alcance para apaciguarla, principiando por robar las cantimploras a los muertos diseminados a la salida del pueblo y al pie del acantilado. Pero llegó un momento en que formaron un anillo de rostros ávidos en torno a los estanques, que cuidaban un teniente y cinco soldados. Los gritos de «¡Agua! ¡Agua! ¡Dennos agua o la sacamos nosotros mismos!», fueron creciendo a medida que pasaban las horas. El teniente, bastante amedrentado, tenía que girar en torno a los estanques, pistola en mano, para impedir un asalto.

—No puedo darles más —explicaba—. Esta agua es para los batallones que están en Hospicio. Tengan calma. Estamos esperando que llegue el *Toro*, que está acarreando la que viene en la cala de los barcos.

—¡Mentira!… ¡Mentira!… —estallaron varias voces—. El agua de los buques ya se acabó. ¡Denos la que hay en estos estanques!

Envalentonados por los gritos, los más cercanos hicieron ademán

de avanzar. Pero el teniente echó atrás el gatillo de su pistola.

—¡Al que se acerque lo dejo seco de un tiro!

Al mismo tiempo, los cinco soldados que lo secundaban levantaron sus fusiles y enfocaron a los rebeldes.

La situación habría desembocado en un trágico desenlace, de no haber aparecido el ministro Sotomayor, acompañado por el general Manuel Baquedano.

—¡Quietos todos, soldados! —gritó el primero, introduciéndose a través del círculo de cuerpos que rodeaban los estanques.

Baquedano se dio cuenta inmediata de la gravedad de las circunstancias y actuó con la autoridad que había adquirido en toda una vida de combates en la región fronteriza de Arauco. Tomando del cuello a los dos soldados más envalentonados los arrojó hacia atrás y se enfrentó a los demás.

—¿Van a faltar ustedes el respeto al señor ministro de la Guerra y a vuestro general Baquedano? —exclamó fieramente—. ¡Soldados, atención…, firm!

Los hombres se cuadraron amedrentados.

—Mi general Baquedano, esta escena se ha estado repitiendo todo el día —le comunicó el oficial encargado de los estanques.

—Lo comprendo…, lo comprendo, teniente. Por eso el señor ministro y yo estamos aquí. Por eso.

Sotomayor, menos rígido, comenzó a hablar a los soldados. En frases simples y amables, les explicó que era preciso soportar la sed un poco más hasta que se consiguiera echar a funcionar una máquina resacadora de agua que los ingenieros estaban instalando en la playa.

—¿Porqué no vamos a la aguada de Dolores al tiro, señor *menistro*, y nos quitamos la sed de una vez por todas? —le interrumpió un minero conocedor de la región.

—No se puede hacer todavía —respondió hoscamente el general Baquedano—. Hay que desembarcar implementos militares, municiones, baterías, forraje, víveres…, hay que desembarcarlos. Y todo eso subirlo hasta Hospicio. Allí organizar los abastecimientos para que las tropas que entren al desierto… no tengan que retroceder o rendirse por falta de agua o de comida. ¿Comprendido? ¡Comprendido!

—Hay que esperar un poco más —repitió el ministro—. Cuando

funcione la resacadora que se está instalando habrá agua para la mitad del ejército. Además, estamos haciendo reparar otras dos resacadoras en los barcos y he pedido a Valparaíso el envío urgente de otra más grande. Cuando ésta llegue, tendremos agua hasta para lavarnos.

—Pero, mientras tanto, ya lo saben —volvió a dispararles el general Baquedano—: ¡Aguantarse! Yo voy a quedar a cargo de la distribución del agua ahora. Y a mí…, al general Baquedano…, no hay quién le quiebre la disciplina…, no lo hay, pues, ¿eh? ¿Entendido? ¡Vuelvan a sus carpas! ¡Vuelvan!

Con las cabezas gachas, los soldados se retiraron murmurando.

—¡Uff, arreglado el asunto, por el momento! —suspiró el ministro—. ¡Ah, no estaré tranquilo hasta que funcionen la locomotora y las resacadoras de agua!

—Yo…, yo no estaré tranquilo hasta tener los pies metidos en la aguada de Dolores —afirmó Baquedano—. En la aguada de Dolores, ¿entendido?

Una noche bochornosa envolvía a los campamentos de Pisagua y Hospicio. Aunque ya se había tocado «silencio» y sólo se oía, de media en media hora, el alerta de los centinelas, la tropa no dormía; se la oía murmurar dentro de las carpas y, aunque el comando había establecido la prohibición de salir de ellas, algunas sombras se escabullían por entre el tolderío.

Rafael Torreblanca escribía en su tienda. El «Atacama» se mantenía siempre como avanzada en el campamento de Hospicio y sus guardias debían renovarse cada hora. Al novio de Clementina le había correspondido uno de los puestos de centinela a las doce de la noche, de modo que prefería no dormir.

Poco después de las diez y media de la noche interrumpió su escritura. Acababa de oír pasos que se acercaban. Segundos más tarde, una mano abrió la juntura de la carpa y asomó el teniente Moisés Arce.

—¿No piensas dormir, Rafael? —le preguntó en voz baja.

—No puedo —respondió el copiapino—. Tengo guardia a las doce. Además, la sed me tiene fastidiado.

—Yo también estoy reseco —comentó su compañero entrando en la carpa—. A algunos soldados de mi compañía se les están agrietando los labios.

Se quedaron callados unos instantes. Súbitamente, se volvieron uno hacia el otro y exclamaron:

—Estoy preocupado, ¿sabes?

Se echaron a reír: habían coincidido en las mismas palabras.

—Sólo faltaría que fuera por el mismo motivo —apuntó Rafael.

—Mi asistente Aguirre se ha hecho humo —explicó Arce.

—¡Y el mío! —remachó Torreblanca.

—¡Ah, el par de bribones! Los dos badulaques se han confabulado para ir a robar agua, Rafael.

—Si los pillan les sacan el cuero a azotes —acotó el copiapino.

No había terminado de hablar, cuando proviniendo de Pisagua, se oyeron dos disparos de fusil.

Los oficiales tendieron el oído, pero sólo escucharon el pasarse la voz de alarma de un centinela a otro y luego el silencio. Los dos atacameños volvieron a exclamar al unísono:

—¿No será que…?

Rieron con ganas por aquella segunda simultaneidad.

—Este par de sinvergüenzas nos están haciendo hablar como mellizos, Rafael —comentó Arce—. Se merecerían una bala en el trasero… ¿Quieres un cigarrillo?

Encendieron sus pitillos en la llama de la vela y aspiraron con deleite el humo.

—¿Escribías? —preguntó. Arce, observando las cuartillas sobre la mochila.

—Sí —sonrió Rafael—. Tú conoces mi manía de hacer versos. Recibí una carta de Clementina.

—¡Ujum! ¿Te reprocha también?…

—Sí. No ha sido fácil contestar cartas en estos últimos días, ¿verdad? Ahora lo estaba haciendo…, en versos… La noche se presta.

Iba a continuar hablando, pero Arce lo detuvo:

—Espera —susurró—, alguien anda por detrás de la carpa. No te muevas.

Efectivamente, se oía crujir la arena. Los pasos se acercaban y pronto se detuvieron; una voz sigilosa musitó:

—*Güeñas* noches, *compaire* Aguirre. Nos embromaron. ¿Qué le vamos a *hacele*?

La presión del puño de Arce en el brazo de Torreblanca se hizo más fuerte.

—¿Te das cuenta? Ese par de mentecatos de nuestros ordenanzas.

—Por fortuna, mi teniente está durmiendo —comentaba en un susurro el corneta Román, afuera—. Váyase pa su compañía mejor, *compaire* Aguirre. *Güena* noche, ¿no?

Los pasos de uno se alejaron y los del otro embocaron la entrada de la carpa. Luego una mano asomó por la juntura de las telas y la entreabrió.

—¡Sinvergüenza! —gritó súbitamente Torreblanca.

El ordenanza dio un bote y exclamó, atiplado:

—¡Ay, mi tenientito, por la madre!

—¿De dónde vienes, insubordinado? —le espetó Torreblanca, fingiendo enojo.

—De ninguna parte, mi te… mi teniente —respondió el corneta abriendo las manos en un gesto de inocencia—. An… andaba por *hei* no más…, pa… paseando, ¿sabe *usté*?

—Paseando, ¿eh? —intervino Arce—. Con el «compaire» Aguirre, ¿no?

—¿El *compaire* Aguirre? —repitió con seriedad el corneta—. No conozco a *naiden* de ese nombre, mi teniente Arce, *fijesé*.

—Agrava su falta, soldado, al sumarle una mentira —lo reconvino Torreblanca y lo sentenció—: Mañana se presentará a la guardia para que le sean aplicados veinticinco azotes.

—Pe… pero, mi tenientito, si yo no… no *hei* hecho na.

—¿O preferirías que te mandaran ante el general Baquedano por haber intentado robar agua? —lo amenazó Arce.

—No, eso sí que no, mi te… mi teniente Arce. Mire que… que mi general Ba… Baquedano es *requete pesao* de mano. Es capaz de… de agarrarnos a balazos como hace un… —calló bruscamente, comprendiendo que acababa de venderse y rió como un chiquillo que pide perdón.

—Conque fue a ustedes a los que les dispararon hace un momento, ¿eh? —dijo Torreblanca.

—A no…, a nosotros no, mi teniente. Este que… Fue a otros que an… andaban por los *laos* del estanque.

—¿Otros? —inquirió Arce, preocupado—. ¿Andaban también otros tratando de robar agua?

—Y muchísimos, pus, mi te… mi teniente. Miren sus *mercés*, hablando en… en serio, *el* de de… decirles que está *refea* la cosa.

—¿Por qué dices eso, Ceferino?

—Los *sordaos* están… este que… medios locos de sed. Unos cien andaban rondándole a los es… estanques, *fijesé*. Po… por todos *laos* andaban. Y en cuantito los centinelas se… se descuiden…, este que… que se van a dejar caer encima los mineros y se acabó.

—¿Tan serio es el asunto, Román? —indagó Arce.

—Co… como que mi general Baquedano… ha… ha… ha puesto un cordón de centinelas, bala *pasá*, en… redondela alrededor de los estanques.

El ordenanza no había exagerado. A esa misma hora el ayudante del general Baquedano había subido a bordo del *Amazonas* a participar la gravedad de la situación al ministro Sotomayor. Pero aquélla no era la noticia que éste esperaba, sino la de los ingenieros informándole que habían logrado echar a andar la máquina resacadora. A la una de la madrugada se echó vestido en su litera.

No había alcanzado a dormir media hora cuando fue despertado por el secretario Máximo Lira.

—¿Oye usted? —le espetó éste cuando lo vio con los ojos abiertos.

Por sobre el suave ronronear del océano se escuchaba un leve tosido irregular.

—¿La máquina resacadora? —preguntó el ministro, saltando de la litera.

—Exacto, señor. La han echado a andar hace cinco minutos.

Los dos caballeros salieron a escape a la cubierta del *Amazonas*.

—¡Oh, por Dios santo, amigo Lira! —exclamó el ministro, contemplando el chisperío que denunciaba el sitio en que estaba trabajando la resacadora—. No se imagina usted qué alivio experimento.

—Esa máquina, don Rafael, ya está sacando galones y más galones de agua.

—Y mañana quedará instalada otra máquina, y luego llegará la

que me manden de Valparaíso —expresó Sotomayor, radiante—. ¡Uff! Por fin podremos lanzar nuestro ejército al desierto. Señor Lira, pida usted que arríen una lancha para que me lleven a tierra.

Cuando el ministro llegó a tierra, ya se había juntado una gran masa de soldados a presenciar el milagro que realizaba la ruidosa máquina sobre grandes estanques.

—¡Agua! ¡Agua en abundancia, por fin! —exclamaba el ministro girando en torno a la máquina.

De pronto, un gringo alto y delgado se acercó a la resacadora agitando los brazos:

—¡Toda esa agua es para mí!… —gritaba—. ¡Para mí!

—¡Chis! Este gringo está loco —protestaron varios soldados.

Pero el recién llegado no les hizo caso y se acercó al ministro. Éste lo reconoció. Era el ingeniero Federico Stuven.

—Buenas noches, ingeniero —lo saludó contento—. ¿No le da alegría contemplar este torrente de agua?

—¿Cómo no me va a dar, señor ministro, si yo necesito nueve mil litros para el amanecer?

Una enérgica exclamación de protesta brotó de la masa de soldados que los rodeaban.

—Nueve mil litros…, ¿y para qué? —preguntó el ministro, después que algunos oficiales acallaron a los soldados.

—¡Para echar a andar el tren, pues, señor! —reveló el ingeniero, ufano—. Acabamos de dejar arreglada la locomotora que se les quedó a los peruanos, don Rafael. Sólo precisamos nueve mil litros de agua para llenarle la caldera y mantenerla trasladando los materiales del ejército hasta Hospicio.

Sotomayor abrió los ojos desmesuradamente. Era mucho más de lo que podía esperar. Volviéndose a los soldados, gritó arrebatado por la emoción:

—¡Soldados, estamos listos para perseguir a los enemigos desierto adentro!

El ministro Sotomayor se instaló con el cuartel general en una casucha de Hospicio y allí comenzó a organizar el avance hacia la pampa. Su improvisado despacho se convirtió en una colmena

zumbadora.

El general Erasmo Escala, que propiciaba el avance inmediato de tropas hacia el interior, dispuso la partida de un escuadrón de cazadores en calidad de batidores de vanguardia. Su misión era internarse hasta el cerro Tres Clavos, desde el cual dominarían los cerros de San Francisco y la aguada de Dolores. Tras los jinetes partirían el «2.º de Línea», mandado por su comandante, Eleuterio Ramírez, y el «Atacama», guiado por su comandante, Juan Martínez.

No alcanzó a tomar otras medidas, cuando los centinelas trajeron a presencia del general y del ministro a un jinete, vestido como los arrieros, que había sido aprisionado cuando intentaba penetrar al campamento. Una mirada bastó a los altos jefes para reconocerlo.

—¡Capitán Manuel Rodríguez! —exclamó el ministro, asombrado.

—Sí, señor —respondió el recién llegado, y cuadrándose ante el general Escala lo saludó con la fórmula de reglamento.

—Pero…, ¿no está el «Cazadores del Desierto» en los alrededores de Calama, capitán? —lo interrogó el general, desconcertado.

—Pido a mi general que me permita rendirle mis informes a solas —solicitó el explorador.

El general ordenó a los comandantes que salieran, se plantó frente al capitán Rodríguez y dijo:

—Bien. Ahora nos explicará usted el motivo para tomar tantas precauciones.

—El capitán Rodríguez es también agente del servicio secreto, general —aclaró el ministro Sotomayor.

Pero el explorador no había venido para platicar.

—Señores —dijo—, pido a ustedes que me permitan eliminar los preámbulos. La situación es crítica.

—¿Qué ocurre? —indagó el general, frunciendo las cejas.

—Seis mil soldados peruanos avanzan desde Pozo Almonte hacia la línea férrea que une Agua Santa con Pisagua, mi general.

Ministro y general se miraron, abrumados por la revelación.

—¿Está usted seguro, capitán? —preguntó Sotomayor.

—Completamente, señor. Asistí a su partida desde Iquique y los seguí en su marcha hasta Pozo Almonte. Allí se internaron en el

desierto para alcanzar a las tropas que el general Buendía salvó de Pisagua, las que actualmente deben estar acampadas en Agua Santa.

—Es verdad —afirmó el general—. Los fugitivos de Pisagua deben haber sido reorganizados por Buendía en Dolores o Agua Santa.

—El general en jefe de los aliados trata de concentrar todos sus efectivos en algún punto cercano a Pisagua para lanzarlos sobre el ejército que hemos desembarcado —resumió el ministro.

—Así es, señor —confirmó el capitán, y agregó—: Disfrazándome con el uniforme de un soldado a quien asalté en la pampa, pude filtrarme en las líneas peruanas y enterarme de que el general Buendía exigió al coronel Suárez, jefe del Estado Mayor peruano y comandante de la guarnición de Iquique, que cruzara las veinticinco leguas de desierto que hay entre Pozo Almonte y Agua Santa, a fin de reunir a las tropas en ese punto y lanzarlas sobre los chilenos desembarcados en Pisagua antes de que ustedes los organicen en Hospicio.

—¡Diablos, el plan es endemoniado! —exclamó el general Escala —. ¿Y dice usted que las tropas de Suárez salieron de Pozo Almonte?…

—Ayer al mediodía, mi general; unos tres mil quinientos hombres. Es la división Dávila. Además, viene escoltada por dos escuadrones de caballería: uno peruano y otro boliviano.

—¿De cuántos jinetes consta cada escuadrón, capitán?

—De sesenta cada uno, señor ministro.

—¿Dónde calcula usted que puede estar ya la división Dávila?

—Muy próxima a la oficina salitrera San Roberto, señor.

—¡Gran Dios! —exclamó Escala—. El peligro es enorme: San Roberto es la primera estación que tiene el ferrocarril de Pisagua a Agua Santa, la más próxima a este campamento.

El ministro, sabedor de que la rapidez con que se procediera dependía la posibilidad de contrarrestar el inminente ataque enemigo, sugirió al general:

—Don Erasmo, ¿no considera usted que sería indispensable exponer este asunto cuanto antes al Estado Mayor?

—Por supuesto, ministro. Daré órdenes para proceder a una reunión con el Estado Mayor —respondió el general, saliendo.

Al verlo salir, el capitán Rodríguez aflojó la rigidez con que se

había mantenido ante su superior jerárquico y confesó al ministro:

—Vengo totalmente molido, señor. La travesía desde Pozo Almonte hasta Agua Santa es infernal. Si usted me lo permite, voy a dar una vueltecita por el campamento para saludar a unos amigos y enseguida bajaré al puerto para embarcarme en el primer buque que vaya hacia Antofagasta.

—Puede usted hacerlo en el *Toltén*, que debe zarpar esta tarde hacia ese puerto para traer al regimiento «Esmeralda» a Pisagua.

—¡Traen al «Esmeralda» al campo de guerra! ¡Oh, qué alegrón para los esmeraldinos! —exclamó el explorador.

En el campamento se oía ya la corneta llamando a reunión del Estado Mayor. El capitán solicitó la venia del ministro y se retiró.

La conferencia duró cerca de una hora y la discusión fue agitadísima. Aburrido de tanta cháchara, el general Baquedano, que era esencialmente realista, dio un golpe sobre la mesa y dijo:

—¡Basta, señores! Cuatro mil hombres tenemos en Hospicio; el resto en Pisagua, o sea, cinco mil y fracción abajo. ¿Hum? La artillería recién empieza a ser subida. La munición, todavía abajo… Si nos atacan seis mil hombres ahora, no hay resistencia posible…, no la hay. ¿Entonces?

—Los atacantes no sólo serían los seis mil hombres de la división Dávila, general Baquedano —interrumpió el ministro—; con ellos atacarían también los dispersos de Pisagua que el general Buendía ha debido sumar a los batallones bolivianos que estaban en Agua Santa. Hay que pensar en mil quinientos combatientes más, en el mejor de los casos.

—Lo primero es lo primero, señores —recalcó Baquedano fastidiado—. Nada de quejarse y gemir. Acción… y sólo acción.

—¿Qué propone usted, don Manuel? —lo interrogó Escala.

—Subir aquí a todos los soldados que tenemos en Pisagua. Atrincherarlos, cavar zanjas, emplazar baterías de campaña…

—Están todas abajo, en el puerto, general —objetó el secretario del ejército, José Francisco Vergara.

—La mitad de ellas la sube el tren arreglado por Stuven —aclaró Baquedano—, la otra mitad la arrastran hasta arriba los soldados. ¿Qué se han creído ustedes? ¡Sí, señores, la arrastran los soldados!

Una sucesión de comentarios surgió del grupo de jefes del Estado Mayor.

Obligar a los soldados a arrastrar los cañones por un sendero zigzagueante, angosto, de suelo flojo, y a lo largo de una empinadísima pendiente, era una faena tremenda.

—¡Es una solución, señores! —exclamó Escala, cortando los comentarios—. El peligro que corremos nos la impone.

—Perdónenme, señores —intervino Vergara—; quizás estamos juzgando precipitadamente el caso. Yo no soy militar, pero creo que lo primero es cerciorarse de si efectivamente están llegando a San Roberto las tropas enemigas. Atravesar veinticinco leguas de desierto no es fácil y menos con un ejército completo.

La sugerencia del opulento aristócrata que se había plegado al ejército impulsado por su ardiente patriotismo y que no tenía más antecedentes militares que los de un simple coronel de milicias cívicas, tomó por sorpresa a los jefes del Estado Mayor. Aquello, que era el huevo de Colón, no se les había pasado por la mente. El general Escala aceptó la afirmación y se apresuró a completarla.

—Hay que enviar una avanzada en exploración al instante mismo.

—Si ustedes no tienen objeciones, yo me ofrezco para ir con un par de jinetes hasta San Roberto —propuso Vergara.

—¿Se da usted cuenta del peligro que corre? —le inquirió burlón uno de los generales—. Si la división Dávila ha ocupado ya ese lugar, caerá usted irremediablemente en su poder, señor.

—Trataré de que así no sea —repuso Vergara—. He traído tres caballos propios, muy veloces. Además —agregó, mirando al que había hablado antes—, si yo caigo, perderán ustedes a un civil, que en estos momentos vale menos que un militar, ¿no les parece?

La réplica de Vergara hubiera reventado en frases ásperas, de no haberse apresurado el general Escala a darle su autorización.

—Concedido, don José Francisco —dijo—. Usted es mi secretario y creo conocerlo bien; cumplirá perfectamente su misión. Escoja a dos voluntarios entre la oficialidad joven y parta al instante.

Vergara abría la puerta para retirarse cuando Escala, movido por un impulso travieso, pero que delataba su sentimiento íntimo, le dijo:

—No se exponga demasiado, don José Francisco. Recuerde que, aunque cucalón, nos es usted útil.

Vergara contempló a los jefes militares como si fuera a replicar algo, pero prefirió marcharse sin responder.

El ministro Sotomayor tampoco dijo nada. Pero minutos más tarde disolvió la reunión. El resquemor entre los civiles que acompañaban al ejército y los militares de carrera era una trizadura que podía romper la organización de la campaña.

Vergara escogió como acompañantes a los capitanes de caballería Ramón Dardignac y Domingo Sarratea y, en último momento, pidió que también fuese con él el alférez Gonzalo Lara, jinete consumado.

Al galope primero, al trote después y al paso en los últimos tramos, los cuatro hombres fueron siguiendo en el desierto los rieles del ferrocarril.

Cuando comenzaba a caer el crepúsculo, los jinetes vieron un grupo de bodegas en torno a un pimiento que desafiaba la sequedad. Era la oficina San Roberto y no había nadie en ella. Sin embargo, los exploradores quisieron cerciorarse a fondo. Aprestando sus carabinas, avanzaron divididos en dos grupos y rodearon el caserío, reuniéndose en mitad de él. No estaba allí la anunciada división Dávila.

Vergara sonrió satisfecho. Aquello serviría para dar un mentís a los militares que consideraban a los civiles unos cucalones inútiles y entrometidos. Se disponía a dar orden de ampliar la exploración, cuando el capitán Dardignac se inclinó hacia el suelo:

—¡Señor Vergara, mire!

La arena estaba estampada con centenares de huellas de caballo.

Los cuatro hombres se miraron, preocupados. Sabían que el viento y la camanchaca borraban las huellas de un día para otro. Aquellas pisadas tenían que ser recientes.

—Son de hoy, señor Vergara —afirmó Dardignac, y observándolas, agregó—: Y hay sólo marcas de cascos, ninguna de botas.

Sin apearse, comenzaron a seguir los rastros encaminados en una sola ruta: la línea del ferrocarril.

El alférez Lara giró su caballo y galopó junto a las huellas en

sentido contrario. Un rato después regresó.

—Vienen de allá —dijo, indicando hacia el sur—, desde Iquique.

—Y van hacia el interior, siguiendo la vía del tren —reflexionó el capitán Dardignac.

—Una columna de jinetes, bastante numerosa, ha pasado desde Iquique a reforzar las tropas del general Buendía —puntualizó Vergara en tono sombrío, e irguiéndose sobre los estribos escrutó la línea del tren hasta dos lomas lejanas—. Volvamos bridas, oficiales —ordenó—; regresemos al campamento de Hospicio para comunicar al general en jefe nuestro descubrimiento.

La información aportada por Vergara no alteró las órdenes ya dadas. La locomotora y los soldados siguieron elevando los materiales del ejército desde Pisagua hasta Hospicio. Pero el general en jefe y el ministro Sotomayor comenzaron a urdir, cada uno por su cuenta, un plan de avance hacia el interior. Comprendían que si el grueso del ejército enemigo no se había concentrado todavía en Agua Santa, no tardaría en hacerlo. La táctica más elemental imponía atacar antes de que este hecho se consumara.

Pero la concentración de las tropas aliadas en Agua Santa no habría de producirse. Las huellas que habían descubierto Vergara y sus escoltas correspondían a los escuadrones «Húsares de Junín» y «Húsares de Bolivia», que habían atravesado el desierto desde Pozo Almonte para llevar al general Buendía la más aplastante información.

—Los soldados, la artillería y los carros con pertrechos… no pudieron atravesar el desierto, general —le comunicó el capitán Buenaventura Sepúlveda, comandante de los «Húsares de Junín»—. Fue físicamente imposible. Son veinticinco leguas a través del desierto de Tarapacá, señor. No hay un árbol, una sombra, una gota de agua. Muchos soldados cayeron muertos de insolación y de sed antes de que el coronel Suárez desistiera de su empeño.

Buendía sintió que el mundo se desplomaba sobre su cabeza.

—¡Miles más van a caer aquí bajo las balas enemigas! —barbotó desesperado—. ¿Acaso no comprendió el coronel Suárez que los mil quinientos hombres que salvé de Pisagua tendrán que enfrentar a

los diez mil que desembarcaron los chilenos?

—La división Dávila no pudo hacer acopio suficiente de agua, general —se defendió débilmente el oficial.

—Pues, si no reunimos pronto todas nuestras fuerzas estamos perdidos —arguyo el general—. ¿Lo comprende usted? ¡Perdidos! La única posibilidad de vencer reside en enfrentar al enemigo con todo nuestro poderío.

—Ya lo sé, general, y el coronel Suárez también lo comprende así —expresó el capitán Sepúlveda—. Por eso me comisionó para sugerir a usted que traslade sus tropas a Pozo Almonte.

El general se irguió furioso.

—¿Ir yo hacia el sur, en lugar de que él venga hacia el norte?

—Usted dispone de agua y de víveres; su tropa es menor —argumentó respetuosamente el oficial—. Podrá cruzar las veinticinco leguas de desierto.

—¡Condenación de mi alma!…

Era inútil seguir discutiendo. Buendía tuvo que resignarse a aceptar la solución que le proponía el coronel Suárez. Pero aquella solución traía aparejado otro sacrificio. Los víveres y el forraje almacenados en Agua Santa y los carros de movilización no podrían cruzar el desierto.

—Que se distribuyan a los soldados los víveres, agua y municiones como para una marcha de veinticinco leguas a través de la pampa —ordenó Buendía—. Y que se incendien los almacenes con víveres y los carros que tendremos que dejar.

A la mañana siguiente, los mil quinientos soldados formaban frente a la oficina de Agua Santa, cuando se presentó el capitán Sepúlveda al mando de sus dos escuadrones de jinetes.

—¡Listos para partir, general Buendía! —dijo. Pero el general respondió ácidamente.

—No tan aprisa, capitán. Ustedes, la caballería, cubrirán la retaguardia. Partirán una hora después que nosotros y nos protegerán la espalda divididos en dos secciones: a la derecha, usted con los «Húsares de Junín»; a la izquierda, el capitán Manuel María Soto, con los «Húsares de Bolivia». ¿Comprendido?

La explosión de los polvorazos con que se habían minado los almacenes de víveres encabritó a los caballos. Luego, el incendio de los carros y de las bodegas cubrió a la columna de humo y calor.

—Tomen ubicación algo lejos de las bodegas, capitán —gritó el general alejándose para tomar la cabeza de la columna—, y esperen. Partan una hora después que nosotros.

Acicateados por el ansia de alejarse de aquel infierno, los mil quinientos soldados emprendieron la marcha a paso vivo y pronto se perdieron en la pampa.

Aquella misma mañana, el ministro Sotomayor terminaba su inspección del material que había sido subido desde Pisagua. Rumiaba una idea fija, y se encaminó hacia la casa donde trabajaba el general Escala.

«Está preocupado como yo», pensó el delegado del Gobierno a tiempo que lo saludaba. Luego se paró a su lado y se mantuvo silencioso, fingiéndose interesado en la acomodación del último batallón que había subido de Pisagua. Al cabo de un rato, dijo como si hablara para sí:

—No podremos seguir manteniendo aquí al ejército. Tenemos que movilizarlo hacia el interior y activar la campaña, o no tendremos cómo darle de beber ni cómo alimentarlo.

—¡Oh, si sólo fuera eso! —respondió el general—. Lo peor es que estamos dando tiempo al enemigo para concentrarse y ocupar posiciones ventajosas.

—Eso mismo pienso —murmuró el ministro. Volvió a callarse. Después de un minuto, tornó la cabeza hacia su interlocutor y le preguntó en tono zumbón—: ¿No cree usted que debemos dar la orden de ocupar la aguada de Dolores?

El general dio un salto. Con los ojos brillantes miró al ministro:

—¡Al fin, ministro! —exclamó—. Pero si no he pensado en otra cosa desde que pusimos pie en tierra. No había querido apurar los hechos por no interferir en las disposiciones que usted tomaba sobre los abastecimientos de víveres, agua, medios de transporte…

—¡Ya está todo listo, general! —le reveló Sotomayor.

—¡Pues, manos a la obra entonces! Mandemos unidades de caballería para que exploren el terreno y marchemos con todo el ejército, dejando en Pisagua sólo una pequeña guarnición para que nos cubra la retaguardia.

—De acuerdo. Y, a propósito, su secretario, don José Francisco Vergara, me fue a ver anoche para pedirme que lo apoyara ante usted, a fin de que le permita adentrarse en la pampa con alguna fuerza de caballería, hasta la aguada de Dolores. Cree que no hay enemigos en la ruta del tren y que podrá apropiarse de ese pozo, al mismo tiempo que explora el camino.

—Sea —aceptó el general—. Que parta el señor Vergara con dos compañías del «Cazadores» y se adentre hasta donde pueda en el desierto.

Vergara no esperó al día siguiente. Aquella misma tarde partió al frente de ciento veinte jinetes y la noche los sorprendió cabalgando hacia el corazón del desierto. A las once de la noche entraron en la estación de San Roberto y sólo encontraron dos perros famélicos que cuidaban las casas solitarias. En una de éstas había varias barricas con agua, pero los soldados se privaron de bebería temiendo que pudiera estar envenenada. Después de un corto descanso, la columna volvió a ponerse en marcha, siguiendo siempre la línea del tren. Cabalgando sin tregua, llegaron a la una de la tarde a la aguada de Dolores. Estaba solitaria. Ello les causó alguna sorpresa. Pero ésta creció cuando encontraron junto al pozo cinco grandes estanques de hierro llenos de agua fresca y dos bombas, para extraer el agua de las vertientes subterráneas, en perfecto estado. Además, junto a las bombas había grandes montículos de carbón para hacerlas funcionar.

—Esto es maravilloso —exclamó Vergara.

Después de levantar un somero inventario de los efectos existentes, Vergara pidió al capitán Sofanor Parra que ordenara a un hombre regresar al galope al campamento de Hospicio llevando un mensaje al general en jefe, en el cual le comunicaba el hallazgo de Dolores y le solicitaba enviara tropas a posesionarse del lugar.

Cumplido este trámite prosiguió hacia el este con sus jinetes.

Caía la tarde cuando la columna se detuvo en Agua Santa. Los soldados pernoctaron bajo los esqueletos carbonizados de las antiguas bodegas. Junto con la luz del alba, la descubierta, formada por 25 jinetes, al mando del alférez Gonzalo Lara, se puso en marcha hacia el este. A las cuatro de la tarde terminaba de cruzar una depresión salitrosa y aparecía en una planicie llamada Pampa de Germania.

Lara recogió las bridas de su caballo con un tirón y alzó el brazo derecho:

—¡Altoooo!

Frente a ellos, a unos mil quinientos metros, estaban los dos escuadrones de caballería que guardaban la retaguardia al general Buendía: los «Húsares de Junín» y los «Húsares de Bolivia».

El jefe de los peruanos, capitán José Buenaventura Sepúlveda, se alzó sobre los estribos al divisar a los chilenos, y dio la orden de desplegarse en avance. Al son del clarín, la columna Perú-boliviana se abrió en abanico, al galope, y ambas alas fueron a apoyarse en los cerros que encierran Pampa Germania.

Al observar la maniobra. Lara ordenó al sargento Tapia desprenderse de la descubierta y regresar a galope tendido en busca del grueso de la caballería chilena.

Al recibir el aviso, los dos escuadrones de cazadores de Chile se lanzaron vertiginosamente adelante. Levantando nubes de cristales salinos, los caballos corrían paralelos a la línea del tren. Después de hundirse levemente en la depresión anterior a la Pampa Germania, surgieron al galope tendido en ella. Adelante iba el capitán Sofanor Parra guiando a su escuadrón; a su izquierda, el capitán Manuel Barahona, conduciendo al otro; en medio de los dos, José Francisco Vergara, el comandante de ingenieros Arístides Martínez, el mayor Salvo, el capitán Dardignac, el capitán Daniel Carvallo y el subteniente Santiago Faz.

En el momento de ponerse a la par con la descubierta del alférez Lara, el capitán Parra alzó su sable:

—¡Escuadrones…, altoooo!

Con piafares y relinchos, la columna se inmovilizó.

—Allí están, mi capitán Parra —dijo el alférez, señalando las líneas enemigas—. Son dos escuadrones de húsares y se han abierto para cargarnos.

Parra los abarcó con una mirada y tomó su determinación.

—¡Capitán Barahona! —gritó al jefe del otro escuadrón—. Cargue usted sobre el flanco izquierdo, haciendo progresar su ataque hacia el centro. Yo cargaré sobre el flanco derecho, avanzando también hacia el centro. Los romperemos en dos mitades y, separándolas hacia los costados, trataremos de envolverlas

aisladamente.

Sin pérdida de tiempo, se irguió sobre los estribos y dio las viejas órdenes de apresto para la carga de la caballería:

—¡Carabinas al gancho! ¡Ponchos a la cintura!

Los jinetes obedecieron. Cuando Parra los vio con los ponchos envolviéndoles la cintura y los órganos sexuales, puntos vulnerables en la lucha del sable y la lanza, acortó las riendas de su caballo y enardeció a sus hombres con la vieja fórmula de los asaltos ecuestres:

—¡Por Dios y Santa María,
los sables desenvainar!
¡Adelante la caballería!
¡A la carga…, galope…, maaar!…

Al galope tendido, azuzados por los clarines, inclinados sobre el cuello de las cabalgaduras, con los largos sables curvos agachados hacia el suelo, los ciento veinte jinetes avanzaron como una tromba.

Los escuadrones enemigos parecieron vacilar unos segundos, pero pronto sus clarines les mandaron también «a la carga». Las dos masas de corceles y jinetes corrieron a encontrarse en el centro de Pampa Germania.

Con los cuellos estirados hacia el enemigo, los caballos chilenos corrían ensoberbecidos por los gritos de sus amos, alargando las manos para hincar las pezuñas lo más adelante posible. La distancia se acortaba vertiginosamente. De pronto los caballos recogieron las manos y el cuello y sacaron adelante los anchos pechos acostumbrados a la topeadura. Los sables subieron, relampagueantes, y junto con el fragor de los caballos al estrellarse, silbaron las cuchillas, segando cabezas, abriendo cuerpos desde el hombro a la barriga.

—¡Para combate individual…, dispersarse! —bramó el capitán Parra, dando mandobles.

Los húsares aliados no resistieron la feroz embestida. Sus líneas se rompieron por el centro y los jinetes de ese sector cayeron arrollados; los que no eran sableados en el aire cuando sus caballos se tumbaban, eran aplastados por los cascos de los potros chilenos.

Después de los primeros momentos, en que todo fue estruendo, gritos, entrechocar de aceros, relinchos de animales heridos, sangre

que saltaba a cada sablazo, la caballería perú-boliviana se abrió en dos, huyendo en sentido contrario: los «Húsares de Bolivia» hacia el sur, los «Húsares de Junín» hacia el norte.

—¡A la carga, cazadores! —volvió a gritar Parra, esgrimiendo su sable tinto en sangre—. ¡Que no escape ninguno!

La huida de los aliados fue una carnicería espantosa. Los cazadores de Chile, jinetes en mejores caballos, iban diezmando los pelotones en fuga, cortando las cabezas con salvajes tajos a los que corrían en último lugar. Tanto fue su ímpetu que el sargento Tapia, seguido por el soldado Juan Cuevas, se adelantó a su escuadrón y se metió como un torbellino en un grupo de quince enemigos. Cuando se vio encerrado, lejos de amedrentarse, gritó al soldado Cuevas:

—¡Juanucho, guárdame la espalda *pa* que no me rodeen estos cholos carajos!

Y comenzó a hacer molinetes con su sable. Pero un disparo le bandeó el caballo y lo hizo rodar por el suelo.

—¿Y qué me hacen? —rugió, poniéndose en pie—. ¿Acaso no podré pelear de infante? ¡Tomen, cholos *atrevíos*!

La desventaja era demasiado grande. Un húsar lanzó su sable, como una jabalina, contra el pecho del soldado Cuevas y lo traspasó de parte a parte.

Tapia quedó solo. Herido en el rostro, en los hombros, en los brazos, seguía luchando en medio de la masa de caballos que lo tumbaban a pechazos una y otra vez.

El capitán Parra lo divisó desde lejos y ordenó al alférez Lara correr a defenderlo con un pelotón. Pero, cuando picaban espuelas, lo vieron aflojar, de pronto, el sable y caer con una rodilla en tierra.

—¡Cuidado, sargento Tapia! —gritó el alférez horrorizado. Pero ya era tarde. Un sable peruano cayó como un rayo sobre el cráneo del sargento, abriéndoselo en dos.

Aquel espectáculo terminó por enardecer a los cazadores. Como una jauría de jabalíes cayeron sobre los victimarios del suboficial. Ninguno de ellos escapó con vida. Ni el propio capitán Sepúlveda, porque el sable del capitán Barahona le abrió desde el cuello hasta la mitad del pulmón. Los últimos que conservaban la vida fueron perseguidos con saña más allá de los lomajes que limitaban Pampa Germania. Y allí, en el palenque mismo, quedaron más de sesenta

cuerpos enemigos; entre ellos el capitán Sepúlveda, tres oficiales peruanos y uno boliviano; el resto, tropa.

Minutos más tarde, cuando la planicie había quedado completamente sola, del lado del sargento Tapia se levantó el alférez Lara, con una ancha herida en la frente. Cansadamente se sentó en el suelo, bebió largos tragos de aguardiente de su caramayola y esperó, atontado.

El capitán Parra y su clarín de órdenes regresaron cuando ya aparecían las primeras estrellas. Por las lomas lejanas galopaban alocadamente caballos sin jinetes. El jefe de los escuadrones se inclinó hacia el muchacho sin desmontar.

—¿Está usted solo aquí, alférez? —le preguntó.

—Solo… con estos amigos poco habladores, mi capitán —respondió el alférez, indicándole los cadáveres que lo rodeaban.

Parra se desmontó con fatiga y se acercó al muchacho herido.

—Vencimos en toda la línea, alférez —declaró, y luego, posándole su diestra afectuosamente sobre un hombro, indagó—: ¿Es seria su herida?

—No sé. No me di cuenta de cuándo me sablearon. Caí del caballo sin sentido.

—Voy a examinarle, eh.

Hincó una rodilla en tierra y sacó su propio pañuelo. Mientras lo humedecía en la cantimplora para limpiar la frente del alférez, ordenó a su corneta, aún a caballo:

—Cabo Céspedes, toque llamada para reunir a los soldados.

El clarín comenzó a sonar lenta y prolongadamente. Después de unos minutos el cabo interrumpió su toque para tomar alientos, pero el capitán, sin dejar de limpiar la herida del alférez, le insistió:

—Siga, siga tocando. No sabemos si hay más enemigos cerca; y los cazadores pueden extraviarse o entrar en tierra donde haya otros campamentos enemigos.

El cabo volvió a llevarse el clarín a los labios y su son siguió alargándose por el desierto.

—Además, sólo así sabremos cuántos hemos salvado con vida —razonó Parra.

Después de que terminó de vendar la cabeza del alférez, recorrió los contornos y regresó trayendo varias lanzas. Con sus astas encendió una fogata, para combatir el frío que empezaba a caer

sobre la pampa y para que sirviera de faro a los jinetes dispersos.

El corneta escupió, cansado, y se relamió los labios hinchados.

—Permiso pa descansar un ratito, mi capitán —solicitó.

—Está bien —admitió el capitán—. Descanse la boca mientras cabalga. Váyase hasta la cumbre de esas lomas y siga llamando desde allá.

Cuando el corneta se iba alejando, comenzaron a oírse voces distantes y ruido de caballos que se acercaban al paso.

—Comienzan a regresar —exclamó el alférez, poniéndose de pie.

Volvían seis hombres; cuatro a caballo y dos a pie. Todos traían alguna herida. Uno se mantenía sobre la montura gracias a un tremendo esfuerzo de la voluntad. Le habían dado un lanzazo en la cadera y la sangre le manaba incontenible, empapándole el pantalón desgarrado y la bota.

Toda la noche resonó el clarín. Poco a poco fueron regresando los cazadores; unos a caballo, otros a pie; algunos alegres y ufanos, otros doblegados sobre el cuello de su cabalgadura.

A las cuatro de la madrugada volvió el señor Vergara, acompañado por el comandante Martínez y el alférez Faz. Se habían batido bota a bota con los soldados.

Cuando comenzaban a diluirse las estrellas, se pasó lista. Cuatro hombres quedaron envueltos en crespones de silencio: el del sargento Tapia y los de tres cazadores. Se tendió a los heridos en improvisadas camillas, se dieron pienso y bebida a las bestias y el capitán Parra ordenó el regreso hacia la aguada de Dolores. Desde allí informaría al general en jefe que estaba despejado el campo para que avanzara el ejército y se fortificara en esa posición.

13

El ejército chileno comenzó a penetrar aceleradamente a la pampa. El 6 de noviembre partieron de Hospicio los regimientos «1.º de Línea», «4.º de Línea», el «Coquimbo» y su fiero rival, el «Atacama». Los acompañaba una batería de artillería de montaña, mandada por el capitán Benjamín Montoya. Sumaban tres mil quinientos hombres, bajo el mando del coronel José Domingo Amunátegui.

Dos días más tarde se puso en marcha una segunda fracción del ejército, compuesta por el «3.º de Línea» y los batallones «Valparaíso» y «Navales», reforzados por la batería de montaña del mayor José de la Cruz Salvo.

El 9 de noviembre, acampaban en torno a la aguada de Dolores seis mil soldados.

Este día el ministro Sotomayor recibió comunicaciones de los agentes secretos establecidos en Tacna y Arica. El primero de los mensajes provenía de Leonora Latorre y causó grave preocupación en el ministro, quien se apresuró a leérselo al general Escala. En su párrafo principal, decía textualmente:

> *Pronto comprendimos que nos sería preciso buscar datos tanto en Tacna, donde está el ejército boliviano, al mando del general Hilarión Daza, como en Arica, donde se encuentra el grueso del ejército peruano, mandado por el presidente del Perú. Para este objeto, el agente Roberto Rodríguez, fingiéndose falte argentino, ha conseguido introducirse en el campamento boliviano en Tacna, mi criada Elcira ha encontrado ubicación como sirvienta en la propia mansión del presidente peruano, y yo, bajo mi falsa personalidad de Zulema Díaz de Arellano, he abierto casa*

en Arica.

Hace dos días, o sea, el 2 de noviembre, Elcira acudió a mi casa a comunicarme que esa mañana, mientras se celebraba un banquete en la mansión presidencial, llegó el general Daza para entrevistarse con el general Prado. Venía furioso por el desembarco de las tropas chilenas en Pisagua.

Los dos presidentes se encerraron con algunos generales y estuvieron discutiendo varias horas. Elcira no pudo acercarse al salón donde se realizaba la conferencia, pero, por boca de otros criados que llevaron bebidas a los reunidos, pudo enterarse de que el general Daza había exigido que se le permitiera descender hacia el sur, jurando que haría pedazos a los chilenos que habían osado poner pie en Tarapacá. El consejo de generales no sólo lo autorizó para realizar esta marcha, sino que lo nombró general en jefe de todas las tropas aliadas, a fin de que las concentrara bajo su mando en algún punto de Tarapacá. Por último, dispuso que el ejército boliviano se trasladara de Tacna a Arica lo antes posible, para emprender la marcha hacia el sur. Desgraciadamente, Elcira no pudo enterarse del número de soldados que realizarían esta marcha.

Pero esta noche, el 4 de noviembre, llegó hasta mi casa el agente Rodríguez trayéndome antecedentes que confirman y amplían la información. Según él, el general Daza viene hacia Tacna con sus regimientos más destacados, entre los cuales descuellan sus famosos «Colorados», su guardia pretoriana, que él llama los «Inmortales», soldados escogidos, de estatura superior a un metro ochenta centímetros. Junto con los batallones de infantería va una columna de caballería, que incluye a los pregonadores guerrilleros del coronel Albarracín.

Esta noche pasarán por Arica —concluía el mensaje *— y seguirán mañana hacia el sur, avanzando en marchas forzadas hasta una aldea llamada Tana, que está al término de la quebrada de Camiña.*

El general Escala se abalanzó al mapa.

—¿En qué sitio queda esa aldea llamada Tana, Sotomayor? ¿Quiere indicármela?

—Aquí está, general: doce leguas al norte de Dolores y ocho al norte de Jazpampa.

—¡Diablos! —exclamó el general—. Los seis mil hombres que hemos enviado hacia Dolores quedarán entre las fuerzas del general Buendía, que están en Pozo Almonte, veinticinco leguas hacia el sur, y las del general Daza, que se ubicarán en Tana, doce leguas más al norte. Si ambas fuerzas se juntan, revientan a nuestras tropas.

El general Escala nunca había temido que las fuerzas que tenía el general Buendía en Pozo Almonte se decidieran a cruzar el desierto para caer sobre Dolores, pero en cambio, la posibilidad que los gobernantes aliados hicieran bajar tropas desde Tacna o Arica había estado siempre en sus cálculos estratégicos. Por esto, despachó aceleradamente al comandante Novoa con cincuenta cazadores para explorar el desierto hasta Tana. Novoa regresó trayéndole noticias que Escala se apresuró a repetir al ministro Sotomayor.

—El comandante Novoa no ha encontrado ni un solo enemigo en Tana, don Rafael. Dice que hay mucha alfalfa, pero nada de víveres.

El ministro se quedó pensado extrañado. Hasta aquella fecha, los agentes secretos nunca habían enviado una información incierta.

—Pero ¿el comandante Novoa exploraría con toda la atención precisa, general? —preguntó al cabo de unos instantes.

—Oh, tenga la certeza de que ha sido así, don Rafael —lo tranquilizó el general—. Si ha asegurado que no hay enemigos en Tana, quiere decir que sus agentes secretos en Arica se engañaron y que el general Daza no piensa en bajar con sus «Colorados».

Pero los agentes secretos no se habían equivocado. Ocurría que, en aquellos mismos días, soplaban vientos políticos muy adversos al general Daza en La Paz y Cochabamba. Sabedor de estas amenazas a su posición como presidente de Bolivia, el general Daza no deseaba ahora descender a Tarapacá a comandar la guerra. Pero ya

era tarde para negarse. Los guerreros del Altiplano llamados los «Colorados», los «Verdes» y los «Amarillos», por los colores de las casacas de bayeta de Cochabamba que usaban, estaban ya en Arica. También habían llegado los batallones «Viedma» y «Padilla» y una brigada de los batallones «Murillo», «Liebres del Sur» y «Vanguardia», de Cochabamba.

Las tropas bolivianas llevaban cuatro días ya en Arica y la actitud del pueblo peruano hacia ellos comenzaba a tornarse huraña al observar que no partían a cumplir su compromiso.

Leonora Latorre y su criada Elcira seguían atentamente este cambio y trataban de descubrir la razón de la inercia que se había apoderado del jefe boliviano.

—Ya empieza a decirse que el general Daza es un cobarde y que está buscando cómo hurtarle el cuerpo a la guerra —comentaba la criada, mientras se movía de un lado a otro, arreglando algunos vestidos de su ama.

—Es la impresión que da, pero yo creo que… —iba diciendo Leonora, cuando comenzó a oírse una banda militar ejecutando una marcha.

—Otro desfile, señorita Leonora —observó Elcira, encaminándose a la ventana—. ¡Vaya, mi niña! Si son precisamente los «Colorados» del general Daza formando frente a la casa de gobierno.

Casi al mismo tiempo, llegaron hasta el cuarto unos pregones:

—¡Bayetas!… ¡Bayetas de toditos colores! —gritaba el vendedor aproximándose a la casa—. ¡Fieltros ultramarinos!… ¡Cintas y cordones!…

Leonora dejó de escribir y tendió el oído hacia la voz.

—¡Ahí llega don Roberto! —exclamó—. ¡Ve a abrirle, Elcira!

Escuchó a la criada abrir la mampara y llamar al vendedor con acento de chola:

—¡Venga usted, hombre! Pase, que mi señora quiere ver sus ultramarinos.

Roberto Rodríguez entró cargado con una bolsa repleta de mercadería y con varias varas de género dobladas sobre el antebrazo izquierdo. Dejando su carga sobre una silla, se acercó a la joven.

—Parten los bolivianos, por fin, Leonora —dijo—. Y van a

hacerlo a pleno sol, porque tanto el general Daza como el presidente peruano tienen bastante temor a las deserciones.

—Vamos a tener que mandar una nueva información advirtiendo que solamente hoy, 11 de noviembre, se pone en marcha hacia el sur el ejército boliviano —razonó la agente.

—Imposible hacerlo, Leonora —deploró Rodríguez—. He estado en el puerto averiguando si parará algún barco hacia el sur y me he enterado de que no habrá ninguno hasta dentro de tres días.

—¿Entonces qué haremos? Es forzoso avisar a los nuestros.

—Creo que la única forma consiste en que yo mismo me filtre dentro del ejército del general Daza y haga la travesía del desierto.

Lo descubrirán, patrón —pronosticó Elcira.

No lo creo —le rebatió Rodríguez—. Van en él los guerrilleros de Albarracín, que son gente sin sujeción a ningún registro ni jefatura. Además, la mescolanza de cuerpos militares peruanos y bolivianos hará difícil que puedan descubrir a un extraño entre ellos. Me incorporaré a la columna a media noche.

—¿Dispone usted de uniforme? —preguntó Leonora.

—Tengo una guerrera de granadero —respondió el agente—. Si usted me lo permite, vendré esta noche a su casa y aquí me vestiré. Durante la tarde me ocuparé en conseguirme un pantalón y un quepis, y me compraré una mula, cantimplora y alforjas.

—Disponga usted de la casa, don Roberto —ofreció Leonora—. Pero, antes de que se marche quisiera que me ilustrara sobre cómo puedo presenciar la partida de estas tropas, a fin de contarlas y observar el equipo que llevan.

—Pues, vayan ustedes a situarse en la calle del comercio, donde comienza el camino hacia el sur. En aquel cruce el presidente Prado despedirá a las tropas de su aliado.

Minutos más tarde, las dos mujeres, envueltas en rebozos que casi les cubrían el rostro, fueron a ubicarse al final de la calle central de Arica.

Una multitud se les había anticipado, atraída por los sones de una banda de músicos peruana. No tuvieron que esperar mucho. Hacia las tres y media de la tarde, asomó la primera parte de la comitiva: un pelotón de los «Inmortales». Tras ellos se distinguía a los presidentes y a los altos jefes de ambos ejércitos.

El general Daza cabalgaba haciendo ostentación de su destreza

de jinete y de su vistoso uniforme recamado de entorchados. A su izquierda, y contrastando con su vanidosa exhibición, pasaba, serio y digno, el general Prado. A su derecha iba el almirante Lizardo Montero, jefe militar de Arica. Y detrás de ellos, a pie, marchaban Mariano Alvarez, juez de la Corte Suprema de Lima, y las autoridades civiles del puerto.

Luego venía la «Legión Boliviana» llevando a la cabeza a su comandante, el coronel Eleodoro Camacho. Les seguían los batallones de infantería y los cuerpos de bagajes. Y cerrando la marcha, desordenados y primitivos, cabalgaban los guerrilleros de Albarracín.

El coronel Camacho dio la voz de alto. Entonces el general Prado, alzado sobre los estribos, pronunció la siguiente despedida:

«—General Daza, lleváis en vuestros brazos, en vuestras bayonetas, las primeras glorias que deben conquistar dos pueblos hermanos. Quiera la providencia concederme saludaros como triunfador, ya que las graves atenciones de mi cargo me impiden ir a compartir vuestras glorias. ¡Viva Bolivia!».

Envanecido por el griterío con que sus hombres corearon el viva del general Prado, el presidente Daza hizo avanzar su cabalgadura hasta el centro de la explanada y enfrentó a las autoridades. Extendiendo su brazo derecho, respondió en tono grandilocuente:

«—Excelentísimo señor general, presidente del Perú:

»Ya que me ha cabido la satisfacción y la gloria de ir a batir y arrojar del suelo peruano, que es nuestro suelo, a los enemigos que han abusado de nuestra benevolencia para querer herirnos traidora y alevosamente, permitidme que os diga que si alguna gloria cabe al ejército boliviano y al general que lo manda, esta gloria será una gloria “homogénea” (sic) que caerá también en el valiente y denodado ejército peruano y en el esclarecido y digno general presidente del Perú. ¡Viva el Perú!».

—¡Vivaaaa!… —respondieron los batallones y la muchedumbre.

Prado aparejó su caballo al del presidente boliviano y, abrazándolo brevemente, exclamó:

—¡Buena ventura, general Daza, y victoria!

El jefe boliviano llevó a su caballo hasta la cabeza de la columna y, alzando un brazo, gritó:

—¡Atención, soldados de Bolivia…, adelante!

Una banda atacó un aire marcial y la columna se puso en movimiento. Cuando la retaguardia de los guerrilleros de Albarracín se perdió tras de los cerros, el son de los bronces se desvaneció en la distancia.

Leonora y Elcira, confundidas con la multitud, regresaron rápidamente a su domicilio. Roberto Rodríguez estaba en la casa. El agente terminaba de calarse una manta sobre el uniforme que logró componer con las prendas que se agenció en el pueblo.

—Me marcho ya, Leonora —dijo sin interrumpir sus aprestos—. ¿No tiene usted nada que encargarme?

La joven lo ayudó a recoger las alforjas, sin responderle en el acto. Pensaba que su compañero tendría oportunidad de ver a los soldados de los distintos regimientos. Y en uno de ellos, probablemente, estaba Alberto Cobo. Se había aferrado a esa esperanza, aunque nada le permitía suponer que Alberto hubiera regresado a Santiago, y menos que se hubiera enrolado en alguno de los regimientos.

—Si por venturosa casualidad llegara usted a encontrarse con Alberto Cobo —le expresó, por fin—, dígale que yo…

—Me está prohibido revelar cuáles son sus labores. Leonora —le recordó, pesaroso, el agente.

—Ya lo sé —aceptó la joven—. Pero infórmele usted de que estoy en Arica, fuera de peligro y…, y que nunca he dejado de recordarlo.

—Así lo haré, mi amiga —prometió Rodríguez—. Comunique al Profesor mi partida y adviértale que quedan ustedes solas en Arica.

Dijo adiós también a Elcira y se marchó apresuradamente.

Leonora se sumergió en un sillón y hundió el rostro entre las manos. Pensaba en que no tardaría en llegar el día en que los chilenos se apoderaran de Iquique. Entonces surgiría la historia de la «generala Buendía». Más de alguien entraría a describirla: cabello castaño, largo y ondulado, ojos verdes, tez pálida, voz grave. ¿Acertaría Alberto a identificarla con ella? La idea la abrumaba. No quería pensar en un encuentro entre ella y él. Confiaba en que, antes de que aquello ocurriese, pasaría mucho tiempo, sería preciso que la guerra concluyera.

Con las sienes entre los puños y los ojos cerrados, dejaba correr por sus mejillas pesadas lágrimas de vergüenza y de renunciación.

El 14 de noviembre se presentó inesperadamente en el cuartel de Pisagua el comandante José Francisco Vergara. La expresión despechada que exhibía al entrar en la oficina del ministro Sotomayor bastó para que éste comprendiera cuál era el objeto de su visita. El general Escala, dejándose llevar de su vehemencia, había nombrado a Vergara jefe de Estado Mayor y comandante del campamento de Dolores, como premio por su actuación en Pampa Germania. Pero, por razones psicológicas, el ministro se había visto obligado a revocar su designación, entregando el mando de ese campamento al coronel Emilio Sotomayor.

Justificando el enojo del comandante Vergara, don Rafael lo saludó conciliador.

—Don Francisco, me da usted una alegría asomándose por acá. Mis felicitaciones más calurosas por la victoria que logró usted en Pampa Germania.

—No he venido en busca de felicitaciones, ministro —replicó secamente el comandante—. Vengo a que se me aclare algo que me hiere.

—¿También usted, un hombre inteligente, va a crearme problemas de celos y rivalidades, señor Vergara? —deploró el ministro.

—¿Por qué se me ha quitado del cargo que deseé tanto? —reclamó Vergara—. ¿No demostré en Germania que sé lo que hago? ¿Por qué ahora, que estamos ciertos de que las tropas que están en Dolores tendrán que soportar el ataque enemigo, se me despoja de su mando, precisamente cuando las aprestaba para resistir el choque y llevarlas a una victoria?

—Tiene que comprender usted que nos movió una razón muy poderosa —explicó Sotomayor, tratando de pacificarlo.

—Ninguna explicación se me dio —protestó el comandante—. Sólo supe que llegaba el coronel Emilio Sotomayor a ocupar mi cargo.

La imputación de Vergara rompió la serenidad del ministro.

—¿No supondrá usted que lo he privado de ese cargo para entregarlo a mi hermano, solamente por ser mi hermano? —expresó con aspereza.

—¿Qué razón hubo entonces? ¿Soy acaso un incapaz?

—¡No, señor; es usted un civil! —declaró Sotomayor—. Ya en Dolores teníamos a Martiniano Urriola como comandante de la primera sección, y Urriola es coronel movilizado, un civil como usted y como yo.

—Civiles que, en muchas ocasiones, demostramos tener más sentido táctico que los militares de carrera —objetó incisivo Vergara.

—Sí, señor, se lo admito —concretó el ministro—. Pero ocurre que la oficialidad y la tropa obedecen mejor a los verdaderos militares. Y hace cuatro días nos hemos enterado, el general en jefe, yo, de que existe el peligro de un avance de las tropas aliadas desde Arica. Ante esa amenaza no podíamos arriesgarnos a esperar a que las tropas se acostumbren al mando de un civil.

—Pues bien, yo regreso entonces a Santiago, poniendo fin a mi actuación en la guerra.

—Pero, Vergara —lo recriminó el ministro—, no sea usted complicado. En ningún momento se ha pretendido menospreciar sus notables cualidades de organizador y su valentía, pero los civiles…

—Deben hacer la guerra tras un escritorio —lo atajó el comandante—. Pero a mí no me atrae hacer la guerra así. De modo que pido a usted…

Un cañonazo estremeció los vidrios de la ventana e interrumpió al comandante. Los dos hombres se dirigieron a la ventana, olvidando la discusión.

Un blindado gris claro enfrentaba la bahía. Aún se mantenía sobre su proa la nubecilla de humo del cañón que había disparado. El ministro tardó unos segundos en reconocerlo. La bandera chilena que ondeaba en su último mástil y las banderolas de reglamento le dieron la clave.

—¡Es el *Blanco Encalada* que saluda! —exclamó jubiloso.

—Viene enteramente pintado de nuevo —acotó Vergara, entusiasmado.

—Estaba en Valparaíso corrigiendo las reparaciones que se le hicieron incompletas en Mejillones, ¿recuerda?

—Ahora debe venir veloz como un pez —puntualizó el comandante.

—¡Es claro! —afirmó Sotomayor—. Y lo más satisfactorio, amigo

Vergara, es que me trae máquinas resacadoras de agua y elementos para la movilización del ejército entre Pisagua y Agua Santa. Y como si esto fuera poco, en él viene también el primer batallón del regimiento «Esmeralda».

—¡El regimiento de los pijes! ¡Hombre, al fin le va a dar la oportunidad!…

La puerta del despacho se abrió y apareció Máximo Lira, ayudante del ministro.

—¡Señor ministro, acabamos de recibir un telegrama extraordinario! —proclamó, acercándose—. Viene expedido desde Jazpampa y no lo firma nadie.

—Ese telegrama tiene que decir relación con los movimientos de tropas que se anunciaron desde el norte, don Rafael —interfirió el comandante Vergara.

—¿Por qué lo supone así, Vergara?

—Porque Jazpampa es el punto más avanzado hacia el norte de esta línea férrea, es el vértice del ángulo que forman los rieles al comenzar a descender hacia Dolores y Agua Santa.

—Efectivamente, señor ministro —reconoció Lira—, este telegrama anuncia que la caballería boliviana está ocupando la aldea de Tana.

—¿La caballería enemiga en Tana? —exclamó atónito Sotomayor—. Entonces… tendrían que ser las avanzadas del ejército que ha mantenido el general Daza en Tacna.

—Ministro —urgió nerviosamente Vergara—. Tana está en la quebrada de Camiña, a doce leguas de Dolores y a ocho de Jazpampa. Si ese ejército se posesiona de la línea férrea que nos une con Dolores, nos corta en dos, aísla a las fuerzas acampadas allá y encierra contra el mar a los cuatro mil quinientos hombres que permanecen aquí en Pisagua y en Hospicio.

—¡Sígame, Vergara! —dijo Sotomayor—. Vamos a discutirlo con el general Escala en Hospicio.

La inquietante información terminó de alarmar al general en jefe. Pero el hecho de que el telegrama viniera sin nombre de remitente lo hizo recelar de su veracidad, por lo cual determinó que una compañía del escuadrón de «Granaderos», mandada por el capitán Rodolfo Villagrán, partiera a explorar Tana.

Vergara, que hasta ese momento había permanecido silencioso,

tuvo una reacción que sorprendió al ministro.

—Mi general Escala —dijo—, mi intención era la de embarcarme hacia Valparaíso y renunciar a proseguir luchando. Pero la certeza del peligro que nos amenaza por el norte me ha hecho cambiar de opinión. Creo que debo continuar aportando mi modesto valer en la campaña. Ruego a usted que me permita formar parte de la compañía que irá a explorar Tana.

—¡Caramba, comandante Vergara! —exclamó el general, sorprendido por la declaración que éste le había hecho y que, por cierto, ignoraba—. Usted es coronel; tiene sobrado derecho para comandar el pelotón. —Y, considerando oportuno desagraviarlo, agregó—: Para mandar el pelotón y darnos otra victoria como la que obtuvo con su carga de caballería en Pampa Germania.

—Gracias, mi general —respondió Vergara y, cogido nuevamente por el entusiasmo, pidió autorización para ir a preparar su equipo.

—Cucalón y todo, Vergara es un magnífico elemento —reconoció el general, pero sin dejar de usar el tonillo levemente desdeñoso con que se refería a los civiles que participaban en la campaña.

Media hora más tarde, se ponía en marcha la compañía de granaderos, al mismo tiempo que desfilaba por el centro del campamento el primer batallón del regimiento «Esmeralda» que acababa de desembarcar.

Pero la mano de lo imprevisto habría de introducirse en aquella exploración. Justamente a la misma hora en que el ministro Sotomayor recibió el telegrama anónimo de Jazpampa, el coronel Emilio Sotomayor leía en Dolores otro telegrama igual al anterior y, alarmado como el general Escala, disponía que partiera en el acto una compañía del escuadrón «Cazadores», bajo el mando del comandante Feliciano Echeverría, hacia la aldea de Tana. Debía investigar si efectivamente había aparecido allí el ejército que los aliados enviaban desde Arica.

Pero en las prisas ni el general Escala participó al coronel Sotomayor la salida de los granaderos ni el coronel Sotomayor informó al general que había enviado, por su parte, a los cazadores hacia el mismo objetivo. Por esta razón, las dos columnas avanzaban, ignorándose mutuamente, por distintas rutas, a

convergir en un mismo punto.

Aun cuando corrían velozmente hacia su objetivo, ambas columnas avanzaban con toda clase de precauciones, destacando una descubierta de exploradores adelante y batidores a los costados, pues sus respectivos comandantes temían chocar en cualquier momento con las avanzadas del ejército boliviano. Y así habría sido, de no haberse producido la noche anterior una desconcertante escena en el campamento boliviano.

Los tres mil quinientos soldados que marchaban con el general Daza habían acampado en el fondo de la quebrada de Camarones, a unas veinte leguas al norte de Tana. Envueltos en el zumbar de millares de zancudos y «guaironcos» venenosos y el chillerío de cotorras, pipiríes, oriolos, mirlos y otras especies volátiles, los soldados descansaron dos días. En aquel oasis, de asombrosa vegetación que germina en las aguas pútridas del fondo de la quebrada, en aquella rajadura de la tierra que alcanza hasta setecientos metros de profundidad, bien podían estarse tranquilos; ningún ejército daría fácilmente con ellos. Pero al anochecer del 16 de noviembre, el coronel Eleodoro Camacho se presentó en la tienda del general Daza en compañía de su secretario. José Rosendo Gutiérrez. El general estaba rabioso por las picaduras de los zancudos.

—¡Oh, estos malditos guaironcos me tienen loco, Camacho! —barbotó cuando el coronel se introdujo en la tienda.

—Hay que salir de esta quebrada, ya se lo he dicho, don Hilarión —observó su secretario, tímidamente.

—¡Cállese usted, Gutiérrez! —reprobó el presidente, cazándose un zancudo de una palmada—. Es preferible soportar las picaduras de estos moscos y el olor de las aguas podridas a…

—Perdón, Excelencia —lo interrumpió Camacho con voz grave —, pero estimo que es preciso que usted piense en poner pronto término a nuestra permanencia en este lugar.

El general clavó una mirada desconfiada en el coronel.

—Los oficiales, Excelencia…, la tropa en su totalidad… —se defendió turbado el coronel—, están allí, en torno a las fogatas, rumiando los mismos pensamientos.

—¿Qué pensamientos?

—Que han venido al sur con el propósito de llegar hasta

Tarapacá y ayudar a los soldados peruanos a derrotar a los invasores. Están ansiosos por demostrar lo que valen en el campo de batalla. Especialmente los «Colorados», Excelencia.

El general Daza hizo una mueca de fastidio.

—Es a ellos precisamente a los que quiero proteger con esta táctica de mantenernos en la quebrada —rezongó con acritud.

—Pero ellos quieren ir a luchar, Excelencia —expresó estupefacto el jefe del Estado Mayor.

—¿Para que los maten a todos? —saltó el general—. ¿No comprenden ustedes los obscuros manejos políticos que se ocultan tras esta maquinación de mandarme con mis «Colorados» a Tarapacá?

—¿Manejos políticos, Excelencia? —exclamó el secretario Gutiérrez, con los ojos dilatados por la sorpresa.

—Por supuesto. ¿Están ustedes ciegos? ¿No adivinan qué le ocurriría al general Daza si su guardia selecta, si los «Colorados» fueran diezmados, como lo fueron los «Húsares» en Germania?…

—¿Cree usted que sus adversarios políticos…?

—¡Es claro, clarísimo! Esos buitres, esos caudillejos sólo están esperando que yo les muestre la espalda para adueñarse del poder. En cuanto supieran que han caído siquiera doscientos de mis «Colorados», me sentirían en situación de ser la víctima de sus ambiciones. Y para eliminarme, me abandonarían, dejándome expuesto a la ferocidad de los chilenos.

El coronel Camacho sentía crecer un desprecio que le era difícil disimular.

—Pero tenemos el apoyo de nuestros aliados —seguía argumentando el secretario.

—¡Qué aliados ni qué cuernos! —barbotó el general—. En cuanto yo permita que se me caiga siquiera el morrión, todos se precipitarían sobre él para apoderárselo. ¡No, señores, aquí nos quedaremos!

—General Daza —preguntó el coronel Camacho, violentándose —, ¿luego usted no piensa proseguir la marcha e ir a reforzar la división peruana del general Buendía?

—Así es, Camacho —replicó el jefe boliviano, sosteniéndole la mirada—. No seré tan necio como para continuar hacia el sur.

—Dirán que tuvo miedo —no pudo evitar decirle el coronel; a lo

que el presidente respondió dando un violento palmotazo sobre la mesa plegable.

—¡Que vengan todos los regimientos chilenos aquí y se enfrenten con nosotros! —braveó—. Les demostraré cómo luchan los bolivianos y cómo saben vencer.

Camacho guardó silencio, temeroso de no poder contener más su desaprobación.

—Excelencia —expresó al cabo de un momento—, no sé cómo decírselo a los oficiales; no me atreveré a comunicarles que tendrán que permanecer en la quebrada de Camarones.

—¿Permanecer en este pudridero? No, Camacho; este ejército contramarchará mañana al alba hacia Tacna.

El secretario y el coronel se miraron aturdidos.

—Las tropas bolivianas no deben exponerse en el desierto —seguía el presidente—. No estoy dispuesto a arriesgar mi rango y mi poder por llevar a la matanza a los «Colorados».

—Pero, general, no es posible que usted… —intentó rebatirle el jefe del Estado Mayor; pero Daza lo cortó con un seco:

—¡Basta, coronel Camacho! Al toro hay que tomarlo por las astas. Cite usted en el acto a consejo de guerra y yo, personalmente, anunciaré a los jefes mi decisión.

El consejo de guerra fue una clara demostración de la habilidad histriónica del general Daza. Viéndose acosado por las protestas de los jefes y oficiales de los cuerpos más acreditados del ejército boliviano, no trepidó en engañarlos, asegurándoles que el general Prado los llamaba a defender el Morro de Sama, amenazado por los chilenos.

Ante tamaña falsedad, el coronel Camacho comprometió al general Daza, afirmando a la oficialidad que, aun cuando el ejército regresaría a Tacna, el jefe y él, acompañados por alguna caballería, irían hasta las líneas enemigas para estudiar la posibilidad de un ataque sorpresivo.

El general no se atrevió a contradecir al coronel en presencia de los jefes y oficiales, temeroso de que Camacho lo desenmascarara. Pero cuando se disolvió el consejo lo llamó y, plantándose ante él, le increpó rabiosamente:

—¿Cómo se ha atrevido a determinar que usted y yo iríamos hasta las líneas enemigas?

—General —le planteó el coronel—, ¿se ha detenido usted a pensar qué opinión se formarán los jefes militares peruanos y el pueblo de Bolivia si nos ven regresar con el ejército intacto y sin haber intentado asomarnos a las líneas enemigas?

—¡Oh, qué majaderías me está diciendo usted siempre, coronel!

—Usted no puede retirar el ejército, si no lo hace desde la zona de combate —insistió el coronel.

—¿Y qué demontres vamos a hacer nosotros a las líneas de combate? —barbotó el presidente—. ¿A que nos metan una bala, a que nos tomen prisioneros?…

—Hay que cubrir las apariencias, general. Parta usted con su escolta, algunos jefes del Estado Mayor y cierta fuerza de caballería y lleguemos hasta Tana. Desde allí enviará un mensaje al presidente del Perú expresándole que hace contramarchar el ejército por serle imposible atravesar el desierto.

—Está bien, está bien —aceptó fastidiado Daza—. Hágase como usted quiere y déjese de tiranizarme. Encárguese de preparar mi escolta de los «Inmortales» y ordene que el ejército, bajo el mando del general Casto Arguedas, regrese a Tacna.

Al crepúsculo del 17 de noviembre, el general Daza, seguido por el coronel Camacho, algunos jefes del Estado Mayor y la caballería, entraban al trote en Tana y se detenían junto a la plazuela, en cuyo centro una tosca alberca almacenaba el agua para la población.

Resoplando de calor y cansancio, el general bebió glotonamente un jarro de agua que le alargaba su secretario. Luego paseó los ojos enrojecidos por el caserío.

—Comandante Albarracín —gritó al jefe de los guerrilleros—, distribuya sus hombres para que recojan cuanto comestible encuentren. Y traten de hallarme unas botellas de ron de caña, ¿eh?

Mientras se dirigía hacia la casa de mejor apariencia, ordenó al coronel Camacho:

—Disponga centinelas y una gran guardia en torno a la población. Y que los «Inmortales» rodeen la casa en que voy a alojarme. ¡Oh, qué viaje majadero éste! Mientras el general Prado se divierte con las mozas de Arica, yo tengo que andar moliéndome por estos arenales.

El secretario Gutiérrez había cazado a un indio que no alcanzó a ocultarse, como los demás pobladores, y lo traía a empellones.

—Dice este indio que el panadero que vive aquí tiene buenas camas, Excelencia —aseveró a su superior.

—Bien —admitió el presidente, y dirigiéndose al indio, le ordenó—: Golpea y di que el que exige alojamiento es el propio general de los ejércitos aliados.

El prisionero acató tímidamente la orden y golpeó asustado en la puerta.

Daza se desperezó con rabia y bostezó.

—¡Ah, qué estúpida cabalgata! —rezongó—. Voy a tumbarme a dormir y no quiero que se me moleste en ocho horas. Que nadie entre en esta casa, secretario, ¿eh? Únicamente usted podrá hacerlo, para llevarme comida y ron. ¿Entendido? Y que los «Inmortales» monten guardia en torno a ella sin hacer un ruido.

Había salido la luna casi junto con ponerse el sol.

El capitán Manuel Rodríguez avanzaba como descubierta de la compañía de granaderos que comandaba Vergara, acompañado por su asistente Acosta y por el ciudadano colombiano Justiniano Zubiría, enrolado como capitán de milicias, quien actuaba ahora como ayudante del general Escala.

Marchaban al paso de las cabalgaduras, aproximándose a una quebrada que se hundía en la planicie del desierto como un gran tajo negro.

—Vamos llegando a Tana —observó Rodríguez.

—Pues no se ven ni sombras del ejército boliviano —consideró el colombiano.

—Estas quebradas son engañosas, capitán Zubiría —le advirtió el explorador—. Parecen pequeñitas, cuando se comienza a bajar al fondo se agrandan y agrandan.

—¿Quiere usted decir que puede caber un ejército adentro?

—Por supuesto. Ya va usted a comprobarlo cuando comencemos a bajar por… —El explorador frenó su caballo a tiempo que el ordenanza, que iba unos metros más adelante, alertaba en voz queda:

—¡Enemigos a la vista, mi capitán!

Los tres hombres se arrojaron a tierra y avanzaron con sigilo.

—Allá abajo están, mi capi —musitó el soldado, indicando el fondo de la quebrada—. Están en línea, al pie del barranco.

—Vamos a observar —dispuso el explorador—. Cuando yo le haga una señal, túmbese, capitán Zubiría. Tú, Acosta, quédate aquí con los caballos.

Los dos capitanes gatearon hasta el borde de la quebrada.

—Allí están —murmuró el colombiano—. Deben ser las avanzadas del ejército boliviano.

—No lo creo —susurró Rodríguez—. Se vería el vivac de las tropas en alguna parte. ¿Cuántos jinetes calcula usted que habrá allí?

—Unos setenta u ochenta, diría yo.

—Y otros tantos que debe haber en la ladera opuesta. No creo que pusieran centinelas sólo a esta lado. —Durante unos segundos se quedó meditando y al cabo de ellos tomó una decisión—: Capitán Zubiría, voy a arrastrarme al interior de la quebrada para averiguar cuántos enemigos hay en ella. Espéreme con mi ordenanza. Si notan algo sospechoso, vayan a dar la información al comandante Vergara, que debe venir ya muy cerca con los granaderos.

El explorador comenzó a descender por la pendiente, a gatas, hasta que desapareció en un repliegue que no alcanzaba a iluminar la luna.

El capitán Zubiría estaba cada vez más inquieto; sin que bastaran a calmarlo las seguridades que le daba el asistente Acosta.

—No se alarme, mi capitán Zubiría —lo tranquilizaba—. Mi capitán Rodríguez es un hombrazo; se mete en las líneas enemigas hasta por jugar.

Como confirmando esta habilidad, súbitamente apareció el capitán Rodríguez, sin ruido alguno.

—Son una compañía de caballería y un pelotón de guerrilleros de la sierra —reveló jadeando—. No pasan de ciento cincuenta hombres.

—¿Está usted seguro de que no tienen al grueso del ejército boliviano detrás? —indagó el colombiano, aliviado.

—Sería absurdo acampar al ejército en pleno desierto, capitán. No hay otra quebrada al norte de ésta, salvo la de Suca, unas quince leguas más arriba. ¡No perdamos tiempo! ¡A caballo, a juntarnos con el escuadrón del comandante Vergara! Es ésta una magnífica

oportunidad para que el comandante repita la carga de caballería de Pampa Germania.

Los tres soldados saltaron sobre sus monturas.

—¡Al galope corto para no despertar los ecos del desierto! —ordenó Rodríguez.

—Usted calcula que los enemigos son unos ciento cincuenta y nuestros hombres alcanzan apenas a ciento diez —reflexionó el colombiano al cabo de un rato.

—Sí —aceptó el explorador—, pero nuestros granaderos son los descendientes de los centauros que cargaron contra los españoles en Maipú, en la guerra de la independencia.

Media hora más tarde, se reunían con los granaderos, que avanzaban al paso por el fondo de la quebrada de Tiviliche y llegaban ya al tambo de Jarza. Rodríguez expuso en breves palabras al comandante Vergara los resultados de su exploración y lo instó a cargar sobre Tana. El coronel se quedó unos momentos silencioso; después observó:

—La lógica indica que un escuadrón de caballería no se acerca a las líneas enemigas sin un objetivo determinado.

—La razón de ese avance la vamos a conocer cuando entremos a Tana, mi comandante —le advirtió misterioso Rodríguez.

—¿Por qué cree usted que la vamos a saber?

—Porque la casa principal de la aldea está rodeada de centinelas, mi comandante. ¿Y no le parece a usted que tanta precaución tiene que obedecer al deseo de guardar algo muy valioso?

El comandante se mordió los labios, entusiasmado con la idea de que una carga audaz pudiera llevarlo a cazar una presa de valor.

—¡Pues, vamos allá entonces! —resolvió, y volviéndose hacia el jefe de los granaderos le comunicó—: ¡Capitán Villagrán, marchamos sobre Tana!

Los ciento diez jinetes enfilaron hacia el norte, galopando en apretada columna.

Pero en esos momentos otra columna de caballería bajaba al galope corto desde el oriente, convergiendo también hacia Tana. Era la compañía de cazadores que traía el comandante Feliciano Echeverría desde Dolores. Iluminados por la luna, llegaron hasta el borde de la quebrada de Camiña, en un sector ubicado unos dos

kilómetros al este de Tana. Sobre el reborde del barranco, la columna esperó el regreso del guía, que iba unos centenares de metros adelante. Este volvió e indicó hacia un punto del oeste, dentro de la quebrada.

—¡Allá en el fondo está Tana, mi comandante! —dijo al jefe.

—Es extraño que no nos hayan esperado los exploradores de la descubierta reflexionó el comandante Echeverría—. Vamos a aproximarnos lentamente.

Levantaba el brazo para dar la orden de reiniciar la marcha, cuando el guía lo detuvo:

—¡Mi comandante, ponga la oreja hacia el oriente!

Hacia el oeste, más allá de Tana, se oía claramente el resonar de los cascos de una columna de caballería. La distancia era aún grande y no resultaba posible verla en la penumbra.

—¡Cazadores! —exclamó Echeverría, volviéndose hacia sus hombres—, a nuestra izquierda viene galopando una caballada. Seguramente es una columna enemiga. Vamos a su encuentro. ¡Compañía, al galope…, maaaar!

Los cazadores se lanzaron por el borde de la quebrada hasta llegar casi frente a Tana. Allí, sobre una prominencia, el comandante ordenó el alto, esperando a que los enemigos asomaran en la planicie que terminaba en el barranco.

Por su parte, la columna del comandante Vergara progresaba también por el borde de la quebrada en sentido contrario a la de los cazadores. Al llegar a una loma situada a la izquierda de Tana, Vergara se quedó observando el fondo de la quebrada con sus prismáticos, sin decidirse a proseguir como se lo aconsejaba el capitán Rodríguez.

—Los enemigos no son más de ciento cincuenta, mi comandante —le aseguraba el explorador—. Lancémonos a la carga. Los pillaremos desprevenidos y nos será fácil atropellarlos, apoderándonos de sus caballos y armas.

—Tengo unas tentaciones terribles de hacerle caso, capitán —le confesaba Vergara, pero no se atrevía a dar la orden, impresionado por las declaraciones del capitán Zubiría—. Es posible, como afirma Zubiría, que este escuadrón que ocupa Tana sea una avanzada del ejército de Tacna, y que después vayamos a encontrarnos metidos dentro del grueso de las fuerzas del norte.

—¡Ah, señor Vergara, conozco el desierto! —protestaba Rodríguez—. Ese ejército tendría que ser invisible para que no lo divisáramos o…

—¡Pues, allí lo tiene usted, capitán Rodríguez! —lo cortó el colombiano, señalando hacia la orilla opuesta de la quebrada.

En el sitio indicado se divisaban varios bultos que se movían sobre la pampa.

—¡Bah, capitán Zubiría, ésas son mulas! —exclamó Rodríguez—. Es una tropilla de mulas cargadas con grandes odres.

—Son carros de bagaje y cañones arrastrados por mulas —porfió el colombiano, y, pasándole su anteojo de larga vista a Vergara, solicitó su testimonio—. Dígame usted si no es artillería, señor.

El comandante Vergara se había dejado contagiar por el recelo de Zubiría y después de escrutar largo rato el desierto, declaró:

—No se puede determinar qué son, capitanes.

Rodríguez trató de acicatear al comandante, recordándole su éxito anterior.

—Comandante —dijo ansiosamente—, en Germania dio usted una muestra de lo que puede su coraje cuando está a la cabeza de un pelotón de caballería. Por el lustre de su nombre, no pierda esta ocasión. ¡Dé el grito de «a la carga» y ganaremos otra victoria!

Vergara vaciló; miró a sus hombres, que lo contemplaban expectantes, y pareció dispuesto a seguir la indicación del explorador. Pero entonces, por el este se oyó claramente el avance de una columna de jinetes y sobre una duna no distante más de mil metros, se vio surgir un pelotón de caballería.

—¡La caballería enemiga! —exclamó alarmado el capitán Zubiría—. ¡Mire usted, mi comandante! Vienen a envolvernos.

—¡Son las avanzadas del ejército del norte que siguen llegando a Tana! —sentenció el comandante—. ¡Hay que retirarse a toda prisa! —Y sin detenerse a reflexionar más, dio orden de alejarse por el mismo camino que habían traído. Mientras corrían, Vergara se volvió a Zubiría y le ordenó apresuradamente—: ¡Sepárese de la compañía y diríjase al telégrafo de Jazpampa! Comunique al general en jefe, que está en Pisagua, y al coronel Sotomayor, que está en Dolores, todo lo que hemos visto. Pero limítese a informar sólo lo que no ofrezca dudas.

El capitán Rodríguez se había quedado atrás y mascullando

imprecaciones revolvía su caballo, que pugnaba por galopar con los de la columna. Crispado de rabia, lanzó su cabalgadura hacia el medio de la pampa, alejándose de la quebrada. A unos quinientos metros torció bridas hacia el oriente y buscó acercarse a la columna que había aparecido por el este del barranco. Apeándose tras una duna, ascendió hasta ella y observó.

El pelotón de jinetes que permanecía junto a la quebrada de Camina, contemplando la huida de los granaderos, era la compañía de cazadores que mandaba Echeverría. Este jefe, ignorante también de la identidad de los jinetes que veía alejarse, creyó igualmente que se trataba de caballería enemiga.

—Son sin duda las avanzadas del ejército del norte que se adelantan a reconocer nuestras posiciones en el ferrocarril de Pisagua —estableció—. Seguramente avanza hacia Tana el grueso de las fuerzas bolivianas. ¡Volvamos a todo galope a Dolores para participar a mi coronel Sotomayor nuestro descubrimiento! ¡Cazadores, conversión por la derecha…, galope…, maaar!

La columna de cazadores giró rápidamente y retomó el camino hacia Dolores.

Entonces, en el momento en que pasaban cerca de él, el capitán Rodríguez pudo reconocer los uniformes de los cazadores de Chile. Gritando una palabrota, estrelló su quepis contra el suelo. Luego, regresó con desgano adonde había dejado su caballo y se alejó al paso tardo en dirección al campamento de Hospicio.

El general Hilarión Daza despertó todavía magullado por la travesía del día anterior. Desperezándose, preguntó a su secretario:

—Gutiérrez, ¿ha habido alguna novedad?

—Ninguna de importancia, Excelencia. Tan sólo que dos patrullas enemigas se acercaron a medianoche a la quebrada, pero se retiraron sin advertir nuestra presencia.

—Bien —dijo el presidente, revolviendo la lengua estropajosa, amarga por los rastros del ron bebido antes de quedarse dormido—. Que el coronel Camacho disponga todo para regresar al momento a la quebrada de Camarones. Y de ahí a Arica y a Tacna, sin perder tiempo en parte alguna.

Una hora más tarde, la brigada boliviana comenzaba a alejarse en dirección a Tacna.

Pero, cuando la cola de la columna salía de la quebrada, un hombre vestido como los exploradores bolivianos se rezagaba de ella y pretextando detenerse para apretar la cincha de su mula, lograba quedarse atrás. Cuando ya nadie podía verlo, volvió al fondo de la quebrada y se escondió entre los cañaverales. Media hora más tarde escaló la ladera del barranco por el lado contrario. Era el agente secreto Roberto Rodríguez, que marchaba hacia el sur para ir a comunicar la verdad de los hechos a los jefes militares chilenos.

Pero mientras aquel hombre solitario cruzaba el arenal que mediaba entre Tana y las líneas chilenas, el formidable error de los comandantes Vergara y Echeverría repercutía en el cuartel general chileno.

A las ocho de la mañana fue recibido en Hospicio el telegrama del capitán Zubiría:

> *Noviembre 18, en la madrugada. Ejército enemigo a la vista. Se ven carros que creo sean de artillería. Las avanzadas enemigas se pasean a cuatro cuadras de nosotros. No era posible combatirlas por la mucha fuerza que se vio.*
>
> *COMANDANTE JOSÉ FRANCISCO VERGARA.*

Los generales Escala y Baquedano se miraron atónitos.

—Si el ejército del norte llega a meterse en Jazpampa nos corta, general Escala —razonó el jefe de la caballería, y repitió—: nos corta.

—Hay que guarnecer Jazpampa a toda prisa, Baquedano —determinó el general en jefe—. Hágame usted el favor de bajar a Pisagua a comunicar al ministro Sotomayor el telegrama de Vergara, y participele que envío a marchas forzadas al batallón Bulnes a Jazpampa. ¡Ah, y dígale también que ordenaré al coronel Emilio Sotomayor que traslade la división de Dolores al mismo

punto!

De este modo, el alto mando chileno comenzaba a desguarnecer el punto vital de defensa de sus líneas, que era Dolores, para concentrar sus mejores tropas en Jazpampa, en espera de un enemigo que no existía.

Afortunadamente, el ministro Sotomayor supo conservar un poco de serenidad y tomó una medida que sería salvadora poco después.

Debido a la honda enemistad que existía entre el general Escala y el coronel José Velásquez, la artillería no había sido movida de Hospicio, porque el general en jefe no quería dar al jefe de ella la oportunidad de intervenir en alguna acción brillante.

Pero ante la inminencia del ataque boliviano, el ministro determinó imponer el empleo de la artillería del coronel Velásquez en la fortificación de Jazpampa y Dolores, y con tal fin envió al general Escala un parte categórico:

> *General: es muy urgente que marche al campamento la artillería con todo su material.*

Gracias a esta determinación del ministro, la artillería comenzó a moverse hacia el interior del desierto. Moviéndose en sentido contrario, se replegaban a marchas forzadas los regimientos que guardaban el extremo sur de la zona ocupada por los chilenos y que estaban destinados a oponerse a un posible ataque del ejército aliado que comandaba el general Buendía.

Aquel mismo día, en Pozo Almonte, la noticia del retiro del general Daza con el ejército boliviano hacia el norte hacía morderse de rabia al general Buendía y a su jefe de Estado Mayor, el coronel Belisario Suárez.

—¡Es increíble! —censuraba el general—. Yo lo catalogaría de traición. Daza telegrafía a Prado y le ensarta la falsedad de que regresa con su ejército a Tacna porque le es imposible cruzar con él el desierto más allá de la quebrada de Camarones.

—¡Ésos son nuestros aliados! —comentó el coronel con desprecio.

—¡Y vaya la situación en que nos colocan, mi amigo! —rabió el general—. Sí, señor. Porque nuestro presidente, temeroso por la falta de claridad que hay en los movimientos del general Daza y su

ejército, y existiendo el precedente de que estuvo en algunos tratos con los chilenos, se apresuró a ordenarle su regreso a Arica, arguyéndole que será nuestra división la que atacará a los invasores.

El coronel Suárez dio un respingo.

—¿Qué nuestra división, esta que tenemos aquí, en Pozo Almonte, será la que ataque a los chilenos? —preguntó.

El general le extendió un papel doblado.

—Aquí está el telegrama ordenándolo, coronel.

Suárez leyó con avidez el documento. Decía, en su último párrafo:

> *… que la división comandada por el general Juan Buendía, acampada actualmente en Pozo Almonte, deberá atacar al ejército desembarcado por los chilenos mañana 19 de noviembre, buscándolo en el lugar donde tenga concentrada la mayor parte de sus tropas.*

—¡Es inaudito! —declaró enseguida el jefe del Estado Mayor—. ¡Atacar nosotros a los chilenos mañana, cuando no tenemos ni siquiera alimentos para nuestra tropa, ni disponemos de caballos ni de carros para transportar las municiones!…

—Todo eso lo sé, coronel, y lo expliqué al presidente Prado en un telegrama, en el cual, incluso, le advertí que no poseíamos víveres sino para dos días, careciendo de carne —se lamentó el general—. ¿Y sabe usted qué me respondió? Tome, aquí tiene el telegrama.

Suárez lo leyó en voz baja:

> *Prado al general Buendía. Pozo Almonte. Si no hay carne, ataque al enemigo.*

El coronel estrujó el telegrama y miró al general con ojos empequeñecidos por el enojo. Este le esquivó el rostro y le ordenó impersonalmente:

—Requise todos los caballos, mulas, carretas y carros que encuentre en las oficinas salitreras. Acomode en esos vehículos los víveres que nos restan, póngales centinelas y…, y comencemos nuestra marcha hacia el norte.

—Pero si no hay cabalgaduras ni para la oficialidad, general —objetó el interpelado.

—Atravesarán el desierto a pie. Pero mañana atacaremos al enemigo en Dolores o donde se encuentre —concluyó Buendía—. Marcharemos por la senda que pasa por las oficinas salitreras de Ramírez y Guara, para descansar en Agua Santa, término del ferrocarril de Pisagua. Después de dos horas de reposo, proseguiremos hasta el llano de Santa Catalina, donde reconcentraremos nuestras tropas para caer sobre el campamento enemigo en Dolores. ¿Comprendido, coronel?

Una hora después, las tropas aliadas formaban en una larga hilera. Sombrío y meditabundo, el coronel Suárez dio las últimas instrucciones a los jefes de batallones:

—Ningún soldado de la alianza se separará de la columna o de los campamentos, bajo pena de muerte. Queda estrictamente prohibido hacer fuego durante la noche; el rancho se preparará de día. Y, finalmente, por motivo alguno, los soldados beberán en los pozos que encontremos. Sabemos que han sido envenenados por los chilenos. ¿Comprendido, señores jefes? En marcha, entonces.

Entretanto, los chilenos seguían concentrando sus tropas en Jazpampa, para oponerlas al enemigo que suponían atacaría desde el norte, ignorantes por completo de que, desde el sur, se aproximaba a marchas forzadas un ejército de diez mil quinientos hombres dispuestos a librar una batalla desesperada para poner fin a sus penurias mediante una victoria fulminante.

Desde su puesto en el campamento de Dolores, el coronel Emilio Sotomayor seguía sacando las tropas de allí para enviarlas a Jazpampa. Cuando el batallón «Atacama» se disponía a emprender también la marcha, los centinelas trajeron a presencia del jefe del campamento a un prisionero que habían encontrado a punto de desfallecer a un costado de la línea del ferrocarril. Era un hombre que vestía con los atavíos de los baqueanos de la pampa. Casi agónico por la sed y el sol, el hombre tuvo, sin embargo, fuerzas para hacer a los patrulleros una revelación:

—Soy… chileno. Soy chileno —dijo por dos veces, y se desmayó.

Conducido ante el coronel Sotomayor, éste hizo que le abrieran la boca y le vertieran unos sorbos de agua. Enseguida esperó a que el desconocido reaccionara. Cansadamente abrió los ojos y contempló con mirada opaca a los que se inclinaban sobre él. Las ideas parecieron regresar a su cerebro e intentó incorporarse.

—El comandante…, el comandante del campamento —tartamudeó.

—Soy yo —respondió el coronel—. ¿Qué quiere usted decirme?

—Servicio…, servicio secreto, mi comandante —articuló el hombre. Era Roberto Rodríguez.

—¡Hable! ¡Diga lo que sabe! —le ordenó con ansiedad el coronel.

El agente estaba a punto de volver a desmayarse, pero logró balbucear:

—Nada en el norte… ¡Agua Santa!… ¡Agua Santa! —y perdió nuevamente el conocimiento.

Mientras trasladaban al agente a la enfermería, el viejo coronel se devanaba los sesos tratando de comprender el sentido de su mensaje.

—Nada en el norte… —repetía—. Agua Santa… Agua Santa…

De pronto, un chispazo iluminó su cerebro.

—¡Ayudante! —llamó—. ¡Ayudante, tráigame al capitán de cazadores Manuel Barahona!

A los pocos minutos, el capitán se cuadraba ante el coronel Sotomayor.

—Capitán Barahona —le ordenó éste—, haga montar inmediatamente a una compañía de cazadores y parta al galope tendido hacia Agua Santa. Cerciórese de si hay enemigos por allí y regrese al momento a informarme.

—Pero, mi coronel, los cazadores estamos preparándonos para salir hacia el norte… —intentó explicarle el oficial. El jefe lo interrumpió:

—¡Parta hacia el sur, capitán, y no discuta! ¡Vea qué hay en Agua Santa!

La aplastante verdad no tardó cinco horas en llegar. Barahona regresó a galope tendido y entró, desorbitado, a la tienda del coronel.

—¡Hay más de diez mil hombres con caballería y artillería en

Agua Santa, mi coronel! —espetó el oficial, jadeando.

Sotomayor y los jefes de los batallones se miraron aterrados entre sí.

—¡Diez mil enemigos por el sur, cuando nos preparábamos a recibir el ataque por el norte! —exclamó uno.

Pasado el primer instante de impresión, Sotomayor recobró su dominio.

—¿A qué horas los vieron, capitán? —interrogó al comandante de la patrulla que llegaba.

—A las seis de la tarde, mi coronel.

—Y son las ocho —calculó éste—. Ese ejército tardará en llegar a Dolores lo menos diez horas. ¡Por la vida, señores, quizás todavía tenemos tiempo para concentrar nuestras tropas en un lugar a propósito para recibirlo! ¡Ayudante, telegrafíe para que regresen los cuerpos que mandamos a Jazpampa y avise al Cuartel General en Hospicio que los enemigos se nos dejan caer por el sur, y que se envíe a marchas forzadas la artillería a esta plaza de Dolores!

—A su orden, mi coronel.

—¡Coronel Amunátegui, haga usted tocar a reunión de comandantes!

El consejo de guerra tuvo contornos dramáticos. Todos los jefes comprendían que, por causa de un inexplicable error en las informaciones, habían caído en una trampa mortal. Los enemigos avanzaban con más de diez mil quinientos hombres y ellos apenas podían oponerles seis mil, siempre que los cuerpos que habían partido hacia Jazpampa alcanzaran a llegar. Los alentaba, sin embargo, una esperanza: lograr resistir hasta que el general Escala llegase con las tropas que estaban en Hospicio.

Sólo el coronel Sotomayor tenía otra concepción de las cosas. Su explicación dejó estupefactos a los comandantes.

—Estimo que la batalla no debe darse en Dolores —declaró.

—¿No? ¿Y dónde entonces?… —indagaron varias voces.

—He estudiado el terreno con el práctico Bartolomé Barra —aclaró el coronel—. Ambos hemos coincidido en que en un terreno como el de Dolores, lleno de zanjas y perforaciones practicadas por los antiguos calicheros y cruzado por el terraplén del ferrocarril, reduciremos nuestro campo de acción y haremos imposible la actuación de la caballería.

Los jefes del consejo, que tenían mayor experiencia militar, se miraron entre sí.

—Pues, ¿qué propone usted? —indagó el coronel Amunátegui.

—Una batalla a campo abierto, señores —proclamó con ardor el coronel—. Ubicaremos nuestras fuerzas en la llanura de Santa Catalina, a media legua de aquí, y recibiremos a los enemigos en una lonja de tierra tan lisa como esta mesa. Allí, les lanzaremos primero nuestra caballería en una carga vertiginosa, y enseguida haremos avanzar la infantería en un asalto a la bayoneta.

Los comandantes se quedaron abismados. Sin hallar qué responder, o mejor dicho, no encontrando la forma respetuosa de oponerse a tan disparatada idea sin herir al comandante, se consultaron entre ellos. Fue el coronel Amunátegui quien se decidió a actuar como el portavoz de los demás.

—Pero, coronel Sotomayor —observó con cautela—, repare en que ellos son más de diez mil y nosotros, aun reagrupando a todas nuestras tropas, apenas llegamos a seis mil. Presentar batalla en campo abierto con tal inferioridad numérica es suicida; nos harán pedazos. Estamos en una situación muy crítica, coronel —insistió Amunátegui—; no podemos agravarla en un afán de lucimiento caballeresco.

Sotomayor observaba a sus subalternos con expresión dura.

Envalentonados por la actitud franca del comandante Amunátegui, otros se decidieron también a opinar.

—Aun si nuestros soldados dispusieran de trincheras y parapetos o estuvieran sobre una cumbre artillada, la diferencia de efectivos es tan aplastante, que subsistiría el peligro de ser derrotados —argumentó uno.

Pero Sotomayor estaba tan entusiasmado con su plan que no se había detenido a pensar que pudiera provocar objeciones entre sus subalternos; aquella resistencia colectiva lo desconcertó y enfureció. Más aún cuando el comandante de los «Navales», Estanislao del Canto, le opuso en tono áspero:

—Por otra parte, Santa Catalina está a mitad de camino entre Agua Santa y este campamento. Si trasladamos allí nuestras tropas, nos sorprenderá la madrugada extenuados y sin haber tenido tiempo de elegir una buena ubicación.

—¡Basta, señores! —estalló el coronel—. No está bien que me

obliguen ustedes a recordarles que soy el jefe y el único con derecho a decidir.

—Pero, mi coronel, destruye usted toda posibilidad de victoria…

—¡Se hará lo que yo ordene! —impuso el superior, y volviéndose al coronel Amunátegui, le indicó—: Partirá usted al momento con su regimiento «4.º de Línea», 220 cazadores a caballo y la batería de ocho piezas de a 4 del mayor José de la Cruz Salvo, y tomarán posiciones en el extremo más avanzado de la llanura de Santa Catalina.

Amunátegui se doblegó con resignación:

—A su orden, mi comandante.

—Y usted, comandante Martínez —prosiguió el coronel Sotomayor, dirigiéndose al jefe del «Atacama»—, partirá con su gente dos horas más tarde, o sea, a las once de la noche, para reunirse con el «4.º de Línea» en Santa Catalina. Eso es todo, por el momento. Más tarde indicaré qué regimientos los seguirán.

Los dos comandantes dejaron la tienda sumidos en un hosco silencio. Ambos comprendían que el coronel mandaba sus batallones a una vistosa matanza.

—Aquí se acabó la guerra para nosotros, comandante Martínez —comentó Amunátegui—, y quizás también para Chile. Porque, destruida esta fracción del ejército, ¿cuánto podrán resistir 4000 hombres que conserva el general Escala en Pisagua?

A las nueve de la noche partían hacia Santa Catalina el «4.º de Línea» con los cazadores y las baterías del mayor Salvo. Dos horas más tarde lo seguían los soldados del «Atacama».

Los jefes y oficiales que quedaron en el campamento no pudieron evitar hacer acres comentarios sobre la testarudez del coronel Sotomayor.

—Se acabaron el «4.º de Línea» y el «Atacama» —rezongó el comandante Del Canto.

—¡Ah, si es para arrancarse los pelos de rabia! —protestó el capitán Emilio Gana—. Si estuviera aquí el comandante Vergara, no ocurriría esto.

—Pero no está aquí —estableció Del Canto.

El capitán Gana no parecía dispuesto a aceptar tan resignadamente la disparatada determinación del jefe de Dolores. Sin participarlo a sus compañeros se allegó a la oficina del telégrafo

y trató de comunicarse con el general Escala. Pero la línea telegráfica estaba ocupada recibiendo un parte de Jazpampa, en el cual se notificaba al coronel Sotomayor que el «3.º de Línea», el «Coquimbo» y la sección de artillería que habían sido enviados a ese punto regresaban a marchas forzadas a Dolores, habiéndose incorporado a ellos el regimiento de artillería N.º 2 del comandante losé Velásquez.

—¡Ojalá no lleguen a tiempo para trasladarse a Santa Catalina, porque allí se perderán como todos nosotros y el general Escala no tendrá cómo defender al resto del ejército! —comentó Gana, mientras seguía esperando a que se desocupara la línea. De pronto una clarinada rompió el silencio de la noche y una columna de caballería orilló, al galope, el campamento.

El capitán Gana se lanzó fuera de la caseta del telégrafo. Aquella caballería llegaba por el costado de la línea férrea de Pisagua. Quizás viniera al frente de ella el propio general Escala.

A la luz de las fogatas pudo divisar los uniformes de los granaderos. Les encabezaba nada menos que el comandante José Francisco Vergara. Gana lanzó una exclamación de alegría y corrió al encuentro de la columna.

No terminaba Vergara de entregar las bridas de su caballo a un ordenanza, cuando Gana lo atrapó de un brazo y, valiéndose de la antigua amistad que lo unía con él, lo retiró unos pasos y le explicó la gravísima situación.

El comandante lo escuchó con los ojos cada vez más abiertos por el estupor.

—Pero… ¡ése es el disparate más mayúsculo que cabe! —exclamó el comandante—. En Santa Catalina nos harán pedazos.

—Usted es el único que puede disuadir al coronel Sotomayor —lo urgió el capitán—; usted es amigo íntimo de él.

Vergara no perdió tiempo en mayores explicaciones. Se dirigió a la tienda del coronel Sotomayor, y discreta aunque firmemente trató de hacerlo cambiar de idea. Pero no logró vencer su obstinación.

—¡No, no, no, Vergara! Es inútil cuanto me digas. He forjado un plan que es de prometedores resultados.

—Perdóname que te lo califique descarnadamente, Emilio —replicó el comandante—, pero tu plan es descabellado. Representa

transportar durante toda esta noche todos los elementos para la resistencia, incluso el agua y los alimentos.

—Mis tropas caerán sorpresivamente sobre las fatigadas huestes enemigas y las arrollarán en Santa Catalina —porfió el coronel.

Vergara sintió que comenzaba a perder la paciencia.

—¿Es que no comprendes que nuestras tropas se agotarán en la marcha hasta Santa Catalina —dijo con violencia—, y que, en cambio, aquí aguardarían descansadas y protegidas? Lo más lógico hubiera sido marchar hacia la costa, en un intento de unirse a la división que trae el general Escala desde Hospicio. Pero ya es tarde. Sin embargo, la más elemental cordura impone no alejarse más de la división del general Escala y esperar a los enemigos en un sitio que ofrezca ventajas.

—Estamos discutiendo vanamente, comandante —cortó el coronel—. El plan está trazado y se cumplirá.

El carácter impulsivo de Vergara se rebeló.

—¡No tienes derecho a mandar al ejército al desastre, Emilio!

—¿Que no tengo derecho? —estalló el coronel—. Soy el comandante de esta división, ¿sí o no? ¡Retírese!

El comandante Vergara lo miró a los ojos, desafiante; pero luego, resignándose, juntó los tacos y dio media vuelta. Desde la puerta le sentenció:

—Caerán sobre usted las terribles consecuencias de este absurdo capricho, mi coronel.

El capitán Manuel Rodríguez fumaba meditabundo. A su lado, estaba tendido su ordenanza Acosta.

—Oiga, mi capitán, ¿por qué no se tumba mejor? —le recomendó el soldado—. Ya deben ser como las dos de la *madrugá*.

El explorador sacó su reloj.

—Las dos y cuarto, Acosta —le corrigió—. Y acaba de entrar a su tienda el comandante Vergara. Dicen que casi se agarró con el coronel. Pero no consiguió nada. En cualquier momento vamos a salir hacia Santa Catalina, ñato.

—Y ¿qué le vamos a hacer, pus, mi capi? —refunfuñó el ordenanza—. Total, allá nos vamos a encontrar con hartos amigos.

Lo único que estoy pensando es que mi hermanito de leche, el corneta Ceferino Román, ordenanza de mi teniente Torreblanca, a lo mejor la entrega antes de que yo llegue a ayudarlo, si la *tostaera* de balas empieza temprano allá.

Rodríguez no escuchó el final de la frase; se había puesto de pie y escrutaba hacia el norte. Por un costado del cerro Tres Clavos había aparecido la luz de un fanal.

—¡Llega un tren desde la costa! —exclamó el explorador—. Si viniera en él el general Escala estamos salvados; él modificaría el plan del coronel Sotomayor.

Muchos oficiales se levantaban y avanzaban hacia la estación. Rodríguez y su ordenanza los imitaron.

Con fuertes resoplidos, la locomotora se detuvo junto al pozo. Arrastraba cuatro vagones repletos de soldados. En la trompa de la máquina venían los estandartes de los regimientos «3.º de Línea» y «Coquimbo», que regresaban de Jazpampa.

—¡Eh, soldado! ¿No viene el comandante en jefe en este tren? —preguntó Rodríguez a uno de los que asomaban en el primer vagón.

—No, mi capitán —respondió el hombre—; estas sardinas en lata que usted ve somos apenas *pelaos* rasos.

El capitán se alejó, caminando a lo largo del convoy.

De pronto resonó cercana la voz autoritaria del coronel Sotomayor.

—¡Soldados del «Coquimbo» y el «3.º de Línea», descender del tren y formar con todo el equipo en el andén! Partirán inmediatamente hacia Santa Catalina.

Los soldados comenzaron a volcarse atropelladamente hacia el costado derecho del tren.

—También manda a estos pobres a Santa Catalina —deploró el capitán Rodríguez. Sotomayor se había metido entre las tiendas del campamento y seguía dando órdenes.

—¡Que se apresten también los «Navales» y el «Buin»! —se le oía gritar.

—¡Por la vida —comentó el explorador—, no va a quedar nadie para contar la historia!

Pero el ambiente se había caldeado demasiado entre los jefes y oficiales. Un grupo, encabezado por Del Canto y Gana, se apersonó al coronel Vergara y lo instó a enfrentar nuevamente al coronel

Sotomayor para hacerlo desistir de su propósito.

—Usted es el único que puede salvar a Chile de una derrota —insistió el comandante Del Canto—. Quedan todavía cinco horas para organizar una defensa razonable. Al amanecer tendremos que resignarnos a morir en la pampa de Santa Catalina, o huir como cobardes, cuando nos estén aplastando.

Vergara los escuchó en silencio, estudiando, por sobre sus cabezas, el campo que los rodeaba. Durante la semana que se desempeñó como comandante del campamento de Dolores tuvo la ocasión de examinarlo cuidadosamente, palmo a palmo, y concibió un sistema de defensa.

—Está bien, señores —dijo, con firmeza—, voy a arrostrar una vez más la obstinación del coronel Sotomayor.

Y sin más se encaminó a la tienda del jefe del campamento.

Este examinaba un croquis de Santa Catalina, y alzó los ojos con expresión dura al sentirlo entrar.

—Mi coronel —dijo Vergara—, por segunda vez me acerco a usted con el mismo propósito, pero ahora como portavoz de los jefes del ejército que está a sus órdenes.

—Creo que fui bastante claro, comandante Vergara, cuando le ordené que se recluyera en su tienda y esperara mis instrucciones.

Vergara, herido por aquel exceso de autoridad, estalló:

—¡Es que no podemos ceñirnos tanto a la disciplina cuando se juegan la vida de seis mil soldados y la suerte de la patria, qué caramba!

—¡No existe esa norma en el Código Militar! —replicó el coronel, dando un palmetazo sobre la mesa de campaña.

A lo que el comandante gritó, perdiendo el control:

—¡El Código Militar no fue redactado pensando en que podían elevarse al rango de jefes de un ejército hombres sin criterio, que por obstinación y vanidad fueran capaces de sacrificarlo en empresas destinadas de antemano a la derrota!

El coronel dio un salto. Frenético de cólera, echó mano al sable que tenía afirmado en el puntal de la tienda y lo desnudó.

—¡Comandante Vergara —barbotó—, desenvaine o lo mato como a un perro!

Vergara no hizo ademán de llevar su mano al cinto. Sin moverse, con los puños crispados por el esfuerzo para contenerse, argumentó:

—¡Coronel Sotomayor, lo llamo a la cordura! Piense en los miles de soldados que dependen de usted. ¿Qué valen nuestras vidas y nuestras apreciaciones personales, cuando de una palabra depende la suerte del ejército?

Pero el viejo militar estaba fuera de quicio.

—Se ha atrevido usted a gritarme que por vanidad llevo a las tropas a Santa Catalina y eso no puedo tolerárselo —vociferaba.

El comandante seguía contemplándolo profundamente a los ojos. El coronel, desarmado por aquella serenidad, bajó el arma.

—Emilio —le dijo entonces Vergara, apelando a los sentimientos que los habían unido—, hemos sido amigos toda la vida. No nos dejemos ofuscar ahora, cuando más precisamos pensar con serenidad. ¡Salvemos a nuestros soldados!

—¿Y qué crees que intento hacer? —se defendió el coronel— ¡quiero una victoria para ellos!

—Te equivocas. Todos ellos, así como los oficiales y los jefes, piensan que sólo buscas lucimiento propio.

El veterano retrocedió, aturdido por aquella descarnada declaración.

—¿Eso…, eso creen mis soldados? —balbuceó.

El comandante no le dio respuesta, sino que acercándose lo tomó de un brazo y le argumentó conciliador:

—Todos estamos dispuestos a combatir a tu lado, porque te sabemos un valiente y un comandante magnífico. Pero, escúchame, por favor.

—En Santa Catalina podemos vencer —insistió el coronel, ya sin fuerzas—. Lo he estudiado bien.

—Ellos son casi once mil, Emilio —observó Vergara—; nosotros, apenas seis mil. ¿A qué correr un riesgo tan grande cuando aquí tenemos posiciones inexpugnables, parapetos naturales que nos permitirán defendernos con una única posibilidad de victoria?

—¿Cuáles posiciones?

—La cadena de cerros que se alzan al poniente del campamento; los cerros Dolores y Tres Clavos. Constituyen un reducto natural formidable y cierran el paso a toda fuerza que avance desde el sur.

El coronel se inclinó pensativo sobre el mapa y luego reconoció en voz baja, como si nunca se hubiera detenido a considerarlo:

—Es verdad.

Aquella declaración entusiasmó al comandante. Agachándose también sobre la carta, fue indicándole las diversas medidas que contemplaba su plan.

—Tan pronto llegue la artillería la ubicaremos en las cumbres. Los soldados los distribuiremos en escalones por las laderas. Las primeras líneas, incluso, dispondrán de trincheras espléndidas: las zanjas excavadas por los calicheros en las faldas del Dolores, por el lado sur. ¡Fíjate! Los enemigos tienen que asomar por el sur. Se acercarán intentando flanquear el cerro Dolores por nuestra izquierda, desfilando por la línea férrea.

—¡Efectivamente! —aprobó el coronel—. Y la pampa al sur y a la izquierda del cerro está rota por los dinamitazos de los calicheros, lo que los obligará a marchar lentamente, sin usar su caballería.

—Me has comprendido, Emilio. ¿Te das cuenta de que nuestros artilleros y fusileros podrán dominarlos desde la altura? ¡Ah, y yo te aseguro que tendrían que ser gigantes para tomarse por asalto el cerro Dolores estando nuestros soldados arriba!

—¡Tienes razón, José Francisco! —aprobó el coronel, rendido a la evidencia.

—Salva entonces a los del «4.º de Línea» y a los del «Atacama» que mandaste avanzar hacia Santa Catalina. Quizás aún sea tiempo para que se replieguen y trepen a estos cerros junto con los demás regimientos.

El coronel reaccionó. De dos zancadas estuvo en la puerta y llamó a su ayudante.

—¡Capitán! —le ordenó—, envíe al momento un mensaje al comandante del «4.º de Línea», coronel Amunátegui, instruyéndolo regresar a marchas forzadas al cerro Dolores.

Vergara suspiró aliviado y, palmeando cariñosamente un hombro del coronel, le dijo:

—Gracias, Emilio.

—¡Bah, bah, bah! ¡Déjate de majaderías! —se esquivó el veterano un poco avergonzado—. Ahora tenemos que buscar al comandante de ingenieros Arístides Martínez para que nos ayude a determinar las posiciones que deberán tomar la artillería y los demás cuerpos en los cerros. ¡Vamos, José Francisco!

Nada revelaba la presencia de soldados en la lisa pampa de Santa Catalina. Ninguna sombra se movía en torno a la casas de la estación y la planicie de arena se perdía en el horizonte. Sin embargo, allí había ocultado el coronel Amunátegui mil ochocientos soldados. Sumergidos en zanjas, incrustados tras las ondulaciones arenosas, los mil doscientos hombres del «4.º de Línea», los doscientos diez jinetes del «Cazadores», los sirvientes de los ocho cañones del mayor Salvo y los seiscientos atacameños, esperaban inmóviles al enemigo.

Rafael Torreblanca, que actuaba aquella noche como ayudante del comandante Martínez, recorría los largos fosos en que estaban tumbados los mineros del «Atacama», vigilando que no se fumara o charlara en voz alta.

Repentinamente, desde el extremo más avanzado de la línea, les llegó la voz en sordina de uno de los centinelas anunciando la presencia de un grupo de caballería.

Torreblanca asomó la cabeza fuera del foso, buscando el motivo de alerta, en la obscuridad. Al cabo de un minuto pudo distinguirlo, guiado por el ruido que hacían los animales que se acercaban.

—Es un grupo pequeño que se acerca por el sur —informó a su amigo, el teniente Arce.

Arce dio una orden en voz baja y todos los hombres de la tercera compañía se levantaron de la zanja y asomaron las bocas de sus fusiles por encima del borde.

—Manténgalos bajo la mira —indicó el teniente, en espera de que se aproximaran más.

Con el dedo en el gatillo, todos aguardaron. Los jinetes se aproximaban desprevenidos. De pronto, Torreblanca se volvió hacia Arce:

—¡Son arrieros!… ¡Arrieros con mulas y no soldados!

—¿Arrieros que vienen del sur? —reflexionó el teniente, receloso. Y exclamó—: Ésos tienen que saber noticias del ejército enemigo. —Volvió al fondo del foso y sofocando la voz, ordenó a sus hombres—: ¡Atención, tercera compañía! ¡Vamos a capturar a esos hombres! ¡Sin disparar…, adelante…, carrera, maaaar!

Como una manada de panteras, los hombres surgieron del foso

y, con el fusil en ristre, cerraron el paso a los arrieros, que se detuvieron aterrados. Eran diez argentinos que llevaban mulas cargadas con odres a llenar en la aguada de Dolores. Servían, naturalmente, al ejército
perú-boliviano.
Interrogados por el coronel Amunátegui, confesaron que las tropas enemigas venían un cuarto de legua tras ellos.

—¿Cuántos hombres componen ese ejército? —preguntó Amunátegui.

—Unos diez mil quinientos, señor.

—¡Diez mil quinientos! —repitió el coronel, aunque no era una novedad para él—. ¿Y dice usted que no tardarán en aparecer por…?

No esperó respuesta, porque le vino traída por el viento de la pampa. Confusamente primero, pero claro enseguida, le llegó el ruido característico de una columna en marcha.

—¡Ahí vienen, mi coronel! —le advirtió Torreblanca.

—¡Es verdad! —reconoció el jefe, nervioso—. ¡Señores comandantes…! —alcanzó a decir a sus acompañantes, cuando entró en la caseta el telegrafista de guardia. Venía jadeando.

—Telegrama de Dolores —dijo apresurado.

El coronel Amunátegui se encaminó hasta un rincón de la casucha y encendió un trozo de vela. El mensaje era la orden del coronel Sotomayor de contramarchar hacia Dolores. Orden que llegaba demasiado tarde. Amunátegui arrugó rabiosamente el papel. Después se reunió con los comandantes y les ordenó ponerse al frente de sus respectivos cuerpos, y él mismo se sumergió en los fosos donde estaban los soldados, acompañando al comandante Martínez, que iba a encabezar a sus atacameños. Hundidos en una calichera, ambos discutieron un plan de resistencia, y pocos minutos después lo dieron a conocer a los soldados del «Atacama» y del «4.º de Línea». Cada uno se defendería como pudiera, replegándose de foso en foso cuando fuera imposible mantenerse quietos. Eso era todo. Después…

Los veteranos del «4.º de Línea» cargaron sus fusiles Grass con parsimonia. Los feroces mineros del «Atacama» mordieron los cartuchos de sus Comblain y se colocaron en el cinto un tiro de dinamita con la mecha lista para darle fuego. Los mil ochocientos

chilenos esperaron con los nervios tensos… esperaron dejando vagar los ojos por la cortina blanquecina de la camanchaca…, esperaron maldiciendo al coronel Sotomayor que los obligaba a morir hundidos en la tierra como lagartos ciegos del desierto.

Podían oírse ya las voces de los adversarios. El coronel Amunátegui hinchaba el pecho para gritar la orden de fuego, cuando de súbito llegaron hasta sus oídos unas exclamaciones proferidas por el jefe que encabezaba la columna peruana:

—¡Caray, qué torpes son estos baqueanos! Otra vez están a punto de extraviarnos. ¡Vamos alejándonos de la línea férrea, condenados! ¡Voltéense algo más hacia el este, hijos de mala madre!

El ruido de la marcha se alejó hacia la derecha. Los chilenos bajaron los fusiles, asombrados. Los enemigos se habían desviado a un centenar de pasos del sitio en que ellos estaban y comenzaban a trasmontar el terraplén de la línea férrea.

—¡Que nadie se mueva! —susurró Amunátegui a su ayudante y éste traspasó la orden a su vecino inmediato.

—¡Que nadie se mueva! —fue corriendo la voz, en un murmullo, a lo largo de las líneas.

—La providencia nos salva, comandante Martínez —secreteó el jefe del destacamento al comandante de los atacameños—. Si ellos toman por el otro lado de la línea férrea, nosotros podremos intentar una marcha paralela, por este lado, protegidos por la camanchaca.

—E incluso, podemos forzar la marcha y llegar a Dolores antes que ésos —sugirió Torreblanca.

Envalentonado por la inminencia del peligro, el corneta Ceferino Román se atrevió a entrometerse, olvidado de la disciplina:

—¿Y si *toos* nos *juéramos* gateando por el fondo de esas zanjas, mi coronel, y saliéramos al *descampao* por allá, por donde no nos vieran ni nos oyeran esos picaros?

El coronel lo escuchó con atención.

—Tiene razón este soldado —aprobó—. Ésa es la solución.

El comandante Martínez no perdió tiempo. Volviéndose hacia Torreblanca, le ordenó con urgencia:

—Teniente, deslícese por el fondo de la zanja hasta unos cien metros hacia el oeste y saque al batallón, en completo silencio, por aquel extremo.

El coronel Amunátegui dio una orden similar al ayudante del «4.º de Línea» y los dos oficiales se alejaron por el fondo de las zanjas, deslizándose detrás de los soldados. Los cazadores a caballo y los artilleros del mayor Salvo, enterados igualmente del repliegue, permanecían inmóviles en sus posiciones, para dar tiempo a los infantes de adelantarse.

En quince minutos el «Atacama» y el «4.º de Línea» estaban formados a unos doscientos metros al poniente de la línea férrea y comenzaban a moverse hacia el norte, camino a Dolores.

—Los cazadores y artilleros tomarán camino más al poniente aún, para que no se alcance a oír el ruido de la caballada y de las piezas y armones —determinó el coronel Amunátegui, y partió tras sus cuartinos.

Desde el otro lado de la línea del tren les llegaban los ruidos del ejército enemigo que se movía sin precauciones, y era tan marcado el ritmo de los pasos de los 10 500 peruanos y bolivianos, que ahogaba totalmente el ruido de la marcha de los chilenos.

Dos horas duró aquella carrera de las dos columnas antagónicas. Los oficiales chilenos acicateaban continuamente a los hombres, exigiéndoles redoblar la marcha.

—¡Más vivo el paso, atacameños! —se oía en la primera fracción de la columna.

Y en la segunda:

—¡Más aprisa, muchachos! Hay que llegar a Dolores antes que los enemigos y tomar posiciones de defensa.

Rafael Torreblanca se mantenía junto al comandante Juan Martínez en la cabeza de la cuádruple hilera de atacameños. De pronto, su ordenanza se le emparejó y le preguntó, tartamudeando:

—Oiga, mi tete… mi teniente, ¿cuánto nos fafa… nos falta pa llegar a Do… Dolores?

—Un cuarto de legua, más o menos. ¿Por qué lo preguntas?

—Po… po… porque prontito va a clarear, mi tete… teniente. Y a… a mi coronel Amunátegui no le va a gustar na que los ene… los enemigos nos vean con la luz del *arba*.

Torreblanca se volvió inquieto hacia el oriente. Efectivamente, una luminosidad muy tenue comenzaba a destacar el perfil de la lejana cordillera. Hizo notar este hecho al comandante Martínez, quien midió en el acto el peligro.

—¡Soldados —exclamó—, tenemos que llegar a Dolores antes de que amanezca! Nos faltan unos kilómetros y el enemigo ha quedado un kilómetro detrás de nosotros. ¡Atención, vamos a seguir al trote corto! ¡Batallón, al trote…, maaaar!…

Los 600 soldados comenzaron a trotar animosamente hacia el cerro Dolores, ya bastante visible.

El alba se abrió como un abanico de oro sobre la pampa. Por las laderas del cerro Dolores las tropas chilenas trepaban como arañas. Al fondo de la planicie, extendida junto a la línea del ferrocarril, se divisaba una gran mancha obscura que se adelantaba lentamente. Era el ejército aliado. Entre aquella mancha y el espolón del cerro se veía una delgada columna que avanzaba a la carrera. Eran el «Atacama» y el «4.º de Línea».

El comandante José Francisco Vergara los aguardaba nerviosamente al pie de la ladera sur del montículo.

—¡Trepen!… ¡Trepen sin detenerse, soldados! —los animaba a medida que iban llegando.

Los atacameños y los cuartinos repecharon el cerro sin detener la carrera. A media altura se alcanzaban a distinguir las piezas de la batería del mayor Salvo; habiendo llegado media hora antes, eran elevadas con gran esfuerzo por los sirvientes. Los cazadores galopaban por el costado poniente del cerro, con el fin de parapetarse detrás de él, pero un grupo había acudido en ayuda de los artilleros y subía los cañones a lazo.

Cuando Amunátegui llegó junto al comandante Vergara, éste escuchaba al coronel José Velásquez, que había llegado con la artillería pesada en un tren.

—Los tres troncos de percherones que arrastran las piezas no tienen fuerza para izarla hasta la cumbre, Vergara —explicaba angustiado el coronel Velásquez.

—Tendrán que ser subidas a brazo, coronel —determinó Vergara —. Buscaremos hombres que estén acostumbrados a subir grandes pesos a los cerros.

—Sólo hay un grupo de hombres capaces de eso, comandante — terció Amunátegui.

—¿Cuál, coronel?

—Los mineros del «Atacama».

Vergara los miró mientras trepaban hacia la cima.

—Deben venir extenuados —consideró.

—Son de hierro, comandante Vergara —sostuvo el jefe de los cuartinos—. Mándeles que ayuden a elevar los cañones Krupp antes de ocupar sus posiciones y los verá actuar.

Los musculosos mineros del «Atacama» y los jinetes del «Cazadores» y del «Granaderos» sumaron sus fuerzas y sus habilidades.

—¡Aura!… ¡Aura!… ¡Aura!… —salmodiaban los mineros a compás; y al tercer ¡aura! empujaban todos simultáneamente.

—Hagan cuenta de que es la…, este que… es la suegra la que estamos subiendo *pa* tirarla por una ventana —tartamudeaba el corneta Román, empujando con toda su alma.

Cuando elevaban el último cañón, los sones de las bandas del ejército aliado llegaban ya a los oídos de los atacameños.

—Mírenlos a los *cholitos jutres* —comentaba el corneta—. Vienen como de *pará* a tocarle una retreta a las niñas bonitas que están en los balcones.

—Nosotros *serimos* entonces las niñas bonitas, pus, *sordao* Román —comentó el cabo José Santos Galleguillos, copiapino famoso por su fuerza hercúlea.

No habían pasado muchos minutos, cuando unos disparos de fusil pusieron a todos de pie. Los soldados del «Coquimbo» habían abierto fuego sobre un extraño jinete que se desprendió de las líneas peruanas y avanzó a todo galope hasta la falda del cerro.

—¡Mire, mi te… te… mi teniente! —advirtió Román a Torreblanca—. Un ñato *vestío* con una cuestión blanca se ha *acercao* a mirarnos.

En efecto, el jinete que había tenido la osadía de allegarse hasta la falda misma del cerro iba cubierto con un manto parecido a un albornoz blanco y galopaba desafiante por entre la granizada de balas que le enviaban desde arriba.

—Es un explorador que viene a observar por dónde comenzar el ataque —razonó Torreblanca, admirado del valor de aquel hombre.

El jinete pasó dos veces junto al costado del cerro y enseguida emprendió un vertiginoso galope, de regreso a sus líneas. Era el teniente coronel de milicias Ladislao Espinar. Aquella galopada nacía de su propia iniciativa y provocó la irritación del general peruano.

—Pero ¿qué locura está haciendo Espinar? —exclamó Buendía al contemplarlo revolver su caballo frente a las líneas chilenas. Y cuando lo vio emprender el regreso, ordenó a su ayudante Sáenz Peña que lo trajera a su presencia.

Mientras Sáenz Peña iba en busca del jinete, el coronel Suárez seguía discutiendo con el general Buendía:

—Insisto, general, en que si no atacamos inmediatamente daremos tiempo a la división chilena que viene de Pisagua para llegar a este lugar —porfiaba el jefe del Estado Mayor, y argumentaba—: ahora los enemigos no son más de 6000. Si se les incorpora la fracción acampada en Pisagua, llegarán a 11 000. En igualdad numérica, jamás podremos apoderarnos del cerro y del pozo de Dolores.

Pero Buendía se había empecinado en una determinación.

—No atacaremos hasta mañana, coronel Suárez —dictaminaba —. Tenemos que conceder un día de descanso a nuestras tropas. Además, queda la esperanza de que alcance a llegar alguna fuerza del norte, enviada por el presidente Prado.

En ese momento llegaba Sáenz Peña acompañando a Ladislao Espinar.

—Coronel Espinar, ¿qué demonios se ha propuesto usted…? —empezó Buendía, pero el miliciano no lo dejó continuar.

—General, hasta hace unos meses *poseí* una salitrera al poniente de este cerro, de modo que conozco la zona como la palma de mi mano. Pues bien, tan pronto como nuestro ejército comenzó a abrirse en cinco columnas frente al enemigo, me apercibí de un detalle importantísimo y quise comprobarlo. Por eso me acerqué al cerro y puedo asegurar a ustedes, señores, que la providencia nos está protegiendo.

—¿Qué quiere usted decir, señor? —lo interrogó el coronel Suárez con aspereza.

—Coronel, ¿se ha tomado usted el trabajo de estudiar este cerro?

—Creo que basta con mirarlo —replicó desdeñosamente el militar—. Es un promontorio de rocas y arena de unos doscientos metros de altura que guarda en su costado derecho el pozo de Dolores.

—Efectivamente —admitió Espinar, pasando por alto la actitud

ofensiva del coronel—. Y el objetivo de este ejército es aquel pozo, ¿verdad? Pues bien, ¿por dónde piensan ustedes acercarse a él?

—Flanqueando el cerro por el oriente —determinó Buendía, disgustado.

Espinar lanzó una carcajada breve y señaló los cañones Krupp asomados por el oriente del promontorio.

—Pasaremos más allá del alcance de los cañones —expresó cada vez más enojado el coronel Suárez.

—Pues al frente hay otro cerrillo —siguió explicando Espinar— y en él se ha instalado un regimiento enemigo completo, dispuesto a cruzar sus fuegos con los de la artillería y a pulverizar a quien ose avanzar por el callejón que queda entre las dos posiciones.

—Entonces flanquearemos el cerro por el otro lado, bordeándolo por el poniente arguyó el general Buendía, sintiendo que se le acababa la paciencia.

Espinar volvió a reírse y mostró los cañones que se asomaban en la cumbre Dolores, dominando el poniente.

—Hay un medio rápido y efectivo de comenzar el ataque y ustedes no pueden despreciarlo —dijo.

—¿Cuál es ese medio que ha escapado a nuestros cortos alcances? —indagó burlón el coronel Suárez.

—Atacar por el centro —afirmó el miliciano, y aprovechó para exponer su plan de un tirón—: Este cerro es como el lomo de un camello, es decir, tiene dos jorobas que dejan entre ambas una quebrada que desciende casi hasta el nivel mismo de la pampa, como un tajo en medio del cerro. Esta quebrada corta el cerro de poniente a oriente y en este último extremo da cabida al pozo de Dolores.

—¿Y qué hay con eso? —refunfuñó el general—. ¿No acaba de afirmar que no podemos flanquear el cerro ni por el oriente ni por el poniente?

—Exactamente —aceptó Espinar—. Pero podemos hacerlo por el centro.

—¡Lanzar las tropas de frente contra la ladera! —estalló Suárez, fastidiado.

—¡Sí, señores! —afirmó Espinar—. El medio más seguro es escalar el cerro por el centro y bajar a la quebrada desde la cumbre.

—¡Está usted loco, Espinar! —protestó el general.

—No, general. Escúcheme usted. Por una de esas casualidades venturosas o por la prisa con que los chilenos emplazaron sus cañones, dejaron desguarnecida la más fácil vía de asalto a su posición. Distribuyeron magníficamente sus cañones para dominar todos los contornos, y frente a la parte sur, por donde teníamos que aparecer nosotros, colocaron los cañones Krupp protegidos, según se ve, sólo por los sirvientes y oficiales de artillería.

—Sería tonto el general que protegiera con tropas los cañones Krupp emplazados en la cima de un cerro escarpado —se burló Buendía.

—Señor, ahórrese sus burlas y mire —le atajó Espinar—; mire con ojos de artillero. Cualquier cabo de cañón sabe que toda pieza puede alzar o bajar su boca hasta ciertos límites; y cuando está colocado en la meseta de un cerro, si no se han tomado disposiciones especiales, no puede disparar contra los faldeos.

El general y el coronel abrieron los ojos, comenzando a comprender.

—¡Y esta vez los chilenos descuidaron ese detalle! —concluyó Espinar—. Los cañones que colocaron hacia el sur dejan fuera de su campo de acción una ancha cuchilla excavada en la ladera. Esa cuchilla asciende hasta la cima. Es decir: todos los soldados que logren llegar hasta la falda podrán trepar impunemente hasta las baterías, apoderarse de ellas y conseguir el dominio del cerro.

—¡Gran Dios, es cierto! —reconocieron los dos jefes, observando el punto indicado por el miliciano. Éste proseguía febrilmente:

—El plan de ataque debe ser, pues, el siguiente: realizar un amago, abriendo una columna hacia el oriente y otra hacia el poniente, como si se intentara abrazar el cerro y franquearlo por ambos costados. Y después, cuando la artillería y la fusilería truenen y los chilenos están preocupados sólo de defender sus dos flancos, lanzar el grueso de la infantería sobre el centro y trepar por esa cuchilla desguarnecida hasta la cumbre.

Aquel plan era la victoria segura. Así lo comprendieron los dos jefes peruanos. Pero el general Buendía, siempre asido a la esperanza de que llegaran más tropas desde el norte, se negó a ponerlo en práctica de inmediato, pese a que Espinar le argumentaba que una demora daría tiempo a la artillería chilena para corregir aquel error de emplazamiento de sus piezas. Todo fue

inútil. El general se negó a seguir escuchándolo y terminó por despedirlo. En las horas que siguieron, Espinar trató varias veces de hacer cambiar de determinación al general, y, como no lo consiguiera, tomó una decisión heroica. Se echó sobre su caballo y batiendo su carabina se lanzó a todo galope hacia la falda del cerro Dolores.

—¡Alto!… ¡Alto! ¡Deténgase, condenado! —gritó Buendía, y al comprender que el miliciano no le obedecería, se volvió al coronel Suárez—: ¡Coronel, hay que detenerlo! Los enemigos creerán que es el comienzo del ataque y abrirán fuego, iniciando la batalla.

Era lo que perseguía Espinar y lo consiguió.

—¡Maldito sea! —barbotó Buendía al sentir tronar los cañones chilenos—. Provocó la batalla. ¡Coronel Suárez, organice el ataque! Divida el ejército en cuatro columnas. Una avanzará por el flanco izquierdo bajo el mando del general Villamil; la segunda, la mandará usted y formará al centro; a la tercera la haré avanzar yo por el flanco derecho, y la cuarta quedará como reserva en este sitio. ¡Corra, corra, antes de que esos artilleros nos destrocen las filas!

Eran las 3.10 de la tarde del 19 de noviembre.

Las defensas chilenas estaban distribuidas en las dos cumbres del cerro Dolores. En el arco semicircular que ofrecía el promontorio a los enemigos se diseminaban en el siguiente orden: en el extremo del poniente se ubicaban seis piezas de montaña a cargo del capitán Eulogio Villarreal, y seis de campaña, que dirigía el capitán Roberto Wood. En el centro, estaba el capitán Benjamín Montoya con seis cañones y dos ametralladoras. Y en el extremo del oriente estaba la batería del mayor Salvo, compuesta de cuatro Krupp, cuatro cañones franceses y una ametralladora. Siguiendo el cerro por este mismo flanco, en el nordeste, dominando el pozo de Dolores, había cuatro piezas, dirigidas por el capitán Santiago Frías. Con él estaba el coronel Velásquez, jefe de la artillería.

La infantería se agrupaba en torno a los cañones. El «Buin», el «Valparaíso» y los «Navales» estaban en la cumbre, junto a las baterías de Wood y Villarreal, en el ala derecha; el «4.º de Línea», al centro, protegiendo las piezas del capitán Montoya; y los batallones de «Coquimbo» y «Atacama», mandados por el coronel Amunátegui, apoyaban la batería del mayor Salvo.

La caballería, compuesta por los cazadores y una compañía de granaderos, se había apostado en la hondonada abierta entre las dos cumbres.

Las medidas del general Buendía para lanzar su ataque fueron extraordinariamente atinadas. Apresuradamente adelantó su división por el flanco izquierdo de las posiciones chilenas, soslayando el cerro, con la intención de rodearlo y caer sobre las defensas del pozo de Dolores.

Por su parte, el coronel Suárez avanzó contra el centro del cerro al frente de las divisiones peruanas de Velarde y Bolognesi.

Y el general boliviano Villamil, encabezando cuatro batallones bolivianos y los restos del «Independencia» y el «Victoria», encauzó su ataque hacia el flanco derecho de los chilenos, intentando bordear el cerro por el poniente para cruzar por la hondonada que separa las dos cumbres y unirse con Buendía en el pozo de Dolores.

Mientras las dos alas
perú-bolivianas
se adelantaban buscando abrazar el promontorio, Suárez presionaba lentamente en el centro de la línea chilena, donde estaba la batería del capitán Montoya apoyada por el «4.º de Línea».

Pero el general Buendía no había abandonado el plan del teniente coronel Espinar. Mediante aquel despliegue inicial pensaba engañar a los chilenos y lo consiguió ampliamente.

El coronel Sotomayor, ubicado en la cumbre del promontorio, al observar que el grueso de la división del coronel Suárez acrecentaba su ataque en el centro, amenazando peligrosamente la posición de la batería de Montoya y del «4.º de Línea», ordenó al comandante Martínez que trasladara al batallón «Atacama» desde su sitio junto a la batería del mayor Salvo hasta la posición central del capitán Montoya. Esta operación se realizó aceleradamente y la batería del mayor Salvo quedó desguarnecida, ya que el «Coquimbo» se hallaba a doscientos metros.

Era la maniobra que esperaba el general Buendía. La batalla estaba en su apogeo. Los cañones y los fusiles de la extrema derecha chilena tronaban conteniendo el avance de los bolivianos de Villamil. En el centro, las baterías y los fusileros del «4.º de Línea» martillaban sin descanso a la división de Suárez; y en el sector de Buendía, las baterías del coronel Velásquez y del mayor Salvo, a las

que se sumaba la fusilería del «3.º de Línea» y del «Coquimbo», impedían todo avance hacia el pozo de Dolores. Pero allí, a la izquierda de sus tropas en progresión, vio el general peruano la cuchilla abierta en el cerro que les permitiría llegar impunemente hasta la batería del mayor Salvo. Súbitamente, en el momento preciso, desprendió de su división cuatro compañías guerrilleras, las de los batallones peruanos «Ayacucho» y «Puno» y las de los bolivianos «Illimani» y «Olañeta». Comandadas por el general boliviano Villegas, las cuatro compañías corrieron a ubicarse en la falda del cerro.

El teniente Diego Argomedo, ayudante del mayor Salvo, fue el primero en advertir aquella inesperada evolución, y participó a su jefe su sorpresa.

—Observe qué movimiento tan raro están realizando esas guerrillas, mi mayor —le dijo.

El mayor Salvo bajó los ojos hacia la falda del cerro y observó con perplejidad:

—Se dividen en grupos de a diez hombres y se diseminan a la carrera, acercándose a la ladera. ¿Qué pretenderán?

El ceño del jefe de artilleros se fruncía fuertemente. Bajo sus ojos pasaban veloces uno, tres…, diez grupos, que, llegando a la base del cerro, se quedaban apegados a la tierra.

—Que los eliminen los cañones de bronce —ordenó a su ayudante.

El teniente Argomedo llamaba ya al capitán Pablo Urízar para transmitirle la orden, cuando la sospecha comenzó a abrirse paso en el cerebro del mayor Salvo. Sólo ahora reparaba en que no se veía subir a los hombres que componían las guerrillas. Llegaban hasta la base del montículo y desaparecían.

—¡Por todos los diablos, ayudante! —exclamó—. ¡Aquí, a nuestro costado, existe una hendedura del terreno y los peruanos se están escondiendo en ella! ¡Van a trepar por esta cuchilla! ¡Rápido, que apunten todos los cañones de bronce y la ametralladora hacia el fondo de esta depresión!

El ayudante salió a escape hacia donde estaba el capitán Urízar.

—Mi capitán —le transmitió urgente—, apunte todos los cañones de bronce hacia el fondo de esa cuchilla que asciende desde la falda a la cumbre.

El capitán miró hacia el lugar que le indicaba el ayudante y respondió extrañado: —Imposible, teniente Argomedo. Esa franja de terreno, por estar hundida, queda en el ángulo muerto de los cañones. No podemos bajar tanto sus bocas.

De golpe, el ayudante comprendió la habilidad de la maniobra enemiga. Sólo podrían contener a los asaltantes con los fusiles y armas cortas. Y los sirvientes de la batería eran solamente 63.

El mayor Salvo organizó una defensa a la desesperada. Los 63 artilleros tomaron posiciones en una arista que cerraba la cuchilla por su parte más alta y esperaron. Sabían que les era forzoso contener a esos asaltantes; si perdían aquel emplazamiento, los cañones servirían para destrozar por la espalda a sus propios compañeros.

—Hay que resistir hasta que llegue nuestra infantería —advirtió Salvo, en el momento en que empezaban a surgir las cabezas enemigas a unos ochenta metros más abajo—. Disparen eligiendo cada uno un hombre.

La primera ráfaga abatió a los que trepaban adelante. Pero los que lo seguían, cerca ya de dos centenares, abrieron fuego sobre los defensores. Y al mismo tiempo la columna de Buendía, colocada a tiro de fusil aprovechando el silencio de los cañones de la batería, disparaba sobre el pequeño grupo de artilleros.

El teniente Argomedo se arrastró entonces hasta el costado del mayor Salvo.

—Mi mayor —le dijo alarmado—, no previmos esta situación y dimos a los soldados apenas veinte tiros para sus carabinas.

—¿Veinte nada más? No podrán defenderse ni diez minutos —calculó el jefe—. ¿Y cuánta munición hay para la ametralladora?

—Quinientos tiros solamente, señor.

—¡Dios santo! —barbotó el mayor, a tiempo que disparaba su pistola sobre un peruano que había asomado a cincuenta metros. Después se volvió a su ayudante y le preguntó—: ¿Cuál es el batallón de infantería que tenemos más cerca?

—El «Atacama», a nuestra izquierda, mi mayor. Se lo llevaron para proteger a la batería del capitán Montoya.

—¡Corra hasta donde está el comandante Martínez y pídale que me envíe al punto dos compañías de su batallón!

En ese momento el capitán Urízar le advirtió:

—¡Ya suben, mi mayor! ¡Vienen trepando como culebras!

Carabinas y pistolas vomitaron sus proyectiles sobre los asaltantes, conteniendo una vez más su avance. Pero por el llano llegaban otros centenares de enemigos a presionar a los primeros, empujándolos hacia arriba.

—¡Disparen con calma, muchachos! No desperdicien municiones; tenemos que aguantarnos hasta que llegue la infantería —les recomendaba Salvo, pero sabía que aquella resistencia no podría mantenerse muchos minutos más.

Menudeando, los del «Ayacucho» y el «Puno» seguían subiendo. Muchos caían, pero eran más los que llegaban a cubrir los huecos. En un momento de tregua en las descargas, los bolivianos del «Olañeta» y el «Illimani» corrieron cerro arriba y consiguieron establecerse a cincuenta metros bajo la explanada donde estaba la batería. Allí tomaron aliento y se abalanzaron hacia la cumbre.

—¡Fuego! —gritó Salvo, y una descarga abatió a varios de los que avanzaban. Pero enseguida los disparos de los chilenos comenzaron a ralear y pronto sólo algunos tiros dispersos intentaban contener a los asaltantes. El mayor se volvió consternado hacia sus hombres: se les habían acabado las municiones.

—¡Municiones, mi mayor! —gritaron varias voces desde distintos puntos.

—¡Tomen las carabinas por el cañón y dispónganse a reventar cabezas! —les recomendó con rabia, el mayor Salvo—. Pero ninguno abandone su puesto.

Los que disponían aún de algunas balas avanzaron hasta el reborde y siguieron disparando. Pero sólo la ametralladora, manejada por el alférez García Valdivieso, conseguía retardar el asalto final.

—Tendremos que clavar nuestros cañones, mi mayor —vino a decir a Salvo el capitán Urízar, cuando ya los peruanos estaban a no más de treinta metros—. Si nos matan a todos, nadie podrá impedirles que los usen contra nuestros compañeros.

—Sí, los clavaremos, pero en última instancia, Pablo —respondió el jefe de la batería—. No perdamos la esperanza de que lleguen los del «Atacama».

Era una esperanza vana. Los regimientos peruanos que presionaban contra el centro de la línea, o sea, contra la batería del

capitán Montoya, rechazados por los infantes del «4.º de Línea» y del «Coquimbo», desviaban en ese instante su ataque y se precipitaban también hacia la cuchilla que ascendía hasta la batería del mayor Salvo. Este refuerzo decidió a las guerrillas del «Puno», el «Ayacucho», el «Olañeta» y el «Illimani». Abandonando los repliegues en que se mantenían, se abalanzaron hacia arriba.

Justamente entonces el alférez García Valdivieso gritó:

—¡Se acabaron las municiones de la ametralladora, mi mayor!

Salvo paseó una mirada angustiada sobre sus hombres. De los sesenta y tres sirvientes iniciales no quedaban más de cuarenta.

—¡Clave los cañones, capitán Urízar! —ordenó, y se adelantó hasta el reborde, haciendo señas a los artilleros para que se agruparan en torno suyo.

Todos los defensores se extendieron en una línea cerrada frente a los cañones y esperaron, esgrimiendo las carabinas como mazas, a que llegaran los enemigos.

La defensa de la batería fue desesperada. Antes que los rostros de los asaltantes asomaron las bocas de sus fusiles, una descarga echó por tierra a siete u ocho defensores más. Pero el resto de los artilleros cargó con furia sobre los primeros peruanos que desbordaban en la pequeña meseta, empujados por los que venían más atrás. Pese a los feroces cachiporrazos que propinaban, cada uno de los cuales significaba una cabeza reventada, la ola humana envolvió a los chilenos.

En medio de la carnicería, en que los sables silbaban por el aire y las carabinas describían molinetes, el mayor Salvo distinguió al hombre del albornoz blanco que había desencadenado la batalla. Con la espada en alto, se lanzó sobre él. Espinar lo vio venir, y apenas tuvo tiempo de levantar su sable para barajar el golpe. Las armas de los dos jefes chocaron y los golpes se perdieron en el estruendo general.

Los chilenos eran ya sólo un puñado que no tardaría en ser aplastado por la masa humana que iba llenando la meseta. Repentinamente, en los riscos que espaldeaban el emplazamiento de la batería resonó un formidable griterío. Eran los mineros del «Atacama». Saltando por sobre las peñas asomaban en lo alto y se precipitaban como demonios, con las bayonetas frente al pecho.

Los asaltantes alzaron los ojos aterrados, y, antes de que

pudieran apartarse, recibieron la lluvia de hombres que les caían desde tres o cuatro metros de altura. Como cuchillas vivas, los atacameños cosían a los enemigos al suelo.

Durante unos segundos los bolivianos que trepaban detrás contuvieron a los peruanos de la cima; pero pronto todos volvieron las espaldas y se lanzaron cerro abajo, despavoridos. Los atacameños los seguían, arrollándolos como un alud. Eran los de la segunda compañía, mandada por el capitán Vilches, y los de la tercera, por el capitán Ramón Vallejos. Encabezándolos iba el ayudante Cruz Daniel Ramírez.

Mientras las primeras escuadras de la segunda compañía se despeñaban por la ladera, el teniente Torreblanca se detenía junto a los cañones y llamaba a los cinco hermanos del «Atacama»:

—¡Teniente Arce!… ¡Subtenientes Wilson y Blanco! ¡Aquí todos tras mi capitán Vallejos!

Los cinco oficiales, con las espadas tintas en sangre, se echaron cerro abajo al frente de la tercera compañía.

—¡Mírelos usted! Son fieras, mi mayor Salvo —exclamaba el teniente Argomedo, ayudante de la batería, apoyándose en uno de los cañones, debilitado por una honda herida de sable.

Efectivamente, los mineros del «Atacama» llegaban ya a media falda del cerro, haciendo una salvaje mortandad entre los enemigos.

Fue entonces cuando el ayudante del «Atacama», teniente Ramírez, volvió a asomar en el emplazamiento.

—¡Un corneta, mayor Salvo! —gritó—. ¡Un corneta para que toque alto a los del «Atacama»! Si se dejan arrastrar por su ímpetu, allá abajo serán envueltos y destrozados. Vea, hay dos regimientos completos abajo.

El corneta de órdenes de la batería comenzó a tocar «alto» y «replegarse», hasta que consiguió ser oído por los comandantes de las dos compañías de atacameños. El ayudante Ramírez respiró aliviado cuando los vio volver atrás.

—Felicitaré al comandante Martínez, por sus magníficos soldados, teniente Ramírez —le dijo el mayor—. Salvaron nuestras vidas, esta batería y quizás el ejército que ocupa este cerro.

—Nadie puede asegurar nada, todavía, mi mayor —observó el ayudante—. Vea cómo se reconcentran los enemigos en el llano.

Efectivamente, los cuatro regimientos asaltantes volvían a

cohesionarse, exigidos por el general Villegas. El coronel Suárez, que había desistido de su ataque contra el centro de las posiciones del cerro, les enviaba como refuerzo al batallón paceño «Dalence». Aceleradamente, los cinco cuerpos se reorganizaban y avanzaban hacia la depresión, punto vulnerable de la defensa chilena.

Los atacameños regresaban junto a la batería, animosos y alegres.

—Y *hei* íbamos corriendo los dos —narraba el corneta Román a uno de sus camaradas—: y yo le gri…, este que…, le gritaba de atrás: ¡Có… córrele, cholito, que te pincho el tam… tambembe! Y le pegaba su bayonetacito.

Junto con las carcajadas de los que celebraban al ordenanza de Torreblanca, se alzaba la voz del cabo Galleguillos entonando el himno del «Atacama»:

En marcha, atacameños,
al puesto del deber.
Soldados de la patria,
a morir o a vencer.

Algunos comenzaban a corearlo, cuando una descarga de centenares de fusiles picoteó el cerro.

—¡Al suelo! ¡Parapetarse tras los riscos! —ordenó el capitán Vallejos.

Los cinco batallones enemigos se acercaban a la falda del cerro y tomaban las disposiciones para escalarlo.

—Capitán Vallejos —dijo el ayudante Ramírez al comandante de la tercera compañía—, tome usted el mando; yo corro a advertir a mi comandante Martínez que los enemigos se han concentrado para ascender por aquí.

No había terminado de desaparecer, cuando resonó el conocido toque de corneta que usaban los peruanos para lanzarse a la carga.

Los regimientos, bajo las órdenes del general Buendía, seguían haciendo fuego para proteger el ascenso de los asaltantes.

Rafael Torreblanca, que se había arrastrado hasta el borde de la explanada, gritó al capitán Vallejos:

—¡Son como mil quinientos los que suben ahora, Ramón!

—¡Vamos a disparar hasta que los tengamos a veinte metros! —instruyó Vallejos a los hombres de las dos compañías—. Entonces

calamos bayoneta y adelante, a degüello. ¿Comprendido?

Los mineros hacían fuego con calma.

—*Emprésteme* un lápiz, mi te… mi teniente —pidió Román a Torreblanca.

—¿Para qué lo quieres?

—*Pa* anotar en la culata los cholos que volteo, mi teniente.

Los enemigos estaban ya en mitad de la ladera. Los oficiales atacameños comprendían lo difícil de la situación. Eran doscientos cincuenta contra mil quinientos. Cuando los asaltantes estuvieron más cerca, apresuraron las descargas. Era ingenuo pensar en contenerlos, pero el capitán Vallejos sabía que el fuego que les hacían desde el llano tendría que suspenderse cuando los atacantes se aproximaran a la explanada; de lo contrario, los soldados de Buendía matarían a sus propios compañeros; y aquel momento era el que esperaba. Esto se produjo repentinamente. La fusilería se calló de golpe. Sin mirar, Vallejos supo que los asaltantes estaban ya casi debajo de ellos. Levantándose, alzó el sable y gritó:

—¡A degüello, hijos de Atacama!… ¡A degüello!

Los doscientos cincuenta mineros se derramaron cerro abajo como un torrente. Su choque contra los soldados del «Puno» y el «Ayacucho» fue sorpresivo y brutal. Sus bayonetas se hundían una y otra vez. Rugiendo como fieras, arrollaron a los soldados enemigos echándolos a rodar cerro abajo. Pero en el llano, la línea aliada que disparaba contuvo la fuga y los batallones volvieron a organizarse. La tercera embestida fue realizada por todas las fuerzas del sector, apoyadas por las baterías peruanas emplazadas en la oficina Porvenir. Los mineros, que habían regresado a la plazoleta, se tumbaron tras los riscos, jadeantes. Uno de ellos sacó su cantimplora y bebió un largo trago de aguardiente. Inmediatamente otros lo imitaron. El cabo Galleguillos descubrió un saquete de pólvora y preparó en su jarro la enloquecedora «chupilca del diablo». Como fieras sedientas, sus compañeros se agruparon en torno suyo:

—¡A mí, mi cabo!… ¡Écheme un trago en mi jarra, mi cabo!

Los oficiales no intervinieron. Sabían el efecto que aquella bebida operaba en los hombres, pero comprendían que si no llegaban refuerzos muy pronto, iban a tener que defenderse como fieras acorraladas.

—¡Déjalos, Torreblanca! —murmuró el capitán Vallejos, observando que éste iba a impedirles seguir bebiendo.

La tercera embestida se preparaba ya. Las tropas aliadas habían comenzado a trepar el cerro nuevamente y la artillería y la fusilería aliadas concentraban sus fuegos sobre la batería del mayor Salvo.

—¡Ya vienen, Rafael! —exclamó el capitán Vallejos—. Toma tú el mando de la compañía de Vilches, que está herido; yo guiaré a la tercera. ¡Arce, ven conmigo! ¡Y ustedes, subtenientes Wilson y Blanco, sigan a Torreblanca!

Los cinco hermanos del «Atacama» se agruparon en el borde de la explanada. Los enemigos venían ya a mitad de la ladera, y a gritos, se alentaban para terminar la repechada.

—¡Atención, atacameños! —vociferó Vallejos—. ¡Fusilarlos hasta que estén a cincuenta metros, y después calar bayonetas y a degüello!

—¡Que vengan! —rugían los mineros, enardecidos por la «chupilca del diablo».

—¡Muchachos! —trató de hacerse oír el capitán Vallejos—, si ésos llegan hasta aquí, está perdido nuestro ejército, ¿comprenden?

Los aliados estaban ya tan cerca, que sus gritos y voces se oían tan fuertes como los de los mineros.

—¡Corneta, a degüello! —gritó por última vez el capitán y, poniéndose de pie con la espada en alto, saltó desde el reborde de la plazoleta hacia abajo.

—¡A degüelloooo!… —corearon, en un rugido, los mineros, y saltaron por la angosta cuchilla. Pero su pequeño número era como una gota de agua en el mar. La columna chilena se incrustó en la masa enemiga que subía, y durante unos minutos aquello fue un caos, un bosque de brazos y cuchillas que daba golpes mortales, tajos que abrían los cuerpos de arriba abajo.

Pero pronto los flancos de los asaltantes se cerraron como tentáculos y los doscientos cincuenta atacameños desaparecieron dentro del torbellino de uniformes amarillos y verdes.

El mayor Salvo, que observaba la lucha desde el emplazamiento de sus cañones, no pudo mantenerse como espectador y reunió a los 32 sobrevivientes de su batería para arrojarse en medio de la carnicería. Iba a realizarlo, cuando por la derecha de la cumbre se despeñó un torrente de uniformes azules. Eran la primera y la

cuarta compañía del «Atacama» y una compañía de su gemelo, el batallón «Coquimbo». Pasaron junto a los artilleros como una estampida de potros y desbordaron cerro abajo.

El comandante Juan Martínez iba gritando, enronquecido.

—¡Adelante, atacameños! ¡No dejen a ninguno vivo! ¡Vuestro comandante va con vosotros!…

—¡Yo también voy, comandante! —aulló el mayor Salvo y corrió a emparejarse con el jefe del «Atacama».

Quince minutos duró la refriega. Los mil del «Atacama» y el «Coquimbo» chocaron contra los cinco batallones enemigos y los pisotearon. La hondonada que había servido de pasadizo a los asaltantes quedó pavimentada de sangre y miembros mutilados.

Después de una resistencia esforzada, el pánico prendió en las columnas
perú-bolivianas.
Soldados y oficiales se echaron a rodar hasta el llano, atropellaron a las guerrillas del «Puno» y del «Lima» y las arrastraron con ellos hasta más allá del pozo de Porvenir.

Las alas del ejército aliado, mandadas por Buendía y Villamil, al contemplar la espantosa matanza y el desbande posterior, emprendieron también una incontrolada retirada, sin oír a sus jefes.

Cuando los atacameños detuvieron su carrera, la artillería chilena volvió a intervenir, destrozando los grupos enemigos que se alejaban despavoridos por la pampa.

El espectáculo de la base del cerro Dolores era espeluznante. En una pequeña arruga del terreno se veía un hacinamiento de cuerpos destrozados: siete atacameños y siete soldados del «Ayacucho» ensartados mutuamente en sus bayonetas. Cosido a la tierra por la garganta yacía un soldado boliviano. La cuchilla de la bayoneta se había quebrado, y, caído junto a ella, con dos balas en el vientre, estaba su dueño, un atacameño de la tercera compañía. Los muertos y los heridos se diseminaban por todo el contorno.

El mayor Salvo había cumplido también su propósito. Jadeando penosamente, se mantenía junto a un cadáver envuelto en un albornoz blanco. Era el teniente coronel movilizado Ladislao Espinar.

—Guarde usted los efectos personales de ese teniente coronel —dijo gravemente el comandante Juan Martínez—. Los entregaremos

a la familia del extinto cuando entremos en Lima.

La artillería dejó, por fin de tronar, y se procedió a recoger a los heridos y a hacer el recuento de los muertos. Ochenta y dos soldados no respondieron a la lista, entre los oficiales, tres: el capitán Ramón Vallejos y los subtenientes José Vicente Blanco y Andrés Wilson.

—Murieron al mismo tiempo, tratado de ayudarse —informó el ayudante Argomedo, consternado.

—¡Tres de los cinco «hermanos» del «Atacama»! —balbuceó el comandante Martínez, y, paseando una mirada ansiosa por las filas, preguntó—: ¿Y los otros dos, el teniente Moisés Arce y el subteniente Torreblanca?… No los veo frente a sus compañías. Los cinco andaban siempre juntos.

El ayudante le mostró un punto en la planicie. A unos doscientos metros se divisaba a dos hombres inclinados sobre unos cuerpos caídos.

—Fueron a buscar los cadáveres de sus compañeros, mi comandante; les limpiaron los rostros… Y allí están mirándolos…, como si no pudieran creer que están muertos.

Un pitazo hizo volver la cabeza a todos. Dos trenes entraban ruidosamente en la estación de Dolores y se detenían junto al pozo. En ellos llegaba el general Escala con parte de la división de Pisagua.

El comandante Martínez entregó el mando del «Atacama» al capitán Juan Fontanes y corrió a unirse al grupo de jefes que había bajado para informar al comandante en jefe del ejército.

Escala recibió el parte de la batalla de labios del coronel Sotomayor, quien concluyó:

—La caballería enemiga arrancó por la Pampa del Tamarugal hacia el nordeste; va hacia Tarapacá. Y la infantería, destrozada por el «Atacama» y el «Coquimbo», se retiró hacia más allá de la oficina de Porvenir. Han emplazado las doce baterías de que disponen frente a esa oficina. Las tropas están parapetadas detrás de las barracas y las casas.

—Seguramente se reorganizan para repetir el ataque mañana —discurrió el comandante en jefe, y con este pensamiento se dirigió al telégrafo de campaña y estableció contacto con el ministro Sotomayor. Después de informarle brevemente de los resultados de

la batalla de Dolores, le pidió enviara cuanto antes al regimiento «Esmeralda», al que había dejado de guarnición en Pisagua. Consideraba que en la batalla que se había empeñado en creer se daría al día siguiente iba a necesitar la bravura de aquel regimiento aún intacto.

El ministro fue despertado a medianoche por el telegrafista de guardia. Después de leer el parte con profunda atención, comentó con el soldado:

—Me pide el general que le envíe al momento el regimiento «Esmeralda».

—Yo mismo puedo llevar la orden, señor ministro —ofreció el telegrafista.

—No. Espere.

El ministro comenzó a pasearse y sólo después de un par de minutos se detuvo frente al telegrafista.

—¿Conoce alguien más el contenido de este telegrama? —le inquirió gravemente.

—No, señor; mi compañero de guardia dormía cuando llegó.

—Pues bien, escúcheme. Nadie debe saber el contenido de este telegrama. ¿Me comprende? ¡Nadie!

—Sí, señor —repuso el telegrafista, asustado.

—Bien —terminó Sotomayor, y pasando a otra cosa, le preguntó —: ¿A qué horas llegará el regimiento «Santiago» a Pisagua, según el aviso que enviaron desde Antofagasta, soldado?

—En la madrugada, señor.

—Hum —asintió el ministro, y, siguiendo el hilo de su pensamiento, agregó en voz baja—: Ese regimiento pasará del barco que lo trae al tren que lo llevará a Dolores.

El telegrafista abrió los ojos asombrado:

—El telegrama de mi general Escala dice que le mande al «Esmeralda», señor…

—¡Ése no es asunto suyo, soldado! —lo acalló el ministro secamente—. El «Esmeralda» quedará en Pisagua. Puede retirarse.

En el «Esmeralda» formaban un hijo y un sobrino del presidente de la república. El ministro, cegado por un aturdimiento momentáneo, del que después habría de arrepentirse, no quiso exponerlos al peligro de la batalla que se creía habría de darse al día siguiente en Dolores. Por ello desoyó la petición del general

Escala y envió al «Santiago», privando una vez más a los esmeraldinos de la oportunidad que tanto anhelaban.

Recién había clareado cuando el coronel Emilio Sotomayor se introdujo como un bólido en la tienda en que dormía el general Escala.

—¡Mi general! —lo despertó.

—¿Qué pasa, coronel? —saltó el comandante en jefe, alarmado.

—Acaba de regresar una partida de exploradores con una noticia abismante.

—¿Qué? ¿Atacan ya?

—Todo lo contrario, mi general; las tropas enemigas se han hecho humo.

Escala se quedó mirando a su subalterno con expresión de absoluta perplejidad.

—Emprendieron la retirada durante la noche y dejaron la oficina de Porvenir convertida en hospital de sangre —aclaró éste—. Mis hombres han apresado allí a muchos altos jefes heridos.

—¿Y el ejército aliado adonde se ha ido?

El coronel abrió la entrada de la tienda, y, alargándole un par de anteojos de campaña, le indicó el nordeste.

—Mire hacia allá, mi general —dijo, mostrándole una lejana nube de polvo.

El comandante en jefe observó en la dirección señalada.

—Se retiran en completo desorden —comentó, asombrado—. Eso no parece ni remotamente un ejército regular.

—El general boliviano Villegas y el comandante peruano Rafael Ramírez de Arellano, que están heridos en Porvenir, han declarado que el general Buendía y el coronel Belisario Suárez, incapacitados de impedir la deserción y fuga de grandes masas de tropa, especialmente boliviana, emprendieron a medianoche una retirada sin concierto, dejando abandonada toda su artillería, que, como usted puede ver, todavía nos apunta.

—¿Y esas columnas desordenadas que se divisan como a cuatro leguas?

—Son los rezagados que se internan en el desierto…, sin

víveres…, sin agua…, sin jefes. ¡Es un triunfo completo, mi general!

Escala entró en su tienda a colocarse las botas, la guerrera y el capote. Minutos después volvía a salir y decía al coronel:

—¡Vamos a Porvenir, Sotomayor! Quiero hablar con los prisioneros.

El cruce desde el pozo de Dolores hasta la oficina de Porvenir les fue mostrando el macabro resultado de la batalla del día anterior.

—Esto no es nada comparado con los montones de muertos que dejaron los enemigos tendidos en filas detrás de las barracas de Porvenir —iba advirtiendo Sotomayor a su jefe cuando llegaron al extremo del que había sido el campo de batalla, donde se alzaba una casucha, junto a la línea férrea. Era una casa de bombas para extraer aguas subterráneas. Veinte pasos más hacia el sur, tres hombres permanecían junto a tres túmulos.

—¿Qué hacen esos dos oficiales y ese soldado? —consultó el general, cuando se aproximaban.

—Parece que acaban de enterrar unos muertos, mi general.

El comandante en jefe guió su caballo hacia ellos.

Los tres militares se volvieron y cuadraron rígidamente, llevando sus diestras al quepis.

—¡A discreción, muchachos! —les dijo bondadosamente el general. Luego, mirando los túmulos, preguntó—: ¿Eran compañeros vuestros?

—Sí, mi general —respondió Rafael Torreblanca—. Éramos cinco; seis con mi ordenanza. Nos habíamos prometido pelear juntos y caer juntos, si así lo exigía el destino. Pero… les fallamos. Murieron ellos tres y nosotros hemos quedado vivos.

El general Escala se sintió contagiado por el pesar de aquellos tres hombres.

—¿Quiénes eran ellos, teniente? —preguntó a Torreblanca.

—Mi capitán Ramón Vallejos y los subtenientes Andrés Wilson y José Vicente Blanco. Les he escrito un epitafio que iba a colocar en este momento en la cruz del capitán. ¿Tendrían ustedes a bien solemnizar con vuestras presencias este sencillo homenaje? Será como si los despidiera el ejército en su totalidad.

—Nos honrará, teniente —respondió emocionado el general y desmontó, imitado por el coronel Sotomayor y sus respectivos ayudantes.

Todos se cuadraron junto a los tres túmulos y esperaron a que Torreblanca terminara de escribir su epitafio.

Cuando terminó de hacerlo, retrocedió, y, cuadrándose también, leyó lo escrito:

Cayeron entre el humo del combate,
víctimas del deber y del honor.
Denodados y heroicos, compañeros,
valientes de Atacama, adiós…, adiós.

La brisa de la madrugada silbaba quedamente sobre la arena, trayendo a las mentes de los que asistían a la ceremonia el son de invisibles cornetas en el toque del adiós y del silencio.

14

La batalla del cerro Dolores fue el tercer triunfo chileno en territorio tarapaqueño, pero los jefes del ejército no supieron darse cuenta de la magnitud de la victoria obtenida ni del provecho que podían haber sacado de ella. Cuando a las cinco de la tarde de aquel día, el coronel Sotomayor presenció la dispersión de las tropas enemigas, lejos de dar a sus descansados cuerpos de infantería la esperada orden de lanzarse a la carga, los retuvo en torno al cerro. Y al día siguiente, cuando, habiendo tomado ya el mando el general Escala, ambos jefes divisaron la nube de polvo que marcaba la fuga de la columna enemiga por el desierto, a ninguno de los dos se le ocurrió lanzar la caballería a exterminarla o rendirla. De haberlo hecho, tal vez la guerra habría terminado allí mismo.

La retaguardia del ejército en fuga estaba constituida por la división del coronel Suárez. Vagando en círculos, extraviada en la neblina, había pasado seis veces junto al vivac chileno, por el lado opuesto al terraplén de la vía férrea. Sólo al alba, los soldados extenuados consiguieron adentrarse en el desierto, en un desesperado intento de unirse a los 1500 hombres que Buendía había dejado en Iquique.

Por su parte. Buendía, con los componentes de su Estado Mayor, había huido más rápido y esperó a la división del coronel Suárez en un caserío llamado Curaña, situado a tres leguas de Tarapacá.

Los soldados de Suárez llegaron deshechos y se precipitaron sobre las aguas pútridas de un charco que servía de abrevadero.

Buendía soportó incómodo la hosca mirada con que lo enfrentó Suárez al presentarse ante él, y, buscando sacárselo de encima, le ordenó reposar sus tropas en torno al pozo, pues los restos del ejército reiniciarían la marcha cinco horas más tarde.

—¿Cómo? ¿Seguiremos retirándonos? —le reprochó el coronel.

—¿Y qué otra cosa podemos hacer, coronel? —replicó el comandante en jefe, exasperado—. ¿Cree usted que sus hombres están en condiciones de soportar una nueva batalla?

—¡Están así por causa de la traición! —estalló el coronel—. Ese cansancio, ese vencimiento no son más que el producto del abandono en que se les dejó y de la traición de…

—¡Silencio! —lo acalló secamente el general, mirando en torno de ellos. También a él le había llegado la increíble información. Varios oficiales, especialmente los de los batallones que asaltaron la batería del mayor Salvo, juraban que muchos de sus hombres habían caído fusilados por la espalda, muertos por los disparos de los batallones bolivianos que trepaban tras ellos.

Aquella terrible información había hecho recordar a Buendía los rumores que habían corrido sobre las intenciones del general Daza de firmar una paz secreta con Chile. Después de la derrota de Dolores estos comentarios habían tomado nuevo cuerpo y hasta se había llegado a decir que las tropas bolivianas estaban aleccionadas para no combatir con todo su empuje.

Siguiendo este pensamiento, Buendía preguntó a Suárez:

—¿Cuántos bolivianos desertaron de su división?

—Compañías completas, señor —fue la respuesta—; la caballería, casi en su totalidad. Los jinetes se internaron en el desierto. Seguramente se cobijarán en sus sierras y jamás volveremos a verlos.

El general iba a añadir algo a lo aseverado por su subalterno, cuando se dio cuenta de que a pocos pasos de allí estaba el general boliviano Villamil con uno de sus ayudantes. Por la expresión de los dos bolivianos, Buendía adivinó que condenaban aquella retirada.

Efectivamente, así era. Pero los altos jefes bolivianos culpaban a las tropas peruanas de haber atropellado y empujado, en su arrancada del cerro Dolores, a los soldados bolivianos dispuestos a dominar a los chilenos.

—¡Ah, esta alianza no va a durar mucho! —resumió el coronel Suárez, en sordina—. ¿Por qué no combatimos solos los peruanos, señor?

—Bien sabe usted que por el momento no es posible —respondió, fastidiado, el general—. Tendremos que retirarnos

disciplinadamente hasta Arica, y allí, sumando nuestras fuerzas a las de los presidentes Prado y Daza, formaremos una muralla de hierro, contra la cual se estrellarán los chilenos.

—¿Nos retiraremos hasta Arica? —exclamó el coronel—. ¿Abandonaremos todo Tarapacá a los enemigos?…

—Sólo para reorganizarnos y vencerlos. En Arica los destrozaremos y volveremos a ser dueños de este territorio.

—Pero si vamos a Arica, que está al norte, ¿a qué movilizarnos hacia Tarapacá, que está al sur?

—Porque allí está el telégrafo, el único medio para ordenar al coronel De los Ríos que se nos junte en Tarapacá, con los 1500 soldados que dejé guarneciendo Iquique.

El general clavó sus ojos en los del coronel, como conminándolo a no hacer mas comentarios. Pero la expresión de éste le dio a entender que se había dado cuenta de las consecuencias que tendría aquella determinación. Iquique estaba bloqueado por uno de los blindados y una cañonera chilenos.

—Si nos retiramos a Arica, dejando a De los Ríos con sus 1500 hombres en Iquique, los separamos de nosotros para siempre —expresó el general—; los chilenos se interpondrán entre ellos y esta división, y la guarnición de Iquique estará condenada. Y eso no podemos permitirlo. Los 1500 soldados, especialmente las municiones que poseen, nos serán vitales para el muro defensivo que levantaremos en Arica. ¿Comprende usted ahora por qué debemos llevarlos con nosotros?

—Pero… Iquique, general… —tartamudeó Suárez, impresionado.

—Lo lamento —concluyó el comandante en jefe, hurtando el rostro a la mirada condenatoria de su jefe de Estado Mayor—, pero nos vemos forzados a abandonar nuestro puerto en manos del enemigo.

La victoria de Dolores motivó delirante alegría entre los soldados y marinos que permanecían en Pisagua bajo las órdenes del ministro Sotomayor. El 20 de noviembre las callejuelas del puerto y la rampa de la playa se veían repletas. Eran los hombres

del regimiento «Santiago», que acababan de llegar del sur, y que partirían al día siguiente hacia el desierto, acompañados por el ministro, y los del «Esmeralda», que se movían por ellas mohínos e irritados por la inamovilidad a que estaban sometidos.

Aquella noche fue declarada franca para las tropas, y las cantinas, cocinerías y prostíbulos desbordaron de bullicio. Las bandas del «Esmeralda» y de los barcos improvisaban retretas en todas partes.

El ministro Sotomayor bajó a tierra y se instaló con el coronel Amengual en la cafetería de un inglés, frente a la plaza. Estaba contento y su alegría crecía al oír los relatos que el viejo comandante del «Esmeralda» le hacía en su pintoresco lenguaje.

—He tenido que venir desde el cuartel como caballo de carroza, con anteojeras, para no mirar hacia los lados —decía éste, riendo—. Los soldados están esparcidos por todas partes y hacen la fiesta a su modo. En fin, sea por hoy. Se celebra una victoria y muy pronto partirán ellos también a cosechar laureles. ¿No es verdad, ministro?

—Sí, sí, efectivamente —respondió evasivo Sotomayor—. Que se diviertan entretanto…

—¡Vaya si lo hacen, don Rafael! —siguió el comandante—. Cuando pasé frente a la cocinería de un chino, uno de esos boliches que llaman *chifas*, pude ver que un grupo de cabos y sargentos del «Esmeralda» lo habían invadido, convirtiendo la sala de té en cancha de baile.

—¿Bailan sin música y sin mujeres? —inquirió risueño el ministro.

—¿Cree usted que mis niños son tontos, ministro? Tengo en la tercera compañía del primer batallón dos hombres que antes se desprenden de los pantalones que de la guitarra. ¡Hay que oír a ese cabo Cardemil y al soldado Trujillo, señor!…

—Pero ¿no me dirá usted, comandante, que andan trayendo mujeres en cajas también?…

—Sólo porque yo no lo permito —rió el coronel—. Pero aquí, en Pisagua, están todavía las cantineras del «Atacama», del «Coquimbo» y de los batallones movilizados de Antofagasta —agregó con una mueca maliciosa.

—¡Caramba, es cierto! —reconoció el ministro, y añadió sonriendo—: ¡Cuidado con la suerte de sus esmeraldinos,

comandante! Mire que si los atacameños se enteran…

El coronel Amengual respondió con una carcajada orgullosa y se echó al coleto un largo trago de vino.

Arrinconado en un extremo del mesón, Alberto Cobo escuchaba el canto de una cantinera y bebía lentamente, cuando entró al boliche el subteniente Del Solar. Aprovechando que los soldados, por rodear a la cantora, le dejaban vía franca, el otrora diletante aristócrata, ahora un oficial curtido por el sol, fue a detenerse junto al sargento, propinándole una palmada vigorosa en las espaldas.

—¡Otra vez arrinconado como gallo triste! —le reprochó fraternalmente—. Cuando los demás empezamos a divertirnos, tú te enfurruñas y pones cara de piedra.

—¡Hombre, no te preocupes por mí! —sonrió Alberto.

—¿Cómo no me va a preocupar que tú no disfrutes de la fiesta?

—Me alegraré cuando celebremos una victoria nuestra, Del Solar —le replicó Cobo sin entusiasmo—. ¿No te exaspera que mientras los demás regimientos avanzan por la pampa, limpiándola de enemigos, nosotros estemos como señoritos contemplando el mar?

—Vaya, hombre, será por poco tiempo más. Si no nos han llamado, debe ser porque no ha habido una buena oportunidad para nosotros.

Un soldado que estaba semidormido en una mesilla vecina levantó la cabeza y clavó en los esmeraldinos una mirada turbia por la embriaguez.

—¡No habrá habido una buena oportunidad para ellos! —exclamó—. ¡No habrá habido! ¡Ja, ja!…

—¿Conoces a ese pajarraco, Del Solar? —preguntó Alberto.

—Le habré pisado la cola en la boca de una ratonera y no me he dado cuenta —respondió el subteniente, amoscado.

El soldado se puso de pie tambaleándose y dio sobre la mesa un puñetazo.

—Seré ratón —tartajeó furioso—, pero sepan los futres de mierda que por lindos no los quisieron mandar a pelear a Dolores.

Del Solar se volvió y de un salto atrapó al soldado por el pescuezo.

—¡Yo te voy a enseñar respeto a tus superiores, borracho asqueroso! —le dijo, zamarreándolo con ferocidad.

La mesa cayó con gran estrépito de vidrios y, enredados en sus

patas, rodaron también los dos hombres. Pero Del Solar no aflojó su presa y golpeaba ferozmente la nuca de su contendor contra el suelo.

Cobo intentaba separarlos, pero no lo conseguía.

—¡Del Solar, no hagas eso! —gritaba a su amigo—. ¡Suéltalo, hombre!

—¿No oíste lo que dijo este desgraciado? —vociferaba el subteniente, sin interrumpir el castigo.

El soldado no se rendía y, debatiéndose para abofetear el rostro del oficial, insistía:

—Dije que no los mandaron a pelear por lindos y lo repito…, lo repito.

El canto se había interrumpido y varios suboficiales del «Esmeralda» acudieron junto a los contendores. Dos de ellos ayudaron a Cobo y, de un violento tirón, arrancaron al subteniente de encima del borracho.

Al verse libre, el hombre respiró afanosamente y volvió a gritar con furia:

—¡Por lindos! ¡Por lindos!…

Entonces Cobo se agachó y cogiéndolo de la abotonadura de la guerrera lo puso de pie.

—¿Hasta cuándo, desgraciado? —lo amenazó—. ¡O terminas con tu majadería o te deshago la cara aquí mismo!

La expresión amenazante del sargento hizo recuperar algo de lucidez al soldado, quien, sobándose el cuello, insistió tercamente, pero amansado:

—Yo lo sé… Yo estaba presente cuando rechazaron mandar al «Esmeralda» a Dolores.

Una ola de furia colectiva pareció pronta a desencadenarse sobre el hablador. Pero entonces intervino el subteniente Del Solar.

—¿A Dolores? —reflexionó—. Entonces quiere decir que eso ocurrió anteayer o ayer. —Aproximándose al soldado, aún sujeto por Alberto, lo conminó con acento siniestro—: Escucha: o nos aclaras lo que has estado diciendo, o te damos la paliza más sonada de tu vida. ¡Habla! ¿Quién se negó a enviarnos a Dolores? ¡Vamos, habla!

El soldado los vio tan decididos a cumplir la amenaza que se acobardó. Tartamudeando, confesó:

—Yo…, yo recibí el telegrama del general Escala en que pedía al ministro que le mandara al regimiento «Esmeralda» a Dolores. Pero el ministro prefirió enviar al «Santiago».

Un rugido de protestas surgió de entre los esmeraldinos que llenaban la cantina.

—No nos dijeron nada… Nos rechazaron… Nos dejaron aconchados en Pisagua… —reclamaban furiosos y despechados.

—¡Por lindos! —volvió a gritar el telegrafista, gozándose en la exasperación de quienes lo habían maltratado—. Porque en el «Esmeralda» están un hijo y un sobrino del presidente y porque todos los oficiales son pijes.

Un puñetazo de Del Solar le llenó la boca de sangre. Luego fue cogido por los suboficiales y entre golpes lo sacaron a la calle.

Rabiosos por la vergüenza y el desencanto, los esmeraldinos regresaron a su cuartel. En menos de media hora la mala jugada que el ministro había hecho al «Esmeralda» era conocida en todo Pisagua y antes de medianoche el capitán José María Pinto se presentaba pálido y ceñudo ante Rafael Sotomayor.

—Me ha rebajado usted ante los ojos de mis compañeros y de todos los soldados del ejército, señor ministro —lo recriminó ásperamente—. Soy hijo del presidente de la república, sí, pero en los momentos actuales soy, antes que nada, un oficial que ha venido a luchar por su patria.

—José María, le ruego que me escuche —trató de explicarse el ministro, cogido de sorpresa. Pero el capitán no aceptó explicaciones.

—¡Nada tiene usted que decirme, señor! Si no fuese usted mi superior jerárquico y yo pudiese olvidar que es usted el ministro de la Guerra, a mí me correspondería decirle unas cuantas cosas. Pero soy soldado y me callo.

El ministro se levantó. Los ojos autoritarios le brillaron:

—¡Capitán Pinto, le prohíbo emplear ese tono!

—Está bien, señor —acató el hijo del presidente, temblando por el esfuerzo que hacía para controlarse—. Solamente me atendré a pedir a usted en forma oficial que me conceda ser dado de baja en el acto.

El ministro respiró ruidosamente.

—José María… —intentó argumentar con ánimo conciliador.

—Nada, señor —lo atajó el capitán inflexible—. Solicito se me dé de baja. Seguiré luchando por mi cuenta, como civil agregado a cualquier batallón. Lo haré donde nadie pueda privarme de la satisfacción de demostrar mi patriotismo. Eso es todo, señor. Con su permiso.

—Puede retirarse —lo autorizó el ministro con voz ronca y con las mandíbulas rígidas.

Cuando el capitán abandonó la habitación, Sotomayor caminó hasta su escritorio y se apoyó en él. Se sentía corrido, culpable, apesadumbrado, pero al mismo tiempo, ofendido. Había conocido a José María Pinto desde niño, era el hijo de su mejor amigo. Reconocía que había cometido un yerro al privar al «Esmeralda» de su oportunidad, pero su intención era bien inspirada.

Pero aún le quedaba una prueba más dura que soportar: las recriminaciones del coronel Amengual.

El soberbio veterano se presentó en la cámara que ocupaba el ministro en el transporte «Amazonas» a primera hora de la mañana siguiente.

—¡Por lindos, señor ministro; sí, por lindos! —le espetó abruptamente—. Esa es la burla que usted, con su arbitraria medida, ha puesto en boca de todos los soldados de los demás cuerpos.

Sotomayor hizo un esfuerzo para mantenerse sereno.

—Coronel Amengual —dijo fríamente—, ya he debido tolerar el tono altisonante del capitán Pinto, anoche, y lo he perdonado considerando la impetuosidad de la juventud. Pero usted…

—Yo soy un soldado crecido en la disciplina, señor ministro —anticipó el coronel—. Cuando usted aún no nacía, yo ya había hecho mi primera campaña y tenía noción clara de mis deberes y de mis derechos como militar. Ahora usted ha afrentado al regimiento «Esmeralda» y ha cubierto de vergüenza mi corazón de soldado. No nací para comandar un cuerpo de «lindos» en un «paseo» por sitios cercanos al campo de batalla. Si se me quiere reducir a ello, me quiebro, pero no me doblo. Aquí tiene usted mi dimisión como comandante del regimiento «Esmeralda», y aquí mi solicitud para ser dado de baja en el ejército.

Había extraído de un bolsillo los documentos y los depositó sobre el escritorio.

Sotomayor retrocedió un paso, negándose a recibirlos.

—Coronel Amengual —expresó atónito—, no es posible que usted proceda con tanta ligereza.

—En asuntos que conciernen al honor militar soy ligero y de una pieza, señor. Lo dicho: dimito y pido se me dé de baja. Entretanto, solicito su autorización, por ausencia del general en jefe, para retirarme a uno de los barcos surtos en esta bahía. Con su permiso.

Giró sobre sus talones y se encaminó a la puerta. Pero el ministro se irguió enérgicamente y lo atajó, recordándole con autoridad:

—¡Un momento! Aún no le he dado permiso para retirarse, coronel.

El coronel regresó junto al escritorio y se cuadró, manteniéndose rígido e inmóvil, con los ojos fijos en el mamparo del frente.

—He cometido una falta contra el honor del regimiento «Esmeralda», lo reconozco —explicó gravemente Sotomayor—. Pero reclamo que se me crea que lo hice con una buena intención. Presento mis excusas al comandante de ese cuerpo y exijo que se me dé la oportunidad de reparar mi error. Algún medio satisfactorio debe haber. ¿Cuál? ¿Cuál sugiere usted, coronel?

El veterano se mantuvo rígido, sin mirar siquiera a su interlocutor.

—Estoy esperando órdenes del señor ministro —se limitó a responder.

Sotomayor estuvo a punto de perder los estribos. Pero considerando el prestigio del coronel y los moldes en que se habían fraguado sus conceptos del honor, de la jerarquía, de la dignidad militar, volvió a imponerse un freno.

—Pues bien —dijo después de una pausa—, ya que usted no quiere ayudarme, voy a demostrarle que en la opinión del ministro de la Guerra el regimiento «Esmeralda» es tan aguerrido y patriota como el mejor de nuestros batallones de línea. —Volvió a detenerse y, adoptando una actitud solemne, le ordenó—: ¡Comandante Amengual, el regimiento «Esmeralda» debe disponerse a partir, con todo su material de guerra, mañana al amanecer!

—¿Partir? —Aquella palabra obró el milagro de aflojar la rigidez del coronel—. ¿Partir hacia dónde?

—Hacia Iquique. El «Esmeralda» tendrá el honroso privilegio de

ser quien conquiste ese puerto.

—¿Apoderarnos de Iquique? —reflexionó entusiasmado el veterano—. ¡Caramba, ministro, eso sí que vale la pena! ¡A la orden! ¡El «Esmeralda» estará presto a marchar al salir el sol!

Sotomayor rió en su interior al observar la transformación del comandante, pero se cuidó de dejar traslucir su impresión.

—Esos son los hechos, coronel —se limitó a explicarle—. El comandante en jefe acaba de comunicarme que piensa lanzar contra Iquique, por tierra, una división de 3000 hombres que servirá de avanzada al grueso del ejército.

—¿Y el «Esmeralda» irá después que esa avanzada? —protestó el coronel.

—Irá antes, don Santiago. Irá por mar. Embarcará mañana en el *Abtao*. ¿Alguna objeción o consulta, coronel?

—Ninguna, señor. El «Esmeralda» estará a bordo del *Abtao* mañana al alba.

El ministro suspiró aliviado.

—Bien. Puede usted retirarse, coronel.

El viejo comandante se cuadró haciendo sonar sus espolines, y dio media vuelta para marcharse. Pero antes de hacerlo, recogió de un manotón su dimisión y su solicitud de baja, murmurando un seco:

—Con permiso.

Y estrujando los papeles en su mano izquierda, abandonó la cámara con presurosas zancadas.

Acicateados por los rugidos del comandante Amengual, los soldados del «Esmeralda» embarcaron aceleradamente en dos transportes surtos en la bahía de Pisagua, antes del amanecer del 23 de noviembre. El imponente manco, su plana mayor, la banda de músicos y el primer batallón se ubicaron en el *Itata*, mientras el segundo batallón lo hacía en el *Abtao*.

La perspectiva de ser los privilegiados que cumplieran la honrosa misión de conquistar Iquique, aceleraba la sangre de los soldados del «regimiento de los pijes». Todos los ojos se enfocaban en la playa y en el cuartel general, de donde debía aparecer el

ministro con las instrucciones definitivas. Pero éste no se hacía presente.

Consumido por la impaciencia, Amengual mandó a averiguar el paradero del representante del Gobierno. Éste había partido durante la noche hacia el campamento de Dolores, advirtiendo que regresaría al alba. Esa información tranquilizó a los hombres del «Esmeralda».

Factores imprevistos habían retrasado al ministro. Habiendo llegado pasada la medianoche al campamento de Dolores, se encerró con el general Escala en la casucha que le servía de alojamiento y allí discutieron largamente, hasta las primeras horas de la madrugada.

Escala sostuvo que era preciso proseguir inmediatamente la campaña, avanzando con una división de 3000 hombres sobre Iquique.

El ministro, aunque de acuerdo con el general, se detenía ante la dificultad de avituallar a esa tropa y a sus animales en medio del desierto que separa Agua Santa de Pozo Almonte.

—Ya sé que todo debe ser transportado por el mismo ejército —reconoció el general—. Pero es el momento propicio para completar la ocupación de Tarapacá. Las tropas aliadas vencidas en Dolores no se detendrán en su retirada hasta que se encuentren con las tropas bolivianas que trae desde Tacna el general Daza. Entonces regresarán unidos a repelernos; y la guarnición de Iquique se plegará a esta operación, buscando cogernos entre dos fuegos. Es, pues, forzoso atacar ahora a Iquique.

El ministro coincidía con el general, con razones aún más valederas, ya que poseía antecedentes que Escala desconocía. Un día antes de la batalla de Dolores, el comandante en jefe de la escuadra, comodoro Galvarino Riveros, había capturado la corbeta peruana *Pilcomayo*, a la que llevó hasta Pisagua. El comodoro llevaba consigo una nota del comandante Juan José Latorre, en la que éste, que bloqueaba Iquique con el *Cochrane* y la *Covadonga*, participaba al ministro el número de soldados y baterías que había dejado el general Buendía para defender el puerto.

—¿Cuántos, ministro? —inquirió ansiosamente Escala.

—Mil quinientos soldados, bajo las órdenes del coronel José Miguel de los Ríos, y cuatro cañones emplazados en los fortines del

Molle y el Colorado.

—¿Mil quinientos soldados, nada más? —exclamó alegremente el general—. Pues, con dos mil de los nuestros nos apoderaremos de Iquique en un santiamén.

—Fue lo que pensé cuando recibí la nota de Latorre —confesó el ministro—, pero contuvo mi impaciencia la convicción de que era insensata tal operación sin un servicio de abastecimiento que garantizara a la tropa agua, alimento y forraje para sus bestias en mitad de la pampa. Por eso le pedí que no pusiera en marcha esos tres mil hombres que quería enviar usted hacia el sur, hasta que discutiéramos el asunto del avituallamiento.

—De acuerdo, de acuerdo. Haga usted, entonces, que me envíen víveres, forraje y municiones para tres mil hombres, y pasado mañana cruzo hasta Pozo Almonte y me apodero del puerto.

—General Escala, permítame proponerle dividir el avance en dos ramas —sugirió Sotomayor, y, como viera que el comandante en jefe enarcaba las cejas, se apresuró a explicarle—: Tenemos en Pisagua dos transportes llenos de soldados, con todos los elementos necesarios para atacar Iquique por mar.

Escala se rascó la barba, meditabundo. Un ataque combinado por mar y tierra no amagaría su derecho a la gloria de conquistar Iquique. Pero aún le quedaba un recelo.

—¿Qué cuerpo ha hecho embarcar usted, ministro? —preguntó.

—El regimiento «Esmeralda».

—¡Ah, el manco Amengual, mi viejo camarada de campañas! —gruñó el general, satisfecho—. Perfecto, ministro.

Eran casi las cinco de la madrugada cuando Sotomayor se encaminó, por entre las fogatas del vivac, hacia la locomotora que lo aguardaba en la pequeña estación. El ministro se marchaba distraído, echando cuentas de lo que tendría que andar el general Escala, cuando un hombre avanzó hacia él. Sobresaltado por su brusca aparición, tardó en reconocerlo, y éste tuvo que identificarse.

—Buenas noches, don Rafael. Soy José Francisco Vergara.

—¡Hombre! ¡Qué gusto me da encontrarlo, comandante!

—También es un placer para mí, ministro —afirmó el aparecido —. Esperaba su visita desde hace varios días, y esta noche, al enterarme de que estaba usted con el general Escala, me he venido

a aguardarlo.

Sotomayor olió que el comandante no se había mantenido en vigilia simplemente por saludarlo.

—¿Tiene usted algo especial que decirme? —indagó.

—Sí, señor, algo muy difícil de explicar —admitió Vergara.

Pero en lugar de expresarlo al momento, recurrió nerviosamente a un cigarro, que se demoró en encender.

—Usted sabe que nunca me voy por las ramas —dijo al fin— y que detesto los chismes de cuartel.

—¿Qué marcha mal, comandante Vergara? —lo animó el ministro.

—Su hermano, señor, el coronel Emilio Sotomayor.

El delegado del Gobierno frunció las cejas.

—¿Qué pasa con mi hermano? —inquirió.

—Que se ha granjeado la malquerencia de casi todos los jefes de este campamento, por haber expuesto, con su testarudez, la vida de los soldados.

—Comandante, preferiría que esos cargos los hiciera usted en presencia de Emilio.

—No hay temor, señor. Pero escúchelos usted primero, porque la violencia de su hermano y mi propia ligereza de genio le impedirán conocer con claridad los antecedentes.

—¿A tanto ha llegado la antipatía entre ustedes dos?

—Su hermano no la oculta y no sabe referirse a mí si no es aplicándome el epíteto de «cucalón» —dijo Vergara—. Todo viene de las horas anteriores a la batalla de Dolores. Él se empeñaba en dar la carga en campo abierto, sobre la llanura de Santa Catalina, y todos comprendieron que era llevar la tropa al matadero. Tuve que convencerlo de que cambiara los planes y parapetara los batallones en este cerro, y para ello me vi obligado a tratarlo duramente.

—Algo de eso llegó a mis oídos en Pisagua —reconoció apesarado el ministro.

—Pues bien —prosiguió el comandante—, el coronel Sotomayor no me ha perdonado que el plan sugerido por mí fuese exitoso. El caso es, ministro, que si esta inquina me afectara sólo a mí, no le daría importancia, pero, desdichadamente, las consecuencias de esta querella alcanzan a la oficialidad y a la tropa, que toman partido por él o por mí, y la disciplina del campamento se

quebranta a ojos vistas.

—¿Y qué actuación espera usted de mi parte, comandante? —preguntó Sotomayor.

El coronel de milicias se quedó callado un momento. Luego declaró con franqueza:

—Creo que este conflicto tiene sólo dos soluciones. O me separa a mí de las filas…, o es a su hermano a quien hace retirarse de ellas.

Volvía a hacerse presente el eterno conflicto: la animadversión entre los jefes del ejército de línea y los jefes de batallones movilizados.

El ministro estaba en situación de juzgar la profundidad de esa querella: él mismo era considerado un «cucalón» entrometido en la dirección de la guerra. Esta amarga experiencia le dio la calma suficiente para asegurar al comandante:

—Conversaré con Emilio. Luego tomaré antecedentes entre los jefes y oficiales, consultaré con el comandante en jefe. Pero advierto a usted que decídase lo que se decidiere, pasado mañana nos lanzaremos a la conquista de Iquique, y ustedes tendrán que cumplir con sus deberes militares con absoluta lealtad el uno para con el otro; y aquel que así no lo hiciere, será sometido a consejo de guerra y juzgado como traidor a la patria. ¿Entendido?

El ministro dio media vuelta, y volvió a introducirse en el campamento. Aunque aquello demorara en unas horas más su regreso a Pisagua, estaba decidido a dejarlo remediado sobre la marcha.

Entretanto, en Iquique se precipitaban extraños sucesos. Esa misma tarde del 22 de noviembre, un mensajero del cuartel general del Molle golpeaba impaciente la puerta de la residencia del cónsul de los Estados Unidos, señor John W. Merriam, decano del cuerpo consular.

Ante el asombrado portero, el emisario militar vertió su mensaje:

—El señor comandante militar de esta plaza, coronel José Miguel de los Ríos, ruega al señor cónsul de los Estados Unidos que se sirva reunir apresuradamente a todos los cónsules y vicecónsules

radicados en este puerto. El señor coronel De los Ríos se presentará ante el cuerpo consular dentro de una hora más.

Efectivamente, a las ocho en punto se hizo presente el jefe militar peruano. Vestía uniforme de campaña, y en la grupa de su caballo se veía su equipaje de viaje completo.

Todo el cuerpo consular lo esperaba. Además de Merriam, estaban el doctor Hugo Rossi, cónsul de Italia; Mauricio Jewel, vicecónsul británico; Marcos Aguirre, cónsul de Ecuador y encargado de negocios de Argentina; Corssen, cónsul de Alemania; Hermann Schmidt, cónsul de
Austria-Hungría,
y Edouard de Lapeyrouse, vicecónsul de Francia.

El coronel les agradeció brevemente por haber concurrido a su llamado, y sin mayores preámbulos, les reveló:

—Caballeros, al mediodía he recibido orden del general Juan Buendía, comandante en jefe de los ejércitos de la alianza, de evacuar al momento esta plaza, y marchar con mis tropas a reunirme con el ejército que se encuentra en viaje hacia Arica.

Los cónsules y vicecónsules se miraron unos a otros, sorprendidos.

—¿Y quiénes quedarán para proteger Iquique, coronel? —preguntó el representante de Estados Unidos.

—Nadie, señores.

—¿Nadie?… ¿Ninguna tropa?… ¿No habrá guardias siquiera?… —indagaron atolondradamente los presentes.

—Ninguna tropa, ninguna guardia —afirmó fríamente el coronel —. Las órdenes que he recibido son terminantes. Por esta razón he solicitado esta entrevista con ustedes, caballeros.

Los representantes extranjeros volvieron a mirarse y consultarse, cada vez más aturdidos.

—¿Debemos entender que busca usted dejar la ciudad encargada a nosotros, coronel? —preguntó Lapeyrouse, muy inquieto.

—¿Quién podría proteger los intereses de vuestros connacionales mejor que vosotros mismos, señores? —se limitó a responder el coronel, y como las protestas se alzaran, las acalló—: Caballeros, la situación es ésta: ¡debo dejar el puerto dentro de media hora! He ordenado que arrojen al mar todas las armas que no podamos transportar, e igualmente se destruirán las bodegas con víveres para

el ejército.

—¿Destruir los víveres? ¡Eso no es propio de un ejército civilizado! —intentó oponer Merriam, pero el coronel no lo dejó seguir.

—¡Se hará así, señor Merriam! —reafirmó—. Se está haciendo ya. Pero lo que quiero que ustedes sepan es que en la cárcel pública quedan criminales que tienen que ser custodiados, y que junto a la plaza acaba de ser trasladado el hospital militar que estaba en lo alto del Molle. Sus heridos y enfermos deben ser cuidados.

La idea de que iban a tener que preocuparse de la vigilancia de los criminales, del cuidado de los heridos y de los enfermos, terminó por espantar a los representantes extranjeros. Y, como si esto fuera poco, comenzaron a oírse gritos en las calles. Varios de los cónsules se precipitaron a las ventanas.

—Es el pueblo que se ha dado cuenta de la marcha de las tropas, y se asusta —explicó el jefe de la guarnición militar, y los llamó a su lado—: Señores, atiéndanme, por favor, que ya debo partir. En una barraca de la aduana, detrás de la prefectura, están encerrados los cuarenta y nueve prisioneros de la corbeta *Esmeralda*. Esos hombres quedarán sin vigilancia.

—¿Los chilenos quedarán en libertad? —exclamó el cónsul italiano—. Se vengarán ferozmente de todos los padecimientos que han sufrido en este puerto.

—Caballeros, estoy dando cuenta a ustedes de hechos que quedarán irremediablemente consumados —insistió con irritación De los Ríos—. Ustedes deberán buscar la solución que les parezca mejor. Las tropas peruanas abandonarán Iquique, y creo que todos los peruanos harán lo mismo. Yo sólo puedo cooperar a lo que ustedes hagan, dejándoles cierta cantidad de dinero para el hospital y la cárcel. Nada más. La ciudad queda en vuestras manos. Adiós, señores.

El coronel hizo una leve inclinación de cabeza y se encaminó rápidamente hacia la salida.

—¡Coronel, no puede usted marcharse así! —trató de detenerlo el cónsul francés, pero sólo le respondió el golpe con que se cerró la puerta.

—¡En soberbio lío estamos! —masculló Lapeyrouse.

—¿Se dan cuenta?… ¿Se dan cuenta de nuestra situación? —

tartamudeaba el cónsul norteamericano, sin pretender que le respondieran.

El primero en pensar atinadamente fue el cónsul británico.

—Hay que proceder rápido, señores —determinó—. Tenemos que actuar con celeridad o esta noche la turba se entregará al saqueo. Lo primero será convocar a una reunión inmediata a todas las autoridades civiles que permanezcan en el puerto. Espérenme ustedes aquí; yo iré a citar, en primer término, al prefecto, señor Ramón López Lavalle.

Que uno de ellos procediera a tomar la iniciativa, trajo algo de tranquilidad a los demás representantes. Fumando, bebiendo, o simplemente paseándose, esperaron el regreso de Jewel.

Este demoró media hora en retornar.

—Todas las autoridades civiles huyeron, señores —declaró desde la puerta de la oficina—. Salvo el capitán del puerto, don Antonio de la Guerra, todos los demás abandonaron Iquique. Muchos se han refugiado en los barcos cargadores de salitre en espera de los vapores de la carrera; otros han preferido internarse en la pampa a pie o en mula, en un intento de seguir al coronel De los Ríos.

—¿Y el prefecto López Lavalle? —preguntó nerviosamente Rossi.

—Fue el primero en huir. Se encuentra ya en un velero alemán.

—¿De modo que tendremos que afrontar solos la situación? —recapacitó el cónsul de Estados Unidos.

Un silencio pesado siguió a la reflexión de Merriam.

—El pueblo está sin vigilancia —comentó el cónsul británico—. Grupos de chinos y de cholos comienzan a desmandarse. Mientras regresaba, pude enterarme de que ya habían asaltado la vinería del italiano Cateti.

El doctor Hugo Rossi, representante de Italia, se estremeció.

—Señores, tenemos que tomar medidas inmediatas, o esta noche la chusma saqueará e incendiará el puerto —dijo con tono suplicante, dirigiéndose al cónsul de Estados Unidos.

—Desde luego intentarán dar muerte a los prisioneros chilenos —razonó éste.

—Eso mismo piensan ellos —expresó Jewel—. Pasé a verlos. Están fortificados dentro de la barraca que les servía de celda. Se han armado de garrotes y algunas bayonetas viejas, y me advirtieron que se defenderían.

Volvieron a oírse gritos enardecidos, provenientes de algún lugar del puerto.

—¿Cuántos son los prisioneros chilenos? —preguntó nerviosamente Merriam.

—Un ciento. Cuarenta y nueve marineros de la *Esmeralda*, un grupo de «Cazadores del Desierto», y otros hombres aprisionados bajo la acusación de espías. Afortunadamente, a los oficiales de la corbeta hundida los trasladaron hace algunos meses a la aldea de Tarma, en la sierra peruana —explicó Jewel.

Volvieron sumirse en un tétrico silencio. Entretanto, había obscurecido ya totalmente y las voces en las calles eran más y más frecuentes.

En un momento en que llegaron claramente hasta la habitación los alaridos desesperados de una o dos mujeres, el cónsul de Francia se puso de pie y comenzó a hablar, histérico:

—Tenemos que organizar en el acto un cuerpo armado que actúe como gendarmería. Podemos pedir ayuda a los salitreros neutrales…

—¿Y de dónde sacaríamos gendarmes para ese cuerpo? —lo interrumpió Rossi.

—Podríamos echar mano de los empleados de las salitreras, de los domésticos de nuestras propias casas, de…

—¡Señores, estamos discutiendo una tontería! —irrumpió malhumorado, el cónsul de Estados Unidos—. Todos sabemos que Iquique tiene que ser ocupado por la marinería chilena. ¿A qué hacernos los ciegos? Ahí en la bahía hay dos barcos de guerra repletos de marineros y soldados chilenos. En cuanto se enteren de que se han marchado los aliados, desembarcarán. ¿Por qué no entregarles el puerto desde luego y hacer que ellos lo protejan?

La proposición del estadounidense hizo saltar a varios de los cónsules.

—¿Ellos…, los malvados chilenos, proteger este puerto? —exclamó Lapeyrouse—. ¡Oh, lo despedazarán…, matarán a las mujeres y a los niños…, incendiarán las casas!…

—Sería una vergüenza entregar una ciudad puesta bajo nuestro cuidado —opinó el cónsul de Italia.

—¡Caballeros, atengámonos a la realidad! —se impuso Jewel, plegándose a la opinión de Merriam—. Propongo que Iquique sea

entregado a los chilenos.

—¡No, no, no! —se oyó gritar a algunos.

—¡Sí! Es la medida más sensata… Es lo más prudente —aprobaron otros.

—¿Quién nos garantiza que no saquearán nuestros hogares como lo han hecho en otras partes? —vociferó Lapeyrouse.

—Jamás hemos sabido que lo hayan hecho, señor Lapeyrouse —le reprochó el cónsul británico—. Además…, ¡escuche usted!

Claramente se oía el griterío de una turba en la distancia.

—Ya tenemos la certeza de que existe una horda desatada en Iquique —prosiguió Jewel—. Si esta noche no nos defienden los bomberos o una guardia armada organizada por nosotros mismos, al amanecer tendremos mucho que lamentar. En cambio, las fuerzas de ocupación chilenas entrarán en formación, ceñidas a la severa disciplina de la marina chilena. Yo, que conozco los principios de esos marinos, garantizo a ustedes su conducta.

Las firmes palabras del cónsul británico fueron decisivas. Los cónsules de Alemania.

Austria-Hungría,

Ecuador e Italia se inclinaron también por la entrega del puerto.

—Bien, señores —concretó Merriam—, pondremos en pie de guerra a los bomberos de las compañías que han formado nuestros respectivos connacionales para que patrullen el puerto esta noche, y mañana muy temprano subiremos al *Cochrane* a ofrecer la entrega de Iquique. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Aquélla fue una noche de angustias para los pobladores de Iquique. Nadie durmió.

A las seis de la mañana, los cónsules de Estados Unidos, Italia. Inglaterra y Alemania subieron a una lancha y, enarbolando una bandera norteamericana, salieron al encuentro del *Cochrane*, que entraba en la bahía después de pasar la noche en alta mar.

El comandante Juan José Latorre los recibió con auténtica sorpresa. Cuando los oyó declarar que Iquique había sido abandonado por las tropas de la alianza, se puso bruscamente de

pie y ordenó a su ayudante que llamara al segundo comandante, capitán de corbeta Miguel Gaona.

—Anoche la población quedó bajo el resguardo de las compañías de bomberos —seguía explicándole Merriam—. Además, en la aduana están encerrados los sobrevivientes de la *Esmeralda*, y corren peligro de ser atacados por los pobladores peruanos.

—¿Los marinos de la *Esmeralda* corren peligro? —saltó el comandante del *Cochrane*.

Y desde aquel instante ya casi no oyó a los representantes extranjeros. Salió rápidamente a cubierta y dio orden de que se formaran la tripulación y la guarnición del blindado, disponiéndose para bajar a tierra en el acto. Pero el cónsul de los Estados Unidos lo llamó a la serenidad, diciéndole:

—Señor comandante, junto con poner en sus manos el destino de Iquique, pido garantías para la población civil. Solicitamos de la hidalguía que debe animar a todo jefe de la marina del mundo que se permita a los pobladores que lo deseen embarcarse en los vapores de la carrera o retirarse hacia el interior.

—¡Ah, la población civil no cuenta en las guerras, señor! —respondió el comandante, molesto por el hecho de que los cónsules hubieran pensado siquiera que él podría oponerse—. Pueden abandonar Iquique con entera libertad. Aún más, tengo noticias de que entrará en el puerto el vapor *Ilo*, de la Compañía Inglesa. Dejaremos la bahía libre hasta las diez para que los peruanos y bolivianos que deseen hacerlo se embarquen en él. ¿Les parece bien, señores cónsules?

Los representantes de las colonias extranjeras se inclinaron, agradecidos, y se retiraron.

Minutos más tarde, el *Cochrane* y la *Covadonga* volvían a salir a mar abierto y se estacionaban a dos millas de la playa.

A las 9.30 de la mañana, el comandante Latorre creyó llegado el momento de cumplir con la misión que les encomendaba el destino: ser los primeros que asentaran pie en la playa donde yacían Prat y los suyos.

A las diez, i 15 marineros armados, al mando de sus oficiales y en correcta formación, descendían en la playa. Los cónsules de Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña, Ecuador, Francia e Italia, junto con la población extranjera, los recibieron cuando entraron en

la ciudad.

Las calles se veían silenciosas y vacías. El comercio había cerrado sus puertas, por la fuga de los empleados y de algunos dueños.

Sobrecogidos por la solemnidad del acto, los marineros del *Cochrane* se encaminaron hacia la aduana. El capitán Gaona desplegó la formación frente al edificio que comprendía la prefectura y la aduana, y marchó con el teniente Juan Simpson y un piquete de diez marineros hacia el interior. Junto a ellos iba un empleado del viceconsulado inglés indicándoles el camino hasta la barraca donde estaban encerrados los marineros de la *Esmeralda*. En el instante en que asomaban al patio donde se alzaba ese recinto, un hombre barbudo y harapiento se precipitó dentro de la barraca, sin alcanzar a oír la voz de alto que le dio el capitán Gaona.

Ordenando detenerse al piquete, Gaona se acercó solo hasta el portón, a tiempo que advertía en voz alta:

—¡Tripulantes de la *Esmeralda*, abran a sus compatriotas!

Durante unos segundos permanecieron los marineros del *Cochrane* atentos a la entrada de la barraca, pero ésta no fue franqueada. El capitán tuvo que volver a gritar:

—¡Somos chilenos! ¡Venimos a libertarlos, compatriotas!

Entonces se oyeron exclamaciones febriles y el precipitado rodar de las trancas. El portón se abrió de par en par y aparecieron diez o quince hombres, que observaron con desconfianza a los recién llegados. Todos estaban barbudos, sucios, flacos y vestidos con uniformes de desecho del ejército peruano. Al reconocer los uniformes de la marinería chilena, se abalanzaron hacia el piquete, dando gritos de alegría:

—¡Son chilenos, compañeros!… ¡Son compatriotas!…

—¡Enhorabuena, tripulantes de la *Esmeralda*! —saludó el capitán Gaona, conmovido, y volviéndose a sus hombres, que aguardaban en posición firme, les ordenó—: ¡Atención, presenten…, arm!…

Los diez marineros del *Cochrane* alzaron sus fusiles y rindieron honores a sus compañeros.

Los prisioneros se detuvieron en seco, paralizados por aquel homenaje, y un hombronazo alto murmuró confundido:

—¿Nos presentan armas… a nosotros?

—Los héroes se lo merecen —declaró el capitán, y, bajando su espada, ordenó—: ¡Atención, descansen…, arm!

Los sobrevivientes de la corbeta contemplaban a los marineros del *Cochrane* sin saber qué hacer, y la situación se habría prolongado si el capitán Gaona no hubiera dado orden a sus hombres de romper filas y correr a abrazar a sus camaradas.

Roto el hielo, los prisioneros iban de unos brazos a otros, riendo y llorando. Por fin, el capitán Gaona interrogó al hombre que aparentaba ser el de mayor graduación:

—¿Cuántos son ustedes?

—Cuarenta y nueve, mi capitán. Yo soy el timonel Elias Aránguiz. Este es el patrón de botes José Alarcón. Estos son los tres griegos, capitanes de alto… Estos chascones son los grumetes Wenceslao Vargas, Adrián Guzmán y Luciano Bolados… Aquéllos…

El capitán Gaona sólo alcanzó a retener algunos nombres. Le bastaba saber que ésos eran los únicos tripulantes de la *Esmeralda* que habían logrado escapar con vida.

—¿Y los oficiales, timonel? ¿En dónde están?

Este agachó la cabeza y frunció el ceño con pesadumbre.

—Se los llevaron hace cerca de tres meses, señor. Creo que están en una aldea que se llama Tarma, en el interior del Perú.

—¿Y los cadáveres del comandante Prat, del teniente Serrano y del sargento Aldea?

El timonel declaró con tristeza:

—Ninguno de nosotros supo nunca qué fue de ellos. Cuando nos desembarcaron del *Huáscar*, supimos que los cadáveres de mi comandante Prat, de mi teniente Serrano y de mi sargento Aldea estaban botados en la calle de la aduana, cerca del muelle.

—Pero ¿qué hicieron los peruanos con esos cuerpos? ¿Quién los enterró y dónde?

—No sabemos nada, mi capitán. Pero ahora que se ha rendido Iquique, había tiempo para encontrar sus tumbas. Entretanto, sería preferible que viera usted el modo de sacar a otros chilenos que están en varias celdas de la prefectura.

—¿Hay más compatriotas presos? ¿Dónde están?

—Por acá, mi capitán —dijo el timonel, echando a andar—. Ordene usted a algunos de sus hombres que traigan barretas para romper las puertas y limas para cortar las cadenas.

El capitán Gaona creyó que el timonel había exagerado al decir que había chilenos encadenados. Sin embargo, pudo comprobarlo. En una celda había diez soldados del «Cazadores del Desierto», capturados mientras practicaban un reconocimiento por el Loa. En un calabozo vecino, atado con una gruesa cadena empotrada a un muro, hallaron a un cabo del regimiento «Santiago». Pero fue mayor la impresión que sufrieron cuando desquiciaron una gruesa puerta y descendieron a una mazmorra sumida en fría obscuridad. Allí estaba encadenado un muchacho de nombre Manuel González. Había sido acusado de espía, y fue sepultado vivo en aquella tumba, como castigo a su negativa a confesarse culpable. La humedad de las noches iquiqueñas le había clavado su zarpa en los pulmones y tosía y escupía lamentablemente.

Los sobrevivientes de la *Esmeralda* fueron embarcados poco después en las lanchas del *Cochrane*.

La tripulación del blindado, de parada, los esperó formada sobre la cubierta. Cuando el primero de los sobrevivientes puso pie en ella, la banda del barco comenzó a tocar el himno patrio y toda la marinería se inmovilizó rindiendo honores. Los sobrevivientes se cuadraron, y gruesas lágrimas les corrieron por las mejillas demacradas por las privaciones.

Cuando terminó de oírse el himno nacional, el comandante Latorre se adelantó y dijo:

—¡Bienvenidos, tripulantes de la *Esmeralda*! Me honro en felicitarlos por el valor con que combatieron junto a vuestro bravo comandante Prat y en acogerlos en este barco como tripulantes de honor. —Luego, volviéndose al oficial de guardia, ordenó—: ¡Disponga que se den ropas nuevas a estos bravos y que se los atienda en todo lo que pidan: comida, bebida y, sobre todo, una buena litera para que olviden las privaciones sufridas!

Poco después, Latorre bajó a tierra. Someramente se informó de las condiciones en que llegaba el puerto al poder de Chile y enseguida nombró jefe político y militar de Iquique a su segundo, el capitán Gaona, y encargó la custodia de la prefectura, de la aduana y de las oficinas fiscales al teniente Juan Simpson, al que dio la instrucción de registrar la población en busca de armas, víveres y documentos, y, muy especialmente, de averiguar en qué sitio habían sido sepultados los restos del comandante Prat y sus dos

compañeros de martirio.

Cuando sus órdenes comenzaron a ponerse en práctica, subió a la *Covadonga* y comisionó al comandante Orella para llevar la grata nueva de la rendición de Iquique al ministro de la Guerra. La *Covadonga* partió hacia Pisagua a media tarde del 22 de noviembre.

Como ya se dijo, el regimiento «Esmeralda» embarcó en dos transportes en la madrugada del 23 de noviembre, y su comandante esperó con gran impaciencia al ministro Sotomayor, que debía subir a bordo a darle las últimas órdenes. Pero llegaron las diez de la mañana sin que el ministro asomara en la playa de Pisagua.

El coronel Amengual estaba furibundo. Por fin, el ayudante Patricio Larraín consiguió enterarse de la razón de la ausencia del ministro. Averiguando en tierra, supo que Sotomayor había llegado al amanecer desde Dolores y se había encerrado en una misteriosa conferencia con el general Baquedano.

Como a Amengual le pareciera que ésta se prolongaba demasiado, al sentir que el reloj de la comandancia del *Abtao* daba las diez, asió la cuerda de la sirena del transporte y la hizo sonar tres veces.

Sotomayor la oyó desde el cuartel de Pisagua y se puso de pie.

—El comandante Amengual se impacienta —dijo al general Baquedano—. Seguiremos discutiendo este asunto después de que el regimiento «Esmeralda» haya zarpado hacia Iquique.

Pero Baquedano detestaba dejar las resoluciones inconclusas. Además, estaba de pésimo humor aquellos días.

—No, señor ministro —protestó—. Esto exige corte inmediato…, corte definitivo. De lo contrario, se nos disloca el comando de la guerra más de lo que está. La cosa es clara: su hermano, el coronel Sotomayor, se ha puesto de punta con el comandante Vergara y con el general Escala.

—La enemistad de mi hermano con el general Escala es antigua —acotó el ministro.

—Bien, pero sus consecuencias son funestas ahora —objetó el jefe de la caballería. Pensó en explicarle que también entre él y el

general Escala existía una malquerencia antigua, debido a lo cual, siendo el jefe de la caballería, se lo mantenía en Pisagua, reducido a la misión de distribuir el agua. Pero era hombre de pocas palabras y prefirió continuar enfocando exclusivamente el problema del hermano del ministro—. El coronel Sotomayor demostró falta de tacto y de visión al planear la batalla de Dolores —dijo—, y se puso en situación de ser corregido por el comandante Vergara.

El general Escala dio la razón a este último. Pero ¿quién tenía la razón? El comandante Vergara, por supuesto.

—Luego, ¿usted estima que mi deber es…? —insinuó el ministro.

—Sacar a su hermano de la jefatura del Estado Mayor — puntualizó Baquedano.

Rafael Sotomayor hizo chasquear la lengua con pesar.

—Emilio se va a sentir profundamente herido y no querrá servir en ningún otro cargo —dijo, paseándose—. Presentará su dimisión.

—¿Y qué se le va a hacer? —arguyó el general—. Doloroso es para un hermano…, doloroso; pero ¿cuál de los dos males es menor? ¿Que se entorpezca la marcha de la campaña… o que abandone su hermano el ejército?

El ministro meditó durante unos segundos.

Después se volvió hacia el general Baquedano y aceptó:

—Convenceré a Emilio de dejar el mando del Estado Mayor. Pero, para que no le sea tan bochornoso, haré que el general Escala le entregue otra misión que lo aleje del campamento central.

—Buena solución, don Rafael…, buena solución —aprobó el jefe de la caballería—. Permítame usted que le sugiera…

El ulular impaciente de la sirena del *Abtao* le cortó la palabra.

—¡Caramba, qué indisciplinado nos está resultando el manco Amengual! —exclamó amoscado.

Un cañonazo lejano volvió a interrumpirlo. Enarcando las cejas, se volvió hacia el ministro. Éste comentó asombrado:

—¿Cómo? ¿Amengual lleva su impaciencia a tanto como para hacerme llamar a cañonazos?…

En ese instante el secretario del ministro entró precipitadamente.

—¡Está llegando al puerto la *Covadonga*, señores! —dijo.

—¿La *Covadonga*? —exclamó el ministro—. ¿Cómo es eso? ¿Ha

abandonado el bloqueo de Iquique la *Covadonga*? ¡Vamos al muelle, general Baquedano!

Efectivamente, la *Covadonga* llegaba portando la noticia de la rendición de Iquique.

La revelación alteró sustancialmente las disposiciones del ministro. Rendido Iquique, se hacía innecesario mandar al regimiento «Esmeralda» completo. El segundo batallón fue desembarcado del *Abtao*, y ocuparon su lugar Sotomayor, Baquedano y muchos funcionarios administrativos. El ministro fraguaba ya el propósito de organizar la vida comercial del puerto tarapaqueño y de reiniciar la explotación de las salitreras y de las minas del interior, a fin de subvenir a los gastos de la guerra.

A mediodía del 23 de noviembre los transportes, escoltados por la *Covadonga*, se ponían en marcha acelerada hacia Iquique. Los soldados del «Esmeralda», aun cuando no veían cumplidos sus anhelos de combatir, se sentían contentos ante la idea de que serían los encargados de guarnecer el puerto tan ansiado y de montar guardia en las tumbas de los héroes de la *Esmeralda*.

—Así tendré más tiempo para buscar datos sobre Leonora —comentaba Alberto Cobo con su amigo el subteniente Del Solar, acodados en la borda del *Itata*.

A las 3.30 de la tarde del 24 de noviembre fondeaban en Iquique el *Abtao* y el *Itata*. El primer batallón del «Esmeralda» comenzó a desembarcar por el costado del muelle del ferrocarril, semidestruido por el último bombardeo realizado por el contralmirante Williams. En medio de una nutrida concurrencia de curiosos, el batallón entró en las calles del puerto y fue a instalarse en el cuartel llamado la Recova Nueva. Con alegre algarabía, los soldados comenzaban a tomar posesión de los pabellones del edificio, cuando los reunió en el patio el comandante Amengual.

—La primera compañía, al primer pabellón; la segunda, al segundo, y así correlativamente —comenzó a ordenar—. Cada capitán hágase cargo de su compañía y ríndaseme cuenta inmediata de cualquier novedad. —Clavando sus ojos acerados en la masa de hombres, advirtió—: Y óiganme bien: todo desorden, indisciplina o salida sin permiso será penado con veinticinco azotes a calzón quitado, y con cincuenta, la apropiación de cualquier objeto, aun cuando esté botado en la calle. ¿Entendido?

Después que su compañía se hubo instalado, el sargento Cobo salió al corredor, seguido por el cabo Cardemil, que, como de costumbre, llevaba tras él al soldado Trujillo. Chacoteando y husmeándolo todo, el cabo y el albino fueron curioseando por las dependencias del recinto. No tardaron en detenerse ante una pequeña puerta cerrada.

—Oiga, mi sargento —propuso el cabo Cardemil, mirando por el ojo de la cerradura—, este cuartito podíamos dejarlo *pa* las imaginarias, ¿no es cierto?

—Vea modo de abrirlo, cabo —respondió Alberto—. Parece que está con llave.

El cabo y el soldado echaron mano al yatagán y, felices como niños, comenzaron a forcejear.

—Lo que falta es que nos encontremos con un cristiano muerto aquí dentro, *sordao* Trujillo —comentaba Cardemil.

—O en conserva, mi cabo —replicaba el albino, esforzándose por abrir la puerta hacia adentro. Pero como no consiguieron entreabrirla, propuso—: ¡Métale hombro, mi cabo, mientras yo le hago con la bayoneta!

Cardemil tomó distancia y se lanzó contra la puerta. Pero ésta no se movió.

—Parece que usted está medio fallo al caldo, ¿sabe, mi cabo? —se burló el subordinado, y se dispuso a probar él.

Alejándose, se lanzó a la carrera contra la puerta. El estrellón fue terrible. Pero la puerta no se abrió y el albino cayó al suelo sobándose lastimosamente un hombro.

—Aguántese un poco, compadre, antes de pegarle el segundo caballazo —le dijo el cabo, sofocado por las carcajadas—. Se me acaba de ocurrir una cosa.

—¿Qué cosa, mi cabo? —se lamentó Trujillo desde el suelo.

—Esta, pus, *atontao*: que la puerta se abre pa afuera.

—¡Me con… denara! —alcanzó a protestar el albino, y se quedó mirando hacia el interior del cuarto—. ¡Oiga, mi sargento! ¡*Afíjese* en lo que hay *hei*! Tartamudeó.

El pequeño pañol estaba lleno de uniformes y botas, y en un rincón se alcanzaban a ver varias sillas de montar y bridas.

—¡Chitas, mi sargento! —silbó Cardemil—. ¡La mansa minita que nos vinimos a encontrar!

Todos aquellos uniformes, calzado y fornituras correspondían a los usados por el «Cazadores del Perú»; había allí avíos como para proveer a toda una compañía.

Después de formarse una idea del hallazgo, el sargento salió del cuarto y ordenó muy seriamente a Cardemil:

—Cabo, queda usted de guardia en este sitio, y me responderá de que no se pierda ni una sola prenda. ¿Comprendido?

Cobo dio media vuelta y se dirigió a la guardia. Adivinaba las miradas codiciosas con que sus subalternos acariciaban las botas y las monturas que aún conservaban el olor del cuero nuevo.

El coronel Amengual había acudido a un llamado del ministro, y no fue posible marchar tras él, porque los permisos estaban rigurosamente cancelados. Cobo daba media vuelta para buscar al comandante del primer batallón, mayor Saturnino Retamales, cuando en la puerta del cuartel se recortó la figura agradable de una mujer joven. El mozo se detuvo sobresaltado. A contraluz, le había recordado fugazmente la imagen de Leonora; el mismo porte, la silueta semejante, la misma manera altiva de alzar la cabeza… Pero la muchacha habló con el sargento de guardia, y su acento lo sacó del engaño. Era una española.

—Excuse usted la impertinencia —la oyó decir—, pero mi padrino, el secretario de la Sociedad de Beneficencia Española, que está postrado en el lecho, me ha dicho: «Ve al cuartel chileno y pide permiso para hablar con el jefe superior».

—Mi comandante Amengual acaba de salir —le respondió el sargento de guardia—, pero si es urgente lo que tiene usted que comunicar, puede hablar con mi mayor Retamales.

La española aceptó y fue introducida al cuartel.

El mayor Retamales venía en ese momento por el corredor de la derecha.

—Mi padrino está desesperado de no poder dejar el lecho para venir a comunicar a ustedes algo de mucha importancia, señor —dijo la muchacha.

—¿Sabe usted de qué se trata, señorita?

—Sí, señor; del capitán Arturo Prat y de los muertos de la *Esmeralda*.

Todos los que estaban en el zaguán de la guardia, olvidándose de la disciplina, rodearon al jefe del batallón y a la española, que

completaba su información:

—Mi padrino, el señor Eduardo Llanos, junto con los demás miembros de la Sociedad de Beneficencia Española, fue quien dio sepultura a los tres mártires de la *Esmeralda*.

Minutos más tarde, el mayor Retamales, acompañado por el ayudante mayor Federico Maturana y el capitán agregado Elías Casas Cordero, invadían la alcoba del secretario de la Sociedad de Beneficencia Española.

—Sí, señores, me cupo el triste honor de dar sepultura a los marinos chilenos —dijo Llanos—. Eran tres: el capitán Arturo Prat, el teniente Ignacio Serrano y el sargento Juan de Dios Aldea.

—¿Y los demás desaparecidos de la *Esmeralda*? —preguntó Retamales.

—Se hundieron con el barco, señores. El último en ser tragado por el mar fue un guardiamarina que, según declararon después los prisioneros, se llamaba Riquelme. Dicen que una granada le había quemado el rostro y desgarrado un brazo. Pero tuvo la fortaleza para disparar un último cañonazo.

El capitán Casas Cordero se inclinó sobre el lecho del caballero español.

—Pero ¿dónde enterró usted a los tres marinos, señor? Patrullas navales han registrado el cementerio palmo a palmo, sin hallar ninguna indicación de sus tumbas.

—No pusimos cruces ni nombres, señor. Los sepultamos de noche, y en secreto. Sólo conocemos el lugar algunos miembros de nuestra sociedad y tres agentes secretos chilenos que asistieron al entierro.

—Señor Llanos —expresó Retamales—, es preciso que nos indique usted dónde están esas tumbas.

—Tendrán que llevarme en una camilla, señor; estoy enfermo desde hace dos semanas. Pero iré y les mostraré el sitio.

Dos columnas de marinos y militares ascendieron por el sendero amarillento que conducía hasta el cementerio: Las encabezaban el ministro Sotomayor, el general Baquedano, el coronel Amengual y los comandantes Latorre y Orella. Después de cruzar la ancha arcada de adobones, la procesión, guiada por Eduardo Llanos, conducido en una camilla, torció a la derecha. La mano fatigada del enfermo señaló tres alargados promontorios de tierra, y todos se

detuvieron. En cántaros de greda, colocados en un extremo de los promontorios, se pudrían algunas flores. Llanos se incorporó en la camilla, y fue indicando:

—En la tumba de la derecha yace el capitán Arturo Prat. En la del medio, el teniente Serrano. En la de la izquierda, el sargento Aldea. —Cansadamente volvió a dejarse caer en la camilla—. No pudo haber cruces para ellos.

—Ahora las habrá —afirmó el ministro Sotomayor, hondamente impresionado. Volvió su rostro hacia el comandante Amengual—: Proceda, coronel.

El veterano giró hacia su tropa, formada en torno a las tumbas.

—¡Regimiento «Esmeralda», atención…, firm! ¡Presenten…, arm!

Junto con elevarse los fusiles, la banda del regimiento rompió con «Adiós al 7.º de Línea». Cuando se apagaron sus sones, el comandante Juan José Latorre se adelantó y se descubrió con respeto.

—¡Capitán Prat!… ¡Teniente Serrano!… ¡Sargento Aldea! —dijo emocionadamente—. Inmortales tripulantes de la corbeta *Esmeralda*, No hay en esta tierra extranjera flores suficientes para honrar vuestras tumbas, ni hay en nuestra lengua marinera palabras lo bastante profundas como para expresar el sentimiento que nos embarga. Sencillos y parcos en nuestras manifestaciones, como han sido siempre los marinos forjados en la misma escuela vuestra, representamos nuestro homenaje con estas simples coronas talladas en madera por las manos fraternales de los tripulantes del blindado *Almirante Cochrane* y la goleta *Covadonga*. Ellas digan a vuestros espíritus cómo admirarán siempre vuestra gesta inmortal los marinos chilenos y cómo servirá de ejemplo a sus acciones vuestro heroísmo magnífico.

Los tripulantes de las dos naves presentaron armas, como lo habían hecho anteriormente los esmeraldinos, y dos salvas de fusilería rompieron el silencio del cementerio.

15

La sorpresiva noticia de la ocupación de Iquique causó la más delirante alegría en la capital y los pueblos de Chile. En muchas partes se dio por terminada la guerra. Pero los triunfos de Pisagua, Dolores y la posesión de Iquique no eran más que el comienzo de la contienda. Bien lo sabía el ministro Sotomayor, que inmediatamente después de rendir honores a Prat, Serrano y Aldea, entregó la custodia del lugar al regimiento «Esmeralda», nombró jefe político y militar al capitán de navío Patricio Lynch, y redactó una proclama destinada a tranquilizar a la población.

Mientras se daba a conocer esta proclama, aparecieron frente al puerto el transporte *Loa*, que navegaba hacia el sur, con los prisioneros de la corbeta *Pilcomayo*, y el *Angamos*, que venía en sentido contrario, en ruta a Pisagua, con el segundo batallón del regimiento «Lautaro». Sus comandantes, al divisar la bandera tricolor flameando en el mástil de la aduana, dieron orden inmediata de desembarcar, y sus tripulaciones se mezclaron al alborozo que reinaba en tierra.

Entretanto, el capitán Lynch registraba el pueblo casa por casa, y hacía descubrimientos que lo dejaron perplejo. Contra lo que declararon los prisioneros, halló almacenes militares repletos; había en ellos alimentos como para mantener a toda la población del puerto durante seis meses. Este hallazgo, sumado al que realizara el sargento Cobo en el cuartel de la Recova Nueva, hablaba claro de la prisa con que se hizo partir a la tropa. En la playa del Colorado se descubrieron, además, muchos cajones llenos de cápsulas de armas cortas y municiones de cañón. Y más tarde, cuando bajó la marea, las olas dejaron visibles numerosos fusiles.

Al día siguiente, los artilleros del *Cochrane* se pusieron a

trabajar en los desmontados cañones de los fuertes, y rápidamente repararon dos Parrot de 300 libras que estaban en lo alto del fortín del Morro, y dos de 150 libras en la cumbre del Colorado.

Dos días después de la ocupación, entraba en la bahía de Iquique la corbeta *Pilcomayo*, ya dotada de tripulación chilena, y recogía a los sobrevivientes de la *Esmeralda*, para llevarlos a Valparaíso.

Pero aún quedaba al capitán Lynch una tarea que realizar, para que el puerto pudiera funcionar como cuartel general chileno.

—Esto está convertido en una Babilonia —había comentado con el ministro—. Las tropas aliadas, al instalarse en Iquique, trajeron consigo gran cantidad de mujerzuelas, las rabonas, como las llamaban. Y a la sombra de los cuarteles y fortines surgieron cocinerías y prostíbulos. Es preciso limpiar esos barrios.

—Proceda con mano de hierro —lo autorizó Sotomayor—. Debemos velar por la salud de los soldados.

—Hay también unas cuantas… chilenas —confesó el capitán.

—¿Y vacila usted en cuanto al tratamiento que debe dárseles? ¡A ésas hay que aplicarles el rigor de la ley con mayor rigidez! O se comprometen a vivir honestamente, o a Valparaíso con ellas.

Una compañía del «Esmeralda» fue comisionada para realizar la pintoresca cacería. Los soldados, premunidos de un brazalete blanco que los transformaba en policías, recorrían los cafetines y las casas dudosas. En todas partes surgían discusiones y alboroto. Las prostitutas defendían a gritos su honorabilidad o corrían a esconderse en sus covachas. Inflexiblemente los esmeraldinos las iban sacando a la luz y las arreaban hasta una de las barracas de la aduana.

Alberto Cobo estaba de guardia en el cuartel de la Recova Nueva cuando se enteró de la redada de mujeres. Bailándole los ojillos, el cabo Cardemil le narró los incidentes de la cacería.

—¡Y viera *usté*, mi sargento, hay unas chiquillas…! ¡Mozas guapetonas y apetitosas!… Pero la que tuvieron que encerrar sola por el jaleo que armó, ¡ay, madrecita mía!, es más relinda la diabla… Se planta en mitad de la celda, y grita con la trenza revuelta: «Yo soy la Anita Buendía, y no me falta *naiden*».

—¿Cómo? —se extrañó Cobo—. ¿Lleva el mismo apellido que el general peruano?

—Si no se llama na así, mi sargento —cacareó Cardemil—. Le

pusieron ese nombrecito, porque tenía vuelto loco al jefe de los enemigos, un viejito muy lacho que se enamoricaba de toditas las chilenas.

Alberto terminó su cuarto de guardia profundamente impaciente. El pensamiento de que alguna de aquellas mujeres podría darle datos de Leonora le roía los nervios. A las seis de la tarde marchó a la antigua prefectura y solicitó del sargento encargado de las reclusas, que le permitiera hablar con ellas. Pero cinco minutos en la barraca donde estaban encerradas le quitaron toda esperanza de sonsacarles algún dato de valor. Furiosas por la prisión a que se las sometía, se desataron en improperios en cuanto entró, y habrían terminado por arañarlo si no hubiera tenido la prudencia de retirarse pronto. Cruzaba el corredor en dirección a la puerta, descorazonado por el trato que le habían dado, cuando unos golpes violentos de unos puños menudos en una puerta distrajeron su atención.

—¡Ábranme, cochinos! ¡Abran, condenados! —gritaba una voz de mujer—. ¡Le voy a sacar los ojos al primero que se atreva a meterse de nuevo conmigo! ¡Abran, carceleros mugrientos!

«Ésta debe ser la mujer de que habló Cardemil», pensó Cobo, y fue en busca del sargento para que le franqueara la puerta de la celda en que estaba la prisionera. Moviendo la cabeza con disgusto, el suboficial se negó al principio, pero, ante las insistencias de su igual en grado, terminó por acceder.

En medio de la celda estaba Anita Buendía. Morena intensa, sus ojos obscuros llameaban. Con los brazos en jarras, mostraba uno de los hombros por entre las desgarraduras de su blusa, rota en la lucha con los soldados que la aprehendieron. Desafiante, se plantó ante Alberto.

—¡Al fin se arrepienten de la porquería que me han hecho! ¡Eh!

Cobo se le acercó lentamente, sin decir nada, y la examinó con calma, preguntándose si una mujer de esa calidad podía haberse movido en algún momento cerca de Leonora.

La muchacha lo observaba con las manos crispadas.

—¿Qué quieres tú aquí, monigote? ¿Qué me miras de ese modo?

—Usted es la Anita Buendía, ¿verdad? —preguntó el sargento, con calma.

—Sí. ¿Y qué?… ¿Tú también vas a seguir preguntándome

idioteces? —Ante el silencio del hombre, rió desdeñosa—. Anda como los otros, mete tu nariz en mi baúl con ropa y revuelve…, a ver si encuentras a la momia del general Buendía.

Cobo la dejó reír hasta que se le calmaron un poco los nervios.

—Señorita —dijo—, yo sólo quiero pedirle una información privada. Por favor, no grite de nuevo. Escúcheme primero.

Anita resopló, desarmada por la forma respetuosa en que le habló el sargento.

—¡Hum! ¿Qué quieres?

—Ando buscando a una mujer chilena, a una señorita muy atractiva que…, que hemos perdido de vista a causa de la guerra.

La mujer lanzó una carcajada burlona, gozándose en la turbación que se retrataba en el rostro de su interlocutor.

—¡Otra que se arrancó de Santiago y se vino al norte a conquistar oficiales peruanos! —resumió, por fin.

Cobo crispó los puños y se puso tenso.

—¡Cállate! —le escupió en el rostro, aferrándola brutalmente de las muñecas.

La prostituta cortó su risa y se quedó mirándolo burlona, pero compadecida.

—¡Gua! —exclamó suavemente. Te hace relinchar la herida, ¿eh?

Alberto simuló no oírla. Con los dientes apretados, inquirió:

—Dime, ¿oíste hablar alguna vez en este puerto de una señorita llamada Leonora Latorre, chilena como tú?

—¿Leonora Latorre? —repitió la muchacha, haciendo un esfuerzo de memoria. Se encogió de hombros—. Nunca ha pasado por aquí una mujer de ese nombre. Las chilenas que hemos «figurado» en Iquique en estos últimos tiempos —agregó con pueril vanidad— hemos sido muy pocas, y ninguna de ese nombre. —Rió maliciosamente—. Pero te advierto que todas nos ponemos otro falso.

—¡Ella no! No es como ustedes —la atajó secamente Cobo.

La muchacha abrió la boca como si fuera a soltarle otro de sus insultos, pero como el sargento inclinara la cabeza, abatido, prefirió callarse.

—No la encontraré nunca. ¡Qué desdicha! —murmuró Alberto.

—Lo siento, soldado —lo consoló ella—. ¿Cómo era esa

señorita?

—Poco más alta que tú…, muy derecha… Tenía el cabello castaño y los ojos color…, de un color muy particular: verdes muy claros…

Anita Buendía se enderezó vibrante.

—¿Eh?… ¿Verdes muy claros? —rugió roncamente—. ¿Poco más alta que yo…, la piel muy pálida…, la nariz recta un poco grande…, la barbilla partida en el medio?…

—¡Sí, así es Leonora! —exclamó apasionadamente Alberto—. Y junto a la comisura del labio, al lado derecho, tiene un pequeño lunar.

La mujer retrocedió y lo miró con ojos llameantes.

—¡La generala Buendía! —barbotó—. ¡Ésa es la que buscas, imbécil!

Cobo la observó espantado, aturdido.

—Claro que vivió en Iquique —siguió chillando Anita—. ¿Quién no la conoció? ¿Quién no la vio pasar escoltada siempre por el viejo general Buendía y con la cara cubierta por un velo transparente? ¡Oh, la maldita traidora!

—No sabes lo que dices. ¡Cállate! —tartamudeó Alberto—. Leonora no puede haber…

—¿No puede? ¡Lo puede todo, inocente! Pudo llegar a Iquique y marear al viejo general. Pudo fascinarlo, arrancarle todos los secretos militares. Porque no era más que eso: una sucia espía, que se convirtió en la amante del viejo decrépito para…

—¡Calla, condenada! —Cobo remeció sin piedad a la mujer, pero no consiguió enmudecerla. Embravecida, seguía barbotando:

—¡Ésa es la mujer que buscas! ¡La generala Buendía! ¡Vaya si conocí yo a la cándida y virginal paloma! Le envenenó el alma al viejo lacho, y después se le arrancó y me lo dejó a mí. ¡Cómo la maldije cuando el general se ponía a lloriquear recordándola! Y por eso fue que él se marchó de Iquique. Por ir a buscarla. ¡Vete tú también tras ella! —Reía ahogada de rabia—. Síguela, que vas a encontrarla, sí, pero… ¡con el general Buendía!

El sargento retrocedió hasta la puerta, cubriéndose los oídos.

—No sabes lo que dices… Estás loca… Leonora no puede… No, no, tiene que ser otra…

—¡La generala Buendía, la del lunar en la boca! ¡Ella!… ¡Ella!…

—seguía oyendo a la mujer. Y aún cuando se alejaba casi corriendo por el patio de la prefectura, seguía sintiendo sus carcajadas. Trastornado, fue a encerrarse en el cuartel de la Recova Nueva y se escondió en el rincón donde tenía su camastro.

El ministro Sotomayor, apesadumbrado, pasó al general Baquedano el telegrama que acababa de recibir del campamento de Dolores.

—Cumplidos sus deseos, general. Mi hermano ha sido sacado del cargo de jefe del Estado Mayor y viene por el desierto batiendo a los enemigos que han quedado dispersos entre Dolores e Iquique.

El jefe de la caballería leyó el largo comunicado.

—¿Dónde tienen los sesos los jefes del campamento de Dolores? —exclamó—. ¿Dónde, mi señor, dónde? Hace cuatro días a ninguno se le ocurrió mandar la caballería en persecución de los fugitivos y ahora la envían a pasear por el desierto.

—Viene acompañado solamente por el escuadrón «Cazadores», general.

—Sí. Trescientos sesenta de los mejores jinetes del ejército, en caballos seleccionados. ¿Sabe usted qué suerte correrán? Pues verán sus cabalgaduras inutilizadas por esa larga marcha por la pampa.

—Olvida usted que trae la misión de limpiar de enemigos esta zona.

—¡Bah, bah, bah! —rezongó el general—. ¿A qué echarnos tierra a los ojos? Entre Iquique y Dolores ya no hay enemigos dispersos, y si los hubiera, bastarían diez jinetes para apresarlos. En cambio, en Dolores sí que hace falta la caballería. ¿Quiénes van a explorar hacia el norte?… ¿Quiénes van a perseguir a las tropas fugitivas de Buendía?… ¿Quiénes se opondrán a la caballería enemiga si carga inesperadamente desde el norte? ¡Hum! Recuerde usted que los escuadrones enemigos huyeron intactos, sin haber entrado en batalla.

El ministro no aceptaba esa hipótesis. Según él, el ejército aliado tardaría mucho en reorganizarse. En cambio, temía a los 1500 hombres que habían evacuado Iquique.

—Bien, piense usted así, si quiere —aceptó Baquedano con

fastidio—. Yo sigo, sigo creyendo que sería muy extraño que los aliados nos entregaran Tarapacá tan fácilmente.

Ello hizo meditar al ministro y lo determinó a mandar llamar al general Escala a Dolores.

Cuando Escala iba a subir en la locomotora que lo transportaría hasta Iquique, notó la ausencia de su ayudante, el capitán Zubiría.

—¡Ah, colombiano majadero! ¿Dónde diablos se habrá metido?

Uno de los jinetes que patrullaban en torno al campamento le informó que lo había divisado trepando al cerro de Dolores.

Mientras el mismo jinete partía a escape en busca del capitán, llegó a la estación el comandante Vergara.

—¿Se marcha usted sin que esperemos saber en forma exacta la situación de los enemigos? —preguntó al general Escala.

—Ya sabemos que las tropas aliadas se desmembraron después de la batalla, comandante. De todos modos, si usted quiere, mande un explorador hacia el norte.

A Vergara se le hacía difícil creer que el general Buendía hubiera salvado sólo un millar de soldados, y más duro de digerir todavía que abandonara Tarapacá sin intentar una nueva resistencia. «Tienen que haberse ocultado en alguna de las quebradas próximas a Dolores», pensaba.

Con esta sospecha se decidió a pedir al general Escala que lo autorizara para hacer un reconocimiento con un pelotón de caballería.

—Llegaré hasta Tarapacá, mi general, nada más; y si no encuentro enemigos, regresaré y no haré ninguna otra maniobra hasta que usted vuelva de Iquique.

—Está bien, comandante. —El general no le creyó que no avanzaría más allá de Tarapacá. Su rabiosa impaciencia por el retardo del capitán Zubiría dominaba sus pensamientos. Sin embargo, por elemental prudencia, le recomendó—: Lleve, alguna infantería y unas dos piezas de montaña, ¿eh?

El comandante se disponía a reunir a su gente, cuando regresaron el capitán Zubiría y el centinela que había ido en su busca.

—Perdóneme, mi general —se excusó el colombiano—: pero me informaron que se divisaban jinetes por el lado del oriente, y subí al cerro para cerciorarme.

Escala no le respondió. Frunció la boca y le volvió la espalda para treparse a la locomotora.

—¿Eran jinetes de la alianza? —preguntó Vergara al colombiano por lo bajo.

—No pude precisarlo, mi comandante. También podrían ser indios o arrieros.

—¡Basta de cháchara, ayudante! —bramó el general desde la caseta de la máquina—. ¡Tenemos que embarcarnos en Pisagua esta misma tarde!

Caía el sol cuando el comandante Vergara, encabezando a 116 granaderos a caballo del capitán Villagrán, tomó rumbo al oriente. Les seguían 260 zapadores y 22 artilleros con dos Krupp de montaña, mandados por el alférez Ortúzar.

Radiante sobre su caballo de fina sangre, Vergara guiaba a su avanzada rectamente hacia el corazón del desierto. Ensoberbecido por su victoria en Pampa Germania, apuraba a sus hombres, decidido a batir el desierto entero, sacando a los enemigos de sus madrigueras. Pero esta impaciencia le hacía descuidar las normas más elementales de la prudencia militar. ¡Qué caro habrían de pagarlo él y los suyos… y el ejército entero!

Anita Buendía había metido un infierno de dudas en el cerebro del sargento Cobo. ¿Sería Leonora esa mujer que llamaban «generala Buendía»? ¿Era posible que la mujer de sus sueños se hubiera convertido en la amante de un viejo, jefe enemigo por añadidura, y en rival de una prostituta?

Estos pensamientos torturantes no abandonaban un momento a Alberto. Trabajaba brutalmente tratando de alejarlos, pero volvían una y otra vez a morderlo. Aunque ocultaba a sus compañeros su tormenta interior, la dureza de su ceño o la crispación de sus puños lo delataban.

—¿Qué diablos te pasa, Alberto? —le preguntó una tarde el subteniente Del Solar—. Estás a punto de llorar o de morder.

—Nada. No me pasa nada. Pienso solamente.

Pensaba, sí, pensaba en qué punto del inmenso arenal estaría en ese instante un hombre. Le hubiera gustado hallar al general

Buendía, exigirle una confesión y matarlo si le revelaba haber puesto siquiera sus ojos en Leonora.

—Si supiera dónde está el campamento peruano, desertaba. Del Solar, y me iba solo hacia él —dejó escapar sin quererlo.

Su compañero lo miró boquiabierto.

—¿Qué estás diciendo?… ¿Qué te pasa, Alberto? Tú estás raro.

—Parece que Leonora está en el campamento enemigo —no pudo evitar confiarle.

—¿Tu… tu novia en el campamento peruano? —tartamudeó el subteniente—. ¿Prisionera?…

—No.

—¿Está voluntariamente allá?

Cobo sacudió la cabeza desazonado.

—No sé… no sé. Pero tengo que llegar al vivac de los peruanos, tengo que asomarme a sus tiendas y ver…, ver con mis propios ojos si es cierto.

Del Solar lo observaba sin poder entenderlo.

—¿Si es cierto qué, hombre?…

—No; no me harás confesarte barbaridades… de las que no estoy seguro…

Del Solar lo contempló en silencio, compadecido.

—Trata de calmarte, Alberto —le dijo afectuosamente—. Has pensado demasiado en tu Leonora y ese recuerdo obsesionante te hace ver las cosas desfiguradas. —Trató de animarlo—: Mira, esta noche iremos con un grupo de oficiales a la fonda de un chino y vamos a matar las penas con las «soblinas» del hijo del Celeste Imperio, ¿eh?

Pero Alberto no lo escuchaba.

—Si consigo saber dónde está el campamento peruano, deserto, Del Solar. Me arranco, aunque después me fusilen.

—No digas tonterías, hombre. —Sin quererlo, el tono del subteniente había sido seco. Comenzaba a malhumorarlo la obstinación de su amigo. No obstante, hizo un nuevo esfuerzo—: Si tienes tanto apuro en ir tras ella, espera unos pocos días. Mi coronel Sotomayor viene de Dolores con los cazadores, abriendo la ruta hacia el norte. Él traerá, sin duda, noticias del enemigo, y seguramente emprenderemos la persecución en el acto.

—Esperaré. Sí, esperaré —musitó torvamente el sargento, y

volvió a sumirse en su huraño mutismo.

Pero la columna del coronel Emilio Sotomayor no era otra cosa que el cortejo de un hombre en desgracia. Todo el mundo sabía que en aquel territorio no quedaba un solo enemigo, y el coronel bien pronto lo comprobó. Por eso cabalgaba mordiendo rabiosamente su humillación.

El 24 de noviembre al amanecer había dejado atrás la estación incendiada de Agua Santa, y al atardecer llegaba al caserío de Peña Grande. Todo estaba abandonado y saqueado. Pero cuando el coronel recorría el sendero central de la aldehuela, un hombre, jinete en un burro, intentó huir hacia la pampa. En menos de veinte segundos la primera escuadra del «Cazadores» lo tenía rodeado, y a rebencazos era conducido ante el jefe. Aterrado, el prisionero confesó ser un arriero del ejército aliado y haber vuelto a Iquique para recoger el equipaje de un oficial peruano. Efectivamente, sobre el lomo de su pollino se veían dos petacas de cuero.

—Tómalo todo para ti, señor —balbuceaba buscando salvar la vida. Y cuando el coronel Diego Dublé abrió las petacas para revisarlas, siguió tentando al coronel Sotomayor—: ¿Ves, señor? Trajes…, camisas nuevas… una jofaina de plata boliviana… Todo es tuyo, señor; pero no hagas que me maten.

Mas el registro practicado por Dublé dio a luz un hallazgo mucho más importante. Bajo los efectos personales del dueño de la carga, cuidadosamente disimulados, venían varios fajos de papeles. Una mirada bastó al coronel para adivinar su contenido. En el ángulo superior izquierdo de cada hoja estaba estampado: «Estado Mayor General del Ejército de la Alianza».

El coronel Sotomayor saltó a tierra y hojeó los documentos. Luego se volvió hacia el prisionero:

—¿Quién es usted? Respóndame con la verdad, pues como sospeche que me miente lo hago pasar por las armas en el acto.

El hombre se había transformado. Dejando de fingir, se irguió altivamente.

—Soy Alonso Abarca, gendarme de Tacna y ordenanza del coronel Belisario Suárez. He venido a recuperar su equipaje y el

archivo del Estado Mayor, que mi jefe había dejado en Iquique. Eso es todo.

—Si viene usted de Iquique y ha recogido estos papeles, tiene que saber dónde se encuentra la división peruana que estaba en esa plaza.

El prisionero frunció los labios tercamente. Fue un arresto innecesario, porque en ese instante el corneta de la descubierta hizo oír un toque de alarma.

La columna se agitó inquieta, sin que los jefes tomaran determinación alguna, hasta que un explorador regresó a todo galope.

—¡Una gruesa columna enemiga va cruzando por el oriente, mi coronel!

—Ahí está la respuesta a su pregunta, señor —terció el prisionero—. Es la división de Iquique que marcha hacia el norte.

—¿De cuántos hombres dispone esa división? —le inquirió el coronel.

El gendarme vaciló. Enseguida miró desafiante al jefe chileno.

—De mil quinientos o dos mil hombres.

El explorador que había traído la noticia confirmó su aseveración.

—Vienen marchando a través del desierto desde Iquique; tienen que estar agotados y sedientos, mi coronel —terció impulsivamente el coronel Dublé Almeyda—. Una carga de nuestra caballería bastará para destruir sus columnas.

El coronel se volvió indeciso hacia los oficiales. Hurtando la mirada, preguntó al explorador:

—¿A qué distancia se los ve pasar?

—A menos de un cuarto de legua, mi coronel.

Dublé se revolvía impaciente sobre su caballo. Comprendía que era preciso tomar una determinación.

—Considere usted, mi coronel, que van a reunirse con las tropas aliadas que salvaron de Dolores, a fin de oponerse en un solo bloque al avance de nuestro ejército hacia Arica —argumentó.

—Es posible, coronel Dublé —aceptó Sotomayor, evasivo. Y luego, con amargura, agregó—: Pero yo…, yo no puedo considerarme ya como jefe activo en nuestro ejército. Me han ordenado dirigirme a Iquique para deshacerse de mí. No tengo

facultades para tomar iniciativas.

—Pero, mi coronel Sotomayor… —se escandalizó Dublé Almeyda—, seguramente los derrotaríamos. Nuestra caballería arrollaría a esos infantes fatigados, aunque sean dos mil.

Pero el jefe de la expedición se había encastillado en su actitud negativa:

—No debo entrometerme en las funciones del Comando en Jefe. Mi misión es colocar funcionarios militares en los caseríos que existen entre Agua Santa e Iquique y presentarme después en el cuartel general de ese puerto. No alteraré las órdenes que se me han dado.

Dublé lo contempló abismado.

—¿Deja usted perderse la oportunidad de eliminar uno de los núcleos más importantes del ejército enemigo?… ¿Voluntariamente… y a sabiendas?

—Proseguiremos viaje a Iquique —insistió el coronel Sotomayor, afectando un aire ausente. Vuelto hacia otro de los jefes, le ordenó —: Acamparemos aquí, en Peña Grande, y al alba seguiremos hacia Pozo Almonte y La Noria.

No hubo más discusión. Los oficiales, enfurruñados, se dedicaron a establecer el campamento.

Aquella noche del 24 de noviembre el escuadrón del «Cazadores», mandado por el hermano del ministro, y la división peruana del coronel De los Ríos acamparon a media legua una de la otra: los chilenos en Peña Grande y los peruanos en el caserío de Tirana.

Al clarear, el coronel De los Ríos, que tenía orden de reunirse a toda prisa con las tropas del general Buendía en Tarapacá, puso en pie su división y se internó en el desierto.

A las seis de la mañana el jefe chileno levantaba su campamento y daba orden a sus jinetes de proseguir hacia Pozo Almonte, terminal de la vía férrea que nacía en Iquique.

Anticipándose a la columna marchó el capitán Sofanor Parra con la primera compañía, para posesionarse de Pozo Almonte y evitar una poco probable sorpresa.

Abrasaba el sol del mediodía cuando la descubierta regresó al galope, trayendo a una tropilla de arrieros montados en mulas cordilleranas. Habían sido sorprendidos en mitad de la pampa.

Unos cuantos rebencazos a uno de ellos bastaron para desatarle la lengua. Apresuradamente declararon ser baqueanos argentinos al servicio del ejército de la alianza.

—¿Conque espías merodeando nuestras líneas? —los calificó el coronel Sotomayor. Y a fin de amedrentarlos para obtener mayores revelaciones, agregó—: Los haré fusilar antes de que recen un credo.

—No, no, señor —imploró aterrado el arriero que había recibido los azotes—. Nosotros somos baqueanos no más, extranjeros, neutrales en esta guerra.

—¿Y qué andan haciendo por estos contornos entonces?

—Pues, vinimos a buscar los archivos del Estado Mayor, que se le quedaron atrás al coronel Suárez.

El coronel Sotomayor desprendió un pie del estribo y le propinó un fuerte puntapié en mitad del pecho.

—¡Mientes, sinvergüenza! Los archivos los vino a recoger un gendarme: el que traemos atado sobre el último caballo.

—No le miento, mi señor —protestó el baqueano—. Los vino a buscar un gendarme, como muy bien dice su mercé; pero como el hombre no dio señales de seguir viviendo, el coronel Suárez nos llamó y nos dijo: «Ustedes se me van a buscar esos papelotes y…».

—¿De modo que ustedes vienen directamente de dónde está el ejército del coronel Suárez?

El baqueano vaciló, buscando la forma de echar marcha atrás en su declaración; pero el coronel Sotomayor, que se dio cuenta de su intento, ordenó que desmontasen diez hombres y formaran un piquete de fusilamiento.

—¡No, no. Señor jefe! —gimió el arriero, coreado por sus compañeros—. Efectivamente, venimos desde el campamento del ejército aliado.

—¿En dónde está?

—En… el caserío de Tarapacá, dentro de la quebrada del mismo nombre.

—¿Cuántos soldados lograron reunir los jefes aliados después de la batalla de Dolores?

—Cuatro a cinco mil hombres.

El coronel sintió como si un fulminante le estallara dentro de la cabeza.

—¿Ehhhh? ¿Cuatro a cinco mil hombres? —repitió espantado—. Intentas engañarme, bellaco.

—No, señor, digo la purita *verdá*. El coronel Suárez salvó sus regimientos enteros y los juntó a los soldados que restaron de los regimientos del general Buendía, quienes esperaban en Tarapacá. Y *aura mesmo*, anoche, pasaron hacia allá los ochocientos hombres del coronel De los Ríos, que estaban en Iquique. Así es que sume *usté*.

La alarmante perspectiva se hizo presente en el cerebro del viejo militar chileno. 4500 soldados frente al ejército del general Escala acampado en Dolores no representaban un peligro para el grueso de las fuerzas chilenas; pero el Estado Mayor calculaba que los enemigos no podían pasar de mil hombres, y, en esta creencia, arriesgarían partidas exploradoras, regimientos enteros quizás, que al avanzar hacia el norte serían víctimas de la concentración aliada.

Sin perder un segundo redactó dos partes. Uno fue entregado a un zapador, conocedor del camino que faltaba por recorrer hasta Pozo Almonte, para que lo telegrafiara al ministro, que estaba en Iquique. El otro se confió a un cazador, que debía regresar solo hasta Dolores, para ponerlo en manos del general Escala.

Después de que los dos soldados partieron a toda prisa, la columna reemprendió la marcha, apresurando el trote de los caballos.

La noticia no afectó mucho al ministro Sotomayor, pero irritó al general Baquedano.

—¡Hum, tremebunda sorpresa! —exclamó este último—. Creíamos que no habrían podido reunir más de mil dispersos. ¡Sorpresa, ministro! 4500 enemigos a la altura de Dolores y la caballería descendiendo hacia Iquique. Es un disparate.

—A mí me intranquiliza un poco, general Baquedano —opinó el ministro—. Ojalá no haya imprudentes que se lancen a caballo a registrar el desierto sin saber con cuántos enemigos tendrán que verse las caras.

—A usted lo intranquiliza; a mí me crispa. Soy general de caballería y no me siento cómodo lejos de mis escuadrones.

Ruégole, pues, que tan pronto llegue el general Escala a Iquique me permita regresar al campamento de Dolores.

Pero la urgencia del general Baquedano no pudo ser satisfecha. El general Escala comunicó por telégrafo que el descarrilamiento de una locomotora en la vía de

Dolores-Pisagua

lo retardaba en dos días más. Además, informaba que el campamento no estaba ya en Dolores, sino en Santa Catalina, habiendo permanecido en la aguada sólo el cuartel general.

—¡Qué diablos, aguantaré aún dos días! —rezongó Baquedano —. Pero estoy nervioso, sumamente nervioso, pensando en mis jinetes. Son capaces de haberse metido en el desierto sin tomar precauciones.

—Yo también lo temo —reconoció el ministro—. Los comandantes creen que la guerra en el desierto es lanzarse al galope a buscar enemigos. Y olvidan que el enemigo más temible es la falta de agua, de alimentos, de forraje, de municiones.

Los temores del ministro y del general Baquedano habrían subido de punto vertiginosamente si hubieran podido conocer lo que ocurría en aquellos momentos en el cuartel general ubicado en Dolores. El propio enviado por el coronel Sotomayor se extravió en el desierto, y el comandante en jefe no se enteró del alarmante mensaje que se le mandaba. En cambio, estaba esperando que se le avisara que se había despejado la vía férrea hacia Pisagua, cuando se presentó el capitán Emilio Gana, ayudante del comandante Vergara. Venía a mata caballo desde el campamento de Santa Catalina.

—Mi comandante Vergara acampó con los granaderos y la compañía de zapadores que lo acompañan en Dibujo, mi general. Y desde allí envió en exploración hacia el este al capitán Andrés Layseca, práctico en esa región.

—Pero ¿hacia dónde marcha con su avanzada el comandante Vergara, capitán? —inquirió el general, que nunca estaba seguro de los movimientos del coronel de milicias.

—Hacia la quebrada de Tarapacá, mi general. Informaciones recogidas entre los indios y arrieros que encontramos en Dibujo nos hicieron suponer que los enemigos dispersos se están concentrando en el poblacho que hay en el fondo de ella.

—¿Han confirmado ustedes en qué cantidad?

—No muchos más de los mil que dijo el general boliviano Villegas, señor. Nuestros granaderos capturaron, antes de que regresara el capitán Layseca, a un baqueano que trataba de recoger el equipaje de un oficial artillero peruano. Interrogado, confesó que los dispersos se habían reunido en el pueblo de Tarapacá y que no pasaban de 1500 hombres.

—¡Ajá! Mil quinientos —exclamó el general Escala, sin alarmarse. Y aunque sabía que las tropas que acompañaban al comandante Vergara sumaban apenas 398 soldados, dejó escapar con entusiasmo—: Bueno sería que los granaderos se les dejaran caer al venir el día y les dieran un malón como saben darlo.

—Esa fue la primitiva intención de mi comandante Vergara —aclaró el capitán Gana—; pero, por precaución de que pudieran ser más, me envió al campamento de Santa Catalina a pedir a mi coronel Arteaga que le prestara un batallón del «2.º de Línea».

El general Escala hizo una mueca desdeñosa.

—Bien, ¿y por qué no partió ese batallón? El comandante Eleuterio Ramírez debió haber dispuesto su marcha en el acto.

—Sí, mi general; pero la noticia de que mi comandante Vergara está a punto de liquidar en una encerrona a los enemigos trascendió en el campamento de Santa Catalina, y todos los regimientos se alborotaron exigiendo ser de la partida. Todos quieren combatir en Tarapacá.

—¡Ah, es que no pueden ir todos! —rezongó el general—. Tenemos que dejar guarnición en Santa Catalina, y además es innecesario.

—Ésa es la razón de mi viaje hasta aquí, mi general: pedirle que decida usted cuáles batallones deberán ir.

El comandante en jefe del ejército esbozó una sonrisa campechana. Aunque le parecía una pérdida de tiempo dar tanta importancia a una acción tan insignificante, se puso a seleccionar los cuerpos que marcharían a Tarapacá. Su designación favoreció al regimiento «2.º de Línea», al batallón «Artillería de Marina» y al batallón «Chacabuco». Luego, sólo por dar oportunidad a otros elementos, agregó una batería de montaña y una escolta de 30 cazadores.

—En total, 1840 hombres —sumó.

—Que agregados a los 400 que marchaban con mi comandante Vergara suben a 2300, más o menos —resumió el capitán Gana—. Bastan para terminar hasta con 3000 enemigos.

—¡Bah, son demasiados! —protestó el general, condescendiente —. En fin, sea. Aunque no me explico ese afán por ir a pelear en esa aldehuela de Tarapacá.

El capitán Gana sí se lo explicaba, pero no se lo dijo. Cuando regresaba galopando hacia el campamento de Santa Catalina, pensaba en ello. Todos los soldados presumían que los enemigos refugiados en Tarapacá eran los últimos restos del ejército de la alianza, los que, al ser derrotados, podrían provocar el término de la guerra. Si eso ocurría, muchos se quedarían sin haber participado en una batalla. Y nadie quería perderse esta última oportunidad.

Marchando esforzadamente sobre el áspero terreno calichero, la división Arteaga avanzó toda la noche del 25 al 26 de noviembre.

Embriagados con la idea de que los enemigos estaban encerrados en la quebrada de Tarapacá, donde serían exterminados rápidamente, los encargados del abastecimiento tomaron medidas para una aventura de no más de dos días.

Al amanecer de 26, deshechos por el cansancio, aunque con el ánimo exaltado, los soldados llegaron a Dibujo, donde confiaban encontrar al pelotón del comandante Vergara. Pero allí sólo se mostraban, blanqueados por un sol inclemente, dos casuchas de barro y piedra, un pozo provisto de un balde y el alférez de granaderos Liborio Letelier, que esperaba en compañía de un soldado.

El coronel Arteaga saludó con extrañeza al alférez.

—¿Cómo es esto? La columna del comandante Vergara debió esperarme aquí y no proseguir sin haber recibido mis órdenes.

El alférez se desconcertó.

—Mi comandante Vergara continuó hacia el oriente, mi coronel, ordenándome informar a usted sobre la ruta que sigue.

—Pero esto no puede ser así —protestó, sin cólera, el coronel—; estamos haciendo la guerra. ¿Qué se ha creído el comandante Vergara? ¿Y el jefe del «Zapadores» dónde está?

El comandante Ricardo Santa Cruz había partido también hacia Tarapacá, así como la batería de montaña del subteniente Ortúzar. Y dos horas más tarde los había imitado el capitán Villagrán con sus

granaderos.

—¿También hacia Tarapacá? —preguntó Arteaga, fastidiado.

—Sí, mi coronel. Las instrucciones dadas por mi comandante Vergara fueron reunirse en la Pampa de Isluga, a media legua del pueblo de Tarapacá.

—¡Caramba, esto es realmente insubordinarse! —prorrumpió el jefe de la división—. ¿Cómo diablos puede ser tan imprudente Vergara? Meter a sus cuatrocientos hombres en un territorio desconocido, donde existen mil enemigos…, o quizás más.

El comandante Eleuterio Ramírez, del «2.º de Línea», terció diciendo:

—Si Vergara se ha adelantado, debe ser porque tenía alguna razón poderosa para hacerlo, mi coronel; y habrá tomado las precauciones necesarias.

—Efectivamente —se apresuró a confirmar el alférez Letelier—. Mandó adelante de la columna al capitán Andrés Layseca, acompañado por un baqueano de nombre Policarpo, con la orden de explorar la ruta hasta la quebrada de Tarapacá y averiguar el monto de los enemigos que se esconden allí.

—¡Uf, menos mal! —bufó aliviado Arteaga. Volviéndose al comandante del «2.º de Línea», le confesó—: Le aseguro, Eleuterio, que en el primer momento pensé ordenar media vuelta y regresar al campamento de Santa Catalina, enviando, al mismo tiempo, un emisario a Vergara para que suspendiera su operación y retornara también.

Ramírez se echó atrás en la montura.

—¡Oh, no, mi coronel, por Dios! ¿Cómo puede usted pensar en privarnos de esta oportunidad de demostrar lo que valemos? No. Yo, en nombre de mis muchachos, que no pudieron actuar en Pisagua ni en Dolores, le pido encarecidamente que prosigamos hacia Tarapacá y ataquemos con Vergara a las tropas enemigas.

—Bien, bien, sea; continuaremos. Pero como no podemos ser tan irreflexivos como Vergara, vamos a concentrarnos aquí. El alférez Letelier galopará hasta dar alcance a su comandante y le llevará mi orden de regresar a este sitio. —Sacó un pesado reloj de plata del cinto. Eran las siete de la mañana—. ¿A qué hora cree usted, alférez, que podrá estar aquí la columna del comandante Vergara?

—Todo depende de lo que haya profundizado en el desierto, mi

coronel. Pero calculo que, por mucho que nos demoremos, a las cinco de la tarde.

—Bien, parta entonces.

Mientras el joven oficial se alejaba, el comandante Ramírez reflexionó:

—Nos vamos a achicharrar, mi coronel. Tendremos que pasar el día a pleno sol, y pica ya como llamarada del infierno.

Antes de media hora, observando el fondo barroso y caldeado de lo que se llamaba pozo de Dibujo, pensó; «Tenemos que racionar rígidamente el agua», y sus ojos se fueron a las caramayolas de los soldados. Sin duda estaban ya medias; nadie les había advertido que les sería preciso medirse. Inconscientemente su mirada saltó a los morrales. «No deben contener más de dos raciones de víveres», calculó. Ya más inquieto, clavó las pupilas en la cola de la columna, lugar en que viajaban los carros con forraje, y sintió que un estremecimiento le corría por la espina dorsal.

—No hemos traído forraje para los animales, mi coronel —fue a participarle al jefe de la expedición.

Éste se dio una palmada en la frente y contempló aterrado la masa de animales que se agitaban desasosegados.

—¡Condenación! —exclamó—. ¿Ve usted, Eleuterio? Por salir a la carrera.

Las mulas que arrastraban los cañones se mordisqueaban las colas, inquietas.

—Tendremos que apresurar las acciones, mi coronel —le advirtió en voz baja el comandante Ramírez—; avanzar rápidamente sobre Tarapacá y apoderarnos de los alimentos y pozos de los enemigos, al mismo tiempo que de los pastizales del fondo de esa quebrada. De lo contrario…

No terminó su vaticinio, pero el coronel Arteaga comprendió el final. De lo contrario, las bestias morirían de hambre y de sed y hasta ellos mismos podían perecer. Los ojos del coronel Arteaga bailaron consternados por sobre los hombres que reposaban a los lados del sendero. Ninguno manifestaba inquietud todavía. Eso lo tranquilizó un tanto. Por otra parte, el alférez Letelier se perdía ya galopando sobre el horizonte. Si el comandante Vergara se les unía esa tarde, al amanecer del día siguiente podrían caer sobre Tarapacá, y todo no habría pasado más allá de ser una noche a

medio ayuno.

Pero los hechos no se dieron. Aquella misma tarde se desató un vendaval que comenzó a barrer la pampa, borrando los senderos y envolviendo a la columna en una arenisca flotante que enceguecía a los soldados. El segundo obstáculo fue la estimación que tenía de los hechos el propio comandante Vergara.

—¿Volver con mis hombres hasta Dibujo? —expresó, irritado, cuando recibió el mensaje de labios del alférez Letelier—. ¡Es absurdo e imposible! Nos hemos adentrado demasiado en la pampa para regresar sin haber descansado ni haber hecho nada positivo.

No expresaba, sin embargo, la totalidad de su pensamiento.

Las bestias marchaban con los hocicos pegados al suelo, venteando vanamente el agua. Los soldados iban mudos y sombríos por la fatiga y la sed. El agua se les había acabado hacía más de diez horas y los miserables trozos de charqui salado que les quedaban se les hacían difíciles de tragar.

—No tenemos forraje, ni víveres, ni agua —resumió el comandante Vergara—. ¿Podemos contramarchar a través del desierto? ¡No, alférez! El agua, el pasto y la comida están allá, a tres leguas de distancia, en el fondo de la zanja donde se esconde el pueblo de Tarapacá.

—¿Va usted a continuar entonces la marcha, sólo con sus 398 soldados?

—No. El comandante Santa Cruz acampará en esta pampa con sus zapadores y los granaderos, y usted regresará donde el coronel Arteaga para proponerle que avance con su división hasta aquí. En el tiempo que usted demore en llevar el mensaje y el coronel en traer su gente a este sitio, yo alcanzo a ir y volver hasta Tarapacá y tomar contacto con el explorador Layseca y su baqueano.

Dos días hacía que el capitán Andrés Layseca rondaba el gigantesco tajo abierto en la pampa lisa, tajo en cuyo fondo se divisaba Tarapacá, caserío de achatadas casas de barro. Un hilo de agua, que descendía por la quilla de la quebrada desde el lejano volcán de Isluga, cortaba en dos la aldea.

La grieta, abierta por un antiguo cataclismo en la planicie

arenosa, tiene doscientos metros de ancho y setenta de profundidad; nace en la cordillera, en las lagunas de Isluga, serpentea a través de la pampa, descendiendo del nordeste al suroeste, alimentando con su vena de agua a una veintena de caseríos poblados por infelices descendientes de los incas.

El pueblo principal es Tarapacá, ubicado al final de la quebrada, allí donde ésta se ensancha como una gran bolsa. En el extremo nordeste de esta bolsa, cerrando el cauce de la quebrada como una compuerta, está el caserío indio de Quillaguasa. El desagüe, por el sudoeste, lo intercepta el poblado minero de Guarasiña. En el centro, equidistante de ambas aldeas, está Tarapacá.

Desde el borde de las escarpadas laderas, al nivel del desierto, los exploradores lo divisaban en el fondo de la cuenca ovalada, empequeñecido y semiderruido por el terremoto de 1877.

Layseca había permanecido desde la noche del 24 de noviembre asomado sobre el caserío de Quillaguasa. Tendido en el suelo, observaba los movimientos de las tropas acampadas en Tarapacá. Su ayudante, el arriero Policarpo Valdés, iba y venía en exploraciones, mientras el viento de la pampa los azotaba incansable. Al atardecer del 26 regresaba del caserío de Sibaya, que está más arriba en la quebrada, hacia la cordillera. No había encontrado tropas enemigas allí.

—En Sibaya no los admitirían —lo ilustró el capitán Layseca, mientras el arriero se tumbaba a su lado, rendido por la cabalgata —. Los de Sibaya odian a los de Tarapacá. Lo sé porque viví allí unos cuantos años.

¿Vivió usted en ese rancherío indecente, mi capitán?

El viejo Layseca se tumbó de espaldas, con la nuca sobre las manos cruzadas.

—Tuve unas minas de azufre cerca del caserío, un poco más hacia la cordillera. Pero me reventó un maldito cura que manejaba la parroquia de Sibaya como si fuera un fuerte.

—¿Y por qué se le portó mal el «pairecito», mi capitán? Algo le haría usted —reflexionó el arriero.

—Nada, hombre; no le hice nada. —Layseca rió—. Lo que pasó fue que al cura le gustaban las mocitas indias y las probaba él antes de casarlas. Como yo lo sorprendí en sus manejos y lo amenacé con denunciarlo, tomó contra mí una venganza digna de un jesuita. Me

juró guerra a muerte y me derrotó el muy pícaro. ¿Sabes cómo. Policarpo?

El arriero negó, moviendo la cabeza.

—Comenzó a predicar a los indios que mis minas de azufre eran minas de frío y que por culpa de ellas se les helaban las cosechas de maíz, alfalfa y trigo y les entraba peste a las viñas.

—¡*Güen* dar con el curita *bandío*!

Un sordo retemblar de la tierra se oyó a la distancia. El capitán se hizo rodar sobre sus costillas y miró hacia el poniente.

—¡Chist, no te muevas, Policarpo!

Extendida como un reguero de hormigas, una procesión de soldados avanzaba por el desierto hacia la ladera sur de la quebrada. La distancia hacía imposible calcular su número, pero a los exploradores no les cupo duda de que sus uniformes eran peruanos.

—Acerquémonos —ordenó Layseca—, como está por anochecer, podremos aproximarnos sin ser vistos.

Comenzaron a reptar por entre las dunas paralelas al barranco. Sus atavíos de arrieros y el amarillento de sus mantas los mimetizaban con la tierra salitrosa. Sobre la cresta de un montículo, a no más de una cuadra del sitio por donde los soldados comenzaban a bajar a Tarapacá, se pusieron a observar.

—Vienen pasando tan rotos y entierrados, que los veo a *toos* igualitos, mi capitán —rezongaba el ayudante—. Parecen ánimas *arrancás* del purgatorio.

Gracias a los anteojos, Layseca pudo identificarlos. Primero reconoció al sargento mayor Tomás Bailón, al que había tratado en Iquique; luego al capitán y escritor Matías Olivencia, después a los capitanes Burgos y Ocampo, y, por último, al infame capitán Lorenzo Infantas, que se destacara por la crueldad con que obligó a realizar trabajos forzados en Iquique a los prisioneros de la *Esmeralda*.

Por su parte, Policarpo Valdés había logrado reconocer a un famoso oficial boliviano: Gonzalo Flor.

—No hay dudas, son las fuerzas del coronel De los Ríos que vienen desde Iquique —resumió Layseca, mordiéndose los nudillos de su diestra sarmentosa. Calculaba que eran unos ochocientos hombres. Esta cantidad, sumada a la de los soldados acampados

abajo, comenzaba a parecerle bastante más considerable de la imaginada.

Su ayudante, adivinándole el pensamiento, le susurró inquieto:

—Parece que van siendo harto más de los que pensaba mi comandante Vergara, ¿no?…

Layseca asintió, preocupado.

—Vamos a tener que bajar a contarlos con nuestros propios ojos, Policarpo —decidió.

—Peligrosa aventura, mi capitán.

El oficial lo comprendía perfectamente, pero confiaba en su disfraz de arriero indio.

—Voy a bajar ahora que está obscureciendo, Policarpo. Espérame aquí hasta el amanecer. Si no he regresado a las siete, arráncate al campamento de Pampa Isluga y cuéntale a mi comandante Vergara lo que hemos visto.

Policarpo Valdés se quedó solo y la noche cayó sobre la pampa. El viento soplaba en ráfagas heladas con monotonía exasperante. El arriero había ido a recoger los caballos y, después de hacerlos echarse, trataba de hallar calor apelotonándose entre ellos.

—¡Malhaya el «penetro» que hace en estos condenados desiertos! —se lamentaba, sin poder dormir.

Finalmente, el cansancio le hizo caer en un sueño agitado y penoso. Repentinamente despertó sobresaltado por una serie de estampidos que surgían desde el fondo de la quebrada.

«¡Por la Virgen, están baleando a mi capitán Layseca!» —pensó. Y a gatas corrió hasta el borde del barranco. Pero entonces cesaron los tiros.

—Se acabó —murmuró tembloroso—. Pobre mi capitancito, tan *güena* persona que era.

Pero volvieron a estallar los disparos y sus fogonazos eran claramente visibles. Pronto se unieron a ellos varias luces de antorchas que corrían culebreando por donde se adivinaba el caserío de Tarapacá.

—¡Gran puta, parece que no se ha terminado *na* mi capitán! —profirió Policarpo, con todos los músculos en tensión.

Súbitamente cesaron los disparos. Las antorchas continuaron moviéndose aún durante largo rato, y por fin terminaron por apagarse. El silencio volvió al desierto.

Policarpo Valdés se quedó sentado al borde del barranco, aturdido, sin saber qué pensar. Olvidado ya del frío y del sueño, se aguantó hasta el alba. La tensión que tuvo que soportar fue tanta que, cuando repentinamente oyó rodar piedras en la ladera, lejos de requerir su fusil para defenderse, corrió hacia abajo llamando en voz baja:

—¡Mi capitán Layseca!… Mi capitán, ¿es usted?

Afortunadamente era él. Subía a gatas, afirmándose con una mano de los riscos. A la luz lechosa del alba, Policarpo pudo ver que traía el hombro izquierdo empapado en sangre. En dos saltos estuvo a su lado y lo ayudó a trepar lo que faltaba.

El capitán Layseca se dejó caer pesadamente.

—Me topé con una patrulla del regimiento «2 de Mayo», un soldado me dio el alto en quichua. Era lo peor que podía pasarme. No me quedó otra que lanzarme por entre las patas de sus caballos y escabullirme en la obscuridad. Pero se armaron de tizones y uno de esos condenados caballos crespos de los indios me delató con sus resoplidos. Tuve que arrancar de nuevo y me hicieron llover balas hasta que me metieron una en este hombro. Pero me escondí entre una manada de vacas y bueyes y conseguí hacerme humo.

El ayudante meneó la cabeza, satisfecho de su jefe. Arrodillándose a su lado intentó abrirle la chaqueta para revisarle la herida.

—No, hombre, no; no podemos perder tiempo —lo rechazó Layseca—. Hay que partir inmediatamente hacia el campamento de Isluga para detener a nuestros compañeros.

—¿Detenerlos?…

—Cuanto antes. Tenemos que evitar que lleguen a Tarapacá.

—Pero… ¿por qué, mi capitán? ¿No íbamos a tomarnos Tarapacá y a machacar a los enemigos?

Layseca agitó la cabeza desesperadamente.

—¡Machacar a los enemigos! —barbotó—. Si los nuestros llegan a Tarapacá, los machacados serán ellos, Policarpo. Allá abajo está el ejército de la alianza casi completo…, con toda su artillería y sus municiones.

Policarpo Valdés se quedó boquiabierto, sin comprender plenamente a su jefe. Sólo atinó a mirarle el cuajaron de sangre y a decirle:

—Marchando bajo la tremenda calor, la sangre le va a hervir en la herida, don Andrés.

—Irás tú solo, Policarpo. Monta a caballo y corre hasta donde está el comandante Vergara para decirle que nada puede contra los cuatro mil y tantos soldados que hay en Tarapacá, y que es mejor que regrese a Santa Catalina antes de que el sol, la sed y el hambre le maten a los soldados y a las bestias.

El arriero no se decidía a moverse. Sabía que dejar ahí a su capitán era condenarlo a morir. Pero Layseca lo obligó a montar, arguyéndole que muchos más chilenos morirían en la ratonera de Tarapacá si no se los detenía a tiempo.

No obstante, antes de partir, el fiel ayudante, a pesar de los rezongos de su capitán, lo dejó sobre el otro caballo y le ató los pies por debajo del vientre de la bestia Enseguida comenzó a galopar hacia el suroeste.

Layseca puso su caballo en marcha y, aferrado desesperadamente a las crines lo encauzó en la misma dirección. Pero muy pronto la vista comenzó a nublársele y fue cayendo pesadamente sobre el cuello del animal. Cuando estaba ya por perder definitivamente el sentido, oyó el galope de unos caballos y, a través de la niebla que le disminuía la vista, alcanzó a divisar al propio comandante Vergara. Alguien le desató los pies y varios brazos lo bajaron cuidadosamente. El ardor de una bocanada de aguardiente lo volvió a la realidad. Junto a él estaban Policarpo, el comandante Vergara y cuatro granaderos.

—Mi comandante —balbuceó—, es imposible atacar Tarapacá con las tropas de la división de mi coronel Arteaga.

—¿Cómo que imposible? La división de Arteaga suma 2300 hombres.

—En Tarapacá hay entre 4000 y 5000 soldados enemigos.

—No puede ser. Usted tiene que haberse equivocado —lo contradijo el comandante Vergara con terquedad.

Layseca volvió hacia él su rostro:

—No me equivoqué, señor —protestó—. En Tarapacá hay más de 4000 soldados con caballos forrajeados, agua abundante y mucha artillería. Además, la división del coronel De los Ríos les trajo mucha munición desde Iquique. —La actitud imperturbable del comandante lo desesperó—: Créame, don José Francisco —

imploró—. Vuelva con sus tropas al campamento de Santa Catalina.

—¿Volver a Santa Catalina? —Vergara se había puesto de pie y se movía junto al herido, exasperado—. Hacer cruzar de nuevo el desierto a una tropa que marcha desde hace dos días, que no ha bebido desde hace veinticuatro horas, que hizo su última comida hace 20 horas, que se va desmembrando en docenas de rezagados; hacer volver a una caballería cuyos animales no comen desde hace dos días completos, guiar por la pampa unas mulas que traen el cuero sollamado por el roce de los correajes con que tiran de los cañones… ¡No, no, capitán Layseca; ya no podemos volver!

Layseca empezaba a desvanecerse nuevamente, pero tuvo ánimo para susurrar:

—Quedarse en el desierto es morir.

—En la profundidad de esa quebrada están el agua, el pasto, los víveres —saltó el comandante Vergara.

—Y también cuatro mil y tantos fusiles e igual número de bayonetas —puntualizó el herido.

—Habrá que afrontarlos.

El comandante Vergara no dijo más. Ordenó a los granaderos que echaran sobre un caballo al herido y volvió a montar en el suyo.

—Mi comandante, recapacite… —intentó argumentar el capitán; pero Vergara no le prestó atención.

—¡Atención, piquete…, galope…, maar! —ordenó inflexible—. Regresemos a Isluga para planear el asalto de Tarapacá.

El grupo de jinetes se perdió aceleradamente en el desierto.

Gimiendo dolorosamente, el viento batía el campamento avanzado en la Pampa de Isluga. Amontonados en torno a cinco tiendas sujetas con estacas en la arena, los zapadores se mordían los labios para acallar las protestas que pugnaban por brotarles en palabrotas por la penuria a que los había conducido el comandante Vergara. Éste aún no regresaba de su exploración. El comandante del «Zapadores», Ricardo Santa Cruz, no se atrevía a mirar a sus hombres.

A unos metros del grupo de infantes, los granaderos trataban de

calmar a sus caballos. Venían marchando a través de la Pampa del Tamarugal desde el día 25 y desde entonces no habían recibido forraje ni agua. Relinchando, luchaban por cortar las maneas en un desesperado afán de correr hacia el agua, engañados por la humedad del aire de la noche.

Sentado sobre su mochila, un muchacho de quince años, el alférez Francisco Silva Basterrica, lamía tristemente los pliegues de su capote, donde se habían prendido algunas gotas de la camanchaca.

Alrededor de las nueve de la noche llegó al vivac la división del coronel Luis Arteaga. Venía desde Dibujo realizando una marcha tan penosa como la que habían hecho los zapadores y granaderos. Los soldados del campamento corrieron a su encuentro. De todas las gargantas se escapaba el mismo clamor:

—¡Agua!… ¡Agua, compañeros, por favor!… ¡Agua!…

Hasta el propio comandante Santa Cruz se acercó al coronel Luis Arteaga y, afirmado en el cuello del caballo de su superior, le demandó esperanzado:

—¡Un sorbo de agua, mi coronel Arteaga!

El coronel destapó su cantimplora y la puso boca abajo.

—¿Cómo? —exclamó aterrado el jefe de los zapadores—. ¿No traen ustedes…?

—¿Confiaban ustedes en que nosotros…? —articuló penosamente el coronel Arteaga.

—¡Naturalmente! —gimió el comandante consternado—. Mire a esos pobres zapadores y granaderos. Están desesperados de sed.

—El aprovisionamiento de las tropas fue muy precipitado… —se disculpó el coronel—. La aguada de Dibujo era un pozo pestilente y barroso y creímos que aquí, en Isluga, había otro con mejor agua…

Santa Cruz clavó su mirada desconcertada en el coronel. El jefe de la división bajó la cara avergonzado.

—Estamos perdidos —murmuró Santa Cruz—. Tendremos que contramarchar inmediatamente hacia Dibujo.

—¿Contramarchar? ¿Ahora? ¡No, imposible, comandante! —Se volvió sobre la montura e indicó con la diestra hacia la retaguardia de su columna—. Traigo una melga de más de dos kilómetros de rezagados —confesó.

El comandante Santa Cruz no pudo seguir hablándole. Le volvió

la espalda y fue a sentarse sobre su silla de montar, frente a su tienda.

En hosco silencio, las tropas de la división del coronel Arteaga levantaron su campamento a un costado del anterior. Y comenzaron a pasar las horas.

La primera noticia de la llegada de las tropas de Arteaga la tuvo el comandante Vergara cuando regresaba al campamento, al divisar el gran numero de fogatas encendidas. Espoleó su caballo y obligándolo a sobreponerse a la fatiga lo hizo galopar hasta las tiendas.

El coronel Arteaga lo esperaba impaciente. Pero antes de que él hablara lo hizo el comandante Santa Cruz, quien exigió el regreso inmediato a Dibujo.

—¿Regresar a Dibujo? —exclamó Vergara—. ¿Abandonar la empresa cuando hemos atravesado el desierto y estamos al borde de la madriguera de los enemigos?

—No sólo regresar a Dibujo —insistió el jefe de los zapadores—, sino hasta el campamento de Santa Catalina; y no volveremos a intentar otro ataque si no es organizado con la minuciosidad que exigen estas acciones.

—Las tropas están enloquecidas por la sed y agotadas por el cansancio —lo apoyó tímidamente el coronel Arteaga.

Pero el comandante Vergara estaba embriagado con la idea de obtener una victoria en Tarapacá.

—¡El remedio está allá abajo! —expresó duramente—. En el fondo de la quebrada de Tarapacá hay agua para hartarnos, y los enemigos, vencidos, nos proporcionarán víveres y forraje.

Arteaga pensó objetar que no era posible una victoria con soldados que apenas podían tenerse en pie. Pero Vergara no le dejó la oportunidad de hacerlo; seguía hablando notoriamente fuera de sí.

—La concentración enemiga no pasa de dos mil hombres —afirmaba, y, sin embargo, tenía fresca la información del capitán Layseca, que había contado más de cuatro mil quinientos—. Los soldados que el general Buendía ha logrado refugiar en la quebrada están vencidos antes de combatir; el pánico que supieron infundirles nuestros valientes en la batalla de Dolores los domina todavía. Además, están metidos en un ataúd de piedra del que no podrán

salir. —Le chispeaban los ojos al exponer su plan, y los otros dos jefes, pese al desaliento en que se hallaban, comenzaban a contagiarse de su ardor—. Caeremos por sorpresa sobre ellos y los coparemos; será un verdadero rodeo a la chilena. Vean ustedes. —Cogió una estaca de las que servían para alimentar las fogatas y trazó una raya en el suelo—. Ésta es la quebrada. Dividiremos nuestras fuerzas en tres secciones. Dos cerrarán las salidas por ambos extremos y la tercera caerá sobre los enemigos como una tapa. Tendrán que rendirse sin mucha resistencia. En un par de horas habremos aprisionado al grueso del ejército aliado.

—Pero si ni siquiera conocemos el terreno —le opuso el coronel Arteaga, sin mucha energía.

—Yo lo conozco. —Vergara volvió a inclinarse sobre el trazo que había dibujado y fue describiendo la quebrada—: Es como un profundo pasadizo de piedra que se extiende del nordeste al sudoeste. El pueblo de Tarapacá está en la parte más próxima a la desembocadura del sudoeste, allí donde la grieta se ensancha para abrirse a la pampa. Este pasadizo tiene dos salidas: una, al nordeste, donde está el caserío indio de Quillaguasa; la otra, por el sudoeste, hacia la pampa, por el poblado de Guarasiña. El plan consiste, pues, en que una de nuestras secciones se apodere de Quillaguasa y otra de Guarasiña. Y la tercera se les dejará caer desde arriba, por el medio de la quebrada, aplastándolos.

Santa Cruz y Arteaga hicieron un gesto denotando que entendían; pero el jefe de los zapadores opuso aún una duda:

—¿Está usted seguro de que no existen más rutas de entrada o salida, comandante Vergara?

—Completamente seguro. El sendero que entra por Guarasiña es el que viene de Iquique. Podría cubrirlo el regimiento «2.º de Línea». El que desciende a la quebrada por Quillaguasa, y que se llama camino de Caranga, puede ser copado por los zapadores suyos, comandante Santa Cruz.

El rostro del coronel Arteaga se iluminó. Comprendía que a él le estaría encomendada la acción más brillante, la de desprenderse desde los bordes por el medio de la quebrada.

—La tercera sección podría ser formada por los del «Chacabuco», reforzados por algunas piezas de artillería —propuso.

—Exactamente, mi coronel —aceptó Vergara, entusiasmado—.

Sorprenderemos a los enemigos durante el sueño. El «2.º de Línea», que entrará en la quebrada por el sudoeste, los empujará contra el fondo, donde estarán, formando un taco, las bayonetas de los zapadores suyos, comandante Santa Cruz. Y cuando la desmoralización comience a hacer presa de ellos, usted, mi coronel Arteaga, les caerá encima desde el borde del barranco.

Arteaga se había dejado arrebatar por el optimismo del comandante Vergara, olvidando la extenuación de los tropas y la penosísima situación en que se encontraban.

—El plan es prometedor —celebró. Pero, no obstante, quiso recabar la opinión del jefe de los zapadores—. ¿Qué le parece a usted, Santa Cruz?

El interpelado eludió una respuesta categórica.

—Si mis zapadores pudieran aplacar un poco su sed, garantizaría el triunfo… —expresó.

—En el desierto el agua es más valiosa que el oro. Por ella se muere o se vence —saltó el comandante Vergara—. ¡Allá abajo, en Tarapacá, está el agua! ¡Conquistémosla con las bayonetas!

Eran las 11.35 de la noche. La acción fue fijada para las tres de la madrugada. Un corneta llamó a reunión de oficiales, y en la tienda del comandante Ricardo Santa Cruz se estudiaron el orden de avance y la distribución de las tropas.

La primera sección, al mando de Santa Cruz, estaría formada por el «Zapadores», la compañía guerrillera del «2.º de Línea», los granaderos a caballo y cuatro piezas de artillería Krupp, dirigidas por el teniente Fuentes. Entraría en la quebrada por el nordeste, posesionándose de Quillaguasa. Después de dar de beber a hombres y caballerías, debería desplegarse a lo ancho del barranco para cerrar su salida.

La segunda sección, al mando del teniente coronel Eleuterio Ramírez, estaría compuesta por las siete compañías restantes del «2.º de Línea», dos cañones de bronce de la artillería de marina y los 30 jinetes del «Cazadores» que venían en la expedición.

—¿Cuál será nuestra misión? —consultó el comandante Ramírez al coronel Arteaga.

—Actuar como el émbolo que comprima a los enemigos contra el fondo de la quebrada. Entrarán a ella por el caserío de Guarasiña y presionarán sin detenerse hasta llegar al pueblo de Tarapacá.

Vergara puso bajo los ojos del comandante Ramírez un croquis que había dibujado y le indicó por dónde debía entrar a la quebrada.

—Por aquí, comandante. En este sitio existe una cuesta que se llama Bisagra y que baja a Guarasiña.

—Comprendido, comandante Vergara.

—¡Ah! Al avanzar por el fondo de la quebrada, comandante Ramírez, escoja un sendero que corre por la derecha de un angosto torrente. Por otras partes el terreno es muy quebrado y difícil.

—Gracias nuevamente, comandante Vergara —respondió el jefe del «2.º de Línea» con un leve acento burlón. Lo divertían los aires de táctico que se daba el «cucalón».

Si Vergara captó la burla, no tuvo tiempo de replicar, porque el coronel Arteaga seguía dando instrucciones.

—La tercera sección, guiada por mí, estará formada por el regimiento «Chacabuco», la artillería de marina y dos piezas de montaña. Atacará por el flanco, precipitándose de alto abajo sobre los enemigos.

El comandante Eleuterio Ramírez no se quedó a oír más detalles. Salió de la tienda tras el comandante Santa Cruz, y como él, a preparar sus tropas. Pero no había caminado muchos pasos, cuando un hombre le interceptó el camino. Dijo:

—Buenas noches, capitán Layseca. ¿Está usted herido?

—Sí, sí —le respondió apresuradamente el baqueano, y tomándolo de un brazo hizo ademán de alejarlo de donde se celebraba la reunión de oficiales—. Escúcheme en privado, mi comandante, por favor.

Ramírez lo contempló extrañado.

—¿Es preciso tanta cautela, capitán?

—Sí, mi comandante. Si fuera sorprendido me castigarían. El comandante Vergara es uno de los favoritos de mi general Escala.

Ramírez se detuvo en seco.

—¡Capitán Layseca, no entra en mis hábitos soportar a los intrigantes!

El práctico se irguió, pálido.

—No lo soy, ni admito que se me considere así, mi comandante —protestó—. Si me he atrevido a llamarlo aparte es porque necesito decirle que lo mandan al matadero.

—¿Qué majadería está usted diciendo?

—Yo fui el explorador que descendió al fondo de la quebrada de Tarapacá y quien averiguó cuántos eran los enemigos.

Eleuterio Ramírez lo observó atentamente durante varios segundos. Luego le preguntó:

—¿Y qué vio usted?

—Vi…, vi que en Tarapacá hay 4000 ó 5000 soldados, y no 1500 como está asegurando el comandante Ver…

—¡Cállese!

Ramírez se había quedado rígido. Luego una duda se reflejó en su rostro.

—¿No puede usted haberse equivocado y ser el comandante Vergara quien está en lo cierto?

—No suelo equivocarme, mi comandante. Yo bajé al fondo de la quebrada; el comandante Vergara ni siquiera llegó al borde; se guía por informes obtenidos de prisioneros y arrieros. Créame, mi comandante: yo vi a los enemigos. Asistí a la llegada de la división del coronel De los Ríos que venía desde Iquique. Reconocí a varios de sus oficiales. Vi al comandante Alfonso Ugarte, vi…, ¡en fin, pude comprobar que esa sola división traía más de 800 hombres! —Hizo una pausa. Después rogó—: Comandante, intervenga usted para que no se realice este ataque.

—Me tomarían por un cobarde. Sólo podría fundar mi negativa diciendo que el práctico Layseca cree que son más numerosos los enemigos, y eso…

—Nuestros soldados irán a la muerte, mi comandante —insistió con desesperación el capitán.

El jefe del «2.º de Línea» se trazó rápidamente el cuadro que se formaría si él se oponía al ataque. Todos los comandantes tenían la más firme esperanza en la conquista de la quebrada de Tarapacá para solucionar el problema de la sed, el hambre y la fatiga de sus hombres. Prohibirles marchar a Tarapacá era introducir el caos en la expedición. Obligarlos a cruzar nuevamente el desierto rumbo a Santa Catalina, era provocar la insubordinación y el desbande.

—Está usted demasiado nervioso, capitán Layseca —dijo al explorador, esquivando la mirada—. No comente esto con nadie más. Con permiso.

Layseca se quedó helado. Lágrimas de impotencia y de rabia le

llenaron bruscamente los ojos.

—¡Maldita mierda! —estalló—. ¡Que los maten a todos entonces!

A las tres y media de la madrugada dejó el campamento la sección del comandante Santa Cruz. La húmeda neblina de la pampa lo envolvía todo. Fiado en la pericia de los dos arrieros que le servían de guías, internó su tropa hacia el nordeste, camino a Quillaguasa.

A las cuatro y media partió el «2.º de Línea» hacia el oeste. Mecido sobre su caballo, el comandante Eleuterio Ramírez sentía zumbar las palabras del práctico Layseca.

A las cuatro cuarenta y cinco emprendió la marcha la tercera sección, encabezada por el coronel Luis Arteaga y el comandante Vergara.

Es sabido que la niebla de la pampa se mete en el cerebro, y los guías, perdida la visión del suelo, de las dunas, de los montes, de los escasos tamarugos que sirven de hitos, comienzan a girar en redondo. Así ocurrió a los baqueanos que conducían al comandante Santa Cruz. Horas enteras marchó la columna por un terreno hostil.

Al comenzar a clarear, el comandante Santa Cruz se creyó cerca de Quillaguasa. En voz baja pidió al teniente Puelma que hiciera un intento de distinguir la aguja de la brújula.

—Ya nos debe quedar poco camino —suspiró—. En Quillaguasa podremos beber y remojarnos un poco. Eso nos hará recuperar los bríos.

El teniente Puelma levantó hacia su jefe su rostro perplejo.

—¿Se habrá echado a perder esta brújula, mi comandante? La aguja indica que vamos marchando hacia el sur y no hacia el nordeste.

El jefe de los zapadores se la arrebató bruscamente. Por dos veces la golpeó con la punta de los dedos.

—Es igual. Sigue indicando que vamos hacia el sur.

Con un tirón de las bridas sofrenó su caballo:

—¡Altooooo!

Su corneta de órdenes se llevó el instrumento a los labios, pero

el comandante lo contuvo:

—No toque. ¡Correr la voz!

—¡Alto!… ¡Alto!… ¡Alto!… —fue oyéndose a lo largo de la columna, y granaderos, zapadores y artilleros se detuvieron en desorden.

—Alcancemos a los guías, teniente Puelma.

Comandante y ayudante galoparon hasta emparejarse con los dos arrieros.

—¿Hacia dónde vamos? —les preguntó Santa Cruz con brusquedad—. Nuestra brújula marca otra ruta que la que debemos llevar.

Uno de los arrieros se rascó la cabeza por debajo del sombrero alón, luego se lo sacó y lo retorció entre sus manos.

—Perdón, señor… Perdón, señor comandante. Fue la niebla, ¿sabe? Hemos andado «empampados» durante la *obscuridá* —confesó turbadísimo—. No hay baqueano al que no le haya *pasao* alguna vez, señor.

¡Empampados! Eso significaba que habían estado vagando durante toda la noche, extremando el agotamiento de los soldados en un inútil girar sobre un mismo punto. La primera reacción del comandante fue la de levantar el rebenque y azotar a los arrieros. Pero al observar sus rostros impasibles, comprendió que sería una crueldad infructuosa.

—¿Dónde demonios estamos entonces? —terminó por estallar.

—Con la luz ya podemos orientarnos, señor —trató de apaciguarlo el arriero—. Estamos justito a la orilla de la quebrada de Tarapacá.

—¿Al borde de la…? —El comandante giró la vista, aterrado, y no la vio. Pero el segundo de los arrieros le indicó un punto. A un centenar de pasos se divisaba una raya oscura, vaga en la penumbra del amanecer—. ¿Y a qué altura queda Quillaguasa? —consultó el jefe de la expedición, con voz temblorosa.

—Una legua más arriba, señor.

Estaban frente al pueblo de Tarapacá. Era lo que había temido Santa Cruz.

—¡Malditos imbéciles! —barbotó furioso—. ¡Miserables traidores! Nos han traído directamente al foco de las fuerzas enemigas para que nos sorprendan y acaben con nosotros.

Los arrieros se encogieron, balbuceando excusas. El comandante espoleó su caballo y lo echó encima de la mula del que tenía más próximo, dispuesto a derribarlo. Pero en ese instante el teniente Puelma lo sujetó de un brazo y lo hizo volverse, al mismo tiempo que le advertía:

—¡Mi comandante, mire usted hacia el frente!

Santa Cruz se quedó petrificado. En el borde de la quebrada acababan de aparecer tres jinetes.

—¿Qué son ésos? —inquirió el comandante a los arrieros.

—Exploradores peruanos —contestó uno de ellos, consternado.

El teniente Puelma echó mano a la banderola y sacó bruscamente su carabina.

—¡Hay que eliminarlos antes de que alcancen a delatarnos!

El comandante le sujetó el arma.

—¿Está usted loco? ¿Quiere poner en conmoción a toda la quebrada? Vengan. Acerquémonos amenazándolos con nuestras carabinas, pero sin disparar. Pueda ser que no se atrevan a moverse.

Sacaron sus armas y espolearon a sus cabalgaduras, pero los baqueanos del ejército enemigo levantaron los brazos, prorrumpieron en un largo grito de alerta y, haciendo girar a sus bestias, se precipitaron dentro de la quebrada.

—¡Maldita sea! —estalló el comandante—. Se acabó la sorpresa —y frenó en seco a su caballo.

Amplificados por el eco de la quebrada, se oían los gritos de alarma de los arrieros que bajaban por la pared escarpada. Cien ideas comenzaron a pasar velozmente por la cabeza del jefe de los zapadores. Su misión de apoderarse del caserío de Quillaguasa estaba frustrada, porque para cumplirla era preciso la sorpresa. El comandante Eleuterio Ramírez entraría en la quebrada por el sur, por la aldea de Guarasiña, y se apoderaría de Tarapacá. Pero para ello era preciso la sorpresa. El coronel Arteaga caería sobre la quebrada por el medio, pero para ello también se precisaba la sorpresa. Y la sorpresa se había desbaratado. Para colmo de los males, el sol surgía ya. Santa Cruz permanecía aturdido e irresoluto, mordiéndose los labios agrietados por la sed. Miraba a los caballos, que no comían hacía cuatro días; a las mulas de la batería del capitán Exequiel Fuentes, a las cuales se les doblaban los remos por causa de la extenuación; a los zapadores, que se acercaban, rotas las

filas, arrastrándose casi.

—¿Qué decide usted, mi comandante? —tuvo que preguntarle el teniente Puelma.

—¿Qué…, qué decido? —tartamudeó el comandante—. Tenemos una misión que cumplir —se cegó—. Nuestro destino es Quillaguasa.

—Pero, mi comandante, estamos frente a Tarapacá y hemos sido descubiertos —alegó con vehemencia su ayudante—. Ya no podemos seguir pensando en el plan primitivo.

—Formamos parte de un plan combinado, teniente —se obstinó el superior. Si no cumplimos las órdenes, las secciones del comandante Ramírez, que atacará por el fondo, y la del coronel Arteaga, que lo hará por el medio, se encontrarán sin nuestro apoyo.

El capitán Fuentes se había acercado y terció en la discusión.

—Emplacemos aquí mis cañones, mi comandante, y barramos el fondo de la quebrada. Haremos trizas el poblado y desorganizaremos las formaciones enemigas.

—Tácticamente tiene usted razón, capitán. Pero no podemos alterar nuestra operación —decidió testarudamente Santa Cruz. Y para no dar oportunidad a más discusiones, gritó al capitán Villagrán—: ¡Siga con los granaderos al galope hacia Quillaguasa y apodérese de ese lugar! Allí encontrarán agua y pasto. ¡Rápido, capitán, adelante!

El escuadrón de los granaderos se puso en movimiento, pero no al galope, sino apenas al trote.

Los infantes tuvieron que hacer un esfuerzo sobrehumano para reiniciar la marcha. Muchos de ellos se habían tumbado en la arena y se negaban a obedecer las órdenes de los cabos y sargentos.

El capitán Fuentes se asomó al borde de la quebrada. Abajo se veía a los arrieros que los habían descubierto arremolinando a los soldados y haciendo salir de las tiendas a los oficiales.

—Aún es tiempo de emplazar aquí los cañones —insistió ante su jefe. Pero Santa Cruz lo rechazó con irritación.

—¡Deje tranquilos sus cañones, capitán, y marchemos rápido! Debemos ocupar nuestra posición en Quillaguasa.

—Déjeme ubicar aunque sea un cañón, mi comandante. Al ruido de sus disparos las otras dos secciones comprenderán que hemos

cambiado de táctica y se pondrán alerta.

—¡Basta, capitán Fuentes! ¡Marche, marche!

El jefe de la batería se mordió los labios y, agachando la cabeza, se resignó a obedecer. Pero mientras sus artilleros proseguían su desesperada marcha hacia el norte, pensaba que estaban perdiendo su única posibilidad de éxito.

En el fondo de la quebrada, entre riachos de agua amarillenta y frescas arboledas, estaba el pueblo de Tarapacá: tres hileras de casas de barro y cañas, una plaza pequeña y una iglesia en ruinas.

Junto a la iglesia, a la sombra de un corredor discutían el general Buendía y el coronel Suárez. Malhumorado y áspero, el general reprochaba a su jefe de Estado Mayor el que aún no hubiera salido hacia Pachica, aldea ubicada en el nacimiento de la quebrada, la división exploradora del coronel Bedoya, siguiendo los pasos a las divisiones Vanguardia, del coronel Dávila, y N.º 1, del coronel Herrera.

—En unos momentos más se hará, general Buendía —trataba de aplacarlo el coronel Suárez—. La preparación del rancho, necesario a tropas que han de marchar tres leguas, se ha retrasado.

La explicación sólo sirvió para exasperar más al jefe. ¿Cómo podía retrasarse el rancho?

El coronel Suárez se sonrió. Su respeto por el comandante en jefe había mermado en las últimas semanas.

—Las pocas llamas que se han echado a las marmitas fue preciso cazarlas a balazos, en la cordillera, y he tenido que distribuir su carne con la prolijidad de un avaro. Vea usted este detalle.

El general leyó sin interés; pero a los pocos renglones, un gesto de sorpresa se marcó en su rostro.

—¿Cómo es esto? ¿35 libras de carne para cada batallón?

—Sí, señor —asintió el coronel con ironía—. 35 libras para cada 600 hombres.

—¡Hum! —La preocupación frunció las cejas del viejo militar.

El día anterior habían partido hacia Pachica 1841 soldados, pero en el campamento quedaban aún 3600. Terminarían por perecer de hambre si no se apresuraba a sacarlos de la quebrada. Rumiaba ese

temor, cuando comenzaron a sonar las cornetas dando la alarma.

Suárez se puso de pie, extrañadísimo, y paseó la mirada por los grupos de soldados que se atropellaban buscando la formación.

—¿Nos atacan aquí, en medio del desierto? —exclamó para sí—. No puede ser.

Pero pronto el capitán Ferrer, jefe de la guardia del campamento, les trajo la información proporcionada por los tres arrieros que habían sorprendido a la sección del comandante Santa Cruz.

—Calculan que suman más de 800 hombres, señor general —concluyó.

—Ochocientos —repitió el general—. ¡Bah, tendrían que estar locos!

—Seguramente constituyen una avanzada —reflexionó el coronel Suárez—. Detrás debe venir el ejército completo.

No tuvieron mucho tiempo para discutir. Casi enseguida apareció el alférez Daniel Osorio, vigilante de la retaguardia de la división del coronel Bolognesi. Venía al galope desde Guarasiña para comunicarles que habían avistado a dos divisiones chilenas: una, que se aproximaba para apoderarse de Guarasiña, y la otra, que desfilaba por el borde de la quebrada para atacar por el centro.

—¡Tres divisiones por el norte, sur y centro, para coparnos en este agujero! —resumió exasperado el general.

—Si nos atacan mientras estamos en la quebrada podemos considerarnos perdidos —reflexionó el coronel Suárez—. Es preciso ganar las alturas. Sólo podremos combatir con ventaja en el desierto.

El general Buendía levantó los ojos y examinó las escarpadas laderas. Era imposible intentar escalarlas teniendo al enemigo encima.

El coronel Suárez, que adivinó su pensamiento, insistió:

—Los batallones «Zepita» y «2 de Mayo», que son de tropas montañesas, treparán fácilmente, así como también los de la 3.ª división del coronel Bolognesi.

—¿Y qué conseguiremos con hacerlos subir, coronel?

Suárez le expuso de inmediato un plan. La primera sección chilena había sido vista subiendo hacia Quillaguasa, mientras las otras dos se dirigían al centro y al sur de la quebrada. Se podía

calcular que entre ellas iban dejando una separación de un par de leguas. Si cada una contaba con 800 hombres aproximadamente, era posible oponerles por separado los 3600 soldados de la alianza que estaban en Tarapacá. Y si la lucha se prolongaba, daría tiempo a llamar a los 1841 hombres que habían sido enviados a Pachica el día anterior.

—Podemos hacerlos trizas —resumió—; convertir la emboscada que han querido tendernos en una trampa mortal para ellos mismos. Sacaremos los batallones «Zepita» y «2 de Mayo» haciéndolos surgir en el desierto entre la sección chilena que marcha hacia Quillaguasa y la que espera atacarnos en el centro. Combatiremos primero a una, lanzándole 2000 hombres. Luego de aniquilarla, daremos media vuelta y caeremos sobre la otra. Destruidas ambas, fusilaremos desde arriba a la que entrará por Guarasiña.

—¡Magnífico! A ponerlo en práctica —aceptó entusiasmado el general Buendía, y todos sus ayudantes corrieron a dar las órdenes correspondientes.

Ignorantes de que el ejército aliado estaba ya sobre las armas, el coronel Arteaga y el comandante Eleuterio Ramírez separaron sus secciones detrás del cerro de la Minta. La del coronel Arteaga se desvió hacia el norte para ubicarse sobre la parte media de la quebrada. La del comandante Ramírez descendió la cuesta de la Bisagra y enfiló por el fondo de ella, en dirección al pueblo de Tarapacá.

Al embocar en el profundo pasadizo de piedra, el jefe de los segundinos recordó las advertencias del capitán Layseca y participó a su yerno:

—Nos mandan al matadero, muchacho.

—¿Por qué dice usted eso, suegro?

El comandante abarcó la garganta hasta su brumoso final.

—De este ataúd de piedra sólo van a salir los muy gallos —comentó—. Cada pared debe tener unos ciento cincuenta metros de alto, y como se prolonga en culebreos hacia el nordeste, en cualquier recodo nos podemos topar con una sorpresa nada de divertida.

Sin detener su caballo, se volvió e hizo una seña al capitán Abel Carretón, quien le emparejó rápidamente.

—Adelántese con la primera compañía del segundo batallón y explore la ruta.

Cuando vio a los soldados diseminados en guerrillas, llamó a su hermano, el capitán Pablo Nemoroso Ramírez, que marchaba a cargo de la primera compañía del primer batallón.

—Tú, cubre la retaguardia con tu gente. Mantente a ocho cuadras detrás de nosotros.

—¡A la orden, Eleuterio!

—Las otras cinco compañías —alzó la voz para ser oído— avanzarán lentamente, formadas en una columna y listas para diseminarse y buscar protección individual a la primera orden.

Pese a la fragosidad del fondo de la quebrada, el regimiento prosiguió avanzando cautamente hacia el sitio en que esperaban los enemigos.

Por su parte, la sección del coronel Arteaga buscaba la posición más adecuada para instalarse a esperar que el «2.º de Línea» se lanzara al ataque y empujara a los soldados de la alianza contra la barrera tendida por los zapadores en el fondo de la quebrada. Eran las seis y media de la mañana y el sol quemaba ya. Los soldados tosían ahogados por el polvo que levantaban al marchar arrastrando penosamente los pies y no podían escupir porque ya no les quedaba saliva. Los caballos se movían como sonámbulos, con las cabezas laxas y los ojos opacos.

El coronel Arteaga y el comandante Vergara examinaban el borde de la quebrada buscando un sitio a propósito para desbarrancarse cuando llegara el momento preciso; pero no lo hallaban.

—Nos hace falta Layseca —rezongó el jefe de la expedición, pero él mismo lo había autorizado para dirigirse a Guarasiña con los 30 cazadores de la escolta, a fin de tomar datos sobre los movimientos de los enemigos.

Vergara estaba inquieto y ansiaba que regresara pronto el práctico para guiarlos. En tanto regresaba, siguieron caminando

como ciegos, con la esperanza de encontrar un lugar de descenso. Pero tuvieron que detenerse. Sólo conseguían fatigar más a los soldados.

No habían transcurrido cinco minutos, cuando por él se oyeron ruidos inconfundibles de un pelotón de caballería. Una mirada con los prismáticos de campaña les bastó para saber que eran los cazadores que regresaban desde Guarasiña.

—Pero ¿por qué vienen al galope tendido? —reflexionó el coronel Arteaga.

Vergara no hizo comentario alguno, pero sus cejas se juntaron al ver que varios de los cazadores traían prisioneros atados a la grupa de sus caballos.

—¡Capitán Layseca se presenta, mi coronel! —gritó el explorador, cuando el pelotón frenó junto a la columna.

—¿Qué hay, capitán?

—Sorprendimos a un grupo de indios en Guarasiña, mi coronel; y, como sus confesiones confirmaron lo que yo presencié y que mi comandante Vergara no quiso creerme, me apresuré a traerlos, porque creo que aún es tiempo de evitar el desastre.

—¡Deje de dárselas de comandante, capitán, y diga qué declararon estos indios! —le reprochó Vergara.

El explorador lo miró desafiante, y, en lugar de responderle, ordenó al teniente Miller Almeyda que echara al suelo a uno de los prisioneros.

—¡No me mates, señor! ¡No me mates! Yo soy un pobre cholo, no más —gimió el indio, al pie del caballo del coronel.

—Nadie te va a hacer daño si cuentas lo que sabes —le advirtió Layseca tercamente—. Di cuántos hombres tiene el general peruano en Tarapacá.

—Muchos…, muchos, señor —se atropelló a declarar el prisionero, y levantó cuatro dedos—. Cuatro veces mil, señor… Cuatro veces…

—¡Cuatro mil soldados allá abajo! —El coronel Arteaga se quedó mirando alternativamente al comandante Vergara y al capitán Layseca.

—Aún hay más, mi coronel —agregó Layseca, y, volviéndose al prisionero, le exigió—: ¿Cuántos soldados salieron anoche para Pachica?

—Dos veces mil, mi señor.

La palidez del rostro de Vergara se hizo perceptible aún bajo la atezadura de la piel.

—¡Dos mil soldados más a sólo tres leguas de distancia! —dejó escapar en un susurro—. ¡Dios santo, pueden volver en una hora!

La expresión aterrada del comandante Vergara aclaró al coronel Arteaga que lo que estaba oyendo era estrictamente cierto. Una insoportable angustia se apoderó de él.

—Hay que comunicarse en el acto con el comandante Santa Cruz —se oyó decir; y la observación que el comandante Vergara hizo enseguida, tuvo como efecto transformar su angustia en una ira sorda contra el coronel de milicias.

—No podemos atacar al enemigo divididos en tres secciones, mi coronel —decía Vergara—. Nos aplastarán por turnos. Hay que concentrarse; es la única posibilidad de salvación.

Al coronel Arteaga le llameaban los ojos cuando le replicó:

—Usted tendrá la culpa de todo, comandante. Debió creer al capitán Layseca, o, cuando menos, comunicarme lo que el explorador le había informado.

—No tenemos tiempo para perder en reproches, mi coronel —se escabulló el comandante—. Permítame galopar hasta la sección del comandante Santa Cruz, y traerlo a escape a este punto. Entretanto, envíe usted un mensajero al comandante Eleuterio Ramírez llevándole la misma orden de concentración.

—Parta, comandante —lo autorizó el coronel—. Y quiera el cielo que alcance usted a llegar antes de que comience la matanza.

Vergara picó espuelas y, al alejarse, gritó al capitán Emilio Gana:

—¡Capitán, acompáñeme hasta Quillaguasa!

Gana consultó con una mirada al coronel, y como éste asintiera, fustigó también a su cabalgadura.

Sin reparar en el jadeo de los caballos, siguieron castigándolos para mantener el galope por el borde de la quebrada. Durante una hora sostuvieron la carrera. Serían poco menos de las ocho de la mañana cuando Gana señaló a su superior unos lomajes que se alzaban ante ellos.

—Detrás de esas lomas el sendero sigue recto hacia el norte, y podremos divisar la columna del comandante Santa Cruz, si todavía

no ha bajado a Quillaguasa.

Vergara observó a su caballo. Era el más valioso de los pura sangre de sus cuadras de Viña del Mar, y comenzaba a expulsar por las fosas nasales una rosada espuma sanguinolenta. Compadecido, le palmeó el lomo con afecto, pero volvió a hundirle los espolines. De pronto un estruendo formidable lo hizo detenerse. Miles de fusiles y algunos cañones habían disparado a no más de quinientos metros.

—¡Empezó la batalla! —gritó desesperado el comandante Vergara—. ¡Llegamos tarde, capitán, llegamos tarde, por la condenación de mi alma!

Gana no quiso oírlo ni se dejó atrapar por la desesperación. Desgarrando el vientre de su cabalgadura, la hizo trepar la loma y asomó a su cumbre. Allí, al otro lado, estaba la batalla. De una ojeada la abarcó completa. Los zapadores de Santa Cruz habían sido atacados sorpresivamente por un torrente humano que desbordaba de la quebrada. Los enemigos habían surgido del fondo de la grieta después de que los zapadores pasaron y los atacaban furiosamente por la espalda.

El comandante consiguió, por fin, llevar su cabalgadura hasta la cima de la loma, y contempló desorbitado el ataque. Su sensación de culpabilidad fue tan aguda, que, perdiendo el control, se agachó sobre su caballo para lanzarse cerro abajo a participar en la refriega. Gana tuvo que colgarse de las bridas del corcel para detenerlo.

—¡Está usted loco, mi comandante! ¿Qué solucionaría usted con hacerse matar inútilmente?

Impotentes y consternados, los dos oficiales se quedaron contemplando la batalla. Las aguerridas tropas montañesas peruanas de los regimientos «Zepita» y «2 de Mayo» subían a borbotones desde el barranco, y se desparramaban por la planicie, formándose disciplinadamente en cuadro. Los zapadores chilenos, envueltos por la fusilería enemiga, corrían desatinadamente tratando de encontrar una posición protegida.

Afortunadamente, el capitán Exequiel Fuentes logró asentar sus dos pequeños cañones sobre unos montículos, y abrió fuego. Los anchos claros que abrieron sus proyectiles en la masa enemiga dieron un respiro a los chilenos, y el comandante Santa Cruz pudo

volver a controlar las compañías. Maniobrando a la desesperada, olvidados de sus atroces condiciones físicas, los soldados se desplegaron en guerrillas y ofrecieron un frente organizado.

—Si los zapadores consiguen meter a los zepitas y a los del «2 de Mayo» nuevamente dentro del barranco, quizás alcancemos a traer la sección de mi coronel Arteaga —razonó Vergara. Y sin detenerse a comprobar si su compañero podía seguirlo, lanzó su caballo al galope hacia el suroeste.

Pero el plan del coronel Belisario Suárez seguía cumpliéndose matemáticamente. Los montañeses del «Zepita» y «2 de Mayo» fusilaban sin descanso a los chilenos. Ola tras ola iban surgiendo en el borde de la quebrada, y en forma muy organizada se distribuían en dobles hileras perpendiculares a ella. La primera con la rodilla en tierra, y la siguiente de pie, disparaban con calma y puntería.

Doce zapadores chilenos habían caído a la primera descarga. Los otros, pasado el estupor de la sorpresa, se incrustaron en los repliegues del suelo y comenzaron a repeler el ataque. Mostrando en sus pupilas la llamarada de la locura, sus manos se crispaban sobre los fusiles, y, traspuesto ya el máximo de la desesperación, disparaban sin importarles la vida.

Pero las filas raleaban visiblemente.

El comandante Santa Cruz, gigantesco sobre su caballo blanco, animaba a sus hombres, indiferente a la granizada de balas.

—¡Disparen con calma!… ¡Protéjanse detrás de los riscos y los montículos de arena! La primera compañía permanecerá en tierra, disparando. La segunda avanzará por el flanco izquierdo, tratando de tender un semicírculo, cuyo extremo más lejano irá a apoyarse en el borde de la quebrada, más allá del lugar por donde han aparecido los enemigos. ¡Adelante, zapadores!

Recuperada, en parte, la confianza, los soldados chilenos intentaron cumplir la orden. Al son de una corneta que lanzaba el toque de «a la carga», avanzaron los agazapados. Paso a paso, haciendo fuego con sus fusiles, a la altura de las caderas, fueron ganando terreno. Los tiradores del «Zepita» disparaban sin cesar, pero no conseguían detenerlos. De súbito, a una orden del comandante Santa Cruz, corrieron por el flanco izquierdo, desplegándose en un amplio rodeo, y, con precisión digna de un ejercicio de exhibición, la cabeza de la hilera fue a apoyarse en el

borde de la quebrada, más allá de los batallones enemigos, a los que dejaron encerrados en un semicírculo que tenía como diámetro el borde del barranco. El propósito de Santa Cruz era empujar a los enemigos al hoyo del que habían salido.

—¡Zapadores, calar bayonetas! —gritó animosamente.

Y cuando vio fulgurar las cuchillas, picó espuelas y avanzó con el sable en alto.

—¡A la carga, zapadores! ¡Corneta, a degüello!

Confundido el *pizzicato* de la corneta con el chivateo feroz de los hombres, se lanzaron al asalto los 385 zapadores, y la ronda fue estrechándose en torno a los mil enemigos que habían alcanzado a subir al desierto.

La lucha duró una hora. Los chilenos no tenían ya fuerzas para moverse del sitio en que habían incrustado los pies; muchos de ellos ni siquiera podían mantenerse verticales, pero seguían disparando tumbados en la arena.

Los jefes aliados, sorprendidos, lanzaron nuevas fuerzas al combate. La «Columna Iquique», mandada por el comandante Alfonso Ugarte, trepó la ladera y asomó en medio del semicírculo formado por los chilenos. Eran 280 hombres muy bien amunicionados, frescos y descansados. Como un ariete se estrellaron contra el flanco izquierdo de los zapadores, allí donde estaban también los artilleros del capitán Fuentes en torno a sus dos cañones. La ola desbordó las dos cureñas, matando, golpeando, machacando soldados, pero fracasó en la línea de bayonetas tendida dos metros más atrás.

No obstante, nuevos refuerzos seguían entrando en batalla, y los chilenos no podían resistir más. Santa Cruz contempló con rabiosa desesperación cómo se trizaba la línea de los artilleros.

«Si se rompe, perdemos los cañones», pensó, y quiso ordenar al teniente Puelma que cargara con la compañía de la derecha, pero ya era tarde.

A una nueva embestida de la «Columna Iquique», el cerco se rompió y los artilleros saltaron lejos. Apenas hubo tiempo para que el corneta tocara «retirada» y «reunión». Los zapadores, obedientes aun en aquel caos, se desplegaron perpendicularmente al barranco, manteniendo apoyado uno de sus extremos en el borde del mismo.

—¡Aguantarse ahí, qué carajo! —La voz del comandante Santa

Cruz dominaba el estruendo.

Animados por el capitán Fuentes, los artilleros habían logrado reorganizarse, y se acogían al amparo de la nueva posición, protegidos por la compañía guerrillera del «2.º de Línea», que mandaba el capitán Larraín. En la retirada habían dejado numerosos heridos y hombres vencidos por el cansancio. Bajo la parábola que describían las balas, se los veía retorcerse en el suelo. Uno de ellos, el sargento Martínez, de la batería del alférez Ortúzar, se alzó sobre los codos, gritando enloquecido:

—¡Mátenme de una vez! ¡Mátenme, malditos!

De las filas del batallón «Zepita» saltaron varios soldados, y sus fusiles tomados de los cañones se levantaron sobre las cabezas de los heridos.

—¡Vosotros sois los guapitos zapadores de Pisagua!, ¿eh? —se los oía gritar.

Aquel pavoroso espectáculo inyectó nuevo vigor a los agotados zapadores y artilleros. Espumajeando de rabia, volvían a iniciar un avance, cuando a sus espaldas sonaron varias cornetas. Todos se volvieron hacia el sudoeste. Corriendo por el borde de la quebrada avanzaban los soldados del «Chacabuco».

—¡*Hei* entran al combate los primos! —gritó un zapador entusiasmado. Y, cuando la banda del regimiento recién llegado comenzó a tocar el himno de Yungay, los chilenos se sintieron de nuevo capaces de vencer.

—¡Ánimo, zapadores! —gritó el comandante Santa Cruz—. Nuestros primos traen alientos hasta para entrar con banda a la batalla. ¡Un último esfuerzo, hijos míos!

La línea de los zapadores se abrió en la mitad, y por el hueco, disparando y aullando, pasaron los del «Chacabuco» y los de la artillería de marina. El aviso del comandante Vergara había llegado a tiempo a la sección del coronel Arteaga.

Los soldados del «Chacabuco» estaban juramentados con los del «Zapadores» para protegerse unos a otros hasta el último hombre, pero la carrera que acababan de hacer a través del desierto había terminado con sus energías. Su comandante, Domingo Toro Herrera, tuvo que rendirse ante la evidencia: no podían lanzarse en una de esas cargas a la bayoneta que tanto temían los enemigos. Antes de que el agotamiento tumbara a sus hombres, les ordenó

«guerrilla en dispersión» y disparar rodilla en tierra. Pero los peruanos seguían subiendo a la planicie en gran número, y su desborde envolvía a los chilenos por los flancos, vanguardia y retaguardia. Los tres regimientos habrían sido fusilados sin remedio, de no haber aparecido el coronel Arteaga con el resto de la segunda sección. Lanzándolo en una carga desesperada, consiguió forzar el cerco peruano, y abrió paso a los sobrevivientes del «Zapadores», del «Chacabuco» y de la artillería de marina. Pero los ocho cañones de Fuentes y Besoaín habían caído en poder del adversario, y dos de ellos descargaban plomo sobre los propios chilenos que retrocedían hacia el cerro de la Minta. En esas condiciones se retiraron durante dos horas. De los mil doscientos hombres que componían las dos secciones habían caído quinientos, todos muertos, porque los heridos eran rematados a bayonetazos.

El coronel Arteaga comprendía el riesgo que corrían. Veía escurrirse a los soldados del «Zepita» por el flanco derecho, y a los del «Ayacucho» por el izquierdo, mientras el grueso de los batallones enemigos que habían subido a la pampa los obligaba a mantener toda su atención pendiente del centro. Poco después, el comandante Santa Cruz le hizo ver que otros dos batallones se adelantaban al «Zepita», con la evidente intención de cortarles la retaguardia. Eran los batallones «Loa» e «Iquique».

«Tenemos que llegar a Guarasiña y treparnos al cerro de la Minta —pensó Arteaga—. Es el único refugio donde podremos resistir».

Pero antes de que pudiera expresar su pensamiento, oyó un prolongado toque de clarín por el nordeste. Todos volvieron los ojos en esa dirección. Una compañía de caballería avanzaba al galope subiendo y bajando las ondulaciones de la pampa.

—¡Los enemigos no tienen caballería! —reflexionó el comandante Santa Cruz—. ¡Tienen que ser jinetes nuestros!

Eran los granaderos mandados por el capitán Villagrán, que, después de apoderarse de la aldea de Quillaguasa y abrevar a caballos y jinetes, pasaban a toda prisa, atraídos por el estruendo de la batalla.

—¡Dios los ha iluminado! —exclamó el coronel Arteaga, y se levantó sobre los estribos para contemplar la carga de los granaderos. Éstos se sumergieron ferozmente en la masa compacta

de los cuadros enemigos, y durante largos minutos sólo se oyó su chivateo, mientras por sobre las cabezas de los caballos se veía el relampagueo de sus sables.

—Es nuestra ocasión para replegarnos hacia el cerro de la Minta y parapetarnos en él —discurrió el coronel Arteaga, y señaló con su espada la dirección sudoeste.

Pero Santa Cruz, antes de obedecerle, le hizo una observación:

—Los enemigos exterminarán a todos los heridos y rezagados, mi coronel.

—Que cada soldado recoja a un compañero y retroceda, ayudándolo hasta el cerro. Pero ¡aprisa, aprisa!

La orden comenzó a cumplirse desordenadamente. Mientras una compañía del «Chacabuco» cubría la retirada, los hombres recogieron a sus compañeros, heridos o extenuados, y trataron de acelerar el repliegue hacia la Minta. Pero muchos quedaron botados sin que nadie pudiera socorrerlos.

Pesadamente, trotando con penoso esfuerzo, los soldados de la división Arteaga fueron alejándose del foco de la batalla. No habían alcanzado a separarse tres cuadras del lugar, cuando el caballo del comandante Santa Cruz dio un bufido, esquivando un hoyo del terreno. Dentro de éste se incorporaba una mujer que sostenía la cabeza de un herido.

—Soy la cantinera que acompaña al zapador Cayetano Cortés, mi comandante —explicó la mujer, implorando ayuda—. Vi cómo tumbaron a mi hombre y vine a seguir disparando por él, y a defenderlo. Pero se me murió hace un rato, el pobrecito.

—¡Salga, salga rápido, mientras la caballería contiene a los enemigos!

—No puedo, mi comandante, estoy bandeada.

Las piernas de la mujer estaban rojas de sangre.

—¡Sargento! ¡Sargento, venga acá! —llamó el comandante, e indicando a la mujer, ordenó—: ¡Cargue a la cantinera y sáquela hasta el cerro de la Minta!

Los jinetes del capitán Villagrán seguían pasando y repasando frente a las tropas de la alianza, ya muy diezmada, pero persistiendo en su esfuerzo para dar tiempo a la sección Arteaga de ponerse a salvo. Cuando Villagrán la vio comenzando a escalar el cerro de la Minta dio orden de retirada y se arrancó con los

sobrevivientes de su compañía hacia el desierto. Había perdido la mitad de sus hombres y algunos de los caballos de los caídos vagaban enloquecidos dentro de la masa enemiga.

El comandante Eleuterio Ramírez había entrado a la quebrada de Tarapacá, por la aldea de Guarasiña, poco después del alba. Encabezaba la columna e iba explorando celosamente el pasadizo culebreante que formaba la quebrada. Sus miradas iban de los altos muros de tierra rugosa hasta el fondo desigual por donde corría un esterillo, y se detenían en los grupos de árboles achaparrados que jalonaban el curso del barranco.

Cuando la fusilería del «Zapadores» comenzó a redoblar hacia el norte, se volvió hacia sus soldados, sin alzar mucho la voz:

—¡Adelante, muchachos! Ya nuestros compañeros se están batiendo.

Los hombres de las primeras escuadras atisbaron hacia el frente, como si intentaran sacudirse el embotamiento que los dominaba.

—¿Cómo atacaremos, mi comandante Ramírez? —consultó el segundo comandante, Bartolomé Vivar.

El jefe del «2.º de Línea» le indicó un morrillo en medio de la quebrada.

—Calculo que detrás de ese morro está el caserío de Tarapacá —explicó—. Es indispensable que nos apoderemos de él antes que nada.

—Bien, lo haremos.

La compañía del teniente Abel Carretón fue comisionada para apoderarse del promontorio. La apoyaría la del capitán Necochea. En silencio absoluto, desplegada en guerrilla, avanzaron rápidamente. La de Garretón, por el fondo del tajo; la de Necochea, por la ladera del sur.

Las tres compañías restantes se detuvieron en torno a una casucha de adobes, junto al estero, para tomar aliento y aplacar la sed.

—Mal color le veo a esto —dijo el comandante Ramírez a su yerno, mientras observaba a los hombres del teniente Garretón aproximarse al morrillo—. Ojalá no nos saquen a todos de aquí con

los pies para adelante.

La compañía de Garretón consiguió llegar hasta el promontorio y lo trepó en silencio. Poco antes de alcanzar su cima, el teniente les dio el alto y siguió solamente con el subteniente Francisco Moreno. Tendidos en la parte más alta, asomaron cuidadosamente las cabezas. Al otro lado se divisaba el caserío de Tarapacá. Pero lo que vieron les heló la sangre. Tarapacá y sus contornos estaban repletos de soldados. Se los descubría trepando por las laderas y avanzando por el fondo hacia donde estaban los observadores. Garretón crispó su diestra en el brazo de su subalterno.

—¿Cómo es posible? —exclamó—. Las tropas que se acercan por la quebrada son de nuestra artillería de marina.

—Es verdad. ¡Qué extraño!

Los dos oficiales se miraron. ¿Podrían los hombres de la sección Arteaga haberse deslizado impunemente al fondo del barranco?

—Salvo que sea un regimiento enemigo que use uniformes muy semejantes a los de nuestros artilleros de marina —raciocinó Garretón.

—Hay que averiguarlo al momento, mi teniente, porque se están aproximando demasiado.

La columna avistada comenzaba a bordear el promontorio y no tardaría en presentarse ante el resto del «2.º de Línea».

El subteniente Montero echó mano al cinto y sacó una banderola del regimiento.

—Voy a asomarme un instante enarbolándola —murmuró—. Así obligaremos a pronunciarse a los que vienen.

—Hágalo, pero no se exponga.

El subteniente se arrastró unos metros y batió la banderola. Pero como le pareciera que aún era poco visible, se puso en pie de un salto.

—¡No sea imprudente! —alcanzó a gritarle Garretón, cuando una ráfaga de fusilería ahogó su voz.

Moreno giró sobre los talones, y, exhalando un ronco alarido, rodó hasta donde estaba su superior. Tenía la cabeza destrozada.

Garretón bajó a saltos hasta su compañía.

—¡Arriba, soldados! ¡A ocupar posiciones en la cumbre! Estamos rodeados de enemigos, pero tenemos que impedirles pasar a este lado del cerro.

La segunda compañía se desparramó como hormigas en el cono superior del promontorio, y parapetados tras él, abrieron fuego.

—¡Limpien de enemigos el fondo del barranco! —ordenó Garretón.

Minutos más tarde se les sumaba la tercera compañía, mandada por el capitán Necochea.

—Estamos casi rodeados, teniente Garretón —le advirtió el capitán, mientras sus hombres tomaban posiciones—. Por el sudoeste tenemos, trepadas en la ladera, a las tropas escogidas del coronel Bolognesi, y por el lado opuesto, a las de la división del coronel Cáceres, las que disparan sobre nuestras cabezas. Y por el frente avanzan los regimientos de reserva que manda el propio general Buendía.

—¿Cómo se ha enterado usted, mi capitán Necochea?

—Tomé un prisionero.

—Tratemos de contenerlos mientras mandamos aviso a mi comandante Ramírez para que se nos reúna con el resto del «2.º de Línea», ¿no le parece?

El subteniente Tobías Morales recibió la misión de llevar el mensaje al comandante Ramírez, y los 230 hombres de las dos compañías continuaron disparando.

En un alarde de bravura, el subteniente Telésforo Barahona, abanderado del regimiento, brincó hacia lo alto del morrillo, con la intención de clavar allí el estandarte del regimiento. Apenas alcanzó la cumbre, sus compañeros lo vieron recogerse sobre sí mismo. Había sido herido en un hombro. Pero no soltó la bandera. Valiéndose de la mano que le restaba hábil, quiso afianzar el asta entre dos piedras, pero centenares de fusiles se enfocaron sobre él y cayó acribillado. Otro hombre saltó a recoger la bandera y la volvió a levantar, exponiéndola en el aire. Pero no tardó en pagarlo con su vida. No obstante, la bandera no quedó abandonada. Un tercer soldado fue por ella.

Desde el fondo del barranco, hacia el sudoeste, el comandante Ramírez y el segundo comandante Vivar vieron abatirse y levantarse una y otra vez la bandera.

—Están fusilando sin misericordia a nuestras dos compañías avanzadas —concretó el jefe del «2.º de Línea», con desesperación, e iba a ordenar el avance, cuando llegó el subteniente Morales con el

mensaje del capitán Necochea. Por él supo que habían muerto más de cien de los defensores del cerro, entre ellos veintidós por mantener en alto el estandarte.

—Es una lucha imposible, mi comandante —resumió el mensajero.

Pero Eleuterio Ramírez no se detuvo a considerar la advertencia. Frunciendo los labios, se volvió hacia su segundo.

—Vamos al ataque, Vivar. Ya hemos flojeado bastante.

Los dos jefes montaron a caballo y se pusieron al frente de las compañías restantes del «2.º de Línea».

—Mayor Liborio Echanez —ordenó el comandante a uno de los jefes—, con las compañías de los capitanes Pablo Ramírez y Manuel Cruzat, trepe por la ladera del poniente y combata a las tropas que nos balean desde la altura.

Por su parte, el segundo comandante, Bartolomé Vivar, comisionó a su asistente Bernardino Gutiérrez, antiguo cargador de Valparaíso, para que ascendiera al cerro Redondo y alzara nuevamente el estandarte del regimiento. Cumplidas estas órdenes, el corneta tocó «avance» y las compañías corrieron adelante con la intención de flanquear el cerro y caer sobre el pueblo de Tarapacá. Llegados al costado del cerro, la corneta volvió a sonar, esta vez en el toque de «a degüello», y los segundinos avanzaron a pecho descubierto y a la carrera. Una granizada de balas los recibió cuando contornearon el morrillo, pero alentados por sus comandantes, surgieron como una tromba frente a las primeras casas de Tarapacá.

La División Exploradora, mandada por el general Buendía, se replegó ágilmente hacia las alturas de los costados, y, parapetada tras los riscos, sumó sus fuegos a los de la división Bolognesi, que disparaba desde arriba.

Los jefes del «2.º de Línea» no tardaron en percatarse de que la situación era insostenible. El estandarte del regimiento, ondeando nuevamente en la cumbre del cerro Redondo, les indicó el único sitio aceptable para una resistencia.

—Es el lugar más seguro, Vivar —señaló Ramírez—. Emplacemos nuestras cinco compañías en las laderas y la cima del cerro, y así estaremos, más o menos, al mismo nivel que los enemigos.

Se dio comienzo en el acto al repliegue hacia el cerro. El comando enemigo los dejó hacer sin acentuar su ataque.

El general Buendía, establecido en la altura del poniente, los observó, bebiendo un vaso de coñac en compañía del coronel Suárez. No tenía prisa por acelerar el combate. Estaba dando tiempo al coronel Bolognesi, que, con una habilidísima estrategia, provocaba a las dos compañías del mayor Liborio Echanez, atrayéndolas hacia el borde de la quebrada, a fin de separarlas del resto del «2.º de Línea». Cuando el general peruano vio cumplida la maniobra, dio las órdenes que consideró definitivas para aniquilar a los chilenos.

—Que la División Exploradora completa, más el batallón «Ayacucho», la «Legión de los Guardias de Arequipa» y la «Columna del Loa», mandadas por el comandante González Flor, rodee al cerro Redondo y exterminen a los enemigos con paciencia y puntería.

La operación comenzó a cumplirse con incontenible exactitud. Aunque los chilenos seguían disparando hasta quemarse las manos con sus fusiles, los aliados iban cercándolos inexorablemente.

Eleuterio Ramírez conservaba una remota esperanza: ver aparecer la sección del coronel Arteaga. Pero muy pronto habría de sentirse defraudado. Repentinamente, sumáronse al estruendo de la fusilería los estampidos de unos cañones. Ramírez y Vivar se miraron aturdidos. Los cañones disparaban contra ellos desde lo alto de la ladera del sur.

—Pero ¿de dónde han sacado cañones?… ¿Y emplazados allá arriba? —se preguntó Vivar.

El comandante clavó sus anteojos de campaña en el sitio de donde provenían los proyectiles. De súbito alargó los prismáticos a su segundo.

—¡Son nuestros propios artilleros, Vivar! ¡Mírelos! ¡Son los artilleros de marina que disparan desde el borde de la quebrada, por el sur!

—¡Diablos! ¡Esto es imbécil! ¡Bernardino Gutiérrez, agita la bandera del regimiento para que esos idiotas la vean!

Pero los cañones siguieron ensañándose sobre el cerro. Entonces, Eleuterio Ramírez acudió a su ayudante, el capitán Diego Garfias.

—Ayudante, usted ve: cada cañonazo revienta a cinco o seis de

los nuestros. Hay que trepar por la ladera hasta la pampa y comunicar al coronel Arteaga nuestra posición para que cesen esos disparos, y nos envíen refuerzos para abrirnos paso hasta Guarasiña. ¿Se atreve usted a hacerlo?

—Lo haré, mi comandante.

—Llegue hasta el coronel, Diego; llegue como sea. Nosotros nos mantendremos aquí con la esperanza de que vendrán a ayudarnos. ¿Comprendido?

—Haré cuanto esté de mi parte, mi comandante. Pero, de todos modos, no me pierdan de vista. Así, si me bandean, ustedes lo sabrán y enviarán otro emisario.

—Buena suerte, capitán.

Agazapándose, el capitán Garfias se echó cerro abajo. Los segundinos lo vieron correr culebreando hasta iniciar el ascenso de la pared de la quebrada.

Mientras Ramírez observaba la trayectoria de su ayudante, llegó hasta él un oficial muy joven. Estaba pálido y asustado.

—¿Qué podemos hacer con los heridos, mi comandante? —consultó—. No tenemos cómo atenderlos.

—Habría que encontrar un sitio seguro donde colocarlos, subteniente Arrieta.

—Eso estábamos pensando con el subteniente Abraham Valenzuela, mi comandante. Le tenemos echado el ojo a esa casucha que se divisa allá abajo.

El muchacho indicaba un rancho de adobones, al fondo de la quebrada. Pero los enemigos, al cortar la retirada al «2.º de Línea», ocupaban posiciones muy próximas a él.

—Es el único refugio posible, mi comandante —prosiguió—. Si usted lo autoriza, Valenzuela y yo, con algunos camilleros y dos cantineras, trasladaremos allí a los heridos, y colocaremos una bandera que indique que es un hospital de sangre.

Ramírez pensó que era mejor tener a los heridos reunidos en caso de retirada, y aceptó.

—Hemos visto que los heridos no se respetan en esta guerra —observó con amargura—. Quizás amparados por la bandera de la Cruz Roja merezcan mejor tratamiento. Proceda, teniente.

El subteniente Arrieta no había alcanzado a girar, cuando un grito del teniente coronel Vivar sobresaltó al comandante.

—¡Ha caído el capitán Garfias! Está allí, tirado a media ladera.

Ramírez se caló los anteojos de campaña y buscó el cuerpo de su ayudante. Estaba tendido boca abajo en la mitad de la subida. Repentinamente volvió a ponerse de pie y siguió subiendo. Pero el brazo izquierdo le colgaba inerte.

—¡Sigue trepando! —comentó conmovido el segundo comandante.

—¡Menos mal! —suspiró Ramírez—. Aquí nos aguantaremos hasta que vengan refuerzos… o hasta el fin.

Cubierto de sudor y sangre llegó el capitán Garfias hasta donde estaba el comandante José Francisco Vergara. Su información de que las baterías estaban disparando sobre los compañeros del «2.º de Línea» trastornó al jefe. Sin preocuparse del oficial, que se había desmayado, corrió hacia los artilleros.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! En el cerro de la quebrada están los del «2.º de Línea».

Todos se quedaron boquiabiertos. El coronel Arteaga rompió en maldiciones. Sólo consiguió refrenarse cuando vio pasar, transportado por los soldados, el cuerpo exánime de Garfias. Irritado, se volvió hacia el comandante Vergara.

—¿Alcanzó a comunicarle la situación exacta del «2.º de Línea»?

—Está totalmente rodeado, mi coronel, y su comandante pide desesperadamente refuerzos para salir de la encerrona.

—¡Refuerzos! ¡Refuerzos! —El coronel dio un puñetazo sobre un cañón—. ¿Qué refuerzos podemos enviarles? ¡Por todos los diablos!

Vergara se quitó el quepis y se mesó el cabello húmedo de transpiración.

—Es forzoso organizamos —refunfuñó confundido—. Tenemos que bajar a la quebrada y abrirles el camino hacia Guarasiña. Allí nos concentraremos los que hemos salvado de esta carnicería.

El coronel lo miró con desprecio.

—¡Abrirles paso!… ¿Y con qué tropas, hombre? ¡Mire a los soldados! Están embrutecidos por el cansancio, el hambre y la sed.

La voz del capitán Layseca sonó tímidamente a sus espaldas:

—¿Me permite una sugerencia, mi coronel?

El jefe lo autorizó con un gruñido.

—Los soldados que fueron quedando rezagados por el cansancio están tumbados detrás de los chilcales. —El explorador indicaba la franja de cañas que cubría la parte oeste del cerro de la Minta—. No alcanzaron a llegar a la batalla. Y son, por lo menos, quinientos hombres, mi coronel.

El jefe frunció las cejas, sin entenderlo. Pero Vergara sí lo comprendió.

—¿Por qué no, mi coronel? —intervino—. Esos hombres han descansado más de una hora.

—Además, la desbandada fue en dirección al agua —prosiguió Layseca—. Muchos soldados nuestros deben andar vagando entre los matorrales, cerca del estero. Se nos plegarán tan pronto bajemos. Entre ellos y los rezagados sumarán unos seiscientos hombres, mi coronel.

Arteaga se mordió los labios, pensativo.

—Parecen estar ustedes en la razón —murmuró. Luego, tomando una resolución, ordenó a Vergara—: ¡Que se corra la voz de que vamos a bajar al agua, al fondo de la quebrada! La voz de «¡al agua!» infundirá nuevas energías a la tropa. ¡Vamos a socorrer al «2.º de Línea», señores!

En un santiamén, la orden corrió por entre los soldados.

—¡Al agua!… ¡Al agua!… —se iban diciendo unos a otros, e inmediatamente se ponían en movimiento. Rápidamente, la masa de hombres se encauzó hacia el estero, visible en el fondo del barranco.

La legión de los extenuados era la última reserva de los chilenos.

Los que no habían tenido fuerzas para terminar la terrible marcha desde Dibujo a Tarapacá debían sobreponerse ahora a su agotamiento. Arrastrando los pies, apoyándose en los fusiles, se echaron a rodar por las laderas de la quebrada en dirección a Guarasiña.

Pero su avance era demasiado lento y pronto la situación del «2.º de Línea» en el cerro Redondo fue insostenible. Los subtenientes Arrieta y Valenzuela habían trasladado a los heridos al hospital de sangre, y al rendir cuenta al comandante Ramírez le exhibieron la gravedad de la situación.

—Tenemos veinticuatro heridos allí, mi comandante —notificó

Arrieta.

—¿Veinticuatro nada más? ¿Y cómo es que quedamos tan pocos defendiéndonos?

—Los demás están muertos, mi comandante.

—¿Muertos? ¿Cuántos están muertos?

—Lo menos doscientos cincuenta, señor.

Con espanto, Ramírez hizo un rápido cálculo mental. Había entrado a la quebrada con novecientos cincuenta hombres; cien habían quedado con los cazadores, doscientos cincuenta partieron con el mayor Echanez en persecución de la división de Bolognesi…, y de los seiscientos restantes, doscientos cincuenta estaban muertos y veinticuatro fuera de combate.

—¡Por Cristo! —jadeó—. Hay que salir de aquí, tenemos que romper este cerco endemoniado. ¡Vivar! ¡Vivar, venga acá, por favor!

El segundo comandante se le acercó.

—Tenemos que abrirnos paso a la bayoneta —le advirtió Ramírez—; nos están matando como a ratas. Intentemos una salida por el sendero a Guarasiña. Que las compañías del teniente Garretón y del capitán Bernardo Necochea nos cubran la retaguardia, y nos sigan tan pronto consigamos abrir una brecha…, si es que lo logramos.

—Comprendido, mi comandante.

Eleuterio Ramírez encabezó el descenso del cerro Redondo, con dos compañías. Le siguió Bartolomé Vivar con otras dos, y Garretón y Necochea quedaron cubriéndoles la retaguardia con las restantes. El jefe del regimiento tenía la vaga esperanza de que el mayor Echanez, desde la altura, observara la operación y bajara a reforzarlos.

Iban ya a mitad de la ladera, cuando el subteniente Arrieta surgió junto a su caballo. Con expresión ansiosa lo interrogó:

—¿Y los heridos, señor? No pueden quedar abandonados.

Eleuterio Ramírez se debatió incómodo. No había pensado en los heridos que estaban en la casucha del bajo.

—¡Oh Dios santo! Los heridos, es verdad…

Al subteniente le temblaban los labios cuando habló:

—Autorícenos, a Valenzuela y a mí, para quedarnos cuidándolos, mi comandante.

—¿Quedarse ustedes? ¡Los enemigos van a arrasar con todo lo que encuentren a su paso!

—Son compañeros nuestros. Nos quedaremos con las dos cantineras que los atienden, y, cuando lleguen los enemigos, trataremos de hacerles comprender que los heridos deben ser respetados.

El comandante palmeó afectuosamente un hombro del oficial.

—Gracias, subteniente Arrieta; lo felicito. Pueden ustedes quedarse, y…, ¡y ojalá los enemigos sepan aquilatar su nobleza!

Una bala rasgó con silbido estridente el aire. Ramírez tuvo un rictus de dolor y se llevó la mano izquierda al brazo contrario. Por entre los dedos crispados, le escurrieron hilos de sangre.

—¡Por Dios, mi comandante! —tartamudeó Arrieta—. Desmonte usted, para vendarle esa herida.

—¡Qué vendas ni qué niño muerto! —gruñó Ramírez, y despreciando su herida, con la mano que le quedaba hábil, sacó el revólver y se volvió a los soldados—: ¡Mis bravos del «2.º de Línea», tenemos que abrirnos paso cuanto antes! ¡A la carga!…

Una corneta moduló el *pizzicato* electrizante del toque «a degüello». Los sobrevivientes del regimiento se lanzaron como una estampida de potros cerro abajo. El impacto de sus cuerpos contra la compacta línea enemiga rompió el cerco. Todos los infantes que cargaron en la primera fila quedaron acribillados, salvo el comandante Ramírez, que iba a caballo. Pero, a pesar de la mortandad, por la brecha abierta pasó avasalladora la columna.

Las dos compañías del segundo comandante Vivar volvieron a estrellarse con el cerco enemigo, reorganizado. Lo rompieron, pero fueron muchos menos los que consiguieron pasar. Vivar salió a campo libre sobre su caballo, pero no alcanzó a alejarse dos cuadras. Oprimiéndose el bajo vientre, fue doblándose poco a poco sobre la montura, hasta que aflojando los brazos, cayó junto a una piedra.

Las compañías del teniente Garretón y el capitán Necochea fueron las últimas en abrirse paso. De sus efectivos apenas salvaron treinta hombres.

Eleuterio Ramírez los esperó en el fondo de la quebrada, después de alejar a sus soldados hacia Guarasiña. Sombrío, estaba de pie junto a su caballo muerto, frente a una casucha cuyos adobes

estaban perforados por los cañonazos.

El capitán Necochea desmontó y quiso ofrecerle su propio caballo, pero el comandante lo rechazó, impaciente.

—¿Cuántos hombres trae usted, capitán?

—Treinta, más o menos.

—Yo he conservado a unos quince. Nos haremos fuertes en esta casucha, para dar tiempo a que se nos reúnan las compañías del coronel Vivar.

Necochea movió tristemente la cabeza:

—No las espere, mi comandante. Encontré a mi comandante Vivar tumbado. Una bala le destrozó un brazo y otra el bajo vientre. Sus hombres murieron o se dispersaron.

Ramírez abrió la boca como si fuera a exhalar un grito, pero no brotó ni un sonido de su garganta. Él y Vivar habían sido amigos y se querían entrañablemente.

—¿Y la compañía guerrillera del teniente Garretón? —preguntó, por fin.

—Casi todos sus hombres fueron exterminados, y los que salvaron se dispersaron por los costados de la quebrada. El pobre Garretón cayó con la frente traspasada por un balazo.

El comandante cerró los ojos, abrumado. Los abrió al oír unos terribles gritos de dolor que llegaban sobrepasando el estruendo de la fusilería. Al pie del cerro Redondo se elevaba una espesa humareda.

—¡Los heridos! —dejó escapar.

Necochea aprobó, mordiéndose los labios resecos.

—Cuando pasamos junto a la casucha donde estaban, mi comandante —confesó—, los subtenientes Arrieta y Valenzuela se defendían como leones contra una nube de enemigos.

Ramírez no quiso seguir preguntando. Los heridos y las dos cantineras estaban siendo quemados vivos. Descontrolado, en un arranque involuntario, cogió las bridas del caballo de Necochea y montó en él. Iba a espolearlo, cuando una bala lo cogió por la mitad del cuerpo. Con un alarido ronco, se dobló y rodó a los pies de la bestia. El capitán, espantado, se arrodilló y le levantó la cabeza.

Ramírez abrió los ojos dificultosamente.

—Ahora sí que es… definitivo, capitán —articuló—. Me bandearon el estómago.

Los soldados que no disparaban se habían acercado al comandante, y, entre expresiones condolidas, lo entraron a la casucha vecina. Dentro de ella estaban otras tres cantineras del «2.º de Línea» y varios heridos.

Una de ellas, María Quinteros, a quien llamaban María Quiteria o María la Grande, por su corpulencia, les salió al encuentro, horrorizada.

—¿Balearon también a don Eleuterio? ¡Por la mierda!

Rechazando a uno de los soldados que portaban al comandante, ayudó a depositarlo en un rincón. Enseguida llamó a las otras dos cantineras:

—¡Juana, Leonor! Atiendan conmigo a mi comandante.

Éste se había incorporado sobre su codo y pugnaba por disimular su gravedad. Como el capitán Necochea permanecía a su lado, le gritó con aspereza:

—¡No se preocupe por mí, capitán! Tome la defensa del lugar y déjeme en manos de estas mujeres.

Necochea se retiró, responsabilizando a María la Grande por la vida del comandante.

—Lo voy a tapar con mi corpachón *pa* que no le lleguen más balas —respondió ella, mientras se esforzaba por desabrochar el cinturón del herido. Cuando lo consiguió, ordenó a las otras cantineras—: ¡A ver, niñas, ábranle la guerrera a mi comandante y mirémosle la herida!

Pero Eleuterio Ramírez no se lo permitió. Había visto a muchos con el vientre perforado por una bala; sabía que la sangre, los ácidos y el contenido del estómago y los intestinos se vertían inconteniblemente dentro del cuerpo.

—No, no. Gracias, cantineras —las rechazó, afectuosamente, y dirigiéndose a María Quinteros, le rogó—: Levántame un poco y recuéstame contra el muro.

—Pero, mi comandante, se me va a desangrar usted si…

—Obedece, mujer.

—Está bien, mi coronelito.

Cuidadosamente lo arrastró hasta dejarlo con la espalda apoyada en el muro, al lado de un oficial joven que terminaba de vendarse una mano. Era el subteniente Pedro Fárraga, un muchacho de apenas diecinueve años. El comandante le preguntó:

—¿Cómo te sientes, niño?

—Bien, mi comandante. Me volaron dos dedos de una mano, pero me queda la otra.

Había concluido su vendaje. Pero antes de salir de la casucha se inclinó sobre Eleuterio Ramírez, y sacando un voluminoso revólver, se lo ofreció.

—¿Recuerda, mi comandante, que le conté que me regalaron este revólver de dieciocho tiros antes de salir a la campaña? Pues guárdelo usted, don Eleuterio, y defiéndase con él.

—Gracias, niño, gracias.

En ese momento el capitán Necochea asomó la cabeza por una de las roturas del muro y gritó:

—¡Ya vienen, mi comandante! Vienen a la carrera contra esta casa.

El subteniente Fárraga recogió un fusil y salió a escape. Las descargas se multiplicaban.

Las cantineras se encuclillaron en torno al comandante Ramírez y lo cubrieron con sus cuerpos. El jefe les sonrió agradecido. Conocía a dos de ellas, a María Quinteros y a Leonora González. De la tercera, sólo sabía que era una muchacha poco habladora, conocida como «la Juana».

La vocinglería de los enemigos era cada vez más ruidosa.

Los soldados del «2.º de Línea», mandados ahora por el capitán Necochea, formaban un anillo en torno a la cabaña, esperando que los enemigos estuvieran a tiro seguro. La espera se prolongó durante minutos que parecieron siglos. Por fin, Necochea levantó su revólver y apuntó al frente. Cuando iba a disparar, en lo alto de la ladera sur estalló el estruendo de una nutrida fusilería.

Todos se volvieron asombrados hacia el lugar de donde provenían las descargas.

Desde el desierto, por la cuesta de la Bisagra, y surgiendo del caserío de Guarasiña, asomaban los uniformes azul y rojo de los infantes chilenos.

Durante algunos momentos, miles de proyectiles de ambos bandos cruzaron sobre la cabaña.

El capitán Necochea, el capitán Arrate y los tenientes se miraron, aturdidos, pero pronto comprendieron cuáles eran las fuerzas que llegaban.

—¡Son las compañías que manda el mayor Liborio Echanez! —opinó Arrate. Pero eran muchos más soldados que los de dos compañías.

El inesperado refuerzo logró contener el avance de los enemigos primero, y luego los hizo retroceder hacia Tarapacá.

El comandante Ramírez se había levantado, pese a la tenaz oposición de las cantineras, y contemplaba la lucha a través de la única ventana. Vio llegar al comandante José Francisco Vergara. Este frenó su caballo.

—¿Qué le pasa, comandante Ramírez?

—Oh, nada de importancia. No se preocupe por mí. Dígame, en cambio, ¿por cual rajadura del cielo vienen cayendo usted y todos estos soldados?

—Logramos reunir a las dos compañías del mayor Echanez con los rezagados del «Zapadores» y los novatos del «Chacabuco», desbandados en busca de agua —respondió a gritos Vergara, esforzándose en dominar a su caballo, encabritado por el estruendo de las balas—. Y vea usted qué bien se han portado, observe cómo han contenido al enemigo.

—Y cómo lo corretean hacia Tarapacá, mi comandante —terció riendo María la Grande—. Mire, su mercé: le van picoteando el culo con las bayonetas.

Riendo, el comandante Vergara se alejó al galope, después de proclamar:

—Es la victoria, comandante Ramírez…, es la victoria.

—Tome usted el mando de mis segundinos, co… —intentó gritarle Eleuterio Ramírez, pero un vómito de sangre le llenó la boca.

Las tres cantineras acudieron solícitas y lo tendieron en el suelo. Rápidamente, María la Grande le desabotonó el pantalón, descubriéndole el vientre. La herida era terrible. Abierta bajo la punta del esternón, manaba sangre inconteniblemente. María se arrancó un pedazo de su enagua, y enrollándolo en forma de mecha, comenzó a introducirlo en la herida, taponándola rudamente.

Ramírez sofocó un bramido de dolor. Pálido como la cera, el rostro le goteaba transpiración fría.

De pronto la fusilería calló y un extraño silencio se apoderó de

la quebrada.

—¡Ha cesado el fuego! —articuló penosamente el comandante —. Es la victoria. El «2.º de Línea» la ha logrado. —Recogió las piernas en un intento de levantarse—. Llévenme a la ventana. Mis segundinos han conseguido la victoria.

—¡No se mueva!… ¡No se me mueva, mi comandante, por la Virgen! —María la Grande lo sujetó, echando sobre él todo su cuerpo. Lejos, y aproximándose, se oían voces alegres con el inconfundible acento de los chilenos—. Parece que es verdad, mi comandante —confirmó—. Los compañeros del «2.º de Línea» han ganado otra vez.

—¡La victoria! Ahora ya puede pasarme lo que Dios quiera. —El comandante hablaba como si ya no sintiera dolores, pero con los ojos cuajados de lágrimas—. ¡Hemos triunfado otra vez!

Fue «la tregua de la sed», como la llamaron más tarde. Todos los jefes y soldados chilenos creyeron que habían vencido. Los aliados habían huido despavoridos ante las bayonetas de los refuerzos chilenos, y se los divisaba a lo lejos, desfilando por el borde de la quebrada, más allá de Tarapacá.

El comandante Vergara testificó, poco después, que los enemigos abandonaban el poblado y se disponían a retirarse hacia el nordeste. Llegaba, pues, el momento en que los soldados, que no habían comido ni bebido en setenta horas y habían soportado siete de lucha, pudieran saciar su espantosa sed y descansar. Como una manada de lobos hambrientos se precipitaron a los pozos de Guarasiña. Atropellándose, empujándose, luchando hasta a culatazos para llegar primero, los sobrevivientes del «2.º de Línea», del «Chacabuco», del «Zapadores» y de la artillería de marina mordieron el barro durante media hora. Luego, enfriados los músculos, quedaron tumbados en el sitio, incapaces de moverse más.

Los granaderos quitaron los frenos a sus caballos y los dejaron ramonear por entre los cañaverales. Algunos hasta desensillaron los suyos.

El coronel Arteaga, con su ayudante, el mayor Jorge Wood, el comandante Vergara y el comandante Santa Cruz se habían juntado en una choza próxima a Guarasiña.

A tres cuadras de distancia, en el punto más avanzado hacia

Tarapacá, Eleuterio Ramírez continuaba siendo atendido por las cantineras. Varios oficiales del «2.º de Línea» se habían acogido también al reparo de la casucha y vivaqueaban dentro y en tomo de ella.

María la Grande terminaba de vendar ceñidamente al comandante Ramírez, cuando entró el capitán José Silva, conocido aristócrata, gran deportista, famoso por su extraordinaria puntería y su buen humor. Entró riéndose todavía.

—Recorría los cañaverales buscando membrillos o brevas, cuando divisé entre las cañas una masa roja que se movía —comenzó contando.

—No me digas que hallaste una mujer escondida —apuntó el capitán Necochea.

—No, era un bulto grande. Y se movía con tanto sigilo, que me dije: «¡Tate! Aquí hay enemigos que tratan de escabullirse por el cañaveral». Me eché el fusil a la cara, y esperé. Pensaba ya que la aparición se me había perdido, cuando comencé a oír unos cacareos como de gallina vieja, y el bulto rojo se hizo presente en mitad de un claro. —El capitán Silva volvió a reír—. A la primera mirada me pareció un ternero cubierto con una gualdrapa roja —prosiguió—, pero fijándome más, caí en cuenta de que tal gualdrapa era el estandarte del «2.º de Línea».

—¿Cómo es posible tal cosa, capitán? —preguntó el comandante Ramírez—. ¿Qué fue, entonces, del último portaestandarte, el cabo Bernardino Gutiérrez?…

—Ahí está la gracia, mi comandante —celebró Silva—. Tan indignado como están ustedes me sentí yo, y me fui encima del extraño bicho. ¿Saben ustedes quién era el ternero? Pues, nada menos que el cabo Gutiérrez, que, no queriendo separarse del estandarte, y necesitando tener las manos libres para cazar gallinas, no halló nada mejor que echárselo sobre el lomo.

Justamente, fuera de la casucha se oyó un desafinado cacareo y apareció en la puerta el cabo Gutiérrez.

—¡A ver, las cantineras! —exclamó exhibiendo una gallina—. ¡Aquí viene substancia para una dieta para mi comandante Ramírez y «tumba» para los demás!

En medio de la risa de todos los presentes, María la Grande le arrebató el ave y se la entregó a sus dos compañeras.

—Gracias, cabo Gutiérrez —murmuró el jefe, tratando de sonreír, pero los dolores lo atenaceaban cada vez más.

—Quietecito, quietecito, mi comandante —lo regañó María—. Usted ya cumplió con la patria. Ahora se va a quedar tranquilito, y nosotras le daremos unos sorbos de caldo delgado, para que tome fuerzas, porque en cuanto caiga el sol lo vamos a trasladar al campamento de Guarasiña, y de ahí al de Santa Catalina, para que lo atiendan los *dotores* y lo manden a Santiago, ¿no?

¡Volver a Santiago! Ramírez cerró los ojos y pensó que ya podía hacerlo. Sus hombres habían obtenido una nueva victoria.

Pero ¿era, en verdad, una victoria?

Al costado noroeste de la quebrada, sobre el pueblo de Tarapacá, se alzaban los muros derruidos de un antiguo tambo indio. En él habían buscado refugio el general Buendía y su jefe de Estado Mayor, coronel Suárez. El primero estaba totalmente desmoralizado, y, dispuesto a retirarse con las tropas hacia el norte, quemaba apresuradamente partes de guerra y documentos relativos a su ejército.

El coronel Suárez lo contemplaba con rabioso desdén. Había agotado los argumentos para convencer a su jefe de que no estaban derrotados. Inútilmente le recordó que tenían aún dos divisiones frescas en Pachica, a sólo tres leguas, las que habían sido llamadas hacía dos horas. Buendía esta aterrorizado por la mortandad que había visto desde su observatorio, y sólo admitía partir, partir cuanto antes. Quemaba los últimos papeles, cuando sonó hacia el nordeste una corneta. El coronel Suárez saltó hacia la puerta y se inmovilizó escrutando con sus anteojos de larga vista en la dirección del toque.

—General Buendía, asómese usted —exclamó, con nerviosa entonación.

—¿Son acaso nuestras divisiones que llegan? —El aludido salió del tambo. Con los prismáticos observó el lugar que le indicaba su subalterno. Por último exclamó, en un suspiro—: ¡Gracias sean dadas al Altísimo!

Por el fondo de la quebrada, hacia la cordillera, había divisado

la doble columna de las divisiones enviadas hacia Pachica el día anterior. A la cabeza se veían los altos morriones de los batallones N.º 5 del coronel Fajardo y del N.º 7 del coronel Bustamante, los que sumaban ochocientos soldados. Detrás llegaba la «División Vanguardia», al mando del coronel Dávila, en la que formaban los batallones predilectos del general Buendía: el N.º 6, «Puno», y el N.º 8, «Lima», este último mandado por el terrible comandante Morales Bermúdez.

Respirando afanosamente, Buendía ordenó al coronel Suárez que hiciera acudir al momento a los coroneles Dávila y Herrera.

—Vamos a estudiar cómo envolver a los chilenos y aplastarlos de una vez —dijo con arrebato.

—¡Es la oportunidad, general! —respondió el jefe del Estado Mayor, aliviado por el cambio de actitud de su jefe—. Los chilenos están completamente descuidados en torno al pozo de Guarasiña y en las casuchas de la quebrada. Hasta han soltado sus caballos. Si caemos sorpresivamente sobre ellos, no escapa ninguno vivo.

Era también el pensamiento del general que no saliera ni un chileno del cajón de piedra. Era preciso, por su prestigio, poder exhibir una victoria ruidosa ante los pueblos de Lima y La Paz. Todo consistía en envolver sigilosamente las posiciones del enemigo, cerrar un anillo en torno de ellas, y, cuando estuvieran a tiro de fusil, abrir un fuego lo suficientemente nutrido como para abrasar a todo el que estuviera dentro del cerco. Los que escapasen vivos serían aherrojados a una larga cadena de prisioneros, que se exhibirían en Arica y que demostraría a los presidentes Prado y Daza que el general Buendía no sólo sabía hacer el amor a las mozuelas chilenas, como se afirmaba.

A las tres y media de la tarde llegaron al tambo los coroneles Herrera y Dávila.

—A las cuatro y media deben estar rodeados los chilenos y comenzará el ataque —determinó el general, recobrada su confianza.

Ya estaba preparada la cazuela, de modo que la casucha que albergaba al comandante Ramírez olía a humo y a caldo de gallina.

María la Grande sopló la espuma que sobrenadaba en la olla, y vació una cucharonada de caldo en el plato de aluminio de Eleuterio Ramírez. Luego, mientras se dirigía adonde yacía el comandante, las otras dos cantineras comenzaron a repartir la cazuela entre los demás refugiados en la cabaña.

María se arrodilló junto al jefe del «2.º de Línea», le levantó un poco la cabeza y se la apoyó en sus gruesos muslos. Enseguida acercó el borde del plato a los labios del herido.

—Con este caldito se le va quitar ese sudor frío, mi comandante —dijo.

Ramírez iba a beber, cuando un ensordecedor estampido los sobrecogió a todos. Los hombres se miraron unos a otros, atontados.

—¡Los enemigos!… ¡Nos atacan de nuevo! —gritó el capitán Necochea, y lanzó lejos su plato, poniéndose de pie.

—¡A las armas, muchachos!… ¡A las armas! —ordenaba el comandante Ramírez, luchando por desasirse de la cantinera.

—¡No se levante, mi comandante! ¿Está loco? ¡Quédese ahí!

Pero el jefe consiguió levantarse y llegar hasta la puerta. Con la mirada vidriosa, abarcó el escenario.

—¡Protéjanse, muchachos! ¡Cuidado, están disparándoles desde las dos laderas! —alcanzó a gritar, y cayó vencido por el dolor.

Las tres cantineras acudieron en su auxilio, pero él se obstinó en que lo sostuvieran junto a la ventana. Desde allí pudo seguir los incidentes de la sorpresiva encerrona.

El plan de Buendía se había realizado con exactitud. La división de Bolognesi envolvía al campamento chileno desde la ladera del suroeste, mientras la división Herrera lo hacía por el lado opuesto. Al mismo tiempo, la división de Dávila corría por el borde de la quebrada, y descendía al fondo de ella, cortando la comunicación entre los hombres de Eleuterio Ramírez y los restos de la división de Arteaga.

Hasta el optimista capitán Silva comprendió que estaban condenados. Sin dejar de disparar, se acercó a la ventana donde asomaba el rostro dolorido del jefe del «2.º de Línea».

—Estamos embromados, mi comandante. Nos cerraron la salida a Guarasiña y no hay forma de trepar a las laderas.

—¡Cargar a la bayoneta, capitán! —articuló dolorosamente el jefe—. ¡Todos en un bloque! Que se reúnan aquí cuantos puedan

cargar su bayoneta, y que intenten abrirse paso a Guarasiña.

Un corneta tocó a reunión.

—¡Capitán Necochea, encabece usted la primera carga! —ordenó el comandante—. ¡Tienen que romper el cerco y concentrarse en Guarasiña con las tropas de mi coronel Arteaga!

—¡A su orden, mi comandante! Si rompemos la línea enemiga, los tenientes Fárraga y Lira lo sacarán a usted detrás de nosotros.

—¡No sacrifique a nadie por mí! —protestó el comandante—. Sálvense todos. Pero rápido, rápido.

Necochea llamó al cabo Gutiérrez, que aún conservaba la bandera, y lo hizo colocarse junto a él.

—Bien…, ¡soldados del «2.º de Línea»…, a la carga!

Como una pequeña ola, los segundinos chocaron contra las filas peruanas y consiguieron abrir una brecha. Pero los enemigos eran demasiados. La masa humana volvió a cohesionarse, envolviéndolos. Una, dos, tres veces cargó el puñado de valientes contra el cerco enemigo, pero sólo consiguió ver reducido su número. No obstante, durante una hora y media continuó aquella lucha imposible. Al cabo de ese tiempo, el campo de muerte fue limitándose a un círculo en torno a la casucha donde permanecía abrumado el comandante Ramírez.

Las tres cantineras entraban y salían, arriesgándose a sacar a los heridos del campo barrido por las balas.

Pronto, la lucha afuera fue insostenible y los sobrevivientes tuvieron que replegarse al interior de la choza. El capitán Silva fue uno de los últimos en hacerlo. Pero entonces se detuvo ante la puerta, y, dando un grito, señaló hacia el muro de la quebrada:

—¡El estandarte, muchachos!

—¡No, no! —gritó Silva, lanzándose fuera de la choza—. No permitiré que nuestro estandarte quede en poder de los peruanos. —Y se alejó sin que lograran detenerlo sus compañeros.

Apenas avanzó medio centenar de pasos. Cogido por una descarga, alzó los brazos y cayó, retorciéndose, al suelo.

El capitán Necochea, que lo quería como a un hermano, no supo contenerse. Al verlo debatiéndose entre las esquirlas que levantaban las balas en torno a él, corrió a recogerlo.

—¡No salga, mi capitán Necochea! —intentó detenerlo el teniente Silva, pero ya era tarde. Otra descarga lo cazó en mitad de

la carrera.

Un silencio terrible se apoderó de los sobrevivientes.

—Muchachos, vamos a morir todos aquí —sentenció el comandante Ramírez—. Que las cantineras se acurruquen en el rincón menos expuesto a las balas.

Pero las mujeres se quedaron junto a él. Entonces sacó el revólver de dieciocho tiros que le había prestado el subteniente Fárraga, y lo apuntó hacia la puerta.

La fusilería había cesado en torno a la casa y sólo se oía distante la de los que atacaban a las tropas del coronel Arteaga. Pero se escuchaba ya el ruido de los pasos de los enemigos que avanzaban lentamente.

Eleuterio Ramírez se arrastró hasta la puerta. Afuera una voz ordenó «avance». El comandante levantó el revólver, apuntó e hizo fuego. Un grito de muerte resonó lejos. Luego disparó una y otra vez. Pero, repentinamente, un tiro de fusil silbó y el jefe del «2.º de Línea» se encogió como apuñaleado. Del muslo derecho le brotaba un surtidor de sangre. Quiso seguir disparando, pero varias sombras obstruyeron la puerta, y un oficial peruano lo señaló con su sable:

—¡Ese es el que disparaba!

—¡Y el que dispara todavía! —afirmó Ramírez, apretando el gatillo. Pero su proyectil pasó por sobre las cabezas de los atacantes.

—¡Erraste, condenado! —El teniente peruano Enrique Vargas, del regimiento N.º 5, saltó adelante y le quitó el revólver, volviéndolo contra el caído.

El teniente Lira Errázuriz, que yacía a dos metros, intentó oponerse. Pero el oficial peruano había oprimido el gatillo, y la masa encefálica del comandante Ramírez salpicó a todos.

Minutos más tarde, la casa ardía por sus cuatro costados, envolviendo en llamas y humo los cuerpos de los muertos y heridos.

En lo alto del borde de la quebrada se veía a los últimos soldados chilenos que se retiraban hacia el desierto, en un desesperado intento por llegar al campamento de Dibujo.

16

El desastre estaba consumado. Mientras los sobrevivientes de los regimientos «Zapadores», «Artillería de Marina» y «Chacabuco» se abrían desesperadamente paso hacia el desierto, guiados por Maximiliano Benavides, segundo comandante de los artilleros de marina, los últimos sobrevivientes del primer batallón del «2.º de Línea» quedaban atrapados en aquel ciclópeo ataúd de piedra.

Desde el borde de la quebrada, el ayudante del coronel Arteaga, mayor Jorge Wood, alcanzó a divisar cómo los enemigos los envolvieron en un cerco de bayonetas y los aprisionaron.

En dirección a Dibujo se alargaba la columna en retirada. Muchos soldados caían, vencidos por la extenuación, y volvían a levantarse ayudados por sus compañeros. Pero los peruanos, descansados, aceleraban la persecución, y habrían causado una terrible mortandad entre los rezagados, de no haber surgido la caballería chilena. Cuando las tropas del coronel Arteaga empezaban a desbandarse por la pampa, apareció por el hueco del barranco de San Lorenzo un escuadrón, cuyo mando había tomado el mayor Wood. Por el flanco opuesto, por coincidencia, corrían espantadas quince mulas, cargadas con cajones de municiones y barriles de charqui y galletas. Aquel movimiento que levantaba nubes de arena hizo temer a los peruanos una de las arrolladoras cargas de los jinetes chilenos, y suspendieron la persecución.

El mayor Wood quiso hacer una carga; los granaderos estaban relativamente intactos; pero el coronel Arteaga se lo prohibió.

—No, mayor. Basta, basta. Todo esto ha sido horrible. Conformémonos con salir de esta quebrada infernal y salvar la mitad de nuestros hombres.

La caballería tuvo que resignarse a cubrir la retaguardia de la

columna desarticulada, y luego sus caballos sirvieron para cargar a los hombres que no podían seguir marchando. Cuando anocheció, su número era tan grande que hubo que echar sobre las pobres bestias a dos y tres soldados. Wood era el único que conservaba su cabalgadura. Pero, de pronto, vio a un zapador tumbado. El hombre lloraba de impotencia y arañaba la tierra.

—¡No puedo más!… ¡No puedo más!… Prefiero morir antes que seguir caminando.

El mayor Wood echó pie a tierra, y llamando a un sargento del «Chacabuco» le pidió que le ayudara a izar hasta la montura al zapador. Enseguida, echó a andar, tirando el caballo de la brida. Sabía que el que se rezagara aquella noche estaría perdido para siempre.

El coronel Arteaga también pensó en ese peligro. Uno de sus ayudantes le comunicó a las nueve de la noche que ya eran más de doscientos los que habían quedado esparcidos en la pampa. Ordenó entonces a un granadero que galopara frenéticamente hasta Dolores, llevando un mensaje al general Escala. Pedía que mandara al momento un pelotón de caballería con agua, medicinas, víveres y carretones destinados a recoger a los caídos.

> *«Deben estar aquí en la madrugada, a más tardar, antes de que el sol liquide a los rezagados»,* concluía el parte.

En el pueblo de Tarapacá, reducido a escombros, el general Buendía recibía los partes de la batalla, en la que fuera la casa parroquial.

A lo lejos estallaban intermitentemente los relumbrones de los fusiles de la doble hilera de centinelas apostados a ambos lados de la quebrada. En torno a la plaza yacían centenares de heridos; y en su centro, dentro de un anillo de fusiles colocados en pabellones, se apretujaban 66 prisioneros chilenos.

El coronel Bolognesi, alto, enjuto y con dura dignidad, cruzó por entre ellos y entró a la casa donde conferenciaban el general Buendía, su ayudante el teniente coronel Roque Sáenz Peña y el coronel Suárez. Llevaba en sus manos un estandarte rojo con una

gran estrella dorada en el centro, que se veía aportillado en varias partes por las balas. Era el del «2.º de Línea», por el que se sacrificaron vanamente 23 hombres.

—Téngalo usted, general, y guárdelo como un trofeo —dijo Bolognesi, entregándolo al comandante en jefe.

—Gracias, coronel. —El general Buendía observaba el pendón con respeto—. ¿Quién lo capturó? —inquirió, luego, en voz baja.

—El soldado Mariano Santos, del batallón «Arequipa».

El coronel Suárez se acercó y lo examinó extendido.

—Esta bandera representa, pues, la derrota de los chilenos —comentó, por fin.

—¿Derrota?…

El general clavó sus pupilas azules en el coronel.

—¿No considera nuestra la victoria, general?

—¡Victoria! —renegó el jefe, y los invitó a asomarse a la ventana—. Miren hacia fuera. ¿Habla de victoria esta plaza llena de cadáveres y heridos? ¿Pregonan una victoria las laderas sembradas de muertos nuestros? ¿Proclaman un triunfo los cadáveres del fondo por entre cuyas cañas asoman los pies inertes de centenares de soldados de nuestra patria?

—Las bajas de los chilenos han sido mucho mayores —opuso tercamente el coronel Suárez.

—Sí, es posible. Pero ellos tienen campamentos a pocas leguas; los de Santa Catalina, de Dolores y de Pisagua. Y si les faltaran más refuerzos, ¿qué les costará traerlos en sus barcos, desde Antofagasta?

—Nosotros tenemos un ejército completo en Arica y Tacna —intervino el coronel Bolognesi, buscando apaciguar al comandante en jefe. Pero éste estaba vomitando lo que le corroía el alma desde hacía muchos días.

—Ese ejército tendría que cruzar el desierto para prestarnos ayuda. ¿Y cuántos días tardaría? ¿Cuánto demorará siquiera que nos manden víveres? Veinte días, por lo menos.

—¡Eso no quita que la victoria haya sido nuestra! —insistió, colérico, el coronel Suárez.

—Se llena usted la boca con la palabra victoria. —El general Buendía regresó fastidiado a la mesa escritorio y revolvió un montón de papeles. Finalmente se volvió hacia su jefe de Estado

Mayor, agitando uno—. Este informe proviene de su propio Estado Mayor, coronel. ¿No sintió una horrible congoja al firmarlo? Léalo en voz alta, ayudante.

Sáenz Peña obedeció. Era el parte sobre las bajas habidas en la batalla de Tarapacá. En resumen: 236 muertos y 261 heridos. Total: 497 hombres fuera de combate.

—El diez por ciento de nuestra fuerza —calculó impresionado Bolognesi.

—Es una cifra que soporta cualquier ejército —siguió defendiéndose Suárez, con obstinación.

—Sí, mientras esos muertos y heridos no representen la casi totalidad de los jefes y oficiales —estalló el general—. Pero mire usted esta pavorosa lista. —La arrebató de manos del coronel Sáenz Peña, y comenzó a leerla, tartajeante.

Figuraban entre los muertos el coronel Manuel Suárez, comandante del regimiento «2 de Mayo», así como los tenientes Torrico y Osorio, del mismo cuerpo. El regimiento «Zepita» había perdido a su segundo comandante, el teniente coronel Zubiaga, al capitán Figueroa, a los subtenientes Cáceres y Meneses. La segunda división perdió a los capitanes Odiaga, Chávez, Vargas y Rivera y a los subtenientes Córdoba, Montes y Vargas. El regimiento N.º 2, «Ayacucho», contó entre sus bajas…

—¡Puah! ¿A qué seguir escarbando en nuestra desgracia? —interrumpió el general—. Nuestro ejército ha perdido a sus mejores elementos, señores.

Un silencio oprimente cayó sobre los cuatro jefes. Bolognesi fue el primero en sobreponerse. Acababa de estar interrogando al segundo comandante del «2.º de Linea», teniente coronel Bartolomé Vivar, quien fuera aprisionado agonizante.

—Es preciso tomar una determinación inmediata, general —dijo —. He sabido por un jefe enemigo, prisionero, que los chilenos intentarán un nuevo ataque mañana.

Suárez y Sáenz Peña se quedaron mirándolo, alelados.

—¿Un nuevo ataque? ¿Pero con qué fuerzas, Bolognesi? Los chilenos se retiraron desorganizados —objetó el general.

—Dijo el prisionero que la caballería enemiga había salvado intacta. Y que, aún más, una mitad de ella, compuesta por el regimiento «Cazadores», estaba en la quebrada de Tiliviche, y

ascendería hacia Tarapacá en cuanto le llegaran las noticias del desastre. Además, agregó el prisionero que los grandes refuerzos de infantería que dejaron en Dolores avanzarían igualmente.

—¿Ven ustedes, señores? —El general los abarcó a todos—. Mañana tendremos sobre nosotros a la caballería enemiga y a una ola renovada de infantería. ¿Podrán resistirlos nuestros cuadros agotados y hambrientos?

El coronel Bolognesi bajó la cabeza.

—No lo creo posible —murmuró.

—¿Y usted, coronel Suárez?…

El interrogado tardó en responder. Cuando lo hizo, mordía las palabras.

—Tampoco creo que podamos contenerlos, general.

Sáenz Peña hurtó el rostro a la mirada de su jefe y se eximió de contestar. Entonces el general ordenó, escogiendo las palabras:

—Levantaremos el campo a medianoche, y emprenderemos la retirada hacia nuestro único punto de amparo.

En las pupilas de sus interlocutores chispeó la misma interrogación: «¿Cuál punto?…».

—El único donde podremos fortificarnos y combatir con éxito a los chilenos —prosiguió el general—: Arica.

—¡Arica!

Bolognesi oprimió con vehemencia un brazo del comandante en jefe.

—Eso significa entregar al enemigo todo el territorio de Tarapacá —balbuceó, incrédulo.

—Representa confesarnos derrotados…, huir —apoyó Suárez.

—¿Y qué podemos hacer, por mil diablos? —estalló, acosado el general—. Si aguardamos aquí, los enemigos nos sitian por hambre o nos aplastan. Si los esperamos en Tana, nos encontrarán aniquilados por el cansancio e igualmente sin refuerzos. Y en todos los lugares del desierto, hasta Arica, nuestro desamparo será mayor. En cambio, en Arica podremos descansar, reponer las bajas y sumar a nuestras fuerzas las de los ejércitos peruano y boliviano, que aguardan allí. Y con nuestro pueblo apoyándonos las espaldas, formaremos un muro contra el cual se estrellarán inútilmente los chilenos.

Sus auditores guardaron silencio y le huyeron la mirada. El

general los observó inquieto, esperando una opinión. Como no la dieron, les volvió la espalda y ordenó a Sáenz Peña:

—Ayudante, dispóngalo todo para que el ejército emprenda la marcha cuando la obscuridad sea densa…, es decir, dentro de una hora.

—¿Y los heridos, general?

—Los leves irán con nosotros; los graves quedarán al cuidado de las ambulancias, al igual que los heridos del bando adversario.

—¿Y los prisioneros?

—Irán también con nosotros, ayudante. Nos servirán de escudo si nos asalta la caballería enemiga.

Bolognesi se mordió los labios y no pudo dejar de exclamar:

—¿No sería más propio repeler un ataque con las armas?

El general giró sobre sus talones y enfrentó al coronel.

—¡Ayudante —barbotó—, participe usted al coronel Bolognesi lo que acaba de revelarnos el guardalmacén!

—Nuestras municiones están agotadas, coronel —confesó el ayudante—. Disponemos apenas de veinte tiros por fusil.

Bolognesi crispó las cejas, abrumado.

—¡Sin municiones!… —exclamó—. Todo está consumado entonces.

—Vayan a disponer la retirada, señores —indicó el jefe, abandonándose al desaliento—. En el momento de partir les señalaré la ruta que seguiremos, pero antes del alba no debe quedar un solo soldado nuestro en la quebrada.

La postración en que se encontraban las tropas impidió que se organizaran en el plazo fijado. Hubo que esperar más de dos horas para emprender la marcha. Entonces Buendía montó a caballo y fue a encabezar las filas. Pasó por el costado de ellas, con las pupilas clavadas en la ruta que había pensado hacer seguir a su hueste. Tampoco volvió la cabeza cuando el coronel Suárez se le emparejó para indagarle el rumbo que tomarían. Simplemente se limitó a responderle:

—Iremos por los contrafuertes de la cordillera, coronel.

El rostro del jefe del Estado Mayor se contrajo en un gesto de profunda contrariedad.

—Por la falda de la cordillera existen apenas senderos de llamas —observó, sin poder disimular su tono de reconvención—. ¿No

sería más prudente, ya que hacemos una marcha desesperada, realizarla por caminos más directos?

Tajante y seca le vino la respuesta:

—¿Para que nos caiga encima la caballería enemiga y nos destroce? ¡No, coronel! Aunque tengamos que disputar a las llamas el pedazo de tierra para asentar los pies, iremos por donde no nos encuentre el enemigo. Tomaremos el sendero a Pachica, y ahí, en lugar de doblar hacia la izquierda para dirigirnos a Tana, lo haremos hacia la derecha, en busca de Sipisa y Chusinisa, para llegar a Camiña. Desde ese punto seguiremos hacia el norte, paralelamente a la cordillera.

El coronel calló durante unos segundos. Luego reflexionó rencorosamente:

—La marcha durará un mes, por lo menos; y no llegará a Arica ni la mitad de los hombres.

—Llegaremos a Arica con los que sean capaces de resistir —repuso el general, apretando las mandíbulas—. Dé la orden de marcha.

El coronel no le obedeció. Permaneció a su lado, hosco.

—¿No teme usted a las consecuencias, señor? Nuestro Gobierno no perdonará al general que…

—¡Dígalo usted! ¡Dígalo! —lo retó el general, volviendo hacia él su mirada llameante.

—¡No perdonará al general que dejó perderse Tarapacá, el departamento más rico del Perú, y que sometió a las tropas extenuadas a una retirada bárbara! —concluyó desafiante el coronel.

Durante unos segundos, ambos jefes cruzaron sus miradas. El general fue el primero en ceder. Picando espuelas, emprendió la marcha.

—Adelante, coronel —ordenó—. Y ojalá sea yo el primero en morir en esta bárbara retirada, como usted la llama.

Suárez se quedó observándolo alejarse, con el más enconado desprecio. Enseguida se volvió a su corneta de órdenes, y éste dio el toque de «en marcha».

Al amanecer del 28 de noviembre, en la quebrada de Tarapacá no había más manifestaciones de vida que los gemidos de los heridos que yacían en la plaza del pueblo.

A la distancia, hacia el oeste, se alejaba una masa doliente de soldados; los chilenos se desparramaban por la pampa, en busca del campamento de Dibujo. Hacia el este se abría camino silenciosamente la columna de la alianza, que trataba de alcanzar los ásperos senderos de la cordillera.

Antes del mediodía desmontaron los primeros jinetes chilenos en Dibujo. Un piquete de granaderos recogió la noticia del desastre y la llevó a mata caballo hasta el campamento de Dolores.

Cuando el general Baquedano, que reemplazaba al comandante en jefe, conoció la hecatombe, maldijo a todos los jefes que llevaron a los soldados a esa matanza. De inmediato mandó a recoger a los sobrevivientes que venían muriendo por el desierto, y, cuando los vio llegar, fue tanta su cólera, que despachó un violento parte telegráfico al comandante en jefe y al ministro de la Guerra.

—¡Imbéciles! ¡Irresponsables! ¡Vanidosos! —barbotó el general Escala al enterarse del mensaje.

El señor Sotomayor no podía dar crédito a lo que iba leyendo. El detalle de las bajas era pavoroso.

—Mi inolvidable amigo Eleuterio Ramírez, muerto —observaba con rabiosa consternación el general Escala—. Y Bartolomé Vivar…, y casi todos los oficiales. ¡Más bajas que en las batallas de Dolores, Germania y Pisagua juntas!

—Y luego esa espantosa retirada a través de la pampa —observaba el ministro, impresionado—. Sin comer, beber ni dormir en tres días; extenuados por nueve horas de batalla. ¿Vio lo que dice Baquedano en su comunicado? Salvó a 200 hombres que se habían tumbado a morir en el desierto; los soldados se bebían los orines de los compañeros. ¿Quién es el culpable de esta horrenda calamidad?

—Yo sé quién es, ministro. —El rostro arrugado del viejo general estaba contraído por la cólera—. Yo sé quién es —repitió—. El comandante José Francisco Vergara.

—No, general; el que mandaba la división de Santa Catalina era el coronel Luis Arteaga.

—Ya lo sé. Pero fue Vergara el de la «brillante idea»; él contagió

a los demás con su arrebato irresponsable.

—¡Ah, petulantes, petulantes! —se lamentó Sotomayor, abarcando a todos los jefes que participaron en el avance a Tarapacá—. Están envanecidos con la idea de que el soldado chileno puede levantar la cordillera de los Andes con la punta de la bayoneta, y que no necesita agua, víveres ni municiones, pues les basta el valor.

—Ese comandante Vergara me va a oír —amenazó entre dientes el general Escala—. ¡Ministro, regreso al momento a Dolores!

—Yo también voy, general —determinó Sotomayor—. Pero, antes de partir, debemos dictar las providencias para que este desastre no quede sin compensación. ¿Los aliados se han retirado precipitadamente hacia el norte? Pues, es preciso lanzar tras ellos a toda nuestra caballería. En la quebrada de Tiliviche está la segunda mitad del «Granaderos», bajo el mando del comandante Tomás Yávar. Que el general Baquedano envíe a los cazadores a reunirse con esos granaderos, y que, sumados, corten la retirada al enemigo en pleno desierto, antes de que lleguen a Tana.

—¡Eso es!… ¡Eso es! —aprobó el general Escala—. Y nosotros partamos cuanto antes. La guerra no ha terminado con esta derrota: está empezando.

Nuevamente la caballería chilena se lanzaba vertiginosa al desierto. Mientras el ministro Sotomayor y el general Escala se embarcaban en Iquique, dejando como jefe político y militar al capitán Patricio Lynch, el general Baquedano apresuraba la partida de sus jinetes. Al pie del estribo del capitán colombiano Zubiría, que encabezaba a los cazadores, les dio sus lacónicas instrucciones:

—Capitán, la situación exige urgencia. Los enemigos huyen en malas condiciones hacia el norte, ¿comprende? Es forzoso detenerlos y exterminarlos, ¿entendido? Esta misión le corresponde, capitán, le corresponde, ¿eh? Sume sus cazadores a los granaderos del comandante Yávar, en Tiliviche, y, poniéndose bajo sus órdenes, crucen el desierto e intercepten a los enemigos. ¿Comprendido?

—¡A su orden, mi general!

—Recuerde al comandante Yávar que hay mil muertos en

Tarapacá reclamando venganza. Esto exige perseguir a sus victimarios hasta donde sea y hacer pasar nuestra caballería sobre sus filas como una aplanadora…, como una aplanadora, ¿eh?

—¡Comprendido, mi general!

El escuadrón del «Cazadores» se perdió como una tromba de arena sobre la planicie del desierto.

Pero el cálculo del general Buendía había sido exacto. El jefe chileno imaginó que la columna aliada ascendería a Tana, y de ahí seguiría directamente hasta la quebrada de Camarones. Era el camino más corto y rápido. Pero los enemigos se apartaban cada vez más de esa ruta. Marchando hacia la cordillera pasaron por la aldea La Mocha, y, pese a las protestas del coronel Suárez, prosiguieron hacia el oriente, en busca de la aldea de Sibaya.

—Los chilenos recorrerán una enorme extensión de la pampa en sus veloces caballos —insistía el general Buendía—. Tenemos que internarnos bastante en la sierra.

Su táctica era realmente salvadora. Los granaderos y cazadores, mandados por Yávar, llegaron ese día a Tana, y al no encontrar a sus adversarios continuaron hacia el norte, dirigiéndose al caserío de Aza.

Era una carrera desesperada, en que los dos contrincantes marchaban paralelos.

La columna aliada avanzaba por el filo de los cerros, extenuada. Pero quienes más sufrían eran los prisioneros chilenos. Hasta ellos llegaban noticias sobre los propósitos del general Buendía. Así supieron que éste había dispuesto marchar hasta el anochecer, hora en que llegarían a la aguada de Chusmiza. Allí descansarían cuatro horas, para continuar inmediatamente hacia Chiapa, que quedaba rectamente encima.

La cantinera María la Grande caminaba penosamente, preocupada sobre todo de un pequeño compañero de cadena. Era éste el alférez Francisco Silva Basterrica, un muchacho de apenas quince años, reducido de estatura y muy menguado de fuerzas. Caminaba sostenido apenas por la fiereza de su voluntad. Pero hubo un momento en que no pudo seguir. Entonces, la corpulenta mujer lo tomó por las axilas y prosiguió la marcha sustentándolo.

Enterado el general Buendía, hizo desocupar una de sus mulas que cargaban implementos de artillería y se las brindó.

Al llegar a Chusmiza, como observara María que su oficialito no tendría energías ni para mantenerse en la mula, ideó un nuevo sistema para transportarlo. Lejos de aprovechar las cuatro horas de descanso que les otorgó el general Buendía, se escurrió hasta donde estaban los soldados encargados del rancho, y, mediante gracias y zalamerías, consiguió un gran olletón de hierro, de los que usaban para preparar la sopa, y lo ató a un costado de la mula. Enseguida se tumbó junto al alférez Silva Basterrica, y dormitó hasta que se dio orden de reiniciar la marcha.

—*Quiubo*, ¿cómo se siente, mi alferecito? —preguntó al muchacho, luego de despertarlo.

—Avergonzado, cantinera, por los trabajos que le doy —sonrió el muchacho, tristemente.

—¡Bah, mi niño, no se preocupe! A ver, dígame, ¿cabrá usted adentro de ese caldero que he colgado en la mula?

El mozo contempló atónito el olletón de hierro.

—¿Y para qué me pregunta usted eso?

—*Pa* que sigamos viajando cómodos los dos, pus, chiquillo; su mercecita *acomodao* adentro del caldero, y yo *ahorquetá* en los pellones.

El alférez tragó saliva, turbado.

—¿No hay otra solución. María?

—*Pa* mí que es la mejor.

—Voy a llegar tullido a Arica.

—Pero cuando menos va a llegar, mi alferecito. A ver, no demoremos más, que *hei* vienen los sargentos. Métase adentro del caldero, ¿quiere?

El muchacho era tan pequeño y magro, que cupo dentro del olletón.

—¿Qué tal? ¿Vio que cabe lo más bien, mi choclito? —La cantinera se reía mientras se arremangaba las polleras para trepar a los pellones de la cabalgadura.

La columna se puso en marcha, y los vigilantes de los prisioneros los azuzaban a caminar. En sentido contrario a la columna pasaba el ayudante Sáenz Peña, repitiendo:

—Vamos hacia Chiapa. Allí habrá dos horas para descansar. Enseguida continuaremos hacia el oeste, para llegar a la aguada de La Soga antes de amanecer. De modo que ¡vivo el paso! ¡Más vivo el

paso!

Los soldados y los prisioneros, abrumados por la extenuación, el hambre y la sed, trataban de obedecer, pero su esfuerzo era vano. La columna se arrastraba lentamente, contorneando los cerros.

Entre tanto, la caballería chilena batía en zigzag la pampa de Tana. En Aza estuvo muy próxima a la ruta que seguían los enemigos, pero retrogradó nuevamente hacia la costa, ascendiendo siempre hacia el norte, con el fin de llegar a la aldea de Suca. En ella, los exploradores capturaron a un indio que llevaron ante el comandante Yávar.

—Escúchame bien, indio —lo conminó el jefe de la caballería—. Si me respondes rápidamente y sin mentirme, salvas la vida. Pero si sospecho que me dices la menor falsedad, te hago fusilar al momento.

El prisionero comenzó a gimotear.

—No me hagas esos daños, por la virgencita, señor… No me hagas esos daños.

—¿Dónde está el ejército peruano que se retira del sur? Sus batidores y exploradores tienen que haber pasado por este pueblo. ¿Dónde está ahora esa tropa?

—En Miñimiñe, señor —se atolondró el indio aterrado.

Yávar observó el mapa que tenía en las manos. Miñimiñe estaba al oeste de Suca, levemente más hacia el norte.

—¿Cómo sabes que van por esos lados de la cordillera?

—Porque les están mandando comida desde Arica, señor; y ayer no más pasaron las mulas cargadas en busca de Camiña. Los arrieros dijeron que los soldados iban a seguir de Camiña a Miñimiñe. Y esta mañanita mi hijo, que andaba pastoreando mis cabras en la cordillera, me dijo: «Padre, los soldados están en Miñimiñe y van dejando botados unos cañones, porque las mulas que los arrastraban se están muriendo de sed y de cansancio».

—¡Abandonan los cañones de montaña! Buena noticia —terció el capitán Zubiría—. En un par de horas podemos caer sobre los enemigos, mi comandante.

—Es lo que pienso, capitán. Has salvado el pellejo, indio. Vete.

El prisionero se escurrió por entre los caballos, agazapado y con los brazos sobre la cabeza, temeroso de recibir un golpe de los jinetes.

Yávar ordenó desmontar y dar descanso a los caballos durante una hora, tiempo que estimaba preciso para que los soldados limpiaran sus carabinas.

No quería entrar en batalla con los hombres y las bestias extenuados como en Tarapacá.

Golpeando impaciente el suelo con la punta de una de sus botas, el general Buendía observaba cómo un grupo de artilleros concluía de tapar los hoyos en que se habían enterrado los cañones de montaña que no podían seguir llevando consigo.

Esta última claudicación había terminado por colmar la paciencia de la tropa. Ya se lo había advertido el ayudante Sáenz Peña al general cuando entraron al mísero caserío de Miñimiñe.

—La tropa está peligrosísima, general. Los soldados andan rabiosos por tener que compartir con los prisioneros las escasas provisiones que restan.

—¿Y qué quieren que haga con ellos? —había estallado el comandante en jefe—. ¿Que los deje abandonados, que ordene matarlos? ¡Son prisioneros de guerra, qué caray!

Sáenz Peña se encogió de hombros y se limitó a advertirle:

—Tendrá que marchar con muchas precauciones, señor. Los oficiales y soldados están resentidos por esta espantosa retirada.

—¡Oh, debí dejarlos podrirse en la quebrada de Tarapacá! —barbotó el general—. ¿Acaso no comprenden que si los llevo por esta ruta es para salvarlos?

Sáenz Peña lo miró con el ceño fruncido, y pareció decidido a hacerle una revelación:

—Creen que… que… —comenzó diciendo, pero se arrepintió de hablar.

—¡Dígalo, no más! —lo fustigó exasperado el jefe—. ¡Dígalo usted también! Cree que fueron conducidos a derrotas sucesivas por un mal general, y que este mismo mal general los conduce ahora a la muerte en estas serranías.

El ayudante no contestó, pero su silencio fue confirmatorio.

Más tarde, cuando se destacó a un grupo de artilleros para que enterraran los cañones, el general pudo comprobar cuánta verdad había en la prevención que le hiciera Sáenz Peña. Los soldados y algunos oficiales estaban a punto de sublevarse. El temor comenzó a incubarse en el general, y, cuando los soldados terminaban la denigrante faena, se devanaba los sesos buscando un medio para impedir la insurrección. Este medio vino a ofrecérsele por una casualidad. Iban a reiniciar la marcha, cuando llegó al campamento un muchacho indio. Venía corriendo desde Suca, y era hijo del indio a quien interrogara el comandante Yávar.

—¡La caballería chilena está en Suca, señor general! —espetó al comandante aliado—. Está en Suca y va a venir para acá corriendito, señor.

Todos los jefes que lo escucharon palidecieron.

—¿Cuánto calculas que tardarán en llegar aquí, indio? —indagó el general.

—Su capitán dijo: «Descansar caballos una hora y luego partir hacia Miñimiñe».

—Caerán sobre este lugar muy pronto entonces —reflexionó el coronel Bolognesi.

—Alcanzaremos a evadirnos, coronel —intentó alentarlo Buendía, aunque era evidente su desconcierto—. Dividiremos nuestra columna en dos y las haremos marchar por distintos caminos. Así, cuando menos, una se salvará.

Bolognesi asintió sin mucha convicción.

—Una puede seguir directamente hacia la quebrada de Camarones —sugirió—, y la otra, hacerlo por la ladera cordillerana.

—Exacto, coronel —aceptó el general—. Le ruego ponerse al frente de su división y esperar mis órdenes.

En cuanto Bolognesi se hubo alejado. Buendía tomó de un brazo a su ayudante.

—Coronel Sáenz Peña —susurró con acento misterioso—, usted sabe cuáles son los jefes y oficiales que están tentados de insubordinarse, ¿verdad?

—Ssssí, señor… —respondió, vacilante, el subalterno.

—Pues, hágame una lista con sus nombres. Tome, escriba aquí mismo: no tenemos tiempo que perder.

El ayudante se dispuso a obedecerle. Pero un escrúpulo lo detuvo:

—¿Qué piensa usted hacer, señor? —preguntó temeroso.

—Salvar nuestras vidas y las tropas bajo mi mando —respondió en nervioso secreto el general—. Los que figuren en su lista saldrán inmediatamente por la ruta directa a la quebrada de Camarones. Y el resto, o sea, nosotros, los oficiales que me son adictos y sus soldados, contramarcharemos hacia Camiña. Los chilenos no se imaginarán nunca que hemos deshecho el camino. —Hizo una pausa, y, crispando los labios, resumió—: Se irán detrás de los otros, de los que pensaron en insurreccionarse. Entretanto, nosotros marcharemos de Camiña a Nama y de allí hasta la quebrada de Camarones, cruzándola apegados a la cordillera.

El ayudante lo miró espantado por la felonía que estaba dispuesto a cometer. Pero, en lugar de protestar, se limitó a decir:

—Será una retirada aún más dura, general.

—Sin duda. Pero los que marchemos por esos senderos llegaremos a Arica, ayudante. En cambio, los otros…

El general no se atrevió a concluir su vaticinio. Bolognesi ya había separado su división y la columna estaba partida en mitades. Faltaba sólo la orden superior para la separación, y el general Buendía la dio. Ambas fracciones se pusieron en movimiento, divergiendo una hacia el norte, y la otra hacia el sur. No alcanzaban a perderse de vista una de la otra, cuando comenzó a levantarse el viento del desierto. Antes de media hora, las dos masas de sobrevivientes del ejército aliado de Tarapacá marchaban envueltas por turbulentas nubes de arena.

Un poco desorientado por la ventisca que les bombardeaba los rostros, los jinetes chilenos del comandante Yávar llegaron a Miñimiñe. Después de explorar la aldea, granaderos y cazadores se inmovilizaron en la plaza, en medio del caserío. Dos partidas de exploradores fueron comisionadas para inspeccionar los senderos que nacían al sur y norte del poblado, mientras el comandante y sus ayudantes registraban las casas en busca de alguien a quien preguntar dónde los enemigos habían enterrado sus cañones. No

encontraron alma viviente, pero hallaron el escondrijo de los cañones. La tierra recién removida bastó para delatarlo.

Poco después regresaron los exploradores.

—El viento los ha borrado casi por completo, mi comandante —declaró el oficial que había inspeccionado el sendero norte—, pero nos pareció observar restos de huellas que podrían indicar que por allí pasó un ejército hace algunas horas. Sin embargo, no podemos afirmarlo con seguridad; podrían ser rastros de un rebaño en tránsito desde Bolivia.

El jefe de la partida que exploró hacia el sur trajo la misma información:

—El viento ha alisado las arenas, mi comandante. Pero algunos detalles indican que la columna enemiga podría haber pasado hacia el sur.

Yávar se quitó el quepis con un ademán de disgusto.

—¡Qué mierda! —refunfuñó—. Se nos escabullen como ratones por entre las piernas.

Quedaba ya poca luz, y era preciso decidirse rápidamente. Varios oficiales sugerían seguir hacia el norte, dirección lógica de la fuga de los enemigos. Pero los exploradores del sur insistían en buscar en este sentido.

Yávar, temeroso de cometer una imprudencia como la causante del desastre de Tarapacá, no hizo caso a ninguno de los dos bandos.

—Pernoctaremos aquí —ordenó—. Mañana en la madrugada, examinaremos despacio el terreno y trataremos de marchar sobre seguro.

Pero el viento arreció durante la noche, concluyendo de borrar las huellas.

A la mañana siguiente, los jinetes chilenos malgastaron sus energías recorriendo los contornos en amplios círculos. Nada vieron que pudiera servir para continuar la persecución. La columna enemiga se había hecho humo.

Poco antes del mediodía, y como el viento siguiera soplando en forma cada vez más insoportable, el comandante Yávar dio orden de regresar al campamento de Dolores.

El general Buendía suspiró profundamente aliviado, cuando un indio que había dejado escondido a cierta distancia de Miñimiñe le trajo la noticia de que los chilenos habían abandonado la persecución.

—¡Gracias a Dios!

—Nos salvamos, general —lo interpretó su ayudante Sáenz Peña, sonriendo—. Pero ¿llegaremos a Arica?

—¡Por supuesto que llegaremos! Ordene que se reorganice la columna, y nos pondremos en marcha de inmediato.

Comenzó otra vez el avance hacia el norte. Buendía encabezaba la columna, doblegado sobre su cabalgadura. No se atrevía a mirar hacia atrás. Su propio cansancio le daba la medida de la extenuación de sus hombres, obligados a marchar a pie. Además, dos pensamientos le corroían el cerebro. Uno, que debía apresurar la marcha para llegar a Arica antes que los que habían intentado insubordinarse; y segundo, que aquella retirada era la coronación de su derrota. Dejaba en poder del enemigo todo el territorio de Tarapacá. Cuando el último de sus hombres entrara en Arica, no quedaría un solo peruano ni boliviano sosteniendo el dominio de los aliados sobre Atacama y Tarapacá. Perú y Bolivia habrían perdido, quizás para siempre, Antofagasta, Calama, Tocopilla, Iquique y Pisagua. El inapreciable arcón de riquezas que representaban aquellas comarcas: el salitre, el oro, la plata, el cobre y las guaneras, quedaban en las garras de los chilenos.

17

La noticia de la batalla de Tarapacá sacudió a todos los habitantes de Chile. Los primeros relatos llegados por telégrafo, cuidadosamente filtrados por el Gobierno, se remitieron exclusivamente a destacar la expulsión del ejército de la alianza de todo el territorio extendido entre Antofagasta y Arica y provocaron un júbilo popular delirante.

Al presidente Aníbal Pinto le dolía aquella desmesurada alegría, como si él hubiera sido el culpable del desastre de Tarapacá. Antes de hacer pública la verdad sobre el sangriento hecho de armas, escribió al ministro Sotomayor:

> *Anoche recibimos los partes que trajo a Antofagasta el transporte* Amazonas. *La impresión ha sido dolorosa. Hemos perdido en el ataque a Tarapacá más gente que en la batalla de Dolores; hemos dejado en poder del enemigo prisioneros y algunos de nuestros cañones. ¿Que no sabían que en Tarapacá había tropa enemiga?…*

La misiva no pudo excavar más hondo en el ánimo deprimido del ministro de la Guerra. Rafael Sotomayor palpaba ya la crueldad de la contienda. En trenes venidos desde Dibujo, iban llegando los muertos y heridos de la terrible batalla. Desde la ventana de su despacho, en un caserón de Pisagua, veía transportar a los pobres soldados de los convoyes a los lanchones en que se los conducía a bordo del *Amazonas*, que se balanceaba en la bahía.

Acababa de recibir la rendición de cuentas del coronel Pedro Urriola, que fuera a la quebrada de Tarapacá para recoger a los heridos e identificar a los muertos.

Quebrado por el dolor, el viejo coronel le había dado su

informe.

—Lo que vi fue tan espantoso que no se me borrará jamás, señor ministro —había comenzado diciendo—. Montones y montones de muertos; centenares, miles, si se cuenta a los enemigos. ¡Oh, Dios mío! Y entre todos ellos, aplastado por una pirámide de cuerpos, mi hijo, señor ministro…, ¡mi pobre Pedro!

El ministro se sintió desarmado por el dolor del viejo coronel.

—El teniente Urriola murió gloriosamente, y la patria sabrá honrarlo —balbuceó, pero sentía que sus palabras sonaban a frase hecha.

—Que hubiera muerto…, muerto simplemente —proseguía el militar—; todos estamos expuestos a caer en una batalla. Pero morir como mi pobre hijo… ¡Oh, no! ¡Es horrible, don Rafael! Mire, lea el certificado del médico que examinó su cadáver ayer.

La descripción hizo temblar las manos del ministro al leerla:

> *Dos heridas a bala en el muslo. Una herida a bala en la región pectoral. Una herida de bayoneta en la órbita izquierda, la que se prolongaba hasta el cerebro. El resto de la cabeza está cubierto de contusiones violentas.*

El ministro intentó resistirse a seguir leyendo.

—Siga, ministro, siga —le obligó el coronel—. Conozca lo que opinó el doctor.

> *Yo creo que las heridas de las piernas fueron las únicas hechas durante el combate. Esas heridas debieron impedirle todo movimiento posterior. Las restantes han sido hechas después de haber caído.*

—¡Eso es! ¡Eso es! Yo lo creo, porque lo vi —exclamó desesperado el comandante Urriola—. El espectáculo del interior de la quebrada era macabro. Todos nuestros heridos fueron descuartizados a bayonetazos; a los muertos se les reventó la cabeza con las culatas de los fusiles. El teniente Luis Sarratea, del «Chacabuco», que me acompañó, entró a una choza y salió de ella vomitando. Había encontrado el cadáver de la cantinera del «2.º de Línea», Leonor González. Le habían abierto el vientre a bayonetazos y le rebanaron los pechos…

—¡Basta! ¡Basta, comandante Urriola! —Sotomayor no tuvo ánimos para seguir escuchándolo—. ¿A qué seguir martirizándonos?

—¡Para que no se nos olvide buscar al culpable, al que lanzó a nuestros soldados a la muerte!

El ministro tuvo que apelar a toda su autoridad para hacerlo callar. Pero, aun así, cuando Urriola abandonó el despacho iba repitiendo un nombre, mordiéndolo, como si estuviera destrozando a su dueño.

Ese nombre se repetía con igual rencor en el campamento. El ministro lo sabía. Todos culpaban al comandante José Francisco Vergara de la hecatombe de Tarapacá. Reuniendo sus energías para mantenerse sereno, lo hizo llamar.

—Comandante —le dijo—, ha llegado el momento de hablar con absoluta franqueza.

—Es lo que estoy esperando, Sotomayor. Este anatema de culpable me está irritando de veras.

Vergara acababa de cruzarse en la plaza con el coronel Urriola y éste había rechazado saludarlo.

—Está produciendo efectos mucho más graves que el de su irritación, comandante —puntualizó el ministro—. Está creando una división en el ejército y eso no puedo permitirlo.

—Se dice que yo llevé a la división Arteaga a la ratonera de Tarapacá —comenzó a defenderse Vergara, pero Sotomayor interrumpió.

—Suya fue la idea y usted marchó siempre adelante, sin detenerse a deliberar con el coronel Arteaga.

—Pero cuando nos reunimos, él asumió el mando y yo pasé a actuar simplemente como su ayudante.

—Usted sabía que en la quebrada había más de cuatro mil enemigos y no lo dijo.

—Era una afirmación poco verosímil de un explorador —protestó el acusado. Comprendía que era el punto débil de su posición—. El coronel Arteaga también lo supo oportunamente y, sin embargo, ordenó el avance. Yo cumplí como soldado; batallé siempre en la primera línea y…

—Eso no importa, comandante —lo atajó secamente el ministro —. Lo que sí interesa es mantener la unidad espiritual del ejército y su proceder amenaza romperla.

Vergara frunció las cejas, confundido. Pero Sotomayor prosiguió, fríamente:

—Primero, se enemistó usted con el coronel Emilio Sotomayor. A pesar de que aquél es hermano mío, lo separé del ejército por considerar que usted tenía la razón en la preparación de la batalla de Dolores. Pero los jefes y oficiales adictos a mi hermano no le perdonaron a usted el término de la carrera del coronel. Luego usted hizo alarde de su habilidad, colocándose, pese a ser civil, por sobre los militares de carrera. Estos antecedentes conspiran para que todos lo consideren el culpable del desastre de Tarapacá.

—¿Y usted…, usted piensa también que yo tengo la culpa?

—No me pronuncio. Mi calidad de ministro de la Guerra me impide pronunciarme sin someter a usted a un sumario previo.

—¿Un sumario militar? —Vergara estaba demudado.

—Pero los momentos en que vivimos hacen condenable un sumario —siguió el ministro—. Sin embargo, usted debe comprender que su permanencia en las filas se hace muy ingrata. Le sugiero que se separe voluntariamente de ellas por un tiempo.

En el rostro del comandante se estampó una amarga mueca de desilusión.

—No, señor ministro —repuso enronquecido—, no comulgo con esta clase de arreglos. Si es preciso que abandone las filas, pediré que se me conceda el retiro definitivo y regresaré a Chile en el primer barco. ¿Está usted dispuesto a aceptar mi dimisión?

Los dos hombres se miraron durante unos segundos. Por último, el ministro dijo serenamente, sin rencor, pero con firmeza:

—Me parece conveniente, comandante Vergara.

El afectado se irguió.

—Bien —decidió—, elevaré inmediatamente mi solicitud de retiro. Con su permiso. —Giró sobre sus talones y se encaminó a la puerta, pero antes de salir se volvió hacia Sotomayor—. Me embarcaré en el *Amazonas*, que está por partir hacia Valparaíso.

—¡No! —gritó el ministro. Pero, comprendiendo que se había excedido involuntariamente, se apresuró a suavizar su tono—. Le ruego que no se embarque en el *Amazonas*, comandante; en él van ciento sesenta y un heridos recogidos en Tarapacá y treinta y cuatro prisioneros.

—Está bien —replicó Vergara, pálido como un papel—. Esperaré

un próximo vapor.

Cuando la puerta se cerró tras el despechado comandante, el ministro se dejó caer en su silla.

—Es duro hacerlo —murmuró—, pero es lamentablemente necesario.

Entretanto, en Santiago, el desastre de Tarapacá no había podido mantenerse silenciado por más tiempo y los diarios comenzaron a publicar los comunicados de sus corresponsales de guerra. Más tarde, cuando arribó a Valparaíso el transporte *Amazonas*, los heridos y prisioneros revelaron los macabros detalles de la batalla. La sensación de triunfo se convirtió bruscamente en desencanto y angustia, los que se acrecentaron cuando se hicieron públicas las primeras listas de bajas.

Arrastrado por Clementina Cobo, llegóse también hasta aquellas fatídicas listas Antonio Latorre. La hermana de Alberto no se había atrevido a acercarse sola hasta las pizarras, temerosa de encontrar anotados en ellas a su hermano o a Rafael Torreblanca. Trémulos de temor, el caballero y la joven fueron recorriendo las listas colocadas en la puerta de los periódicos. Afortunadamente ninguno de los dos mozos aparecía inscrito. Regresaron a la casa de Latorre agobiados y sintiendo resonar en sus oídos los gritos de dolor de las mujeres que se desmayaban o se retorcían en llanto al descubrir que habían perdido un hijo o el esposo.

Don Antonio se disponía a entrar en su casa, cuando Clementina dejó escapar:

—Voy a partir yo también, don Antonio.

El caballero volvió lentamente la cabeza hacia ella, sin comprenderla.

—¿Vas a partir? ¿Hacia dónde?

—Hacia el norte.

Don Antonio la enfrentó con los ojos dilatados por el asombro.

—¿Al norte? —murmuró, aturdido—. Tú estás loca. ¿Cómo vas a ir al norte estando la guerra allá?

—A eso voy, señor: a la guerra.

El padre de Leonora sonrió atontado.

—No te entiendo —balbuceó—. A la guerra no han ido jamás las mujeres.

—Ahora irán, don Antonio. Dentro de cuatro días partirá una sección de enfermeras y doctores. Es la llamada Ambulancia Valparaíso.

—Pero en ella van sólo monjas y médicos —objetó nerviosamente el caballero.

—No bastan, don Antonio. Por eso los diarios publican un anuncio llamando a todas las mujeres que sepan de curaciones para incorporarse a las ambulancias.

El padre de Leonora agitaba la cabeza, sin encontrar argumentos para disuadirla.

—Tú eres muy niña… Además, no entiendes nada de heridos —repetía.

—Mentiré para que me admitan y enseguida aprenderé. —Clementina estaba pulida, pero sus ojos relucían firmes—. No puedo seguir viviendo en perpetua angustia, don Antonio —le reveló finalmente—. Prefiero estar allá, cerca de mi hermano y de Rafael.

Fueron vanos todos los argumentos que le opuso el caballero. A sus objeciones oponía obstinadamente:

—Todos debemos correr riesgos. No puedo estarme quieta aquí, sin servir, penando constantemente por los que están afrontando el peligro. Partiré con la Ambulancia Valparaíso hacia Pisagua y de ahí…, de ahí, iré al campamento al que me destinen.

Cuando Latorre comprendió que había agotado sus objeciones y que nada haría cambiar de propósito a la joven, se dejó ganar por su egoísmo de padre y le expresó, un poco avergonzado:

—Niña, voy a hacerte el mismo encargo que a Alberto y a Rafael: busca a Leonora.

Hace semanas que casi no duermo, atormentado por la idea de que mi hija ha muerto o está en peligro. Búscala, y si encuentras cualquier rastro de ella, comunícamelo enseguida, que yo me olvidaré de mis achaques e iré a encontrarla. Te lo ruego, Clementina.

—Prometo que lo haré, don Antonio. Buenas noches. Vendré a verlo antes de partir.

Latorre la miró, temblándole los labios, y al observar su mirada firme y clara, pensó cómo endurecía la guerra hasta a las niñas.

Impulsivamente la estrechó contra su pecho, mientras murmuraba:

—¡Oh, la guerra!… ¡La guerra!

—¡Hay que continuar la guerra, a pesar de todo, Santa María! —disponía categóricamente el presidente Aníbal Pinto, dirigiéndose a su ministro del Interior—. No debemos conformarnos con la posesión del territorio de Tarapacá.

—Pienso lo mismo que usted, Excelencia. Pero el terrible revés sufrido en la última batalla ha despertado en la opinión pública una fuerte resistencia contra la prosecución de la guerra. En los grupos que se agolpan a leer las listas de los muertos ocurren escenas tan patéticas que impresionan hondamente las mentes de la gente.

—Hay que prohibir la publicación de esas listas, ministro. El pueblo debe seguir respaldando al ejército con el mismo entusiasmo de antes. Si el pueblo se deja abatir, se abatirán los soldados y no habrá victoria posible. Usted sabe tan bien como yo que la guerra no ha de terminar mientras no entremos a Lima. Es la única alternativa. Hay que seguir… Los generales están vueltos hacia Arica, los soldados también, no seamos nosotros los que fallemos. —El presidente, cansado, guardó silencio unos segundos. Luego alzó el rostro demacrado y volvió a afirmar—: ¡Continuaremos la guerra, Santa María!

El ejército de Chile miraba ávidamente hacia el norte, tal como lo imaginaba el presidente; y los soldados invisibles del servicio secreto, anticipados como siempre, ya preparaban el camino para el próximo asalto. Aníbal Pinto no tardó en volver a recibir su misterioso aliento. Fue un mensaje cifrado que llegaba desde Arica. Decía:

> *Presidente del Perú, general Prado, sorpresivamente partió anoche, 27 de noviembre, desde Arica hacia Lima. Por medio de una proclama dio a conocer al pueblo que dejaba como jefe político y militar de los departamentos del sur del Perú y como director del ejército de la alianza al contralmirante Lizardo Montero. Verdadera razón del viaje precipitado del general Prado es su temor a ser derrocado*

por bandos políticos adversos, a causa de los reveses sufridos por las tropas de la alianza y la pérdida del territorio de Tarapacá. Se sabe que en Lima reina gran agitación y pobladas armadas recorren las calles exigiendo cambio de gobierno y castigo de los culpables de las derrotas militares. Al frente de los sublevados se pretende está el general Nicolás Piérola, destacado caudillo militar. En Arica se espera con amenazante irritación la llegada de los restos del ejército aliado, los que se informa han pasado ya la quebrada de Camarones bajo el mando del general Buendía. Se asegura que los jefes serán apresados y sometidos a consejo de guerra por traidores a la alianza.

El comunicado secreto venía signado con una cifra, que traducida reveló un nombre: Leonora Latorre.

Allí estaba otra vez la agente secreta, exponiendo la vida en su nuevo puesto de combate: Arica.

JORGE INOSTROSA CUEVAS, escritor chileno, (Iquique, región de Tarapacá; 30 de marzo de 1919 - Santiago; 5 de enero de 1975)

Nació en Iquique, en 1919, de padre abogado y madre profesora. Estudiante pobre, pues su padre muere cuando él tiene 3 años, se las ingenia en el Internado Barros Arana para obtener unos pesos escribiendo las cartas de amor de sus compañeros. Es la primera señal de su vocación de escritor.

Ya bachiller, ingresa al Instituto Pedagógico a estudiar matemática e historia. Quiere ser profesor, como su madre. Pero ésta enferma y queda hemipléjica, por lo que él y sus cinco hermanos deben abandonar los estudios para ganarse la vida.

Hace toda clase de trabajos: kinesiólogo, camionero, retratista… Y tras la muerte de su madre empieza a recorrer los pueblos ofreciendo retratos al pastel, para los que tiene gran facilidad. «Aprovechaba esto», cuenta el propio Inostrosa, «para realizar uno de mis mayores anhelos. Les contaba largas historias, cuentos, anécdotas arregladas por mí, que yo había aprendido rebuscando en la Historia de Chile». Era agnóstico, carrerista y amante del boxeo. A fines de la década de 1930, conoció en San Bernardo a Violeta Wood, con quien se casó y tuvo dos hijas: Verónica y Francisca

Javiera.

Mas tarde ingresa a la Agencia Havas como reportero y luego a la radio Cooperativa Vitalicia, primero como sonidista, pronto como libretista de radioteatros, y después como director de éstos.

En Radio Corporación, creó y transmitió *El Gran Teatro de la Historia* con una compañía de actores que bajo su dirección y con sus libretos dio vida a episodios de la historia de Chile y a sus héroes en radioteatros.

En esa radioemisora en 1948, estrenó su obra *Adiós al Séptimo de Línea*, uno de los programas más exitosos de la radiofonía chilena. Posteriormente, fue convertida en la novela homónima e inspiró una historieta, creación de Isidro Arteaga en 1960, una pieza musical, el álbum ¡*Al 7.º de Línea*! del grupo Los Cuatro Cuartos en 1966, y una serie de televisión en 2010.

Aunque el programa fue un éxito, tres años después de su transmisión Inostrosa estaba en mala situación económica. Siguió entonces el consejo de un amigo: «¿Por qué no llevas tus libretos a Zig-Zag y propones transformarlos en novela?».

El enorme éxito de la obra detonó definitivamente al talentoso escritor que había en Inostrosa. En 1955 publicó su libro más conocido, *Adiós al Séptimo de Línea*, una novela en cinco tomos —*La frontera en llamas, Las cruces del desierto, Los infantes de bronce, Los batallones olvidados y El regreso de los inmortales*— basada en el guión para radioteatro que se había transmitido con mucho éxito en la radiofonía chilena a fines de los años 1940. Siguieron las novelas históricas *Hidalgos del mar, Prat y Grau* (1959), *El corregidor de Calicanto* (1960), *La justicia de los Maurelio* (1961), *Los Húsares trágicos* (1965), *Bajo las banderas del Libertador* (1966) y ¡*Se las echó el Buin*! (1970). A las que hay que agregar los volúmenes de relatos históricos *El rescatado por Dios* (1962), *Fantasmas y retratos de la tradición* (1963) y *Huella de siglos* (1966), ademas de *Siempre una mujer* (minibiografías, 1974) y *El ministro Portales* (1976).

Para facilitarle las investigaciones que se propuso hacer cuando

escribió la biografía de Simón Bolívar (*Bajo las banderas del Libertador*), el gobierno de Chile le dio un cargo diplomático en Colombia y Venezuela.

Jorge Inostrosa falleció de un accidente vascular a los 56 años en Santiago el 5 de enero de 1975.

Según señaló *El Mercurio* el día de su muerte, *Adiós al Séptimo de Línea* vendió «más de cinco millones de ejemplares, con lo cual el libro constituyó uno de los más grandes best-sellers de la historia literaria del país». Diversos medios de prensa han estimado el número total de copias vendidas entre cinco y siete millones.

Jorge Inostrosa Cuevas dejó un legado importante en la literatura chilena, siendo reconocido por su contribución a la divulgación histórica y su capacidad para acercar la historia al público de una manera entretenida y agradable. Su trabajo sigue siendo valorado y apreciado hasta la actualidad.

OBRAS:

Adiós al Séptimo de Línea, 5 tomos, 1955.

Bajo Las Banderas del Libertador,3 tomos, 1959.

Hidalgos del Mar, Prat y Grau, 1959.

El Corregidor de Calicanto, 1960.

La justicia de los Maurelio, 1961.

El Rescatado por Dios, 1962.

Fantasmas y Retratos de la Tradición, 1963.

Los Húsares Trágicos, 4 tomos, 1965.

Huella de Siglos, 1966

¡Se las echó el Buin!, 1970.

Pueblo de los Techos Negros, Madrid, 1971.

Hotu, el oceánico, Madrid, 1971.

Siempre Una Mujer, 1974.

El Ministro Portales, póstuma, 1976.